

# PK. Dick

Cuentos  
completos V

Lectulandia

Esta quinta entrega recoge 25 relatos escritos entre los años 1963 y 1980. Se trata de auténticas joyas literarias donde quedan patentes las constantes obsesiones del autor: la muerte, la alienación, la locura, la religión y la represión, y la naturaleza esquiva de la realidad. De lectura ágil y entretenida, este libro nos invita a adentrarnos en el fascinante universo dickiano.

Lectulandia

Philip K. Dick

# Cuentos completos V

La cajita negra

Philip K. Dick - Cuentos completos - 5

ePub r1.2

gertdelpozo 21.12.14

Título original: *The Little Black Box*

Philip K. Dick, 1987

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano, excepto *La fe de nuestros padres* y *La hormiga eléctrica* traducidos por Carlos Gardini y *Podemos recordarlo todo por usted* traducido por Norma B. de López

Editor digital: gertdelpozo

Digitalización del texto: epublector

Corrección de erratas: el nota

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Introducción

## Thomas M. Disch

La sabiduría popular sostiene que existen escritores para escritores y escritores para lectores. Los de estos últimos son los escasos y felices libros que encabezan año tras año las listas de ventas y que, por razón de su extraña composición feromónica, nunca consiguen duplicar en sus propios laboratorios. Puede que satisfagan los refinados gustos de los críticos «literarios», o puede que no (que es lo más frecuente), pero sus obras se venden. Los escritores para escritores consiguen magníficas críticas (sobre todo por parte de sus admirados colegas), pero no atraen a los lectores, quienes poseen la capacidad de detectar a distancia los signos del libro de un escritor para escritores. El estilo de su prosa cosecha grandes alabanzas (mientras que un escritor para lectores jamás querría que se lo acusara de un delito de elitismo como el de tener «estilo»); los personajes son «profundos»; y, por encima de todo, el libro es «serio».

Muchos escritores para escritores aspiran a la fama y la popularidad de los escritores para lectores y, en ocasiones, los escritores para lectores codician los laureles que los royalties no pueden comprarles. Henry James, el escritor para escritores par excellence, escribió uno de sus más cómicos relatos, *The Next Time*, cuyos protagonistas son dos escritores. La conclusión de la obra es real como la vida misma. El escritor «literario» se esfuerza al máximo para conseguir un éxito de ventas... y lo que acaba obteniendo son más laureles, pero no más lectores. La autora comercial suda la gota gorda para producir una obra de arte con mayúsculas... que acaba recibida con desdén por la crítica y convirtiéndose en su mayor éxito comercial.

Philip K. Dick fue, en su tiempo, ambas cosas, un escritor para escritores y un escritor para lectores; y al mismo tiempo ninguna de ellas y algo completamente diferente: un escritor de ciencia ficción para escritores de ciencia ficción. La prueba de esta última afirmación puede hallarse en las contraportadas de las ediciones de bolsillo de sus obras, donde sus colegas compiten por cubrirlo con las alabanzas más superlativas. John Brunner lo definió como «el escritor de ciencia ficción más constantemente brillante de la historia»; Norman Spinrad supera esto con «el novelista americano más importante de la segunda mitad del siglo XX»; Ursula Le Guin lo llama «el Borges norteamericano» y Harlan Ellison pone la guinda del pastel definiéndolo como «el Pirandello de la ciencia ficción, su Beckett y su Pinter». Brian Aldiss, Michael Bishop y un servidor, entre muchos otros, hemos escrito elogios igualmente extravagantes, e intrascendentes por lo que se refiere a las ventas de los libros que engalanan. Si Dick logró ganarse la vida como escritor a tiempo completo fue sólo gracias a su inmensa productividad. Contemplemos la magnitud de estos Cuentos completos y no olvidemos que la mayoría de sus lectores no consideraba a Philip K. Dick un escritor de historias cortas, sino que lo conocían fundamentalmente

por sus novelas.

Es significativo, creo, que todas las alabanzas recibidas por Dick provengan en exclusiva de otros escritores de ciencia ficción, y no de los forjadores de reputaciones de la Academia literaria. Esto se debe a que no era como los escritores para escritores convencionales. No se lo aplaude por la exquisitez de su estilo ni por la profundidad de sus personajes. Su estilo no suele alcanzar grandes cotas y muchas veces es tan cojo como Quasimodo. Los personajes de sus historias más memorables tienen la «profundidad» de una sitcom de los 50 (dicho de un modo más amable: su obra es el complemento de la *commedia dell'arte* estadounidense de la época). Hasta las obras que suponen la excepción a esta regla, confirman, una vez releídas, la impresión de que Dick está más cerca de Bradbury y de Van Vogt que de Borges y de Pinter. La mayor parte del tiempo se contenta con una narrativa de superficie tan sencilla, incluso podría decirse tan simple, como un cómic. No hace falta ir más allá del primer relato que compone este volumen, «La cajita negra», para darse cuenta de ello. Y eso que está escrita en 1963, cuando Dick se encontraba en la cúspide de su capacidad creativa, y daba a luz obras tales como *El hombre en el castillo* y *Tiempo de Marte*. Además, «La cajita negra» contiene la semilla de otra de sus mejores novelas de la época tardía: ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?

¿A qué se debe, entonces, tal cúmulo de elogios? Para cualquier aficionado a la ciencia ficción, la respuesta es evidente: tenía grandes ideas. Por lo general, los amantes de este género han disculpado un cierto descuido en la ejecución si la obra era genuina, debido al constante reciclaje de viejos argumentos, ideas y premisas que sufre la ciencia ficción. Y las grandes ideas de Dick ocupan una longitud de onda única en el espectro de lo imaginativo. La conquista del espacio no es para él. En su obra, la colonización del sistema solar se traduce simplemente en la aparición de nuevos y más deprimentes suburbios. Tampoco lo son las ridículas fiestas de disfraces de la invención de nuevas razas de monstruos alienígenas. Dick fue siempre demasiado consciente de la presencia del rostro humano detrás de estas mascaradas como para perder el tiempo perpetuándolas. Sus grandes ideas brotaban del mundo que lo rodeaba, del barrio en el que vivía, de los periódicos que leía, de las tiendas en las que hacía la compra y de los anuncios de la televisión. Sus novelas y relatos, tomados en su conjunto, conforman una de las visiones más fieles y exhaustivas de los Estados Unidos de las décadas de los 50, 60 y 70, y no porque elaborara un inventario completo de cada detalle de aquella época, sino porque inventó metáforas que desvelaban el sentido de nuestra vida de entonces. Convirtió nuestros lugares comunes en mundos de maravilla. ¿Qué más se le podría pedir al arte?

Bueno, la respuesta es obvia: acabado, ejecución, economía de medios y otras exquisiteces estéticas. Sin embargo, la mayoría de los escritores de ciencia ficción puede seguir adelante sin manteles de lino y vajilla de porcelana mientras haya en el plato una metáfora rebosante de sustancia. Es más, las carencias estilísticas de Dick podrían convertirse en virtudes para sus colegas de género, puesto que, con mucha

frecuencia, les permite coger el balón donde a él se le cayó de las manos y culminar la carrera con un ensayo. La obra de Ursula Le Guin *La rueda celeste* es una de las mejores novelas jamás escritas por Dick... y aquí el jamás se usa en sentido estricto. Mi propia 334 seguramente no habría sido la misma novela de no haber existido antes la visión de Dick sobre la monotonía futura. La lista de sus deudores conscientes es muy larga, y la de los inconscientes no digamos.

La nota del propio Phil sobre su relato «Las prepersonas» (que puede leerse en este mismo volumen) resulta muy elocuente sobre la clase de reacción que aspiraba a causar en sus colegas de profesión. Según parece, una tal Joanna Russ lo había amenazado con una paliza por este relato sobre el miedo de un joven hacia el conductor de un «camión de abortos», quien se dedica, a la manera de una especie de operario de la perrera, a atrapar prepersonas (niños de menos de doce años a los que sus padres ya no quieren) y llevárselas a centros de «aborto» para ser gaseadas. Es una inspirada pieza de propaganda (Phil la llamaba «alegato especial»), ante la cual, la única respuesta posible es, no amenazar con golpear al autor, sino responder con una obra que aborde el mismo tema con la misma osadía y sin encogerse ante la fascinante pero preocupante cuestión: si es lícito el aborto, ¿por qué no el infanticidio? La aportación de Dick a este debate ya por entonces polarizado fue un atinado coup de theatre, pero ni de lejos la última palabra sobre el asunto. No sería muy difícil extrapolar una novela entera a partir de las premisas básicas de «Las prepersonas» (novela que, por cierto, no tendría por qué ser un alegato antiabortista). Con frecuencia, las historias cortas de Dick germinaban para convertirse en novelas cuando el autor volvía a reconsiderar una buena idea inicial, y la razón de que sea un escritor de ciencia ficción para escritores de ciencia ficción es que sus relatos, en muchas ocasiones, tienen este mismo efecto sobre sus colegas. Leer una historia de Philip K. Dick no es «contemplar» una obra de arte terminada. Es más bien como involucrarse en una conversación. Y, por mi parte, sólo puedo decir que estoy encantado de incorporarme, aquí, a esa conversación.

*Thomas M. Disch*  
*Octubre de 1986*

¿Cómo se da forma a un libro de resistencia, un libro de verdad en un imperio de falsedad, o un libro de rectitud en un imperio de crueles mentiras?  
¿Cómo se puede hacer esto delante mismo del enemigo?

No a la antigua, escribiendo en el cuarto de baño, así que, ¿cómo se puede hacer esto en un Estado tecnológico futuro? ¿Es posible que la libertad y la independencia se manifiesten de maneras y en condiciones nuevas? Es decir, ¿sofocarán las futuras tiranías estas formas de protesta? ¿O el espíritu

engendrará nuevas respuestas que ahora mismo no podemos ni imaginar?

Philip K. Dick, en una entrevista en 1974



## Nota a las notas

*Todas las notas son obra del propio Philip K. Dick. El año en que se escribió la nota aparece entre paréntesis al final de la misma. La mayoría de ellas se escribieron para las colecciones The best of Philip K. Dick (publicada en 1977) y The golden man (1980), y algunas de ellas a instancias de los editores que iban a publicar o reeditar alguna de sus historias en un libro o una revista.*

*Cuando aparece una fecha después del nombre de un relato, es la fecha en que fue recibido el manuscrito por el agente de Dick, según los archivos de la agencia literaria de Scott Meredith. La ausencia de una fecha significa que no hay datos concretos al respecto. El nombre de una revista, seguido por un mes y un año, indica la primera aparición publicada de un relato. Los nombres alternativos indican los nombres originales propuestos por Dick, de nuevo conforme a los datos disponibles en la agencia literaria.*

*Los cinco volúmenes incluyen todos los cuentos cortos de Philip K. Dick, con la excepción de los publicados posteriormente como novelas cortas o parte de ellas, los escritos infantiles y aquellos otros escritos no publicados cuyos manuscritos no se han podido encontrar. Los relatos están organizados en un orden lo más parecido posible al de su publicación; la investigación ha corrido a cargo de Gregg Rickman y Paul Williams.*

# La cajita negra [1]

## I

Bogart Crofts, del departamento de Estado, dijo:

—Señorita Hiashi, queremos enviarla a Cuba para ofrecer formación religiosa a la comunidad china local. Es por sus raíces orientales. Eso la ayudará.

Con un leve gemido, Joan Hiashi pensó para sí que sus raíces orientales consistían en haber nacido en Los Angeles y haber recibido varios cursos en la UCSB, la Universidad de Santa Bárbara. Pero técnicamente, desde el punto de vista de su preparación, era una experta en temas asiáticos, cosa que había hecho constar en su currículum al solicitar aquel trabajo.

—Pensemos en la palabra caritas —continuó Crofts—. Desde su punto de vista, ¿qué significa exactamente en el uso que le dio Jeremías? ¿Caridad? No creo. ¿Qué, entonces? ¿Amistad? ¿Amor?

—Mi campo de especialización es el budismo zen —respondió Joan.

—Pero todo el mundo —protestó Crofts, consternado— sabe lo que significaba caritas en el Bajo Imperio Romano. La estima que las buenas personas se profesaban unas a otras. Eso significaba. —Enarcó sus grises y dignas cejas—. ¿Quiere el trabajo, señorita Hiashi? Y si lo quiere, ¿por qué?

—Quiero contribuir a difundir el budismo zen entre los comunistas chinos de Cuba —respondió Joan—, porque... —Vaciló. La verdad era que porque significaba un buen sueldo, su primer puesto bien pagado. Desde el punto de vista de su carrera profesional era un chollo—. Bueno, caray —dijo al fin—. ¿Cuál es la naturaleza del Único Camino? No tengo respuesta.

—Es evidente que su campo de especialización le ha enseñado a eludir las respuestas sinceras —dijo Crofts con resquemor—. Y de mostrarse evasiva. No obstante... —Se encogió de hombros—. Probablemente eso quiera decir que está bien preparada y que es la persona apropiada para el puesto. En Cuba se encontrará con algunos individuos bastante sofisticados con mucho mundo, además de bastante adinerados, incluso para un norteamericano. Espero que sepa manejarlos tan bien como me ha manejado a mí.

—Gracias. Señor Crofts —dijo Rose. Se levantó—. Quedo a la espera de sus noticias, pues.

—Me impresiona usted —dijo Crofts, medio para sí—. Nunca me olvidaré de que es la jovencita que tuvo la idea de alimentar a los superordenadores de la UCSB con acertijos del budismo zen.

—Yo fui la primera que lo hizo —lo corrigió Joan—. Pero la idea fue de un amigo mío, Ray Meritan. El arpista de jazz verdegrís.

—Jazz y budismo zen —dijo Crofts—. Quizá el Estado pueda utilizarla en Cuba.

A Ray Meritan le dijo:

—Tengo que salir de Los Angeles, Ray. No puedo soportar cómo vivimos aquí. —Se acercó hasta la ventana y contempló el reluciente monorraíl en la lejanía. El plateado tren avanzaba a velocidad de vértigo y Joan apartó la mirada.

«Si pudiéramos sufrir únicamente... —pensó—. Eso es lo que nos falta, una experiencia real de sufrimiento, porque podemos escapar a todo. Incluso a esto.»

—Pero te vas del país —dijo Ray—. Te vas a Cuba a convertir empresarios y banqueros millonarios en ascetas. Y eso es una paradoja zen genuina, porque te van a pagar por ello. —Se rió entre dientes—. Si introduces una idea como ésa en un ordenador, lo harás papilla. Bueno, al menos no tendrás que pasarte todas las noches sentada en la Sala de Cristal para oírme tocar... si es eso de lo que estás huyendo.

—No —dijo Joan—. Espero seguir oyéndote en televisión. Incluso puede que utilice tu música en mi trabajo. —De una arqueta de palisandro que había al otro lado de la habitación sacó una pistola del 32, que había pertenecido a la segunda esposa de Ray Meritan, Edna, quien la había utilizado para quitarse la vida el febrero pasado, a última hora de una tarde lluviosa—. ¿Puedo llevarme esto? —preguntó.

—¿Por su valor sentimental? —dijo Ray—. ¿Porque lo hizo por ti?

—Edna no hizo nada por mí. Yo le caía bien. No pienso aceptar ninguna responsabilidad por el suicidio de tu esposa, aunque es verdad que se enteró... de que nos veíamos, por decirlo así.

—Y eso lo dice la chica que siempre está diciéndole a todo el mundo que debe aceptar la culpa y no proyectarla sobre el mundo —dijo Ray con tono reflexivo—. ¿Cómo llamas a ese principio, querida? Ah, sí. —Sonrió—. El principio anti paranoia. La cura para el desequilibrio mental de la doctora Joan Hiashi; asuma toda la culpa, acarréela usted mismo. —La miró de soslayo y continuó hablando irónicamente—. Me sorprende que no seas partidaria de Wilbur Mercer.

—Menudo payaso —dijo Joan.

—Eso es parte de su encanto. Ven, te lo mostraré. —Encendió el televisor que había al otro lado de la habitación, un aparato de estilo oriental, sin patas y decorado con dragones de la dinastía Sung.

—Qué raro que sepas cuándo habla Mercer.

Ray se encogió de hombros mientras murmuraba:

—Me interesa. Es una nueva religión que está reemplazando el budismo y que amenaza con extenderse por toda California desde el Medio Oeste. A ti también te

convendría prestarle atención, ya que dices que la religión es tu profesión. Tienes trabajo gracias a ella. La religión paga tus facturas, mi querida niña, así que no la desprecies.

El televisor se había encendido y allí estaba Wilbur Mercer.

—¿Por qué no dice nada? —preguntó Joan.

—Mercer ha hecho un voto esta semana. Silencio total. —Ray encendió un cigarrillo—. El Estado debería enviarme a mí en tu lugar. Eres una farsante.

—Al menos no soy una payasa —dijo Joan—, ni la seguidora de un payaso.

—Hay un proverbio zen —le recordó Ray en voz baja— que dice: «El Buda es un trozo de papel higiénico». Y otro: «El Buda suele...».

—Calla —le cortó ella—. Quiero ver a Mercer.

—¿Quieres verlo? —La voz de Ray rebosaba ironía—. ¿Eso es lo que quieres? Nadie ve a Mercer, ésa es la cuestión. —Arrojó el cigarrillo a la chimenea y se aproximó al aparato de televisión; allí, frente a él, Joan vio una caja de metal con dos asas, conectada por un fino cable al televisor. Ray agarró las asas y al instante, una mueca de dolor se dibujó en su cara.

—¿Qué pasa? —le preguntó alarmada.

—N-nada. —Ray no soltó las asas. En la pantalla, Wilbur Mercer caminaba lentamente por la superficie desnuda e irregular de una loma, con el rostro levantado hacia el cielo y una expresión de serenidad (o vacuidad) en sus finas y maduras facciones. Ray, jadeando, soltó las asas.

—Solo he podido aguantar cuarenta y cinco segundos. —Miró a Joan y le explicó —: Es la caja empática, querida. No puedo decirte cómo funciona. La verdad es que no lo sé. Me la trajeron ellos, la organización que las distribuye: Wilcer Incorporated. Pero lo que sí puedo decirte es que cuando agarras esas asas, dejas de ver a Wilbur Mercer. Empiezas a participar de su apoteosis. Sientes lo que él siente, vaya.

—Pues parece que duele —dijo Joan.

—Sí —respondió Ray Meritan en voz queda—. Porque Wilbur Mercer va a morir. Se dirige al lugar en el que lo van a matar.

Horrorizada, Joan se apartó de la caja.

—Has dicho que eso era lo que necesitábamos —dijo Ray—. No olvides que soy un telépata bastante capaz. No tengo que esforzarme mucho para leer tus pensamientos. «Si pudiéramos sufrir únicamente...» Eso es lo que estabas pensando hace apenas un momento. Bueno, pues ésta es tu ocasión, Joan.

—¡Eso es... morboso!

—¿Y tu pensamiento no?

—¡Sí! —respondió ella.

—Wilbur Mercer tiene veinte millones de seguidores en este momento. Por todo el mundo. Y están sufriendo con él todos los pesares de su camino hacia Pueblo, Colorado. Al menos ahí es adonde dicen que va. Yo tengo mis dudas. En cualquier caso, el mercerismo es ahora lo que en su día fue el budismo zen. Vas a Cuba a

enseñarles a los banqueros ricos una forma de ascetismo que ya está muy manida, obsoleta.

En silencio, Joan le dio la espalda y siguió observando a Mercer.

—Sabes que tengo razón —dijo Ray—. Puedo percibir tus emociones. Puede que tú misma no seas consciente de ellas, pero están ahí.

En la pantalla, alguien le lanzó una roca a Mercer. Lo alcanzó en el hombro.

Todo el que estaba agarrado a la caja empática, comprendió Joan, sintió el impacto tanto como Mercer.

Ray asintió.

—Tienes razón.

—Y... ¿qué pasará cuando lo maten? —Se estremeció.

—Ya lo veremos —respondió Ray en voz baja—. No lo sabemos.

## II

Douglas Herrick le dijo a Bogart Crofts, secretario de Estado:

—Creo que te equivocas, Boge. Puede que sea la amante de Meritan, pero eso no quiere decir que lo sepa.

—Esperaremos a que nos lo diga el señor Lee —respondió Crofts con irritación—. Cuando llegue a La Habana, la estará esperando.

—¿El señor Lee no puede examinar directamente a Meritan?

—¿Que un telépata examine a otro? —La idea hizo sonreír a Bogart Crofts. Planteaba una situación paradójica: el señor Lee leía la mente a Meritan, y éste, que también era telépata, leería la mente del señor Lee y descubriría que éste le estaba leyendo la mente, y Lee, que estaba leyéndole la mente, descubriría a su vez que Meritan lo sabía... y así sucesivamente. Un bucle interminable que terminaría con una fusión de mentes donde quedarían atrapados los pensamientos de Meritan sobre Wilbur Mercer.

—Es la semejanza de los nombres lo que me intriga —dijo Herrick—. Meritan, Mercer. Las primeras tres letras...

—Ray Meritan no es Wilbur Mercer —dijo Crofts—. Te diré cómo lo sabemos. La CIA tomó una grabación de la teleproyección de Mercer, la hizo ampliar y la analizó. Mercer aparecía en el típico paisaje desolado de cactus, arena y roca... Ya sabes.

—Sí —dijo Herrick con un asentimiento—. Lo llaman, «el desierto».

—En la ampliación descubrimos algo en el cielo. Lo estudiamos. No es la Luna. Es un satélite, pero es demasiado pequeño para ser el nuestro. Mercer no está en la Tierra. Sospecho que ni siquiera es un terrícola.

Crafts se inclinó y levantó una cajita metálica procurando no tocar las asas.

—Y estos trastos tampoco los diseñaron ni los construyeron en la Tierra. El movimiento Mercer es ajeno a la Tierra, y eso es lo que tenemos que investigar.

—Aunque Mercer no sea terrícola —dijo Herrick—, puede que haya sufrido, o incluso muerto en otros planetas.

—Oh, sí —dijo Crofts—. Mercer, o comoquiera que se llame en realidad, podría haber vivido muchas cosas. Pero seguimos sin saber lo que queremos saber. —Lo cual era, naturalmente, ¿qué les sucede a las personas que agarran las asas de las cajas empáticas?

Crofts tomó asiento frente a su mesa y estudió detenidamente la caja que tenía delante, con sus dos asas. Nunca las había tocado y no tenía la menor intención de hacerlo. Pero...

—¿Cuándo morirá Mercer? —preguntó Herrick.

—Se espera que a finales de la semana que viene.

—¿Y crees que el señor Lee habrá podido sacar algo de la mente de la chica para entonces? ¿Alguna pista sobre el verdadero paradero de Mercer?

—Eso espero —dijo Crofts, todavía sentado frente a la caja empática, y aún sin tocarla.

«Debe de ser una experiencia extraña —pensó—, colocar las manos en dos asas de metal de aspecto normal y descubrir, de repente, que ya no eres tú; que eres otro hombre completamente distinto, en otro lugar, un hombre que asciende penosamente por una larga cuesta en dirección a una muerte segura. Al menos, según dicen. Pero una cosa es que te lo cuenten y otra... ¿Cómo será en realidad? ¿Y si lo probara?»

La idea del dolor absoluto... Eso lo amilanaba y le impedía hacerlo.

Para él era impensable que la gente lo buscara en lugar de evitarlo. Agarrar las asas de las cajas empáticas no era un acto de escapismo. No era huir de algo, sino buscarlo. Y no era el dolor como tal; Crofts no era tan tonto como para pensar que los merceristas eran simples masoquistas en busca de dolor. Lo que los atraía era, él lo sabía perfectamente, sufrir dolor por una razón.

Los fieles sufrían por algo.

—Quieren sufrir como medio para negar sus existencias privadas, personales —le dijo en voz alta a su superior—. Es una comunión en la que todos sufren y experimentan la ordalía de Mercer.

«Igual que la Última cena —pensó—. Esa es la clave: la comunión, la participación que hay detrás de toda religión. O que debería haber. Las religiones unen a sus miembros en un cuerpo compartido, corporativo, del que todos los demás quedan excluidos.»

—Pero se trata principalmente de un movimiento político —dijo Herrick—, o al

menos así debemos tratarlo.

—Desde nuestro punto de vista —convino Crofts—. No el suyo.

El intercomunicador de la mesa emitió un zumbido y la voz de su secretaria dijo:

—Señor Crofts, ha llegado el señor Lee.

—Dígale que pase.

Un chino joven, alto y delgado, muy sonriente y con una mano extendida, entró en el despacho. Llevaba un traje muy clásico, de un cuerpo, con zapatos negros de puntera fina. Mientras se estrechaban la mano, dijo:

—Aún no ha salido para La Habana, ¿verdad?

—No —respondió Crofts.

—¿Es guapa? —preguntó el señor Lee.

—Sí —dijo Crofts con una sonrisa dirigida a Herricks—. Pero... difícil. La típica mujer irascible. Emancipada, no sé si me explico.

—Oh, una sufragista —dijo el señor Lee con una sonrisa—. Detesto a ese tipo de mujeres. No será fácil, señor Crofts.

—Recuerde —respondió éste— que su trabajo es dejarse convertir. Lo único que tiene que hacer es escuchar su propaganda budista, aprender a hacer algunas preguntas como «¿Este palo es el Buda?» y acostumbrarse a recibir algunos golpes en la cabeza en momentos inesperados. Es una práctica zen, encaminada, imagino, a inducir sentido común.

Con una amplia sonrisa, el señor Lee replicó:

—O a inducir sinsentido. ¿Ve? Estoy preparado. Sentido común y sinsentido. En el budismo zen es lo mismo. —Entonces se puso más serio—. Aunque yo soy comunista —dijo—. La única razón por la que hago esto es que el Partido ha adoptado la doctrina oficial de que el mercerismo es peligroso y debe ser erradicado. —Su rostro se tornó lúgubre—. Debo decir que esos merceristas son unos fanáticos.

—En efecto —asintió Crofts—. Y debemos colaborar para conseguir su extinción. —Señaló la caja empática—. ¿Alguna vez ha...?

—Sí —dijo el señor Lee—. Es una forma de castigo autoinducido, imagino que por razones de culpabilidad. El ocio provoca este tipo de emociones en la gente si se emplea como es debido: de lo contrario no.

«Este hombre no entiende nada —pensó Crofts—. Es un vulgar materialista. Típico de una persona nacida en una familia comunista y criada en una sociedad comunista. Para él, todo es blanco o negro.»

—Se equivoca —dijo el señor Lee. Había captado los pensamientos de Crofts.

Ruborizado, éste respondió:

—Disculpe, lo olvidaba. No pretendía ofenderlo.

—Veo en su mente —dijo el señor Lee— que cree que el señor Mercer, tal como se hace llamar, podría no ser terrícola. ¿Conoce la posición del Partido sobre este tema? Se debatió hace pocos días. El Partido afirma que no existen otras razas en el sistema solar, así que pensar que aún perduran en nuestro mundo vestigios de razas

superiores antiguas es una forma más de misticismo morboso.

Crofts suspiró.

—Decidir un asunto empírico por votación... Decidirlo conforme a criterios estrictamente políticos... Eso es algo que nunca podré entender.

En ese momento intervino el secretario Herricks para apaciguar a los dos individuos.

—Por favor, no nos perdamos en debates teóricos sobre cuestiones en las que sólo podemos estar en desacuerdo. Ciñámonos a lo básico: el Partido Mercerista y su acelerado crecimiento por todo el planeta.

—Tiene usted razón, por supuesto —dijo el señor Lee.

### III

En el aeropuerto de La Habana, Joan Hiashi miró a su alrededor mientras los demás pasajeros se dirigían rápidamente hacia la entrada del vestíbulo número veinte.

Como siempre, los amigos y parientes de los viajeros habían salido tímidamente a la pista, a despecho de la normativa del aeropuerto. Lo vio entre ellos: un joven y delgado chino con una sonrisa de bienvenida en el rostro.

Se encaminó hacia él y dijo:

—¿El señor Lee?

—Sí. —Eché a andar hacia ella—. Es hora de cenar. ¿Quiere comer algo? La llevaré al restaurante Hang Far Lo. Tienen pato prensado y sopa de nido de pájaro, al estilo cantonés... Muy dulce, pero agradable si no se toma demasiado a menudo.

Minutos más tarde se encontraban en el restaurante, en un reservado de cuero rojo y teca de imitación. A su alrededor se oían voces de cubanos y chinos. El aire olía a cerdo frito y humo de cigarro.

—¿Es usted el presidente del Instituto de Estudios Orientales de La Habana? —preguntó ella para asegurarse de que no se había producido ningún error.

—Exacto. El Partido Comunista Cubano no nos tiene simpatía a causa de nuestra vertiente religiosa, pero muchos de los chinos de la isla asisten a nuestras conferencias o están inscritos en nuestra lista de correo. Y, como sabe usted, muchos distinguidos eruditos de Europa y del sur de Asia acuden con regularidad a darnos alguna conferencia... Lo que me recuerda que hay una parábola zen que no entiendo. El monje que corta el gatito por la mitad. La he estudiado y he reflexionado mucho sobre ella, pero no veo cómo pudo el Buda estar presente cuando se cometió



semejante acto de crueldad con un animal. —Y se apresuró a añadir—: No es que quiera discutir con usted. Sólo me gustaría entender.

—De todas las parábolas zen —dijo Joan—, ésa es la más controvertida. La pregunta que uno debe plantearse es: ¿dónde está el gatito ahora?

—Eso me trae a la mente el comienzo del Bhagavad-Gita —respondió el señor Lee con un rápido asentimiento—. Cuando Arjuna dice:

*El arco que Gandiva me arrebató*

*de la mano...*

*¡Mal presagio!*

*¿Qué podemos esperar de esta matanza entre parientes?*

—Exacto —dijo Joan—. Y, por descontado, recordará usted la respuesta de Krishna. Es la afirmación más profunda de todas las religiones pre-budistas sobre el tema de la muerte y la acción.

En ese momento llegó el camarero a tomar nota de su pedido. Era un cubano con pantalones caqui y boina.

—Le recomiendo el won ton frito —dijo el señor Lee—. Y el chow yuk. Y, por supuesto, el rollito de huevo. ¿Tienen rollitos de huevo? —preguntó al camarero.

—Sí, señor Lee —respondió el camarero en español mientras se hurgaba la dentadura con un mondadientes.

El señor Lee pidió para los dos y el camarero se marchó.

—Mire —dijo Joan—, cuando uno ha pasado tanto tiempo como yo con un telépata, detecta los exámenes mentales intensivos... Siempre que Ray intentaba sonsacarme algo, me daba cuenta. Es usted telépata. Y está sometién dome a un examen mental intensivo en este mismo momento.

El señor Lee sonrió y dijo:

—Ya me gustaría, señorita Hiashi.

—No tengo nada que ocultar —dijo Joan—. Pero me pregunto por qué está tan interesado en lo que pienso. Sabe usted que soy una empleada del departamento de Estado de los Estados Unidos; no es ningún secreto. ¿Teme que haya venido a Cuba en calidad de espía? ¿Para husmear en sus instalaciones militares? ¿Es eso? —dijo—. No ha sido usted sincero conmigo.

—Es usted una mujer muy atractiva, señorita Hiashi —dijo el señor Lee sin perder un ápice de seriedad—. Simplemente me interesa... ¿cómo decirlo sin resultar vulgar? Su actitud hacia el sexo.

—Me está mintiendo —dijo Joan en voz baja.

La sonrisa boba del señor Lee se esfumó. La miró directamente a los ojos.

—Sopa de nido, señor. —El camarero había regresado. Dejó un cuenco humeante en el centro de la mesa—. Té. —Dejó una tetera y dos pequeñas tazas sin asa. — ¿Quiere palillos, señorita?

—No —respondió ella, ausente.

En el exterior del reservado se alzó un grito de angustia. Joan y el señor Lee se pusieron en pie de un salto. El señor Lee apartó la cortina. El camarero, que estaba mirando en aquella dirección, se echó a reír.

En la esquina opuesta del restaurante había un anciano caballero cubano, sentado frente a una caja empática, cuyas dos asas agarraban sus manos.

—Aquí también... —dijo Joan.

—Son como alimañas —dijo el señor Lee—. Hasta aquí, mientras comemos...

—Un Loco... —dijo el camarero. Sacudió la cabeza, sin dejar de reír.

—Sí —dijo Joan—. Señor Lee, trataré de hacer mi trabajo aquí, a pesar de lo que ha ocurrido entre nosotros. No sé por qué han enviado a un telépata para recibirme. Posiblemente se trate de paranoia comunista, pero en cualquier caso, tengo cosas que hacer aquí y quiero hacerlas. Así que, ¿quiere que hablemos del gatito desmembrado?

—¿Durante la cena? —preguntó el señor Lee con voz débil.

—El tema lo ha sacado usted —repuso Joan y procedió a explayarse sobre el tema, a pesar de la expresión de profundo desagrado que afloraba a las facciones del señor Lee mientras metía la cuchara en la sopa de nido de ave.

En el estudio de televisión de la cadena KKHF de Los Angeles, Ray Meritan, sentado junto a su arpa, aguardaba su turno. How High the Moon, había decidido, sería su primer número. Bostezó con la mirada clavada en la cabina de control.

Tras él, junto a la pizarra, el comentarista de jazz Glen Goldstream se limpió las gafas sin montura con un pañuelo de lino, antes de decir:

—Creo que esta noche voy a enlazar con Gustav Mahler.

—¿Quién demonios es ése?

—Un gran compositor de finales del siglo XIX. Muy romántico. Escribía largas y peculiares sinfonías y canciones populares. Sin embargo, ahora mismo estoy pensando en los patrones rítmicos de «El borracho en primavera», de La canción de la Tierra. ¿La has oído?

—No —dijo Meritan con impaciencia.

—Es muy verdegrís.

Ray Meritan no se sentía muy verdegrís aquella noche. Aún le dolía la cabeza por la pedrada que había recibido mientras estaba en comunión con Wilbur Mercer. Había tratado de soltar la caja empática al ver venir la piedra, pero no había sido lo bastante rápido. La piedra había alcanzado a Mercer en la sien derecha y le había hecho sangre.

—Esta tarde me he cruzado con tres merceristas —dijo Glen— y los tres tenían un aspecto horrible. ¿Qué le ha pasado hoy a Mercer?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Estás igual que ellos. Es la cabeza, ¿no? Te conozco muy bien Ray. Te meterías en cualquier cosa con tal de que fuera nueva y rara. ¿A mí qué más me da que seas

mercerista? Sólo pensé que igual querrías una pastilla para el dolor de cabeza.

Ray Meritan respondió con brusquedad:

—Eso iría contra el meollo del asunto, ¿sabes? Una pastilla para el dolor de cabeza... Tome, señor Mercer, ¿qué le parece una dosis de morfina para facilitar el ascenso por la colina? No sentirá nada... —Tocó unas cuantas cadencias con el arpa para liberar la tensión.

—Estás en el aire —dijo el productor desde la sala de control.

Su tema, *That's a Plenty*, brotó de la pletina de la sala de control y en la cámara dos, que estaba enfocando a Goldstream, se encendió el piloto rojo. Con los brazos cruzados, Goldstream dijo:

—Buenas tardes, damas y caballeros. ¿Qué es el jazz?

«Eso digo yo —pensó Meritan—. ¿Qué es el jazz? ¿Qué es la vida?» Mientras se frotaba la dolorida frente, se preguntó cómo iba a soportar la próxima semana. Wilbur Mercer estaba acercándose a su destino. Cada día sería peor que el anterior.

—Y después de una breve pausa para un mensaje importante —estaba diciendo Goldstream— volveremos para seguir hablando del mundo de los hombres y las mujeres verdegrís, esa gente tan peculiar, y del mundo interior del único e inimitable Ray Meritan.

La cinta del anunciante apareció en el monitor que Meritan tenía enfrente.

—Creo que voy a tomarme esa pastilla —le dijo a Goldstream.

Le pasaron una píldora, amarilla y lisa.

—Paracodeína —dijo Goldstream—. Sumamente ilegal, pero eficaz. Una droga adictiva. Me sorprende que tú, precisamente tú, no la utilices.

—Antes sí la usaba —dijo Ray mientras cogía un vaso de papel, lo llenaba de agua y se tragaba la pastilla.

—Y ahora practicas el mercerismo.

—Ahora soy... —Miró a Goldstream. Se conocían, profesionalmente hablando, desde hacía años—. No soy mercerista —dijo—, así que olvídate de eso, Glen. Es una mera coincidencia que me haya dado jaqueca la misma noche que a Mercer le ha tirado una piedra afilada a la cabeza un imbécil sádico que, él sí, debería estar arrastrándose por esa ladera. —Dirigió una mirada ceñuda a Goldstream.

—Tengo entendido —repuso éste— que el departamento de Salud Mental está a punto de solicitar al de Justicia que detenga a los merceristas.

De improviso se volvió hacia la cámara dos. Una sonrisa sutil afloró a sus facciones y, con voz suave, dijo:

—El verdegrís apareció hace unos cuatro años, en Pinole, California, en el justamente célebre club *Double Shot*, donde actuó Ray Meritan entre 1993 y 1994. Esta noche, Ray nos deleitará con uno de sus mejores y más conocidos temas, *Once in Love with Amy*. —Se volvió hacia Meritan—. Con todos ustedes... ¡Ray... Meritan!

Ding-dong, empezó a tañer el arpa entre los dedos de Ray Meritan.

«Una lección —pensó mientras tocaba—. En eso me convertiría el FBI. En una lección para los adolescentes: lo que no deben ser cuando crezcan. Primero la paracodeína y ahora Mercer. ¡Cuidado, niños!»

Fuera del plano, Glen Goldstream levantó un cartel en el que acababa de escribir:

¿ES MERCER UN EXTRATERRESTRE?

Y debajo, con un rotulador grueso, añadió:

ESO ES LO QUE QUIEREN SABER.

«Una invasión procedente de algún lugar del exterior —pensó Meritan mientras tocaba—. Eso es lo que les da miedo. Lo desconocido. Son como niños pequeños. Esos son nuestros gobernantes: niños pequeños dominados por el miedo, que juegan a juegos rituales con juguetes súper poderosos.»

Un pensamiento apareció en su cabeza, procedente de uno de los técnicos de la sala de control. «Han herido a Mercer.»

Al instante, Ray Meritan dirigió toda su atención hacia él y exploró su mente con todas sus fuerzas. Sus dedos, en un acto reflejo, continuaron rasgando las cuerdas del arpa.

«El gobierno ha ilegalizado las cajas empáticas.»

Pensó en su propia caja empática, frente al televisor, en el salón de su apartamento.

«La organización que distribuye y comercializa las cajas empáticas ha sido declarada ilegal y el FBI está realizando arrestos en varias ciudades importantes. Se espera que otros países tomen pronto medidas similares.

»¿Estará grave? —pensó—. ¿Agonizante?»

Y... ¿qué habría sido de los merceristas que estaban conectados a las cajas empáticas en ese momento? ¿Cómo estarían ahora? ¿Recibiendo atención médica?

«¿Deberíamos dar la noticia ahora? —estaba pensando el técnico de red—. ¿O esperar hasta después de los anuncios?»

Ray Meritan dejó de tocar el arpa y dijo con voz clara ante el micrófono:

—Han herido a Wilbur Mercer. A pesar de que era lo esperado, sigue siendo una gran tragedia. Mercer es un santo.

Glen Goldstream se volvió hacia él, boquiabierto y con los ojos como platos.

—Yo creo en Mercer —continuó Ray Meritan y, por todos los Estados Unidos, su público oyó su confesión de fe—. Creo que su sufrimiento, su dolor y su muerte tienen sentido para nosotros.

Ya estaba hecho; había salido al aire. Y ni siquiera le había exigido demasiado valor.

—Recen por Wilbur Mercer —dijo, antes de seguir tocando su arpa al estilo verdegrís.

«Será idiota —estaba pensando Glen Goldstream—. ¡Mira que desenmascararse solo! Estará en la cárcel antes de un mes. ¡Has arruinado tu carrera!»

Ding-dong, continuó el arpa, mientras Ray le dirigía a su amigo una sonrisa triste.

## IV

—¿Conoce la historia del monje zen que jugaba al escondite con los niños? —preguntó el señor Lee—. Es de Basho, ¿no? El monje se ocultó en un retrete y a los niños no se les ocurrió buscarlo allí, así que se olvidaron de él. Era un hombre muy sencillo. Al día siguiente...

—Admito que el zen es una forma de estupidez —dijo Joan Hiashi—. Exalta las virtudes de la credulidad y la simpleza. Es decir, de quien se deja engañar con facilidad. —Dio un sorbo a su té y descubrió que se le había enfriado.

—Entonces es usted una auténtica practicante del zen —dijo el señor Lee—. Porque se ha dejado engañar. —Introdujo una mano en su abrigo y sacó una pistola, con la que apuntó a Joan—. Queda usted arrestada.

—¿Por el gobierno cubano?

—Por el de los Estados Unidos —dijo el señor Lee—. He leído su mente y he descubierto que sabe que Ray Meritan es un importante mercerista, y que usted misma siente simpatía por ese movimiento.

—¡Eso no es verdad!

—Inconscientemente, sí. Está a punto de convertirse. Puedo captar esas ideas, aunque se empeñe en ocultárselas a sí misma. Vamos a volver a los Estados Unidos y, una vez allí, iremos a ver al señor Ray Meritan, quien nos llevará hasta Wilbur Mercer. Así de sencillo.

—¿Y para esto me han enviado a Cuba?

—Soy miembro del comité central del Partido Comunista Cubano —dijo el señor Lee—. El único telépata de dicho comité, de hecho. Hemos acordado por votación cooperar con el departamento de Estado norteamericano durante la presente crisis. Nuestro avión, señorita Hiashi, sale para Washington D. C. dentro de media hora. Tenemos que marchamos al aeropuerto ahora mismo.

Joan Hiashi lanzó una mirada de impotencia a su alrededor. Los demás clientes, los camareros... nadie les prestaba atención. Se levantó mientras el camarero, con una bandeja muy cargada, pasaba a su lado.

—Este hombre —dijo señalando al señor Lee— me está secuestrando.

El camarero miró al señor Lee, vio de quién se trataba, le sonrió a Joan y se encogió de hombros.

—El señor Lee es un hombre importante —dijo, y se alejó con su bandeja.

—Dice la verdad —le dijo el señor Lee.

Joan salió corriendo del reservado y cruzó el restaurante.

—Ayúdeme —le dijo al anciano mercerista cubano que tenía la caja empática frente a sí—. Soy mercerista —le dijo—. Me están arrestando.

El rostro arrugado y anciano del hombre se alzó y la estudió con la mirada.

—Ayúdeme —dijo Joan.

—Alabado sea Mercer —dijo el viejo.

«No puedes ayudarme», comprendió Joan. Se volvió hacia el señor Lee, quien la había seguido y continuaba apuntándola con la pistola.

—Este viejo no va a hacer nada —dijo—. Ni siquiera ponerse en pie.

Los hombros de Joan se hundieron.

—Muy bien. Ya entiendo.

La televisión del rincón interrumpió de repente su letanía de banalidades; la imagen de un rostro de mujer y la botella de limpiador que tenía a su lado desaparecieron bruscamente, reemplazadas por una pantalla negra. Entonces un locutor empezó a hablar en español.

—Mercer está herido —tradujo el señor Lee—, pero no muerto. ¿Cómo se siente, señorita Hiashi, como mercerista? ¿Le afecta? Ah, lo olvidaba. Para que la alcance, antes debe tocar las asas. Debe ser un acto voluntario.

Joan cogió la caja empática del viejo cubano, vaciló un momento y luego agarró las asas. El señor Lee la miró con sorpresa; se movió hacia ella, alargó una mano hacia la caja...

No fue dolor lo que sintió. «¿Es así? —se preguntó al ver que, a su alrededor, el restaurante se volvía borroso y se esfumaba—. Puede que Wilbur Mercer esté inconsciente. Será eso. Me voy a escapar de usted —pensó, refiriéndose al señor Lee—. No puede, o al menos no quiere, seguirme allá donde voy: al mundo en el que va a morir Wilbur Mercer, que está agonizando, en medio de una llanura desierta, rodeado por sus enemigos. Ahora estoy con él. Y así escapo de un destino peor. De usted. Y nunca podrá volver a cogerme.»

Vio a su alrededor una extensión desolada. El aire olía a flores secas; era el desierto, no llovía.

Un hombre se encontraba ante ella, con un brillo de pesar en sus ojos grises y doloridos.

—Soy tu amigo —dijo—, pero debes seguir tu camino como si no existiera. ¿Lo entiendes? —Extendió las dos manos abiertas.

—No —respondió ella—. No lo entiendo.

—¿Cómo puedo salvarte —dijo el hombre— si no puedo salvarme a mí?. —Sonrió—. ¿No te das cuenta? No hay salvación.

—Y entonces, ¿para qué es todo esto?

—Para enseñarte —dijo Wilbur Mercer— que no estás sola. Estoy aquí contigo, y siempre lo estaré. Vuelve y enfrentate a ellos. Y díselo.

Joan soltó las asas.

—¿Y bien? —preguntó el señor Lee. Seguía apuntándola con su pistola.

—Vámonos —respondió ella—. De vuelta a los Estados Unidos. Entrégueme al FBI. Me da igual.

—¿Qué ha visto? —le preguntó el señor Lee con curiosidad.

—No se lo voy a decir.

—Pero puedo descubrirlo de todos modos. En su mente. —Estaba sondeándola ya, escuchando con la cabeza ladeada. Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, como si estuviera haciendo pucheros.

—Qué decepción —dijo—. Mercer la mira a la cara y le dice que no puede hacer nada por usted. ¿Ese es el hombre por el que daría la vida, por el que la darían todos ustedes? Están enfermos.

—En la sociedad de los locos —dijo Joan—, los enfermos son los sanos.

—¡Qué tontería! —repuso el señor Lee.

—Ha sido interesante —le dijo el señor Lee a Bogart Crofts—. Se ha convertido en una mercerista ante mis ojos. La latencia se convirtió en realidad... había acertado en mi análisis anterior.

—Detendrán a Meritan en cualquier momento —dijo Crofts a su superior, el secretario Herrick—. Abandonó el estudio de Los Angeles donde recibió la noticia de la grave lesión de Mercer. Después de eso, nadie sabe lo que hizo. No volvió a su apartamento. La policía ha encontrado su caja empática, pero él no estaba allí.

—¿Dónde está Joan Hiashi? —preguntó Crofts.

—En Nueva York, detenida —dijo el señor Lee.

—¿Bajo qué cargos? —le preguntó Crofts al secretario Herrick.

—Agitación política peligrosa para la seguridad de los Estados Unidos.

El señor Lee sonrió y dijo:

—Y la ha arrestado un agente comunista en Cuba. Es una paradoja zen que no le hará mucha gracia a la propia señorita Hiashi.

Mientras tanto, Bogart Crofts reflexionaba. Estaban confiscando enormes cantidades de cajas empáticas. Pronto daría comienzo su destrucción. Cuarenta y ocho horas más tarde, la mayoría de las cajas empáticas de los Estados Unidos habría dejado de existir, incluida la que tenían en aquella oficina.

Seguía sobre la mesa, intacta. Él había pedido que se la trajeran, pero en todo este tiempo no le había puesto las manos encima, había resistido. Se acercó a ella.

—¿Qué pasaría —preguntó al señor Lee— si yo cogiera estas dos asas? Aquí no hay ningún aparato de televisión. No tengo la menor idea de lo que está haciendo Wilbur Mercer en este momento. De hecho, hasta donde yo sé, podría estar ya

muerto.

—Si coge usted las asas, señor —dijo el señor Lee—, entrará en una... no me gusta usar el término, pero en este caso parece apropiado. En una comunión mística. Con el señor Mercer, esté donde esté. Compartirá su sufrimiento, como ya sabe, pero eso no es todo. También participará de su... —el señor Lee reflexionó— visión del mundo no es el término correcto. ¿Ideología? Tampoco.

—¿Qué le parece «estado de trance»? —sugirió el secretario Herrick.

—Puede —dijo el señor Lee con el ceño fruncido—. Pero no, tampoco es eso. No hay palabra capaz de describirlo y ésa es la cuestión. No se puede describir. Hay que experimentarlo.

—Lo intentaré —decidió Crofts.

—No —replicó el señor Lee—. Al menos si acepta mi consejo. Es mejor que no lo haga. La señorita Hiashi lo hizo y vi cómo se operaba el cambio en ella. ¿Habría probado usted la paracodeína cuando estaba de moda ente las masas desarraigadas y cosmopolitas? —preguntó con tono irascible.

—Yo he probado la paracodeína —dijo Crafts—. Y no me hizo absolutamente nada. ¿Qué quieres hacer Boge? —le preguntó el secretario Herrick.

Bogart Crofts se encogió de hombros y respondió:

—Lo que quiero decir es que no entendí que a nadie pudiera gustarle, que pudiera volverse adicto. —Y, por fin, cogió las dos asas de la caja empática.

## V

Ray Meritan caminaba lentamente bajo la lluvia, pensando: «Tienen mi caja empática y si vuelvo al apartamento, me cogerán.»

Su talento telepático lo había salvado. Al entrar en el edificio había captado los pensamientos de los policías.

Ahora era más de medianoche. «El problema es que soy demasiado conocido —comprendió—. La culpa es del maldito programa de televisión. Vaya adonde vaya, me reconocerán.

»Al menos en la Tierra.

»¿Dónde estará Wilbur Mercer? —se preguntó—. ¿En el sistema solar o más allá, bajo un sol completamente distinto? Puede que nunca lo sepamos. O, al menos, puede que nunca llegue a saberlo yo.»

Pero, ¿acaso importaba? Wilbur Mercer estaba en alguna parte. Eso era lo único



que importaba. Y siempre había un modo de llegar hasta él. La caja empática siempre estaba allí... o al menos lo había estado, hasta las redadas. Y Meritan tenía la sensación de que la compañía distribuidora que se las había proporcionado, y que de todos modos siempre había llevado una existencia semiclandestina, encontraría el modo de sortear a la policía. Si tenía razón...

Más allá, en la oscuridad lluviosa, vislumbró las luces rojas de un bar. Se dirigió hacia allí y entró.

—Oiga, ¿tiene una caja empática? —preguntó al camarero—. Le pagaré cien dólares si me deja usarla.

El camarero, un tipo grande y fornido de brazos velludos, respondió:

—No, no tengo nada de eso. ¿Desea algo más?

Los demás clientes del bar se lo habían quedado mirando y uno de ellos dijo:

—Ahora son ilegales.

—Eh, es Ray Meritan —dijo otro—. El tío del jazz.

—Toca un poco de verdegrís para nosotros, tío —dijo un tercero con voz cansada antes de darle un trago a su cerveza.

Meritan se dispuso a marcharse.

—Espere —dijo el camarero—. Tranquilo, colega. Vaya a esta dirección. —Escribió algo en un estuche de cerillas y se lo entregó a Meritan.

—¿Qué le debo? —preguntó éste.

—Oh, con cinco dólares va bien.

Meritan pagó y salió del bar con el estuche de cerillas en el bolsillo. «Probablemente sea la dirección de la comisaría más cercana —se dijo—. Pero lo intentaré de todos modos.»

«Si pudiera encontrar una caja empática una vez más...»

La dirección que le había dado el camarero correspondía a un viejo y destartado edificio de madera de los suburbios de Los Angeles. Llamó a la puerta y esperó.

La puerta se abrió. Al otro lado apareció una mujer de mediana edad, en bata y zapatillas, que se lo quedó mirando.

—No soy policía —dijo—. Soy mercerista. ¿Puedo usar su caja empática?

La puerta se abrió un poco más; la mujer lo examinó y finalmente pareció convencerse de que era sincero, aunque no dijo nada.

—Siento tener que molestarla a esta hora —se disculpó.

—¿Qué le ha pasado, señor? —preguntó ella—. Tiene mal aspecto.

—Es Wilbur Mercer —dijo Ray—. Está herido.

—Enciéndala —dijo la mujer mientras lo llevaba lentamente hasta un oscuro y frío saloncito en el que dormía un loro en una enorme y abollada jaula de alambre. Allí, sobre un viejo y enorme mueble-radio, estaba la caja empática. Al verla, Ray sintió que se apoderaba de él una sensación de alivio.

—Está usted en su casa —le dijo la mujer.

—Gracias —respondió él, y agarró las asas.

Una voz dijo en sus oídos:

—Usaremos a la chica. Ella nos llevará hasta Meritan. Hice bien en contratarla.

Ray Meritan no reconoció la voz. No era la de Wilbur Mercer. Pero aun así, perplejo, continuó agarrado a las asas y escuchó; se quedó donde estaba, paralizado, con las manos extendidas y aferrado a la caja.

—Lo de la fuerza extraterrestre ha seducido al segmento más crédulo de nuestra comunidad, segmento que, estoy convencido, es objeto de manipulación por una minoría de oportunistas cínicos situados en la cúspide, como Meritan. Están aprovechándose de esta locura de Wilbur Mercer para llenarse los bolsillos — continuó la voz, monótona y segura de sí.

Ray Meritan sintió miedo al oírla. Porque era alguien del otro bando, comprendió. Por alguna razón había entrado en contacto con él y no con Wilbur Mercer.

¿O acaso lo habría organizado deliberadamente el propio Mercer? Siguió escuchando y oyó lo siguiente:

—... hay que sacar a Hiashi de Nueva York y traerla aquí, para seguir interrogándola. —Añadió la voz—. Tal como le he dicho a Herrick...

Herrick, el secretario de Estado. Era un miembro del departamento de Estado el que estaba pensando, comprendió Meritan, el que estaba pensando en Joan. Puede que el mismo funcionario que la había contratado.

O sea, que no estaba en Cuba. Estaba en Nueva York. ¿Qué había pasado? Todo parecía indicar que el departamento de Estado había tratado de utilizar a Joan para llegar hasta él.

Soltó las asas y la voz fue desapareciendo poco a poco.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó la mujer.

—S-sí —respondió Meritan, un poco desconcertado, tratando de orientarse en aquella habitación que no conocía.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

—Ahora... ahora mismo no lo sé —respondió con toda sinceridad. «Tengo que ir a Nueva York. Y tratar de ayudar a Joan. Está metida en esto por mi culpa. No tengo otra opción. Aunque me cojan... ¿cómo voy a abandonarla?»

—No he visto a Mercer —dijo Bogart Crofts.

Se alejó unos pasos de la caja empática y le lanzó una mirada ceñuda.

—He visto a Meritan. Pero no sé dónde está. En el mismo momento en que agarraba las asas, Meritan lo hacía en otra parte. Estábamos conectados y ahora sabe todo lo que yo sé. Y yo lo que sabe él, que no es mucho. —Aturdido, se volvió hacia el secretario Herrick—. No sabe más sobre Wilbur Mercer que nosotros; estaba intentando llegar hasta él. Definitivamente, no es él. —Entonces guardó silencio.

—Hay más —dijo Herrick, y se volvió hacia el señor Lee—. ¿Qué más ha captado, señor Lee?

—Meritan se dirige a Nueva York para encontrar a Joan Hiashi —dijo el señor

Lee tras leer obedientemente los pensamientos de Crofts—. Lo leyó en la mente del señor Meritan en el mismo momento en que se fundió con él.

—Pues habrá que prepararle una bienvenida —dijo el secretario Herrick con una mueca.

—¿Lo que acabo de experimentar es lo que los telépatas sienten todo el rato? —le preguntó Crofts al señor Lee.

—Sólo cuando nos acercamos mucho a otro telépata —respondió el señor Lee—. Puede ser desagradable. Intentamos evitarlo, porque si las dos mentes son diametralmente opuestas y chocan, puede provocar daños psicológicos. Me parece que la suya y la del señor Meritan han chocado.

—Escuchen, ¿por qué seguimos con esto? —preguntó Crofts—. Ahora sé que Meritan es inocente. No sabe absolutamente nada sobre Mercer ni sobre la organización que distribuye estas cajas, salvo su nombre.

Hubo un momento de silencio.

—Pero es uno de los pocos famosos que se ha unido a los merceristas —señalo el secretario Herrick. Le entregó un teletipo—. Y lo ha hecho abiertamente, además. Si te tomas la molestia de leer esto...

—Ya sé que ha expresado su lealtad a Mercer en su programa de televisión —dijo Crofts, temblando.

—Cuando se trata con una fuerza extraterrestre procedente de otro sistema solar —dijo el secretario—, hay que moverse con cuidado. Tenemos que detener a Meritan como sea, y para eso vamos a utilizar a la señorita Hiashi. La soltaremos y haremos que la sigan. Cuando Meritan se ponga en contacto con ella...

—No diga lo que está pensando —le dijo a Crofts el señor Lee—. Perjudicará permanentemente su carrera.

—Herrick —dijo Crofts—, esto está mal. Meritan es inocente y Joan Hiashi también. Si intenta tenderle una trampa a Meritan, dimitiré.

—Escriba su carta de dimisión y entreguémosla —respondió el secretario Herrick con expresión lúgubre.

—Qué pena —dijo el señor Lee—. Yo diría que su contacto con el señor Meritan le ha nublado el juicio, señor Crofts. Lo ha influido maliciosamente. Sacúdaselo de encima, por el bien de su carrera y de su país... por no hablar del de su familia.

—Lo que estamos haciendo está mal —repitió Crofts.

El secretario Herrick le lanzó una mirada furiosa.

—¡Esas cajas empáticas son una amenaza! Acabo de comprobarlo con mis propios ojos. Ahora no cambiaría de idea por nada del mundo.

Recogió la caja empática que había usado Crofts. La levantó por encima de su cabeza y la arrojó contra el suelo. La caja se partió en varios trozos.

—No crea que se trata de un acto infantil —dijo—. Quiero que todo contacto entre Meritan y usted se interrumpa. Es un peligro.

—Si lo capturamos —dijo Crofts—, continuará ejerciendo su influencia sobre

nosotros. —Pero inmediatamente enmendó el comentario—. O, más bien, sobre mí.

—Aun así, estoy decidido a continuar —dijo el secretario Herrick—. Y, por favor, señor Crofts, quiero su carta de dimisión. También estoy decidido a actuar en ese asunto —añadió con sombría determinación.

—Secretario —intervino el señor Lee—, puedo leer la mente del señor Crofts y veo que en este momento está aturdido. Es la víctima inocente de una situación, orquestada quizá por Wilbur Mercer para sembrar la confusión en nuestras filas. Si acepta usted la dimisión del señor Crofts, Mercer se habrá salido con la suya.

—Da igual que la acepte o no —dijo Crofts—. Porque voy a dimitir de todos modos.

El señor Lee suspiró y dijo:

—La caja empática lo ha convertido por un momento en telepata y ha sido demasiado para usted. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. El poder telepático y la empatía son dos versiones de la misma cosa. De hecho, deberían llamarse «cajas telepáticas». Esos extraterrestres son asombrosos. Han inventado algo a lo que nosotros sólo hemos podido acceder por medio de la evolución.

—Ya que puede leerme la mente —le dijo Crofts—, sabrá lo que estoy pensando hacer. Y estoy convencido de que se lo va a decir al secretario Herrick.

El señor Lee, con una sonrisa afectada en los labios, dijo:

—El secretario y yo cooperamos por el bien de la paz mundial. Los dos cumplimos órdenes. —Se volvió hacia Herrick y continuó—: Está tan alterado que baraja la posibilidad de traicionarnos. Unirse a los merceristas antes de que destruyamos todas las cajas. Le ha gustado la experiencia de la telepatía, aunque fuera involuntaria.

—Si hace eso —dijo Herrick—, ordenaré que le arresten. Se lo prometo.

Crofts no respondió.

—No ha cambiado de idea —dijo el señor Lee con tono desenfadado y un gesto de asentimiento. Parecía divertido por la situación.

Pero, por debajo, estaba pensando: «Ha sido un golpe brillante de la criatura que se hace llamar Wilbur Mercer, esto de poner a Crofts en contacto directo con Meritan. Sin duda había previsto que Crofts recibiría las potentes emanaciones del núcleo del movimiento. El siguiente paso es que Crofts vuelva a ponerse en contacto con una caja empática, si logra encontrarla, y esta vez Mercer se dirija a él en persona. A su nuevo discípulo.

»Han ganado un converso —comprendió—. Se nos han adelantado.

»Pero al final ganaremos nosotros. Porque conseguiremos destruir todas las cajas empáticas y, sin ellas, Wilbur Mercer no puede hacer nada. Es el único modo que tiene ese hombre... o esa cosa... de alcanzar a la gente y controlarla, como ha hecho con el desgraciado señor Crofts. Sin las cajas empáticas, su movimiento es impotente.»

## VI

En el mostrador de la UWA, en el aeropuerto Rocky Field de Nueva York, Joan Hiashi le dijo al uniformado dependiente:

—Quiero un billete para el próximo vuelo que salga hacia Los Angeles. Cohete o avión, me da igual. Sólo quiero llegar hasta allí.

—¿Primera clase o turista?

—Ay, demonios —dijo Joan con voz cansada—, déme el billete de una vez. El que sea. —Abrió el bolso.

Cuando se disponía a pagarlo, una mano se lo impidió. Se volvió y allí estaba Ray Meritan, con el rostro tembloroso de alivio.

—Menudo lugar para captar tus pensamientos... —dijo—. Vamos a un sitio más tranquilo. Te quedan diez minutos antes del vuelo.

Cruzaron el edificio apresuradamente hasta llegar a una rampa desierta. Allí se detuvieron y Joan dijo:

—Escucha, Ray, es una trampa. Por eso me han soltado. Pero ¿a quién más podía recurrir?

—No te preocupes por eso —dijo Ray—. Más tarde o más temprano tendrán que cogerme. Estoy seguro de que saben que he dejado California para venir a buscarte. —Miró a su alrededor—. Aún no hay agentes del FBI por aquí. O al menos no capto nada que lo sugiera. —Encendió un cigarrillo.

—Ahora que estás aquí —dijo Joan—, no tengo ninguna razón para volver a Los Ángeles. Puedo cancelar el vuelo.

—¿Sabes que están destruyendo todas las cajas empáticas que encuentran...? —dijo Ray.

—No —respondió ella—. No lo sabía. Me han soltado hace media hora. Es horrible. Así que van en serio...

Ray se echó a reír.

—Digamos que están realmente asustados. —La rodeó con el brazo y la besó—. Te diré lo que vamos a hacer. Intentaremos salir de aquí, iremos al Lower East Side y alquilaremos un cuchitril. Nos ocultaremos y encontraremos alguna caja empática que se les haya pasado. —«Pero es poco probable. Lo más seguro es que ya las hayan requisado todas. Tampoco eran tantas.»

—Lo que tú digas —respondió Joan con tristeza.

—¿Me quieres? —le preguntó él—. Leo tu mente. Sí me quieres. —Y entonces añadió, en voz baja—: También puedo leer la mente del señor Lewis Scanlan, un agente del FBI que acaba de llegar al mostrador de la UWA. ¿Qué nombre has dado?

—Señora de George McIsaacs —dijo Joan—. Creo. —Comprobó el billete—. Sí, eso es.

—Pero Scanlan está preguntando si ha pasado una japonesa por el mostrador en los últimos quince minutos —dijo Ray—. Y el dependiente te recuerda. Así que... —

la cogió del brazo— será mejor que nos pongamos en marcha.

Bajaron corriendo la desierta rampa y pasaron por una puerta automática que daba a un vestíbulo de recogida de equipajes. Todo el mundo estaba demasiado ocupado como para fijarse en las dos personas que se abrían camino entre la muchedumbre de camino a la puerta y, un instante después, salían a una acera fría y desolada, donde había dos largas filas de taxis aparcados. Joan hizo además de llamar a uno...

—Espera —dijo Ray mientras la detenía—. Estoy captando una mezcla confusa de pensamientos. Uno de los taxistas es del FBI, pero no sé cuál. —Se quedó allí parado, sin saber qué hacer.

—No podemos escapar, ¿verdad? —dijo Joan.

—Va a ser complicado —respondió él. «O más bien imposible», pensó. Experimentó los confusos y aterrorizados pensamientos de la chica, su ansiedad ante el hecho de que por su culpa lo hubieran localizado y fueran a detenerlo, su feroz deseo de no volver a la cárcel, su penetrante amargura por la traición del señor Lee, el gerifalte comunista al que había conocido en Cuba.

—Qué asco... —dijo Joan mientras se pegaba a él.

Seguía sin saber qué taxi debían coger. Los preciosos segundos se desgranaban mientras él permanecía allí parado.

—Escucha —le dijo a Joan—. Quizá sea mejor que nos separemos.

—No —respondió ella mientras se aferraba a él—. No puedo seguir sola. No lo soportaría. Por favor.

Un sujeto con barba de dos días y una bandeja colgada del cuello por un cordel se acercó a ellos.

—Hola, amigos —murmuró.

—Ahora no —le dijo Joan.

—Una muestra de cereales para el desayuno —dijo el vendedor—. Gratis. Coja una caja, señorita. Y usted también, señor. Coja una. —Extendió su bandeja, llena de pequeñas cajitas de cartón de alegres colores, en dirección a Ray.

«Es raro —pensó éste—. No capto nada procedente de la mente de este hombre.» Se lo quedó mirando y entonces percibió, o le pareció percibir, una peculiar insustancialidad en él. Como si su cuerpo no fuera del todo material.

Ray cogió una de las muestras.

—Se llama Almuerzo Alegre —dijo el vendedor—. Es un producto nuevo que estamos presentando. Hay un cupón dentro. Es para...

—Vale —dijo Ray mientras se guardaba la cajita en el bolsillo. Cogió a Joan de la mano y caminó paralelamente a la fila de taxis. Escogió uno al azar y abrió la puerta trasera—. Sube —le dijo a ella con tono apremiante.

—Yo también he cogido una muestra de Almuerzo Alegre —dijo ella con una leve sonrisa mientras él se sentaba a su lado. El taxi arrancó, salió de la fila y se dirigió a la salida de la terminal—. Ray, había algo raro en ese vendedor. Como si en

realidad no estuviera allí. Como si no fuera más que una... imagen.

Mientras el taxi empezaba a bajar por la rampa de salida de la terminal, otro taxi arrancó y fue tras ellos. Ray se volvió y vio que en el asiento trasero había dos hombres fornidos con trajes oscuros. «Agentes del FBI», se dijo.

—¿No te recordaba a nadie ese vendedor de cereales? —preguntó Joan.

—¿A quién?

—A Wilbur Mercer, un poco. Pero no lo he visto lo suficiente como para...

Ray le arrancó de la mano la caja de cereales y abrió la tapa de cartón. Entre los cereales asomaba la esquina del cupón del que el vendedor les había hablado. Lo levantó y lo estudió. Decía, en grandes letras:

### CÓMO MONTAR UNA CAJA EMPÁTICA CON OBJETOS DOMÉSTICOS

—Eran ellos —dijo Joan.

Ray se dispuso a guardarse el cupón en el bolsillo, pero en el último momento cambió de idea. Lo dobló y lo escondió en el dobladillo de sus pantalones. Donde, posiblemente, el FBI no lo encontraría.

Tras ellos, el otro taxi se aproximó. Ray empezó a captar los pensamientos de los dos sujetos. Tenía razón, eran agentes del FBI.

No podían hacer nada más que esperar.

—¿Me dejas el otro cupón? —dijo Joan.

—Perdona. —Sacó la otra caja de cereales. Joan la abrió, extrajo el cupón del interior y, después de una pausa, lo dobló varias veces y se lo guardó en el dobladillo de la falda.

—Me pregunto cuántos de esos «vendedores ambulantes» habrá. Me gustaría saber cuántas muestras gratuitas de Almuerzo Alegre podrán repartir antes de que los cojan.

El primer objeto doméstico que hacía falta era una radio. Lo había leído de pasada. El segundo, un filamento de una bombilla de cinco años de antigüedad. Y el siguiente... Tendría que volver a mirar, pero no era el momento. El otro taxi se había colocado a su altura.

Miraría más tarde. Y aunque las autoridades encontraran el cupón en el dobladillo de sus pantalones, ellos, estaba seguro, encontrarían el modo de hacerle llegar otro.

Rodeó a Joan con el brazo.

—Creo que todo va a salir bien.

El otro taxi estaba empujando al suyo hacia el arcén y los dos agentes del FBI, con gestos amenazantes y autoritarios, le ordenaban al taxista que parara.

—¿Paramos? —le preguntó éste a Ray con voz tensa.

—Claro —respondió Ray. Y, tomando aliento, se preparó.

## La guerra con los fnuls [2]

Maldita sea —dijo el capitán Edgar Lightfoot, de la CIA—, los fnuls han vuelto, mayor. Han tomado Provo, Utah.

Con un gemido, el mayor Hauk le pidió a su secretaria que le trajera el dossier fnul de los archivos secretos.

—¿Qué forma adoptan esta vez?

—Pequeños vendedores de bienes inmuebles.

La última vez, pensó el mayor Hauk, habían sido empleados de estaciones de servicio. Era lo que pasaba con los fnuls. Cuando uno de ellos adoptaba una forma, todos lo hacían. Esto, claro está, facilitaba enormemente las cosas a los equipos de detección de la CIA. Pero también hacía que parecieran absurdos, y a Hauk no le gustaba luchar contra un enemigo absurdo; era una característica que tendía a impregnar a los dos bandos y a transmitirse incluso a su propia oficina.

—¿Cree que estarían dispuestos a negociar? —preguntó medio retóricamente—. Podríamos sacrificar Provo, Utah, si accedieran a quedarse allí. Hasta podríamos renunciar a las partes de Salt Lake City que están pavimentadas con esos espantosos ladrillos rojos.

—Los fnuls nunca negocian, mayor —respondió Lightfoot—. Su meta es la dominación del sistema solar. La dominación definitiva.

En ese momento la señorita Smith apareció al lado del mayor Hauk y dijo:

—Aquí está el dossier sobre los fnuls, señor. —Con la otra mano se cubrió la parte alta de la blusa, en un gesto que podía significar una tuberculosis avanzada o una enorme timidez. Algunos indicios parecían sugerir que se trataba de esto último.

—Señorita Smith —se quejó Hauk—, los fnuls están aquí, tratando de apoderarse del sistema solar, y a mí me trae su dossier una mujer con un sujetador de la talla cien. ¿No le parece un poco surrealista...? A mí sí, al menos. —Apartó cuidadosamente los ojos de ella, acordándose de su mujer y sus dos hijos—. Póngase otra cosa de ahora en adelante —le dijo—. O tápese. Es decir, por Dios, seamos razonables, seamos realistas.

—Sí, mayor —dijo la señorita Smith—. Pero no olvide que me eligieron al azar de la reserva de empleados de la CIA. No pedí ser su secretaria.

Con el capitán Lightfoot a su lado, el mayor Hauk abrió los documentos que componían el dossier fnul.

En el Smithsonian Institute había un enorme fnul disecado, de casi un metro de alto, guardado en un cubículo que imitaba su hábitat natural. Durante años, los colegiales habían acudido a observar con fascinación a la criatura, que, pistola en mano, amenazaba a unos terrícolas inocentes. Con sólo pulsar un botón, los niños hacían que los terrícolas (que no estaban disecados, eran de imitación) se dieran a la fuga, y el fnul los desintegraba con una moderna arma de energía solar. Luego las



figuras volvían a su posición inicial, preparadas para empezar otra vez el espectáculo.

El mayor Hauk lo había visitado una vez, y le había hecho sentirse intranquilo. Los fnuls, declaraba siempre que tenía ocasión, no eran ninguna broma. Pero había algo en ellos que... En fin, los fnuls eran una forma de vida bastante estúpida. Ese era el quid de la cuestión. Imitasen lo que imitasen, siempre conservaban el aspecto de una de esas cosas que regalan en las inauguraciones de los supermercados, junto con los globos y las orquídeas violetas. El mayor Hauk había llegado a la conclusión de que era un mecanismo de supervivencia. Hasta el nombre. No era posible tomárselos demasiado en serio, a pesar de que en aquel mismo momento estuvieran invadiendo Provo, Utah, disfrazados de minúsculos vendedores de bienes raíces.

—Quiero que capture a un fnul en su forma actual, Lightfoot —le ordenó Hauk—. Tráigamelo y hablaremos. Me siento con ánimo diplomático. Llevo veinte años luchando contra ellos. Estoy cansado.

—Si se encuentra con uno cara a cara —le advirtió Lightfoot—, podría imitarlo, y ése sería el fin. Tendríamos que incinerarlos a ambos para no correr riesgos.

—Estableceremos una contraseña ahora mismo, capitán —dijo Hauk con tono fúnebre—. La palabra será «masticar». La usaré en una frase... Por ejemplo... «tengo que masticar estos datos». El fnul no lo sabrá, ¿verdad?

—Cierto, mayor. —El capitán Lightfoot suspiró y salió de la oficina. Se dirigió al helipuerto del otro lado de la calle y partió hacia Provo, Utah.

Pero tenía un mal presentimiento.

Cuando el helicóptero aterrizó en un extremo del cañón de Provo, a las afueras del pueblo, se vio abordado al instante por un hombre de menos de un metro de estatura, ataviado con traje gris y un maletín en la mano.

—Buenos días, señor —dijo el fnul con voz aguda—. ¿Le apetecería visitar algunas parcelas de primera, con unas buenas vistas? Se pueden subdividir en...

—Suba al helicóptero —dijo Lightfoot mientras le apuntaba con su 45 militar.

—Escuche, amigo —replicó el fnul con tono desenfadado—. Es evidente que nunca han pensado demasiado en lo que significa la presencia de nuestra raza en su planeta. ¿Por qué no entramos en mi oficina un momento y nos sentamos? —El fnul señaló una pequeña construcción cercana, en el que Lightfoot vio una mesa y varias sillas. Sobre la oficina colgaba un cartel:

AVE TEMPRANA  
DESARROLLO URBANÍSTICO  
SOCIEDAD ANÓNIMA

—«El ave temprana atrapa al gusano» —declaró el fnul—. Y los despojos son para el ganador, capitán Lightfoot. Según las leyes de la naturaleza, si conseguimos infestar su planeta y apropiarnos de ustedes, las fuerzas de la evolución y la biología estarán de nuestro lado.

—Hay un mayor de la CIA en Washington D. C. —dijo Lightfoot—, que quiere

hablar con ustedes.

—El mayor Hauk ya nos ha vencido dos veces —admitió el fnul—. Lo respetamos. Pero es una voz que clama en el desierto. Al menos en este país. Usted sabe perfectamente, capitán, que el norteamericano medio, al ver al fnul en el Smithsonian, se limita a sonreír con tolerancia. No son conscientes de la magnitud de la amenaza.

A esas alturas se habían aproximado otros dos fnuls, también con la forma de unos diminutos vendedores de bienes raíces.

—Mira —le dijo uno de ellos al otro—, Charley ha capturado a un terrícola.

—No —lo contradijo su compañero—, el terrícola lo ha capturado a él.

—Suban los tres al helicóptero de la CIA —les ordenó Lightfoot sin bajar el 45.

—Comete usted un error —dijo el primero de los fnuls sacudiendo la cabeza—. Pero es un hombre joven. Ya madurará. —Se dirigió al helicóptero y entonces, una vez allí, se revolvió y gritó—: ¡Muerte a los terrícolas!

Levantó su maletín y un rayo de energía solar pura pasó rozando la oreja derecha de Lightfoot. Este se apoyó sobre una rodilla y apretó el gatillo del 45. El fnul, junto a la puerta del helicóptero, cayó de bruces al suelo y se quedó allí tendido, junto al maletín. Los otros dos fnuls observaron a Lightfoot mientras éste, cautelosamente, apartaba el maletín de una patada.

—Joven —dijo uno de ellos—, pero con buenos reflejos. ¿Has visto con qué rapidez se ha puesto de rodillas?

—Los terrícolas no son para tomárselos a broma —convino el otro—. Nos espera una dura batalla.

—Ya que está aquí —le dijo a Lightfoot el primero de los fnuls supervivientes—, ¿no quiere hacer un pequeño depósito a cuenta de una parcelita virgen que tenemos? Si quiere, con mucho gusto lo llevaré a verla. Podemos proporcionarle agua y electricidad por un pequeño coste adicional.

—Al helicóptero —repitió Lightfoot, apuntándolos con mano firme.

En Berlín, un Oberstleutnant de la SHD, la Sicherheitsdienst —la policía de seguridad de la Alemania Occidental—, se aproximó a su oficial superior, saludó al estilo conocido como «romano» y dijo:

—*General, die Fnoolen sind wieder zuruck. Was sollen wir jetzt tun?*

—¿Los fnuls han vuelto? —dijo Hochflieger, horrorizado—. ¿Ya? Pero si sólo hace tres años que descubrimos su red y la neutralizamos. —Se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro de su abarrotado despacho en los sótanos del Bundesrat Gebaude, con sus enormes manos cruzadas a la espalda—. ¿Y qué aspecto tienen esta vez? ¿Subsecretarios de Hacienda del Interior, como la última vez?

—No, señor —dijo el Oberstleutnant—. Vienen como inspectores de maquinaria de VW. Traje marrón, tablillas con sujetapapeles, gafas gruesas, mediana edad... Una copia muy meticulosa. Y, al igual que antes, nur sesenta centímetros de estatura.

—Lo que más detesto de los fnuls —dijo Hochflieger— es su implacable empleo de la tecnología al servicio de sus destructivos fines, sobre todo de la tecnología médica. La última vez, casi nos derrotan con ese virus suspendido en el pegamento de unos sellos conmemorativos multicolores.

—Un arma terrible —admitió su subordinado—, aunque, en última instancia, demasiado fantástica para tener éxito. Lo más probable es que esta vez se decanten por el uso de la fuerza bruta, combinada con una sincronización perfecta.

—Selbsverstandlich —asintió Hochflieger—. Pero, sea como sea, tenemos que reaccionar y vencerlos. Informe a la Terpol. —Era la organización planetaria de inteligencia, cuyo cuartel general se encontraba en la Luna—. ¿Y, concretamente, dónde los han detectado?

—De momento sólo en Schweinfurt.

—Quizá deberíamos arrasarlo la zona.

—Si lo hacemos, aparecerán en otro sitio.

—Es cierto. —Hochflieger caviló un instante—. Lo que debemos hacer es completar la operación Hundefutter. —Hundefutter había logrado producir para el gobierno de Alemania Federal una sub-especie de terrícola de sesenta centímetros de altura, capaz de adoptar gran variedad de formas. Iban a utilizarlos para infiltrarse en la red de los fnuls y destruirla desde dentro. Hundefutter, financiada por la familia Krupp, se había mantenido en el máximo secreto a la espera de este momento.

—Activaré el Kommando Einsatzgruppe II —dijo su subordinado—. Podemos empezar a lanzar a los contra-fnuls tras las líneas fnuls de inmediato. A la caída de la noche, la situación estará controlada.

—Gruss Gott —dijo Hochflieger mientras asentía—. Que el Kommando se ponga en marcha. Permaneceremos muy atentos a sus progresos.

Si fracasaban, comprendió, habría que tomar medidas más drásticas.

«La supervivencia de nuestra raza está en juego —se dijo Hochflieger—. Los próximos cuatro mil años de historia estarán determinados por el valeroso acto de un miembro de la SHD en esta hora. Quizá yo mismo.»

Siguió caminando de un lado a otro, dándole vueltas a esta idea.

En Varsovia, el jefe de la Agencia Popular para la Preservación del Proceso Democrático —la APPPD— leyó varias veces el mensaje codificado que había recibido por teletipo, mientras, sentado a su mesa, tomaba un desayuno tardío a base de té, rollitos azucarados y jamón polaco. «Disfrazados como jugadores de ajedrez —se dijo Serge Nicov—. Y todos utilizan la apertura de peón de reina, Qp a Q3... Una apertura poco peligrosa, sobre todo si se contrarresta con Kp a K4, aunque lleven las blancas. Pero...»

Seguía siendo una situación peligrosa.

En un papel con membrete oficial escribió: «Seleccionar al tipo de jugadores de ajedrez que emplean la apertura de peón de reina». A los Equipos de Reeducación por

Reforestación, decidió. «Los fnuls son pequeños, pero pueden plantar arbolitos... Ya encontraremos qué hacer con ellos. Semillas. Pueden plantar semillas de girasol para el programa de eliminación de la tundra y producción de aceite vegetal.

»Un año de trabajo duro —decidió— y se lo pensarán dos veces antes de volver a invadir la Tierra.»

Por otro lado, también podía hacer un trato con ellos, ofrecerles una alternativa a las actividades de la muy estimulante y educativa reforestación. Podían entrar en el ejército como una brigada especial y combatir en Chile, en las montañas. Como sólo medían sesenta centímetros, cabrían muchos en un submarino nuclear... Pero ¿eran de fiar?

Lo que más detestaba de los fnuls —y había acabado por conocerlos bastante bien en sus anteriores invasiones del planeta— era su falsedad. La última vez habían adoptado la forma de un grupo de bailarines étnicos... Y qué bailarines. Habían masacrado al público entero de un teatro de Leningrado antes de que nadie tuviera tiempo de intervenir. Hombres, mujeres y niños, asesinados en el sitio por armas de ingenioso diseño y construcción sólida aunque monótona, que habían logrado introducir camufladas como instrumentos tradicionales de cinco cuerdas.

No podía volver a suceder. Todos los países del Bloque Democrático estaban alertas. Los grupos juveniles habían organizado patrullas de vigilancia especiales. Pero una estratagema nueva —como por ejemplo esto de los jugadores de ajedrez— podía tener éxito, sobre todo en las repúblicas del Este, donde los jugadores de ajedrez eran recibidos con tanto entusiasmo como si fueran héroes.

Serge Nicov abrió el compartimento secreto de su mesa, sacó el teléfono especial, levantó el auricular y dijo:

—Los fnuls han reaparecido en el área del norte del Cáucaso. Recomiendo desplegar el máximo número de tanques posible para impedir su avance cuando empiecen a dispersarse. Contenerlos y avanzar directamente hacia su centro. Dividirlos sucesivamente hasta que estén reducidos a pequeños grupos de los que podamos encargarnos con facilidad.

—Sí, oficial político Nicov.

Serge Nicov colgó y continuó con su desayuno, ya frío.

Mientras volaban en dirección a Washington D. C., con el capitán Lightfoot a los mandos del helicóptero, uno de los dos fnuls prisioneros dijo:

—¿Cómo es que, utilicemos el disfraz que utilicemos, los terrícolas consiguen detectarnos siempre? Hemos suplantado a empleados de estaciones de servicio, a inspectores de maquinaria Volkswagen, a campeones de ajedrez, a cantantes populares con sus propios instrumentos, a funcionarios de poca monta y ahora a vendedores de bienes inmuebles...

—Es el tamaño —dijo Lightfoot.

—El concepto no nos dice nada.

—¡Miden ustedes sesenta centímetros!

Los dos fnuls conversaron un momento y uno de ellos replicó entonces, con voz paciente:

—Pero el tamaño es relativo. Nuestras formas temporales poseen todas las cualidades absolutas de los terrícolas y, conforme a la lógica evidente...

—Mire —dijo Lightfoot—, venga aquí, póngase a mi lado. —El fnul con su traje gris y el maletín en la mano, se acercó cautelosamente—. Me llega usted a la rodilla —señaló Lightfoot—. Yo mido un metro ochenta. Soy tres veces más alto. En medio de un grupo de terrícolas, destacan ustedes más que un huevo en un barril de pepinillos.

—¿Es un dicho popular? —preguntó el fnul—. Será mejor que lo apunte. —Sacó del bolsillo de su chaqueta un bolígrafo del tamaño de una cerilla—. «Un huevo en un barril de pepinillos». Qué pintoresco. Espero que, cuando hayamos borrado del mapa su civilización, parte de sus tradiciones étnicas se conserven en nuestros museos.

—Y yo —dijo Lightfoot mientras encendía un cigarrillo.

El otro fnul, tras meditar un momento, dijo:

—Me pregunto si habría algún modo de crecer. ¿Es un secreto racial preservado por ustedes? —Entonces se fijó en el cigarrillo encendido que Lightfoot tenía entre los labios y añadió—: ¿Así es como consiguen su antinatural estatura? ¿Quemando palitos de fibras vegetales secas y prensadas e inhalando el humo?

—Sí —respondió Lightfoot mientras ofrecía un pitillo a los dos pequeños fnuls—. Ése es nuestro secreto. Fumar te hace crecer. Obligamos a fumar a los pequeños, sobre todo a los adolescentes.

—Voy a probarlo —le dijo a su compañero uno de los fnuls. Se colocó el cigarrillo entre los labios e inhaló profundamente.

Lightfoot parpadeó. Porque el fnul tenía ahora ciento veinte centímetros de altura y su compañero había experimentado la misma transformación al instante. Ambos eran ahora dos veces más altos que antes. Aunque parezca increíble, el humo del tabaco le había proporcionado a cada uno de ellos sesenta centímetros más.

—Gracias —dijo el vendedor de bienes inmuebles, ahora de metro veinte de estatura, con una voz mucho más profunda que antes—. Estamos avanzando a pasos agigantados, ¿no le parece?

—Devuélvame el cigarrillo —dijo Lightfoot con nerviosismo.

En su oficina del edificio de la CIA, el mayor Julius Hauk pulsó un botón de su mesa y la señorita Smith, tan alerta como siempre, abrió la puerta y entró en el despacho, cuaderno en mano.

—Señorita Smith —dijo el mayor—, el capitán Lightfoot no está. Ahora puedo decírselo. Esta vez los fnuls van a ganar. Como comandante en jefe de la lucha contra ellos, estoy a punto de abandonar y bajar al refugio anti-bombas construido para

situaciones desesperadas como ésta.

—Lo siento mucho, señor —dijo la señorita Smith con un aleteo de sus larguísimas pestañas—. He disfrutado mucho trabajando para usted.

—Pero es que usted también está condenada —le explicó Hauk—. Van a aniquilar a todos los terrícolas; será una derrota a escala planetaria. —Abrió uno de los cajones de su mesa y sacó una botella sin abrir de whisky Bullock & Lade que le habían regalado en su último cumpleaños. —Antes voy a terminarme este whisky —informó a la señorita Smith—. ¿Quiere acompañarme?

—No, gracias, señor —dijo la señorita Smith—. Me temo que no bebo. Al menos durante el día.

El mayor Hauk tomó un trago de un vaso de papel y luego otro más, pero directamente de la botella, para asegurarse de que era escocés. Luego la dejó sobre la mesa y dijo:

—Cuesta creer que vayan a aniquilarnos unas criaturas del tamaño de un gato doméstico, pero así son las cosas. —Inclinó la cabeza ante la señorita Smith—. Me marchó al refugio subterráneo, donde aguardaré el fin de la vida tal como la conocemos.

—Me alegro por usted, mayor Hauk —dijo la señorita Smith, un poco intranquila—. Pero, ¿va usted... va usted a dejarme aquí, para que los fnuls me hagan prisionera? Es decir... —Sus desafiantes y puntiagudos senos temblaban con sugerente unanimidad bajo la blusa—. Me parece un poco cruel.

—No tiene usted nada que temer de los fnuls, señorita Smith —dijo el mayor Hauk—. A fin de cuentas, sesenta centímetros de altura... —Hizo un ademán—. Ni siquiera una joven neurótica podría temer... —Se echó a reír—. En serio.

—Pero es terrible —dijo la señorita Smith— la idea de verse abandonada ante lo que sabemos que es un enemigo antinatural de un planeta completamente distinto.

—Le diré una cosa —dijo el mayor Hauk con tono pensativo—, creo que voy a quebrantar una serie de estrictas normas de la CIA. Puede usted venirse al refugio conmigo.

La señorita Smith dejó el cuaderno y el lápiz, corrió hacia el mayor y dijo, casi sin aliento:

—Oh, mayor, ¿cómo puedo agradecersele?

—Usted venga conmigo —dijo el mayor Hauk con la premura de la situación, se dejó la botella de whisky olvidada en la mesa.

La señorita Smith se pegó a él mientras el mayor recorría con paso tambaleante el camino que separaba su oficina del ascensor.

—Maldito whisky —murmuró Hauk—. Señorita Smith, Vivian, ha sido usted muy prudente al no tocarlo. Teniendo en cuenta la reacción córtico-talámica que estamos experimentando todos frente al peligro fnúlico, el escocés no es el bálsamo benéfico que acostumbra a ser.

—Vamos —dijo su secretaria mientras se deslizaba bajo el brazo del hombre para

ayudarlo a permanecer en pie ante la puerta del ascensor—. Trate de mantenerse firme, mayor. Ya queda poco.

—En eso tiene usted razón —asintió el mayor Hauk—. Mi querida Vivian.

Finalmente, llegó el ascensor.

—Está siendo usted muy bueno conmigo —dijo la señorita Smith mientras el mayor pulsaba el botón y el ascensor iniciaba su descenso.

—Bueno, así puede que prolongue usted su vida un tiempo —convino el mayor Hauk—. Claro está que, a esa profundidad... La temperatura media es muy superior a la de la superficie de la Tierra. Es como el interior de una mina. Supera de largo los treinta grados.

—Pero al menos estaremos vivos —señaló la señorita Smith.

El mayor Hauk se quitó la chaqueta y la corbata.

—Debe prepararse para un calor muy húmedo —le dijo—. Venga, permita que le ayude a quitarse la chaqueta.

—Sí —respondió la señorita Smith y dejó que su jefe, en un acto de caballerosidad, la despojara de la prenda.

El ascensor llegó al refugio. No había nadie allí, por suerte. Lo tenían entero para ellos.

—Pues sí que está mal ventilado —dijo la señorita Smith cuando el mayor Hauk encendió una tenue luz amarillenta—. Oh, vaya. —Tropezó con algo en la penumbra—. No se ve bien... —Volvió a tropezar con algo. Esta vez estuvo a punto de caerse. ¿No podríamos tener un poco más de luz, mayor?

—¿Para atraer a los fnuls? —El mayor Hauk tanteó en la oscuridad hasta encontrarla. La señorita Smith se había dejado caer en una de las numerosas literas del refugio y estaba buscando su zapato en la oscuridad.

—Creo que se me ha roto el tacón —dijo.

—Bueno, al menos ha salvado la vida —dijo el mayor Hauk—. Algo es algo. —En medio de la penumbra, empezó a ayudarla a quitarse el otro zapato, que ya no servía de nada.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí abajo? —preguntó la señorita Smith.

—Hasta que los fnuls se marchen —le informó el mayor Hauk—. Será mejor que se ponga un traje antirradiación. Por si a esos malditos extraterrestres se les ocurre atacar la Casa Blanca con bombas de hidrógeno. Déme la blusa y la falda. Tiene que haber un mono por alguna parte.

—Está usted siendo muy bueno conmigo —dijo la señorita Smith con voz entrecortada mientras hacía lo que le pedía el mayor—. No sé cómo agradecerse.

—Creo —dijo el mayor Hauk— que he cambiado de idea y voy a volver a por el escocés. Estaremos aquí abajo más tiempo del que pensaba en un primer momento y lo necesitaremos para que nos ayude a combatirla soledad. Quédese aquí —Volvió a tientos al ascensor.

—No tarde —se alzó ansiosa la voz de la señorita Smith tras él—. Me siento terriblemente desnuda y desprotegida aquí abajo y, además, no puedo encontrar ese traje antirradiación que ha mencionado antes.

—Vuelvo en seguida —le prometió el mayor Hauk.

El capitán Lightfoot, con los dos fnuls prisioneros a bordo, tomó tierra en el campo que había frente al edificio de la CIA.

—Muévanse —dijo mientras lo apuntaba con el cañón de su 45.

—Es porque es más grande que nosotros, Len —le dijo uno de ellos al otro—. Si fuéramos igual de altos, no se atrevería a tratarnos así. Pero al fin entendemos la naturaleza de la superioridad de los terrícolas.

—Sí —dijo el otro fnul—. Tras veinte años, el misterio se resuelve de una vez.

—Un metro veinte sigue resultando sospechoso —dijo el capitán Lightfoot, pero lo que estaba pensando era, «Si han podido crecer sesenta centímetros en un momento, sólo fumando un cigarrillo, ¿qué les impide volver a hacerlo? Entonces medirán un metro ochenta y serán idénticos a nosotros.»

«Y es culpa mía», se dijo con amargura.

«El mayor Hauk acabará con mi carrera. Eso, si no acaba conmigo directamente.»

Sin embargo, debía continuar adelante y hacer cuanto estuviera en su mano. La famosa tradición de la CIA lo exigía.

—Voy a llevarlos a ver al mayor Hauk —les dijo a los dos fnuls—. Él decidirá qué se hace con ustedes.

Pero cuando llegaron a la oficina del mayor no había nadie.

—Qué raro —dijo el capitán Lightfoot.

—Puede que haya decidido retirarse anticipadamente —dijo uno de los fnuls—. ¿Esa botella alta y de color ambarino le sugiere algo?

—Es una botella alta y ambarina de whisky escocés —dijo Lightfoot mientras la examinaba—. Y no quiere decir nada. —No obstante —le quitó el tapón—, voy a probarla. Sólo para asegurarme.

Una vez probado el escocés, se dio cuenta de que los dos fnuls estaban mirándolo fijamente.

—Es lo que los terrícolas llaman «beber» —les explicó—. A ustedes les sentaría mal.

—Posiblemente —dijo uno de ellos—, pero mientras estaba usted bebiendo, le he quitado su revólver del 45. Arriba las manos.

Lightfoot, de mala gana, hizo lo que se le ordenaba.

—Dénos esa botella —dijo el fnul—. Vamos a probarla. No permitiremos que se nos niegue nada. Porque lo cierto es que la cultura humana se halla abierta ante nuestros ojos.

—La bebida acabará con ustedes —dijo Lightfoot, con desesperación.

—¿Igual que el tubo ardiente de materia vegetal reseca? —dijo con tono



desdeñoso uno de los dos fnuls.

Y ante los ojos de Lightfoot, entre su compañero y él apuraron la botella.

Y, sí, ahora medían metro ochenta de estatura. Igual que los demás fnuls que había por todo el mundo. Por su culpa, esta vez la invasión de los fnuls tendría éxito. Había destruido la Tierra.

—Salud —dijo el primer fnul.

—Hasta la última gota —dijo el otro—. Chinchín. —Bebió y se quedó mirando a Lightfoot—. Usted ha menguado.

—No, Len —replicó el primero—. Es que nosotros hemos crecido.

—Entonces, por fin, somos iguales —dijo Len—. Por fin lo hemos conseguido. La mágica defensa de los humanos, su antinatural estatura, ha sido erradicada.

En ese momento, una voz dijo:

—Suelte ese revólver reglamentario del 45. —Y el mayor Hauk entró en la sala por detrás de los dos fnuls ebrios.

—Que me aspen —musitó el primero de los fnuls—. Mira, Len. Si es el hombre responsable de derrotarnos.

—Y es pequeño —dijo Len—. Pequeño, como nosotros. Ahora todos lo somos. Es decir, somos grandes. Maldita sea, qué más da. Sea como fuere, somos iguales. — Se abalanzó sobre el mayor Hauk...

El mayor disparó. Y el fnul llamado Len se desplomó. Estaba absoluta, innegablemente muerto. Sólo quedaba uno de los dos fnuls prisioneros.

—Edgar, han crecido —dijo el mayor Hauk, pálido—. ¿Por qué?

—Por mi culpa —admitió Lightfoot—. Primero por el cigarrillo y luego por el escocés... Su escocés, mayor, el que le regaló su esposa por su cumpleaños. Admito que ahora son imposibles de distinguir de nosotros... pero piense en esto, señor. ¿Y si volvieran a crecer?

—Ya le entiendo —dijo el mayor Hauk tras una pausa—. Si miden tres metros, serán tan llamativos como antes, cuando...

El fnul prisionero echó a correr.

El mayor Hauk disparó, pero demasiado tarde. El fnul había salido al pasillo y volaba hacia el ascensor.

—¡Cójalo! —gritó el mayor Hauk.

El fnul llegó al ascensor y, sin perder un instante, pulsó el botón; alguna ignota sabiduría fnuliana guió su mano.

—Se escapa —gimió Lightfoot.

El ascensor se había ido.

—Está bajando al refugio antirradiación —exclamó el mayor Hauk, consternado.

—Bien —dijo Lightfoot con tono sombrío—. Allí podremos capturarlo sin dificultades.

—Sí, pero... —empezó a decir el mayor, pero se contuvo—. Tiene usted razón, Lightfoot. Debemos capturarlo. Una vez en la calle será como cualquier otro hombre

con traje gris y maletín.

—¿Cómo podrían volver a crecer? —dijo Lightfoot mientras el mayor Hauk y él bajaban por las escaleras—. Primero fue un cigarrillo, luego el escocés... Dos novedades para ellos. ¿Qué podría completar su crecimiento, transformarlos en monstruos de tres metros de alto? —Siguió devanándose los sesos mientras bajaban y bajaban hasta que, al fin, la entrada de acero y hormigón del refugio aparecía frente a ellos.

El fnul ya estaba dentro.

—Esa que oye usted es... mm, la señorita Smith —admitió el mayor Hauk—. Se había... o, más bien, nos habíamos refugiado aquí de la invasión.

Lightfoot apoyó todo su peso sobre la puerta y la abrió.

Al instante, la señorita Smith se puso en pie, corrió hacia ellos y, un momento después, a salvo ya del fnul, se abrazó a sus dos salvadores.

—Gracias a Dios —gimoteó—. No me di cuenta de lo que era hasta que... —Se estremeció.

—Mayor —dijo el capitán Lightfoot—. Creo que lo hemos encontrado.

El mayor Hauk dijo rápidamente:

—Capitán, recoja usted la ropa de la señorita Smith. Yo me encargaré del fnul. El problema ya está resuelto.

El fnul, con sus casi tres metros de altura, se les acercó lentamente con las manos levantadas.

## Artefacto precioso [3]

Bajo el helicóptero de Milt Biskle se extendían tierras nuevas y fértiles. Se sentía muy orgulloso de aquella zona de Marte, frondosa tras la reconstrucción de la antiquísima red de canales. Habían llevado la primavera, dos primaveras al año, a aquel otoñal planeta de arena y sapos, un mundo hecho antes de reseca tierra recubierta por polvo milenario, una monótona desolación que no conocía el agua, víctima del conflicto entre Prox y la Tierra.

Los primeros emigrantes terrícolas no tardarían en aparecer para reclamar tierras e instalarse en ellas. Podría retirarse. Quizá volviera a la Tierra o llevara allí a su familia. Como ingeniero encargado de la reconstrucción, tenía prioridad en el reparto de parcelas. El Área Amarilla había progresado más deprisa que las demás. Y ahora llegaban las recompensas.

Extendió el brazo y pulsó el botón de su transmisor de largo alcance.

—Aquí ingeniero de reconstrucción Amarillo —dijo—. Necesito un psiquiatra. Me sirve cualquiera, siempre que esté disponible de inmediato.

Cuando Milt Biskle entró en la oficina, el doctor DeWinter se levantó y extendió la mano.

—Me han dicho que usted, entre los cuarenta y tantos ingenieros de reconstrucción, ha sido el más creativo. No me extraña que esté cansado. Hasta Dios tuvo que descansar tras seis días de trabajo, y usted lleva años haciendo algo parecido. Mientras lo esperaba he recibido un memorando de la Tierra, que creo que le interesará. —Recogió el memorando de su mesa—. El primer transporte de colonos está a punto de llegar a Marte... y van a instalarse en su zona. Felicidades, señor Biskle.

—¿Y si vuelvo a la Tierra? —preguntó Milt Biskle.

—Pero si quería usted pedir una parcela aquí, para su familia...

—Quiero que haga algo por mí —dijo Milt Biskle—. Estoy demasiado cansado para... —Hizo un ademán—. O deprimido, quizá. En cualquier caso, quiero que organice el traslado de todas mis cosas, incluida mi planta-wug, a un transporte que se disponga a partir hacia la Tierra.

—Seis años de trabajo —dijo el doctor DeWinter— y ahora va a renunciar a la recompensa. He visitado la Tierra hace poco y sigue tal como la recuerda usted...

—¿Cómo sabe lo que recuerdo?

—Más bien —se corrigió DeWinter con total naturalidad—, debería decir que sigue como estaba. Abarrotada, con familias de siete miembros en viviendas de una sola habitación y autopistas tan atascadas que el tráfico no avanza un metro hasta las once de la mañana.

—En mi caso —dijo Biskle—, la superpoblación será casi un alivio después de seis años de equipo robótico autónomo. —Había tomado una decisión. A pesar de lo

que había conseguido allí, o quizá a causa de ello, quería volver a casa. Dijera lo que dijese el psiquiatra.

—¿Y si su mujer y sus hijos —replicó el doctor DeWinter con voz melosa— se encuentran entre los pasajeros del primer transporte, Milt? —Levantó un nuevo documento de su ordenada mesa. Estudió el papel un momento y continuó—: Biskle, Fay, señora. Laura C. June C. Una mujer y dos niñas. ¿Su familia?

—Sí... —admitió Milt Biskle con voz monocorde. Tenía la mirada clavada en la pared.

—Entenderá que así no puede volver a la Tierra. Póngase el pelo y vaya a recibirlos al Aeropuerto Tres. Y cámbiese la dentadura. Lleva la de acero inoxidable.

Avergonzado, Biskle asintió. Como todos los terrícolas, había perdido el pelo y los dientes durante la última guerra, por culpa de la radiación. Durante los largos trabajos de reconstrucción del Área Amarilla de Marte no había empleado una sola vez la cara peluca que se había traído desde la Tierra, y en cuanto a los dientes, los de acero inoxidable le resultaban más cómodos que los de plástico, de color natural. Todo esto indicaba lo mucho que se había alejado de cualquier forma de interacción social. Sentía una vaga culpabilidad. El doctor DeWinter tenía razón.

Pero se había sentido así desde la derrota de los proxianos. La guerra le había agriado el carácter; no le parecía justo que una de las dos culturas tuviera que sufrir, sobre todo teniendo en cuenta que las demandas de ambas eran legítimas.

El propio Marte había sido el centro de la disputa. Ambas culturas lo necesitaban como colonia para sus excedentes demográficos. A Dios gracias, la Tierra se había impuesto en el campo de batalla durante la última guerra... y por ello eran terrícolas como él, y no proxianos, los que estaban encargándose de la reconstrucción.

—Por cierto —dijo el doctor DeWinter—, me he enterado de sus intenciones respecto a sus colegas ingenieros.

Milt Biskle levantó fugazmente la vista.

—De hecho —continuó el doctor DeWinter—, sabemos que en este momento están reunidos en el Área Roja para escuchar su informe. —Abrió el cajón de su mesa, sacó un yo-yo, se levantó y empezó, con la pericia de un auténtico experto, a hacer el truco conocido como «pasear al perro». Ese informe sobre sus alarmantes vaticinios de que algo va mal, aunque no sepa decir de qué se trata exactamente.

—Ese es un juguete muy popular en el sistema Prox —dijo Biskle mirando el yo-yo—. Al menos es lo que leí en un artículo de la homeoprensa, una vez.

—Mmm. Yo tenía entendido que es originario de las Filipinas. —Concentrado, el doctor DeWinter pasó a hacer «la vuelta al mundo». Se le daba bien—. Me voy a tomar la libertad de enviar un informe a la reunión de ingenieros, referente a su condición mental. Se leerá en voz alta... lamento decir.

—Sigo decidido a dirigirme a la reunión —repuso Biskle.

—Bueno, se me ocurre un compromiso. Vaya a recibir a su familia y les organizaremos un viaje a la Tierra. Con todos los gastos pagados. Y, a cambio, usted

no se dirigirá a los ingenieros de reconstrucción ni volverá a incordiarlos con sus vagos presentimientos. —El doctor DeWinter le dirigió una mirada penetrante—. Es un momento crítico. Están llegando los primeros emigrantes. No queremos problemas. No queremos inquietar a nadie.

—¿Podría hacerme un favor? —preguntó Biskle—. Demuéstreme que lleva peluca. Y que su dentadura es postiza. Para que pueda estar seguro de que es terrícola.

El doctor DeWinter movió su peluca y se sacó la dentadura postiza de la boca.

—Voy a aceptar su oferta —dijo Biskle—. Si acceden ustedes a que mi esposa reciba la parcela que le he reservado.

DeWinter asintió y lanzó un sobre blanco en su dirección.

—Aquí está el billete. Ida y vuelta, claro está, dado que piensa usted regresar.

«Eso espero —pensó Biskle mientras lo recogía—. Pero depende de lo que vea en la Tierra. O más bien, de lo que me dejen ver.»

Tenía la sensación de que sería muy poco. Tan poco, de hecho, como fuera proxianamente posible.

Al llegar su nave a la Tierra, una guía de pulcro uniforme lo estaba esperando.

—¿El señor Biskle? —Esbelta, atractiva y muy joven, se acercó a él. Parecía muy despierta—. Soy Mary Ableseth, su guía. Le mostraré el planeta durante su breve visita. —Esbozó una sonrisa luminosa y muy profesional, que desconcertó a Biskle—. Estaré con usted en todo momento, día y noche.

—¿De noche también? —acertó a decir él.

—Sí, señor Biskle. Es mi trabajo. Contamos con que esté desorientado tras los largos años de trabajo en Marte... un trabajo que la Tierra aprecia y aplaude como es debido. —Se colocó a su lado y lo llevó en dirección a un helicóptero que los esperaba cerca—. ¿Adonde quiere ir primero? ¿A Nueva York? ¿A Broadway? ¿A los clubes nocturnos y restaurantes...?

—No, a Central Park. A sentarme en un banco.

—Central Park ya no existe, señor Biskle. Se convirtió en un aparcamiento para funcionarios mientras estaba usted en Marte.

—Ya veo —dijo Milt Biskle—. Entonces a la plaza Portsmouth, en San Francisco. —Abrió la puerta del helicóptero.

—También es un aparcamiento —dijo la señorita Ableseth sacudiendo su larga y luminosa melena pelirroja—. La superpoblación es tal... Pero inténtelo de nuevo, señor Biskle. Aún quedan algunos parques. Uno en Kansas, creo, y dos, nada menos, en la parte sur de Utah, cerca de Saint George.

—Son malas noticias —dijo Milt—. ¿Podríamos parar en un dispensador de anfetaminas para tomarme una dosis de diez centavos? Necesito un estimulante para animarme.

—Desde luego —dijo la señorita Ableseth con un elegante asentimiento de

cabeza.

Milt Biskle se acercó al dispensador de estimulantes del espacio-puerto, metió una mano en el bolsillo, sacó una moneda de diez centavos y la introdujo en la ranura correspondiente.

La moneda de diez centavos atravesó el dispensador de arriba abajo y cayó sobre el pavimento.

—Qué raro —dijo Biskle, perplejo.

—Creo que puedo explicárselo —dijo la señorita Ableseth—. Es una moneda de diez centavos marciana, hecha para una gravedad inferior.

—Mmm —dijo Milt Biskle mientras recuperaba su moneda. Tal como la señorita Ableseth había predicho, estaba desorientado. Permaneció inmóvil mientras ella metía su propia moneda y sacaba el pequeño tubo de anfetaminas estimulantes para él. Sin duda, sus explicaciones parecían convincentes, pero...

—Son las ocho de la tarde, hora local —dijo la señorita Ableseth—. Y aún no he cenado, aunque imagino que usted sí, en la nave. ¿Por qué no me lleva a cenar? Podemos tomar una botella de Pinot Noir y puede usted contarme esos vagos presagios que lo han traído a la Tierra, la idea de que sucede algo terrible y que su maravilloso trabajo de reconstrucción carece de valor. Ardo en deseos de oírlo. —Lo condujo hasta el helicóptero y subieron a bordo. En el estrecho asiento trasero, Milt Biskle la encontró cálida y flexible, decididamente terrícola. Azorado, sintió que su corazón empezaba a acelerarse. Hacía bastante tiempo que no estaba tan cerca de una mujer.

—Escuche —dijo mientras el piloto automático del helicóptero se elevaba desde el aparcamiento del espaciopuerto—. Estoy casado. Tengo dos hijas y he venido en viaje de trabajo. Estoy en la Tierra para demostrar que quienes realmente ganaron la guerra fueron los proxianos y que los pocos terrícolas supervivientes somos prisioneros de las autoridades de Prox y trabajamos como esclavos para...

Se detuvo. No tenía sentido. La señorita Ableseth no se apartó de él.

—¿Realmente cree —dijo ella al cabo de un momento, mientras el helicóptero sobrevolaba Nueva York— que soy una agente proxiana?

—N-no —respondió Milt Biskle—. Supongo que no. —En aquellas circunstancias no parecía probable.

—Mientras dure su estancia en la Tierra —dijo ella—, ¿por qué quedarse en un hotel abarrotado y ruidoso? ¿Por qué no se aloja en mi apartamento de Nueva Jersey? Hay espacio más que de sobra y será un placer recibirlo.

—De acuerdo —aceptó Biskle, consciente de que discutir era perder el tiempo.

—Bien. —La señorita Ableseth dio una orden al helicóptero, que viró hacia el norte—. Cenaremos allí. Así ahorraremos dinero. Además, en todos los restaurantes que merecen la pena es imposible conseguir mesa a esta hora de la noche. Imagino que ya lo habrá olvidado ¡Qué maravilla cuando la mitad de la población pueda

emigrar!

—Sí —dijo Biskle con voz tensa—. Y les gustará Marte. Hemos hecho un buen trabajo. —Volvió a sentir cierta dosis de entusiasmo, parte del orgullo por el trabajo que sus compatriotas y él habían llevado a cabo—. Ya lo verá, señorita Ableseth.

—Llámeme Mary —dijo ella mientras se colocaba bien la densa melena escarlata. Se le había movido un poco en los últimos instantes, debido a la estrechez del helicóptero.

—De acuerdo —dijo Biskle, y salvo por un penetrante sentimiento de deslealtad hacia Fay, empezó a sentirse bastante bien.

—En la Tierra todo ocurre muy deprisa —dijo Mary Ableseth— a causa de la terrible presión de la superpoblación. —Se colocó la dentadura. También se le había movido.

—Ya veo —asintió Biskle mientras se arreglaba su propia peluca y la dentadura. «¿Y si me he equivocado?», se preguntó. A fin de cuentas, podía ver las luces de Nueva York debajo de él. Estaba claro que la Tierra no era un montón de ruinas deshabitadas y que su civilización seguía intacta.

¿O era todo una ilusión, impuesta a su sistema de percepción por unas técnicas psíquicas proxianas que él desconocía? No podía negar que la moneda de diez centavos había atravesado el dispensador de anfetaminas. ¿Indicaba eso que algo iba sutil y terriblemente mal?

Era posible que el dispensador no existiera en realidad.

Al día siguiente, Mary Ableseth y él fueron de visita a uno de los pocos parques que quedaban. En la parte sur de Utah, cerca de las montañas, era un lugar verde y hermoso, aunque un poco pequeño. Milt Biskle, tumbado en la hierba, veía cómo avanzaba una ardilla a saltitos hacia un árbol, con la cola tras de sí como una estela de color gris.

—En Marte no hay ardillas —dijo con tono melancólico.

Mary Ableseth, con un pequeño traje de baño, estaba tumbada de espaldas, con los ojos cerrados.

—Se está bien aquí, Milt. Me imagino que Marte es así. —Más allá del parque, el tráfico se desplazaba por la autopista. El ruido recordó a Milt la superficie del océano Pacífico. Era como un arrullo. Todo parecía estar en su sitio. Le lanzó un cacahuete a la ardilla. La ardilla dio la vuelta y se aproximó al cacahuete dando unos saltos, con la inteligente carita contraída.

Mientras se erguía, con el cacahuete entre las patas, Milt Biskle le arrojó un segundo a la derecha. La ardilla lo oyó caer entre las hojas de arce. Levantó las orejas, y el gesto recordó a Milt algo a lo que había jugado una vez con un gato, un viejo y perezoso minino que habían tenido su hermano y él antes de que la Tierra estuviera tan superpoblada, cuando aún eran legales las mascotas. Había esperado a que Calabaza —el gato— estuviera casi dormido y luego había lanzado un pequeño

objeto a un rincón del cuarto. Calabaza se despertó. Con los ojos abiertos de par en par y las orejas alerta, se había dado la vuelta y había pasado quince minutos allí sentado, escuchando y observando, tratando de averiguar qué había hecho aquel ruido. Era una forma inocente de fastidiar al viejo gato, pero Milt se sintió triste al pensar en los muchos años que hacía que Calabaza, su última mascota legal, había muerto. Sin embargo, en Marte volvería a ser legal tener mascotas. Eso lo animó.

De hecho, en Marte, durante los años de reconstrucción, había tenido una mascota. Una planta marciana. Se la había llevado consigo a la Tierra y ahora se encontraba en la mesita de café del salón de Mary Ableseth, con las ramas un poco mustias. El clima de la Tierra, al que no estaba acostumbrada, no le había sentado bien.

—Es raro —murmuró Milt— que mi planta-wug esté así. Pensaba que en un clima tan húmedo...

—Es la gravedad —dijo Mary, con los ojos aún cerrados. Su busto subía y bajaba con regularidad. Estaba casi dormida—. Es excesiva para ella.

Milt admiró la figura esbelta de la mujer. Le recordaba a Calabaza en circunstancias parecidas. El momento del sopor, entre el sueño y la vigilia, cuando el consciente y el inconsciente se funden... Alargó la mano y recogió una piedrecita.

La arrojó sobre las hojas, cerca de la cabeza de la chica.

Mary se incorporó al instante, con los ojos abiertos de par en par. La parte superior del traje de baño resbaló por su cuerpo.

Tenía las dos orejas levantadas.

—Pero los terrícolas —dijo Milt— hemos perdido el control de la musculatura de las orejas, Mary. Incluso en los movimientos reflejos.

—¿Cómo? —murmuró ella mientras parpadeaba, perpleja, y volvía a atarse el traje de baño.

—La capacidad de levantar las orejas está atrofiada en nuestro caso —le explicó Milt—. A diferencia de lo que les pasa a los perros y los gatos. Un examen morfológico no lo detectaría, porque la musculatura sigue allí, pero es así. De modo que han cometido un error.

—No sé de qué está hablando —dijo Mary con cierto malhumor. Sin prestarle atención, se concentró en volver a atarse la parte alta del traje de baño.

—Volvamos al apartamento —dijo Milt mientras se ponía en pie. Ya no tenía ganas de seguir holgazaneando en el parque, porque ya no creía en él. Ardilla irreal, hierba irreal... ¿Lo eran de verdad? ¿Alguna vez le mostrarían lo que había más allá de la ilusión? Lo dudaba.

La ardilla los siguió un corto trecho mientras regresaban al helicóptero, pero luego dirigió su atención a una familia de terrícolas, los dos niños pequeños habían empezado a lanzarle frutos secos.

—Muy convincente —dijo Milt. Y realmente lo era.

—Es una pena que no pudiera visitar más veces al doctor DeWinter —dijo Mary



—. Lo habría ayudado mucho. —Su voz tenía una extraña dureza.

—No me cabe la menor duda —asintió Milt Biskle mientras volvían a subir al helicóptero.

Al llegar al apartamento de Mary, la planta-wug había muerto. De deshidratación, según todos los indicios.

—No intente explicarlo —le dijo a Mary mientras los dos permanecían allí de pie, mirando los tallos cuarteados y secos de la hasta hace poco viva criatura—. Ya sabe lo que demuestra. La Tierra es más húmeda que Marte, incluso el Marte que hemos reconstruido. Sin embargo, esta planta se ha secado por completo. Supongo que no queda humedad en la Tierra porque las bombas de los proxianos desecaron los mares. ¿No?

Mary no dijo nada.

—Lo que no entiendo —dijo Milt— es de qué les sirve mantener esta ilusión. Ya he terminado el trabajo.

Al cabo de una pausa, Mary respondió:

—Puede que haya más planetas que necesiten reconstrucción, Milt.

—¿Tan grande es su población?

—Estaba pensando más bien en la Tierra —replicó ella—. Los trabajos de reconstrucción llevarán generaciones. Necesitaremos todo el talento y la habilidad de los ingenieros de reconstrucción.

—Y enseguida añadió: —No hago más que seguir la lógica de sus hipótesis, claro está.

—Así que nuestro próximo trabajo es la Tierra. Por eso me han dejado venir. De hecho, he venido para quedarme —comprendió de repente, en un acceso de clarividencia—. No volveré a Marte ni veré a Fay nunca más. Va usted a reemplazarla. —Tenía sentido.

—Bueno —dijo Mary con una leve sonrisa sarcástica—, digamos que estoy intentándolo. —Le acarició el brazo. Descalza, aún con el traje de baño, se le acercó muy lentamente.

Aterrorizado, Biskle se apartó de ella. Recogió la planta y, sin decir nada, se acercó al triturador de basuras del apartamento y arrojó allí los quebradizos y resacos restos de la planta. La máquina los engulló.

—Ahora —dijo Mary con tono animoso— vamos a visitar el Museo de Arte Moderno de Nueva York y, si tenemos tiempo, el Smithsonian, en Washington D. C. Me han pedido que lo mantenga ocupado, para que no le dé por pensar.

—Pero si ya lo he hecho —dijo Milt mientras observaba cómo se cambiaba el bañador por un traje de algodón tejido de color gris. «No se puede hacer nada —se dijo—. Y ahora lo sabes. Y lo mismo les pasará a todos los ingenieros cuando terminen su zona. Yo soy sólo el primero.»

«Al menos no estoy solo», comprendió. Y esto hizo que se sintiera un poco mejor.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Mary mientras se pintaba los labios delante del espejo.

—Muy bien —respondió él con tono lánguido, y se preguntó si sería Mary la que recibiría a cada ingeniero de reconstrucción para convertirse en su amante. «No sólo no es lo que parece —pensó—, sino que encima no me la voy a poder quedar.»

Se le antojaba una pérdida gratuita y fácil de evitar.

Se dio cuenta de que estaba empezando a gustarle. Mary estaba viva; era real. Terrícola o no. Al menos no habían perdido la guerra ante unas sombras, sino ante unos organismos vivientes reales. Esto lo animaba, de algún modo.

—¿Preparado para el Museo de Arte Moderno? —preguntó Mary con una sonrisa.

Más tarde, en el Smithsonian, después de ver el aeroplano de Charles Lindbergh, el Spirit of Saint Louis y el increíblemente antiguo avión de los hermanos Wright — parecía tener no menos de un millón de años— pudo visitar la parte de la exposición que más le interesaba.

Sin decirle nada a Mary —que parecía absorta estudiando un expositor de piedras semipreciosas en su estado natural, sin pulir— se escabulló y, un momento después, se encontraba frente a una gran vitrina titulada:

#### SOLDADOS PROXIANOS, 2014

Tres soldados proxianos, con el morro oscuro manchado y cubierto de mugre, las armas preparadas, parapetados detrás de los restos de uno de sus transportes. Una bandera ensangrentada colgaba fláccidamente a su lado. Era la representación de una derrota del enemigo: aquellas tres criaturas estaban a punto de rendirse o de morir.

Había un grupo de terrícolas boquiabiertos delante del cristal. Milt Biskle se volvió hacia el más cercano de ellos y dijo:

—Convincente, ¿no?

—Desde luego —dijo el hombre, un sujeto de mediana edad, de cabello cano y gafas—. ¿Estuvo usted en la guerra? —preguntó a Milt mientras se volvía hacia él.

—Trabajo en la reconstrucción —dijo Milt—. Ingeniero Amarillo.

—Oh. —El hombre asintió, impresionado—. Amigo, esos proxianos tienen un aspecto aterrador. Casi parece que van a salir de ahí para matarnos a todos. —Sonrió—. Lucharon bien antes de rendirse, eso hay que reconocérselo.

A su lado, su cana y enjuta esposa dijo:

—Esas armas me dan escalofríos. Son demasiado realistas.

Con un gesto de desaprobación, se alejó de allí.

—Tiene usted razón —dijo Milt Biskle—. Resultan aterradoramente reales porque son reales. —No tenía sentido crear una ilusión de aquella clase cuando su modelo, el verdadero, estaba a mano, perfectamente accesible. Milt se introdujo por debajo de la barandilla, se acercó a la vitrina, levantó el pie y le propinó una patada.

El cristal cayó en mil pedazos.

Mientras Mary se le acercaba corriendo, Milt le arrebató el rifle a uno de los proxianos congelados y se volvió hacia ella.

Mary se detuvo, con la respiración entrecortada, mirándolo pero sin decir nada.

—Estoy dispuesto a trabajar para vosotros —dijo Milt, empuñando el rifle con la destreza de un experto—. A fin de cuentas, si mi propia raza ya no existe, mal puedo reconstruir un mundo para ellos. Pero quiero saber la verdad. Dímelas y continuaré con mi trabajo.

—No, Milt —dijo Mary—. Si conocieras la verdad, no continuarías. Te matarías con esa arma. —Lo dijo con voz calmada, compasiva incluso, pero sus ojos grandes y brillantes parecían recelosos.

—Entonces te mataré —dijo él. Y después de eso se suicidaría.

—Espera. —La chica meditó un momento—. Milt... Es difícil. No sabes absolutamente nada y, aun así, mira en qué estado de abatimiento te encuentras. ¿Cómo esperas sentirte cuando veas cómo está tu planeta? Casi es demasiado para mí y yo sólo soy una... —vaciló.

—Dilo.

—Sólo soy una... —se le atragantó la palabra— una visitante.

—Pero tengo razón —dijo él—. Dilo. Admítelo.

—Tienes razón, Milt —dijo ella con un suspiro.

En ese momento aparecieron dos guardias de seguridad del museo, armados con pistolas.

—¿Está usted bien, señorita Ableseth?

—De momento sí —dijo Mary. No apartó los ojos de Milt ni del rifle que empuñaba—. Esperen —les ordenó a los guardias.

—Sí, señora. —Obedecieron éstos. Nadie se movió.

—¿Sobrevivió alguna mujer terrícola? —dijo Milt.

Al cabo de una pausa, Mary respondió:

—No, Milt. Pero los proxianos pertenecemos al mismo género que los humanos, como bien sabes. Podemos cruzarnos. ¿No te hace eso sentir mejor?

—Claro —respondió él—. Mucho mejor. —Y entonces sintió el deseo de dar la vuelta al rifle y suicidarse, sin esperar un momento. Era un impulso casi imposible de resistir. Había tenido razón. La criatura a la que había visto en la pista Tres del espaciopuerto de Marte no era Fay—. Escucha —le dijo a Mary Ableseth—. Quiero volver a Marte. Vine aquí a descubrir algo. Ya lo he descubierto, así que quiero regresar. Quizá hable de nuevo con el doctor DeWinter, tal vez pueda ayudarme. ¿Alguna objeción?

—No. —Parecía entender cómo se sentía—. A fin de cuentas, hiciste todo tu trabajo allí. Tienes derecho a regresar. Pero en algún momento tendrás que empezar a trabajar aquí, en la Tierra. Podemos esperar un año, más o menos, puede que dos. Pero al final Marte acabará por llenarse y necesitaremos el espacio. Y va a ser mucho

más difícil aquí... como ya descubrirás. —Trató de sonreír, pero no lo consiguió. Milt vio el esfuerzo que le costaba. —Lo siento, Milt.

—Y yo —respondió Milt Biskle—. Joder, lo he sentido cuando murió esa planta-wug. Ya conocía la verdad entonces. No era sólo una sospecha.

—Te interesará saber que tu colega, el ingeniero Rojo, Cleveland Andre, les habló a los demás en tu lugar. Y les transmitió todas tus impresiones, junto con las tuyas propias. Han decidido enviar una delegación oficial a la Tierra para investigar; ya está de camino.

—Me interesa —dijo Milt—. Pero la verdad es que tampoco importa. No cambia las cosas. —Bajó el rifle—. ¿Puedo volver a Marte ya? —Estaba cansado—. Dígale al doctor DeWinter que voy.

«Dígame —pensó— que tenga preparada toda su batería de técnicas psiquiátricas para mí, porque le van a hacer falta.» ¿Y los animales de la Tierra? —preguntó—. ¿Sobrevivió alguna especie? ¿Qué pasó con los perros y los gatos?

Mary miró de soslayo a los guardias del museo. Tras un instante de comunicación silenciosa, dijo:

—Tal vez no pase nada.

—¿Tal vez no pase nada si qué? —preguntó Milt Biskle.

—Si lo ve. Un momento. Parece que se lo está tomando mejor de lo que esperábamos. En mi opinión, se lo ha ganado. —Y añadió—: Sí, Milt, los perros y los gatos han sobrevivido. Viven aquí, entre las ruinas. Venga conmigo y lo verá.

«¿Ha acertado por primera vez? —pensó mientras iba con ella—. ¿De verdad quiero verlo? ¿Puedo soportar la realidad de lo que existe... lo que han creído necesario ocultarme hasta ahora?»

Al llegar a la rampa de salida del museo, Mary se detuvo y dijo:

—Salga, Milt. Yo me quedaré aquí. Lo estaré esperando cuando vuelva.

Con paso vacilante, Milt bajó la rampa.

Y lo vio.

Eran ruinas, claro, tal como ella había dicho. La ciudad había sido destrozada, arrasada hasta un metro por encima de la superficie. Los edificios se habían convertido en cuadrados vacíos, sin contenido, una repetición infinita, inútil y absurda. No podía creer que lo que estaba viendo fuera nuevo. Tuvo la impresión de que aquellos restos abandonados siempre habían estado allí, tal como lo estaban ahora. Y... ¿cuánto tiempo permanecerían así?

A la derecha, un sistema mecánico, elaborado pero de pequeño tamaño, se había posado sobre una calle llena de escombros. Mientras Milt lo observaba, extendió un sinfín de pseudópodos y empezó a excavar inquisitivamente los cimientos de las cercanías. Los cimientos, de acero y de cemento, fueron concienzudamente pulverizados.

El suelo era de color marrón oscuro, tierra carbonizada por el calor atómico generado por el equipo de reparación autónomo... «Una máquina —pensó Milt

Biskle—, no muy diferente a las que yo utilizo en Marte.» Sabía, por sus propios trabajos de reconstrucción, que a aquella herramienta de demolición le seguiría, en apenas cuestión de minutos, otra igualmente compleja, que prepararía el terreno para las nuevas estructuras.

A un lado de la calle, que estaba desierta, observando los limitados trabajos de limpieza, se veían dos figuras grises y delgadas. Dos proxianos, aquilinos como todos ellos, con su pálido cabello natural peinado en un alto moño y los lóbulos de las orejas alargados por la acción de los pesados pendientes.

«Los vencedores —se dijo—. Disfrutando del espectáculo, observando cómo son aniquilados los últimos objetos de la raza vencida. Algún día, aquí se levantará una ciudad puramente proxiana: arquitectura proxiana, calles dispuestas según el extraño y amplio patrón que utilizan los proxianos, edificios uniformes, como cajas, con numerosos niveles subterráneos.» Y unos ciudadanos como aquéllos recorrerían las rampas y los canales de alta velocidad en sus rutinarios quehaceres diarios.

«¿Y los perros y los gatos que, según Mary, aún habitan estas ruinas? ¿Desaparecerán? Probablemente no del todo. Habrá lugares reservados para ellos, puede que en los museos y los zoos, como rarezas del pasado que los visitantes mirarán boquiabiertos. Supervivientes de una ecología que ya no existirá. Ni importará.»

Y, sin embargo... Mary tenía razón. Los proxianos pertenecían al mismo género que la raza humana. Aunque no se aparearan con los humanos, las especies, tal como las conocía, sobrevivirían. «Y se aparearán», pensó. Su propia relación con Mary así lo presagiaba. Como individuos no estaban tan lejos. Hasta puede que el resultado fuera bueno.

«El resultado —pensó mientras daba media vuelta y regresaba al museo—, podría ser una raza que no sea proxiana ni terrícola del todo; algo genuinamente nuevo, surgido de su fusión. Al menos, es lo mejor que cabe esperar.»

La Tierra sería reconstruida. Había visto con sus propios ojos progresos modestos pero reales. Puede que los proxianos carecieran de la habilidad que poseían sus colegas ingenieros y él... pero ahora que los trabajos en Marte estaban prácticamente acabados, podía empezar allí. No era absolutamente imposible. No del todo.

Volvió junto a Mary y le dijo con la voz quebrada:

—Hazme un favor. Consígueme un gato para llevármelo a Marte. Siempre me han gustado los gatos. Sobre todo los anaranjados con rayas.

Uno de los guardias del museo, tras intercambiar una mirada con su compañero, dijo:

—Puede arreglarse, señor Biskle. Podemos conseguirle un... ¿cachorro, es la palabra?

—Gatito, creo —lo corrigió Mary.

Durante el viaje de vuelta a Marte, Milt Biskle, con la caja que contenía el gatito

anaranjado sobre el regazo, trazó sus planes. La nave aterrizaría en Marte quince minutos más tarde y el doctor DeWinter —o la criatura que se hacía pasar por el doctor DeWinter— estaría esperándolo allí. Y sería demasiado tarde. Desde su posición podía ver la escotilla de emergencia, con su luz roja de advertencia. Sus planes se centraban en aquella escotilla. No era ideal, pero serviría.

En la caja, el gatito anaranjado levantó una zarpa y empezó a jugar con la mano de Milt. Este sintió las afiladas y pequeñas uñas sobre la piel y en un gesto ausente, dejó de acariciarlo y sacó la mano. «De todos modos no iba a gustarte Marte», pensó mientras se ponía en pie.

Sin soltar la caja, se acercó a buen paso a la escotilla de emergencia. Antes de que la azafata pudiera evitarlo, la había abierto. Entró y cerró la escotilla detrás de sí. Un instante después, empezó a accionar la pesada puerta de salida de la estrecha unidad.

—¡Señor Biskle! —le llegó la voz de la azafata, amortiguada por la escotilla de acceso. Oyó que intentaba abrir la compuerta para alcanzarlo.

Mientras giraba el mecanismo de la compuerta exterior, el gatito empezó a bufar dentro de su caja.

«¿También tú?», pensó Milt Biskle, e hizo una pausa.

La muerte, el vacío y una completa ausencia de la calidez del espacio intermedio, se filtró por la compuerta a medio abrir y lo rodeó. La olió y algo en él, igual que le había sucedido al gatito, retrocedió instintivamente. Se detuvo, con la caja del gatito en las manos, sin terminar de abrir la compuerta, y en ese momento la azafata lo agarró.

—Señor Biskle —dijo, casi sollozando—, ¿es que ha perdido la cabeza? Por Dios, ¿qué está haciendo? —Logró cerrar la compuerta exterior y luego hizo lo propio con la escotilla de emergencia.

—Sabe perfectamente lo que estoy haciendo —dijo Milt Biskle mientras permitía que ella volviera a meterlo en la nave y lo llevara hasta su asiento.

«Y no crea que me ha detenido usted —se dijo—. Porque no ha sido usted. Podría haberme adelantado a usted, podría haberlo hecho. Pero he decidido no hacerlo.»

Se preguntaba por qué.

Más tarde, en la pista Tres, el doctor DeWinter lo estaba esperando, según lo convenido.

Mientras caminaban hacia el helicóptero que los esperaba, el doctor DeWinter, con voz preocupada, dijo:

—Acaban de informarme de que, durante el viaje...

—Es cierto. He intentado suicidarme. Pero he cambiado de idea. Puede que sepa usted por qué. Es un psicólogo, una autoridad sobre lo que sucede dentro de nuestras cabezas. —Entró en el helicóptero con cuidado, para no aplastar la caja del gatito terrícola.

—¿Va a instalarse finalmente en la parcela con Fay? —le preguntó el doctor

DeWinter al cabo de unos instantes, mientras sobrevolaban unos verdes y húmedos campos de trigo con alto contenido en proteínas—. ¿A pesar de... saberlo?

—Sí —asintió. A fin de cuentas, no había nada más para él, al menos que supiera.

—Terrícolas... —El doctor DeWinter sacudió la cabeza—. Admirable. —Entonces se fijó en la caja que Milt Biskle llevaba en el regazo—. ¿Qué tiene ahí? ¿Una criatura de la Tierra? —La observó con suspicacia. Obviamente, para él era una forma de vida alienígena—. Un organismo de aspecto peculiar.

—Me hará compañía —dijo Milt Biskle—. Mientras trabajo en mi propiedad o... —«O ayudándolos a reconstruir la Tierra», pensó.

—¿Es lo que llaman una serpiente cascabel? Me parece detectar el sonido de los cascabeles. —El doctor DeWinter se apartó.

—Está ronroneando. —Milt Biskle acarició al animal mientras el piloto automático del helicóptero los llevaba por el apagado y rojizo cielo marciano.

«El contacto con una forma de vida familiar me mantendrá cuerdo. Me permitirá seguir adelante. —Se sentía agradecido—. Puede que mi raza haya sido vencida y destruida, pero no todas las criaturas de la Tierra han perecido. Tal vez, cuando reconstruyamos el planeta, logremos persuadir a las autoridades de que nos permitan establecer reservas. Eso será parte de nuestra tarea —pensó mientras volvía a acariciar al gatito—. Es lo único que podemos esperar.»

A su lado, el doctor DeWinter estaba también sumido en sus propios pensamientos. Apreciaba el delicado trabajo de los ingenieros destinados en el tercer planeta, que había permitido crear el simulacro que descansaba en la caja que Milt Biskle llevaba en su regazo. Como logro técnico era algo increíble, incluso para él, y era consciente de ello... No como Milt Biskle, claro. Aquel dispositivo, aceptado por el terrícola como un organismo auténtico del pasado que recordaba, le proporcionaría un pivote sobre el que mantener el equilibrio psicológico.

Pero, ¿y los demás ingenieros de reconstrucción? ¿Qué haría falta para que cada uno de ellos superara el momento del descubrimiento, cuando completara su trabajo y, lo quisiera o no, tuviera que despertar?

Sería diferente para cada terrícola. Para uno un perro, para otro una simulación más compleja, posiblemente de una joven humana. En cualquier caso, a cada uno de ellos se le proporcionaría una «excepción» de la situación real. Una entidad esencial, superviviente, de lo que, en realidad, había desaparecido del todo. Habría que investigar el pasado de cada ingeniero para descubrir la clave, como había ocurrido en el caso de Biskle. El simulacro de gato estaba terminado semanas antes de aquel viaje repentino y aterrizado a la Tierra. Para Andre, por ejemplo, ya estaban construyendo un simulacro de loro. Estaría terminado para cuando le tocara hacer su viaje a la Tierra.

—Lo voy a llamar Trueno —le explicó Milt Biskle.

—Buen nombre —dijo el falso doctor DeWinter. Y pensó: «Es una pena que no

hayamos podido mostrarle la situación real de la Tierra. De hecho, es bastante interesante que aceptara lo que vio, porque, a cierto nivel, debe darse cuenta de que nada sobrevive a una guerra como ésta. Es obvio que está desesperado por creer que queda algo, aunque no sea más que un montón de escombros. Pero es típico de la mentalidad de los terrícolas agarrarse a fantasmas. Eso podría contribuir a explicar su derrota en el conflicto. Nunca fueron realistas.»

—Este gato —dijo Milt Biskle— va a ser un campeón cazando ratones marcianos.

—Cierto —asintió el doctor DeWinter mientras pensaba: «Siempre que no se le agoten las baterías.» Y le dio unas palmaditas en el lomo.

Un dispositivo se activó y el gatito ronroneó con más fuerza.



## Síndrome de alejamiento [4]

El oficial de paz Caleb Myers detectó el veloz vehículo en la pantalla del radar y se dio cuenta al instante de que el operador había eliminado el gobernador. El vehículo, que corría a unos doscientos setenta y cinco kilómetros por hora, circulaba a más velocidad de la permitida. Por tanto, el operador pertenecía a la clase azul: ingenieros y técnicos, gente capaz de manipular esas cosas. El arresto, pues, sería complicado.

Contactó por radio con un vehículo policial situado quince kilómetros al norte, por la autopista.

—Desactivad su fuente de energía en cuanto pase por allí —le sugirió a su compañero—. Va demasiado rápido para bloquearlo, ¿vale?

Detuvieron el vehículo a las 3:10 de la mañana. Una vez sin energía, continuó deslizándose hasta detenerse en el arcén de la autopista. El agente Myers pulsó unos botones y voló en dirección norte, hasta localizar al vehículo inmovilizado y las luces rojas de la rueda policial que se dirigía hacia él en medio del denso tráfico. Aterrizó en el preciso instante en que su colega llegaba al lugar.

Juntos, con cautela, se acercaron a la parada rueda, caminando sobre la gravilla del arcén.

Al volante había un hombre delgado, vestido con una camisa blanca y una corbata del mismo color. Con la mirada clavada en el parabrisas y una expresión de perplejidad, no hizo ademán alguno de saludar a los dos agentes, con sus uniformes grises, sus rifles y los trajes de burbujas protectoras que los cubrían de la cabeza a los pies. Myers abrió la puerta del vehículo y se asomó mientras su compañero, rifle en mano, esperaba por si se trataba de otra emboscada. Sólo aquella semana habían matado a cinco hombres de la oficina local de San Francisco.

—¿Sabe usted —dijo Myers al silencioso conductor— que la sanción por manipular el gobernador de velocidad de una rueda es una suspensión del permiso de dos años? ¿Merecía la pena?

Al cabo de un momento, el conductor volvió la cabeza hacia él y dijo:

—Estoy enfermo.

—¿Psicológica o físicamente? —Myers pulsó el botón de emergencia de su cuello para contactar con la línea 3, el Hospital General de San Francisco. Si era necesario, podía tener una ambulancia allí en cinco minutos.

—Todo me parecía irreal —dijo el conductor con voz ronca—. Pensé que si podía conducir lo bastante deprisa podría llegar a algún lugar que fuera... sólido. —Apoyó una mano en el salpicadero de su rueda y lo palpó, como si no creyera que la superficie acolchada estuviera realmente allí.

—Deje que eche un vistazo a su garganta, señor —dijo Myers mientras le apuntaba a la cara con la linterna. Le levantó la mandíbula hacia arriba y miró más

allá de su perfecta dentadura cuando el hombre, en un gesto reflejo, abrió la boca.

—¿La ves? —preguntó su compañero.

—Sí. —Había vislumbrado el destello. La unidad anti-carcinoma, instalada en la garganta. Como la mayoría de los no-terrícolas, aquel hombre le tenía fobia al cáncer. Probablemente hubiera pasado la mayor parte de su vida en una colonia, respirando aire puro, la atmósfera artificial generada por los equipos de reconstrucción automatizados antes de que se instalaran los humanos. Así que su fobia era fácil de entender.

—Tengo un médico a jornada completa. —El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera. De su interior extrajo una tarjeta. Le temblaba el pulso mientras se la pasaba a Myers—. Es especialista en medicina psicosomática, está en San José. ¿Podrían llevarme a verlo?

—No está usted enfermo —dijo Myers—. Lo que pasa es que aún no se ha acostumbrado por completo a la Tierra, a su gravedad, su atmósfera y los factores ambientales. Son las tres y cuarto de la mañana. El doctor... Hagopian, o como sea, no podrá verlo ahora. —Estudió la tarjeta. Decía:

«Este hombre está sometido a atención médica y, en caso de que presentara algún comportamiento extraño, se le deberán prestar cuidados especializados de inmediato.»

—Los médicos de la Tierra —dijo el otro agente— no ven a sus pacientes fuera de las horas de visita. Tendrá que acostumbrarse a ello, señor... —Extendió la mano—. Permítame su carné de operador, por favor.

El hombre le pasó la tarjeta en un gesto reflejo.

—Váyase a casa —le dijo Myers. Según el carné se llamaba John Cupertino—. ¿Está casado? Su esposa puede venir a recogerlo; lo llevaremos a la ciudad... Será mejor que deje la rueda aquí y no conduzca más esta noche. Y, por lo que se refiere a la velocidad...

—No estoy acostumbrado a un límite arbitrario —respondió Cupertino—. En Ganímedes no hay problemas de tráfico. Circulamos entre los trescientos y los cuatrocientos kilómetros por hora. —Su voz tenía una extraña monotonía que hizo pensar a Myers que podía haber tomado drogas, especialmente estimulantes talámicos. Cupertino estaba sumamente nervioso. Eso podía explicar que hubiera desactivado el regulador de velocidad oficial, un trabajo bastante sencillo para un hombre acostumbrado a manejar maquinaria. Y, sin embargo...

Había algo más. Tras veinte años de experiencia, Myers se percataba de esas cosas.

Abrió la guantera y enfocó el interior con la linterna. Cartas, una guía de moteles de lujo...

—Realmente no cree que esté en la Tierra, ¿verdad, señor Cupertino? —le

preguntó Myers. Estudió la cara del tipo; carecía de toda emotividad—. Es usted otro de esos condenados adictos que creen que esto es otra fantasía de culpabilidad inducida por las drogas... y que en realidad sigue en Ganímedes, sentado en el salón de su vivienda de veinte pisos, rodeado sin duda por sus criados cibernéticos, ¿verdad? —Soltó una carcajada seca y brusca antes de volverse hacia su compañero—. En Ganímedes es muy fácil de conseguir —dijo—. Esa mierda. Frohedadrina, se llama el extracto. Machacan los tallos secos, hacen una masa, la cuecen, la secan, y luego se la fuman. Y cuando lo han hecho...

—Jamás he probado la frohedadrina —dijo John Cupertino con voz ausente y la mirada perdida en algún lugar situado delante de él—. Sé que estoy en la Tierra. Pero me pasa algo. Mire. —Alargó la mano hacia el acolchado salpicadero y Myers vio que ésta desaparecía hasta la altura de la muñeca—. ¿Ve? A mi alrededor es todo insustancial, como las sombras. Ustedes dos, por ejemplo. Podría hacer que se esfumaran con sólo dejar de prestarles atención. Al menos, eso creo. Pero... ¡es que no quiero! —Su voz temblaba de angustia—. Quiero que sean reales. Quiero que todo esto sea real, incluido el doctor Hagopian.

El oficial Myers se conectó a la línea 2 a través del comunicador de su garganta.

—Ponedme con un tal doctor Hagopian, en San José. Es una emergencia, ignorad su servicio de contestador.

La línea emitió un chasquido al establecerse la conexión.

Myers miró a su compañero y dijo:

—Tú lo has visto. Has visto cómo ha atravesado el salpicadero con la mano. Tal vez sea verdad que puede hacer que nos esfumemos. —No tenía ganas de probarlo. Estaba confuso y ahora lamentaba no haber dejado que Cupertino siguiera por la autopista, hasta el Infierno si era necesario. Allá donde quisiera llegar.

—Conozco la razón de todo esto —dijo Cupertino, medio para sí. Sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno. Su mano ya temblaba menos—. Es por la muerte de Carol, mi esposa.

Ninguno de los agentes lo contradijo. Guardaron silencio mientras esperaban a que se le pasara la llamada al doctor Hagopian.

Con los pantalones por encima del pijama y una chaqueta abrochada hasta el cuello para protegerse del frío de la noche, Godlieb Hagopian recibió a su paciente en su consulta del centro de San José. Encendió primero las luces, luego la calefacción, trajo una silla y se preguntó qué pensaría su paciente al verlo con los pelos así.

—Siento haberlo despertado —dijo Cupertino. Pero no parecía sentirlo; parecía totalmente despierto, a las cuatro de la mañana. Estaba sentado, fumando, con las piernas cruzadas, mientras Hagopian, maldiciendo y refunfuñando por dentro, se dirigía a la sala de atrás para encender la cafetera. Al menos eso no se lo podía negar nadie.

—Los agentes —dijo Hagopian— han pensado que había tomado algún

estimulante por su forma de comportarse. Usted y yo sabemos lo que ocurre. — Cupertino, como él sabía perfectamente, siempre era así; el hombre era ligeramente maniático.

—No debería haber matado a Carol —dijo Cupertino—. Nada ha sido igual desde entonces.

—¿La echa de menos? Ayer, cuando lo vi, me dijo...

—Eso era a la luz del día; siempre me siento mejor cuando está el sol en lo alto. Por cierto. He contratado un abogado. Se llama Phil Wolfson.

—¿Por qué? —No quedaba ningún litigio pendiente contra Cupertino; ambos lo sabían.

—Necesito consejo profesional. Aparte del suyo. No lo estoy criticando, doctor. No se lo tome como un insulto. Pero hay aspectos de mi situación que son más legales que médicos. La consciencia es un interesante fenómeno. Se encuentra en parte en el reino de lo psicológico y en parte...

—¿Café?

—Dios, no. Desactiva el nervio vago durante horas.

—¿Les ha hablado a los agentes de Carol? —preguntó el doctor Hagopian—. ¿Les ha dicho que la mató?

—Sólo les dije que estaba muerta. Tuve cuidado.

—No lo tuvo cuando circulaba a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora. Hoy ha salido un caso en el Crónica. Sucedió en la autopista de Bayshore. La patrulla estatal de carreteras ha desintegrado a un coche que iba a doscientos cincuenta. Todo legal. Seguridad pública, las vidas de...

—Le advirtieron —señaló Cupertino. No parecía perturbado; de hecho, parecía aún más tranquilo—. Se negó a detenerse. Estaba borracho.

—Supongo que es usted consciente —dijo Hagopian— de que Carol sigue viva. De que, de hecho, vive en la Tierra, en Los Angeles.

—Pues claro. —Cupertino asintió con irritación. ¿Por qué tenía que recrearse Hagopian en lo obvio? Lo habían discutido miles de veces y, sin duda, el psiquiatra iba a preguntarle otra vez lo mismo: ¿cómo puede haberla matado si sabe que sigue viva? Estaba cansado e irritable; la sesión con Hagopian no estaba yendo a ninguna parte.

El doctor Hagopian cogió una hojita de papel, escribió algo apresuradamente, la arrancó del cuadernillo y se la ofreció a Cupertino.

—¿Una receta? —preguntó éste mientras la cogía.

—No. Una dirección.

Cupertino la miró y vio que era una dirección en South Pasadena. Sin duda era la dirección de Carol. Se le arrugó el semblante de rabia.

—Voy a intentarlo —dijo el doctor Hagopian—. Quiero que vaya a verla cara a cara. Entonces...

—Dígale a la junta de directores de Empresas Educativas Six-Planet que vayan a

verla a ella, no a mí —dijo Cupertino mientras le devolvía la hojita—. Son los responsables de la tragedia. Por su culpa tuve que hacerlo. Y usted lo sabe, así que no me mire así. Fueron ellos los que planearon que lo mantuviéramos en secreto, ¿no?

El doctor Hagopian suspiró.

—A las cuatro de la mañana, todo parece más confuso. El mundo entero parece más ominoso. Estoy al corriente de que en aquel momento trabajaba usted para Six-Planet en Ganímedes. Pero la responsabilidad moral... —Se interrumpió—. Me cuesta decir esto, señor Cupertino. Fue usted quien apretó el gatillo del rayo láser, así que tiene usted que aceptar la responsabilidad moral.

—Carol iba a contar a los homeoperiódicos que estaba a punto de producirse un levantamiento en Ganímedes, en el que estaba involucrada la autoridad civil del planeta, formada esencialmente por Six-Planet. Les dije que no podíamos permitir que dijera nada. Lo hizo por motivos mezquinos y despreciables, por aversión hacia mí, no por algo que tuviera que ver con el hecho en sí. Como todas las mujeres, la movían la vanidad personal y el orgullo herido.

—Vaya a esa dirección de South Pasadena —le instó el doctor Hagopian—. Vea a Carol. Convéznase de que nunca la mató, de que lo que ocurrió aquel día en Ganímedes, hace tres años, fue una... —Hizo un ademán mientras trataba de dar con la palabra adecuada.

—Sí, doctor —dijo Cupertino con tono cortante—. ¿Qué fue? Porque aquel día, o más bien aquella noche, le disparé a Carol justo entre los ojos con el rayo láser, en todo el lóbulo frontal; estaba totalmente muerta antes de que abandonara el apartamento y me dirigiera al espaciopuerto para coger un vuelo a la Tierra. — Esperó. Hagopian iba a tardar en encontrar las palabras exactas. Le llevaría tiempo.

Al cabo de un momento, su médico reconoció:

—Sí, sus recuerdos son muy detallados; está todo en mi archivo y no tiene sentido repetirlo otra vez. Francamente, me resulta fastidioso a esta hora de la mañana. No sé por qué está ahí ese recuerdo. Sé que es falso porque he conocido personalmente a su esposa, he hablado con ella y he intercambiado correspondencia con ella. Posterior, por cierto, a la fecha en la que recuerda usted haberla asesinado en Ganímedes. Eso puedo asegurárselo.

—Déme una buena razón para ir a verla —dijo Cupertino mientras amenazaba con romper el papel en dos.

—¿Una? —El doctor Hagopian reflexionó un instante. Estaba pálido y cansado—. Sí, puedo darle una buena razón, pero seguramente la rechace.

—Inténtelo.

—Carol estaba presente aquella noche —dijo el doctor Hagopian—, la noche que recuerda usted haberla asesinado. Quizá pueda decirle de dónde ha salido el falso recuerdo; en sus cartas insinuaba que podía saber algo sobre ello. —Miró de soslayo a Cupertino—. Eso fue todo lo que me dijo.

—Iré —dijo Cupertino, y entonces se dirigió rápidamente hacia la puerta de la

consulta.

«Qué curioso —pensó—. Obtener información sobre la muerte de una persona de esa misma persona.»

Pero Hagopian tenía razón: Carol era la única persona, aparte de él, que había estado presente aquella noche. Tendría que haberse dado cuenta hace tiempo de que, más tarde o más temprano, tendría que ir a verla.

Era una crisis en su estructura lógica que no deseaba tener que afrontar.

A las seis se encontraba en la puerta de la casa de Carol Holt Cupertino. Tuvo que llamar varias veces al timbre para que, finalmente, se abriera la puerta del pequeño apartamento individual. Una Carol soñolienta, con un camisón de nailon azul transparente y unas zapatillas de felpa blanca, apareció ante él. Un gato salió corriendo.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo Cupertino mientras se apartaba para dejar pasar al minino.

—Oh, Dios. —Carol se apartó un mechón de cabello rubio de los ojos y asintió—. ¿Qué hora es? —Una luz grisácea y fría bañaba la calle casi desierta. La mujer empezó a tiritar y cruzó los brazos—. ¿Cómo vienes tan temprano? Nunca te acostabas antes de las ocho.

—Aún no me he acostado. —Entró en el oscuro salón, que tenía las cortinas echadas—. ¿Me ofreces un café?

—Claro. —Con indiferencia, se dirigió a la cocina y pulsó el botón de CAFÉ caliente del horno. Apareció una taza de fragante café, seguida al poco por una segunda—. Con crema para mí, y con crema y azúcar para ti. Eres más infantil. —Le dio su taza. El olor de la mujer (calidez, carnalidad y sueño) se mezcló con el del café.

—No has envejecido un solo día, y han pasado más de tres años —dijo Cupertino. De hecho, estaba aún más esbelta, más apetecible.

Carol se sentó en la mesa de la cocina con los brazos cruzados y dijo:

—¿Y eso es sospechoso? —Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—No. Es un cumplido. —Él se sentó también—. Me ha mandado Hagopian. Dice que tengo que verte. Es evidente que...

—Sí —dijo Carol—. Lo he visto. Estuve varias veces en Carolina del Norte por asuntos de negocios. Le hice una visita... Me lo había pedido en una carta. Me cae bien. De hecho, ya deberías estar curado.

—¿Curado? —Se encogió de hombros—. Me siento curado. Salvo que...

—Salvo que aún tienes tu idéa fixe. Esa idea básica, ficticia y fija que no desaparecerá por mucho que te psicoanalicen. ¿No?

—Si te refieres a mis recuerdos sobre tu muerte, sí. Aún la tengo. Sé que ocurrió. El doctor Hagopian dice que podrías contarme algo sobre ello. Después de todo, como él ha dicho...

—Sí —asintió ella—, pero ¿crees que va a merecer la pena? Es un poco tedioso y... por Dios, son sólo las seis de la mañana. ¿No podrías irte a la cama y vernos más tarde, quizá por la tarde? ¿No? —Suspiró—. De acuerdo. Bueno, es cierto que intentaste matarme. Tenías un rayo láser. Fue en nuestro apartamento de Nuevo Detroit, en Ganímedes, el 12 de marzo de 2014.

—¿Por qué intenté matarte?

—Ya lo sabes —dijo con tono amargo. Sus senos temblaron de resentimiento.

—Sí. —En sus treinta y cinco años de vida, jamás había cometido otro error tan grave. Durante su proceso de divorcio, el hecho de que de su esposa estuviera al corriente de la inminente revuelta le había proporcionado una posición dominante; había podido dictarle los términos a su antojo. A final, las cuestiones económicas habían resultado insoportables y él había ido al apartamento común (aunque, para entonces, ya se había trasladado a otro más pequeño, al otro lado de la ciudad) y le había dicho, lisa y llanamente, que no podía hacer frente a sus exigencias. Entonces Carol lo había amenazado con acudir a la homeoprensa, a las filiales ganimedanas del New York Times y el Daily News.

—Sacaste tu pistolita —dijo Carol— y te sentaste, jugueteando con ella, sin decir nada. Pero tu mensaje estaba claro: o aceptaba un acuerdo injusto, que...

—¿Llegué a disparar?

—Sí.

—¿Y te di?

—Fallaste —dijo Carol— y yo salí huyendo del apartamento y corrí al ascensor. Bajé hasta la garita de seguridad y llamé a la policía desde allí. Vinieron. Aún estabas en el apartamento. —Le temblaba la voz—. Estabas llorando.

—Jesús —dijo Cupertino. Ninguno de ellos pronunció palabra durante un rato. Los dos bebieron café. Al otro lado del cuarto, el temblor de la pálida mano de su esposa hacía tintinear la taza contra el platillo.

—Como es natural —dijo Carol con tono prosaico— seguí adelante con el proceso de divorcio. En tales circunstancias...

—El doctor Hagopian cree que tal vez sepas por qué recuerdo haberte matado aquella noche. Dijo que se lo habías insinuado en una de tus cartas.

Los ojos azules de Carol brillaron.

—Aquella noche no tenías ningún recuerdo falso; sabías que habías fallado. Amboynton, el fiscal del distrito, te dio a elegir entre recibir tratamiento psiquiátrico forzoso o ser acusado de intento de asesinato en primer grado. Elegiste lo primero, como es natural, y desde entonces has estado visitando al doctor Hagopian. En cuanto al falso recuerdo... puedo decirte cuándo se instaló en tu cabeza, exactamente. Visitaste a tus jefes, Empresas Educativas Six-Planet. Viste a su psicólogo, un tal Edgar Green, adjunto a su departamento de personal. Eso ocurrió poco antes de que abandonarás Ganímedes para venir a la Tierra. —Se levantó y fue a volver a llenarse la taza, que estaba vacía—. Supongo que fue el doctor Green el que te implantó el

falso recuerdo de mi asesinato.

—Pero, ¿por qué? —dijo Cupertino.

—Sabían que me habías contado los planes para el levantamiento. La idea era que te suicidaras por los remordimientos y la culpa, pero, en lugar de hacerlo, cogiste un billete a la Tierra, tal como habías acordado con Amboynton. De hecho, intentaste suicidarte durante el viaje... Pero seguro que eso sí lo recuerdas.

—Vamos, cuéntamelo. —No recordaba ningún intento de suicidio.

—Te enseñaré el recorte del homeoperiódico; como podrás suponer, lo guardé. —Salió de la cocina y siguió hablando desde el dormitorio—. Por un estúpido sentimentalismo. —El pasajero del vuelo interplanetario... —Su voz se interrumpió y hubo silencio.

Cupertino tomó un sorbo de su café mientras esperaba sentado, sabiendo que ella no encontraría tal recorte. Porque no había existido tal intento de suicidio.

Carol volvió a la cocina con una expresión de perplejidad en la cara.

—No lo encuentro. Pero sé que estaba en mi Guerra y paz, en el volumen uno. Lo utilizaba como marca páginas. —Parecía un poco azorada.

—No soy el único que tiene recuerdos falsos —dijo Cupertino—. Si es que se trata de eso... —Por primera vez en tres años, tuvo la sensación de que estaba haciendo progresos.

Pero la dirección de aquellos progresos no estaba clara. Al menos de momento.

—No lo entiendo —dijo Carol—. Aquí pasa algo.

Mientras él esperaba en la cocina, Carol fue a vestirse al dormitorio. Cuando salió llevaba un suéter y una falda verdes, y zapatos de tacón. Después de peinarse, se acercó al horno y pulsó los botones correspondientes a unas tostadas con dos huevos escalfados. Eran casi las siete; la luz de la calle ya no era gris, sino levemente dorada. Y había más tráfico; se oía el tranquilizador sonido de los vehículos comerciales y las ruedas privadas que llevaban a la gente al trabajo.

—¿Cómo le has echado el lazo a un piso individual? —preguntó Cupertino—. Pensaba que en esta zona de Los Angeles era imposible conseguir otra cosa que apartamentos en los últimos pisos.

—Gracias a mis jefes.

—¿Quiénes son tus jefes? —Al momento, sintió que lo invadía una mezcla de desconfianza y perturbación; era evidente que tenían influencias. Su esposa había ascendido en el mundo.

—Falling Star Asociados.

Nunca había oído hablar de ellos.

—¿Trabajan fuera de la Tierra? —preguntó, confundido—. Si fueran una empresa interplanetaria...

—Es un holding. Soy asesora del presidente de la junta. Hago investigaciones de marketing. —Y añadió—. Tu antigua compañía, Empresas Educativas Six-Planet, nos pertenece; somos los accionistas mayoritarios. Pero eso es lo de menos; es sólo una



coincidencia.

Carol desayunó sin ofrecerle nada. Evidentemente ni siquiera se le ocurrió. Cupertino observó de mal humor los familiares y delicados movimientos de su cubertería. Aún la adornaba su pequeña nobleza burguesa. De hecho, parecía más refinada, más femenina que nunca.

—Creo —dijo Cupertino— que ya lo entiendo.

—¿Perdona? —Carol levantó la mirada y le clavó sus penetrantes ojos azules—. ¿Qué es lo que entiendes, Johnny?

—Lo que pasa contigo —dijo Cupertino—. Tu presencia. Es evidente que eres real, tan real como todo lo demás. Como la ciudad de Pasadena. Como esta mesa... —Arañó con brusca violencia la superficie de plástico de la mesa de la cocina—. Como el doctor Hagopian o los dos agentes que me detuvieron esta mañana. —Y añadió—: Pero, ¿hasta qué punto es real todo lo demás? Creo que ésa es la cuestión esencial. Eso explicaría por qué tengo la sensación de que mi mano atraviesa objetos materiales, como el salpicadero de mi rueda. Esa desagradable sensación de que nada de lo que me rodea es sustancial, de que vivo en un mundo de sombras.

Carol, que estaba mirándolo fijamente, se echó a reír de repente y luego siguió comiendo.

—Posiblemente —dijo Cupertino— esté en una prisión de Ganímedes, o en un hospital psiquiátrico. A causa de mi crimen. Y en los años transcurridos desde tu muerte, me haya recluido en un mundo de fantasía.

—Oh, Dios —dijo Carol sacudiendo la cabeza—. No sé si echarme a reír o a llorar. Lo que pasa es que... —Hizo un ademán—. Es demasiado patético. Lo siento mucho por ti, Johnny. En lugar de abandonar esa ilusión, prefieres creer que la Tierra entera, incluidas todas las personas que la habitan, es una fantasía de tu mente. Escucha, ¿no crees que sería más rentable abandonar tu idea fija? Abandonar la idea de que me mataste...

Sonó el teléfono.

—Disculpa. —Se limpió apresuradamente la boca, se levantó y contestó. Cupertino se quedó donde estaba, embargado de melancolía, jugueteando con una miga de la tostada que se había caído del plato; la mantequilla le manchó la mano y al limpiársela con la boca, en un acto reflejo, se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo. Tenía que desayunar, así que se acercó al horno para pedir algo, aprovechando que Carol no estaba. Unos momentos después tenía frente a sí un plato de beicon y huevos escalfados, con tostadas y café caliente.

«Pero ¿cómo puedo vivir? —se preguntó—. ¿Cómo puedo obtener más realidad si éste es un mundo ilusorio?

»Esta debe de ser una comida real. Suministrada por el hospital o la prisión. Existe una comida y yo la estoy consumiendo. Existe una habitación, con paredes y suelo..., pero no es ésta. No son estas paredes ni este suelo.

»Y... existe gente. Pero esta mujer no. Carol Holt Cupertino no. Es un carcelero o

un ayudante cualquiera. Y un médico. Puede que el doctor Hagopian.

»Eso no se puede negar —se dijo—. El doctor Hagopian es mi psiquiatra.»

Carol volvió a la cocina y se sentó de nuevo ante su plato, ya frío.

—Habla con él. Es Hagopian.

Cupertino acudió presuroso al teléfono.

La cara del doctor Hagopian en la pantalla del aparato parecía tensa y consumida.

—Veo que lo ha hecho, John. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado?

—¿Dónde estamos, Hagopian? —preguntó Cupertino.

El psiquiatra frunció el ceño y dijo:

—No sé a qué...

—Estamos los dos en Ganímedes, ¿verdad?

—Yo estoy en San José —repuso Hagopian—. Y usted en Los Angeles.

—Sé cómo poner a prueba mi teoría —dijo Cupertino—. Voy a dar por terminado el tratamiento con usted; si estoy prisionero en Ganímedes no podré, pero si, como usted mantiene, soy un ciudadano libre y estoy en la Tierra...

—Está usted en la Tierra —dijo Hagopian—, pero no es un ciudadano libre. Porque, a causa de su tentativa de asesinato contra su esposa, está obligado a recibir psicoterapia regularmente. Conmigo. Ya lo sabe. ¿Qué le ha dicho Carol? ¿Ha podido proyectar algo de luz sobre los sucesos de aquella noche?

—Yo diría que sí —dijo Cupertino—. He descubierto que trabaja para Empresas Educativas Six-Planet. Sólo por eso me alegro de haber venido. Creo que la contrataron para hacer de perro guardián.

—¿Cómo dice? —Hagopian pestañeó.

—De perro guardián. Para asegurarse de que seguía siéndoles leal. Imagino que temían que pudiera revelarles detalles del levantamiento a las autoridades terrícolas. Así que le asignaron a Carol mi vigilancia. Le conté sus planes y así supieron que no era de fiar. Probablemente Carol recibiera órdenes de acabar conmigo; probablemente lo intentara y fallara, y todos los implicados fueran castigados por las autoridades de la Tierra. Carol pudo escapar porque, oficialmente, no se encontraba entre los empleados de Six-Planet.

—Espere —dijo el doctor Hagopian—. Suena plausible, de algún modo. Pero...

—Levantó la mano—. Señor Cupertino, el levantamiento tuvo éxito. Es un hecho históricamente constatado. Hace tres años, en un movimiento simultáneo, Ganímedes, Ío y Calisto expulsaron a los representantes de la Tierra y se independizaron. Hasta los niños de la escuela lo saben. Se la llamó la Guerra Tri-lunar del 2014. Nunca habíamos hablado de ello, porque di por sentado que estaba al corriente de ello, como de... —Hizo un ademán—. Vaya, como de cualquier otro suceso histórico.

John Cupertino le dio un momento la espalda al teléfono y le preguntó a Carol.

—¿Es cierto?

—Pues claro —respondió ella—. ¿También es parte de tu ficción el fracaso de la pequeña revuelta? —Sonrió—. Pasas ocho años preparándola para uno de los grandes

cárteles que la organizaron y financiaron y entonces, por alguna razón desconocida, decides ignorar su éxito. La verdad es que me das lástima, Johnny; es una pena.

—Tiene que haber alguna razón —dijo Cupertino—. Para que no lo sepa. Para que me lo hayan ocultado hasta ahora. —Desconcertado, alargó el brazo...

Su mano, temblorosa, atravesó la pantalla del videófono y desapareció. La retiró al instante. La mano reapareció. Pero la había visto desaparecer. Lo había visto y lo entendía.

La ilusión era buena, pero no tan buena. Simplemente, no era perfecta. Tenía sus limitaciones.

—Doctor Hagopian —dijo a la imagen en miniatura del videófono—, creo que no voy a seguir viéndolo. Considérese despedido desde esta misma mañana. Envíeme la factura a casa. Muchas gracias. —Se dispuso a cortar la conexión.

—No puede hacer eso —dijo Hagopian al instante—. Como ya le he dicho, la terapia es obligatoria. Afróntelo, Cupertino. De lo contrario tendrá que presentarse ante el tribunal una vez más, y estoy seguro de que no es eso lo que quiere. Créame, se lo ruego, no le conviene.

Cupertino cortó la conexión y la pantalla se apagó.

—Tiene razón, ¿sabes? —le dijo Carol desde la cocina.

—Miente —replicó Cupertino. Y, con lentitud, volvió a sentarse frente a ella para seguir con su desayuno.

Al volver a su apartamento de Berkeley puso una conferencia con el doctor Edgar Green, de Empresas Educativas Six-Planet, en Ganímedes. Media hora después estaban hablando.

—¿Me recuerda, doctor Green? —preguntó a la imagen que tenía delante. El rostro rollizo, de mediana edad, no le resultaba familiar. No creía haberlo visto en toda su vida. Sin embargo, al menos uno de los elementos básicos de la configuración de aquella realidad había pasado la prueba: existía un doctor Edgar Green en el departamento de personal de Six-Planet. Carol le había dicho la verdad sobre eso.

—Sé que nos hemos visto antes —dijo el doctor Green—, pero lamento decir que su nombre no me viene a la cabeza en este momento, señor...

—John Cupertino. Actualmente residente en la Tierra. Antes en Ganímedes. Estuve implicado en un proceso bastante famoso hace tres años, antes de la revuelta. Me acusaron de haber asesinado a mi esposa, Carol. ¿Lo ayuda eso, doctor?

—Mmm —dijo el doctor Green con el ceño fruncido. Enarcó una ceja—. ¿Y lo absolvieron, señor Cupertino?

Cupertino vaciló un momento antes de decir:

—Estoy... Actualmente estoy bajo tratamiento psiquiátrico aquí, en la bahía de California. Por si eso le sirve de algo.

—Supongo que eso quiere decir que lo declararon mentalmente incapacitado. Y que, por consiguiente, no llegaron a juzgarlo.

Cupertino asintió con cautela.

—Es posible —dijo el doctor Green— que habláramos alguna vez. Me suena vagamente. Pero veo a tanta gente... ¿Trabajaba usted aquí?

—Sí —dijo Cupertino.

—¿Y qué quiere de mí concretamente, señor Cupertino? Algo querrá, es evidente. Ha puesto una conferencia bastante cara. Le sugiero, por motivos prácticos, principalmente su bolsillo, que vaya al grano.

—Quisiera que me enviara mi expediente —dijo Cupertino—. A mí, no a mi psiquiatra. ¿Es posible?

—¿Con qué propósito, señor Cupertino? ¿Para conseguir un trabajo?

Cupertino aspiró hondo y dijo:

—No, doctor. Para poder conocer con exactitud qué técnicas psiquiátricas se utilizaron en mi caso. Por parte de usted y de los miembros de su equipo, los que trabajaban a sus órdenes. Tengo razones para creer que se me sometió a terapia correctiva del máximo grado. ¿Tengo derecho a pedirlo, doctor? Yo diría que sí. — Esperó la respuesta mientras pensaba, «Tengo una posibilidad entre mil de sacarle algo a este hombre.» Pero merecía la pena intentarlo.

—¿Terapia correctiva? Debe de estar usted confundido, señor Cupertino. Nosotros sólo realizamos pruebas de aptitud, análisis de perfil... Aquí no hacemos terapia. Nuestro cometido es sólo analizar a los candidatos a un puesto de trabajo para determinar...

—Doctor Green —dijo Cupertino—, ¿estuvo usted implicado personalmente en la revuelta de hace tres años?

Green se encogió de hombros.

—Como todos. Todos los ganimedanos somos verdaderos patriotas —dijo con tono monocorde.

—¿Y, con el fin de proteger esa revuelta —preguntó Cupertino—, no habría usted implantado una ilusión en mi mente, para que...?

—Perdone —lo interrumpió Green—, pero es evidente que sufre usted una psicosis. No tire el dinero con esta llamada. De hecho, me sorprende que lo hayan dejado acceder a una línea telefónica conectada con el exterior.

—Pero lo que digo es posible —insistió Cupertino—. Con las técnicas psiquiátricas actuales es posible implantar una idea. Eso tiene que admitirlo.

El doctor Green suspiró.

—Sí, señor Cupertino. Es posible desde mediados del siglo XX. Estas técnicas fueron desarrolladas inicialmente por el Instituto Pavlov de Moscú en 1940 y perfeccionadas en tiempos de la Guerra de Corea. Se puede conseguir que un hombre crea cualquier cosa.

—Entonces Carol podría tener razón... —No sabía si estaba decepcionado o entusiasmado. Significaba, comprendió, que no era un asesino. Ese era el hecho fundamental. Carol estaba viva y su experiencia en la Tierra, con sus habitantes, sus

ciudades y sus objetos, era genuina. Y, sin embargo...—. Si fuera a Ganímedes —dijo de repente—, ¿podría ver mi expediente? Evidentemente, si puedo viajar es que no estoy sometido a tratamiento psiquiátrico forzoso por psicosis. Puede que esté enfermo, doctor, pero no estoy tan enfermo. —Espero. Era un tiro a ciegas, pero merecía la pena intentarlo.

—Bueno —dijo el doctor Green mientras lo pensaba—, ninguna norma de la compañía impide que un empleado... o un antiguo empleado, examine su expediente personal. Sin embargo, antes preferiría hablar con su psiquiatra. ¿Podría darme su nombre, por favor? Si él está de acuerdo, le ahorraré un viaje. Se lo enviaré y lo tendrá en sus manos esta misma noche, hora de la Tierra.

Le dio al doctor Green el nombre del doctor Hagopian. Luego colgó. ¿Qué diría Hagopian? Una pregunta interesante, a la que no podía dar respuesta. No tenía la menor idea de cómo reaccionaría.

Pero aquella noche lo sabría. No le cabía la menor duda.

La intuición le decía que Hagopian accedería. Aunque no por las razones adecuadas.

Sin embargo, eso no importaba. Los motivos de Hagopian le traían sin cuidado. Lo único que importaba era el expediente. Ponerle las manos encima, leerlo y averiguar si Carol decía la verdad.

Dos horas después, un tiempo increíblemente largo dadas las circunstancias, se le ocurrió de repente que Empresas Educativas Six-Planet podía, sin la menor dificultad, manipular el informe y omitir cualquier información que quisieran. Transmitir a la Tierra un documento espurio y totalmente desprovisto de valor.

¿Qué haría entonces?

Era una buena pregunta. Una pregunta a la que, de momento, no podía dar respuesta.

Aquella tarde, a última hora, un empleado de la Western Union llevó a su apartamento un informe remitido por la oficina de recursos humanos de Empresas Educativas Six-Planet, en Ganímedes. Le dio una propina, fue a sentarse al salón y abrió el documento.

Sólo tardó un instante en comprobar lo que ya sospechaba: el informe no contenía referencia alguna a la implantación de ideas ficticias. O lo habían falsificado o Carol se equivocaba. Se equivocaba... o le había mentado. Sea como fuere, el informe no le servía de nada.

Llamó a la universidad de California y, tras pasar de empleado en empleado, acabó hablando con alguien que parecía saber de qué estaba hablando.

—Quiero que analicen un documento escrito —le explicó Cupertino—. Para saber cuánto hace de su transcripción. Es una copia que se ha transmitido a las oficinas de la Western Union, así que sólo pueden recurrir al análisis de los anacronismos léxicos. Quiero saber si se ha redactado en los últimos tres años. ¿Cree que es posible?

—En los últimos tres años se han producido pocos cambios lingüísticos —le dijo el profesor de filología de la universidad—. Pero podemos intentarlo. ¿Cuándo lo necesita?

—Lo antes posible —dijo Cupertino.

Llamó a uno de los mensajeros del edificio para que llevara el documento a la universidad y, una vez solo, se tomó un momento para reflexionar sobre otro elemento de la cuestión.

Si su experiencia de la Tierra era ilusoria, el momento en el que más se aproximaban sus percepciones a la realidad ocurría durante sus sesiones con el doctor Hagopian. Por tanto, si pretendía derribar el sistema ilusorio entero y volver a percibir la realidad, tendría más probabilidades de conseguirlo entonces. Debía enfocar sus máximos esfuerzos en ese momento. Porque si había un hecho claramente constatado era éste: estaba viendo al doctor Hagopian.

Fue al teléfono y empezó a marcar su número. La pasada noche, después del arresto, Hagopian lo había ayudado; era demasiado pronto para volver a verlo, pero aun así lo llamó. A la vista de su análisis de su situación, le parecía justificado. Podía pagarle... Y entonces se le ocurrió algo.

El arresto. Al instante recordó lo que había dicho el policía. Había acusado a Cupertino de usar la droga ganimedana, la frohedadrina. Y por una buena razón: mostraba todos los síntomas.

Puede que ése fuera el modus operandi que permitía mantener el sistema ilusorio. Le estaban administrando frohedadrina en pequeñas dosis, tal vez con la comida.

¿No era ése un concepto paranoico... o, en otras palabras, psicótico?

Pero paranoico o no, tenía sentido.

Lo que necesitaba era un análisis de sangre. La presencia de la droga aparecería en él. Lo único que tenía que hacer era dirigirse a la clínica de su empresa, en Oakland, y pedir que se le realizara el análisis, aduciendo que le habían administrado una toxina. En menos de una hora, el análisis estaría terminado.

Si se trataba de la frohedadrina, demostraría que estaba en lo cierto. Seguía en Ganimedes, no en la Tierra. Y todo lo que experimentaba, o más bien creía experimentar, era una ilusión, con la posible excepción de sus visitas periódicas y obligatorias al psiquiatra.

Estaba claro. Tenía que hacerse el análisis de sangre cuanto antes. Sin embargo, tenía miedo. ¿Por qué? Por fin tenía el medio de someter a prueba la situación y, sin embargo, no se atrevía.

¿Quería conocer la verdad?

Tenía que hacerse el análisis. Olvidada por un momento la idea de ver al doctor Hagopian, fue al baño para afeitarse y luego se puso una camisa limpia, una corbata y salió del apartamento en dirección al aparcamiento. En quince minutos estaría en la clínica de su empresa.

Su empresa... Se detuvo, con la mano en la cerradura de la rueda, sintiéndose

estúpido.

Habían tenido un desliz al construir su sistema ilusorio. Porque no sabía dónde trabajaba. Un elemento esencial de la estructura no estaba, simplemente.

Volvió al apartamento y llamó al doctor Hagopian.

Un Hagopian bastante molesto se puso al aparato.

—Buenos días, John. Veo que está de vuelta en su apartamento. No se ha quedado mucho tiempo en Los Angeles.

—Doctor, no sé dónde trabajo —dijo Cupertino atropelladamente—. Es evidente que algo ha ido mal. Debía de saberlo antes... Hasta hoy mismo, de hecho. ¿Es que no trabajo mis cuatro días a la semana, como todo el mundo?

—Pues claro —respondió Hagopian, sereno—. Trabaja usted en una firma de Oakland, Industrias Tripland S.A., en la avenida San Pablo, cerca de la calle Veintiuno. La dirección exacta figura en el listín. Pero... mi consejo es que se vaya a la cama y descanse. Se ha pasado toda la noche despierto y es evidente que está sufriendo una reacción adversa a la fatiga.

—Supongamos —dijo Cupertino— que estuvieran empezando a desmoronarse secciones cada vez más grandes del sistema ilusorio. No sería muy bueno para mí. — El elemento desaparecido lo aterrizzaba. Era una parte de él que se había disuelto. No saber dónde trabajaba... era algo que lo apartaba al instante de todos los seres humanos, que lo aislaba por completo. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Puede que fuera el cansancio. Tal vez Hagopian tuviera razón. Era demasiado mayor para pasarse despierto toda la noche. No era como una década antes, cuando este tipo de cosas eran físicamente posibles para Carol y para él.

Entonces comprendió que quería aferrarse al sistema ilusorio; no quería ver cómo se descomponía a su alrededor. Una persona es su mundo; sin él, no existe.

—Doctor —dijo—, ¿puedo verlo esta tarde?

—Pero si acabamos de vernos —señaló Hagopian—. No hay razón para otra visita tan pronto. Espere a finales de semana. Y, entre tanto...

—Creo que ya entiendo cómo se mantiene el sistema ilusorio —dijo Cupertino. Mediante dosis diarias de frohedadrina, administradas oralmente a través de la comida. Puede que al ir a Los Angeles me saltara una; eso podría explicar por qué se ha desmoronado una parte del sistema. O quizá, como dice usted, sea culpa del cansancio. En cualquier caso, esto demuestra que lo que digo es cierto: esto es un sistema ilusorio y no necesito ni el análisis de sangre ni el informe de la universidad de California para confirmarlo. Carol está muerta... y usted lo sabe. Es usted mi psiquiatra de Ganímedes y estoy bajo custodia, al igual que los últimos tres años. ¿No es así? —Esperó, pero Hagopian no respondió. El rostro del doctor se mantuvo impassible—. Nunca estuve en Los Angeles. De hecho, lo más probable es que esté confinado en un área relativamente pequeña. No tengo la libertad de movimiento que creo tener. Y tampoco he visto a Carol esta mañana, ¿verdad?

—¿A qué se refiere con «análisis de sangre»? ¿De dónde ha sacado la idea de

hacer tal cosa? —Esbozó una leve sonrisa—. Si todo esto es un sistema ilusorio, el análisis de sangre lo será también. ¿Cómo podría ayudarlo entonces?

Eso no se le había ocurrido. Aturdido por el golpe, permaneció en silencio, incapaz de responder.

—Y ese informe que le ha pedido al doctor Green —continuó Hagopian—. El que ha recibido y enviado a la universidad de California para su análisis... también sería ilusorio. Así que, ¿por qué cree que un análisis de sangre...?

—¿Cómo puede saber usted eso, doctor? Es imposible —dijo Cupertino—. Entra dentro de lo posible que supiera que he hablado con el doctor Green, que le pedí y que me envió, un informe; podría habérselo dicho el propio Green. Pero no mi solicitud de análisis lingüístico a la universidad. Es imposible que lo supiera. Lo siento, doctor, pero esta estructura ha demostrado su irrealdad por una contradicción de su lógica interna. Sabe usted demasiadas cosas. Y creo que ya sé qué última y definitiva prueba puedo realizar para confirmar mi razonamiento.

—¿Cuál es? —preguntó Hagopian con tono frío.

—Volver a Los Angeles y matar de nuevo a Carol —dijo Cupertino.

—Por Dios, ¿cómo...?

—Una mujer que lleva tres años muerta no puede morir de nuevo —dijo Cupertino—. Obviamente, demostraré que es imposible matarla. —Se dispuso a cortar la conexión.

—Espere —se apresuró a decir Hagopian—. Mire, Cupertino. Voy a tener que llamar a la policía... me ha obligado usted. No puedo permitir que vaya a asesinar a esa mujer por... —Se interrumpió—. Que haga un segundo intento de acabar con su vida. Muy bien, Cupertino. Admitiré que le he estado ocultando una serie de cosas. Hasta cierto punto, tiene razón. Está usted en Ganímedes, no en la Tierra.

—Ya veo —dijo Cupertino, pero no colgó.

—Pero Carol es real —continuó el doctor Hagopian. Estaba sudando. Obviamente temía que Cupertino colgara en cualquier momento—. Es tan real como usted o como yo. Trató de matarla y no lo consiguió; ella informó a la homeoprensa de los planes de revuelta... y a causa de esto, el levantamiento no tuvo un éxito total. Ganímedes está rodeado por un cordón de naves militares de la Tierra. Estamos aislados del resto del sistema solar, con racionamiento de alimentos y cada vez más desesperados, pero aún resistimos.

—¿Y para qué es el sistema ilusorio? —Una sensación gélida estaba ascendiendo en su interior. Incapaz de reprimirla, sintió que penetraba en su pecho y le invadía el corazón—. ¿Quién me lo impuso?

—Nadie. Fue un síndrome de alejamiento, impuesto por usted mismo a causa de su sentimiento de culpa. Porque, Cupertino, la revuelta fue descubierta por su culpa. El hecho de que se la revelara a Carol fue el factor crucial... y usted lo sabe. Intentó suicidarse y fracasó, así que, como última alternativa, su psique se retiró a este mundo de fantasía.



—Si Carol hubiera hablado con las autoridades de la Tierra, ahora no estaría libre y no podría...

—Eso es cierto. Su esposa está en prisión, y es allí donde la visitó usted. En la prisión de Nueva Detroit, aquí en Ganímedes. Para serle franco, no sé qué efecto tendrá sobre su mundo de fantasía el hecho de que le cuente esto. Podría provocar que el proceso de desintegración se acentuara. De hecho, hasta podría llevarlo a una situación en la que su percepción de la realidad se restaurara lo bastante como para comprender con claridad las terribles dificultades a las que nos enfrentamos en este momento los ganimedanos. Lo he envidiado mucho durante los últimos tres años, Cupertino. No ha tenido que hacer frente a la dura realidad. Ahora... —Se encogió de hombros—. Ya veremos.

—Gracias por contármelo —dijo Cupertino al cabo de un momento.

—No me dé las gracias. Lo he hecho para impedir que su creciente estado de agitación lo indujera a realizar un acto de violencia. Es usted mi paciente y tengo que pensar en su bienestar. Esto no es, ni lo ha sido nunca un castigo. El alcance de su enfermedad mental, su retirada de la realidad, demuestra muy a las claras los remordimientos que le inspiran las consecuencias de su estupidez. —Hagopian estaba demacrado y pálido—. Pero, en cualquier caso, deje a Carol en paz; no es tarea suya cobrarse venganza. Si no me cree, lea la Biblia. Está siendo castigada, y seguirá siendo castigada mientras continúe en nuestras manos.

Cupertino cortó la conexión.

«¿Lo creo?», se preguntó.

No estaba seguro. «Carol —pensó—. Así que condenaste a nuestra causa por un rencor doméstico y mezquino. Por femenina amargura, porque estabas furiosa con tu marido, condenaste a una luna entera a tres años de terrible y odiosa guerra.»

Fue al vestidor del dormitorio y sacó el rayo láser. Había permanecido allí escondido, en una caja de pañuelitos, los tres años transcurridos desde que abandonara Ganímedes para ir a la Tierra.

«Pero, al fin —se dijo—, es hora de usarlo.»

Pidió un taxi por teléfono. Esta vez viajaría a Los Angeles por cohete exprés, no en su propia rueda.

Quería llegar a su destino tan pronto como fuera humanamente posible.

«Te me escapaste una vez —dijo mientras caminaba rápidamente hacia la puerta de su apartamento—. Pero ésta no. Dos veces no.»

Diez minutos después se encontraba a bordo del cohete exprés, de camino a Los Angeles y a Carol.

Ante él se encontraba un ejemplar de Los Angeles Times; volvió a hojearlo de principio a fin, perplejo, y de nuevo fue incapaz de encontrar el artículo. ¿Por qué no estaba allí?, se preguntó. Un asesinato, una mujer atractiva y sexy... Había entrado en el trabajo de Carol, la había encontrado en su mesa, la había matado delante de sus

compañeros y luego, sin que nadie hiciera nada, se había dado media vuelta y había salido de allí; todo el mundo estaba demasiado paralizado por el miedo y la sorpresa como para impedirselo.

Y, sin embargo, no estaba en el periódico. La homeoprensa no hacía la menor mención al respecto.

—Está buscando en vano —dijo el doctor Hagopian desde detrás de su mesa.

—Tiene que estar ahí —insistió Cupertino—. Un crimen así... Pero ¿qué está pasando? —Dejó el homeoperiódico a un lado, totalmente confundido. No tenía sentido. Desafiaba a la lógica más elemental.

—Primero —dijo el doctor Hagopian con tono fatigado—, el rayo láser no existía, era una ilusión. Segundo, no permitimos que visitara a su esposa porque sabíamos lo que pretendía... Lo había dejado usted clarísimo. Nunca la vio, nunca la mató y el homeoperiódico que tiene delante no es el Los Angeles Times, sino el New Detroit Star... que no pasa de las cuatro páginas a causa de la escasez de papel que sufrimos en Ganímedes.

Cupertino se lo quedó mirando.

—Así es —dijo el doctor Hagopian con un asentimiento de cabeza—. Ha vuelto a ocurrir, John: ha creado usted el recuerdo ilusorio de haberla matado dos veces. Y cada suceso es más irreal que el anterior. Pobre criatura... Es evidente que está condenado a intentarlo una y otra vez, y a fracasar una y otra vez. Por mucho que nuestros líderes detesten a Cate Holt Cupertino y deploren y lamenten lo que nos... —hizo un ademán—. Tenemos que protegerla. Es cuestión de justicia. Su sentencia se está ejecutando. Pasará en prisión veintidós años más, o hasta que la Tierra consiga derrotarnos y la libere. Imagino que harán de ella una heroína; está en todos los homeoperiódicos pro-terricolas del sistema solar.

—¿Dejarán que escape con vida? —dijo Cupertino al cabo de un momento.

—¿Cree que deberíamos matarla antes de que la liberen? —El doctor Hagopian lo miró con el ceño fruncido—. No somos unos bárbaros, John. No cometemos crímenes por venganza. Ella se ha pasado tres años en prisión. Está siendo castigada como merece. —Y añadió—: Y usted también, por cierto. Me pregunto quién estará sufriendo más.

—Sé que la maté —insistió Cupertino—. Cogí un taxi hasta el edificio de su empresa, Falling Star Asociados, que controla Empresas Educativas Six-Planet, en San Francisco. Su oficina estaba en el sexto piso. —Recordaba el viaje en el ascensor; hasta recordaba la ropa que llevaba la otra pasajera, una mujer de mediana edad. Recordaba la esbelta recepcionista pelirroja que había llamado a Carol por el intercomunicador de su mesa; recordaba haber cruzado la atestada oficina hasta encontrarse de repente cara a cara con Carol. Ella se había levantado y entonces, al ver el rayo láser que acababa de sacar, se había quedado paralizada tras la mesa; la comprensión había aflorado de repente a sus facciones y habría tratado de escapar de allí, de ocultarse... pero la había matado de todas maneras, justo cuando llegaba a la

otra puerta, con el brazo estirado hacia el picaporte.

—Le aseguro —dijo el doctor Hagopian— que Carol está perfectamente. — Encendió el teléfono de su mesa y marcó—. Mire, voy a llamarla; podrá hablar con ella.

Cupertino esperó, como aletargado, hasta que se formó la imagen en el videófono. Era Carol.

—Hola —dijo ella al verlo.

Tras un momento de vacilación, Cupertino respondió:

—Hola.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Carol.

—Bien. —E, incómodo, añadió—: ¿Y tú?

—Estoy bien —dijo Carol—. Sólo tengo un poco de sueño, porque esta mañana me han despertado temprano. No sé si te acuerdas...

Cupertino colgó.

—Muy bien —le dijo al doctor Hagopian—, me ha convencido. —Era innegable: su esposa estaba viva e ilesa. De hecho, también era evidente que ignoraba por completo el segundo atentado contra su vida. Seguía en casa. Hagopian le estaba diciendo la verdad.

¿En casa? Más bien en su celda. Si es que creía a Hagopian. Y no le quedaba más remedio.

—¿Soy libre para irme? —dijo mientras se levantaba—. Quiero volver a mi apartamento. Estoy muy cansado. Me gustaría dormir un poco esta noche.

—Lo raro es que pueda seguir en pie —respondió Hagopian— después de pasarse sin dormir casi cincuenta horas. Por Dios, váyase a casa y métase en la cama. Ya hablaremos luego. Esbozó una sonrisa alentadora.

Encorvado por la fatiga, John Cupertino salió de la consulta del doctor Hagopian. Al llegar a la calle se detuvo un momento, con las manos en los bolsillos, tiritando de frío, y luego se dirigió con paso vacilante hacia su rueda.

—A casa —le ordenó.

La rueda abandonó suavemente la acera para unirse al tráfico.

«Podría intentarlo una vez más —comprendió Cupertino de repente—. ¿Por qué no? Esta vez puede que lo consiga. El hecho de que haya fallado dos veces... no quiere decir que esté condenado a fallar siempre.»

—Llévame a Los Angeles —dijo a la rueda.

El sistema automático emitió un chasquido mientras accedía a la ruta principal hacia Los Angeles, la autopista 99 de los Estados Unidos.

«Estará dormida cuando llegue allí —se dijo Cupertino—. Puede que esté lo bastante confusa como para dejarme pasar. Y entonces...

»Puede que esta vez la revuelta sí triunfe.»

Parecía haber un hueco, un punto débil, en su razonamiento. Pero no podía localizarlo; estaba demasiado cansado. Se recostó en el asiento e intentó ponerse

cómodo. Dejó que el piloto automático se encargara de conducir y cerró los ojos para tratar de recuperar un poco de sueño. Le hacía mucha falta. En pocas horas estaría en South Pasadena, en el apartamento de Carol. Tal vez durmiera después de haberla matado; entonces se lo habría ganado.

«Mañana por la mañana —pensó—, si todo va bien, estará muerta.» Y entonces volvió a pensar en el homeoperiódico y en la ausencia del crimen entre las noticias. «Qué raro —se dijo—, me pregunto por qué no estaría.»

La rueda, a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora —para eso le había quitado el gobernador de la velocidad—, voló hacia lo que John Cupertino creía que era Los Angeles, y hacia su esposa dormida.

## Una odisea terrícola [5]

Orion Stroud, presidente de la junta escolar del West Marin, encendió su linterna de gasolina Coleman. La recocina de la escuela quedó bañada en una luz blanca que permitió que sus cuatro compañeros pudieran ver al nuevo profesor.

—Voy a hacerle unas preguntas —dijo Stroud a los demás—. Pero antes que nada, éste es el señor Barnes, que viene de Oregón. Dice que es especialista en ciencias y comestibles naturales. ¿No es así, señor Barnes?

El nuevo profesor, un hombre menudo, de aspecto juvenil, con una camisa caqui y unos pantalones de trabajo, se aclaró la garganta con nerviosismo y dijo:

—Sí, poseo conocimientos de química, de botánica y de zoología, especialmente sobre especies forestales, como las bayas y las setas.

—Últimamente hemos tenido mala suerte con las setas —dijo la señora Tallman, la anciana que formaba parte de la junta incluso en los tiempos antiguos, antes de la Emergencia—. Ahora preferimos no tocarlas.

—He podido examinar los pastos y los bosques de la región —dijo el señor Barnes— y he visto algunos excelentes ejemplos de setas comestibles. Pueden utilizarlos para complementar su dieta sin peligro alguno. Hasta conozco sus nombres en latín.

La junta se revolvió y murmuró. Eso, lo de los nombres en latín, los había impresionado, comprendió Stroud.

—¿Por qué se fue de Oregón? —preguntó bruscamente George Keller, el director. El nuevo profesor lo miró y dijo:

—Cuestiones políticas.

—¿Suyas o de ellos?

—De ellos —dijo Barnes—. A mí no me gusta la política. Yo enseño a los niños a fabricar tinta, a preparar sopa y a cortarles la cola a los becerros aunque sean casi adultos. Y tengo mis propios libros. —Cogió uno del pequeño montón que tenía a su lado y le mostró a la junta el excelente estado en que se encontraba—. Les diré otra cosa: aquí, en esta parte de California, tienen todo lo necesario para fabricar papel. ¿Lo sabían?

—Lo sabemos, señor Barnes —dijo la señora Tallman—, pero no sabemos cómo. Se usa corteza de árbol o algo así, ¿verdad?

A la cara del nuevo profesor afloró una expresión misteriosa, prudente. Barnes sabía que la señora Tallman tenía razón, pero no deseaba que ella lo supiera; quería guardarse el conocimiento para sí porque la junta de West Marin no lo había contratado aún. Sus conocimientos aún no estaban disponibles... y él no regalaba nada. Cosa que, como es natural, era lo más razonable. Stroud lo sabía y respetaba a Barnes por ello. Sólo los idiotas regalaban algo a cambio de nada.

La señora Tallman estaba observando detenidamente el montón de libros del

nuevo profesor.

—Veo que tiene el Tipos psicológicos de Carl Jung. ¿La psiquiatría es uno de sus campos de especialización? Qué bien, un profesor capaz de distinguir las setas comestibles y que además es una autoridad en Freud y Jung.

—Ese tipo de materias carecen de interés —dijo Strout con irritación—. Necesitamos ciencias útiles, no humo. —Personalmente se sentía un poco decepcionado; el señor Barnes no le había hablado sobre su interés en los aspectos meramente teóricos de la ciencia—. La psiquiatría no sirve para vaciar una fosa séptica.

—Creo que ya estamos preparados para proceder a la votación —dijo la señorita Costigan, el miembro más joven de la junta—. Yo estoy a favor de aceptarlo, al menos provisionalmente. ¿Alguien piensa de otra manera?

—Ya sabrá usted que matamos a nuestro último profesor —le dijo la señora Tallman al señor Barnes—. Por eso necesitamos otro. Por eso enviamos al señor Stroud a recorrer la costa hasta encontrarlo.

—Lo matamos porque nos mintió —dijo la señorita Costigan—. Verá usted, sus auténticas razones para venir aquí no tenían nada que ver con la enseñanza. Estaba buscando a un hombre llamado Jack Tree, que resulta que vivía por la comarca. La señora Keller, una respetable miembro de la comunidad, esposa del señor George Keller aquí presente, nuestro director, es una amiga muy querida del señor Tree. Nos informó de la cuestión y actuamos siguiendo las vías legales y oficiales, y por intermedio de nuestro jefe de policía, el señor Earl Colvig.

—Ya veo —dijo el señor Barnes sin ninguna entonación en la voz tras escucharla sin una sola interrupción.

—El jurado que lo sentenció y ejecutó —dijo Orion Stroud— estaba formado por Cas Stone, el principal terrateniente de West Marin, la señora Tallman, la señora June Raub y yo mismo. He dicho «ejecutó», pero ya imaginaré que el hecho en sí, es decir, el hecho de pegarle un tiro, quedó en manos de Earl. Es su trabajo, una vez que el jurado de West Marin toma una decisión.

Miró fijamente al nuevo profesor.

—Me parece —dijo el señor Barnes— perfectamente formal y legal. Justo lo que me interesa. —Su sonrisa hizo que la tensión de la sala se relajara patentemente. Empezaron los cuchicheos.

Alguien encendió un cigarro, uno de los Gold Label de luxe especial de Andrew Gill. Su denso y agradable aroma, al flotar entre ellos, mejoró su disposición hacia el nuevo profesor y su ánimo en general.

Al ver el cigarrillo, el señor Barnes esbozó una extraña expresión y, con voz ronca, preguntó:

—¿Tienen tabaco? ¿Después de siete años? —Era evidente que no podía creer lo que veían sus ojos.

La señora Tallman, con una sonrisa de picardía, respondió:

—No tenemos tabaco, señor Barnes, porque, como usted ya sabe, nadie tiene tabaco. Pero sí que tenemos un experto en tabaco. Él fabrica estos Gold Label de luxe especiales a partir de una mezcla de hierbas y vegetales cuya auténtica fórmula, como no podría ser de otro modo, sólo él conoce.

—¿Y cuánto cuestan? —preguntó el señor Barnes.

—En dinero negro de California —dijo Orion Stroud— aproximadamente cien dólares la unidad. En plata de antes de la guerra, un níquel cada uno.

—Pues tengo un níquel —dijo el señor Barnes mientras introducía una mano temblorosa en el bolsillo de su chaqueta. Sacó la moneda y se la mostró al fumador, George Keller, quien lo observó desde su silla, sentado con las piernas cruzadas para mayor comodidad.

—Lo siento —dijo George—. No vendo. Será mejor que hable directamente con el señor Gill. Lo encontrará durante el día en su tienda. Está aquí, en Point Reyes Station, aunque, como es natural, recorre toda la comarca. Tiene un minibús VW con un tiro de caballos.

—Lo tendré presente —dijo el señor Barnes mientras, con sumo cuidado, volvía a guardar su níquel.

—¿Tiene la intención de coger el transbordador? —preguntó el funcionario de Oakland—. Si no, le pediría que moviera el vehículo, porque está bloqueando la entrada.

—Claro —dijo Stuart McConchie. Volvió a subirse al coche y dio un rápido tirón a las riendas. En respuesta, Eduardo Príncipe de Gales, su caballo, empezó a tirar del Pontiac de 1975 en dirección al muelle del otro lado de la puerta.

La bahía, azulada y cubierta espuma, se extendía a ambos lados, y Stuart observó a través del parabrisas cómo descendía una gaviota para atrapar algún bocado entre los pilotes. Se veían cañas, también: hombres que intentaban pescar su almuerzo. Varios de ellos llevaban antiguos y andrajosos uniformes del ejército. Veteranos, que tal vez vivieran debajo del muelle. Stuart siguió adelante.

Si hubiera podido permitirse una llamada de teléfono a San Francisco... Pero el cable submarino había vuelto a averiarse, de modo que la línea tenía que enlazar con San José y recorrer la península entera de un lado a otro para llegar a San Francisco, por lo que la llamada le costaría cinco dólares en dinero de plata. Es decir, algo impensable, salvo para un millonario. Tendría que esperar las dos horas que faltaban hasta la salida del transbordador... La cuestión era, ¿podría esperar tanto tiempo?

Iba detrás de algo importante.

Le había llegado el rumor de que habían encontrado un enorme misil guiado soviético, uno de esos que no habían llegado a explotar. Estaba enterrado cerca de Belmont y un granjero lo había descubierto mientras araba sus campos. Estaba vendiéndolo por piezas: sólo el sistema de guía contenía varios miles. El tipo las vendía a penique la unidad: el comprador elegía cuál se llevaba. Y el oficio de Stuart requería muchas piezas como aquéllas. Pero también el de mucha más gente. Así que

el premio gordo era para el que llegase primero. Si no se daba mucha prisa en cruzar la bahía de Belmont, llegaría tarde.

Stuart vendía (otro tipo las fabricaba) trampas electrónicas. Los animales habían mutado y ahora eran capaces de evitar las trampas convencionales pasivas, por muy sofisticadas que fueran. Los gatos habían cambiado especialmente, y el señor Hardy fabricaba una trampa para gatos de primera, aún mejor que su trampa para perros y su trampa para ratones, que ya eran buenas. Las alimañas eran peligrosas. Mataban y devoraban a los niños pequeños a su antojo, o al menos eso se decía. Como es natural, la gente, siempre que podía, los mataba a ellos y se los comía. Los perros se consideraban especialmente sabrosos, sobre todo con una guarnición de arroz. El periódico semanal de la zona de Berkeley solía traer recetas de sopa de perro, guiso de perro e incluso pastel de carne de perro.

Al pensar en el pastel de carne de perro, Stuart se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Tenía la sensación de que no había dejado de estarlo desde que cayera la primera bomba. Su última comida realmente digna de tal nombre había sido el almuerzo en Fred's Fine Foods, el día que había visto por primera vez al focomelo Hoppy Harrington haciendo su número. ¿Dónde, se preguntó de repente, estaría ahora el pequeño foco? Llevaba años sin pensar en él.

Ahora, claro está, se veían muchos focos, casi todos ellos en sus automóviles, exactamente como Hoppy en su día, plantados en el centro de sus pequeños universos, como dioses sin brazos ni piernas. La imagen aún lo repelía, pero últimamente había tantas imágenes repelentes...

En la superficie de la bahía, a su derecha, un veterano sin piernas se adentró en el agua a bordo de una balsa y, utilizando los remos, se impulsó en dirección a un montón de escombros que, a todas luces, eran los restos de un naufragio. Sobre el casco podían verse varias cañas de pescar. Pertenecían al veterano, quien se disponía a revisarlas. Al ver la balsa, Stuart se preguntó si podría llegar al otro lado de la bahía. Podía ofrecerle al hombre cincuenta céntimos por el viaje. ¿Por qué no? Salió del coche y caminó hasta el borde del muelle.

—¡Eh! —exclamó—. Venga un momento. —Sacó un penique del bolsillo. Lo soltó sobre el muelle y el veterano lo vio y lo oyó. Al instante, hizo virar su balsa y se acercó con paladas tan rápidas que el rostro se le cubrió entero de sudor durante el trayecto. Le dedicó a Stuart una sonrisa amistosa e hizo pantalla con la mano a la altura de una oreja.

—¿Quiere pescado? —preguntó—. Aún no han picado, pero puede que luego caiga algún pequeño tiburón. Comestible, se lo garantizo. —Levantó el viejo contador Geiger que llevaba suspendido de su cintura por una cuerda. Para que no se le cayera y nadie intentara robárselo, comprendió Stuart.

—No —dijo mientras miraba con ojos entrecerrados hacia un extremo del muelle—. Quiero ir a San Francisco. Le pagaré un cuarto de dólar si me lleva.

—Pero, para hacer eso tendría que abandonar las cañas... —dijo el veterano



mientras se le borraba la sonrisa del semblante—. Tengo que recogerlas, o alguien se las llevará mientras estoy fuera.

—Treinta y cinco centavos.

Al final acordaron un precio de cuarenta centavos. Para que nadie pudiera llevarse a Eduardo Príncipe de Gales, Stuart le ató las patas con un candado y luego subió al bote. Instantes después se encontraba de camino a San Francisco, en una bamboleante balsa que dirigía con los remos un veterano sin piernas.

—¿En qué trabaja usted? —preguntó el veterano—. No es recaudador de impuestos, ¿verdad? —Lo miró con expresión tranquila.

—No —dijo Stuart—. Vendo trampas.

—Oiga una cosa, amigo —dijo el veterano—. Tengo una mascota, una rata, que vive conmigo bajo el muelle. Es muy lista. Sabe tocar la flauta. No le engaño, es la verdad. Le he hecho una pequeña flauta de madera y la toca, aunque la boquilla... Es prácticamente una flauta de boquilla asiática, como las que tocan en la India. Bueno, el caso es que vive conmigo, pero el otro día se escapó. Yo lo vi. No pude ir a por ella, claro. Cruzó el muelle de un lado a otro en busca de algo, un trozo de tela, no sé... Tiene una camita que yo le hice, pero claro, se enfriaba... o sea, se enfriaba todo el rato, porque este tipo de rata en particular perdió todo el pelo al mutar.

—Ya las he visto —dijo Strout. Aquella variedad de rata parda lampiña era capaz de eludir incluso las trampas electrónicas del señor Hardy—. Y la verdad es que le creo —dijo—. Conozco bastante bien a las ratas. Pero no son nada comparadas con esos gatos atigrados de rayas grises y marrones... Apuesto algo a que la flauta se la hizo usted. La rata no podría fabricársela sola.

—Así es —dijo el veterano—. Pero era una artista. Tendría que haberla oído tocar. Venía a vernos mucha gente, cuando acababa la jornada de pesca. Intenté enseñarle la Chacona de Bach en re menor.

—Yo una vez atrapé a uno de esos gatos atigrados —dijo Stuart—. Lo tuve un mes, hasta que se escapó. Era capaz de hacer pequeñas figuras puntiagudas con tapas de lata. Las doblaba, o algo así. Nunca vi cómo las hacía, pero eran muy ingeniosas.

—¿Y qué pasa últimamente al sur de San Francisco? —preguntó el veterano mientras seguía remando—. No puedo salir a tierra firme. —Señaló la parte inferior de su cuerpo—. Me quedo en mi balsa. Tiene una pequeña trampilla para las necesidades. Lo que me gustaría es encontrar alguna vez un foco muerto y quedarme con su carro. Los llaman «focomóviles».

—Yo conocí al primer foco —dijo Stuart— antes de la guerra. Era un genio. Podía reparar cualquier cosa. —Encendió un cigarrillo de sucedáneo de tabaco; el veterano lo miró con ojos anhelantes—. El sur de San Francisco es muy llano, así que sufrió mucho y ahora es una zona agrícola. Nadie ha reconstruido nada, y la mayoría de las casas eran de madera, con jardín, así que apenas quedaron sótanos decentes. Ahora cultivan guisantes y maíz. Voy a buscar un misil grande que ha encontrado un granjero. Necesito relés, tubos y otros componentes electrónicos para las trampas del

señor Hardy. —Hizo una pausa—. Debería tener una trampa del señor Hardy.

—¿Para qué? Vivo de la pesca y no sé por qué debería odiar a las ratas. La verdad es que me gustan.

—Y a mí —dijo Stuart—, pero hay que ser práctico. Hay que mirar al futuro. Algún día, si no andamos con cuidado, las ratas se harán con todo el país. Atrapar y exterminar a las ratas, y sobre todo a las ratas más listas, las que podrían ser sus líderes naturales, es un deber patriótico.

El veterano lo miró sin demasiada simpatía.

—Lo dice para vender.

—Lo digo de verdad.

—Eso es lo que menos me gusta de los vendedores. Se creen sus propias patrañas. Usted sabe perfectamente que lo máximo que podrán hacer las ratas, después de un millón de años de evolución, será servir como sirvientas de los humanos, y eso como mucho. Puede que llevar mensajes y hacer algunos trabajos manuales... Pero no son peligrosas... —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto cuesta una de esas trampas?

—Diez dólares de plata. No aceptamos dinero negro. El señor Hardy es un hombre viejo y ya sabe cómo son los viejos. No cree que el negro sea dinero de verdad.

Se echó a reír.

—Pues una vez vi a una rata hacer una heroicidad. Se lo contaré... —empezó a decir, pero Stuart lo interrumpió.

—Tengo mi propia opinión —dijo—. No tiene sentido discutir sobre el tema.

Ambos guardaron silencio. Stuart se dedicó a disfrutar de las vistas de la bahía a su alrededor. El veterano, a remar. Era un día muy agradable y mientras seguían avanzando plácidamente hacia San Francisco, Stuart pensó en las piezas electrónicas que le llevaría al señor Hardy a su fábrica de la avenida San Pablo, cerca de las ruinas de lo que una vez había sido la zona oeste de la Universidad de California.

—¿Qué tipo de cigarrillo es ése? —preguntó el veterano al cabo de un rato.

—¿Este? —Stuart examinó la colilla. Estaba a punto de apagarla y guardarla en la pitillera metálica que llevaba en el bolsillo. La pitillera estaba llena de colillas, que Tom Grandi, el tabaquero de South Berkeley, destriparía y convertiría en nuevos cigarrillos—. Es importado —dijo—. Del condado de Marin. Es un Gold Label de luxe, preparado por... —Hizo una pausa dramática—. Algo me dice que no necesita que se lo diga.

—Por Andrew Gill —dijo el veterano—. Mire, le compro uno entero. Le pago diez céntimos.

—Son a quince céntimos la unidad —repuso Stuart—. Los traen de algún lugar de más allá de Nicasio, pasando por Black Point y Sears' Point y cruzando el camino de Lucas Valley.

—Una vez probé uno de esos Gold Label especiales de Andrew Gill —dijo el veterano—. Se le cayó del bolsillo a un hombre que estaba esperando al

transbordador. Lo saqué del agua y lo sequé.

De improviso, Stuart le ofreció la colilla.

—Por el amor de Dios —dijo el veterano sin mirarlo directamente. Siguió remando velozmente. Le temblaban los labios y parpadeaba.

—Tengo más —dijo Stuart.

—Lo que usted tiene —respondió el veterano— es auténtica humanidad, señor, y eso es algo muy raro hoy en día. Muy raro.

Stuart asintió. Sabía que las palabras del veterano escondían mucha verdad.

La pequeña Keller, tendida en la camilla, temblaba de pies a cabeza, mientras el doctor Stockstill, que estaba explorando su delgado y pálido cuerpo, se acordaba de un chiste que había visto en televisión muchos años antes, bastante antes de la guerra. Un ventrílocuo español, que hablaba a través de una gallina... La gallina había puesto un huevo.

—Mi hija —había dicho, refiriéndose al huevo.

—¿Seguro? —le había preguntado el ventrílocuo—. ¿No será tu hijo?

Y la gallina, plena de dignidad, había respondido:

—Conozco mi oficio.

La niña era hija de Bonny Keller, pero no, pensaba el doctor Stockstill, de George Keller.

«Estoy seguro de ello... Conozco mi oficio. ¿Con quién tuvo Bonny un lío hace siete años? Debieron de concebirla muy cerca del día que empezó la guerra. Pero no antes de que cayeran las bombas, eso estaba claro. Puede que el mismo día», pensó.

Como Bonny, un revolcón mientras caían las bombas, un breve y frenético espasmo de amor con alguien al tiempo que se acababa el mundo, quizá con un hombre al que ni siquiera conocía, el primero al que se hubiera encontrado... Y ahora esto.

La niña le sonrió y él le devolvió la sonrisa. A primera vista, Edie Keller parecía normal. No parecía una niña rara. Por Dios, ojalá hubiera tenido un aparato de rayos X. Porque...

—Cuéntame más cosas de tu hermano —dijo en voz alta.

—Bueno —respondió Edie Keller con su frágil vocecilla—. Siempre estoy hablando con él y a veces me responde un rato, pero normalmente está dormido. Duerme casi todo el tiempo.

—¿Y ahora está dormido?

La niña guardó silencio un momento.

—No —respondió.

El doctor Stockstill se levantó y se acercó a ella.

—Quiero que me enseñes dónde está exactamente.

La niña señaló su costado izquierdo, en la parte baja; cerca, pensó el médico, del apéndice. Allí estaba el dolor. Eso es lo que había llevado a la niña a su consulta.

Bonny y George Keller habían empezado a preocuparse. Sabían lo de su hermano, pero siempre habían dado por sentado que se trataba de un niño imaginario, un compañero de juegos creado por su hija para que le hiciera compañía. Lo mismo había pensado él en un primer momento; el historial no mencionaba hermanos y, sin embargo, Edie hablaba todo el rato sobre él. Bill tenía exactamente su misma edad y había nacido, le había informado la niña, al mismo tiempo que ella. Por supuesto.

—¿Y por qué «por supuesto»? —le había preguntado mientras empezaba a examinarla. Había enviado a sus padres a la otra salita, porque la niña parecía un poco incómoda delante de ellos.

Edie le había respondido a su tranquila y solemne manera:

—Porque es mi hermano gemelo. ¿Cómo, si no, iba a estar dentro de mí? —Y, al igual que la gallina del ventrílocuo español, lo había dicho llena de autoridad y confianza. También ella conocía su oficio.

En los siete años transcurridos desde la guerra, el doctor Stockstill había examinado a varios centenares de personas raras, las numerosas y exóticas variantes del ser humano que florecían ahora bajo un cielo mucho más tolerante, aunque ligeramente velado por el humo. Ya nada lo sorprendía. Y sin embargo, aquello, una niña cuyo hermano vivía dentro de su cuerpo, en la región inguinal... Bill Keller había morado allí dentro durante siete años y el doctor Stockstill, al oírla, la creía; sabía que era posible. No sería el primer caso. De haber tenido un aparato de rayos X habría podido ver la diminuta y encogida forma, probablemente tan pequeña como una cría de conejo. De hecho, podía notar su contorno al tocar la zona con las manos... Palpó el costado de la niña y percibió el firme saco con forma de quiste que contenía. La cabeza, en una posición normal; el cuerpo dentro de la cavidad abdominal, con sus extremidades y todo. Algún día, cuando muriera la niña, la abrirían para hacerle la autopsia y encontrarían una encorvada figurilla masculina, tal vez de barba blanca y ojos ciegos... Su hermano, tan pequeño aún como una cría de conejo.

Entre tanto, Bill pasaba la mayor parte del tiempo dormido, pero a veces su hermana y él hablaban. ¿Qué tenía que decir? ¿Qué podía saber?

Edie tenía respuestas para esto.

—Bueno, no sabe muchas cosas. No ve, pero piensa. Y yo le cuento las cosas que pasan, así que no se pierde demasiado.

—¿Y qué le interesa? —preguntó Stockstill.

Edie lo pensó un momento y luego dijo:

—Pues... le gusta que le hable de... comida.

—¡Comida! —exclamó Stockstill con fascinación.

—Sí. Él no come, ¿sabe? Pero le gusta que le cuente lo que he tomado para cenar, porque le acaba llegando a cabo de un rato... O al menos eso creo. Tiene que comer algo para vivir, ¿no?

—Sí —convino Stockstill.

—Lo que más le gusta es cuanto tomo manzanas o naranjas. Y... le gustan los cuentos. Siempre quiere que le cuente cosas sobre lugares lejanos, sitios como Nueva York. Algún día me gustaría llevarlo allí, para que pudiera ver cómo es, o sea, para poder verlo yo y luego contárselo.

—Lo cuidas muy bien, ¿eh? —preguntó Stockstill, profundamente conmovido. Para la niña era algo normal. Ella siempre había vivido así. No concebía una existencia diferente.

—Me da miedo —dijo de repente— que pueda morir un día.

—No creo que eso pase —dijo Stockstill—. Lo que sí podría ocurrir es que crezca. Y eso podría suponer un problema. Tu cuerpo podría tener dificultades para alojarlo.

—¿Y entonces nacería?

Eddie lo miró fijamente, con sus ojos grandes y oscuros.

—No —respondió Stockstill—. No puede nacer desde donde está. Entonces habría que extraerlo... quirúrgicamente. Pero no sobreviviría. Sólo puede vivir como está ahora, dentro de ti. —«Como un parásito», pensó sin decirlo—. Pero de eso nos preocuparemos cuando ocurra, si es que llega a ocurrir.

—Me gusta tener un hermano —dijo Eddie—. Así no estoy sola. Lo siento hasta cuando estoy dormida. Sé que está ahí. Es como tener un niño dentro de mí; no puedo pasearlo en un carrito, como a los niños pequeños, ni vestirlo, pero es muy divertido hablar con él. Por ejemplo, siempre le hablo de Mildred.

—Mildred... —repitió el doctor, confundido.

—Ya sabe. —La niña sonrió ante su ignorancia—. La mujer que siempre está con Philip. La que le fastidia la vida. La escuchamos todas las noches, por el satélite.

—Claro. —Era la lectura del libro de Maugham con el que los entretenía Walt Dangerfield, el locutor, todas las noches, cuando el satélite pasaba sobre sus cabezas.

«Da un poco de miedo —pensó el doctor Stockstill—. Un parásito dentro de su cuerpo, alojado en un lugar eternamente húmedo y oscuro, nutrido por su sangre y entretenido por la descripción que ella, de alguna manera imposible de imaginar, le hace de una novela famosa... Eso convierte a Bill Keller en parte de nuestra cultura. A su grotesca manera, él también tiene una vida social... Dios sabe cómo concibe la historia. ¿Fantaseará con ella, con nuestras vidas? ¿Soñará con nosotros?»

Se inclinó y le dio a la niña un beso en la frente.

—Muy bien —dijo—. Ya puedes salir. Dentro de un momentito iré a hablar con tus padres. En la sala de espera hay un par de revistas de antes de la guerra, de verdad. Puedes leerlas si quieres.

Cuando abrió la puerta, George y Bonny Keller se levantaron, con los rostros tensos de ansiedad.

—Pasen —les dijo Stockstill. Cerró la puerta tras ellos. Ya había decidido que no iba a contarles la verdad sobre su hija... y, pensó, «sobre su hijo». Era mejor que no lo supieran.

Cuando Stuart McConchie volvió de su viaje por la península, descubrió que — seguramente un grupo de veteranos que vivían bajo el muelle— habían matado su caballo y se lo habían comido. Lo único que quedaba de él era el esqueleto, las patas y la cabeza, un montón de restos que no le servían de nada a él ni a nadie. Permaneció a su lado un momento, cavilando. Había sido un viaje muy caro. Y encima había llegado tarde. El granjero ya había vendido, a penique la pieza, todos los circuitos electrónicos del misil soviético.

El señor Hardy le proporcionaría otro caballo, sin duda, pero le había cogido cariño al viejo Eduardo. Y estaba muy mal matar un caballo para comérselo, porque eran importantísimos para muchas cosas: por ejemplo, como medio de transporte, ahora que la mayor parte de la madera había sido engullida por los motores de combustión y las estufas de la gente de los sótanos. Pero es que, además, los necesitaban en los trabajos de reconstrucción. A falta de electricidad, eran la fuerza motriz principal. La estupidez que representaba matar a Eduardo Príncipe de Gales lo sacaba de sus casillas. Era, pensó, la barbarie en estado puro, lo que todos temían. Era un acto de anarquía pura, y encima cometido allí mismo, en medio de la ciudad, en pleno Oakland y a plena luz del día. Era lo que cabría esperar de unos comunistas chinos.

Empezó a alejarse lentamente, a pie, en dirección a la avenida San Pablo. El sol, en su descenso, dibujaba la misma puesta de sol fastuosa y vasta a la que se habían acostumbrado en los años transcurridos desde la Emergencia. Apenas se fijó en ella.

«Quizá debería dedicarme a otro negocio, pensó. Trampas pequeñas para animales. Es una forma de ganarse la vida, aunque no tiene mucho futuro. O sea, ¿hasta dónde se puede llegar en un negocio así?»

La pérdida del caballo lo había deprimido. No despegó la vista de la acera agrietada e infestada de maleza mientras avanzaba entre los escombros de las antiguas fábricas. Desde una madriguera construida en un aparcamiento vacío, un ser de ojos ávidos se fijó en él. Un ser, caviló con tristeza, que tendría estar colgado boca abajo y desollado.

Aquellas ruinas, la palidez humeante y titilante del cielo... Los ojos ávidos aún lo seguían. La criatura estaba tratando de decidir si podía atacarlo sin correr riesgos. Stuart se agachó y cogió un trozo de hormigón, que arrojó contra la madriguera, una gruesa capa de materiales orgánicos e inorgánicos, con una especie de limo blanco a modo de argamasa. La criatura había emulsionado los escombros hasta convertirlos en una pasta manipulable. «Debe de ser un bicho muy inteligente», pensó. Pero a él le daba igual.

«Yo también he evolucionado —se dijo—. Soy mucho más inteligente que antes. No eres rival para mí. Así que déjalo.

»He evolucionado —pensó—, pero no soy mejor que antes de la Emergencia. Entonces vendía televisores y ahora vendo trampas electrónicas para alimañas. ¿Qué diferencia hay? Lo uno es tan malo como lo otro. De hecho, voy a peor.»

Un día entero tirado a la basura. En apenas dos horas oscurecería, y tendría que irse a dormir en el sótano recubierto de pieles de gamo que el señor Hardy le alquilaba por un dólar de plata al mes. Podía encender la lámpara de sebo. Disfrutaría de luz durante un rato, que podría aprovechar para leer un libro, o al menos una parte de un libro. La mayor parte de su biblioteca estaba formada por fragmentos de libros, cuyas páginas restantes se habían perdido o habían sido destruidas. O podía ir a visitar a los señores Hardy y escuchar con ellos la transmisión nocturna del satélite.

A fin de cuentas, él mismo había radiado una petición a Dangerfield el día antes, desde un transmisor situado en las marismas de West Richmond. Había pedido *Good Rocking Tonight*, una antigua canción que le recordaba a su juventud y que siempre había sido una de sus favoritas. Era imposible saber si Dangerfield tenía esa canción concreta entre sus miles de cintas, así que tal vez estuviera esperando en vano.

Empezó a canturrear mientras caminaba:

*Oh, I heard the news:  
There's good rocking tonight.  
¡Oh, I heard the news!  
¡Theres good rocking' tonight!  
Tonight I'll be a mighty fine man,  
I'll hold my baby as tight as I can.*

Acordarse de aquella vieja canción, y del mundo del que hablaba, hizo que se le saltaran las lágrimas.

«Todo eso ha desaparecido. Y lo único que tenemos a cambio es una rata que sabe tocar la flauta, o ni eso, porque la rata se ha escapado.

»Seguro que ninguna rata podría tocar esa canción. Ni en un millón de años. Es prácticamente música sacra. De nuestro pasado, algo que no podrían compartir ni un animal inteligente ni una persona rara. El pasado sólo les pertenece a los seres humanos genuinos.»

Con estos pensamientos llegó a la avenida San Pablo, salpicada de tiendecillas abiertas, pequeños puestos donde se vendían toda clase de cosas, de perchas para abrigos a balas de heno. En una de ellas, no muy lejana, decía: TRAMPAS HOMEOSTÁTICAS PARA ALIMAÑAS HARDY. Se encaminó hacia allí.

Cuando entró, el señor Hardy levantó la mirada un momento del banco de electricista de la trastienda. Trabajaba bajo la luz blanca de un arco luminoso, rodeado por componentes electrónicos encontrados por todo el norte de California. Muchos de ellos procedían de las ruinas de Livermore; el señor Hardy tenía contactos entre los funcionarios del estado, que le habían permitido realizar excavaciones allí, en los depósitos restringidos.

En su época, Dean Hardy había trabajado como ingeniero para una emisora de

radio. Era un hombre espigado, discreto y muy viejo, que acostumbraba a vestir con jersey y corbata incluso ahora, en una época en la que la corbata era una verdadera rareza.

—Se han comido el caballo —dijo Stuart mientras se sentaba delante de él.

Ella Hardy, la esposa de su patrón, apareció al instante en la puerta que daba a la vivienda, situada en la parte de atrás.

—¿Lo dejaste solo?

—Sí —admitió él—. Pensé que, en el muelle público de la ciudad de Oakland, estaría a salvo. Hay un funcionario allí, que...

—Siempre estamos igual —dijo Hardy con tono cansado—. Bastardos... Alguien debería lanzar una bomba de cianuro debajo de ese muelle. Esos veteranos viven allí a centenares. ¿Y el coche? Habrás tenido que dejarlo allí.

—Lo siento —dijo Stuart.

—No te preocupes —dijo Hardy—. Tenemos más caballos en el depósito de Orinda. ¿Y las piezas del cohete?

—No ha habido suerte —respondió Stuart—. No quedaba nada cuando llegué. Salvo esto. —Sacó un puñado de transistores—. El granjero no se había fijado en ellos. Me los llevé gratis. —Fue hasta el banco y los dejó sobre él—. No es gran cosa para un día entero de trabajo. —Se sentía más abatido que nunca.

Ella Hardy volvió a la cocina sin decir palabra. La cortina se cerró tras ella.

—¿Quieres cenar con nosotros? —dijo Hardy mientras apagaba la luz y se quitaba las gafas.

—No sé... —respondió Stuart—. Me siento raro. —Deambuló por la tienda—. Al otro lado de la bahía vi algo que me habían contado, pero no había creído hasta ahora. Un animal volador, parecido a un murciélago, o no... Más bien como un tejón, muy flaco y alargado, con una cabeza enorme. Los llaman «cotillas» porque siempre están pegándose a las ventanas y observando lo que pasa dentro, como mirones.

—Son ardillas —dijo Hardy. Se recostó en su asiento mientras se aflojaba el nudo de la corbata—. Evolucionaron a partir de las ardillas del parque Golden Gate. Una vez creé un diseño para ellas... Podrían servir... al menos en teoría, como mensajeras. Pueden planear, o lo que sea, durante más de un kilómetro. Pero son demasiado salvajes. Abandoné el proyecto después de atrapar una. —Levantó la mano derecha—. Mira esta cicatriz, en el pulgar. Me la hizo ella.

—Hablé con un tipo que me dijo que su carne es muy sabrosa. Parecida al pollo de los viejos tiempos. Hay puestos que las venden en las afueras de San Francisco; las señoras las ofrecen ya cocinadas a cuarto la unidad, calientes y recién hechas.

—No las pruebes —dijo Hardy—. La mayoría son tóxicas. Cosas de su dieta.

—Hardy —dijo Stuart de repente—. Quiero salir de la ciudad e irme al campo. Su jefe lo estudió detenidamente.

—Esto es demasiado violento —dijo Stuart.

—Como todo. —Y añadió—: Y en el campo es muy difícil ganarse la vida.



—¿Vendes trampas allí?

—No —respondió Hardy—. Las alimañas viven en las ciudades, donde hay ruinas. Ya lo sabes. Stuart, eres un soñador. El campo es estéril; te perderías todo lo que se mueve, todo lo que hay en la ciudad, las ideas, las novedades. En el campo no pasa nada. Se limitan a trabajar la tierra y escuchar el satélite.

—He pensado en dedicarme a vender trampas en los alrededores de Napa y Sonoma, por ejemplo —insistió Stuart—. Tal vez podría cambiarlas por vino. Tengo entendido que allí se cultiva la uva, como antes.

—Pero no sabe igual —respondió Hardy—. La tierra ha sufrido demasiadas alteraciones. —Sacudió la cabeza—. Es un asco. Una birria.

—Pero se lo beben —dijo Stuart—. Lo he visto hasta en la ciudad. Lo traen en esos viejos camiones que van con madera.

—A estas alturas, la gente se bebe cualquier cosa a la que pueda echarle el guante. —Hardy levantó la cabeza, como si acabara de tener una idea, y dijo—: ¿Sabes quién tiene licor? Licor de verdad, me refiero. Es imposible saber si es de antes de la guerra o algo que ha destilado ahora.

—Nadie en el área de la bahía, que yo sepa.

—Andrew Gill, el experto tabaquero. Oh, no vende demasiado. Sólo he visto una botella suya, un quinto de brandy. Tomé un trago. —Esbozó una sonrisa pícaro. Le temblaban los labios—. Te habría gustado.

—¿Cuánto pide por él?

—Más de lo que tú podrías pagar.

«Me pregunto qué clase de hombre será ese Andrew Gill —se dijo Stuart—. Grande, me imagino, barbudo, con un chaleco... y un bastón con empuñadura de plata. Un gigante de pelo ondulado, con un monóculo de importación... Puedo imaginármelo.»

Al ver la expresión de su cara, Hardy se inclinó hacia él.

—Puedo decirte otra cosa que vende. Fotos de chicas. En poses artísticas... Ya me entiendes.

—Jesús —dijo Stuart. Su imaginación empezó a desbocarse. Era demasiado—. No puedo creerlo.

—Que me parta un rayo si miento. Calendarios de chicas de antes de la guerra, de hasta 1950. Valen una fortuna, claro. He oído que han llegado a pagar cien dólares de plata por un calendario del Playboy de 1963. —Hardy se quedó pensativo, con la mirada extraviada.

—Donde yo trabajaba cuando cayó la bomba —dijo Stuart—, en Modern TV, teníamos un montón de calendarios de éstos en el piso de abajo, donde el taller. Todos ardieron, claro está. —Al menos eso es lo que siempre había supuesto—. ¿Te imaginas que alguien anduviera registrando unas ruinas y de pronto se encontrara con un almacén lleno de calendarios de éstos? ¿Te lo imaginas? —Su mente empezó a divagar—. ¿Cuánto podría sacar? ¡Millones! Podría cambiarlos por terrenos; ¡podría

comprarse un condado entero!

—En efecto —dijo Hardy asintiendo.

—Quiero decir, sería rico para siempre... Aún hacen algunos en Extremo Oriente, en Tokio, pero son muy malos.

—Ya los he visto —asintió Hardy—. Muy toscos. Se ha perdido la técnica. Ya nadie sabe cómo hacerlos. Es un arte que ha muerto. Puede que para siempre.

—¿No crees que en parte es porque ya no hay chicas como aquéllas? —dijo Stuart—. Ahora están todas en los huesos y no tienen dientes; la mayoría de ellas tienen quemaduras de radiación. ¿Qué clase de calendario se puede hacer con eso?

—Yo creo que sí quedan chicas como las de los calendarios —dijo Hardy con una sonrisa sagaz—. No sé dónde, puede que en Suecia o en Noruega, o en lugares muy remotos, como las islas Solomon. Estoy convencido de ello por lo que dice la gente que llega en los barcos. En Estados Unidos, en Rusia, en Europa o en China no. En ninguno de los lugares que resultaron atacados. En eso estamos de acuerdo.

—¿No podríamos encontrarlas? —dijo Stuart—. ¿Y entrar en el negocio?

Tras considerarlo un momento, Hardy respondió:

—No hay película. Ni los productos químicos necesarios para procesarla. La mayoría de las cámaras de calidad han sido destruidas o han desaparecido. Y sería imposible imprimir las fotos con calidad. Si las imprimieras...

—Pero si alguien encontrara una chica sin quemaduras y con una buena dentadura, como las de antes de la guerra...

—Voy a decirte algo que sí sería un buen negocio. Le he dado muchas vueltas. —Se volvió hacia Stuart con expresión pensativa—. Agujas para máquinas de coser. Podrías ponerle el precio que quisieras. Te darían lo que pidieras.

Stuart hizo un vago ademán mientras caminaba de un lado a otro de la tienda.

—Escucha, yo también he estado pensando. No quiero seguir haciendo de vendedor... Estoy harto. He vendido cazuelas y sartenes de aluminio, enciclopedias y televisores, y ahora estas trampas para alimañas. Son buenas trampas y la gente las quiere, pero tengo la sensación de que tiene que haber algo más para mí. No te ofendas, pero necesito crecer. Lo necesito. O creces o te estancas, te pudres en el árbol, por decirlo así. La guerra me ha arrebatado varios años. Como a todos. Estoy donde estaba hace diez años y eso ya no me basta.

Hardy se rascó la nariz y murmuró:

—¿Tienes alguna idea?

—Podría encontrar una patata mutante que alimentara al mundo entero.

—¿Con una sola patata?

—Me refiero a una variedad de patata. Podría convertirme en cultivador, como Luther Burbank. Debe de haber millones de plantas nuevas y exóticas por ahí, como esos animales, y la gente rara de la ciudad.

—Tal vez encuentres una judía inteligente —dijo Hardy.

—Lo digo muy en serio —replicó Stuart con voz tensa.

Se miraron un momento sin decir nada.

—Fabricar trampas homeostáticas para cazar gatos, perros, ratas y ardillas imitantes —dijo Hardy al fin— es hacerle un servicio a la humanidad. Creo que estás portándote como un niño. Me parece que lo de que se hayan comido a tu caballo mientras estabas en el sur de San Francisco...

En ese momento, Ella Hardy entró en el cuarto.

—La cena está preparada —dijo—, y me gustaría servarla mientras aún está caliente. Es cabeza de bacalao hervida con arroz y he tenido que hacer tres horas de cola en el mercado de Eastshore para conseguirla.

Los dos hombres se pusieron en pie.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Hardy.

La mera idea de la cabeza de bacalao hizo que a Stuart se le hiciera la boca agua. No podía decir que no, así que asintió y siguió a la señora Hardy al interior de la cocina.

Hoppy Harrington, el manitas focomelo de West Marin, hacía una imitación de Walt Dangerfield cuando fallaba la transmisión del satélite. Así entretenía a los habitantes de West Marin. Todos sabían que Dangerfield estaba enfermo y últimamente enmudecía con frecuencia. Aquella noche, en mitad de su actuación, Hoppy vio que los Keller y su pequeña entraban en el auditorio Forrester y tomaban asiento en la parte trasera. «Vaya horas», se dijo, complacido sin embargo por la llegada de nuevos espectadores. Pero entonces lo invadió el nerviosismo al darse cuenta de que la niña estaba perforándolo con la mirada. Había algo extraño en su forma de mirar; se detuvo de repente y en el auditorio se hizo el silencio.

—Sigue, Hoppy —dijo Cas Stone.

—Haz el número de Kool-Ade —pidió la señora Tallman—. Canta esa cancioncilla, la que cantan los gemelos Kool-Ade, ya sabes.

—Kool-Ade, Kool-Ade, I can't wait... —empezó a cantar Hoppy, pero al momento volvió a enmudecer—. Creo que ya es suficiente por hoy —dijo.

La habitación volvió a quedar en silencio.

—Mi hermano —dijo la pequeña de los Keller— dice que el señor Dangerfield está aquí, en alguna parte.

Hoppy se rió.

—Es cierto —dijo con tono excitado.

—¿Ha terminado la lectura? —preguntó Edie Keller—. ¿O esta noche estaba demasiado enfermo?

—Oh, sí, sigue leyendo —dijo Earl Colvig—, pero no lo estamos escuchando. Estamos cansados de ese viejo y enfermo de Walt. Estamos escuchando a Hoppy y viendo lo que hace. Esta noche ha estado muy gracioso, ¿eh, Hoppy?

—Enséñale a la niña cómo mueves la moneda desde lejos —dijo June Raub—. Creo que eso ha gustado.

—Sí, repite eso —dijo el boticario desde su asiento—. Ha estado bien. A todos

nos gustaría verlo otra vez, estoy seguro. —En su afán por ver, se puso en pie, olvidándose de la gente que tenía detrás.

—Mi hermano —dijo Edie en voz baja— quería oír la lectura. Para eso ha venido.

—Estáte quieta —le dijo Bonny, su madre.

«Hermano... —pensó Hoppy—. Si no tiene ningún hermano.» Soltó una carcajada al oírlo y varios miembros del público se echaron a reír.

—¿Tu hermano? —dijo mientras giraba el focomóvil hacia la niña—. Yo puedo hacer la lectura. Puedo hacer de Philip y de Mildred, y de todos los demás personajes del libro. Puedo ser Dangerfield. De hecho, a veces lo soy. Esta noche lo he sido y por eso tu hermano creía que estaba en la sala. Soy yo. —Miró a la gente que lo rodeaba—. ¿No es verdad, amigos? ¿No era yo?

—Es verdad, Hoppy —convino Orion Shroud. Y todo el mundo asintió.

—Tú no tienes hermanos, Edie —le dijo Hoppy a la niña—. ¿Por qué dices que tu hermano quiere oír la lectura si no tienes ningún hermano? —Siguió riéndose—. ¿Puedo verlo? ¿Puedo hablar con él? Déjame que hable con él y yo... le haré una imitación.

—Eso sí que tendría mérito —dijo Cas Stone con una risilla.

—Me encantaría oírlo —dijo Earl Colvig.

—Lo haré —dijo Hoppy— en cuanto me diga algo. —Permaneció sentado en el centro de su focomóvil, expectante—. Estoy esperando —dijo.

—Ya basta —dijo Bonny Keller—. Deja en paz a mi hija. —Tenía las mejillas enrojecidas por la furia.

—Inclínate —le dijo Edie a Hoppy—. Hacia mí. Te hablará. —Su rostro, igual que el de su madre, estaba ceñudo.

Entonces una voz le habló a Hoppy desde dentro, una voz que parecía llegar desde su mundo interior.

—¿Cómo arreglaste el sistema de cambio automático del tocadiscos? —le dijo—. ¿Cómo pudiste hacer eso?

Hoppy soltó un chillido.

El público se lo quedó mirando. Se habían levantado, pálidos y tensos.

—He oído a Jim Fergesson —dijo Hoppy—. Un hombre para el que trabajé una vez. Un hombre que está muerto.

—¿Quieres que mi hermano te diga más cosas, Hoppy? —preguntó la niña con voz calmada—. Dile más cosas, Bill, quiere oírte más.

Y, en el interior de la mente de Hoppy, la voz dijo:

—Fue como si lo curaras. Como si, en lugar de reemplazar ese engranaje roto...

Hoppy hizo girar violentamente su vehículo y escapó por el pasillo hacia el otro extremo de la sala, donde volvió a girar y se quedó, jadeando, lo más lejos posible de la niña Keller. Su corazón latía furiosamente. Se la quedó mirando. Ella le devolvió la mirada con frialdad.

—Te ha asustado. —La niña estaba sonriendo ahora, pero era una sonrisa vacía y fría—. Te ha dado tu merecido porque estabas metiéndote conmigo. Eso no le gusta nada. Por eso lo ha hecho.

George Keller llegó en ese momento junto a Hoppy y le preguntó:

—¿Qué ha pasado, Hop?

—Nada —respondió bruscamente el focomelo—. Quizá sea mejor que escuchemos la lectura.

Utilizando su extensor manual, encendió el volumen de la radio.

«Podéis hacer lo que queráis tu hermano y tú —pensó—. La lectura de Dangerfield o lo que sea. ¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Sólo siete años? Más bien una eternidad. Como si... como si hubieras existido siempre.» Era una cosa terriblemente vieja y consumida la que le había hablado. Algo duro y terrible, algo flotante. Con el cráneo cubierto por un fino bello que le caía por detrás, etéreo y reseco, como una estela. «Apuesto a que era Fergesson —se dijo—. Se parecía a él. Está ahí, dentro de esa niña.

»Me pregunto si podrá salir.»

—¿Qué le hiciste para asustarlo tanto? —le preguntó Edie a su hermano—. Estaba aterrorizado.

—Me convertí en alguien que conocía —dijo la voz desde dentro de ella—. De hace mucho tiempo. Alguien que está muerto.

—¿Vas a volver a hacerlo? —preguntó ella, divertida.

—Si no me gustan —dijo Bill— puedo hacer más cosas. Un montón de cosas, creo.

—¿Cómo sabías lo de ese muerto?

—Oh —dijo Bill—. Porque... Ya sabes por qué. Porque yo también estoy muerto. —Se rió en el interior del estómago de Edie. Ella lo sintió moverse.

—No, no es verdad —discrepó ella—. Estás tan vivo como yo, así que no digas esas cosas. No está bien. —La idea la aterrorizaba.

—Sólo era una broma —dijo Bill—. Lo siento. Ojalá hubiera podido ver su cara... ¿Qué aspecto tenía?

—Horrible —respondió Edie—. Se le contrajo, parecía una rana.

—Me gustaría poder salir —dijo Bill quejumbrosamente—. Ojalá pudiera nacer, como todos los demás. ¿No naceré más adelante?

—El doctor Stockstill ha dicho que no.

—Quizá yo podría convencerlo de que me dejara salir. Puedo hacerlo, si quiero.

—No —dijo su hermana—. Estás mintiendo. No puedes hacer nada, aparte de dormir, hablar con los muertos y alguna imitación que otra, quizá. Lo que no es gran cosa.

No llegó ninguna respuesta desde dentro.

—Si hicieras algo malo —dijo ella—, podría tragarme algo que te matara. Así

que será mejor que te comportes.

Cada vez le tenía más miedo. Había dicho aquellas últimas palabras en su propio beneficio, para afianzar su confianza.

«Tal vez fuera bueno que murieras —pensó—. Sólo que entonces tendría que llevarte a todas partes y eso... No sería agradable. No me gustaría.»

Se estremeció.

—No te preocupes por mí —dijo Bill de repente—. Sé muchas cosas. Puedo cuidarme. Y también te protegeré a ti. Es mejor que estés contenta conmigo, porque puedo ver a todos los que han muerto, como el hombre al que imité. Hay muchísimos, billones de billones, y todos son diferentes. Cuando duermo los oigo murmurar. Siguen por aquí.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Debajo de nosotros —dijo Bill—. Bajo el suelo.

—Brrr —dijo ella.

—Es cierto. Y nosotros también acabaremos allí. Y papá y mamá.

Y todos. Ya lo verás.

—No quiero verlo —dijo Edie—. Por favor, no sigas. Quiero escuchar la lectura.

Andrew Gill levantó la vista un momento del cigarrillo que estaba liando y vio que Hoppy Harrington —que no le gustaba— entraba en la fábrica en compañía de un hombre al que no conocía. Al instante, se sintió intranquilo. Dejó el papel de tabaco y se puso en pie. A su lado, en el alargado banco, sus trabajadores siguieron enrollando cigarrillos.

Empleaba un total de ocho hombres, y eso sólo en la tabaquera. En la destilería, donde producía su brandy, trabajaban otros doce. Su empresa era la más grande de West Marin y vendía sus productos por todo el norte de California. Sus cigarrillos incluso se vendían en la Costa Este.

—¿Sí? —le dijo a Hoppy. Se colocó delante del coche foco, que tuvo que detenerse.

—E-este hombre —balbuceó Hoppy— ha venido desde Oakland para verlo, señor Gill. Dice que es un importante empresario. ¿No es así? —El foco se volvió hacia el hombre—. ¿No es eso lo que me ha contado?

El hombre extendió la mano y dijo:

—Represento a la Corporación de Trampas Homeostáticas para Alimañas Hardy, de Berkeley, California. Estoy aquí para hacerle una propuesta que podría permitirle triplicar sus beneficios en menos de seis meses. —Sus ojos echaban chispas.

Gill reprimió el impulso de echarse a reír a carcajadas.

—Ya veo —dijo asintiendo—. Muy interesante, señor... —Lanzó una mirada inquisitiva al foco.

—Es el señor Stuart McConchie —balbuceó el foco—. Nos conocimos antes de la guerra. No lo había visto desde entonces, y acaba de mudarse aquí.

—Mi jefe, el señor Hardy —dijo Stuart McConchie— me ha autorizado a describirle con todo detalle el diseño de una liadora de cigarrillos totalmente automatizada. En Homeostáticas Hardy somos conscientes de que sus cigarrillos se lían a la antigua, a mano. —Señaló la fila de empleados sentados al banco—. Ese método está un siglo atrasado, señor Gill. Ha conseguido usted un extraordinario nivel de calidad en sus cigarrillos Gold Label de luxe especial...

—Que tengo la intención de mantener —dijo Gill en voz baja.

—Nuestro equipo electrónico automatizado no sacrificaría en modo alguno la calidad en beneficio de la cantidad. De hecho...

—Espere —dijo Gill—. No quiero hablar de esto ahora. —Miró al foco, que había aparcado a poca distancia y estaba escuchando. La pequeña criatura se ruborizó y dio la vuelta con su vehículo.

—Me marcho —dijo con voz apagada—. De todos modos, esto no me interesa... Adiós. —Salió por la puerta principal. Los otros dos se lo quedaron mirando hasta que desapareció.

—Es nuestro manitas —dijo Gill—. Arregla... o más bien cura... todo lo que se rompe. Hoppy Harrington, el manitas sin manos.

McConchie se alejó unos pasos para estudiar la fábrica y a los hombres en su trabajo.

—Bonito lugar tiene usted aquí, Gill. Antes que nada, quiero que quede claro lo mucho que admiro su producto. Es el mejor del mercado.

«No había oído un discurso así —meditó Gill—, desde hace siete años.» Costaba creer que quedara gente así en el mundo. Muchas cosas habían cambiado y sin embargo aquello, en aquel tal McConchie, seguía intacto. Gill sintió un escalofrío de placer. El vendedor le recordaba tiempos más felices. Al instante le cayó simpático.

—Gracias —dijo, y lo decía sinceramente. Tal vez el mundo estuviera recuperando parte de sus antiguas formas, sus cortesías, sus costumbres y sus preocupaciones, todo cuanto lo había convertido en lo que había sido antaño.

—¿Le apetece una taza de café? —dijo Gill—. Me tomaré un descanso de diez minutos para que pueda contarme lo de esa máquina suya.

—¿Café de verdad? —preguntó McConchie, y la máscara de simpatía y optimismo que llevaba desapareció de su semblante por un momento. Miró a Gill con asombro y con desnuda voracidad.

—Lo siento —respondió éste—. Es un sucedáneo pero no está mal, creo que le gustará. Es mejor que ese «café» que venden en los puestos de la ciudad. —Fue a buscar el puchero de agua.

—El venir aquí —le dijo McConchie— supone para mí cumplir un antiguo sueño. He tardado una semana en hacer el viaje, aunque lo estaba rumiando desde la primera vez que me fumé un Gold Label especial deluxe. Es... —Su mente tanteó en busca de las palabras capaces de expresar sus pensamientos—. Un islote de civilización en medio de estos tiempos bárbaros. —Paseó por la fábrica con las manos en los

bolsillos—. La vida parece más apacible aquí. En la ciudad, si dejas el caballo... Bueno, hace algún tiempo, dejé el caballo atado para ir a cruzar la bahía de California, y cuando volví, alguien se lo había comido. Esas son las cosas por las que quería dejar la ciudad y marcharme.

—Lo sé —dijo Gill asintiendo—. Las cosas son peores en las ciudades, porque hay mucha gente sin hogar, gente que lo ha perdido todo.

—Le tenía mucho cariño a ese caballo —dijo Stuart McConchie con cara de nostalgia.

—Bueno —dijo Gill—, en el campo, la muerte de los animales es una constante. Cuando cayeron las bombas, miles de ellos resultaron horriblemente mutilados, ovejas y vacas... Aunque eso, claro, no se puede comparar con las pérdidas humanas del lugar del que viene usted. Habrá visto mucho sufrimiento desde el día E.

McConchie asintió.

—Y mutaciones... Auténticos monstruos, tanto entre los animales como entre la gente. Como mi viejo amigo, Hoppy Harrington, aunque él, claro está, es de antes. En Modern TV, donde trabajábamos, decían que era porque tomaba aquella droga, la talidomida.

—¿Qué clase de trampas fabrica su compañía? —preguntó Gill.

—No son trampas pasivas sino homeostáticas, esto es, con capacidad de auto-notificación, por lo que pueden seguir a, por ejemplo, una rata o un perro por la red de madrigueras que ahora cubre el subsuelo de Berkeley y Oakland... Persiguen a una alimaña, y cuando la matan, van a por la siguiente, hasta que se quedan sin energía o una de las alimañas, en un golpe de suerte, consigue destruirla. Algunas ratas especialmente inteligentes son capaces de engañar a una trampa homeostática Hardy, pero no muchas.

—Impresionante —murmuró Gill.

—Bueno, por lo que se refiere a mi propuesta de máquina liadora...

—Amigo mío —dijo Gill—. He ahí el problema. No tengo dinero para comprar su máquina, ni nada por lo que cambiársela. Y no quiero tener socios en el negocio. ¿Qué nos deja eso? —Sonrió—. Debo seguir como estoy.

—Espere —dijo McConchie al instante—. Tiene que haber una solución. Podría alquilarle una liadora Handy a cambio de una cantidad de cigarrillos, de la variedad Gold Label de luxe especial, claro está, enviados cada semana durante cierto número de semanas. —Su rostro resplandecía de entusiasmo—. O la compañía Hardy podría convertirse en distribuidora exclusiva de sus cigarrillos. Podríamos representarle en cualquier parte, desarrollar un programa sistemático de puntos de venta por toda California. ¿Qué me dice a eso?

—Debo admitir que suena interesante. Reconozco que la distribución no es lo mío... Llevo varios años pensando en la necesidad de organizar un sistema de distribución. Sobre todo porque tengo la fábrica en el campo. Hasta he llegado a plantearme la idea de volver a la ciudad, pero el saqueo y el vandalismo son



demasiado generalizados. Además, no quiero trasladarme. Esta es mi casa.

No dijo nada sobre Bonny Keller. Ella era la auténtica razón de que quisiera permanecer en West Marin. Su romance con ella había terminado hacía años, pero ahora estaba más enamorado que nunca. La había visto pasar de hombre en hombre, y hartarse de cada uno de ellos, y en el fondo de su corazón estaba convencido de que un día volvería con él. Y además, Bonny era la madre de su hija. Sabía perfectamente que Edie Keller era suya.

—Ya que es usted de la ciudad —dijo—. Quisiera preguntarle una cosa: ¿ha habido últimamente alguna noticia interesante en el plano nacional o internacional, algo de lo que no nos hayamos enterado? Tenemos el satélite, pero, la verdad, estoy un poco harto de la música y de ese pesado del locutor y sus interminables lecturas.

Los dos se rieron a la vez.

—Le entiendo —dijo McConchie, y tomó un sorbito de café—. Tengo entendido que están intentando producir de nuevo un automóvil, en algún lugar de las ruinas de Detroit. Parece ser que está hecho de contrachapado, pero el motor es de queroseno.

—No sé de dónde esperan sacarlo —dijo Gill—. Antes de ponerse a construir coches deberían arreglar unas cuantas refinerías. Y reparar algunas de las carreteras principales.

—Ah, otra cosa. El Gobierno planea reabrir la ruta 40 este año, la que cruzaba las Rocosas. Por primera vez desde la guerra.

—Esa sí que es una buena noticia —dijo Gill, complacido—. No lo sabía.

—Y la compañía telefónica...

—Espere —dijo Gill mientras se ponía en pie—. ¿Qué le parecería un poco de brandy en el café? ¿Cuánto hace que no se toma un café con brandy?

—Años —dijo Stuart McConchie.

—Es un Gill Cinco Estrellas. De mi propia reserva. Procedente del valle de Sonoma. —Vertió un poco del líquido de la ancha y baja botella en la taza de McConchie.

—Tengo algo aquí que puede que le interese. —Se metió una mano en el bolsillo del abrigo y sacó algo liso y plegado. Al desplegarlo, Gill vio que se trataba de un sobre.

Servicio de correos. Una carta de Nueva York.

—Exacto —dijo McConchie—. Para mi jefe, el señor Hardy, desde la Costa Este. Y sólo ha tardado cuatro semanas. Los responsables son el gobierno de Cheyenne, los militares. Llegó en parte en dirigible, en parte en carro y en parte a caballo. La última etapa se cubre a pie.

—Dios mío —dijo Gill, antes de servirse también un poco de Gill Cinco Estrellas en su propio café.

Bill Keller oyó a la pequeña criatura, un caracol o una babosa, y se introdujo en ella. Pero se había dejado engañar: era una criatura ciega. Estaba fuera, pero esta vez

no podía ver ni oír. Sólo podía moverse.

—Déjame volver —le dijo a su hermana—. Mira lo que has hecho, me has metido donde no debía. —«Lo has hecho a propósito», pensó mientras empezaba a moverse. Se movió de un lado a otro en su busca.

«Si pudiera alargar los brazos... —pensó—. Alargarlos... hacia arriba. Pero no tenía con qué, no tenía extremidades de ninguna clase.» «¿Qué soy ahora que vuelvo a estar fuera? —se preguntó mientras intentaba ascender—. ¿Cómo llaman a esas cosas tan altas que brillan? Las luces del cielo... ¿Puedo verlas sin ojos? No. No puedo.»

Continuó moviéndose. Se alzó todo lo posible pero luego volvió a caer, a reptar de nuevo, a lo único que le era posible hacer ahora que había nacido a la vida exterior.

En el cielo, Walt Dangerfield se movía en su satélite, aunque ahora estaba sentado, con la cabeza apoyada en las manos. El dolor de su interior había crecido y cambiado, lo había absorbido hasta que, como tantas veces antes, era incapaz de imaginar nada más.

«¿Cuánto tiempo podré aguantar? —se preguntaba—. ¿Cuánto tiempo viviré?»  
No había respuesta.

Edie Keller, con un delicioso estremecimiento de júbilo, vio cómo reptaba lentamente la oruga por el suelo y supo con total certeza que su hermano estaba dentro.

En su interior, en el fondo de su estómago, residía ahora la mente de la oruga. Podía oír su monótona voz. «Bum, bum, bum», decía, en un eco de sus propios y anodinos procesos biológicos.

—Sal de mí, gusanito —dijo con una risilla. ¿Qué pensaría el gusano sobre su nueva existencia? ¿Estaba tan asombrado como seguramente lo estaría Bill? «No debo apartar la vista de él», pensó refiriéndose a la criaturilla que avanzaba por el suelo. Porque podía perderse—. Bill —dijo mientras se inclinaba sobre él—. Estás muy gracioso. Eres rojo y alargado, ¿lo sabías?

Y entonces pensó: «Lo que debería haber hecho es ponerlo en el cuerpo de otro ser humano. ¿Por qué no lo he hecho? Entonces sería como debe ser: tendría un hermano de verdad, fuera de mí, con el que podría jugar.»

Pero, por otro lado, también tendría una persona desconocida dentro de sí. Y eso ya no le parecía tan divertido.

«¿Quién puede ser? —pensó—. ¿Uno de los niños del cole? ¿Un adulto? Puede que el señor Barnes, el profesor. O...»

«Hoppy Harrington. Que de todos modos ya le tiene miedo a Bill.»

—Bill —dijo mientras se arrodillaba y recogía la oruga. La sostuvo en la palma de la mano—. Vas a ver lo que se me ha ocurrido. —Dejó la oruga sobre su costado, donde estaba la dura protuberancia—. Vuelve a entrar. De todos modos no quieres ser

un gusano. No es divertido.

La voz de su hermano volvió a resonar en su cabeza.

—Te... te odio. Nunca te perdonaré. ¡Me has dejado dentro de una criatura ciega, sin piernas ni nada! ¡Lo único que podía hacer era arrastrarme!

—Lo sé —dijo ella mientras se balanceaba adelante y atrás, con la oruga en la mano—. Escúchame, ¿quieres? Esto te va a gustar. ¿Quieres que hagamos lo que he dicho? ¿Quieres que me acerque a Hoppy Harrington? Tendrías ojos y oídos. Serías una persona del mundo exterior.

—Me da miedo.

—Pero yo quiero —dijo Edie sin dejar de balancearse—. Vamos a hacerlo. Vamos a darte ojos y oídos... Ahora.

Bill no respondió. Había apartado sus pensamientos de ella y de su mundo para retirarse a aquellas regiones a las que solo él era capaz de llegar. Para hablar con «los asquerosos y peguntosos muertos» —se dijo Edie—. Esos muertos de cabeza hueca que no saben divertirse nada.

»Pues me da igual, Bill —pensó—. Porque ya lo he decidido.»

En medio de la oscuridad de la noche, con bata y zapatillas, Edie Keller avanzaba a tientas hacia la casa de Hoppy Harrington.

—Si vas a hacerlo, tienes que apresurarte —exclamó la voz de Bill desde su interior—. Lo sabe. Me lo han dicho... Los muertos me lo han dicho. Dicen que estamos en peligro. Si conseguimos acercarnos lo bastante a él, puedo asustarlo imitando a algún muerto, porque les tiene mucho miedo. Para él son como padres, montones de padres, y...

—Calla —dijo Edie—. Déjame pensar. —Se había extraviado en la oscuridad. No lograba encontrar el camino por el robledal, así que se detuvo y, con la respiración entrecortada, trató de utilizar la fría luz de la luna para orientarse.

«A la izquierda, pensó. Colina abajo. No debo caerme. Él lo oiría. Puede oír desde muy lejos, y lo oye casi todo.» Y así, paso a paso, conteniendo la respiración, descendió.

—Ya tengo una buena imitación preparada —estaba murmurando Bill. No quería callarse—. Cuando estemos cerca me conectaré con un muerto. A ti no te gustará, porque es... bastante repulsivo, pero serán sólo unos minutos, y luego podrás hablar con él directamente, desde dentro de ti. ¿Te...?

—Calla ya —dijo Edie con desesperación. Ya estaban casi encima de la casa de Hoppy. Se veían las luces allí abajo—. Por favor, Bill, por favor.

—Pero tengo que explicártelo —continuó Bill—. Cuando...

Enmudeció. En el interior de Edie no había nada. Estaba vacía.

—Bill —dijo.

Había desaparecido.

Ante sus ojos, bajo la luz apagada de la luna, flotaba algo que nunca había visto.

Se alzó cimbreado, con el cabello largo y pálido detrás, como una estela. Se levantó hasta encontrarse justo delante de su cara. Tenía unos ojos diminutos y muertos, y una boca muy grande y abierta. No era más que una cabeza redonda y dura, como una pelota de béisbol. De su boca escapó un chillido y luego, como si se hubiera liberado, volvió a ascender. Ella lo observó mientras ascendía y ascendía, por encima de los árboles, como si nadara, en aquella atmósfera que nunca hasta ahora había conocido.

—Bill —dijo—. Hoppy te ha sacado de mí. Hoppy te ha sacado fuera. «Y estás marchándote —comprendió—. Hoppy te está haciendo marchar.»

—Vuelve —dijo, pero no importaba, porque no podría vivir fuera de ella. Se lo había dicho el doctor Stockstill. No podía nacer, y Hoppy, al oírlos, lo había hecho nacer, sabiendo que así lo mataría.

«Ya no podrás hacer tu imitación. Te dije que te estuvieras callado, pero no me hiciste caso.» Por un último instante vislumbró —o creyó vislumbrar— al pequeño objeto con su estela de cabello, muy arriba, muy lejos de ella... y entonces desapareció, en completo silencio.

Estaba sola.

¿Para qué seguir? Todo había acabado. Se volvió y bajó la colina en sentido contrario, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, a tientas. De vuelta a su casa y a su cama. Por dentro se sentía en carne viva. Notaba un desgarramiento que estaba produciéndose en aquel preciso momento. «No podías estarte callado... —pensó—. No te habría oído. Te lo dije.»

Flotando en el aire, Bill Keller oía un poco y sentía a los árboles y los animales vivos que se movían entre ellos. Notaba la acción de la presión sobre sí. Sentía cómo lo levantaba en vilo, pero entonces se acordó de su imitación y la hizo. Su voz brotó diminuta en el aire frío. Sus oídos la captaron y exclamó:

—Se nos ha enseñado una terrible lección por nuestra necesidad.

Y el eco de su voz en sus propios oídos le provocó un inmenso placer.

La presión sobre él remitió. Ascendió nadando felizmente y luego volvió a descender. Bajó y bajó y, justo antes de tocar el suelo, se puso de costado, hasta quedarse, guiado por la presencia viviente del interior, flotando a escasos centímetros sobre el suelo de la casa de Hoppy Harrington.

—¡Es la voluntad de Dios! —gritó con su fina y aguda vocecilla—. Este espantoso ejemplo nos demuestra que ha llegado la hora de detener las pruebas nucleares a gran altitud. ¡Quiero que todos le escribáis cartas al presidente Kennedy! —No sabía quién era el presidente Kennedy. Una persona viva, quizá. Miró a su alrededor, pero no lo vio. Vio a la fauna de un bosque de robles, vio a un pájaro de pico enorme y grandes ojos abiertos, que planeaba batiendo las alas sin hacer ruido. Soltó un chillido de terror al ver que la silenciosa ave de plumaje marrón se deslizaba hacia él.

El pájaro emitió un espantoso sonido, una expresión de hambre y de ansias de desgarrar.

—¡Todos! —chilló Bill mientras huía por el aire frío y oscuro—. ¡Debéis escribir cartas de protesta!

Los brillantes ojillos del ave lo seguían mientras ambos planeaban sobre las copas de los árboles a la luz de la luna.

La lechuza lo alcanzó y lo engulló en un instante.

Una vez más, estaba dentro. Ya no podía ver ni oír. Había sido un instante fugaz, que ya había terminado.

La lechuza ululó y continuó su vuelo.

—¿Puedes oírme? —le preguntó Bill Keller.

Tal vez pudiera, tal vez no. Era una lechuza. No era como Edie. «¿Puedo vivir dentro de ti? —se preguntó—. Escondido quién sabe dónde... Tú tienes tus vuelos, tus planeos.» Con él, en el interior de la lechuza, se encontraban los cuerpos de varios ratones y de una criatura que aún se debatía y arañaba, lo bastante grande como para conservar el deseo de vivir.

—Abajo —le dijo a la lechuza. Vio, a través de sus ojos, los robles. Ahora veía con claridad, como si todo estuviera lleno de luz. Había millones de objetos inmóviles, pero de pronto reparó en uno que reptaba lentamente. Estaba vivo y la lechuza voló hacia él. La criatura reptante, sin sospechar nada, sin oír nada, salió a campo abierto.

Un instante después se la habían tragado. La lechuza continuó su vuelo.

«Bien —pensó—. ¿Hay algo más? ¿Esto se repite toda la noche, una y otra vez, y luego el baño, cuando llueve, y las largas y muertas siestas? ¿Esta es la mejor parte? Sí, lo es.»

—Fergesson no deja beber a sus empleados —dijo—. Va contra su religión, ¿no? —Y luego añadió—: Hoppy, ¿de dónde viene la luz? ¿De Dios? Ya sabes, como dice la Biblia. Pero ¿es cierto?

La lechuza ululó.

En su interior, un millón de criaturas muertas gimotearon tratando de captar su atención. Escuchó, volvió a escuchar, seleccionó entre ellas...

—Asqueroso monstruito... —dijo—. Ahora escucha. Nos quedaremos aquí. Estamos por debajo del nivel de la calle. Las bombas no nos alcanzarán aquí. La gente de arriba va a morir. Aquí abajo estaremos a salvo. El espacio para ellos.

Asustada, la lechuza batió las alas. Ganó altura, tratando de esquivarlo. Pero él continuó, seleccionando, escuchando y escuchando después.

—Quédate aquí —repitió. Las luces de la casa de Hoppy volvieron a aparecer. La lechuza había dado una vuelta e, incapaz de escapar de él, regresaba por donde había venido. La obligó a quedarse donde él quería. Sus pasadas la llevaban cada vez más cerca de Hoppy—. Estúpido monstruo —dijo—. Nos quedamos aquí.

La lechuza, en un esfuerzo desesperado, regurgitó y vomitó, y Bill cayó en

picado, tratando de sustentarse en las corrientes de aire. Se estrelló entre el humus y la vegetación; rodó por el suelo soltando pequeños chillidos hasta ir a detenerse finalmente en un hoyo.

Liberada, la lechuza remontó el vuelo y desapareció.

—Que la compasión del hombre sea testigo de esto —dijo Bill mientras permanecía allí tendido, en su hoyo, con la voz de un ministro ya muerto, dirigiéndose a la congregación a la que habían pertenecido Hoppy y su padre—. Somos nosotros los que hemos hecho esto. Esto que estamos viendo no es más que el resultado de la estupidez del hombre.

Sin los ojos de la lechuza sólo veía vagamente. La immaculada iluminación había desaparecido y lo único que le quedaba eran varias formas imprecisas y cercanas. Árboles.

También veía el contorno de la casa de Hoppy, recortado contra el lúgubre cielo de la noche. No estaba lejos.

—Déjame entrar —dijo Bill moviendo la boca. Trató de rodar por las paredes del hoyo. Se meneó de un lado a otro moviendo la hojarasca—. Quiero entrar.

Un animal lo oyó y se alejó cautelosamente.

—Entrar, entrar, entrar —dijo Bill—. No puedo quedarme mucho tiempo aquí fuera. Moriré. Edie, ¿dónde estás? —No sentía su presencia. Sólo sentía la del focomelo que había dentro de la casa.

Como pudo, empezó a rodar hacia él.

A primera hora de la mañana, el doctor Stockstill llegó a casa de Hoppy Harrington con la intención de comunicarse con el enfermo del cielo, Walter Dangerfield, a través del transmisor de aquél. El transmisor estaba encendido, así como diversas luces por toda la casa. Confundido, llamó a la puerta.

Se abrió la puerta y allí apareció Hoppy Harrington, en el centro del focomóvil, mirándolo con una expresión extraña, cauta, como si estuviera a la defensiva.

—Quiero intentarlo de nuevo —dijo Stockstill, a pesar de saber que era en vano—. ¿Te parece bien?

—Sí, señor —dijo Hoppy.

—¿Dangerfield sigue vivo?

—Sí, señor. Si hubiera muerto, yo me habría enterado. —Su vehículo se hizo a un lado para dejarlo pasar—. Debe de seguir ahí arriba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stockstill—. ¿Has estado despierto toda la noche?

—Sí —dijo Hoppy—. Aprendiendo a hacer cosas. —El focomóvil giró sobre sí mismo—. Es difícil —dijo, extrañamente preocupado. El vehículo chocó contra el extremo de una mesa—. Le he dado por error —dijo—. Lo siento. No era mi intención.

—Estás diferente —dijo Stockstill.

—Soy Bill Keller —dijo el focomelo—. No Hoppy Harrington. —Señaló con el extensor manual derecho. —Hoppy está ahí. De ahora en adelante, ése será él.

En un rincón yacía un objeto de varios centímetros de longitud, arrugado y con aspecto de masa pastelera. Tenía la boca como congelada, boquiabierta. Había algo humano en él, y Stockstill se acercó para recogerlo.

—Ese era yo —dijo el focomelo—. Pero anoche conseguí acercarme lo bastante como para hacer el cambio. Se resistió mucho, pero tenía miedo, así que al final acabé con él. Utilicé una imitación detrás de otra. La del ministro fue la que pudo con él.

Stockstill, sin soltar a la pequeña y encogida criatura, no dijo nada.

—¿Sabe usted cómo manejar el transmisor? —preguntó el focomelo al cabo de un rato. Porque yo no. Lo he intentado, pero nada. Consigo que funcionen las luces. Se encienden y se apagan. He estado toda la noche intentándolo. —Para demostrarlo, llevó el vehículo hasta la pared, donde encendió y apagó el interruptor de la luz utilizando el extensor manual.

Al cabo de un momento, Stockstill, mirando a la criatura minúscula y muerta que tenía en la mano, dijo:

—Sabía que no sobreviviría.

—Lo hizo, algún tiempo —dijo el focomelo—. Casi una hora. No está mal, ¿verdad? Parte del tiempo estuvo en una lechuza. No sé si eso cuenta.

—Será... será mejor que intente ponerme en contacto con Dangerfield —dijo al fin Stockstill—. Podría morir en cualquier momento.

—Sí —dijo el focomelo con un asentimiento—. ¿Quiere que yo coja eso? —Alargó el extensor y Stockstill le dio el homúnculo—. La lechuza me comió —dijo—. No fue agradable, aunque tenía buenos ojos. Eso fue lo mejor, usar sus ojos.

—Sí —dijo Stockstill, pensativo—. Las lechuzas poseen una visión extraordinaria. Me imagino que habrá sido toda una experiencia. —Se sentó junto al transmisor—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo que acostumbrarme a este cuerpo —dijo el foco—. Pesa mucho. Siento la gravedad... Normalmente me limito a flotar. ¿Sabe una cosa? Creo que estos extensores son una maravilla. Ya puedo hacer un montón de cosas con ellos. —Los extensores se movieron a su alrededor como látigos, tocaron un cuadro de la pared y al instante se alargaron en dirección al transmisor—. Tengo que ir a buscar a Edie —dijo el foco—. Probablemente piense que estoy muerto.

Stockstill encendió el micrófono y se preparó para contactar con el satélite.

—Walt Dangerfield —dijo—. Aquí el doctor Stockstill, de West Marin. ¿Puede oírme? Si es así, déme una respuesta. —Hizo una pausa y volvió a repetir lo que había dicho.

—¿Puedo irme? —preguntó Bill Keller—. ¿Puedo ir a buscar a Edie?

—Sí —dijo Stockstill mientras se frotaba la frente. Hizo un esfuerzo por ordenar sus pensamientos y añadió—: Ten cuidado. Eso que haces... tal vez no puedas repetirlo.

—No quiero volver a cambiar —dijo Bill—. Estoy contento porque, por primera

vez, aquí no hay nadie más que yo. —La fina cara del foco esbozó una sonrisa—. Ya no soy parte de nadie más.

Stockstill volvió a pulsar el botón del micrófono—. Walt Dangerfield —repitió—. ¿Me oye? —«¿Tiene sentido? —se preguntó—. ¿Merece la pena seguir adelante?»

—Ahora que he salido, ¿puedo ir al colegio? —dijo el foco mientras rodaba por la habitación en su cochecito como un abejorro atrapado.

—Sí —murmuró Stockstill.

—Aunque ya sé un montón de cosas —dijo Bill—. Escuchaba mientras Edie estaba en la escuela. Me gusta el señor Barnes, ¿a usted no? Es un profesor muy bueno... Creo que me va a gustar ser alumno suyo. —Y luego añadió—: Me pregunto qué diría mi madre...

—¿Cómo? —preguntó Stockstill, confundido. Y entonces comprendió a quién se refería. A Bonnie Keller. «Sí —pensó—, estaría bien saber qué dice Bonnie. Esta es su justa recompensa por tantas y tantas aventuras... por años y años de acostarse con un hombre detrás de otro.»

Volvió a pulsar el botón del micrófono. Y lo intentó una vez más.

—Hoy he hablado con tu hija después de las clases —le dijo el señor Barnes a Bonny Keller—. Y tengo la sensación de que sabe lo nuestro.

—Oh, Jesús, ¿cómo va a saberlo? —dijo Bonny. Se levantó con un quejido. Se arregló la ropa y se abrochó la blusa. Qué contraste con Andrew Gill, que siempre le hacía el amor a campo abierto, a plena luz del día, junto a los caminos jalonados de robles de West Marin, donde podía pasar cualquiera. Gill le hacía el amor cada vez como la primera: atrayéndola hacia sí, sin parloteos, vacilaciones, ni murmullos... «Quizá debería volver con él», pensó.

«Quizá —pensó—, debería dejarlos a todos, a Barnes, a George y a la chiflada de mi hija. Debería irme a vivir con Gill sin ocultarlo, desafiar a la comunidad, y ser feliz, por una vez.»

—Bueno, si no vamos a hacerlo —le dijo a Barnes—, podemos ir al auditorio Forrester y escuchar la sesión de tarde del satélite.

Complacido, Barnes preguntó:

—Tal vez encontremos setas comestibles de camino.

—¿Lo dices en serio? —dijo Bonny.

—Claro.

—Serás fracasado —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Pobre fracasado. ¿Para qué viniste a West Marin desde Oregón? ¿Para dar clases a niños pequeños y recoger setas?

—No es una vida tan mala —dijo Barnes—. Es la mejor que he conocido, incluso antes de la guerra. Y además... te tengo a ti.

Bonny Keller se levantó con aire de pesimismo. Salió al camino con las manos en los bolsillos. Barnes fue tras ella tratando de seguir su ritmo.



—Voy a quedarme en West Marin —dijo. Es el fin de mis viajes. —Resoplando, añadió—: A pesar de lo que me ha pasado hoy con tu hija...

—No te ha pasado nada —dijo Bonny—. No es más que tu conciencia, que te hace sentir culpable. Vamos, quiero oír a Dangerfield. Al menos él, cuando habla, es divertido.

Tras ella, Barnes había encontrado una seta y se había agachado para examinarla.

—¡Es una cantarela! —exclamó—. Comestible. Muy sabrosa. —La recogió y empezó a buscar más—. Voy a prepararos a George y a ti un guiso —informó a Bonny al encontrar una segunda.

Mientras esperaba a que terminara, Bonny se encendió un Gold Label de luxe especial de Andrew Gill, suspiró y se alejó unos pasos por el camino tapizado de hierba y jalonado de robles.

## Su cita será ayer [7]

Mientras ascendía la luz del sol, una penetrante voz mecánica declaró:

—Muy bien, Lehrer. Es hora de levantarse y demostrarles lo que puedes hacer. Un gran tío, el tal Niehls Lehrer. Todo el mundo lo reconoce... Lo he oído decir, un gran tipo, con un gran talento y un gran trabajo. Muy admirado por el público. ¿Ya estás despierto?

—Si —dijo Lehrer desde la cama. Se incorporó y acalló de un manotazo la aguda voz del despertador de su mesilla—. Buenos días —dijo al silencioso apartamento—. He dormido muy bien. Espero que tú también.

El peso de los problemas se abatió sobre su desordenada mente mientras se levantaba refunfuñando de la cama y se encaminaba al armario en busca de algo de ropa apropiadamente sucia.

«Se supone que tenía que terminar con lo de Ludwig Eng —se dijo—. No dejes para hoy lo que puedas hacer mañana. Revelarle a Eng que sólo queda una copia de su gran libro en todo el mundo. Ya va siendo hora de que actúe, de que haga lo que sólo él en todo el mundo puede hacer. ¿Cómo se sentirá Eng? A fin de cuentas, a todos los inventores les llega el momento en que se niegan a sentarse tranquilamente y hacer su trabajo. Bueno —decidió—, es un problema del sindicato, no de él.»

Encontró una camisa roja, manchada y arrugada, con la que reemplazó la del pijama. Con los pantalones tuvo más dificultades. Tuvo que escarbar en el cesto.

Y luego en el paquete de pelos.

«Mi sueño —pensó mientras se acercaba al baño con el paquete—, es cruzar los EE. UU. OO. en coche. Guau.» Se lavó la cara, se la embadurnó de pegamento, abrió el paquete y, con una serie de diestros manotazos logró cubrirse la barbilla, las quijadas y el cuello con una capa homogénea de pelos. Al cabo de unos instantes, estaban bien pegados. «Ya estoy listo —pensó mientras revisaba su cara en el espejo —, para coger ese coche. Al menos si soy capaz de procesar mi dosis de sogum.»

Abrió la tubería de sogum, aceptó una ración apropiadamente masculina y emitió un suspiro de satisfacción mientras revisaba la sección de deportes del *San Francisco Chronicle*. Luego se dirigió a la cocina y empezó a colocar platos sucios delante de sí. Instantes después, se encontraba frente a un cuenco de sopa, unas chuletas de cordero, unos guisantes, una ración de moho verde marciano con salsa de huevos y una taza de café caliente. Los recogió, sacó los platos de debajo —por supuesto tras mirar por la ventana para asegurarse de que nadie lo veía— y, con un movimiento rápido, colocó los diferentes alimentos en sus receptáculos, que dejó en los respectivos estantes del aparador y en la nevera. Eran las ocho y media. Aún le quedaban quince minutos antes de empezar a trabajar. No hacía falta correr. La sección B de la biblioteca de temas populares estaría allí cuando llegara.

Había tardado años en llegar hasta la sección B. Ya no tenía que realizar trabajos

de rutina, en la sección B no; ni, desde luego, tenía que encargarse de destruir las miles de copias idénticas que implicaba la fase inicial de erradicación. Es más, estrictamente hablando, él no participaba en la erradicación. De este tipo de tareas vulgares se encargaban trabajadores contratados expresamente para ello por la biblioteca. Pero tenía que tratar cara a cara con una hueste de irritables y ariscos inventores que protestaban ante la tarea, obligatoria según el sindicato, de expurgar la última copia mecanografiada de la obra con la que se hubiera relacionado su nombre, por medio de un proceso que ni él ni los inventores comprendían del todo. Presumiblemente, el sindicato sí entendía por qué se le encargaba un libro concreto a un inventor concreto y no otro. Como, por ejemplo, Eng y *Cómo ensamblar un suable con objetos domésticos en su tiempo libre*.

Mientras terminaba de hojear el periódico, Lehrer reflexionó un momento. Pensó en sus responsabilidades. Cuando terminara, no quedarían más suables en el mundo, a menos que los bribones del M.L.N. hubieran logrado ocultar ilícitamente uno o dos. De hecho, a pesar de que la copter, la copia terminal del libro de Eng, aún existía, a él ya le resultaba difícil saber para qué servía un suable y qué aspecto tenía. «¿Era cuadrado? ¿Era pequeño? ¿O era enorme y redondo? Mmmm.» Dejó el periódico y se frotó la frente mientras intentaba recordar, conjurar una imagen mental del objeto ahora que aún era posible hacerlo. Porque, tan pronto como Eng redujera la copter a una cinta de seda cubierta por una densa capa de tinta, no existiría absolutamente ninguna posibilidad de que él, o cualquier otro, recordara el libro o el mecanismo descrito por éste.

La tarea, no obstante, mantendría a Eng ocupado la mayor parte del año. La eliminación de la copter se hacía línea a línea, palabra por palabra. No se podía hacer como con las copias impresas. Era muy fácil hasta llegar a la copia terminal tipografiada, y entonces... En fin, para compensar a Eng por la larga y ardua tarea, se le recompensaría entregándole una enorme factura: aquello le costaría del orden de veinticinco mil poscréditos. Y, puesto que la erradicación del libro sobre el suable lo arruinaría, la tarea...

Junto a su codo, en la mesa, el receptor del teléfono saltó del aparato. Una voceilla aguda y conocida salió de él.

—Buenos días, Niehls. —Era una voz de mujer.

Lehrer se llevó el receptor al oído y dijo:

—Adiós.

—Te quiero, Niehls —afirmó Charise McFadden sin resuello y con voz rebosante de amor—. ¿Tú me quieres?

—Yo también te quiero —dijo—. ¿Cuándo nos vimos por última vez? Espero que no haga mucho. Dime que no fue hace mucho.

—Lo más probable es que fuera anoche —dijo Charise—. Después del trabajo. Quiero que conozcas a alguien, un inventor prácticamente desconocido que está desesperado por conseguir la erradicación de su tesis sobre los... ejem, orígenes

psicogénicos de la muerte por impacto de meteorito. Le he dicho que, ya que estás en la sección B...

—Dile que erradique la tesis él mismo.

—Eso no da prestigio. —Y entonces, con voz más seria, Charise suplicó—: Es una obra teórica realmente aterradora. Lo más descabellado que has visto. Lance Arbuthnot...

—¿Se llama así? —Esto casi bastó para convencerlo. Pero no del todo. Al cabo del día recibía muchas peticiones parecidas, y todas ellas, sin excepción, se presentaban como una obra absurda, de un inventor absurdo con un nombre absurdo. Llevaba demasiado tiempo en su asiento de la sección B para dejarse engañar con facilidad. Pero aun así... Tenía que investigarlo. Su estructura ética insistía en ello. Suspiró.

—Te he oído gemir —dijo Charise con tono alegre.

—Siempre que no sea de la M.L.N. —dijo Lehrer.

—Bueno... lo es. —Lo dijo con tono culpable—. Pero creo que lo echaron. Por eso está aquí y no allí.

Pero aquello, comprendió Lehrer, no demostraba nada. Posiblemente, Arbuthnot no compartiera las convicciones fanáticas de la élite gobernante del Municipio Libre de Negro. Puede que fuese demasiado moderado y demasiado equilibrado para los bardos de la república levantada en las antiguas Tennessee, Kentucky, Arkansas y Missouri. Aunque también era posible lo contrario, que fuese demasiado fanático. Nunca se podía decir, al menos hasta haber conocido a la persona, y a veces ni siquiera entonces. Los bardos, procedentes de Oriente, habían logrado correr un velo sobre los rostros de tres quintas partes de la humanidad, un velo que ocultaba sus motivaciones, sus intenciones y sólo Dios sabía qué más.

—Pero eso no es todo —continuó Charise—. Conoció personalmente al Anarca Peak antes del comienzo de su triste contracción.

—¡Triste! —repuso Lehrer con indignación—. Madre de Dios. —Ahí estaba: el más excéntrico e idiota de todos los idiotas excéntricos del mundo. Lo último que necesitaba Lehrer era la oportunidad de conocer a un seguidor del parasitario Anarca. Se estremeció al recordar las descripciones de la violencia de mediados de siglo XX. En medio de los tumultos, los saqueos y las matanzas de aquella época había surgido Sebastian Peak, antes abogado, luego brillante orador y por último fanático religioso con su propia legión de seguidores... una legión que se extendía por todo el planeta, a pesar de haberse originado en las regiones dominadas por el M.L.N.

—Podrías buscarte un problema con Dios —dijo Charise.

—Tengo que trabajar —dijo Lehrer—. Te llamaré en la pausa del café. Entre tanto, investigaré un poco sobre Arbuthnot en los archivos. Mi decisión referente a esa absurda teoría sobre los aspectos psicosomáticos de las muertes por impacto de meteoritos tendrá que esperar hasta entonces. Hola. —Colgó el teléfono y se levantó. La ropa manchada emitía un gratificante olor mientras se encaminaba al ascensor.

Esto lo animó. Tal vez, a pesar de Charise y su último capricho, el inventor Arbuthnot, aquél fuera un buen día.

Pero, en el fondo, lo dudaba.

Cuando llegó a su sección de la biblioteca, su secretaria, la esbelta y rubia señorita Tomsen estaba tratando de librarse —y librarlo a él— de un caballero de mediana edad, espigado y desaliñadamente vestido, que llevaba un maletín bajo el brazo.

—Ah, señor Lehrer —dijo el sujeto con voz hueca mientras se acercaba a Lehrer, a quien, evidentemente, había reconocido al instante—. Cuánto me alegro de conocerlo, señor. Adiós, adiós, como dicen ustedes. —Le regaló a Niehls una sonrisa tan brillante como fugaz, que éste no se molestó en devolver.

—Soy un hombre muy ocupado —dijo Niehls mientras se encaminaba a la puerta de su despacho, pasando junto a la mesa de la señorita Tomsen—. Si desea verme, tendrá que pedir una cita. Hola. —Y se dispuso a cerrar la puerta.

—Tiene que ver con el Anarca Peak —dijo el hombre del maletín—. Por quien tengo razones para creer que siente cierto interés.

—¿Por qué lo dice? —Hizo una pausa, irritado—. No recuerdo haber expresado nunca interés por Peak.

—Debería recordarlo, pero así son las cosas. Aquí está usted en Fase, mientras que yo estoy orientado en la dirección cronológica opuesta, la normal. Por tanto, lo que para usted ocurrirá dentro de poco, para mí es una experiencia del pasado inmediato. Mi pasado inmediato. Permita que le robe unos minutos de su tiempo. Podría serle muy útil, señor. —El hombre se rió entre dientes.

—«Su tiempo». Es ingenioso, si se me permite decirlo. Sí, su tiempo, no el mío. Piense usted que la visita tuvo lugar ayer. —Volvió a esbozar aquella sonrisa mecánica... nunca mejor dicho. Niehls reparó entonces en la pequeña tira amarilla que el hombre llevaba cosida a la manga. Aquella persona era un robot, obligado por ley a exhibir aquel distintivo para no engañar a ningún ser humano. Al verlo, Niehls sintió que su irritación crecía aún más. Sufría unos profundamente arraigados prejuicios contra los robots de los que no era capaz de librarse; de los que no deseaba librarse, de hecho.

—Entre —dijo mientras abría la puerta de su elegante despacho. El robot representaba a un humano importante. No se había enviado a sí mismo: era la ley. Se preguntó de quién se trataría. ¿Algún funcionario del sindicato? Posiblemente. En cualquier caso, lo mejor era escuchar lo que tuviera que decir y luego pedirle que se marchara.

Una vez en la estancia principal del despacho, los dos se miraron.

—Mi tarjeta —dijo el robot extendiendo la mano.

Niehls la leyó con el ceño fruncido.

CARL GANTRIX

—Mi jefe —dijo el robot—. Así que ya conoce usted mi nombre. Puede usted llamarme Carl. Por mí está bien. —Ahora que la puerta se había cerrado y la señorita Tomsen se encontraba al otro lado, la voz del robot había cobrado un tono repentina y sorprendentemente autoritario.

—Prefiero —dijo Niehls— dirigirme a usted con el nombre familiar, Carl Junior. Si no le molesta. —Su tono era aún más autoritario—. No suelo conceder audiencia a robots, ¿sabe? Puede que sea una manía, pero es una manía que llevo a rajatabla.

—Hasta ahora —murmuró el robot Carl Junior. Retiró la tarjeta y volvió a guardarla en la cartera. Acto seguido, se sentó y abrió su maletín—. Como responsable de la sección B de la biblioteca, es usted toda una autoridad en la Fase Hobart. Al menos eso es lo que cree el señor Gantrix. ¿Me equivoco, señor? —Le lanzó una mirada penetrante.

—Bueno, trabajo con ella constantemente —dijo Niehls con tono neutro y arrogante. Siempre convenía demostrar superioridad al tratar con robots. Había que estar constantemente recordándoles cuál era su lugar, tanto por este medio como por muchos otros.

—Eso tiene entendido el señor Gantrix. Y huelga decir que, gracias a ello, ha podido inferir que, con el paso de los años, se ha convertido usted en una especie de autoridad en las ventajas, los usos y los inconvenientes del campo de tiempo inverso Hobart. ¿Es cierto? ¿No lo es? Escoja una respuesta.

Niehls meditó un momento.

—Escojo la primera. Aunque debe usted tener muy presente que mis conocimientos son de naturaleza práctica, no teórica. Pero sí, puedo resolver correctamente problemas relacionados con la Fase, sin explicar sus fundamentos. Como verá, soy innatamente norteamericano, es decir, pragmático.

—Desde luego. —La cabeza de plástico del robot Carl Junior asintió—. Muy bien, señor Lehrer. Vamos al grano. Su Poderío, el Anarca Peak, ha llegado a la infancia y no tardará en convertirse en un homúnculo, que a su vez será insertado en un vientre femenino. ¿Es cierto? Es sólo cuestión de tiempo... de su tiempo, de nuevo.

—Soy consciente —dijo Niehls Lehrer— de que la Fase Hobart rige en la mayor parte de la M.L.N., y de que su Poderío estará dentro de un vientre femenino dentro de pocos meses. Francamente, he de decir que eso me complace. Su Poderío está loco. Sin la menor duda. Clínicamente loco, de hecho. El mundo, tanto el que se rige por la fase Hobart como el que sigue el tiempo estándar, se beneficiará de ello. ¿Qué más se puede decir?

—Mucho más —respondió con tono grave Carl Junior. Se inclinó hacia delante y depositó un montón de documentos sobre la mesa de Niehls Lehrer—. Con todo respeto, me atrevo a pedirle que examine esto.

Carl Gantry, por medio de un sistema de vídeo insertado en el cuerpo del robot, procedió a inspeccionar detenidamente al bibliotecario jefe Niehls Lehrer mientras éste hojeaba el enorme fajo de documentación falsificada y deliberadamente obtusa que el robot le había presentado.

El burócrata que Lehrer llevaba dentro había mordido el anzuelo. Distráido, el bibliotecario se había olvidado del robot y de sus acciones. Así, mientras Lehrer seguía leyendo, el robot deslizó hábilmente la silla hacia atrás y hacia la izquierda, para acercarse a un contenedor de tarjetas de referencia de impresionantes proporciones. Extendió el brazo derecho y sus manipuladores en forma de dedo se acercaron reptando al más cercano fichero del contenedor. Lehrer, claro está, no reparó en ello, de modo que el robot continuó con su misión. Colocó dentro del fichero un nido miniaturizado de robots embriónicos, cada uno de ellos más pequeño que la cabeza de un alfiler, y luego un minúsculo transmisor y un potente dispositivo detonador preparado para entrar en acción al cabo de tres días detrás de una de las tarjetas.

Al verlo, Gantry sonrió. Al robot sólo le quedaba un dispositivo más y mientras seguía vigilando de soslayo a Lehrer, acercó una vez más su manipulador al archivo, para transferir la última pieza de sofisticado equipo de su persona a la biblioteca.

—Púrpura —dijo Lehrer sin levantar los ojos.

El código, recibido por la cámara de audio del archivo, activó un dispositivo de emergencia. El archivo se cerró como un bivalvo amenazado, antes de retroceder y desaparecer detrás de la pared. Y, al mismo tiempo que lo hacía, expulsó con electrónica pulcritud los objetos que el robot había depositado en su interior, que fueron a caer a los pies del robot, donde quedaron claramente a la vista.

—Dios mío —dijo el robot involuntariamente y con desaliento.

—Salga de mi despacho de inmediato —dijo Lehrer. Cuando levantó la vista de los documentos, su expresión era fría. Y mientras el robot alargaba el brazo para recuperar sus dispositivos, añadió—: Y deje todo eso ahí. Quiero que lo envíen al laboratorio para averiguar su propósito y su procedencia. —Metió la mano en el primer cajón de su mesa y, al sacarla, empuñaba un arma.

En el receptor telefónico que llevaba Carl Gantry al oído sonó la voz del robot.

—¿Qué debo hacer, señor?

—Marcharse inmediatamente. —Ya no le parecía divertido. El intolerante bibliotecario disponía de equipos igual de sofisticados que su sonda; hasta había sido capaz de anularla. El contacto con Lehrer tendría que hacerse a campo abierto, y con esta idea en mente, Gantry levantó de mala gana el auricular del videófono más cercano y marcó el número de la centralita de la biblioteca.

Un momento después vio, a través de las cámaras del robot, que el bibliotecario Niehls Lehrer respondía por su propio teléfono.

—Tenemos un problema —dijo Gantry—. Común a ambos. ¿Por qué no trabajamos juntos?

—No estoy al corriente de ese problema —respondió Lehrer. Su voz transmitía una calma total. El intento por parte del robot de plantar dispositivos hostiles en su zona de trabajo no lo había alterado—. Si quiere que trabajemos juntos —añadió— ha empezado mal.

—Lo admito —dijo Gantrix—. Pero en el pasado hemos tenido dificultades con ustedes, los bibliotecarios. —«Con su elevada posición», pensó sin llegar a decirlo—. Tiene que ver con el Anarca Peak. Mis superiores creen que se ha producido un intento de destruir la Fase Hobart a su alrededor, una clara violación de la ley, que encima representaría un gran peligro para la sociedad. De hecho, si semejante intento tuviera éxito, supondría la creación de una persona inmortal mediante la manipulación de las leyes de la física conocidas. Aunque no estamos en contra de la idea de engendrar una persona inmortal utilizando la Fase Hobart, creemos que el Anarca no es la persona adecuada. No sé si me sigue...

—El Anarca será absorbido virtualmente. —Lehrer no parecía sentir simpatías por su causa. «Puede —reflexionó Gantrix— que no me crea»—. No veo el peligro. —Estudió fríamente el robot que tenía delante, Carl Junior—. Si existe una amenaza, no me parece que mentir sea lo más...

—Tonterías. Estoy aquí para ayudarlo; esto redundará en beneficio de la biblioteca, además del nuestro.

—¿A quién representa? —preguntó Lehrer con tono autoritario.

Gantrix vaciló un momento antes de decir:

—Al bardo Chai, del Consejo Supremo de Limpieza. Obedezco sus órdenes.

—Eso proyecta una luz diferente sobre el asunto. —La voz del bibliotecario se había tomado más lúgubre y, en la pantalla, su expresión se había endurecido—. No tengo nada que ver con el Consejo de Limpieza. Mis responsabilidades se refieren única y exclusivamente a las Erradicaciones. Como sin duda ya sabrá.

—Pero es usted consciente de que...

—Sólo soy consciente de esto. —Metió la mano en el cajón de su mesa y sacó una caja cuadrada de color gris, que procedió a abrir. De su interior extrajo un manuscrito mecanografiado que colocó donde Gantrix pudiera verlo—. La única copia existente de *Cómo ensamblar un suable con objetos domésticos en su tiempo libre*. La obra de maestra de Eng, que está a punto de ser erradicada. ¿Lo ve?

—¿Sabe dónde está Ludwig Eng en este momento? —preguntó Gantrix.

—Eso me da igual. Lo único que me importa es dónde estará a las dos y treinta minutos de la tarde de mañana... Tenemos una cita. Aquí, en la sección B de la biblioteca.

—Dónde estará Ludwig Eng a las dos y media de mañana —dijo Gantrix con tono reflexivo, a medias para sí— depende en gran medida de dónde está ahora mismo. —No le dijo al bibliotecario lo que sabía; que, en aquel momento, Ludwig Eng se encontraba en algún lugar del Municipio Libre de Negro, posiblemente tratando de obtener una audiencia con el Anarca.



Suponiendo que el Anarca, en su estado de pueril impotencia, pudiese concederle una audiencia a alguien.

El pequeño Anarca, vestido con unos vaqueros, unas zapatillas de color morado y una camiseta desgastada a fuerza de lavados estaba en aquel momento sentado sobre la hierba, estudiando un círculo de canicas. Estaba tan absorto que Ludwig Eng sintió el impulso de rendirse. El niño ya no parecía consciente de su presencia. En conjunto, la situación lo deprimía. Se sentía peor que antes de llegar.

Aun así, decidió perseverar.

—Su Poderío —dijo—. Sólo deseo unos momentos más de vuestro tiempo.

El niño levantó la mirada de mala gana.

—Sí, señor —dijo con desgana, molesto.

—Estoy en una posición difícil —dijo Eng por enésima vez. Le había presentado una y otra vez la misma información al Anarca niño, y todas ellas en vano.

—Si usted, como Anarca, pudiera aparecer en televisión y convencer a la gente de los Estados Unidos Occidentales y de la M.L.N. de que construyeran unos cuantos suables aquí y allá mientras aún queda una copia de mi libro...

—Está bien —murmuró el niño.

—¿Perdón? —Eng sintió un destello de esperanza. Observó detenidamente el pequeño y suave rostro. Algo se había formado en él.

—Sí, señor —dijo Sebastian Peak—. Espero convertirme en Anarca cuando crezca. Estoy estudiando para ello.

—Ya es usted el Anarca. O lo era. —Suspiró. El peso de la responsabilidad era aplastante. Estaba claro que era perder el tiempo. No tenía sentido continuar... y aquél era el último día, porque ayer tendría una entrevista con un funcionario de la biblioteca de temas populares y ése sería el fin.

El niño pareció animarse. Fue como si, de repente, se interesara por lo que tenía que decir Eng.

—¿En serio?

—Totalmente, jovencito. —Eng asintió con solemnidad—. De hecho, desde el punto de vista legal aún ostenta el cargo. —Levantó la vista hacia el esbelto negro, de brazos gigantescos, que hacía las veces de guardaespaldas del Anarca—. ¿No es así, señor Plaut?

—Cierto, su Poderío —dijo el negro al muchacho—. Posee usted la facultad de arbitrar en este caso, al estar relacionado con el manuscrito de este caballero—. El guardaespaldas se sentó en cuclillas cerca del niño, para asegurarse de que no se distraía—. Su Poderío, este hombre es el inventor del suable.

—¿Y eso qué es? —La mirada del niño pasó alternativamente de uno a otro, con un gesto ceñudo de suspicacia—. ¿Cuánto cuesta un suable? Sólo tengo cincuenta centavos. Es mi paga. Además, no creo que quiera un suable. Quiero chicle y voy a ir al cine. —Su expresión se torno rígida e impasible—. ¿A quién le importan los

suables? —dijo con desdén.

—Ha vivido usted ciento sesenta años —le dijo Plaut, el guardaespaldas—. Gracias al invento de este hombre. La existencia de la Fase Hobart se dedujo y se estableció experimentalmente a partir del suable. Sé que esto no significa nada para usted, pero... —Dio una palmada y se balanceó sobre los tobillos para mantener enfocada en él la dispersa atención del niño—. Préstame atención, Sebastian; esto es importante. Si pudieras firmar un decreto... mientras aún sabes escribir. Eso es todo. Eso es todo. Una proclama para que la gente...

—Ay, vamos, déjalo. —El muchacho lo miró con hostilidad—. No te creo. Aquí pasa algo.

«Algo pasa, sí —pensó Eng mientras se ponía lentamente en pie—. Y parece que no podemos hacer nada para impedirlo. Al menos sin tu ayuda.» Se sentía vencido.

—Inténtelo luego —dijo el guardaespaldas al tiempo que se incorporaba. Él sí que parecía sentir simpatías por su causa.

—Será más pequeño aún —dijo Eng amargamente. Y, además, no tenía tiempo. No existía el luego. Se alejó unos pasos, embargado de pesimismo.

Sobre la rama de un árbol, una mariposa había iniciado el complejo y misterioso proceso de emparedarse en un capullo marrón claro. Eng se detuvo para estudiar sus lentos y laboriosos esfuerzos. También ella tenía una tarea, pero a diferencia de la suya no estaba condenada al fracaso. Sin embargo, la mariposa no lo sabía. Continuaba adelante sin pensar, como una máquina que obedeciera los impulsos programados para ella desde un futuro lejano. La visión del laborioso insecto dio a Eng algo en qué pensar: era un acto ético. Se volvió y regresó junto al niño, que seguía sobre la hierba, delante del círculo de canicas de bonitos colores.

—Mírelo así —le dijo al Anarca Peak, probablemente fuera su última oportunidad, y tenía que intentarlo todo—. Aunque no pueda recordar lo que es un suable ni lo que es la Fase Hobart, lo único que tiene que hacer es firmar. Tengo aquí el documento. —Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un sobre y lo abrió—. Cuando lo haya firmado, aparecerá en todas las televisiones del mundo, en las noticias de las seis de la tarde de todas las zonas horarias. Le propongo una cosa. Si lo firma, le daré el doble del dinero que tenga. ¿Dice que sólo tiene cincuenta centavos? Yo le daré un dólar más, un auténtico billete de dólar. ¿Qué le parece? Y lo llevaré al cine una vez por semana, y a la sesión matinal de los domingos. ¿Trato hecho?

El niño lo miró fijamente. Parecía casi convencido. Pero algo, Eng no podía imaginar el qué, lo contenía aún.

—Creo —dijo el guardaespaldas en voz baja— que quiere pedirle permiso a su padre. El viejo vuelve a estar vivo. Sus componentes migraron a un contenedor natal hace unas seis semanas y actualmente se encuentra en la maternidad del hospital general de Kansas City sometido a revivificación. Ya es consciente y su Poderío ha hablado con él varias veces. No es así, ¿Sebastian? —Le dirigió una sonrisa

amable, seguida por una mueca al ver que asentía. —Sí, así es —le dijo a Eng—. Yo tenía razón. Ahora que su padre está vivo tiene miedo de tomar decisiones. Es una desgracia para usted, señor Eng. Ha decrecido demasiado para hacer este trabajo. Todo el mundo lo entiende así.

—Me niego a abandonar —dijo Eng. Pero la verdad era, lisa y llanamente, que ya había abandonado. Se daba cuenta de que el guardaespaldas, que pasaba todas las horas del día con el Anarca, estaba en lo cierto. Había perdido el tiempo. Si el encuentro se hubiese producido dos años antes...—. Me marchó —le dijo a Plaut con voz grave—. Dejaré que siga jugando con sus canicas. —Y, tras una pausa, añadió—: Ayer por la mañana haré un último intento. Antes de mi cita en la biblioteca. Si la agenda del niño lo permite.

—Seguramente sí —dijo el guardaespaldas. Y añadió, a modo de explicación—: Ya casi nadie lo consulta, en vista de su... condición. —Lo dijo con un tono comprensivo que Eng agradeció.

El inventor se volvió entonces y se marchó con aire fatigoso, dejando que el Anarca de la mitad del mundo civilizado siguiera jugando en la hierba.

«Ayer por la mañana —pensó—. Mi última oportunidad. Demasiado tiempo para esperar sin hacer nada.»

Una vez en la habitación del hotel, llamó a la Costa Oeste, concretamente a la Biblioteca de Temas Populares. Al cabo de un rato, la cara de uno de los funcionarios, con el que últimamente había departido mucho, se encontraba en la pantalla.

—Quiero hablar directamente con el señor Lehrer —refunfuñó. Había decidido acudir a la fuente. Lehrer tenía la autoridad final en el asunto de su libro... reducido ahora a una sola copia mecanografiada.

—Lo siento —respondió el funcionario con un leve tono de desdén—. Es demasiado pronto. El señor Lehrer ya se ha marchado.

—¿Cree que podré localizarlo en su casa?

—Supongo que estará desayunando. Le sugiero que espere a ayer. A fin de cuentas, el señor Lehrer también necesita tiempo para su aislamiento recreativo. Tiene muchas y muy pesadas responsabilidades. —Estaba claro que el funcionario no tenía la menor intención de cooperar.

Eng, totalmente deprimido, colgó sin siquiera decir «hola». Puede que fuera lo mejor. Estaba convencido de que Lehrer se negaría a darle más tiempo. A fin de cuentas, tal como había dicho el burócrata de la biblioteca, Lehrer también tenía presiones: en especial las Erradicaciones para el sindicato, la misteriosa entidad que se encargaba de que las laboriosas destrucciones de las obras de creación del ser humano se llevaran a cabo. Como la de su propio libro. Bueno, era hora de abandonar y marcharse al oeste.

Mientras salía de la habitación de su hotel, hizo una pausa para mirarse en el espejo del vestidor, donde comprobó que su rostro, durante el día, había absorbido el

paquete de pelos que se había pegado. Miró su reflejo, se rascó las mandíbulas...

Y gritó.

A lo largo de toda su mandíbula se podía ver el oscuro rastro de un vello facial nuevo. Le estaba creciendo barba. Creciendo... no desapareciendo.

No sabía lo que podía significar aquello, pero lo aterraba. Se quedó allí boquiabierto, pasmado por el horror que se veía en el reflejo de sus facciones. El hombre del espejo le resultaba vagamente familiar. Era como si una ominosa y sutil deformación transformadora lo hubiera atacado. Pero ¿por qué? Y... ¿cómo?

El instinto le decía que no abandonase su habitación.

Se sentó. Y esperó. A qué, no podía saberlo. Pero una cosa sí sabía. No habría reunión con Nielhs Lehrer en la biblioteca de temas populares a las dos y media de ayer por la tarde. Porque...

Lo captó, lo intuyó de manera intuitiva de una sola mirada al espejo del vestidor de su habitación. No habría ayer; al menos para él.

¿Lo habría para alguien más?

—Tengo que volver a ver al Anarca —se dijo con voz temblorosa.

«Al infierno con Lehrer. Ahora mismo no tengo la menor intención de encontrarme con él. Lo único que importa es ver una vez más a Sebastian Peak. De hecho, lo antes posible. Puede que hoy a primera hora.»

Porque una vez que viera al Anarca sabría si sus sospechas eran ciertas. Y, de serlo, su libro dejaría al instante de estar en peligro. El sindicato, con su inflexible programa de erradicación, ya no sería una amenaza para él... O, al menos eso, esperaba.

Sólo el tiempo lo diría. Tiempo. Toda la Fase Hobart. Estaba relacionado con ello de algún modo.

Y, posiblemente, no sólo para él.

—Estábamos en lo cierto —le dijo Gantrix a su superior en el Consejo de Limpieza, el bardo Chai. Sacó la cinta con manos temblorosas—. Esto lo hemos recibido por nuestra conexión de vídeo con la biblioteca. El inventor del suable, Ludwig Eng, ha intentado ver a Lehrer y ha fracasado. No se ha producido el encuentro.

—Por tanto, no hay nada que grabar —dijo el bardo con un ronroneo cortante. Su rostro redondo y verde pareció hincharse por la decepción.

—No. Mire. Lo significativo es la imagen de Eng. Ha pasado el día con el Anarca... y, como consecuencia, su progreso temporal ha reanudado su curso normal. Compruébelo con sus propios ojos.

Tras estudiar unos momentos la imagen en vídeo de Eng, el bardo se recostó en su asiento y dijo:

—El estigma. Una densa infección de vello facial. Un indicio claro en un varón, sobre todo de raza cauc.

—¿Debemos hacerle renacer ahora? —preguntó Gantrix—. ¿Antes de que se vea con Lehrer? —Tenía en su poder un arma extraordinaria, capaz de reducir a cualquier persona en cuestión de minutos... enviarla directamente al vientre más cercano, y para siempre.

—En mi opinión —dijo el bardo Chai— se ha vuelto inofensivo.

—El suable no existe. Esto no lo recrearé. —Pero en su interior sentía duda, si no preocupación. Puede que Gantrix, su subordinado, hubiera analizado correctamente la situación. Lo había hecho otras veces, en varias crisis... lo que explicaba su valor para el Consejo de Limpieza.

—Pero si se ha cancelado la Fase Hobart para él —dijo Gantrix obstinadamente—, la invención del suable volverá a producirse. A fin de cuentas, él posee el manuscrito original. Su contacto con el Anarca se ha producido antes de que los erradicadores del sindicato completaran la fase final de la destrucción.

Esto era cierto, sin ningún género de duda. Tras pensarlo un momento, el bardo Chai asintió. Y sin embargo, a pesar de lo que sabía, tenía dificultades para tomarse en serio a Ludwig Eng. Por mucha barba que tuviera, no parecía peligroso. Se volvió hacia Gantrix, dispuesto a decir algo... y se detuvo en seco.

—Su expresión me resulta insólita —dijo Gantrix con palpable fastidio—. ¿Qué sucede? —El bardo continuó mirándolo fijamente, lo que ahondó su intranquilidad. La preocupación reemplazó al fastidio.

—Su cara —dijo el bardo Chai, manteniendo la compostura con el máximo esfuerzo.

—¿Qué le pasa? —La mano de Gantrix voló a su barbilla. Se la acarició fugazmente y entonces parpadeó—. Dios mío.

—Y usted no ha estado cerca del Anarca. Así que eso no explica lo que le pasa. —Entonces pensó en sí mismo. ¿Se habría extendido también a él la reversión de la Fase Hobart? Exploró rápidamente su mandíbula y su papada. Y sintió la inconfundible e incipiente aspereza. Perplejo, se preguntó: «¿A qué se debe esto? La reversión de la línea temporal del Anarca sólo puede ser el efecto de una causa anterior, relacionada con ellos. Esto proyecta nueva luz sobre la situación del Anarca. Puede que no haya sido un acto voluntario.»

—¿Podría ser —dijo Gantrix pensativamente— que la desaparición de Eng tuviera algo que ver con esto? Salvo la mención en el original mecanografiado, ya no existe ninguna realidad vinculada al suable. De hecho, tendríamos que haberlo previsto, dado que el suable está íntimamente relacionado con la Fase Hobart.

—Supongo que sí —dijo el bardo Chai, aún reflexionando. Pero, estrictamente hablando, el suable no había creado la Fase Hobart.

Servía para dirigirla, de modo que ciertas regiones del planeta podían escapar de ella, mientras otras habían quedado completamente atrapadas en ella. Sin embargo, la desaparición del suable de la sociedad contemporánea debía de difuminar la Fase Hobart por igual en todas partes; y, como corolario de esto, podía darse una

disminución por debajo de su nivel de eficacia para aquella gente, como Carl Gantrix y él mismo, que habían participado de la fase por completo.

—Pero ahora —dijo Gantrix con tono pensativo— el inventor del suable, y su primer usuario, ha vuelto al tiempo normal. Por ello, la invención del suable ha vuelto a manifestarse. Eng construirá el primer modelo funcional de su máquina en cualquier momento.

La dificultad de la situación de Eng se había hecho evidente para el bardo Chai. Como antes, el uso de la máquina se extendería por todo el mundo. Pero en cuanto Eng construyera y pusiera a funcionar su suable piloto, la Fase Hobart se reanudaría; una vez más, el sentido cronológico de Eng volvería a revertirse. Los suables volverían a ser prohibidos por el sindicato hasta que, una vez más, no quedara de ellos más que el original mecanografiado, momento en el que se restablecería el tiempo normal.

El bardo Chai tenía la sensación de que Eng se había metido en un círculo cerrado. Oscilaría dentro de un pequeño intervalo: entre la posesión de una descripción meramente teórica del suable y la construcción y puesta en funcionamiento de un primer modelo funcional.

Y una parte importante de la población de la Tierra lo seguiría en sus oscilaciones.

«Estamos atrapados con él —comprendió con desesperación el bardo Chai—. ¿Cómo podemos escapar? ¿Qué solución nos queda?»

—Debemos forzar a Eng a completar la destrucción de su original, incluida la idea de la máquina —dijo Gantrix—, o...

—Pero eso es imposible —lo interrumpió el bardo Chai con impaciencia—. En este momento, como no existen suables para sustentarla, la Fase Hobart se debilita automáticamente. ¿Cómo podemos, en su ausencia, obligar a Eng a retroceder un solo paso en el tiempo?

Constituía una pregunta válida y susceptible de recibir respuesta. Ambos hombres lo sabían y ninguno de ellos pronunció palabra por algún tiempo. Gantrix continuó rascándose la barbilla con fuerza, como si fuera capaz de percibir el afloramiento continuo del vello facial. El bardo Chai, a su vez, se había sumido en un estado de mayor introversión; dio vueltas y más vueltas al problema.

No encontraba respuesta. Al menos aún. Pero, si disponía de tiempo suficiente...

—Es extremadamente complicado —dijo con agitación—. Lo más probable es que Eng esté a punto de fabricar su primer suable. Y una vez más nos veremos sumidos en el ciclo cronológico de sentido retrógrado. —Lo que más le preocupaba era una idea terrible que acababa de ocurrírsele: aquello se repetiría una vez tras otra, y cada una de ellas el intervalo sería más corto. «Hasta que —pensó— se convierta en un momento encallado en el interior de un milisegundo. No habrá progresión temporal posible en ninguno de los dos sentidos.»

Una idea aterradora, sin duda. Pero existía un factor que invitaba a la esperanza.

Indudablemente, Eng percibiría también el problema.

Y buscaría una solución. La lógica indicaba que sólo había una forma de escapar: podía abstenerse voluntariamente de inventar el suable. De este modo, la Fase Hobart no llegaría a existir, al menos de manera efectiva.

Pero la decisión le competía sólo a Ludwig Eng. ¿Cooperaría si se le presentaba la idea?

Lo más probable era que no. Eng siempre había sido un hombre violento e introspectivo. Nadie podía influenciarlo. Como es lógico, esto era parte de lo que le había llevado a desarrollar una personalidad original. Sin ello, nunca habría llegado a nada como inventor, y el suable, con su inmenso impacto sobre la sociedad contemporánea, nunca habría existido.

«Lo que habría sido una cosa estupenda», pensó el bardo con malhumor. Lo malo era que no lo había pensando nunca.

Se daba cuenta ahora.

La solución propuesta por Gantrix, la de hacerlo renacer, no le gustaba. Pero cada vez estaba más convencido de que era la única manera de salir de aquello. Y era necesario salir de aquello.

Con profunda irritación, el bibliotecario Niehls Lehrer inspeccionó el reloj de su mesa y luego su agenda. Eng no se había presentado. Habían dado las dos y media y seguía solo en su oficina. Carl Gantrix le había dicho la verdad.

Mientras reflexionaba sobre el significado de esto sonó el teléfono. Probablemente fuera Eng, decidió mientras se disponía a cogerlo. «Estará lejos y dirá que no puede venir. Me va a meter en un lío. Al sindicato no le va a gustar. Y tendré que decírselo. No tengo alternativa.»

Cogió el teléfono.

—Adiós —dijo.

—Te quiero, Niehls. —Una voz femenina, sin resuello. No era la llamada que esperaba—. ¿Tú me quieres?

—Sí, Charise —dijo—. Yo también te quiero. Pero, caray, no me llames en horas de oficina. Pensé que ya te lo había dicho.

—Lo siento, Niehls —dijo Charise con voz contrita—. Pero no dejes de pensar en el pobre Lance. ¿Lo has investigado, tal como prometiste? Seguro que no.

De hecho, sí que lo había hecho. O, para ser más precisos, le había ordenado a uno de sus subordinados que lo hiciera por él. Metió la mano en el primero de sus cajones y sacó la foto de Lance Arbuthnot—. Aquí está —informó a Charise—. Sé todo lo que se puede saber sobre este chiflado. O todo lo que me importa sobre él, para ser más exactos. —Hojeó el informe—. La verdad es que no hay mucho. Arbuthnot no ha hecho gran cosa. Espero que comprendas que sólo tengo tiempo para esto porque un importante cliente de la biblioteca no se ha presentado aún a su cita de las dos y media. Si aparece, tendré que dar por terminada esta conversación.

—¿Arbuthnot conocía al Anarca Peak?

—Esa parte es cierta.

—Y es un chiflado auténtico. Así que erradicar su tesis sería un gran logro para nuestra sociedad. Es tu deber. —En la pantalla del videófono, sus largas pestañas aletearon sugerentemente—. Vamos, Niehls, cariño. Por favor.

—Pero —continuó Lehrer, inflexible— aquí no he visto nada que sugiera que Arbuthnot haya pasado tiempo alguno elaborando una tesis relacionada con los aspectos psicossomáticos de la muerte por impacto de meteorito.

Charise se ruborizó, titubeó un instante, y entonces, en voz baja, respondió:

—Eso... mmm, me lo inventé yo.

—¿Por qué?

—Bu-u-u-eno —balbució ella al cabo de un momento—. El caso es que soy su amante.

—El caso —replicó Lehrer con implacable determinación— es que no sabes cuál es el tema de su tesis. Puede que sea perfectamente racional. Una importante contribución a nuestra sociedad. ¿Verdad? —No esperó a que llegara la respuesta. Alargó la mano, decidido a cortar la comunicación.

—Espera. —Charise tragó saliva rápidamente, agachó la cabeza y entonces, al ver que los dedos de Niehls tocaban el interruptor del videófono, continuó—: Muy bien, Niehls. Lo admito. Lance se niega a revelarme el contenido de su tesis. No quiere contárselo a nadie. Pero si te decidieras a erradicarla... ¿No lo entiendes? Tendría que revelártelo a ti. Tu análisis es obligatorio para que lo acepte el sindicato. ¿No es así? Y entonces me contarás lo que es. Lo sé.

—¿Y a ti por qué te importa tanto?

—Creo —dijo Charise tras un momento de titubeo— que tiene que ver conmigo. En serio. Hay algo raro en mí, y Lance se ha dado cuenta. Es decir, no es tan extraño si te fijas en lo... mmm, unidos que estamos. Es como si pudiéramos... leernos la mente. Espero que no te moleste el símil.

—Yo creo que eso es un tópico —dijo Lehrer con tono glacial. «Ahora mismo —se dijo—, no aceptaría la tesis de Arbuthnot por nada del mundo. Ni aunque me costara una bonificación de diez mil poscréditos»—. Ya hablaremos en otro momento —dijo, y cortó la comunicación.

—Señor —dijo su secretaria, la señorita Tomsen, por el intercomunicador de la mesa—. Hay un hombre aquí que lleva esperando desde las seis de la tarde. Dice que sólo necesita un par de minutos de su tiempo y la señorita McFadden le ha dicho que usted tendría mucho gusto...

—Dígale que me he muerto —repuso Lehrer con rudeza.

—Pero usted no puede morir, señor. Está sometido a la Fase Hobart.

Y el señor Arbuthnot lo sabe, puesto que él mismo lo ha mencionado. Está ahí sentado, elaborando su horóscopo Hobart, y predice que le han ocurrido grandes cosas durante el último año. Francamente, me pone nerviosa. Algunas de sus



predicciones parecen tan acertadas...

—La adivinación del pasado no me interesa —dijo Lehrer—. De hecho, opino que es un engaño. Sólo se puede conocer el futuro.

«De acuerdo, el tipo es un chalado —comprendió—. Charise me ha dicho la verdad sobre eso. Pretender, con toda seriedad, que se puede predecir lo que ya ha ocurrido, lo que se ha esfumado en el limbo del nebuloso ayer... Como dijo P. T. Barnum: cada minuto muere un cretino.»

«Quizá debería verlo —pensó—. Charise tiene razón. Este tipo de ideas habría que erradicarlas por el bien de la humanidad, y por la paz espiritual.»

Pero esto no era todo. Ahora sentía además una irresistible curiosidad. En cierto modo, sería interesante oír lo que tenía que decir aquel idiota. Ver lo que había predicho, sobre todo para las últimas semanas. Y luego aceptar la erradicación de su tesis. Ser la primera persona para la que se elaborara un horóscopo Hobart.

Estaba claro que Ludwig Eng no tenía la intención de presentarse. «Ya deben de ser las dos», se dijo. Consultó su reloj de pulsera.

Y parpadeó.

Las manecillas de su reloj marcaban las tres menos veinte.

—Señorita Tomsen —dijo Lehrer por el intercomunicador—. ¿Qué hora tiene?

—Caramba —respondió su secretaria—. Es más temprano de lo que pensaba. Recuerdo perfectamente haber visto que eran las dos y veinte hace un momento. Se me habrá parado el reloj...

—Dirá usted que es más tarde de lo que pensaba. Las tres menos veinte es más tarde que las dos y veinte.

—No, señor. Discúlpeme por llevarle la contraria. Es decir, no soy quién para decirle a usted cómo son las cosas, pero en este caso se equivoca. Puede preguntarle a cualquiera. Le preguntaré a este caballero, por ejemplo. Señor Arbuthnot, las tres menos veinte es más tarde que las dos y veinte, ¿verdad?

—Sólo me interesa ver al señor Lehrer —dijo una voz masculina, seca y controlada por el intercomunicador—, no enzarzarme en discusiones académicas. Señor Lehrer, si accede a verme, le garantizo que descubrirá que mi tesis es el montón de basura más grande que jamás ha visto. La señorita McFadden no lo ha engañado.

—Que pase —ordenó Lehrer de mala gana a la señorita Tomsen. Estaba perplejo. Había empezado a suceder algo muy raro, algo que estaba relacionada con el flujo del tiempo. Pero no podía determinar con exactitud de qué se trataba.

Un joven pulcramente vestido, afectado por los primeros síntomas de una incipiente calvicie, entró en la oficina con un maletín bajo el brazo. Lehrer y él se estrecharon fugazmente la mano y luego Arbuthnot tomó asiento al otro lado de la mesa.

«Con que éste es el hombre con el que Charise está teniendo un lío —se dijo Lehrer—. Bueno, así es la vida.»

—Tiene usted diez minutos —dijo—. Y luego se marchará de aquí. ¿Entendido?

—He engendrado —dijo Arbuthnot mientras abría el maletín— el más absurdo concepto imaginable. Y creo que su erradicación total es absolutamente esencial para que la idea no encuentre arraigo y no pueda hacer daño a la sociedad. Hay gente dispuesta a abrazar cualquier idea, por muy contraria al sentido común que pueda ser. Es usted la única persona a la que le he enseñado esto, y ha de saber que lo hago sólo con las máximas reservas.

Entonces, en un único y espasmódico movimiento, Arbuthnot sacó un original mecanografiado, lo dejó caer sobre la mesa de Lehrer y se recostó en su asiento para esperar.

Lehrer examinó el título con prudencia profesional y se encogió de hombros.

—Esto no es más que la inversión del título de la famosa obra de Ludwig Eng. —Apartó su silla de la mesa como si quisiera rechazar el manuscrito con un gesto. Levantó ambas manos e hizo un ademán despectivo—. Esto no tiene nada de absurdo. La idea de invertir el título de Eng es perfectamente lógica. Se le podría haber ocurrido a cualquiera en cualquier momento.

—Pero no se le había ocurrido a nadie —replicó Arbuthnot, grave—. Hasta ahora. Vuelva a leerlo y piense en las implicaciones.

Lehrer volvió a examinar el grueso fajo de hojas sin dejarse impresionar.

—Las implicaciones —continuó Arbuthnot en voz baja, queda pero tensa— de la erradicación de este manuscrito.

El título, que seguía sin impresionar a Lehrer, rezaba así: *Cómo convertir un suable en objetos domésticos en su tiempo libre*.

—¿Y? —dijo Lehrer—. Cualquiera puede desmontar un suable. De hecho, es algo que ya se hace. Es más, se están eliminando por millares. Es el procedimiento estándar. Dudo que pueda encontrarse un solo suable en todos...

—Cuando se erradique esta tesis —dijo Arbuthnot—, como estoy convencido de que se ha hecho, y recientemente, ¿en qué consistirá la negación? Piénselo, Lehrer. Ya conoce las implicaciones de borrar de la existencia la premisa de Eng: el fin de los suables y, por ende, de la Fase Hobart. De hecho, en las últimas veinticuatro horas hemos constatado un regreso al flujo cronológico normal en los Estados Unidos Occidentales y el Municipio Libre de Negro... Es decir, a medida que el original de Eng se acerca a la jurisdicción del sindicato. La erradicación de mi obra, si seguimos la misma línea de razonamiento... —Hizo una pausa—. Ya entiende lo que he hecho, ¿no? He encontrado el modo de preservar el suable. Y de salvar la Fase Hobart de la desintegración que está sufriendo. Sin mi tesis, perderemos todo lo que el suable nos ha traído. El suable, Lehrer, elimina la muerte. El caso del Anarca Peak es sólo el principio. Pero el único modo de mantener el ciclo es equilibrar la obra de Eng con la mía. La de Eng nos mueve en una dirección. La mía la revierte y entonces la obra de Eng vuelve a ser operativa. Eternamente, si queremos. A menos, y no se me ocurre cómo podría suceder tal cosa, aunque teóricamente es posible, que se produzca una

irremediable fusión de ambos flujos temporales.

—Es usted un chiflado —masculló Lehrer.

—Exacto —asintió Arbuthnot—. Y por eso debe usted proponer al sindicato la erradicación oficial de mi obra. Porque no me cree. Porque cree que es una chifladura. —Esbozó una leve sonrisa y sus ojos grises le lanzaron una mirada penetrante y llena de inteligencia.

Lehrer pulsó el botón de su intercomunicador y dijo:

—Señorita Tomsen, notifique a la oficina local del sindicato que quiero que se envíe un erradicador a mi oficina lo antes posible. Tengo aquí una basura que quiero que examine para la posible destrucción de la copia terminal.

—Sí, señor Lehrer —dijo la voz de la señorita Tomsen.

Lehrer se recostó en su silla y estudió al hombre que tenía enfrente.

—¿Satisfecho?

—Del todo —dijo Arbuthnot sin dejar de sonreír.

—Si creyera que hay algo en su concepto...

—Pero no lo cree —dijo Arbuthnot con tono paciente—. Así que va a darme lo que quiero. Tendré éxito. En algún momento de mañana, o de pasado mañana, como mucho.

—Querrá decir ayer —dijo Lehrer—. O anteayer. —Consultó su reloj de pulsera—. Han pasado sus diez minutos —informó al chiflado inventor—. Ahora quiero que se marche. —Colocó una mano sobre los documentos—. Esto se queda aquí.

Arbuthnot se levantó y se encaminó a la puerta de la oficina.

—Señor Lehrer —dijo, tras detenerse allí—, no quiero que se alarme, pero, con el debido respeto, creo que debería afeitarse.

—No me he afeitado hace veintitrés años —dijo Lehrer—. Desde que la Fase Hobart se manifestó en la zona de Los Angeles en la que vivía.

—Pues mañana, a esta hora, lo habrá hecho —dijo Arbuthnot. Y salió de la oficina. La puerta se cerró tras él.

Tras un momento de reflexión, Lehrer pulsó el botón del intercomunicador.

—Señorita Tomsen, que no pase nadie más. Cancele todas mis citas del día.

—Sí, señor. —Y, con tono esperanzado, añadió—: Era un chalado, ¿verdad? Ya lo imaginaba. Tengo un radar para ellos. Me alegro de que lo haya visto.

—De que vaya a verlo —la corrigió él.

—Creo que se equivoca, señor Lehrer. El pretérito perfecto...

—Aunque se presente el señor Ludvvig Eng —dijo Lehrer—, ya no tengo ganas de verlo. Ya he tenido suficiente por hoy. —Abrió el cajón, depositó cuidadosamente en su interior el manuscrito de Arbuthnot y luego volvió a cerrarlo. Alargó la mano hacia el cenicero de la mesa, escogió la más corta de las colillas, es decir, la menor, la estrujó contra la superficie de cerámica hasta que empezó a encenderse y se la llevó a los labios. Mientras exhalaba bocanadas de humo a su interior, se quedó mirando los chopos que delimitaban el aparcamiento, al otro lado de la ventana.

En ese momento se levantó una brisa, que recogió las hojas del suelo, las levantó en el aire y fue a adherirlas a las ramas de los árboles, formando un arreglo que, decididamente, los embellecía.

Algunas de ellas ya habían empezado a teñirse de verde. Dentro de poco, el otoño daría paso al verano, y luego éste a la primavera.

Lehrer se deleitó con la imagen mientras esperaba a que el sindicato enviara a su erradicador. Debido a la delirante tesis del chiflado, el tiempo había vuelto a la normalidad. Salvo...

Se pasó la mano por la barbilla. Vello. Frunció el ceño.

—Señorita Tomsen —dijo por el intercomunicador—. ¿Podría pasar un momento y decirme si necesito un afeitado?

Tenía la sensación de que lo necesitaría. Y pronto.

Posiblemente, antes de la media hora anterior.

# Combate sagrado [8]

## I

El sueño se disolvió. Parpadeó al sentir sobre sí una deslumbrante y dolorosa luz artificial. La luz procedía de tres anillos situados sobre la cama, a medio camino del techo.

—Siento despertarlo, señor Stafford —dijo una voz masculina desde más allá—. Es usted Joseph Stafford, ¿verdad? —Acto seguido, la voz continuó hablando con otra persona, también invisible—. ¿No sería una pena despertar a otro, a alguien que no nos sirva?

Stafford se incorporó y, con voz cascada, preguntó:

—¿Quién es usted?

La cama chirrió y uno de los círculos de luz descendió. Uno de los hombres se había sentado.

—Buscamos a Joseph Stafford, de la grada seis, piso cincuenta. Es... ¿cómo era?

—Técnico de ordenadores de clase GB —respondió su compañero.

—Sí. Experto, por ejemplo, en esos nuevos dispositivos de almacenamiento de datos de plasma fundido. Podría reparar uno si se estropeara, ¿no, señor Stafford?

—Pues claro —dijo otra voz con tono calmado—. Por eso figura como «en reserva» —le explicó—. La segunda línea de videófono que cortamos se encargaba de eso. Lo mantenía directamente conectado con sus superiores.

—¿Cuánto hace que no recibe una llamada, técnico? —inquirió la primera voz.

Stafford no respondió. Metió la mano debajo de la almohada y buscó la pistola Sneek que normalmente guardaba allí.

—Lo más probable es que lleve sin trabajar mucho tiempo —dijo uno de los hombres de las linternas—. Lo más probable es que necesite el dinero. ¿Necesita dinero, Stafford? ¿O qué necesita? ¿Le gusta arreglar ordenadores? O sea, trabajar en eso si no le gustara sería una estupidez... sobre todo teniendo que estar disponible las veinticuatro hora del día. ¿Se le da bien? ¿Puede arreglar cualquier cosa, por muy remota y ridícula que parezca, que le ocurra a nuestro programador estratégico militar Genux-B? Complázcenos. Diga que sí.

—Tengo... tengo que pensar —dijo Stafford con voz pastosa. Seguía buscando el arma, pero la había perdido. Sentía su ausencia. O puede que se la hubieran quitado

antes de despertarlo.

—Voy a decirle una cosa, Stafford... —continuó la voz.

Otra lo interrumpió:

—Señor Stafford. Escuche. —El halo luminoso de la derecha también descendió. El hombre se había inclinado sobre él—. Salga de la cama, ¿de acuerdo? Vístase y lo llevaremos a un sitio, para reparar un ordenador. De camino allí tendrá tiempo de decidir si es lo bastante bueno. Una vez que hayamos llegado, podrá echarle un vistazo al Genux-B y decidir cuánto tiempo va a llevarle.

—Queremos que lo arregle, en serio —dijo el primero con voz lastimera—. Tal como está, no nos sirve de nada, ni a nosotros ni a nadie. Los datos están amontonándose. Y no los está... ¿cómo suelen decirlo? Ingiriendo. Se quedan allí y el Genux-B no los procesa, así que, como es natural, no puede tomar ninguna decisión. Y, claro, todos los satélites están volando por el cielo como si nada.

Stafford se levantó lenta y pesadamente, con el cuerpo aún rígido por el sueño.

—¿Cuál fue el primer síntoma? —preguntó. Se preguntaba quiénes eran. Y de qué Genux-B estarían hablando. Hasta donde él sabía, solo existían tres en Norteamérica y ocho en toda la Tierra.

Mientras se embutía en su mono de trabajo, las dos formas invisibles que había detrás de los focos conversaron un momento. Finalmente, una de ellas se aclaró la garganta y dijo:

—Tengo entendido que una bobina de recogida de cinta ha dejado de girar, así que la cinta con todos los datos no hace más que dar vueltas por el suelo, hecha un ovillo.

—Pero la tensión de las bobinas de recogida... —empezó a decir Stafford.

—En este caso, la automatización ha fallado. Verá usted, hemos bloqueado la bobina para que no acepte más cinta. Primero intentamos cortar la cinta, pero como imagino que ya sabrá, se reinserta automáticamente. Y hemos probado a borrar la cinta, pero si se activa el circuito de borrado, salta una alarma en Washington D. C. y no queremos que los peces gordos se metan en esto. Los diseñadores del ordenador pasaron por alto la tensión de la bobina de recogida porque es un sistema muy sencillo, que no debería fallar.

Mientras intentaba abrocharse el cuello, Stafford dijo:

—En otras palabras, que no quieren que reciba ciertos datos. —Se sentía lúcido. O, como mínimo, razonablemente despierto—. ¿Qué clase de datos? —Con un escalofrío, tuvo el presentimiento de que lo sabía. El gran ordenador gubernamental estaba recibiendo datos que le harían declarar una alerta roja. Claro, la incapacitación del Genux-B tenía que producirse antes de que se hiciera manifiesto el ataque de la Asociación Verdadera Sudafricana por medio de una suma de síntomas individuales reales (aunque aparentemente insignificantes), que el ordenador, con su inmensa capacidad de análisis de datos, advertiría y descifraría.

«¡Cuántas veces les habremos advertido de que esto podía suceder! —pensó

amargamente—. De que intentarían anular al Genux-B antes de que logran desplegar los satélites y bombarderos de respuesta del MEEA.»

Y eso era lo que había ocurrido. Aquellos hombres, agentes encubiertos de la AVS, lo habían despertado para que terminara su trabajo, es decir, para que dejara inoperativo al ordenador.

Pero era posible que ya hubiera recibido los datos, que los hubiera transferido a los circuitos receptores para su procesamiento y su análisis. Habían actuado tarde. Puede que un día tarde, o puede que sólo unos pocos segundos. Al menos algunos de los datos significativos habían llegado a las cintas, y por eso lo habían llamado a él. Solos no podían terminar el trabajo.

A continuación, los Estados Unidos sufrirían una serie de ataques lanzados por los satélites militares enemigos, mientras la red defensiva esperaba las órdenes del ordenador central. Y la esperaba en vano, porque el Genux-B no sabría nada del ataque y seguiría sin saberlo hasta que un impacto directo en la capital acabara con él y con sus castradas facultades.

No era de extrañar que hubieran bloqueado la bobina.

## II

—Ha empezado la guerra —dijo en voz baja a los cuatro hombres de las linternas.

Ahora que había encendido la lamparita de la mesita de noche podía distinguirlos. Eran hombres normales, con una misión. No fanáticos, sino funcionarios. Podrían haber trabajado para cualquier gobierno, salvo quizá para el casi psicótico de la China Popular.

—Ha estallado —especuló en voz alta— y es esencial que el Genux-B no lo sepa, para que no pueda defendernos ni responder. —Tanto él como, sin duda, ellos, recordaban perfectamente la prontitud con la que había reaccionado el Genux-B en las dos intervenciones preventivas anteriores, una contra Francia y otra contra Israel. Ningún analista había detectado los indicios... o al menos no había podido decir a qué apuntaban. Igual que Iosif Stalin en 1941. Al viejo tirano le habían enseñado pruebas que demostraban que el Tercer Reich se disponía a atacar la Unión Soviética, pero él sencillamente, no había podido o no había querido darles crédito. Lo mismo que el Reich no había querido creer que Francia y Gran Bretaña cumplirían con los compromisos acordados con Polonia en 1939.

Los hombres de las linternas lo sacaron del dormitorio sin despegarse un

milímetro de él y subieron al tejado por el ascensor. Al salir, el aire olía a barro y a humedad. Inhaló, se estremeció y, sin poder evitarlo, levantó la mirada hacia el cielo. Una estrella se movió: las luces de aterrizaje de un aletto, que tomó tierra a escasos metros de ellos.

Mientras permanecían sentados en el interior del aletto —que había remontado el vuelo y había tomado rumbo a Utah— uno de los funcionarios, armado con una pistola Sneek, y con una linterna y un maletín, le dijo:

—Su teoría es buena, sobre todo teniendo en cuenta que lo hemos despertado en mitad de la noche.

—Pero —intervino un compañero— es errónea. Enséñale la cinta perforada que sacamos.

El hombre que se encontraba más cerca de Stafford abrió su maletín y, sin decir palabra, le entregó un rollo de cinta plástica.

Stafford la sostuvo bajo la cúpula de luz del aletto y distinguió las perforaciones. Sistema binario, evidentemente material de programación de las unidades del Mando Estratégico del Espacio Adquirido, que el ordenador controlaba directamente.

—Estaba a punto de enviar una orden —dijo el que se encontraba a los mandos del aletto, sin volverse—. A todas las unidades militares con las que está comunicado. ¿Puede descifrarla?

Stafford asintió y le devolvió la cinta. Podía descifrarla, sí. El ordenador había notificado una alerta roja al MEEA. Había llegado incluso a ordenar que los escuadrones de bombarderos armados con bombas de hidrógeno despegaran y estaba pidiendo que todos los silos de misiles intercontinentales se prepararan para disparar.

—Y además —añadió el hombre que se encontraba a los mandos— estaba enviando una orden a los satélites defensivos y a los complejos de misiles para que se desplegaran en respuesta a un inminente ataque con bombas de hidrógeno. Como puede ver, hemos bloqueado todas esas órdenes. Nada de lo que contiene esa cinta ha llegado a las líneas coaxiales.

—Entonces —dijo Stafford con voz ronca tras un momento de pausa—, ¿qué datos son los que no quieren que reciba el Genux-B? —No lo entendía.

—La retroalimentación de datos —dijo el hombre de los mandos. Obviamente, era el líder de la unidad—. Sin datos, el ordenador no puede saber que su brazo militar no ha contraatacado. En su ausencia, tendrá que asumir que el contraataque se ha producido, pero el ataque enemigo ha tenido éxito, al menos en parte.

—Pero no hay ningún enemigo —dijo Stafford—. ¿Quién nos está atacando?  
Silencio.

El sudor cubrió de humedad la frente de Stafford.

—¿Saben qué lleva a un Genux-B a concluir que nos están atacando? Un millón de factores diferentes, todos los datos posibles sopesados, comparados, analizados... y luego la configuración resultante. En este caso, la configuración de un ataque enemigo inminente. Ninguna otra cosa habría podido llevarlo a cruzar el umbral. Es



algo cuantitativo. Un programa de construcción de refugios nucleares en la Rusia asiática, movimientos inusuales de barcos de carga en las cercanías de Cuba, concentraciones de cargueros en los puertos del Canadá rojo...

—Nadie —dijo plácidamente el hombre que llevaba los mandos—, ningún grupo de personas ni ninguna nación, de la Tierra, de la Luna o de Marte, está atacando a nadie. Entenderá por qué nos hemos dado tanta prisa en venir a buscarlo. Tiene que asegurarse de que el Genux-B no envía ninguna orden al MEEA. Queremos que lo aisle, para que no pueda comunicarse con nadie situado en una posición de autoridad y no pueda oír a nadie que no seamos nosotros. Ya nos preocuparemos luego de qué hacemos. Del momento fatídico...

—¿Está diciendo que, a pesar de todos los datos disponibles, un Genux-B no es capaz de distinguir un ataque? —inquirió Stafford—. ¿A pesar de sus infinitos sistemas de recogida de datos? —Entonces se le ocurrió algo, una idea que lo horrorizó de un modo desesperado y retroactivo—. Pero entonces... los ataques contra Francia en el 82 y contra Israel en el 89...

—Nadie nos estaba atacando, en efecto —dijo el más cercano de los agentes mientras recuperaba la cinta y volvía a guardarla en el maletín. Su voz, sombría y decaída, era el único sonido que se oía en la cabina. Nadie más se movía ni decía nada—. Igual que antes. Sólo que esta vez, lo hemos detenido antes de que pudiera lanzar el ataque. Esperamos haber impedido una guerra innecesaria y absurda.

—¿Quiénes son? —preguntó Stafford—. ¿Cuál es su posición en el gobierno federal? ¿Y qué conexión tienen con el Genux-B?

«Agentes, pensó, de la maldita Asociación Verdadera Sudafricana.» Seguía pareciéndole lo más probable. O zelotes israelíes en busca de venganza. O gente que sólo deseaba impedir una guerra: la motivación más humanitaria que pudiera concebirse.

Pero a pesar de todo, él, al igual que el Genux-B, él estaba sometido a un juramento de lealtad con una entidad política, la Alianza para la Prosperidad Norteamericana. Sea cual fuese la situación, tenía que escapar de aquellos hombres y ponerse en contacto con sus superiores para informar.

—Tres de nosotros pertenecemos al FBI —dijo el hombre que llevaba los mandos del aletto—. Y el tipo de allí es un ingeniero de comunicaciones electrónicas. El mismo que, de hecho, nos ayudó a diseñar este Genux-B en concreto.

—En efecto —dijo el aludido—. Les he ayudado a obstruir tanto el sistema de entrada de datos como el de salida. Pero no es suficiente. —Se volvió hacia Stafford, con su sereno rostro y sus grandes y atractivos ojos. Su tono era a medias suplicante y a medias autoritario. Recurriría a lo que hiciera falta para conseguir lo que quería—. Pero, hay que ser realistas. Todos los Genux-B tienen sistemas de control paralelos, que en cualquier momento empezarán a informar de que sus órdenes al MEEA no se están cumpliendo y de que no está recibiendo los datos que debería. Como todo lo demás, esta información llegará a sus circuitos y hará que empiece a pensar. Y en ese

momento será mejor que se nos haya ocurrido algo mejor que obstruir una bobina de recogida con un destornillador Phillips. —Hizo una pausa—. Por eso —terminó con mayor lentitud— hemos recurrido a usted.

Stafford hizo un ademán.

—Sólo soy un técnico de mantenimiento. Ni siquiera soy analista de averías. Sólo hago lo que me dicen.

—Entonces haga lo que le decimos —dijo con severidad el hombre del FBI que tenía más cerca—. Descubra por qué el Genux-B ha decidido comunicar una alerta roja y lanzar un «contraataque». Descubra por qué lo hizo en el caso de Francia y en el de Israel. Por alguna razón, sumó todos los datos que estaba recibiendo para llegar a esa conclusión. ¡No está vivo! Carece de voluntad. No ha sentido el impulso de hacer lo que está haciendo.

—Con suerte, ésta será la última vez que el Genux-B reacciona de este modo —dijo el ingeniero—. Si logramos detectar el problema, tal vez podamos atajarlo. Antes de que se manifieste en los otros siete Genux-B del mundo.

—¿Y están ustedes seguros —dijo Stafford— de que no nos están atacando? —Aunque el Genux-B se hubiera equivocado otras veces, teóricamente era posible que esta vez estuviera en lo cierto.

—Si están a punto de atacarnos —dijo el más cercano de los agentes del FBI—, no hay ningún indicio que permita saberlo, al menos ningún indicio detectable por medios humanos. Admito que entra dentro de lo posible que el Genux-B haya acertado. Después de todo, como ha dicho...

—Puede que se equivoquen porque, como la AVS lleva tanto tiempo siendo nuestro enemigo, ya lo damos por hecho. Es algo muy habitual.

—Oh, pero es que no se trata de la Asociación Verdadera Sudafricana —dijo con viveza el agente del FBI—. De ser así, nunca habríamos sospechado. No habríamos empezado a indagar, ni a interrogar a los supervivientes de la Guerra de Israel, la Guerra de Francia y las demás acciones que hemos llevado a cabo desde entonces.

—Es California del Norte —dijo el ingeniero con una mueca—. Y ni siquiera toda ella; sólo la parte situada por encima de Pismo Beach.

Stafford se los quedó mirando.

—Es cierto —dijo uno de los hombres del FBI—. El Genux-B se disponía a lanzar nuestros bombarderos y satélites en un ataque coordinado contra el área de Sacramento, California.

—¿Le han preguntado por qué? —dijo Stafford al ingeniero.

—Claro. O más bien, para ser más exactos, le hemos pedido que nos expusiera en detalle qué pretende el «enemigo».

—Decidle al señor Stafford qué ha hecho California del Norte para convertirse en un enemigo tan peligroso que el MEEA la habría reducido a cenizas de no ser porque hemos parado a esa condenada máquina.

—Un tipo —dijo el ingeniero— consiguió una concesión de máquinas de chicles

en el valle de Castro. Ya sabe. Ha colocado dispensadores de bolas de chicle en las afueras de los supermercados. Los niños meten un penique y les da una bola de chicle y a veces algo más, un anillo o un amuleto, algo así. Varía. Ese es el objetivo.

—Será una broma —dijo Stafford, incrédulo.

—En absoluto. El tipo se llama Herb Sousa. Ya posee sesenta y cuatro máquinas y planea seguir expandiéndose.

—Quiero decir —respondió Stafford con dificultades— que será una broma lo de la respuesta del Genux-B a esos datos.

—Su respuesta no obedece exactamente a esos datos per se —dijo el más cercano de los hombres del FBI—. Por ejemplo, nos hemos entrevistado con agentes de los gobiernos israelí y francés. Nadie llamado Herb Sousa abrió una ruta de máquinas de chicles en sus países, y lo mismo puede decirse de máquinas de cacahuetes chocolateados o cualquier otra cosa que se les parezca siquiera remotamente. Y, en cambio, Herb Sousa tiene rutas similares en Chile y en el Reino Unido desde hace dos décadas... sin que el Genux-B haya mostrado jamás el menor interés por ellas. —Y añadió—: Es un anciano.

—Una especie de Johnny Apple de los chicles —dijo el ingeniero, y se rió con disimulo—. Que ha querido colocar una de sus máquinas delante de cada gasolinera... El estímulo desencadenante —continuó mientras el aletto empezaba a descender hacia un vasto e iluminado complejo de edificios públicos —puede encontrarse en los elementos publicitarios colocados en las máquinas. Eso es lo que han determinado nuestros expertos. Han estudiado todo el material relacionado con las máquinas de chicles de Sousa de que dispone el Genux-B y han determinado que se reduce a un largo y frío análisis químico de los ingredientes de los productos. De hecho, Genux-B solicitó más información sobre eso. Siguió repitiendo «datos insuficientes» hasta que le suministramos un análisis de laboratorio completo.

—¿Y qué revelaba el análisis? —preguntó Stafford. El aletto había aterrizado en el tejado de las instalaciones que albergaban el componente central del ordenador y, tal como se lo llamaba entonces, al comandante en jefe de la Alianza para la Prosperidad Norteamericana.

—Por lo que se refiere a los propios chicles —dijo el hombre del FBI situado más cerca de la puerta mientras salían a una pista de aterrizaje apenas iluminada—, nada salvo base de goma de mascar, azúcar, maíz, jarabe, emolientes y saborizantes artificiales. De hecho, es el único modo de fabricar chicle. Y los regalillos que contienen están hechos de termoplásticos procesados al vacío. Hay una docena de compañías aquí, en Hong Kong y en Japón, que venden a dólar el paquete de seiscientas unidades. Incluso hemos rastreado al proveedor concreto hasta su fuente, una fábrica en la que uno de nuestros agentes se ha infiltrado para ver cómo fabrican esas condenadas cosas. Y no, allí no hay nada. Nada en absoluto.

—Pero —dijo el ingeniero, medio para sí— cuando le suministraron los datos al Genux-B...

—Esto fue lo que pasó —dijo el agente del FBI, dejando espacio para que Stafford pudiera desembarcar—. Una alerta roja, los bombarderos del MEEA en el aire y los misiles a punto de disparar. Cuarenta minutos para una guerra termonuclear, la distancia de un destornillador Phillips alojado en la bobina de recogida de cinta del ordenador. —Se volvió hacia el ingeniero y le preguntó inquisitivamente—: ¿Encuentra algo raro o potencialmente engañoso en esos datos? Porque de ser así, por el amor de Dios, dígalos ahora mismo. Lo único que se nos ocurre es desmantelar el Genux-B, pero entonces, si se presenta una amenaza auténtica...

—Me pregunto —dijo Stafford lentamente mientras reflexionaba— lo que quiere decir colorante «artificial».

### III

—Significa que no parece tener el color adecuado, así que se le añade un colorante alimentario inocuo.

—Pero ése es el único ingrediente —dijo Stafford— que no aparece indicado con su nombre real sino con su función. ¿Y el saborizante?

Los hombres del FBI se miraron entre sí.

—Colorante y saborizante artificial —dijo Stafford— podrían significar cualquier cosa. Cualquier cosa, aparte del color y el sabor. —Pensó: «¿no es el ácido nítrico el que lo tiñe todo de un verde brillante? Su presencia, por ejemplo, podría indicarse perfectamente como "color artificial". Y en cuanto al sabor... ¿qué significa en realidad "saborizante artificial"?». Desde su punto de vista, siempre había tenido algo siniestro, peculiar. Decidió dejarla idea arrinconada por el momento. Era hora de bajar y echar un vistazo al Genux-B para ver qué daños había sufrido.

«Y cuantos daños —pensó sarcásticamente— debe sufrir aún. Si es que me han dicho la verdad; si es que estos hombres son lo que muestran sus credenciales, y no saboteadores de la AVS o una unidad de inteligencia de una de las grandes potencias extranjeras.

»De la guarnición de California del Norte», pensó con sarcasmo. ¿Era absolutamente imposible? Puede que se hubiera producido algo realmente ominoso allí. Y que Genux-B, tal como había sido diseñado para hacer, lo hubiera descubierto.

De momento, era imposible de saber.

Pero puede que cuando hubiese terminado de examinar el ordenador lo supiera. Especialmente, quería ver la colección de cintas de datos que estaban siendo

procesadas en aquel momento en el mundo interno del ordenador, procedentes del mundo externo. Una vez que las hubiera visto...

«Arreglaré esa maldita cosa —se dijo con determinación—. Haré el trabajo para el que me han preparado y contratado.»

Obviamente, para él sería fácil. Conocía a la perfección las características del ordenador. Nadie más había trabajado tanto como él reemplazando componentes y circuitos defectuosos.

Esto explicaba por qué habían acudido a él aquellos hombres. Al menos en eso, habían acertado.

—¿Un chicle? —Le preguntó uno de los agentes del FBI mientras se acercaban a un ascensor precedido por una falange de guardias uniformados en posición de firmes. El agente del FBI, un hombre corpulento de cuello rojizo y recio, le mostró tres esferas de brillantes colores.

—¿De una de las máquinas de Sousa? —preguntó el ingeniero.

—Claro. —El agente las dejó caer en el bolsillo de la gabardina de Stafford y luego sonrió—. ¿Inocuas? Si... No... Puede. Al menos, según lo que dicen los análisis de la universidad.

Stafford sacó una de su bolsillo y la examinó a la luz del ascensor. «Una esfera —pensó—. Un huevo. Un huevo de pez. Son redondos, como el caviar. Y comestibles; no hay ninguna ley que prohíba vender huevos de colores brillantes.

»¿Los pondrán de este color?»

—Podría eclosionar —dijo como si tal cosa uno de los hombres del FBI. Sus compañeros y él se habían puesto tensos mientras empezaban a bajar a la sección de alta seguridad del edificio.

—¿Y qué cree que saldría de él? —dijo Stafford.

—Un pájaro —dijo bruscamente el más bajo de los agentes del FBI—. Un pequeño pájaro de color rojo que nos traerá augurios de gran alegría.

Tanto Stafford como el ingeniero lo miraron.

—No me cite la Biblia —dijo Stafford—. Me crié con ella. Puedo citársela cuando quiera. —Pero era curioso. A la vista de sus pensamientos inmediatos, se había producido entre sus mentes una especie de sincronismo. Esto hizo que se sintiera más desanimado. Y Dios sabía que ya se sentía suficientemente desanimado.

«Algo que pone huevos —pensó—. Los peces, los ponen a miles, idénticos todos ellos; sólo unos pocos sobreviven. Un derroche imposible... un método terriblemente primitivo.»

Pero si se ponían y depositaban huevos por todo el mundo, en incontables lugares públicos, aunque sólo sobreviviera una fracción de ellos, sería suficiente. Esto estaba demostrado. Los peces de las aguas de la Tierra lo hacían así. Y si funcionaba para la vida terrícola, también podía funcionar para la vida no terrícola.

El pensamiento no le agradó.

—Si quisiera usted invadir la Tierra —dijo el ingeniero al ver la expresión de su

cara— y su especie, procedente de Dios sabe qué planeta de Dios sabe qué sistema solar, se reprodujera del modo en que se reproducen las criaturas de sangre fría de la Tierra... —siguió mirando a Stafford—. En otras palabras, si engendrará usted miles, incluso millones de pequeños huevos de cáscara dura y no quisiera que nadie se fijara en ellos, y fueron tan brillantes y coloridos como suelen serlo los huevos... —vaciló—. Me pregunto cómo sería la incubación... De cuánto tiempo. Y en qué circunstancias. Por lo general, los huevos fertilizados, para que eclosionen, hay que mantenerlos calientes.

—El interior del cuerpo de un niño —dijo Stafford— es un lugar caliente.

Y, aunque parezca una locura, esa cosa, ese huevo, pasaría los exámenes del departamento de Sanidad y Alimentación. No había nada tóxico en él. Todo era orgánico y todo era muy alimenticio.

Salvo, claro está, que si realmente fuera así, la cáscara exterior del «caramelo» de colores sería inmune a la acción de los jugos gástricos normales. El huevo no se disolvería. Pero sí podía ser masticado. Lo más probable es que no sobreviviese a un proceso así. Por tanto, tenía que ser engullido igual que una pastilla: intacto.

Mordió la bola roja con los dientes y la rompió. Se sacó las dos mitades de la boca y examinó su contenido.

—Goma de mascar normal y corriente —dijo el ingeniero—. Base de goma de mascar, azúcar, jarabe de maíz, emolientes... —Esbozó una sonrisa un poco burlona, a pesar de lo cual, por su rostro pasó fugazmente una sombra de alivio, que reprimió al cabo de un instante con toda su voluntad.

—Una pista falsa, de lo cual me alegro —dijo el más bajito de los agentes del FBI. Se apartó del ascensor—. Aquí estamos. —Se detuvo frente a los guardias uniformados y armados, y les mostró la documentación—. Hemos vuelto —les dijo.

—Los premios —dijo Stafford.

—¿Qué quiere decir? —El ingeniero lo miró de soslayo.

—No es la goma de mascar. Así que tiene que estar en los regalos, los colgantes y demás tonterías. Es lo único que queda.

—Lo que está usted haciendo —dijo el ingeniero— es regirse implícitamente por la idea de que Genux-B está funcionando correctamente. De que, de algún modo, tiene razón; de que existe una amenaza militar real. Una amenaza tan grande que justifica la pacificación de California del Norte mediante el uso de armas de destrucción masiva. Pero, tal como yo lo veo, ¿no sería más fácil concluir simplemente que el ordenador está funcionando mal?

—El Genux-B se construyó de tal modo que es capaz de manejar simultáneamente más datos que cualquier grupo de hombres —dijo Stafford mientras caminaban por los familiares pasillos del vasto complejo gubernamental—. Recibe más datos que nosotros y los analiza más deprisa. Su respuesta llega en cuestión de microsegundos. Si el Genux-B, después de analizar todos los datos actuales, cree que se impone una guerra y nosotros no estamos de acuerdo, eso podría indicar

simplemente que el ordenador está funcionando como se diseñó para funcionar. Y cuanto menos de acuerdo estemos con él, más quedará probada esta afirmación. Si fuéramos capaces de percibir como él la necesidad de emprender una guerra inmediata y agresiva basándonos en los datos disponibles, no necesitaríamos al Genux-B. Es precisamente en casos como éste, cuando el ordenador ha lanzado una alerta roja y nosotros no vemos ninguna amenaza, cuando más necesario resulta el uso de un ordenador de este tipo.

—Tiene razón, ¿sabéis? —Dijo uno de los agentes del FBI al cabo de unos instantes, como si estuviera hablando consigo mismo—. Toda la razón. La auténtica pregunta es: ¿confiamos en el Genux-B más que en nosotros mismos? Sí, lo construimos para analizar datos más deprisa, con mayor precisión y en mucha mayor cantidad que nosotros. Si lo hicimos bien, la situación a la que nos enfrentamos ahora es precisamente la que justificó su creación. No vemos ninguna razón para lanzar un ataque; él sí. —Sonrió con amargura—. Así que, ¿qué hacemos? ¿Reiniciar al Genux-B y permitir que siga adelante y ordene al MEEA que desencadenó una guerra? ¿O neutralizarlo, es decir, destruirlo? —Sus ojos, fríos y alertas, se clavaron en Stafford—. Alguien tiene que tomar una decisión en un sentido o en otro. Ahora mismo. De inmediato. Alguien capaz de decidir con toda la información pertinente si la máquina está funcionando bien o mal.

—El presidente y su gabinete —propuso Stafford con voz tensa—. Una decisión de tal calibre tiene que estar en sus manos. La responsabilidad moral le corresponde a él.

—Pero la decisión —repuso el ingeniero— no es una cuestión moral, Stafford. Únicamente lo parece. De hecho, se trata de una cuestión puramente técnica. ¿El Genux-B está funcionando bien o mal?

«Y por eso me habéis sacado de la cama —comprendió Stafford con una punzada de desolación gélida y de pesar—. No me habéis traído aquí para que lleve a cabo vuestro absurdo plan de inutilizar el ordenador. Al Genux-B se lo podría neutralizar de un solo golpe con un simple lanzacohetes situado en el exterior del edificio. De hecho —comprendió—, lo más probable es que ya haya sido neutralizado. Podéis mantener ese destornillador Phillips alojado en la cinta para siempre. Y además participasteis en el diseño y en la construcción de esa cosa. No —se dijo—, no se trata de eso. No estoy aquí para repararlo ni para destruirlo; estoy aquí para tomar la decisión. Porque llevo quince años físicamente próximo al Genux-B y se supone que eso me ha conferido una especie de capacidad mágica para intuir si está funcionando bien o mal. Se supone que debo ser capaz de captar la diferencia, como un buen mecánico que puede saber, con sólo escuchar el ruido del motor, si tiene los cojinetes averiados y la gravedad de la avería.

»Un diagnóstico. Eso es lo único que queréis. Esta es una consulta formada por médicos de ordenadores... y un técnico.»

Y la decisión, evidentemente, estaba en manos del técnico, porque los demás se

negaban a tomarla.

Se preguntó de cuánto tiempo dispondría. Probablemente de muy poco. Porque, si el ordenador estaba en lo cierto...

«Máquinas de chicles —pensó—. A penique la unidad. Para niños. Y, sólo por eso, está dispuesto arrasar todo el norte de California. ¿Cómo ha podido llegar a esa conclusión? ¿Qué habrá visto el Genux-B al analizar el futuro?»

Lo asombraba: la capacidad de una pequeña herramienta para detener el funcionamiento de una colosal constelación de procesos autónomos. Pero es que el destornillador Phillips se había insertado con gran habilidad.

—Lo que debemos intentar —dijo Stafford— es introducir datos experimentales calculados y falsos. —Se sentó delante de una de las terminales que estaban conectadas directamente al ordenador—. Empecemos por esto —dijo, y empezó a escribir.

HERB SOUSA, DE SACRAMENTO, CALIFORNIA, EL MAGNATE DE LAS MÁQUINAS DE CHICLES, HA MUERTO INESPERADAMENTE MIENTRAS DORMÍA. UNA DINASTÍA LOCAL LLEGA A UN FIN ESPERADO.

—¿Cree que se lo va a tragar? —dijo uno de los hombres del FBI con tono sarcástico.

—Siempre cree los datos que se le suministran —dijo Stafford—. No tiene otras fuentes de las que fiarse.

—Pero si los datos entran en conflicto —señaló el ingeniero—, tendrá que analizarlo todo y decantarse por la afirmación más probable.

—En este caso —dijo Stafford— no habrá ninguna discrepancia con esta afirmación, porque es la única que va a recibir. —Introdujo la tarjeta perforada en el ordenador y esperó—. Introduzca la señal de salida —le indicó al ingeniero—. Veamos si entra.

—Ya hemos empalmado una línea, así que no debería de ser difícil. —Lanzó una mirada de soslayo al agente del FBI, que asintió.

Diez minutos después el ingeniero, ahora con unos auriculares, dijo:

—No hay cambios. La alerta roja sigue activa, no la hemos afectado.

—Entonces no tiene nada que ver con Herb Sousa como tal —dijo Stafford, reflexionando—. O bien, ha hecho ya lo que tenía que hacer, sea lo que fuese. En cualquier caso, su muerte no significa nada para el Genux-B. Habrá que inventar otra cosa. —Volvió a sentarse delante de la terminal y se dispuso a introducir el segundo hecho espurio.

FUENTES FIABLES DE CÍRCULOS BANCARIOS Y FINANCIEROS DEL NORTE DE CALIFORNIA NOS HAN INFORMADO DE QUE EL IMPERIO DE LOS CHICLES DEL FALLECIDO HERB SOUSA SERÁ DESMANTELADO PARA HACER FRENTE A SUS ASTRONÓMICAS DEUDAS. LOS FUNCIONARIOS A CARGO DEL CASO, PREGUNTADOS SOBRE EL DESTINO DE LOS CHICLES Y LOS REGALOS QUE CONSTITUYEN LAS MERCANCÍAS DE CADA MÁQUINA,



HAN RESPONDIDO QUE LO MÁS PROBABLE ES QUE SEAN DESTRUIDOS TAN PRONTO COMO LO ORDENE UN TRIBUNAL, EN RESPUESTA A LA PETICIÓN EXPRESA DEL FISCAL DEL DISTRITO DE SACRAMENTO.

Dejó de escribir y se recostó en la silla para esperar. «Ya no existen Herb Sousa ni sus chicles. ¿Qué nos deja eso? Nada.» El hombre y sus mercancías, al menos por lo que a Genux-B se refería, habían dejado de existir.

Pasaron unos instantes; el ingeniero continuó controlando la señal de salida del ordenador. Finalmente, con resignación, sacudió la cabeza.

—No hay cambios.

—Tengo más datos falsos para él —dijo Stafford. Volvió a introducir una tarjeta en la terminal y empezó a teclear.

PARECE SER EL INDIVIDUO LLAMADO HERBERT SOUSA NUNCA EXISTIÓ. ASIMISMO, ESTA PERSONA MITOLÓGICA JAMÁS SE INTRODUJO EN EL NEGOCIO DE LA VENTA DE CHICLES.

—Con esto debería de bastar —dijo Stafford mientras se ponía en pie— para cancelar todo lo que el Genux-B sabe o cree haber sabido alguna vez sobre Sousa y sus operaciones mercantiles. —Por lo que al ordenador se refería, el hombre había sido retroactivamente expurgado.

En cuyo caso, ¿cómo podía el ordenador iniciar una guerra contra un hombre que nunca había existido y que poseía un negocio marginal que tampoco había existido?

Momentos después, el ingeniero, que había seguido estudiando con expresión tensa los datos de salida del Genux-B, dijo:

—Se ha producido un cambio. —Estudió el osciloscopio, aceptó la cinta que el ordenador le ofrecía e inició un concienzudo análisis de su contenido.

Por un momento se mantuvo en silencio, concentrado en la lectura de la cinta; entonces, de repente, levanto la mirada y dirigió al resto de los presentes una sonrisa desprovista de toda alegría.

—Dice que el dato es falso —dijo.

## IV

—¡Que es falso! —repitió Stafford sin dar crédito a sus oídos.

—Ha desechado el último dato basándose en que no puede ser cierto. Contradice otros datos cuya validez está contrastada. En otras palabras, sabe que Herb Sousa

sigue existiendo. No me pregunte cómo. Probablemente sea una evaluación de datos de amplio espectro a lo largo de un periodo de tiempo prolongado. —Vaciló un momento y luego añadió—: Es obvio que sabe más de Herb Sousa que nosotros.

—Sabe que, desde luego, existe tal persona —admitió Stafford. Estaba contrariado. El Genux-B ya había desechado datos contradictorios o imprecisos en el pasado. En numerosas ocasiones, de hecho. Pero nunca había sido tan importante como ahora.

Se preguntó entonces qué datos anteriores e irrefutables podían existir en las células de memoria del Genux-B con los que hubiera contrastado su espuria afirmación referente a la no existencia de Sousa.

—Lo que debe de estar haciendo —le dijo al ingeniero— es aplicar la siguiente regla lógica: si X es cierto, es decir, si Sousa nunca existió, Y, signifique lo que signifique, debe ser cierto. Pero Y sigue siendo falso. Ojalá pudiéramos saber, entre los millones de datos que maneja, qué unidad es Y.

Esto volvía a dejarlos con el problema original: ¿quién era Herb Sousa y qué había hecho para obligar al Genux-B a adoptar tan drástica y violenta respuesta?

—Pregúnteselo —le dijo el ingeniero.

—¿Que le pregunte el qué? —preguntó, perplejo.

—Pídale un inventario de sus datos almacenados referentes a Herb Sousa. Todos ellos. —El ingeniero mantuvo su voz deliberadamente paciente—. Dios sabe qué estará pensando. Una vez que lo sepamos, podemos examinarlos para ver si somos capaces de localizar lo que él ya ha localizado.

Tras escribir la petición, Stafford introdujo la tarjeta en el Genux-B.

—Eso me recuerda —dijo con tono pensativo uno de los agentes del FBI— un curso de filosofía que di en UCLA. Existía un argumento ontológico que demostraba la existencia de Dios. Ya sabéis cómo sería si existiera: omnipotente, omnipresente, omnisciente, inmortal y dotado de justicia y misericordia infinitas.

—¿Y? —preguntó el ingeniero con irritación.

—Entonces, cuando lo has imaginado provisto de todas estas cualidades, te percatas de que le falta una cualidad. Una pequeña, una cualidad que posee hasta el último germen, hasta la última roca y hasta el último pedazo de basura que se encuentra en la cuneta de una autopista: la existencia. Así que dices: si posee todas las demás, debe poseer también el atributo de la existencia. Si la posee una piedra, Él, obviamente, debe poseerla. —Y añadió—: es una teoría superada. Se refutó en la Edad Media. Pero —se encogió de hombros— es interesante.

—¿Y qué te ha hecho pensar en ella en este momento concreto? —inquirió el ingeniero.

—Tal vez —dijo el hombre del FBI— que no existe un solo hecho, o grupo de hechos relacionados con Sousa que demuestre al Genux-B que existe. Puede que sea el conjunto de los hechos. Puede que existan demasiados datos, simplemente. El ordenador ha averiguado, basándose en su experiencia anterior, que, cuando existen

tantos datos sobre una persona determinada, esa persona debe ser necesariamente real. Después de todo, un ordenador de la magnitud del Genux-B es capaz de aprender; precisamente por eso lo utilizamos.

—Me gustaría introducir otro dato —dijo el ingeniero—. Yo mismo lo escribiré. Puede usted leerlo —volvió a sentarse ante la terminal de programación, escribió una corta frase, arrancó la tarjeta de la máquina y se la mostró a los demás. Decía:

### EL ORDENADOR GENUX-B NO EXISTE.

Tras un momento de sorpresa, uno de los agentes del FBI dijo:

—Si no ha tenido dificultades para contrastar los datos sobre Herbert Sousa con los que ya conoce, dudo mucho que esto vaya a servir. Y, además, ¿qué pretende conseguir con eso? No veo lo que vamos a lograr así.

—Si el Genux-B no existe —dijo Stafford—, no puede transmitir una alerta roja; sería una contradicción lógica.

—Pero ya ha transmitido una alerta roja —señaló el más bajo de los hombres del FBI—. Y sabe que lo ha hecho. Así que no tendrá la menor dificultad en establecer su existencia como un hecho cierto.

—Vamos a intentarlo —dijo el ingeniero—. Siento curiosidad. En principio, no parece que pueda hacer nada malo. Si nos parece aconsejable, siempre podemos cancelarlo a posteriori.

—¿No cree —le preguntó Stafford— que si le damos este dato razonará que si no existe no podría haber recibido el dato... lo que a su vez supondrá la cancelación del dato?

—No lo sé —repuso el ingeniero—. Nunca he oído una discusión teórica sobre la posibilidad de que un ordenador de magnitud B computara la constatación de su propia existencia. —Se acercó a la ranura de entrada de tarjetas del Genux-B, introdujo la suya y retrocedió un paso. Esperaron.

Tras un prolongado intervalo, llegó la respuesta por cable de salida que el ingeniero había empalmado. Mientras éste escuchaba a través de los auriculares, fue transcribiendo la respuesta del ordenador para que los demás pudieran oírla:

ANÁLISIS DE LA AFIRMACIÓN REFERENTE A LA NO-EXISTENCIA DEL INSTRUMENTO CALCULADOR MULTIFACTOR GENUX-B. SI LA AFIRMACIÓN 340s70 ES FALSA, ENTONCES:

NO EXISTO.

SI NO EXISTO. ES IMPOSIBLE QUE SE ME INFORME SOBRE LA INEXISTENCIA DE MI CLASE GENÉRICA.

SI NO SE ME PUEDE INFORMAR SOBRE ESTO, NO SE ME HA INFORMADO, POR LO QUE LA AFIRMACIÓN 340s70 NO EXISTE DESDE MI PUNTO DE VISTA.

POR TANTO: EXISTO.

El más bajo de los agentes del FBI silbó y dijo:

—Lo ha hecho. ¡Qué análisis lógico más impecable! Ha conseguido demostrar

que el dato es falso; así que ahora puede ignorarlo por entero. Y continuar como antes.

—Lo cual —dijo Stafford con tono sombrío— es exactamente lo mismo que ha hecho antes cuando le hemos suministrado el dato de que Herb Sousa no existió nunca.

Todos lo miraron.

—Creo que es el mismo proceso —dijo Stafford.

«E implica —razonó—, la existencia de alguna uniformidad, de algún factor común, entre la entidad Genux-B y la entidad Herb Sousa.»

—¿Tienen aquí algunos de los regalos, premios, o tonterías que dan las máquinas de chicles de Sousa? —preguntó a los hombres del FBI—. Si fuera así, me gustaría verlos...

El más fornido de los agentes del FBI abrió su maletín y extrajo de su interior una bolsa de plástico de aspecto sanitario. Sobre la superficie de una mesa cercana desplegó una serie de pequeños objetos brillantes.

—¿Por qué le interesan tanto? —preguntó el ingeniero—. Las han examinado en el laboratorio, ya se lo hemos dicho.

Stafford se sentó y, sin responder, recogió uno de los juguetitos, lo examinó, volvió a dejarlo sobre la mesa y cogió otro.

—Mire esto. —Les arrojó una de las pequeñas chucherías. El juguete cayó al suelo y un solícito agente del FBI se agachó para recogerlo—. ¿Lo reconocen?

—Algunos de los regalos —dijo el ingeniero con irritación— tienen la forma de satélites. Otros, de misiles. Otros, de cohetes interplanetarios. Algunos, los más grandes, de modernos cañones móviles. También hay soldaditos de plástico. —Hizo un ademán—. Y ese parece tener la forma de un ordenador.

—Un ordenador Genux-B —dijo Stafford, mientras extendía la mano para recuperarlo. El agente del FBI se lo devolvió obedientemente—. Sí, es un Genux-B —dijo—. Al menos, eso creo. Creo que ya lo tengo.

—¿Esto? —exclamó el ingeniero—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Han analizado todos los regalos? —dijo Stafford—. No me refiero a una muestra representativa, como por ejemplo un elemento de cada variedad todos los encontrados en una máquina de chicles determinada. Me refiero a todos y cada uno de ellos, hasta el último.

—Pues claro que no —dijo uno de los agentes del FBI—. Son decenas de miles. Pero en la fábrica de la que proceden...

—Me gustaría que sometieran a éste en concreto a un análisis microscópico total —dijo Stafford—. La intuición me dice que no es un fragmento homogéneo de termoplástico.

«La intuición me dice —pensó—. Que es una réplica funcional. Un Genux-B minúsculo, pero auténtico.»

—Ha perdido usted la cabeza —dijo el ingeniero.

—Esperemos —dijo Stafford— hasta que lo hayan analizado.

—¿Y mientras tanto —dijo el más bajo de los hombres del FBI— mantenemos desactivado al Genux-B?

—Desde luego —dijo Stafford. Un insólito y débil miedo había nacido en la base de su columna vertebral y estaba empezando a ascender lentamente por ella.

Media hora después, el laboratorio, a través de un mensajero especial, les envió el análisis del regalo de la máquina de chicles.

—Nailon sólido —dijo el ingeniero tras echar un vistazo al informe. Acto seguido, se lo lanzó a Stafford—. Por dentro no tiene nada, sólo plástico barato y vulgar. Ni piezas móviles ni diferenciación interior alguna. ¿Eso que esperaba?

—Una conjetura errónea —señaló uno de los hombres del FBI—. Que nos ha costado tiempo. —Todos lanzaron miradas agrias a Stafford.

—Tiene usted razón —dijo Stafford, y se preguntó qué iban a hacer a continuación. ¿Qué no habían intentado aún?

La respuesta, decidió, no estaba en las cosas que vendían las máquinas de Herb Sousa. Eso parecía estar claro. La respuesta residía en el propio Herb Sousa, quienquiera que fuese... y lo que quiera que fuese.

—¿Podrían traer a Sousa aquí? —preguntó a los hombres del FBI.

—Claro —dijo uno de ellos al cabo de un instante—. Podemos mandar a buscarlo. Pero, ¿por qué? ¿Qué ha hecho? —Señaló al Genux-B—. El problema está aquí mismo, no en la costa, en un hombre de negocios de poca monta cuya empresa apenas tiene presencia en la ciudad.

—Quiero verlo —dijo Stafford—. Me pregunto cómo reaccionaría el Genux-B si trajéramos a Sousa aquí. —Se volvió hacia el ingeniero y dijo—: Inténtelo. Infórmele de ello ahora mismo, antes de que nos tomemos la molestia de ir a buscar al tipo.

El ingeniero se encogió de hombros, volvió a sentarse ante la terminal y escribió:

EL EMPRESARIO DE SACRAMENTO. HERB SOUSA, FUE LLEVADO HOY POR AGENTES DEL FBI ANTE UN ORDENADOR GENUX-B PARA UN CAREO.

—¿Le parece bien? —pregunto a Stafford—. ¿Es esto lo que quería? ¿Así? —La introdujo en los receptores de datos del ordenador sin esperar una respuesta.

—A mí no me pregunte —dijo Stafford con irritación—. No ha sido idea mía. —A pesar de lo cual, se acercó a la pantalla principal de salida de datos, curioso por conocer la respuesta del ordenador.

La respuesta llegó al instante. Stafford se quedó mirando las palabras, sin dar crédito a lo que veía.

HERBERT SOUSA NO PUEDE ESTAR AQUÍ, DEBE ESTAR EN SACRAMENTO, CALIFORNIA; CUALQUIER OTRA COSA ES IMPOSIBLE, LOS DATOS INTRODUCIDOS SON FALSOS.

—Es imposible que lo sepa —dijo el ingeniero con voz ronca—. Por Dios, Sousa podría estar en cualquier parte, incluso en la Luna. De hecho, podría estar fuera de la Tierra. ¿Cómo puede saber?

—Sabe más sobre Sousa de lo que debería —dijo Stafford—. Más de lo que resulta razonablemente posible. —Meditó un instante y luego, repentinamente, dijo —: pregúntele quién es Herb Sousa.

—¿«Quién»? —El ingeniero pestañeó—. Demonios, pues es...

—¡Pregúnteselo!

El ingeniero escribió la pregunta. Le suministraron la tarjeta al Genux-B y se sentaron a esperar su respuesta.

—Ya le hemos pedido todo el material que posee sobre Sousa —dijo el ingeniero—. La información saldrá en cualquier momento.

—No es lo mismo —repuso Stafford—. No le estoy pidiendo que me devuelva datos. Estoy pidiendo una evaluación.

El ingeniero, sin apartarse de la unidad de salida de datos del ordenador, permaneció en silencio y no respondió. Entonces, casi despreocupadamente, dijo:

—Ha cancelado la alerta roja.

—¿A causa de esa pregunta? —preguntó Stafford, incrédulo.

—Puede. No lo ha dicho y yo no lo sé. De hecho, ha cancelado la salida de los bombarderos y todo lo demás; asegura que la situación en California del norte ha vuelto a la normalidad. —Lo dijo con tono monocorde—. Dedúzcalo usted, si puede. Sus especulaciones son tan buenas como las que más.

—Sigo deseando una respuesta —dijo Stafford—. Genux-B sabe quién es Herb Sousa y yo quiero saberlo. Y ustedes deberían querer también. —Su mirada se posó sobre el ingeniero, con sus auriculares, y sobre el resto de los agentes del FBI. Entonces volvió acordarse de la diminuta réplica de plástico del Genux-B que habían encontrado entre los regalos y juguetes. ¿Una coincidencia? En su momento le había parecido que significaba algo... pero no había sabido decir qué. Al menos, aún no.

—En cualquier caso —dijo el ingeniero—, ha cancelado realmente la alerta roja y eso es lo que importa. ¿A quién le importa Herb Sousa? Por lo que a mí se refiere podemos relajarnos, irnos a casa y olvidarnos de esto.

—Relajarnos —dijo uno de los agentes del FBI— hasta que, cualquier día, se le ocurra volver a dar la alerta. Cosa que podría ocurrir en cualquier momento. Creo que el técnico tiene razón. Tenemos que averiguar quién es ese Sousa. —Asintió en dirección a Stafford—. Vamos, adelante. Usted decide. Pero siga investigando. Nosotros haremos lo mismo... en cuanto volvamos a la oficina.

El ingeniero, que estaba prestando atención a sus auriculares, los interrumpió de repente.

—Estoy recibiendo una respuesta.

Empezó a escribir rápidamente. Los demás se congregaron a su alrededor para leer.

HERBERT SOUSA DE SACRAMENTO, CALIFORNIA, ES EL DIABLO. DADO QUE ES LA ENCARNACIÓN DE SATÁN EN LA TIERRA, LA PROVIDENCIA EXIGE SU DESTRUCCIÓN. YO NO SOY MÁS QUE UN AGENTE, UNA CRIATURA, POR ASÍ DECIRLO, DE LA DIVINA MAJESTAD, AL IGUAL QUE TODOS USTEDES.

Hubo una pausa mientras el ingeniero esperaba, y entonces, nuevas palabras se sumaron a la respuesta:

SALVO QUE YA ESTÉN EN NÓMINA DE ÉL, ES DECIR, A SU SERVICIO.

El ingeniero arrojó el bolígrafo contra la pared opuesta. Rebotó, cayó al suelo, se alejó rodando y desapareció. Nadie pronunció palabra.

## V

—Lo que tenemos aquí —dijo al cabo de momento— es un montón de basura electrónica enferma y demente. Teníamos razón. A Dios gracias, nos hemos dado cuenta a tiempo. Es un psicótico con ilusiones esquizofrénicas sobre la realidad. ¡Santo Dios, esta máquina se considera un instrumento de Dios! Sufre el clásico complejo de: «Sí, Dios me lo dijo, en serio.»

—Es propio del Medievo —dijo uno de los hombres del FBI con un tic de enorme nerviosismo. Al igual que el resto de sus compañeros, estaba tan tenso que tenía el cuerpo rígido—. Hemos descubierto un avispero con esa última pregunta. ¿Y cómo lo resolvemos ahora? No podemos dejar que esto llegue a la prensa; nadie volverá a confiar en un sistema de clase G-B. Yo, al menos, no volveré a hacerlo. Me sería imposible. —Y miró al ordenador con una mezcla de náuseas y aversión.

«¿Que se le dice a una máquina que empieza a creer en brujas? No estamos en la Nueva Inglaterra del siglo XVII. No pretenderá que hagamos caminar a Sousa sobre carbones candentes para ver si se quema. Ni que lo sumerjamos en un balde para ver si se ahoga. ¿Se supone que tenemos que demostrarle al Genux-B que Sousa no es Satanás? Y si es así, ¿cómo? ¿Qué aceptaría como prueba?

»Y, para empezar, ¿de dónde ha sacado la idea?»

—Pregúntele cómo ha descubierto que Herb Sousa es el maligno —le dijo al ingeniero—. Adelante. Siento curiosidad. Prepare una tarjeta.

La respuesta, tras un intervalo, se manifestó a la vista de todos por medio del bolígrafo del ingeniero.

LO DESCUBRÍ CUANDO COMENZÓ MILAGROSAMENTE A CREAR SERES VIVOS A PARTIR DE ARCILLA SIN VIDA, COMO, POR EJEMPLO, YO MISMO.

—¿Ese juguete? —inquirió Stafford, incrédulo—. ¿Esa absurda baratija de plástico? ¿Llama a eso un ser vivo?

La pregunta, transmitida al Genux-B, produjo una respuesta inmediata.

POR EJEMPLO, SÍ.

—Esto plantea una interesante pregunta —dijo uno de los hombres del FBI—. Dejando a un lado la cuestión de Herb Sousa... es evidente que se considera a sí mismo un ser vivo. Y, sin embargo, lo construimos nosotros; o, más bien, ustedes. — Señaló a Stafford y al ingeniero—. ¿En qué nos convierte eso? Desde el punto de vista de su premisa básica, también nosotros hemos creado seres vivos.

La observación, planteada al Genux-B, produjo una larga y solemne respuesta a la que Stafford apenas prestó atención, puesto que ya comprendía el meollo de la cuestión.

ME CONSTRUISTEIS DE CONFORMIDAD CON LOS DESEOS DEL CREADOR DIVINO. LO QUE REALIZASTEIS FUE UNA RECREACIÓN SAGRADA DEL MILAGRO ORIGINAL DE LA PRIMERA SEMANA, TAL COMO SE NARRA EN LAS ESCRITURAS, DE LA VIDA DE LA TIERRA. EL CASO QUE NOS OCUPA ES COMPLETAMENTE DIFERENTE. Y YO SIGO AL SERVICIO DEL CREADOR, AL IGUAL QUE TODOS VOSOTROS. Y ADEMÁS...

—Todo se reduce a esto —dijo el ingeniero con voz seca—: el ordenador consagra su propia existencia, como es natural, como un acto milagroso. Pero lo que Sousa ha hecho en sus máquinas de chicles, o al menos lo que él cree que ha hecho, no cuenta con la sanción divina y por tanto es demoníaco. Pecaminoso. Merecedor de la cólera de Dios. Pero lo que es más de intereses es esto: el Genux-B se ha dado cuenta de que no podía explicarnos la situación. Sabía que no compartiríamos sus puntos de vista. En lugar de contárnoslo, ha preferido lanzar un ataque termonuclear. Cuando lo hemos forzado a explicarse, ha decidido cancelar la alerta roja. En su capacidad de cognición hay niveles y niveles... ninguno de los cuales me resulta demasiado tranquilizador.

—Hay que apagarlo —dijo Stafford—. Permanentemente. —Habían hecho bien en llamarlo, en convocarlo para aquella sesión de pruebas y diagnósticos; ahora estaba de acuerdo. Sólo restaba el problema técnico de desactivar aquella complejísima maquinaria. Pero entre el ingeniero y él podían hacerlo. Para los hombres que lo habían diseñado y los hombres que lo mantenían en funcionamiento sería pan comido conseguir que dejara de funcionar. Para siempre.

—¿Tenemos una orden presidencial? —preguntó el ingeniero a los hombres del FBI.

—Haga lo que tiene que hacer; ya conseguiremos la orden luego —respondió uno de los hombres del FBI—. Tenemos permiso para autorizarlos a llevar a cabo



cualquier acción que crean pertinente. —Y añadió—: No perdamos tiempo.

Los demás agentes asintieron.

Stafford se pasó la lengua por los labios reseco y le dijo al ingeniero:

—Muy bien, vamos allá. Destruyamos lo que tenemos que destruir.

Los dos hombres se acercaron cautelosamente al Genux-B, que, a través de su línea de salida de datos, seguía exponiendo su posición.

A primera hora de la mañana, mientras despuntaba el amanecer, el aletto del FBI dejó a Stafford en el tejado de su edificio. Totalmente exhausto, descendió en el ascensor hasta su apartamento.

Momentos después había abierto la puerta y se encontraba en el salón oscuro y sofocante de su apartamento, de camino al dormitorio. Descanso. Eso era lo que necesitaba, y en cantidad, tras la noche de laborioso y complejo trabajo que había pasado desmantelando los elementos cruciales del Genux-B hasta desactivarlo por completo. Hasta neutralizarlo.

Al menos, eso esperaban.

Al quitarse el mono de trabajo, tres pequeñas esferas, duras y multicolores, cayeron de uno de sus bolsillos y rebotaron ruidosamente sobre el suelo del apartamento. Las recogió y las depositó sobre la mesa del vestidor.

«Tres —pensó— ¿no me había comido una?»

«Los agentes del FBI me dieron tres y yo me comí una. Tengo demasiadas, me sobra una.»

Terminó de desvestirse y se metió en la cama para disfrutar de la hora de sueño que más o menos le queda. «Al diablo con todo.»

A las nueve sonó la alarma. Se levantó, todavía medio dormido, y, haciendo un esfuerzo de voluntad, logró ponerse en pie. Permaneció junto a la cama, columpiándose ligeramente mientras se frotaba los hinchados ojos. Entonces, en un acto reflejo, empezó a vestirse.

Sobre la mesa del vestidor había cuatro esferas de vivos colores.

«Sé que anoche sólo había tres», se dijo. Perplejo, empezó a estudiarlas mientras se preguntaba qué podía significar aquello. ¿Fisión binaria? ¿El milagro de los panes y los peces recreado?

Quién sabe. La sensación de la pasada noche aún lo envolvía. Pero existían células tan grandes como aquéllas. Un huevo de avestruz es una única célula, la más grande de toda la tierra... o de cualquier otro planeta. Y aquellas esferas eran mucho más pequeñas.

«No se nos ocurrió —se dijo—. Pensamos en huevos que podían explotar transformándose en algo horrible, pero no en organismos unicelulares que se dividieran a la antigua usanza. Son compuestos orgánicos.»

Salió del apartamento para ir a trabajar, dejando las cuatro bolas de goma de mascar sobre la mesa. Tenía mucho que hacer: un informe para el presidente con el

fin de determinar si había que desactivar a todos los ordenadores Genux-B, y, en caso negativo, lo que debía hacerse para garantizar que no sucumbieran a delirios supersticiosos, como le había ocurrido al suyo.

«Una máquina —pensó—. Una máquina que cree que el Maligno está firmemente arraigado en la tierra. Una masa de circuitos de estado sólido que ha sondeado las profundidades de una teología milenaria, con la creación divina y los milagros a un lado, y lo diabólico al otro. Que se ha sumergido en la Edad Oscura.

»Y dicen que los humanos somos propensos al error...»

Aquella noche cuando volvió a casa, tras participar en el desmantelamiento de todos los ordenadores Genux-B de la Tierra, había un grupo de siete esferas de colores de goma de mascar esperándolo sobre la mesa.

Eso crearía un imperio de bolas de chicle, decidió mientras examinaba las siete esferas brillantes, todas del mismo color. Como mínimo, se ahorraría una fortuna en gastos. Y, a esa velocidad, ninguna máquina se agotaría jamás.

Se acercó al videófono, levantó el receptor y se dispuso a marcar el número de emergencia que le habían dado los hombres del FBI.

Y entonces, de mala gana, colgó.

Empezaba a tener la impresión de que el ordenador había acertado, por muy duro que fuera admitirlo. Y desmantelarlo había sido decisión suya.

Pero lo otro era aún peor. ¿Cómo iba a decirle al FBI que tenía en su poder siete bolas de chicle? Por mucho que se dividieran, sería aún más complicado de explicar. Aunque pudieran establecer que eran formas de vida primitivas extraterrestres, introducidas clandestinamente en la Tierra desde Dios sabe qué desolado planeta.

Mejor dejar las cosas como estaban. Puede que su ciclo de reproducción se asentara. Tras un periodo de acelerada fisión binaria, puede que se adaptasen al medio terrícola y se estabilizase. Después de eso, podría olvidarse de ellas.

Y también podía arrojarlas al incinerador del edificio.

Lo hizo.

Pero, evidentemente, se había dejado una. Probablemente, como eran redondas, hubiese rodado por debajo de la mesa. La encontró dos días después, debajo de la cama, con otras quince idénticas. Así que, una vez más, intentó librarse de todas ellas... y una vez más se le escapó una. De nuevo, al día siguiente encontró un nuevo nicho, y esta vez había cuarenta bolas.

Como es natural, probó a comerse toda las que pudo y lo más deprisa que pudo. Y también probó a hervirlas en agua caliente, al menos las que pudo encontrar. Hasta intentó rociarlas con un insecticida.

Al cabo de una semana, su apartamento contenía un total de 15.832 bolas de chicles. A estas alturas, acabar con ellas devorándolas, rociándolas con insecticida o hirviéndolas no resultaba práctico.

Pasado un mes, a pesar de haber alquilado un camión para que se llevara toda las

que pudo, contabilizó un total de dos millones.

Diez días después, embargado por un sentimiento fatalista, llamó al FBI desde un teléfono público situado en la esquina, pero para entonces ya nadie podía contestar al videófono.

## Podemos recordarlo todo por usted

Despertó... y deseó estar en Marte.

Pensó en los valles. ¿Qué se sentiría al caminar por ellos? Creciendo incesantemente, el sueño fue en aumento a medida que recuperaba sus sentidos: el sueño y el ansia. Casi llegaba a sentir la abrumadora presencia del otro mundo, que solamente habían visto los agentes del Gobierno y los altos funcionarios. ¿Y un empleado como él? No, no era probable.

—¿Te levantas o no? —preguntó su esposa Kirsten, con tono soñoliento y con su nota habitual de malhumor—. Si estás ya levantado, oprime el botón del café caliente en el maldito horno.

—Está bien —respondió Douglas Quail.

Descalzo, se dirigió desde el dormitorio a la cocina. Allí, tras haber hecho presión, obedientemente, sobre el botón del café caliente, tomó asiento ante la mesa, extrajo un bote pequeño, de color amarillo, de buen Dean Swift. Inhaló profundamente y la mezcla Beau Nash le produjo picor en la nariz y al mismo tiempo le quemó el paladar. Pero continuó inhalando; el producto le despertó y permitió que sus sueños, sus nocturnos deseos, sus ansias esporádicas se condensaran en algo parecido a la racionalidad.

«¡Iré! —se dijo a sí mismo—. *Antes de morir, veré Marte*».

Por supuesto, era imposible, y aun soñando, esto lo sabía muy bien. Pero la luz del día, el ruido habitual que hacía su esposa al cepillarse el cabello ante el espejo del tocador... todas las cosas conspiraron repentinamente para recordarle lo que él era.

«*Un miserable empleado asalariado*», se dijo con amargura. Kirsten le recordaba tal circunstancia por lo menos una vez al día, y él no la culpaba por ello; era una labor de esposa lograr que el marido asentara los pies firmemente sobre la tierra. En la Tierra, pensó, y se echó a reír. La frase le hacía gracia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó la esposa, cuando entró en la cocina arrastrando por el suelo un pico de su larga bata color rosa—. Apuesto a que estás soñando de nuevo. Estarás en las nubes, como siempre. Tienes la cabeza llena de pájaros.

—Sí —respondió él, mirando por la ventana de la cocina hacia los taxis aéreos y demás artilugios volantes, así como a la gente que se apresuraba para acudir a su trabajo. Al cabo de un rato, también él estaría entre todas aquellas personas. Como siempre.

—Apuesto a que tus sueños tienen algo que ver con alguna mujer —dijo Kirsten, sonrojándose.

—No —contestó—. Con un Dios. Con el Dios de la Guerra. Tiene maravillosos cráteres y en sus profundidades crece toda clase de vida vegetal.

—Escucha —dijo Kirsten, agachándose a su lado y hablando calurosamente, a la vez que abandonaba por unos instantes el tono normal y áspero de su voz—. El fondo

del océano... «nuestro» océano, es infinitamente más bello. Lo sabes bien; todo el mundo lo sabe. Alquila un equipo de branquias artificiales, pide una semana de permiso en el trabajo y podremos sumergirnos y vivir en uno de esos maravillosos lugares de recreo acuáticos que están abiertos todo el año. Y además...

La mujer se detuvo y añadió tras una breve pausa:

—No me escuchas. Deberías hacerlo. Eso es mucho mejor que tu obsesión por Marte. ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Cielo santo!, ¡estás condenado, Doug! ¿Qué va a ser de ti?

—Me voy a trabajar —dijo él, poniéndose en pie y olvidándose del desayuno—. Eso es lo que va a ser de mi.

La esposa lo miró con expresión dubitativa y dijo:

—Cada día estás peor, más y más fantástico. ¿Adónde te va a llevar todo esto?

—A Marte —contestó, abriendo la puerta del armario para coger una camisa limpia.

Tras haber descendido del taxi, Douglas Quail caminó lentamente a través de tres abarrotadas calzadas especiales para peatones, dirigiéndose hacia aquel umbral moderno y atractivo. Allí se detuvo contemplando el tráfico de media mañana y con suma calma leyó el rótulo de neón. Ya en el pasado lo había leído muchas veces pero nunca desde tan cerca. Esto era diferente. Lo que hacía ahora era algo más. Algo que más pronto o más tarde tenía que suceder.

## REKAL INCORPORATED

¿Era ésta la respuesta? Después de todo, sólo era una ilusión, quizá muy convincente, pero no dejaba por ello de serlo. Al menos objetivamente. Pero subjetivamente... todo lo contrario.

Y, de todas maneras, en los siguientes cinco minutos tenía una cita.

Respirando profundamente cierta cantidad del aire medio envenenado de Chicago, atravesó a continuación el policromo umbral y se acercó hasta el mostrador de la recepcionista.

La rubia y bella muchacha del mostrador, de atractivos senos e impecablemente ataviada, le saludó con suma simpatía:

—Buenos días, señor Quail.

—Sí —replicó él—. Estoy aquí para tratar acerca de un curso Rekal, como usted sabe.

—Por supuesto —dijo la recepcionista, tomando un pequeño auricular que había a su lado.

Luego anunció:

—El señor Douglas está aquí, señor McClane. ¿Puede entrar ahora, o es

demasiado pronto?

Surgieron del auricular unos extraños sonidos.

—Sí, señor Quail —dijo la joven—. Puede usted entrar; el señor McClane le está esperando.

Al avanzar el señor Quail con ciertas dudas, la muchacha le advirtió:

—Habitación D, señor Quail. A su derecha.

Durante unos instantes creyó haberse perdido, pero pronto encontró la habitación indicada. Se abrió la puerta automáticamente. Tras una enorme mesa de despacho, se hallaba un hombre de mediana edad, de aspecto afable y ataviado con un traje gris marciano de piel de rana; solamente aquel atavío hubiese sido suficiente para indicar a Quail que acababa de acudir a visitar a la persona más adecuada.

—Siéntese, Douglas —dijo McClane, señalando con una mano regordeta hacia una silla que había frente a su mesa de despacho—. ¿De manera que desearía ir a Marte? Muy bien.

Quail tomó asiento, sintiéndose muy nervioso.

—No estoy muy seguro de que esto valga la pena —dijo—. Cuesta mucho y realmente tengo la impresión de que no conseguiré nada.

«*Cuesta tanto como ir allá*», pensó.

—Usted tendrá las pruebas tangibles de su viaje —aseguró enfáticamente el señor McClane—. Todas las pruebas que necesite. Vea usted esto.

El hombre revolvió en un cajón de su impresionante mesa, y del interior de un gran sobre color marrón, extrajo una pequeña cartulina impresa en relieve.

—Se trata de un billete de viaje. Demuestra que usted ha hecho el viaje de ida y vuelta. Postales...

Sobre la mesa extendió cuatro fotografías tridimensionales a todo color, para que Quail las viese. Luego añadió:

—Película. Fotografías que usted tomó de algunos lugares típicos de Marte con una cámara de cine alquilada...

Mostró las fotos a Quail y continuó:

—... Más los nombres de las personas que ha conocido usted, objetos de recuerdo que llegarán de Marte en el mes próximo, y pasaporte, certificados de las vacunas que se le hayan puesto, y algunos detalles más.

El hombre guardó silencio y miró agudamente a Quail. Luego, añadió:

—Sabrá usted que ha viajado, que ha ido allá. No nos recordará a nosotros, ni a mí, ni siquiera el haber estado aquí. Será en su mente un verdadero viaje, le garantizamos eso. Dos semanas completas de recuerdos hasta su más mínimo detalle. Y no olvide esto: si alguna vez duda usted de que realmente ha hecho el viaje a Marte, puede volver aquí y se le devolverá la cantidad cobrada, íntegramente. ¿Se da cuenta?

—Pero no habré ido —dijo Quail—. No habré ido, por muchas pruebas que ustedes me den de tal cosa.

Quail lanzó un profundo suspiro y añadió tras una breve pausa:

—Y jamás habré sido un agente secreto de la Interplan.

Le parecía imposible que la fabulosa memoria que inyectaba Rekal pudiese desarrollar aquella labor..., a pesar de lo que había oído decir a la gente.

—Señor Quail —dijo pacientemente McClane—. Como usted mismo nos explicó en su carta, no tiene oportunidad, ni la más ligera posibilidad de ir alguna vez a Marte; no puede usted permitírselo, y lo que es mucho más importante, nunca podrá usted llegar a ser un agente secreto para Interplan ni para nadie. No puede serlo ni lo será jamás. Esta es la única forma de alcanzar..., bien, el sueño de su vida, ¿no tengo razón, señor?

McClane cloqueó con la garganta y añadió:

—Pero puede «haberlo sido y haberlo hecho». Nos preocuparemos de que así sea. Y nuestros honorarios son muy razonables.

Tras pronunciar sus últimas palabras, McClane sonrió animadamente.

—¿Es tan convincente esa memoria inyectable? —preguntó Quail.

—Mucho más que la realidad, señor. Si de verdad hubiese usted ido a Marte como agente de la Interplan, ahora habría olvidado muchas cosas; nuestro análisis sobre los sistemas de la verdadera memoria (auténticos recuerdos de principales acontecimientos de la vida de una persona) demuestran que siempre se pierden muchos detalles, detalles que se olvidan y que jamás vuelven a recordarse. Parte de lo que le ofrecemos es que todo cuanto «plantemos» en su memoria jamás lo olvidará. La serie de imágenes e ideas que se le inyectarán cuando esté usted en estado de inconsciencia es la creación de grandes expertos, hombres que han pasado años en Marte. En cada caso verificamos los detalles en forma realmente exhaustiva. Aparte de que ha elegido usted un sistema muy fácil para nosotros; si hubiese usted deseado ser Emperador de la Alianza de Planetas Interiores o hubiera elegido Plutón para su viaje, hubiésemos tenido muchas más dificultades..., y, por supuesto, los honorarios habrían sido también muy superiores.

Llevándose una mano al bolsillo interior de su chaqueta para extraer la cartera, Quail dijo:

—Está bien. Ha sido la ambición de toda mi vida, y sé que realmente nunca la conseguiré. De manera que imagino que tendré que aceptar esto.

—No piense de esa forma —dijo McClane, severamente—. No está usted aceptando lo que podríamos llamar un segundo plato. La memoria real con todas sus vaguedades, omisiones, por no citar también sus distorsiones, sí que es en realidad un segundo plato.

McClane aceptó el dinero y oprimió un botón que había sobre su mesa. Luego, cuando se abrió la puerta para dar paso a dos hombres fornidos, añadió:

—Está bien, señor Quail. Irá usted a Marte como agente secreto.

McClane se levantó, estrechó la mano de Quail, húmeda a causa de los nervios, y concluyó:

—O mejor dicho, ya está usted en camino. Esta tarde a las cuatro y media regresará a la Tierra y un taxi le llevará hasta su vivienda, y como ya le he dicho, nunca recordará haberme visto o haber venido aquí; en realidad, ni siquiera sabrá nada de nuestra existencia.

Con la boca reseca por el nerviosismo, Quail siguió a los dos técnicos; lo que sucediese a continuación dependería de ellos.

«¿Llegaré a creer que realmente estuve en Marte? —se preguntó—. ¿Llegaré a estar seguro de que al fin logré la ambición de toda mi vida?».

Quail tenía la intuición de que algo, sin saber por qué, saldría mal. Pero ignoraba de qué podía tratarse.

Tendría que esperar para saberlo.

El aparato de comunicación interior de McClane, que le conectaba con el área de trabajo de la firma, sonó, y dijo una voz:

—El señor Quail está en este momento bajo los efectos sedantes, señor. ¿Quiere usted supervisar esta operación, o seguimos adelante?

—Es de rutina —observó McClane—. Puede usted continuar, Lowe; no creo que tenga usted ninguna dificultad.

La programación de la memoria artificial de un viaje a otro planeta —con o sin la adición de ser agente secreto— se realizaba en la firma con monótona regularidad. En un solo mes, McClane calculaba que probablemente se llevarían a cabo unas veinte veces; los viajes interplanetarios artificiales se habían convertido en pan diario.

—Lo que usted diga, señor McClane —respondió la voz de Lowe.

El aparato de comunicación interior guardó silencio.

Acercándose hasta la sección abovedada de la cámara situada detrás de su despacho, McClane buscó un paquete Tres y otro Sesentaidós: viaje a Marte; espía secreto interplanetario. Luego regresó con ambos paquetes a su mesa de despacho, tomó asiento cómodamente, Y extrajo todo el contenido..., objetos y documentos que se depositarían en la vivienda de Quail mientras los técnicos de laboratorio se ocupaban en fabricar la falsa memoria.

Un localizador de ideas, y McClane pensó que aunque aquél era el objeto de mayor tamaño, también era el que les producía mayores beneficios económicos. Un transmisor tan diminuto que el agente podría tragárselo si le capturaban. Libro de claves que se parecían asombrosamente a uno auténtico..., los modelos de la firma eran extraordinariamente seguros: basados, siempre que era posible, sobre las verdaderas claves de Estados Unidos. Diversos objetos que no parecían tener aplicación alguna, pero que formarían, al unirse en la memoria de Quail, base sólida sobre su imaginario viaje: media moneda, ya antigua, de plata, y con un valor de cincuenta centavos, varias anotaciones de los sermones de John Donne escritas incorrectamente, cada una de ellas en un trozo de papel fino y transparente, varios



sobrecitos de cerillas de bares de Marte, una cuchara de acero inoxidable en la que se leían grabadas las siguientes palabras: «Propiedad del Kibutsum Nacional de Marte», un diminuto rollo de alambre que...

Sonó, una vez más, el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle, pero sucede algo raro. Quizá fuese mejor que viniese usted un momento. Quail está ahora bajo efectos sedantes; reaccionó bien bajo la narquidrina; está completamente inconsciente, pero...

—Voy ahora mismo.

Intuyendo alguna dificultad seria, McClane abandonó su despacho. Un momento después aparecía en la zona de trabajo. Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail, respirando lenta y regularmente, con los ojos cerrados parecía enterarse muy débilmente, sólo débilmente, de la presencia de los dos técnicos y del propio McClane.

—¿No hay espacio para insertar falsos modelos de memoria? —interrogó McClane, con irritación—. Habrá suficiente para dos semanas; está empleado en la oficina de Emigración de la Costa Occidental, que es una Agencia del Gobierno, y debido a ello indudablemente durante el año pasado habrá disfrutado de dos semanas de vacaciones. Repito que con eso será suficiente.

Los detalles menudos siempre molestaban a McClane.

—Nuestro problema —dijo Lowe— es algo muy diferente. —Se inclinó sobre la cama y dijo a Quail—: Repítale al señor McClane lo que acaba de contarnos.

Los ojos grises del hombre que yacía boca arriba sobre la cama miraron al rostro de McClane. Este los observó con atención. Su expresión se había endurecido y tenían un aspecto inorgánico, pulido, como piedras semipreciosas. McClane no estaba muy seguro de que le gustase lo que estaba viendo. Aquel brillo de los ojos era demasiado frío.

—¿Qué desea usted ahora? —preguntó Quail, ásperamente—. Salgan de aquí antes de que los destrozé a todos. Estudió detenidamente a McClane y añadió: —Especialmente usted. Sí, está usted a cargo de esta operación de contraespionaje.

Lowe dijo:

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en Marte?

—Un mes —respondió Quail, con el mismo tono.

—¿Y cuál fue su propósito al ir allí? —Exigió Lowe.

Los delgados labios de Quail se retorcieron un tanto, pero no habló. Finalmente, arrastrando las palabras hasta lograr que sonaran con evidente acento de hostilidad, dijo:

—Agente de Interplan. Ya se lo he dicho. ¿No graba usted todo cuanto se habla? Ponga en marcha esa cinta grabada para que la escuche su jefe y déjeme tranquilo.

Cerró los ojos. La dureza de las pupilas se esfumó.

McClane se sintió inmediatamente aliviado.

Lowe dijo calmosamente:

—Este es un hombre duro, señor McClane.

—No lo será —respondió McClane—. No lo será cuando de nuevo dispongamos que pierda su eslabón de memoria. Se mostrará tan dócil como antes.

Luego añadió, dirigiéndose a Quail:

—¿De manera que ésa era la razón por la que tanto ansiaba ir a Marte?

Sin abrir los ojos respondió:

—Nunca quise ir a Marte. Me destinaron. Y no tuve más remedio que ir. Confieso que sentía curiosidad por ir. ¿Quién no la hubiese sentido?

De nuevo abrió los ojos. Y miró a los tres hombres en particular a McClane. Luego murmuró:

—Buen suero de la verdad éste que usted tiene aquí. Me ha hecho recordar cosas que había olvidado completamente.

Hubo un silencio y luego murmuró, como si hablara para sí:

—¿Y Kirsten? ¿Estaría complicada en todo esto? Un contacto de Interplan vigilándome... para tener la seguridad de que yo no recuperase la memoria... ¿podría ser? No me extraña que se burlara tanto de mis deseos de ir allá.

Muy débilmente, sonrió. La sonrisa más bien de comprensión, se desvaneció casi inmediatamente.

McClane dijo:

—Por favor, créame, señor Quail; hemos tropezado con esto enteramente por accidente. En el trabajo que nos...

—Le creo —respondió Quail.

Este último parecía cansado. La droga continuaba profundizando más y más en él.

—¿Dónde dije que había estado? —interrogó—. ¿Marte? Es difícil recordar. Sé que me gustaría haberlo visto; y creo que también le gustaría a todo el mundo. Pero yo...

Su voz se debilitó extraordinariamente, y musitó:

—... Yo, un simple empleado, un empleado que no sirve para nada...

Incorporándose, Lowe dijo a su superior:

—Desea una falsa memoria que corresponde a un viaje que realmente ha hecho. Y una razón falsa que es la verdadera razón. Está diciendo la verdad; está muy sumido en la narquidrina. El viaje aparece muy vívido en su mente, al menos bajo el efecto de los sedantes. Pero aparentemente no puede recordarlo en estado de vigilia. Alguien, probablemente en los Laboratorios de Ciencias Militares del Gobierno, borró sus recuerdos conscientes; todo cuanto sabía era que ir a Marte significaba para él algo especial, lo mismo que ser agente secreto. Esto no pudieron borrarlo; no es un recuerdo sino un deseo, indudablemente el mismo que le impulsó a presentarse voluntario para tal destino.

El otro técnico, Keeler, dijo a McClane:

—¿Qué hacemos? ¿Injertar un modelo de falsa memoria sobre la verdadera? No se puede predecir cuáles serán los resultados. Podría recordar parte del verdadero

viaje, y la confusión producir un intervalo psicopático. Se vería obligado a retener dos sujetos opuestos en su mente, y hacerlo simultáneamente: que fue a Marte y que no fue. Que es auténtico agente de Interplan y que no lo es... Creo que debemos despertarlo sin realizar ninguna implantación de falsa memoria y sacarlo de aquí. Esto es un hierro candente.

—De acuerdo —respondió McClane.

Al asentir a la propuesta de Keeler se le ocurrió otra idea y preguntó:

—¿Pueden ustedes predecir qué es lo que recordará cuando salga del estado de estupor?

—Imposible de predecir —respondió Lowe—. Probablemente albergue, a partir de ahora, algún débil recuerdo de su verdadero viaje, y también es muy probable que tenga serias dudas sobre su veracidad. Quizá decida que en nuestra programación hubo un fallo. También podría recordar haber venido aquí; esto podría borrarse si usted lo desea.

—Cuanto menos nos relacionemos con este hombre, mejor —dijo McClane— No debemos jugar con esto. Ya hemos sido lo suficientemente estúpidos, o infortunados, como para descubrir a un auténtico espía de Interplan, tan perfectamente camuflado que ni siquiera él mismo sabía quién era... o, más bien, quién es.

Cuanto antes se desembarazasen de aquel individuo que se hacía llamar Douglas Quail, sería mejor.

—¿Piensa usted instalar los paquetes Tres y Sesentidós en su alojamiento? —preguntó Lowe.

—No —dijo McClane—. Y vamos a devolverle la mitad de los honorarios cobrados.

—¡La mitad! ¿Por qué la mitad?

McClane respondió débilmente:

—Creo que es un buen arreglo.

Cuando el coche llegó a su residencia, situada en un extremo de Chicago, Douglas se dijo a sí mismo que, sin duda alguna, era una buena cosa haber regresado a la Tierra.

El largo período de estancia de un mes en Marte ya había comenzado a difuminarse en su memoria; sólo le quedaba una vaga imagen de los profundos cráteres, la omnipresente erosión de las colinas, de la vitalidad, del movimiento mismo. Un mundo de polvo donde pocas cosas ocurrían, un mundo en el que buena parte del día era preciso pasarlo comprobando una y otra vez las reservas de oxígeno. También recordaba las formas de vida, los modestos cactus color gris marrón y los gusanos.

De hecho se había traído de Marte varios ejemplares moribundos de la fauna de aquel planeta; los había pasado de contrabando por las aduanas. Después de todo, no

constituían ninguna amenaza; no podían sobrevivir en la densa atmósfera de la Tierra.

Introdujo una mano en el bolsillo en busca del pequeño estuche que contenía los gusanos, pero en su lugar extrajo un sobre.

Al abrirlo descubrió, perplejo, que contenía quinientas setenta cartulinas de crédito en forma de billetes de bajo valor.

«¿De dónde ha salido esto? —se preguntó a sí mismo—. ¿Acaso no me gasté en el viaje hasta la última moneda que poseía?».

Junto con el dinero había una hoja de papel marcada con las palabras: «Retenido la mitad de los honorarios» y firmaba «McClane». La fecha era la del día.

—Recuerda —dijo Quail, en voz alta.

—¿Recordar qué, señor o señora? —inquirió respetuosamente el conductor-robot del taxi.

—¿Tiene una guía telefónica? —preguntó.

—Desde luego que sí, señor o señora.

Se abrió un pequeño compartimiento, y de su interior se deslizó una diminuta guía telefónica de Cook County.

—La redacción de esta guía es extraña —comentó Quail, al hojearla en sus páginas amarillas.

Sintió cierto temor. Hizo un esfuerzo para disimularlo, y luego dijo:

—Aquí está. Lléveme a Rekal Incorporated. He cambiado de idea, ya no quiero ir a casa.

—Sí, señor o señora —respondió el robot.

Un momento después, el taxi se lanzaba en dirección opuesta.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó.

—Con sumo placer —dijo el robot, presentándole un lujoso teléfono con tridivisión en color, completamente nuevo.

Quail marcó el número de su vivienda. Y con una breve pausa, vio la imagen en miniatura, pero muy auténtica, de Kirsten en la pequeña pantalla del aparato.

—Estuve en Marte —le dijo.

—Estás borracho, o algo peor —replicó ella, retorciendo los labios irónicamente.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Cuándo? —preguntó Kirsten.

—No lo sé —dijo Quail, realmente confuso—. Creo que fue un viaje simulado. Por medio de un sistema de memorias extrarreales o como diablos se llame. Pero no tuvo resultado.

Kirsten dijo de nuevo:

—Estás borracho.

E inmediatamente colgó.

Quail lo hizo a continuación, sintiendo que se sonrojaba. «Siempre el mismo tono», se dijo a sí mismo, encolerizado. Siempre las mismas recriminaciones como si ella lo supiese todo y él nada. «¡Qué matrimonio!», pensó amargado.

Un momento más tarde, el taxi se detuvo junto a la acera de un edificio color rosa, pequeño, y muy atractivo. Un rótulo policromo de neón decía: «REKAL INCORPORATED».

La elegante recepcionista se sorprendió al principio, pero acto seguido se dominó para saludar:

—¡Hola, señor Quail! ¿Cómo está usted? ¿Olvidó alguna cosa?

—El resto de los honorarios que aboné.

Más compuesta ya, la recepcionista dijo:

—¿Honorarios? Creo que se equivoca, señor. Estuvo usted aquí discutiendo la posibilidad de la realización de un viaje, pero...

La muchacha se encogió de hombros y dijo, tras breve pausa:

—Tal y como tengo entendido, ese viaje no tuvo lugar.

Quail respondió:

—Lo recuerdo todo muy bien, señorita. La carta a Rekal, que inició todo este asunto. Recuerdo mi llegada aquí y mi visita al señor McClane. Y recuerdo, asimismo cómo los dos técnicos de laboratorio me llevaron del despacho para administrarme una droga.

No tenía nada de extraño que la firma le hubiera devuelto la mitad de la cantidad desembolsada. No había dado resultado la falsa memoria de su viaje a Marte, al menos no enteramente, como se lo habían asegurado.

—Señor —dijo la muchacha—, aunque sea usted un empleado de poca importancia es usted un hombre de buen ver, y cuando se indigna estropea sus facciones. Si se sintiera usted mejor, yo podría..., bien, podría permitirle que me llevara a algún sitio.

Quail se puso furioso.

—La recuerdo a usted muy bien —dijo con tono de indignación—. Y recuerdo la promesa del señor McClane de que si recordaba mi visita a Rekal Incorporated me devolverían mi dinero en su totalidad. ¿Dónde está el señor McClane?

Tras una demora, probablemente tan larga como pudieron lograr, el señor Quail se encontró nuevamente sentado ante la impresionante mesa de despacho, exactamente como lo había estado una hora antes aquel mismo día.

—Poseen ustedes una maravillosa técnica —dijo Quail sardónicamente con enorme resentimiento—. Los llamados «recuerdos» de un viaje a Marte como agente secreto de Interplan son vagos y confusos, aparte de estar llenos de contradicciones. Y recuerdo claramente el trato que hice aquí con ustedes. Debería llevar este caso a la Oficina de Mejores Negocios.

En aquellos momentos, Quail ardía de indignación. La sensación de haber sido engañado le abrumaba y había vencido su acostumbrada aversión a discutir abiertamente.

Con gran cautela, McClane dijo:

—Capitulamos. Le devolveremos el resto de sus honorarios. Admito que no

hemos hecho nada en absoluto por usted.

El tono de las últimas palabras de McClane era de resignación.

Quail dijo, con tono acusador:

—Ni siquiera me han proporcionado los diversos objetos que, según ustedes, demostrarían mi estancia en Marte. Toda esa comedia que me contaron no llegó a materializarse en nada. Ni siquiera un billete de viaje. Ninguna postal. Ni pasaporte. Ningún certificado de vacuna, nada...

—Escuche, —dijo McClane—. Supongamos que le digo...

McClane se detuvo repentinamente y dijo al cabo de un breve silencio:

—Bien, dejémoslo así.

Hizo presión sobre el botón de la comunicación interior y añadió:

—Shirley, por favor, ¿quiere usted preparar un cheque por valor de quinientos setenta para el señor? Gracias.

Luego miró nuevamente a Quail.

Inmediatamente llegó el cheque; la recepcionista lo dejó ante McClane y, una vez más, desapareció, dejando solos a los dos hombres que continuaban mirándose fijamente desde ambos lados de la impresionante mesa de despacho.

—Permítame advertirle algo —dijo McClane, al firmar el cheque y entregárselo—. No hable con nadie sobre su..., bien..., sobre su reciente viaje a Marte.

—¿Qué viaje?

—Bien, me refiero al viaje que ha hecho usted parcialmente. Actúe como si no lo recordara. Simule que jamás tuvo lugar. No me pregunte por qué, pero acepte mi consejo; será mejor para todos nosotros.

McClane había comenzado a sudar abundantemente. Hubo otra pausa de silencio, y añadió:

—Y ahora, señor Quail, tengo que trabajar con otros clientes, ¿comprende?

Se puso en pie y acompañó a Quail hasta la puerta.

Dijo al abrirla:

—Una firma que trabaja tan deficientemente no debería tener ningún cliente.

Acto seguido cerró la puerta a su espalda.

De nuevo hacia casa, en el taxi, reflexionó sobre la redacción de la carta que dirigiría a la Oficina de Mejores Negocios, División Tierra. Tan pronto como tomase asiento ante su máquina de escribir lo haría; era su deber advertir a otras personas para que se alejaran de Rekal Incorporated.

Cuando llegó a su alojamiento, se sentó ante su máquina de escribir portátil, abrió los cajones y comenzó a buscar papel carbón, hasta que se dio cuenta de la presencia de una caja familiar. Una caja que él había llenado cuidadosamente en Marte con fauna, y más tarde la había pasado de contrabando por la aduana.

Al abrir la caja vio, sin acabar de creerlo, seis gusanos muertos y ciertas variedades de vida unicelular con las que se alimentaban los gusanos marcianos. Los protozoos estaban secos, casi hechos polvo, pero los reconoció inmediatamente; le

había costado un día de trabajo recogerlos entre las grandes rocas de color oscuro. Recordaba que había sido un maravilloso viaje de descubrimientos.

«Pero yo no he ido a Marte» se dijo a sí mismo.

Sin embargo, por otra parte...

Se presentó Kirsten en la puerta de la habitación cargada con una cierta cantidad de verduras.

—¿Cómo es que estás en casa a estas horas?

La voz de la esposa, con su eterno y monótono tono de acusación.

—¿Fui yo a Marte? —preguntó Quail—. Tú debes saberlo.

—No, por supuesto que no has ido a Marte y también tú deberías saberlo. ¿Acaso no estás siempre hablando de que deseas ir?

Quail dijo:

—Te aseguro que creo que he ido ya. —Hubo un silencio, y Quail añadió luego—: Y a la vez, creo que no fui.

—Decídate entre una cosa u otra.

—¿Cómo puedo hacerlo? —interrogó Quail, con una extraña mueca—. Los dos recuerdos están firmemente grabados en mi mente; uno es real y el otro no, pero no puedo diferenciar cuál es el auténtico y cuál es el falso. ¿Por qué no puedo confiar en ti? Tú les importas muy poco.

Su esposa podía hacer, al menos, aquello por él... aunque en lo sucesivo no volviese a hacer ya nada en su beneficio.

Kirsten dijo con voz monótona y controlada:

—Doug, si no vuelves a ser una persona normal, hemos terminado. Voy a dejarte.

—Estoy en apuros —replicó con voz un tanto ronca—. Probablemente me encamino hacia un estado psicopático. Espero que no, pero puede que así sea. De todas maneras, eso lo explicaría todo.

Depositando en el suelo la cesta de las verduras, Kirsten caminó hacia el armario.

—No estaba bromeando —dijo con suma calma. Sacó del armario un abrigo, se lo puso, y regresó hasta la puerta para añadir:

—Te telefonaré uno de estos días. Esta es mi despedida, Doug. Espero que salgas pronto de todo esto. Realmente, lo deseo por tu bien.

—¡Espera! —exclamó desesperadamente Quail—. Solamente dímelo para estar seguro. Dime si fui o no..., dime cuál de mis dos recuerdos es el verdadero, el real...

Al pronunciar estas últimas palabras, se dio cuenta de que también podían haber alterado los canales de su memoria.

La puerta se cerró. Finalmente, su esposa se había ido.

Una voz dijo a sus espaldas:

—Bien, todo ha terminado. Ahora levante las manos Quail. Y por favor, dé media vuelta para mirar hacia aquí.

Quail se volvió instintivamente sin alzar las manos.

El hombre que se hallaba frente a él vestía el uniforme color canela de la Agencia

Policíaca Interplan, y su pistola parecía ser un modelo de las Naciones Unidas. Por alguna razón, aquel rostro era familiar a Quail; familiar en una forma borrosa que no acababa de localizar. Sin embargo, nerviosamente, alzó ambas manos.

—Usted recuerda su viaje a Marte —dijo el policía—. Conocemos todos sus actos de hoy y todos sus pensamientos..., en particular sus importantes pensamientos en el recorrido que hizo desde su casa hasta Rekal Incorporated. Tenemos un teletransmisor en el interior de su cerebro que nos mantiene constantemente informados.

Un transmisor telepático, aplicación del plasma vivo que se había descubierto en la Luna. Quail sintió un estremecimiento de aversión. Aquella cosa vivía dentro de él, en el interior de su propio cerebro, alimentándose, escuchando... Pero la Policía Interplan usaba aquel procedimiento. Por lo tanto, era probablemente cierto, por muy deprimente que resultara.

—¿Por qué a mí? —interrogó Quail, roncamente. ¿Qué era lo que él había hecho... o pensado? ¿Y qué tenía que ver todo aquello con Rekal Incorporated?

—Fundamentalmente —dijo el policía Interplan—, esto nada tiene que ver con Rekal; es más bien un asunto entre usted y nosotros.

El policía señaló hacia uno de sus oídos y añadió:

—Todavía estoy recogiendo sus procesos mentales mediante su transmisor telepático.

Quail se fijó en que el hombre llevaba en uno de sus oídos una especie de enchufe blanco de plástico. El policía continuó:

—De manera que debo advertirle que cualquier cosa que piense podrá emplearse contra usted.

El hombre sonrió. Hubo una larga pausa de silencio. Luego, siguió hablando:

—No es que ahora importen mucho ciertas cosas. Lo que sí es molesto es que, bajo los efectos de la narquidrina, en Rekal Incorporated usted relató ante los técnicos y el propietario, señor McClane, detalles de su viaje, adónde fue usted, para quién, y algunas de las cosas que hizo. Los dos técnicos y el señor McClane estaban muy atemorizados. Deseaban no haberle visto jamás... Nueva pausa de silencio, y el policía concluyó—: Y tienen razón.

Quail dijo:

—Yo no hice jamás ningún viaje. Se trata solamente de una falsa memoria implantada en mí por los técnicos de McClane.

Pero inmediatamente pensó en la caja de su mesa de despacho que contenía formas de vida marcianas. Y recordó las dificultades y molestias sufridas para recogerlas. El recuerdo parecía real. Y la caja con aquellas formas de vida sin duda alguna era auténtica. A menos que McClane la hubiese instalado allí. Quizá aquella era una de las «pruebas» que había mencionado McClane tan alegremente.

*«El recuerdo de mi viaje a Marte —pensó— no me convence. Pero desgraciadamente ha convencido a la Agencia de Policía Interplan. Creen que*



*realmente fui a Marte y suponen que al menos lo hice parcialmente».*

—No solamente sabemos que ha ido usted a Marte —añadió el policía, en respuesta a sus pensamientos— sino también que usted recuerda bastantes cosas como para constituir un peligro para nosotros. Y no vale la pena suprimir su recuerdo de todas las cosas, porque usted simplemente acudiría a Rekal Incorporated otra vez y reanudaría el experimento. Y tampoco podemos hacer nada contra McClane y su sistema porque no tenemos jurisdicción sobre nadie, excepto sobre nuestra propia gente. De todas maneras, McClane no ha cometido ningún delito.

El policía hizo otra de sus habituales pausas y añadió, tras mirar fijamente a Quail:

—Ni técnicamente, usted tampoco. Usted acudió a Rekal Incorporated con la idea de recuperar la memoria. Usted fue allí, y así lo consideramos, por las mismas razones que acude el resto de la gente..., gentes con vidas monótonas y oscuras: el ansia de aventura. Pero desgraciadamente, la vida de usted no ha sido ni monótona ni oscura, y ya ha disfrutado demasiadas emociones; la última cosa que necesitaba usted en este mundo era un curso de Rekal Incorporated. Nada hubiese podido ser más fatídico para usted o para nosotros. Y en realidad, también para McClane.

Quail preguntó:

—¿Por qué es peligroso para ustedes que yo recuerde mi viaje..., mi supuesto viaje, lo que yo hice allí?

—Porque lo que usted hizo —respondió el policía Interplan— no está de acuerdo con nuestra intachable imagen pública paternal y protectora. Usted hizo, por nosotros, lo que nosotros jamás hacemos. Como usted recordará, gracias a la narquidrina. Esa caja de gusanos muertos y algas está en su mesa de despacho desde hace seis meses, desde que usted regresó. Y en ningún momento mostró usted la menor curiosidad hacia ella. Ni siquiera sabíamos que la tenía hasta que usted la recordó cuando se dirigía a casa desde Rekal; entonces vinimos aquí a buscarla... Vinimos dos por ella.

Otro silencio y el policía añadió innecesariamente.

—Sin suerte; no había tiempo suficiente.

Un segundo policía Interplan se unió al primero; los dos conferenciaron brevemente. Mientras tanto, pensó rápidamente. En aquel instante recordaba más cosas. El policía tenía razón acerca de la narquidrina. Ellos, Interplan, probablemente también la usaban. ¿Probablemente? Estaba seguro de que lo hacían. Había visto cómo se la administraban a un detenido. ¿Dónde había ocurrido tal cosa? ¿En algún lugar de la Tierra? Decidió que más probablemente en la Luna, al percibir la imagen que se perfilaba en su defectuosa memoria.

Y recordaba algo más. Las razones de «ellos» para enviarle a Marte; el trabajo que había hecho.

No tenía nada de extraño que hubiesen purgado su memoria.

—¡Oh, cielos! —exclamó el primero de los dos policías, interrumpiendo la conversación que sostenía con su compañero.

Evidentemente, acababa de captar los pensamientos de Quail.

—Bien, ahora el problema es mucho peor, mucho peor de lo que hubiésemos pensado.

Avanzó hacia Quail apuntándole con la pistola. —Tenemos que matarle —dijo—. Y ahora mismo.

Nerviosamente, su compañero dijo:

—¿Por qué ahora mismo? ¿Acaso no podemos enviarle a Interplan Nueva York y dejar que allí...?

—Él ya sabe perfectamente por qué tiene que ser ahora mismo —dijo el primer policía.

El hombre también parecía sentirse muy nervioso, pero Quail se daba cuenta de que se debía a una razón muy diferente. Su memoria había vuelto a él casi repentinamente. Y por tal razón, entendía el nerviosismo del policía.

—En Marte maté a un hombre —dijo Quail—. Tras haberme desembarazado de quince guardaespaldas. Algunos de ellos armados con pistolas especiales, como lo están ustedes.

Quail había sido entrenado durante un período de cinco años por Interplan para convertirse en un asesino. Un asesino profesional. Conocía varias formas de desembarazarse de cualquier adversario armado..., como aquellos dos agentes de la Policía, y el que mostraba el diminuto audífono también lo sabía.

Si se movía con suficiente rapidez...

La pistola disparó. Pero Quail ya se había movido hacia un lado, décimas de segundo antes, y al mismo tiempo había derribado al agente mediante un golpe de karate aplicado a la garganta con la velocidad del relámpago. En un instante se apoderó de su pistola y apuntó al otro agente, que se mostraba enormemente sorprendido.

—Captó mis pensamientos —dijo Quail, jadeando con vehemencia—. Sabía lo que yo estaba a punto de hacer, pero aun así, lo hice.

Medio tendido en el suelo, el agente golpeado murmuró:

—No usará, esa pistola contra ti, Sam; acabo de captar ese pensamiento suyo. Sabe que está acabado y no ignora que nosotros lo sabemos. Vamos, Quail...

Trabajosamente, lanzando algunos gruñidos de dolor, el agente se puso en pie. Luego, extendió una mano.

—La pistola —dijo a Quail—. No puede usted usarla, y si me la entrega, prometo no matarle; será usted juzgado ante un Tribunal, y alguien que ocupe un alto puesto en Interplan decidirá. Así, pues, no lo haré yo... Puede que borren su memoria una vez más. No lo sé. Pero ya sabe usted por qué iba a matarle; no podía evitar que usted recordará cosas. De manera que, en cierto modo, mis razones para matarle ya son cosa del pasado.

Quail, sin soltar el arma, salió corriendo de la habitación, dirigiéndose al ascensor. «Si me seguís —pensó—, os mataré». Los agentes no lo hicieron. Oprimió

el botón del ascensor y se abrieron las puertas.

Se dio cuenta de que los policías no le habían seguido. Evidentemente, habían captado sus pensamientos y decidían no correr riesgos.

El ascensor, al sentir su peso, descendió. Había escapado... por el momento. Pero, ¿qué sucedería a continuación? ¿Dónde podría ir?

El ascensor llegó a la planta baja; un momento más tarde, Quail se unía a la multitud de peatones que caminaban apresuradamente por los canales especiales de las calzadas. Le dolía la cabeza y se sentía enfermo. Pero al menos había evitado la muerte; casi le habían asesinado en su propia casa.

Pensó que, probablemente, lo intentarían de nuevo. «Cuando me encuentren», pensó.

Y con aquel transmisor en su cerebro no tardarían en descubrir su paradero.

Irónicamente, había logrado lo que pidiera a Rekal Incorporated. Aventura, peligro, Policía Interplan, un viaje secreto y peligroso en el que él se jugaba la vida. Todo cuanto había ansiado como falsa memoria.

Ahora podían apreciarse las ventajas de que aquello fuera un recuerdo, pero nada más.

A solas, en un banco del parque, reflexionó mientras contemplaba los rebaños de peatones alegres y desenfadados, unos seres semipájaros importados de las dos Lunas de Marte, capaces de emprender el vuelo aun en contra de la fuerte gravedad de la Tierra.

«Puede que aún pueda regresar a Marte», pensó.

Pero, y después, ¿qué? Las cosas serían mucho peor en Marte. La Organización Política cuyo líder había asesinado le localizaría en el mismo momento en que descendiera de la nave; allí le perseguirían en el acto tanto «ellos» como Interplan.

«¿Podéis escuchar mis pensamientos?», se preguntó. Fácil camino hacia la paranoia; solo allí, sentado, sintió cómo le controlaban, cómo grababan sus pensamientos, cómo discutían entre ellos...

Sintió un estremecimiento, se puso en pie, y caminó sin rumbo, con ambas manos metidas en los bolsillos. Se daba cuenta de que no tenía la menor importancia el lugar adonde pudiese ir. «Siempre estaréis conmigo —pensó— mientras tenga dentro de mi cabeza este dispositivo».

«Haré un trato con vosotros —pensó para sí y para ellos—. ¿No podéis implantar una falsa memoria en mí otra vez, como lo hicisteis antes, para vivir una vida rutinaria olvidando que alguna vez estuve en Marte? ¿Algo que asimismo me haga olvidar totalmente haber visto un uniforme de Interplan y haber sostenido en la mano una pistola?».

*Una voz dentro de su cerebro respondió: «Como ya se le ha explicado cuidadosamente a usted, eso no sería suficiente».*

Asombrado, Quail se detuvo.

«Comunicamos antiguamente con usted en esta forma —continuó diciendo la voz— cuando estaba usted operando en el campo, en Marte. Han pasado meses desde que lo hicimos por última vez; pensábamos, de hecho, que jamás tendríamos que volver a hacerlo. ¿Dónde está usted?».

«Paseando —respondió Quail—. Caminando hacia mi muerte».

Y pensó para sí: «Provocado por las pistolas de vuestros agentes».

Luego, preguntó:

«¿Cómo pueden estar seguros de que no sería suficiente? ¿Acaso no tienen resultado las técnicas de Rekal?».

«Como ya hemos dicho —respondió la voz—, si se le proporcionan a usted un conjunto de memorias normalizadas, usted se sentiría... intranquilo. Inevitablemente acudiría de nuevo a Rekal o quizá a cualquier otra firma competidora. No podemos pasar por eso dos veces».

«Supongamos —dijo Quail— que una vez se cancelen mis auténticos recuerdos, se implante en mí algo más completo que una memoria normalizada. Algo que pudiese satisfacer mis ansias. Eso ya se ha demostrado; y probablemente ésa es la razón por la que ustedes me han contratado. Pero pueden inventar algo más, algo que sea igual. Fui el hombre más rico de la Tierra, pero finalmente doné todo mi dinero a fundaciones educativas. O fui, quizá, un famoso explorador espacial. Cualquier cosa por el estilo, ¿no valdría cualquier cosa de estas?».

Hubo un largo silencio.

«Hagan la prueba —dijo Quail, desesperadamente—. Pongan a trabajar a sus famosos psiquiatras militares; exploren mi mente. Averigüen cuál es mi sueño más ansiado».

Quail trató de pensar.

«Mujeres —murmuró a continuación—, miles de ellas, como las tuvo Don Juan. Playboy interplanetario... Una querida en cada ciudad de la Tierra, Luna y Marte. Y luego abandoné, todo eso a causa del agotamiento. Por favor, hagan la prueba».

«Entonces, ¿se entregaría usted voluntariamente? —preguntó la voz en el interior de su cabeza—. Si convenimos, y es posible tal solución, ¿se entregaría?».

Tras un breve intervalo de duda, respondió:

«Si, correré el riesgo... con la condición de que no me maten».

«Haga usted el primer movimiento —dijo la voz inmediatamente—, entréguese a nosotros e investigaremos esa línea de posibilidad. Sin embargo, si no lo podemos hacer, si sus recuerdos comienzan a surgir nuevamente como ha sucedido esta vez, entonces...».

Hubo otro silencio, y a continuación la voz concluyó:

«... Tendremos que destruirle. Esto debe usted comprenderlo. Bien, Quail, ¿todavía quiere usted probar?».

«Sí», respondió.

De lo contrario, la única alternativa en aquellos momentos era la muerte, una muerte segura. Por lo menos aceptando la prueba le quedaba una posibilidad de sobrevivir por muy débil que fuese.

*«Preséntese en nuestro Cuartel General de Nueva York —resumió la voz del agente Interplan—. En el 580 de la Quinta Avenida, planta doce. Una vez se haya entregado, nuestros psiquiatras comenzarán a trabajar sobre usted. Haremos diversas clases de pruebas. Trataremos de determinar su último deseo por muy fantástico que sea, y entonces le llevaremos a Rekal y procuraremos que tal deseo se haga realidad en su mente. Y... buena suerte. Es evidente que le debemos algo. Actuó usted muy bien para nosotros».*

El tono de voz carecía de malicia; si algo expresaba, ellos —la Organización— sentían simpatía hacia él.

«Gracias», dijo Quail.

Y acto seguido comenzó a buscar un taxi-robot.

—Señor Quail —dijo el psiquiatra de Interplan, hombre de edad madura y facciones graves—, posee usted unos sueños de fantasía realmente interesantes. Probablemente son algo que ni siquiera usted mismo supone. Espero que no le molestará mucho conocerlos.

El oficial de alta graduación de Interplan que se hallaba presente dijo bruscamente:

—Será mejor que no se moleste mucho al escuchar esto, si no desea recibir un balazo.

El psiquiatra continuó:

—A diferencia de la fantasía de desear ser un agente secreto de Interplan, que, hablando relativamente no es más que un producto de madurez, y que poseía cierto carácter plausible, esta producción es un sueño grotesco de su infancia; no tiene nada de particular que usted no lo recuerde. Su fantasía es la siguiente: tiene usted nueve años de edad, y camina a solas por un sendero del campo. Una variedad, poco familiar, de nave espacial, procedente de otro Sistema Estelar aterriza directamente frente a usted. Nadie en la Tierra, excepto usted, la ve. Las criaturas que hay en su interior son muy pequeñas e indefensas, algo parecidas a los ratones de campo, aun cuando están intentando invadir la Tierra. Docenas de miles de otras naves semejantes están a punto de ponerse en camino, cuando esta nave de exploración dé la señal.

—Y se supone que yo he de detenerlos —dijo Quail, experimentando una sensación mezcla de diversión y disgusto—. Simplemente de un manotazo o aplastándolos con el pie.

—No —replicó el psiquiatra, pacientemente—. Usted detiene la invasión, pero no destruyendo a esos seres. En su lugar, usted muestra hacia ellos amabilidad o piedad,

aunque sea por telepatía —su medio de comunicación—, porque ya sabe usted a lo que han venido. Ellos nunca han recibido semejante trato por parte de un organismo vivo, y para demostrar su aprecio, pactan con usted.

Quail dijo:

—No invadirán la Tierra mientras yo viva, ¿verdad?

—Exactamente.

A continuación, el psiquiatra se dirigió al oficial de Interplan:

—Puede usted ver que encaja en su personalidad, a pesar de su falso desprecio.

—Así, pues, simplemente con seguir viviendo —dijo Quail, con creciente sensación de placer—, simplemente con seguir alentando, salvo a la Tierra de una invasión. Entonces, en efecto, soy el personaje más importante de la Tierra. Sin levantar un dedo siquiera.

—Evidentemente, señor —respondió el psiquiatra— y conste que esto es una base en su psique; ésta es una fantasía de infancia. Algo que, sin una terapia profunda y sin tratamiento de drogas, usted jamás habría recordado. Pero siempre ha existido en usted; se hallaba en estado latente, pero sin cesar jamás.

El Jefe de Policía se dirigió entonces a McClane, que se hallaba sentado, escuchando atentamente.

—¿Puede usted implantar un modelo de esta clase en él?

—Manejamos toda clase de fantasía que pueda existir —dijo McClane—. Francamente, he oído cosas peores que ésta. Por supuesto que podemos hacerlo. Dentro de veinticuatro horas, no habrá deseado haber salvado a la Tierra. Será algo que creará ha sucedido realmente.

El oficial de Policía dijo:

—Entonces ya puede usted comenzar su trabajo como preparación previa, ya hemos borrado en él el recuerdo de su viaje a Marte.

—¿Qué viaje? —preguntó Quail.

Nadie le contestó, y así, aunque de mala gana, abandonó el asunto. Pronto se presentó un vehículo de la Policía. Él, McClane y el Jefe de Policía subieron y se dirigieron hacia Rekal Incorporated.

—Será mejor que esta vez no cometa usted errores —dijo el Jefe de Policía al nervioso McClane.

—No veo que haya nada que pueda salir mal —respondió McClane, sudando abundantemente—. Esto nada tiene que ver con Marte o con Interplan. Simplemente se tratará de la detención de una invasión de la Tierra procedente de otro Sistema Estelar.

McClane movió la cabeza, y tras una breve pausa de silencio, continuó:

—¡Cielos, qué clase de sueños!

Y tras pronunciar estas últimas palabras, se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

Nadie dijo nada.

—En realidad, es conmovedor —añadió McClane.

—Pero arrogante —dijo el oficial de Policía—. Porque cuando él muera volverá a presentarse la amenaza de invasión. No tiene nada de extraño que no lo recuerde; es la fantasía más grande que he oído en mi vida.

Luego, miró a Quail con expresión de desaprobación.

—¡Y pensar que hemos anotado a este hombre en nuestra nómina!

Cuando llegaron a Rekal Incorporated, la recepcionista Shirley les recibió apresuradamente en la oficina exterior.

—Bienvenido sea de nuevo, señor Quail —dijo la muchacha—. Siento mucho que anteriormente las cosas hubiesen salido mal; estoy segura de que ahora todo saldrá mejor.

Todavía enjugándose el sudor de la frente con el pañuelo, McClane dijo:

—Todo saldrá mejor.

Actuando con rapidez, llamó a Lowe y a Keeler, y les siguió, a ellos y a Quail, hasta la zona de trabajo. Después regresó a su despacho en compañía de Shirley y del Jefe de Policía. Para esperar.

—¿Tenemos algún paquete preparado para esto, señor McClane? —preguntó Shirley, tropezando con él en su agitación y sonrojándose modestamente.

—Creo que sí.

McClane trató de recordar. Luego abandonó el intento y consultó el gráfico.

Decidió en voz alta:

—Una combinación de los paquetes Ochenta, Veinte y Seis.

De la sección de cámara abovedada que había tras su despacho extrajo los adecuados paquetes y los llevó hasta su mesa de despacho para examinarlos.

—Del Ochenta —explicó— una varilla mágica de curación, que le entregaron al cliente en cuestión, esta vez el señor Quail..., la raza de seres de otro Sistema Estelar. Una muestra de gratitud.

—¿Todavía surte efectos? —preguntó el oficial.

—Lo hizo en otro tiempo —respondió McClane—. Pero él, bien, la usó hace años curando aquí y allá. Ahora sólo es un objeto. Aunque la recuerde vívidamente.

McClane cloqueó con la garganta, y luego abrió el paquete Veinte.

—Documento del Secretario General de las Naciones Unidas, dándole las gracias por haber salvado a la Tierra; esto no es precisamente una cosa muy adecuada porque parte de la fantasía de Quail se basa en que nadie conoce la invasión, excepto él, pero en nombre de la verosimilitud lo incluiremos.

McClane inspeccionó el paquete Seis a continuación. ¿Qué significaba aquello? No lo recordaba; frunciendo el ceño, introdujo una mano en el interior de la bolsa de plástico, mientras que Shirley y el oficial de Policía le contemplaban con curiosidad.

—Escritura en un idioma extraño —dijo Shirley.

—Esto demuestra quiénes eran —dijo McClane— y de dónde llegaron. Se incluye un detallado mapa estelar señalando su vuelo y el Sistema de origen. Por

supuesto, lo han hecho «ellos» y él no sabe leerlo. Pero sí recuerda que se lo leyeron personalmente en su propia lengua.

McClane depositó los tres paquetes sobre el centro de la mesa de despacho, y añadió:

—Se debe llevar esto a la vivienda de Quail, para que cuando llegue a casa los encuentre. Y estas cosas confirmarán su fantasía. Procedimiento operativo normalizado.

Luego reflexionó sobre cómo irían las operaciones de Lowe y Keeler.

Sonó el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle.

Era la voz de Lowe; McClane quedó como congelado cuando la reconoció. Quedó pasmado y mudo.

—Sucede algo y sería mejor que viniese usted a supervisar la operación. Como anteriormente, Quail reaccionó bien bajo la narquidrina, está inconsciente, relajado, y tiene buena recepción, pero...

McClane salió disparado hacia la zona de trabajo.

Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail respirando lentamente y con regularidad, con los ojos medio cerrados, y casi sin percibir a los que le rodeaban.

—Comenzamos a interrogarle —dijo Lowe, muy pálido— para averiguar exactamente cuándo situar el recuerdo-fantasía de haber salvado a la Tierra. Y cosa extraña...

—Me advirtieron que no lo dijera —murmuró Quail, con voz extrañamente ronca—. Ese fue el convenio. Ni siquiera se suponía que llegara a recordarlo. Pero, ¿Cómo podría olvidar un suceso como aquél?

—*Creo que fue difícil —reflexionó McClane—, pero lo hizo usted... hasta ahora.*

—Incluso me entregaron una especie de pergamino como muestra de gratitud —añadió—. Lo tengo escondido en mi alojamiento. Se lo enseñaré.

McClane dijo al oficial de Policía, que le había seguido:

—Bien, le sugiero que no le maten. Si lo hacen, «ellos» regresarán.

—También, me entregaron una varilla mágica para curar —añadió con los ojos totalmente cerrados—. Así fue como maté a aquel hombre en Marte. Está en mi cajón, junto con la caja de gusanos y plantas ya resacas.

Sin pronunciar una sola palabra, el oficial de Interplan abandonó la zona de trabajo.

«Lo mejor que podría hacer ahora sería desembarazarme de esos paquetes-prueba», se dijo a sí mismo McClane, resignadamente.

Caminó, lentamente, hacia su despacho, pensando en que, después de todo, también debía desembarazarse de aquella citación del Secretario General de las Naciones Unidas...

La verdadera citación probablemente no tardaría mucho tiempo en llegar.



## Un juego sin azar <sup>[6]</sup>

Mientras llevaba rodando un bidón de agua de cincuenta galones desde el canal hasta su huerto de patatas, Bob Turk oyó el trueno, levantó la mirada hacia la neblina del cielo marciano de media tarde y vio la gran nave interplanetaria de color azul.

Sintió tal excitación que la saludó con el brazo. Y entonces, al leer las palabras pintadas en el costado de la nave, su alegría quedó templada por la cautela. Porque el gran casco lleno de abolladuras que en aquel momento estaba inclinando la cola era una nave feriante, llegada a aquella región del cuarto planeta para hacer negocios.

La inscripción era ésta:

EMPRESAS FALLING STAR ENTERTAINMENT  
PRESENTA  
RAREZAS, MAGIA, PROEZAS MAGNÍFICAS Y ¡MUJERES!

La última palabra estaba escrita en letras más grande que todas las demás.

«Será mejor que vaya a hablar con el consejo de la colonia», se dijo Turk.

Dejó el bidón de agua y se dirigió a la carrera hacia la zona de las tiendas, con la respiración entrecortada por el esfuerzo que suponía inhalar el aire enrarecido y escaso de aquel mundo colonizado. La última vez que una feria había visitado su zona, se había quedado con la mayor parte de las cosechas sin que ellos consiguieran a cambio más que un montón de inútiles figurillas de yeso. No volvería a ocurrir. Y, sin embargo...

Sentía el anhelo en su interior, la necesidad de que lo entretuvieran. Y a todos les pasaba lo mismo: todos los colonos experimentaban el deseo de lo extraordinario. Como es natural, los feriantes lo sabían y se aprovechaban de ello.

«Si lográramos mantener la cabeza fría... —se dijo Turk—. Desprendernos sólo de los excedentes de comida y fibras, no de lo que necesitamos... como si fuéramos un puñado de niños.»

Pero la vida en la colonia era monótona. Acarrear agua, luchar contra los insectos, arreglar las vallas, reparar una y otra vez la maquinaria semiautomática que trabajaba las granjas... No era suficiente. Carecía de... cultura. De solemnidad.

—¡Eh! —exclamó Turk al llegar a la parcela de Vince Guest. Vince estaba sentado sobre un arado de un cilindro, con una llave inglesa en la mano. —¿Has oído el ruido? ¡Viene gente! Más feriantes, como el año pasado... ¿te acuerdas?

—Claro —dijo Vince sin levantar la mirada—. Se quedaron con toda mi cosecha de calabaza. Que el Infierno se lleve a esas ferias ambulantes. —Su rostro se ensombreció.

—Estos tienen un aspecto diferente —le explicó Turk con la respiración entrecortada—. Nunca los había visto antes. Su nave es azul y parece que hayan

estado en todas partes. ¿Sabes lo que vamos a hacer? ¿Te acuerdas de nuestro plan?

—Menudo plan —dijo Vince mientras cerraba la cabeza de la llave inglesa.

—El talento es talento —murmuró Turk, tratando de resultar convincente... no sólo para Vince, sino también, en cierto modo, para sí mismo. Hablaba para contener la alarma que sentía—. Vale, Fred es un poco tonto; pero su talento es genuino. Es decir, lo hemos probado un millón de veces y aún no sé por qué no lo usamos contra aquel feriante el año pasado. Pero ahora estamos organizados. Preparados.

Vince levantó la cabeza y dijo:

—¿Sabes lo que va a hacer ese estúpido crío? Se va a unir a los feriantes. Se marchará con él y ellos se aprovecharán de su talento. Yo no confiaría en él.

—Pues yo sí que confío —dijo Turk mientras corría hacia los edificios de la colonia, las polvorientas y erosionadas estructuras que se levantaban a poca distancia de allí. Ya podía divisar al presidente del consejo, Hoagland Rae, trabajando en su tienda. Hoagland alquilaba piezas de equipo de segunda mano a los demás colonos, que dependían en gran medida de él. Sin sus máquinas, nadie podría esquilar a las ovejas ni sacrificar a los corderos. No era de extrañar que se hubiera convertido en su líder político y económico.

Al salir a la arena compacta, Hoagland se tapó los ojos con las manos, se limpió la frente con un pañuelo doblado y saludó a Bob Turk.

—¿Y dices que son diferentes? —preguntó en voz baja.

—Así es —dijo Turk con el corazón alborotado—. ¡Y podemos ganarles, Hoag! Si hacemos las cosas bien. Es decir, Fred una vez...

—No será fácil —dijo Hoagland, pensativo—. Seguro que otras colonias han intentado usar poderes psi para ganarles. Puede que tengan a uno de esos... ¿cómo los llamas? Un anti-psi. Fred es un p-k, y si tienen un anti-p-k... —Hizo un ademán de resignación.

—Iré a decirles a los padres de Fred que lo saquen de la escuela —dijo el otro casi sin resuello—. De todos modos, es normal que los niños acudan a ver la feria. Podemos pedirles que cierren la escuela esta tarde para que Fred pueda perderse en medio del gentío. ¿Entiendes? No parecería raro. Al menos a mí no me lo parece. —Se rió entre dientes.

—Es cierto —asintió Hoagland con dignidad—. El chico de los Costner parece bastante normal. Sí, lo intentaremos. De todos modos, es lo que decidimos por votación. Estamos obligados. Ve a tocar la campana de los excedentes para que esos feriantes sepan que tenemos buenas mercancías que ofrecer. Quiero ver todas las manzanas, las nueces, los repollos y las calabazas amontonadas... —Señaló el lugar preciso—. Y un inventario detallado, con tres copias en carboncillo, en menos de una hora. —Sacó un cigarrillo y lo encendió con su mechero—. Vamos, vete.

Bob Turk se fue.

Mientras caminaban por los pastos del sur, entre las ovejas de hocico negro que

masticaban la hierba dura y reseca, Tony Costner le preguntó a su hijo:

—¿Crees que podrás hacerlo, Fred? Si no, dilo. No tienes por qué hacerlo.

Fred Costner aguzó la vista y creyó divisar la feria, no muy lejos, montada frente a la nave interplanetaria. Puestos, banderolas y banderines de colores que bailaban al viento... y música grabada. ¿O sería un órgano auténtico?

—Claro —murmuró—. Puedo hacerlo. He estado practicando desde que el señor Rae me lo dijo. —Para demostrarlo, hizo que una roca se levantara, pasara describiendo un arco, volara hacia ellos a gran velocidad y volviera a caer bruscamente sobre la hierba reseca de color marrón. Una oveja la observó sin demasiado interés y Fred se echó a reír.

Una pequeña muchedumbre de colonos, niños incluidos, se había formado ya entre los puestos que se estaban levantando en aquel momento. La máquina de algodón dulce trabajaba a toda pastilla; el aire olía a palomitas; un enano pintado de vivos colores y con un traje de vagabundo llevaba un enorme racimo de globos de helio, para fascinación de Fred.

—Lo que debes buscar, Fred —dijo su padre— es el juego que ofrezca los mejores premios.

—Lo sé —dijo Fred mientras empezaba a recorrer los puestos con la mirada. «No necesitamos muñecas hula-hula —se dijo—. Ni cajas de caramelos de agua salada.»

En algún lugar de la feria se ocultaban los auténticos tesoros. Puede que fuera en la diana de pelotas adhesivas, en la rueda de la fortuna o en la mesa de bingo. Fuera donde fuese, estaba allí. Lo captaba, lo olía. Apretó el paso.

—Mmm, creo que voy a dejarte solo, Freddy —dijo su padre con voz tensa y débil. Había visto una de las plataformas de las chicas y era incapaz de apartar los ojos del escenario. Una de las chicas ya estaba... Pero, entonces, el ruido de un camión le hizo volverse y se olvidó de la mujer que exhibía sus generosos senos desnudos sobre la plataforma. El camión estaba trayendo la producción de la colonia para que los colonos la intercambiaran por boletos de la feria.

Mientras se encaminaba hacia allí, el chico se preguntó cuánto habría decidido gastar Hoagland Rae después del saqueo de la última vez. Parecía mucho, y al verlo, Fred se sintió orgulloso. Evidentemente, la colonia tenía mucha confianza en sus habilidades.

Entonces captó la inconfundible fragancia del psi.

Emanaba de una caseta situada a la derecha y dirigió sus pasos hacia allí. Aquello era lo que protegían los feriantes, el único juego en el que no podían permitirse el lujo de perder. Era, vio, una de las casetas, donde un monstruo hacía las veces de diana; el monstruo era un descabezado, el primero que veía el asombrado Fred.

El descabezado, como cabía esperar, no tenía cabeza. Todos sus órganos sensoriales, los ojos, la nariz y los oídos, se habían desplazado a otras partes de su cuerpo antes de su nacimiento. Su boca, por ejemplo, se encontraba en el centro de su pecho, y en cada uno de sus hombros parpadeaba un ojo. Era una criatura deforme,

pero no desvalida y Fred sintió respeto al verla. El descabezado podía oír, oler y ver tan bien como el que más. Pero ¿qué hacía exactamente en el juego?

El descabezado se sentaba en su caseta, dentro de una cesta suspendida sobre una bañera llena de agua. Detrás de él había una diana y, al ver un montón de pelotas de béisbol cerca de donde se encontraba, Fred comprendió cómo funcionaba el juego: si alguien le daba a la diana con una de las pelotas, el descabezado caería a la bañera. Para impedirlo, el feriante utilizaría sus poderes psi. En aquel lugar, el olor era casi insoportable. Sin embargo, de momento era incapaz de determinar si procedía del descabezado, de la dueña de la caseta o de un tercer feriante aún desconocido.

La dueña, una joven delgada, vestida con pantalones holgados, suéter y zapatillas deportivas, le ofreció a Fred un bate de béisbol.

—¿Preparado para jugar, capitán? —preguntó con una sonrisa insinuante, como si no fuera totalmente imposible que pudiera ganar.

—Me lo estoy pensando —dijo Fred. Estaba examinando los premios.

El descabezado soltó una risilla y, desde el pecho, la boca dijo:

—Se lo está pensando... ¡Lo dudo! —Volvió a reírse y Fred se ruborizó.

En ese momento apareció su padre tras él.

—¿Quieres jugar? —dijo. Hoagland Rae también estaba allí. Los dos hombres flanqueaban al muchacho. Consultaron los precios. ¿Qué eran? «Muñecas», pensó. Al menos eso parecían. Las pequeña formas, vagamente masculinas, descansaban apiladas en pulcras filas sobre los estantes que la dueña tenía a la izquierda. No se le ocurría ninguna razón por la que el feriante pudiera querer protegerlas. No parecían tener valor. Se acercó para ver mejor...

Hoagland se lo llevó a un lado y, con aire consternado, le preguntó:

—Pero, aunque ganemos, Fred, ¿qué ganamos? Nada que podamos usar. Sólo esas figuras de plástico. Ni siquiera podemos cambiárselas a otras colonias. —Parecía decepcionado; las comisuras de sus labios se habían doblado hacia abajo en una mueca de consternación.

—No creo que sean lo que parecen —dijo Fred—. Pero la verdad es que no sé lo que son. En cualquier caso, déjeme probar, señor Rae. Sé que es ésta. —Desde luego, los feriantes así lo creían.

—Lo dejo en tus manos —dijo Hoagland Rae con pesimismo. Intercambió una mirada con el padre de Fred y luego le dio al muchacho una alentadora palmada en la espalda—. Vamos —anunció—. Haz lo que puedas, muchacho. —El grupo entero, con la incorporación ahora de Bob Turk, se acercó a la caseta donde aguardaba el descabezado con ojos brillantes.

—¿Se han decidido, amigos? —preguntó la delgada e impasible dueña del puesto, mientras arrojaba al aire una pelota de béisbol y volvía a recogerla.

—Toma —Hoagland le tendió a Fred un sobre. Eran las ganancias de los excedentes de la colonia, en forma de boletos de la feria. Aquello era todo lo que habían obtenido a cambio. Era todo lo que tenían y estaba allí ahora.

—Lo intentaré —le dijo Fred a la chica mientras le entregaba un boleto.

La chica sonrió mostrando unos dientes pequeños y afilados.

—¡Arrójame a la bañera! —dijo el descabezado—. ¡Sumérgeme y gana un valiosísimo premio! —Y volvió a reírse con auténtico deleite.

Aquella noche, en el taller que había delante de su tienda, Hoagland Rae, sentado con una lupa de joyero en el ojo derecho, examinaba una de las figurillas que el hijo de Tony Costner había ganado en la feria de empresas Falling Star Entertainment aquella mañana.

Quince figurillas en fila descansaban apoyadas en la pared opuesta del taller de Hoagland.

Con un par de tenazas diminutas, Hoagland abrió la parte posterior de la estructura con forma de muñeca, que contenía un intrincado conjunto de circuitos.

—El muchacho tenía razón —le dijo a Bob Turk, quien se encontraba tras él, fumando un cigarrillo de tabaco sintético, presa de una agitación convulsa—. No es una muñeca; está llena de circuitos. Puede que sea propiedad de la ONU y la hayan robado. Ya sabes, uno de esos mecanismos automáticos especiales que el gobierno usa para un millón de tareas diferentes, espionaje, cirugía de reconstrucción para veteranos de guerra, y quién sabe qué más...

Mientras lo decía, abrió delicadamente la parte delantera de la figurilla.

Más circuitos y más de esas piezas en miniatura que, incluso con la lupa, resultaban extraordinariamente difíciles de ver. Se rindió. Después de todo, su experiencia se limitaba a reparar cosechadoras y maquinaria parecida. Aquello era demasiado para él. Una vez más, volvió a preguntarse cómo exactamente iba a utilizar la colonia aquellos microrrobots. ¿Debían devolvérselos a la ONU? Y, entre tanto, la feria había recogido sus cosas y se había marchado. No había forma de averiguar de dónde las habían sacado.

—A lo mejor anda —sugirió Turk.

Hoagland buscó un interruptor, pero no encontró ninguno. ¿Órdenes verbales?, se preguntó.

—Anda —le ordeno. La figurilla permaneció inerte—. Creo que es algo importante —le dijo a Turk—. Pero... —Hizo un ademán—. Llevará su tiempo; tenemos que ser pacientes. —Tal vez se llevaran una de las figurillas a Ciudad M, donde había ingenieros de verdad, expertos en electrónica y técnicos de todas clases... pero quería hacerlo él. No confiaba en los habitantes de la gran zona urbana de la colonia.

—A esos feriantes no les ha hecho ninguna gracia que les ganáramos una y otra vez —dijo Bob Turk con una risilla—. Fred dice que estuvieron todo el rato tratando de utilizar su propio psi, pero se llevaron un buen chasco cuando...

—Guarda silencio —dijo Hoagland. Había encontrado la fuente de energía de la figurilla; ahora sólo necesitaba rastrear el circuito hasta llegar a un interruptor. Luego

sólo tendría que cerrarlo para que el mecanismo funcionara. Era, o más bien parecía, así de sencillo.

No tardó mucho en encontrar el interruptor del circuito. En un botón microscópico, oculto bajo la forma de la hebilla del cinturón de la figurilla... Exultante, Hoagland pulsó el interruptor con sus pequeñas pinzas, depositó la figurilla sobre el banco de trabajo y esperó.

La figurilla se agitó. Introdujo la mano en un elemento colgante que ceñía al costado, una especie de bolsita. Extrajo de su interior un minúsculo tubo, con el que apuntó a Hoagland.

—Espera —dijo Hoagland con voz débil. Tras él, Turk, que había palidecido, buscaba dónde esconderse. Algo explotó en su cara, una luz que lo lanzó hacia atrás; cerró los ojos y lanzó un chillido de terror.

—¡Nos están atacando! —gritó, pero no oyó su propia voz. No oyó nada. Impotente, empezó a sollozar en una oscuridad que no tenía fin. A tientas, alargó las manos de manera implorante...

La enfermera de la colonia se encontraba sobre él, sosteniendo una botella de amoníaco bajo sus fosas nasales. Con un gemido, logró levantar la cabeza y abrir los ojos. Seguía en su tienda, rodeado por un círculo de habitantes de la colonia, Bob Turk entre ellos, todos con expresión de grave alarma.

—Esas muñecas, o lo que sean —acertó a susurrar Hoagland—, nos han atacado. Ten cuidado. —Se volvió tratando de ver la hilera de muñecas que había apoyado con cuidado en la pared opuesta—. He activado una de ellas prematuramente —musitó—. Se activan cerrando el circuito; lo he disparado, así que ahora ya lo sabemos. —Y entonces parpadeó.

Las muñecas habían desaparecido.

—Me fui en busca de la señorita Beason —le explicó Bob Turk— y cuando he vuelto, habían desaparecido. Lo siento. —Lo dijo con tono de disculpa, como si lo ocurrido fuera responsabilidad suya—. Pero estabas herido y temía que pudieras estar muerto.

—Muy bien —dijo Hoagland mientras se incorporaba. Le dolía la cabeza y tenía náuseas—. Has hecho lo que debías. Será mejor que traigáis al chaval de los Costner. Quiero saber lo que opina. —Y añadió—. Bueno, nos han timado. Por segundo año consecutivo. Sólo que esta vez es peor. «Esta vez, pensó, habíamos ganado. Fue mejor el año pasado, cuando únicamente nos ganaron.»

Y tuvo un extraño presentimiento.

Cuatro días después, mientras Tony Costner recogía las malas hierbas en su huerta de calabazas, un movimiento de la tierra hizo que se detuviera. En silencio, sus manos buscaron la horca mientras pensaba: «Es un topo-M que está excavando, comiéndose las raíces. Lo cazaré.» Levantó la horca y, cuando la tierra volvió a removerse, lo descargó violentamente sobre el fino y arenoso suelo. Algo que había

debajo de la superficie chilló de dolor y de miedo. Tony Costner cogió una pala y empezó a retirar la tierra. Había un túnel allí y en su interior agonizante, una masa de tembloroso y palpitante pelaje: un topo marciano, tal como le habían permitido intuir sus largos años de experiencia, con los ojos vidriosos de agonía y los largos colmillos a la vista.

Acabó con su agonía y luego se inclinó para examinarlo. Porque algo le había llamado la atención: un destello metálico.

El topo marciano llevaba un arnés.

Era artificial, claro está; el arnés encajaba perfectamente en el hirsuto cuello del animal. Un par de cables, tan finos como pelos y casi invisibles, salían del arnés y se introducían en la cabeza del topo, cerca de la parte delantera del cráneo.

—Señor —dijo Tony Costner mientras recogía el topo y el arnés, y se ponía en pie, embargado de ansiedad y sin saber qué hacer. En ese instante lo relacionó todo con las muñecas de la feria; se habían ocultado y habían hecho aquello, aquella... La colonia, tal como había dicho Hoagland, estaba siendo atacada.

Se preguntó qué habría hecho el topo de no haberlo matado.

El topo pretendía algo. Estaba excavando un túnel... ¡hacia su casa!

Un rato más tarde, estaba sentado junto a Hoagland Rae, en el taller de éste. Rae había desmontado cuidadosamente el arnés e inspeccionado su interior.

—Un transmisor —dijo, y carraspeó ruidosamente, como si su asma infantil hubiera vuelto—. De corto alcance, no llegará ni a un kilómetro. Estaba dirigiendo al topo; puede que le enviara una señal para indicarle dónde se encontraba y lo que tenía que hacer. Supongo que los electrodos estarán conectados con los centros de placer y dolor del cerebro... De ese modo, se le podría controlar con facilidad. —Miró a Tony Costner de soslayo—. ¿Qué te parecería llevar un arnés como ese?

—No lo llevaría —dijo Tony, temblando. En ese momento, de repente, sintió el deseo de estar de regreso en la Tierra, a pesar de la superpoblación. Anhelaba la presión de la multitud, los olores y los sonidos de las grandes aglomeraciones de hombres y mujeres que se movían por las aceras y bajo las luces. Se dio cuenta entonces, como en un destello, de que nunca le había gustado la vida en Marte. Demasiado solitaria, comprendió. «Cometí un error. Mi esposa... ella me obligó a venir.»

No obstante, era un poco tarde para empezar a pensar en eso.

—Creo —dijo Hoagland, impávido— que lo mejor es notificárselo a la policía militar de la ONU. —Arrastrando los pies, se acercó al teléfono de la pared, levantó el auricular y marcó el número de emergencia. Se volvió hacia Tony y, en un tono hecho a partes iguales de disculpa y de ira, añadió—: no puedo aceptar la responsabilidad por esto, Costner. Es demasiado.

—También es culpa mía —dijo Tony—. Cuando vi a esa chica, se había quitado la parte superior del vestido y...

—Oficina regional de seguridad de la ONU —declaró una voz por el auricular en

un volumen lo suficientemente alto como para que Tony Costner pudiera oírlo.

—Tenemos un problema —dijo Hoagland. Y procedió a explicar la llegada de la nave de empresas Falling Star Entertainment y todo lo que había sucedido a continuación. Mientras hablaba se limpió la sudorosa frente con el pañuelo. Parecía viejo y cansado, muy necesitado de descanso.

Una hora después la policía militar aterrizó en el centro de la única calle de la colonia. Un agente uniformado de la ONU, de mediana edad, con un maletín en la mano, bajó de ella, miró a su alrededor bajo la amarillenta luz del atardecer y vio a la multitud, con Hoagland Rae a la cabeza como a modo portavoz.

—¿Es usted el general Mozart? —dijo Hoagland con voz insegura mientras le tendía una mano.

—En efecto —dijo el corpulento oficial de la ONU mientras se estrechaban la mano—. ¿Podría ver el dispositivo, por favor? —Parecía sentir cierto desdén por los tristes y dubitativos habitantes en la colonia. Hoagland lo percibió con toda claridad y esto hizo que su sensación de fracaso y depresión se acrecentara.

—Claro, general. —Le indicó el camino hacia su tienda y el taller de la parte trasera.

Tras examinar el cadáver del topo marciano, con sus electrodos y su arnés, el general Mozart dijo:

—Lo más probable es que ganaran algo que ellos no querían perder, señor Rae. Su destino final, es decir su auténtico destino, no era esta colonia. —Su desaprobación volvió a manifestarse, mal disimulada. ¿Quién podía querer nada de aquella zona?—. Me decanto más bien, aunque esto es una mera especulación, por la Tierra u otras regiones más pobladas. Sin embargo al utilizar ustedes trucos parapsicológicos en el juego... —Se interrumpió y consultó su reloj de pulsera—. Rociaremos los campos de la región con gas arsina. Sus conciudadanos y usted tendrán que evacuar la región entera; esta misma noche, de hecho. Les proporcionaremos transporte. ¿Me permite que utilice su teléfono? Pediré el transporte... Vaya usted reuniendo a la gente. —Miró a Hoagland con una sonrisa pensativa y luego se dirigió el teléfono para llamar a su oficina en Ciudad M.

—¿Y el ganado también? Preguntó Rae. —No podemos sacrificarlo. —Se preguntaba cómo iban a meter las ovejas, los perros, y el ganado en el transporte de la ONU en mitad de la noche. «Menudo lío», pensó con tristeza.

—Por supuesto que el ganado también —dijo con brusquedad el general Mozart, como si Rae fuera imbécil.

El tercer ciervo que subieron a bordo del transporte de la ONU llevaba un arnés en el cuello; el policía militar de la escotilla de entrada lo vio, le pegó un tiro sin perder un momento y llamó a Hoagland para que se encargara del asunto.

Sentado en cuclillas junto al ciervo muerto, Hoagland Rae examinó el arnés y los cables. Al igual que en el caso del topo marciano, el arnés conectaba por medio de



unos delicados cables de plomo el cerebro del animal con el organismo inteligente, fuera el que fuese, que había instalado el aparato y que parecía que se encontraba a no más allá de kilómetro y medio de la colonia. «¿Qué se supone que iba a hacer el animal? —se preguntó mientras desconectaba al arnés—. ¿Matarnos? o... espiar. Más bien lo segundo.» El transmisor que contenía el arnés emitía un zumbido audible; estaba permanentemente encendido y captaba todo los sonidos de los alrededores. Así que ahora sabían que habían llamado al ejército, comprendió Hoagland. «Y que hemos detectado dos de sus autómatas.» La intuición le decía que aquello significaba el fin de la colonia. La zona sería pronto el campo de batalla de un enfrentamiento entre la ONU y los... quienquiera que fuesen. Empresas Falling Star Entertainment. Se preguntó de dónde procederían. Evidentemente, de más allá del sistema solar.

En ese momento, un chaqueta negra, es decir un agente de la policía secreta de la ONU, con su característica casaca negra, se sentó a su lado y le dijo:

—Anítese. Gracias a ustedes lo hemos conseguido. Nunca habíamos podido demostrar que esos feriantes fueran hostiles. Ahora, ya no podrán llegar a la Tierra. —Le sonrió y desapareció apresuradamente en la oscuridad, donde esperaba un tanque de la ONU.

«Sí —pensó Hoagland—. Les hemos hecho un favor a las autoridades. Y ellas nos recompensarán trasladándonos de manera masiva.»

Tenía la sensación de que la colonia no volvería a ser la misma. Porque, como mínimo, no habían conseguido resolver sus propios problemas; se había visto obligada a pedir ayuda al exterior. A los mayores.

Tony Costner le echó una mano con el ciervo muerto. Entre los dos lo llevaron a un lado, jadeando de agotamiento. El cuerpo aún estaba caliente.

—Me siento en parte responsable —dijo Tony una vez que lo dejaron en el suelo.

—Pues yo no —dijo Hoagland. Sacudió la cabeza—. Y tú no deberías.

—No he visto a Fred desde que empezó todo esto —dijo Tony con tristeza—. Se ha marchado. Tenía miedo de que los agentes de la ONU lo encontraran. Y están en las afueras, peinandolo todo. —Parecía adormecido, como si no pudiera asumir aún lo que estaba ocurriendo—. Un policía militar me ha dicho que podremos volver por la mañana. El gas ya habrá acabado con todo. ¿Crees que se habrán encontrado con algo como esto antes? No lo han dicho, pero parecen tan eficientes... Parecen tan seguros de lo que están haciendo...

—Sabe Dios... —dijo Hoagland. Se encendió un auténtico cigarro Optimo hecho en la Tierra y fumó en sombrío silencio, mientras observaba cómo llevaban al transporte un rebaño entero de ovejas de hocico negro. «¿Quién habría pensado que la proverbial invasión de la Tierra adoptaría esta forma? —se preguntó—. A partir de aquí, de nuestro modesto asentamiento, bajo la forma de un grupo de pequeñas figurillas electrónicas, poco más de una docena en total, que conseguimos ganarle con enorme esfuerzo a empresas Falling Star Entertainment. Y lo más irónico es que, como ha dicho el general Mozart, los invasores ni siquiera querían dejarlas aquí.»

Bob Turk, que acababa de llegar tras él, dijo en voz baja:

—Supongo que eres consciente de que va a ser una pérdida de tiempo. Es evidente. El gas matará a todos los topos y las ratas, pero no acabará con los microrrobots, porque no necesitan respirar. La ONU tendrá que dejar pelotones de casacas negras en la región durante semanas, puede que durante meses. Ese ataque con gas es sólo el comienzo. —Lanzó una mirada acusadora a Tony Costner—. Si tu hijo...

—Ya está bien —dijo Hoagland con voz cortante—. Es suficiente. Si yo no hubiera abierto aquella máquina, si no hubiese cerrado el circuito... Puedes echarme la culpa, Turk. De hecho, será un placer dimitir. Podéis dirigir la colonia sin mí.

En ese momento la voz de uno de los soldados de la ONU habló de forma atronadora por los altavoces:

—¡Todas las personas que estén escuchándome, prepárense para subir a bordo! La zona se rociará con gas venenoso a las 14:00. Repito... —Los altavoces repitieron la frase varias veces, primero en una dirección y luego en otra; sus ecos se perdieron en la oscuridad de la noche.

Fred Costner caminaba dando tumbos por un terreno desconocido e irregular, resollando a causa de la culpa y la fatiga; ni le importaba dónde se encontraba ni hacía el menor esfuerzo por ver a dónde se dirigía. Lo único que quería era marcharse. Había destruido la colonia y todo el mundo, de Hoagland Rae a todos los demás, lo sabía. Por culpa suya...

En la lejanía, tras él, sonó una potente voz amplificadas:

—¡Todas las personas que estén escuchándome, prepárense para subir a bordo! La zona se rociará con gas venenoso a las 14:00. Repito, todas las personas que estén escuchándome... —La misma frase se repitió una tras otra, como el repique de la campana. Fred siguió adelante, tratando de escapar del estrépito de la voz, tratando de alejarse cada vez más.

La noche olía a arañas y a malas hierbas secas; podía notar la desolación del paisaje que lo rodeaba. Había dejado atrás la zona de cultivos; ya no caminaba por los campos de los colonos, sino por una tierra agreste que no había conocido nunca vallas ni forma alguna de delimitación. Pero lo más probable era que también rociaran aquella zona. Las naves de la ONU pasarían de un lado a otro lanzando el gas y después de eso llegarían las fuerzas especiales, protegidas con máscaras de gas y armadas con lanzallamas y detectores de metal, para tratar de localizar a los quince microrrobots que se habían refugiado bajo tierra, en las madrigueras de las ratas y las alimañas.

«Donde pertenecen —se dijo Fred Costner—. Pensar que yo las quería para la colonia; creía que, como la feria quería conservarlas, debían de ser muy valiosas.»

Se preguntó de manera vaga si habría algún modo de deshacer lo que había hecho. Encontrar a los quince microrrobots, además del que había estado a punto de

matar a Hoagland Rae y... no tuvo más remedio que echarse a reír. Era absurdo. Aunque encontrara su escondrijo (suponiendo que todos ellos se hubiesen escondido en el mismo sitio), ¿cómo iba destruirlos? Y encima estaban armados. Hoagland Rae había escapado por los pelos y eso que sólo lo había atacado uno.

Una luz se encendió más adelante.

En la oscuridad no podía distinguir las formas que se movían al borde de la luz. Se detuvo y esperó mientras trataba de orientarse. Por allí andaba gente, de un lado a otro, y pudo oír las voces amortiguadas de hombres y mujeres y el ruido de la maquinaria en movimiento. La ONU no enviaría mujeres. No eran las autoridades.

Algo había ocultado una parte del cielo, de las estrellas y de la tenue capa de neblina nocturna, y al instante se dio cuenta de que estaba viendo el contorno de un objeto estacionario de grandes dimensiones.

Podía ser una nave, apoyada sobre la cola, a punto de despegar. La forma más o menos se correspondía.

Se sentó temblando de frío en la noche marciana y con la mirada entornada, en un intento por rastrear el paso de las indistintas y laboriosas formas. ¿Había regresado la feria? ¿Se trataba de nuevo del vehículo de empresas Falling Star Entertainment? Extrañamente, en aquel momento se le ocurrió una idea: las casetas, las banderolas, las tiendas, las plataformas, los espectáculos de magia, las plataformas de las chicas, los monstruos y los juegos de azar estaban volviendo a levantarse allí, en mitad de la noche, en aquella área yerma y perdida del desierto que separaba las colonias. Una hueca representación de la vida de los feriantes, sin nadie para verla ni vivirla. Nadie, excepto, por azar, él mismo. A quien, por cierto, le parecía repulsiva. Ya había visto todo cuanto quería ver de la feria, de sus gentes y de sus... cosas.

Algo correteó por encima de su pie.

Lo atrapó con su poder psicocinético y lo atrajo hacia sí. Alargó los brazos y le arrebató a la oscuridad una forma dura que se resistía. La sujetó y vio, no sin terror, que se trataba de uno de los microrrobots. La criatura trató de escapar, así que, en un acto reflejo, siguió sujetándola. Los microrrobots se dirigían hacia la nave y la nave, pensó, estaba recogéndolos. Así que la ONU no los encontraría. «Se van a escapar; y la feria podrá seguir adelante con sus planes.»

Una voz tranquila, de mujer, dijo desde no muy lejos:

—Suéltala, por favor. Quiere irse.

Fred dio un respingo y soltó el microrrobot, que echó a correr entre las malas hierbas y desapareció al instante. La chica delgada, aún vestida con los pantalones holgados y el suéter, se encontraba frente a Fred, mirándolo plácidamente con una linterna en la mano. El círculo de luz le permitió vislumbrar sus rasgos marcados, su mandíbula pálida y sus ojos intensos y claros.

—Hola —dijo Fred con voz titubeante; se levantó con aire temeroso frente a ella. Era un poco más alta que él y le daba miedo. Pero no percibió el olor del psi a su

alrededor y comprendió que no había sido su rival en el juego. Así que disfrutaba de cierta ventaja sobre ella, cosa que tal vez la chica no supiese.

—Será mejor que os vayáis de aquí —le dijo—. ¿No has oído el altavoz? Van a gasear la zona.

—Lo he oído. —La chica lo miro—. Estás hecho un ganador, ¿eh, chaval? El mejor que he visto. Venciste a nuestro anti-cef dieciséis veces consecutivas. —Esbozó una gran sonrisa—. Simon estaba furioso. Se cogió un buen resfriado y te echa la culpa. Así que espero que no te tropieces con él.

—No me da miedo —dijo. Empezaba a perder el miedo.

—Douglas, nuestro p-k, dice que eres muy poderoso. Lo venciste todas las veces, felicidades. Bueno, ¿estás contento? —Volvió a reírse, esta vez más discretamente; sus pequeños y afilados dientes brillaron en la penumbra—. ¿Crees que hicisteis un buen trato?

—Vuestro p-k no es gran cosa —dijo Fred—. No me costó nada y eso que apenas tengo experiencia. Podríais hacerlo mucho mejor.

—¿Contigo, por ejemplo? ¿Es que quieres unirse a nosotros? ¿Me estás proponiendo algo, pequeñín?

—¡No! —dijo él, sorprendido y repelido al mismo tiempo.

—Había una rata —dijo la chica— en la pared del taller del señor Rae; llevaba un transmisor, así que supimos que habíais llamado a la ONU en cuanto lo hicisteis. De modo que hemos tenido tiempo de sobra para recuperar nuestras... —Hizo una pausa momentánea—. Nuestra mercancía. Nadie quiere haceros daño. No es culpa nuestra que ese entrometido de Rae metiera un destornillador en el circuito de control de ese microrrobot. ¿No te parece?

—Hog activó el ciclo prematuramente. Pero, de todos modos, la muñeca habría acabado por hacer lo mismo. —Se negaba a creer lo contrario. Sabía que la colonia tenía razón—. Y no os va servir de nada recuperar todos los microrrobots, porque la ONU lo sabe y...

—¿«Recuperar»? —La chica se agitó de la risa—. No vamos a recuperar los diecisiete microrrobots que nos ha ganado tu pequeño y desgraciado pueblecillo. Vamos a seguir adelante. Nos habéis obligado. Estamos descargando el resto. —Señaló con la linterna en aquella dirección y Fred pudo ver en aquel breve instante que una horda de microrrobots bajaba de la nave y empezaba a dispersarse buscando refugio como un enjambre de insectos fotofóbicos.

Cerró los ojos y gimoteó.

—¿Estás seguro —dijo la chica con un ronroneo— de que no quieres venir con nosotros? Te asegurarás el futuro, chaval. Y si no lo haces... —Hizo un ademán—. ¿Quién sabe? ¿Quién puede saber lo que será de tu diminuto pueblo y sus pobres y desgraciados habitantes?

—No —dijo él—. No voy con vosotros.

Cuando volvió a abrir los ojos, la chica se había marchado. Estaba junto al

descabezado, Simón, examinando una hoja que sostenía éste.

Fred Costner se volvió y huyó por donde había venido, en dirección a la policía militar de la ONU.

—He reemplazado al general Mozart —dijo el espigado general de la policía secreta de la ONU, ataviado de pies a cabeza con su uniforme negro—. Desgraciadamente, no está convenientemente capacitado para hacer frente a un caso de subversión doméstica. Es un hombre puramente militar. —No le ofreció la mano a Hoagland Rae. En su lugar, empezó a pasear de un lado a otro del taller, con el ceño fruncido—. Ojalá me hubieran llamado la pasada noche. Para empezar, podría haberles dicho una cosa de inmediato... algo que el general Mozart no entendió. —Se detuvo y lanzó una mirada inquisitiva a Hoagland—. Supongo que se darán cuenta de que, en realidad, no ganaron a esos feriantes. Ello querían perder los diecisiete microrrobots.

Hoagland asintió en silencio. No había nada que decir. Ahora parecía evidente lo que señalaba el general de la casaca negra.

—Las anteriores apariciones de la feria —continuó el general Wolff—, en los últimos años, tuvieron por escenario las colonias. Sabían que esta vez planeaban ganar. Así que trajeron los microrrobots. Y a su psi más débil para librar una fingida «batalla» por la supremacía.

—Lo único que quiero saber —dijo Hoagland— es si van a ofrecernos protección. —Las colinas y llanuras que rodeaban el pueblo, según les había dicho Fred, estaban infestadas de microrrobots. No era seguro salir de los edificios de las zonas limítrofes.

—Haremos lo que podamos. —El general Wolff reanudó su paseo—. Pero entenderá usted que no son nuestra principal prioridad, ni ningún otro de los asentamientos locales que puedan haber sido contaminados. Lo que debe preocuparnos es la situación general. Esa nave ha estado en cuarenta lugares diferentes en las últimas veinticuatro horas. Cómo se mueven tan deprisa... —No acabó la frase—. Lo tenían todo preparado. Mira que creer que los habían engañado... —Fulminó a Hoagland Rae con la mirada—. Todos los pueblos de la zona han pensado lo mismo, que habían ganado un cargamento de microrrobots.

—Supongo —dijo Hoagland al cabo de un momento— que es lo que nos merecemos por hacer trampas. —Esquivó la mirada del general.

—Es lo que se merecen por enfrentarse en un duelo de ingenio con un adversario de otro sistema solar —dijo el general Wolff con mordacidad—. Es mejor que lo mire así. La próxima vez que aparezca un vehículo que no proceda de la Tierra, no intenten pasarse de listos. Llámennos.

Hoagland Rae asintió.

—Muy bien. Entendido. —No sentía indignación, sino sólo un dolor sordo. Se merecían lo que les había pasado. Todos. Si tenían suerte, la reprimenda acabaría

aquí. No era, ni de lejos, el peor de los problemas del asentamiento.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó al general Wolff—. ¿Han venido a colonizar la región? ¿O se trata de una expansión económica...?

—Ni lo intente —dijo el general Wolff.

—¿Perdone?

—Es algo que nunca podría entender, ni ahora ni nunca. Sabemos lo que quieren... y ellos saben lo que queremos nosotros. ¿Es importante que lo sepa usted también? Su trabajo es volver a trabajar los campos, como antes. Y, si no pueden hacerlo, abandonar y regresar a la Tierra.

—Ya veo —dijo Hoagland. Se sentía inútil hasta la trivialidad.

—Sus hijos lo leerán en los libros de historia —dijo el general Wolff—. Espero que le baste con eso.

—Me basta —dijo Hoagland Rae con tono compungido. Se sentó ante su banco de trabajo y, sin demasiadas ganas, recogió un destornillador y empezó a reparar una torre de guía de un tractor autónomo.

—Mire —dijo el general Wolff mientras señalaba.

En una esquina del taller, casi invisible frente a la polvorienta pared, un microrrobot agazapado los observaba.

—¡Caray! —chilló Hoagland mientras su mano buscaba a tientas el viejo revólver del 32, que había cargado antes.

Mucho antes de que sus dedos lo encontraran, el microrrobot se había esfumado. El general Wolff no se había movido siquiera. Parecía, de hecho, divertido por la situación; seguía con los brazos cruzados, observando a Hoagland y su anticuada arma.

—Estamos trabajando en un dispositivo centralizado —dijo el general Wolff— capaz de acabar con todos ellos simultáneamente. La idea es interrumpir la corriente de las fuentes de energía portátiles. Obviamente, destruirlos uno a uno es una idea descabellada. Ni siquiera la hemos considerado. Sin embargo... —Hizo una pausa para pensar y arrugó la frente—. Tenemos razones para creer que los... los seres del espacio exterior se han anticipado a nosotros y han diversificado sus fuentes de energía de tal modo que... —Se encogió filosóficamente de hombros—. Bueno, puede que se nos ocurra algo. Con el tiempo.

—Eso espero —dijo Hoagland, y trató de continuar con la reparación de la torreta del tractor.

—La verdad es que hemos perdido casi por completo la esperanza de conservar Marte —dijo el general Wolff en voz baja.

Hoagland dejó lentamente el destornillador y se quedó mirando al policía secreto.

—Tenemos que concentrarnos en la Tierra —dijo el general Wolff mientras se rascaba la nariz con aire pensativo.

—Entonces —dijo Hoagland después de una pausa— es que realmente no hay esperanza para nosotros. Es lo que me está diciendo.

El casaca negra no respondió. No era necesario.

Mientras se inclinaba sobre la superficie verde y espumosa del canal, sobre el que volaba un enjambre de moscardones y brillantes escarabajos negros, Bob Turk vio por el rabillo del ojo que una pequeña figura corría a esconderse. Se revolvió rápidamente y cogió su bastón láser. Levantó disparó y destruyó —¡vaya día!— un montón de bidones de combustible oxidados y olvidados. Y nada más. El microrrobot ya había desaparecido.

Tembloroso, devolvió el bastón láser a su cinturón y volvió a inclinarse sobre las aguas infestadas de insectos. Como de costumbre, los robots habían estado activos allí durante toda la noche; su esposa los había visto y había oído los ruidos que, al igual que las ratas, hacían al corretear por el suelo. ¿Qué demonios habían estado haciendo?, se preguntó un consternado Bob Turk mientras olía el agua un prolongado momento.

Tenía la sensación de que el olor del agua había experimentado un cambio sutil.

—Maldita sea —dijo mientras se levantaba. Se sentía inútil. Los robots habían vertido algún contaminante en el agua. Era evidente. Ahora tendrían que someterlas a un concienzudo análisis químico y eso le llevaría días. Y mientras tanto, ¿quién mantendría con vida a su cosecha de patatas? Buena pregunta.

Embargado de impotencia y furia, dio unos golpecitos al bastón láser mientras se preguntaba por qué no tendría un objetivo, a pesar de saber que no tendría uno ni en un millón de años. Como siempre, los robots hacían su trabajo de noche. Lenta e inexorablemente, iban obligando al pueblo a retroceder.

Diez familias habían hecho ya las maletas y habían partido de regreso a la Tierra. Para reanudar, si es que podían, las vidas que abandonarían en su día.

Y pronto les llegaría el turno a ellos.

Ojalá hubiera algo que pudieran hacer. Algún modo de responder. «Daría lo que fuese —pensó—, haría lo que fuese, para poder atrapar a esos robots. Lo juro. Contraería deudas, me convertiría en siervo o lo que fuese, por la oportunidad de liberar la región de ellos.»

Estaba alejándose lentamente del canal, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, cuando oyó el atronador rugido de una nave espacial extraterrestre sobre su cabeza.

Se quedó allí como paralizado, con la mirada clavada en lo alto, y el corazón en un puño.

«¿Han vuelto? —se preguntó—. La nave de empresas Falling Star Entertainment... ¿Van a acabar con todos nosotros de una vez y para siempre?» Con una mano cubriéndose los ojos frente a la luz, siguió observando frenéticamente, incapaz hasta de echar a correr, tan aterrorizado que su cuerpo no era capaz ni de sucumbir al pánico instintivo y animal.

La nave empezó a descender. Parecía una naranja gigantesca: tenía forma de

naranja y su color era el de una naranja... No era la nave azul y tubular de Falling Star Entertainment. Eso resultaba obvio. Pero tampoco era de la Tierra. No era de la ONU. Nunca había visto una nave parecida antes y supo nada más ponerle la vista encima que se trataba de otro vehículo llegado de más allá del sistema solar. En este caso, resultaba mucho más evidente que en el de las criaturas de Falling Star Entertainment. Ni se habían molestado en tratar de hacerse pasar por terrícolas.

Y sin embargo en los costados, la nave tenía, en enormes letras, una inscripción en inglés.

Moviendo los labios, Bob leyó en voz baja las palabras mientras la nave aterrizaba en un punto situado al norte de su posición.

OCIO EDUCATIVO SIX SYSTEM ASOCIADOS  
¡UN DESPLIEGUE DE ALEGRÍA Y JOLGORIO PARA TODOS!

«Loado sea Dios. Otra feria ambulante.»

Bob quería apartar la mirada, dar media vuelta y echar a correr. Y, sin embargo, no era capaz; el viejo y conocido impulsor, el anhelo, la comezón de la curiosidad, ardía en su interior con demasiada intensidad. Así que continuó mirando. Vio que se abrían varias escotillas y unos mecanismos autónomos, parecidos a rosquillas aplastadas, empezaban a desplegar sobre la arena.

Estaban levantando su campamento.

Su vecino, Vince Guest, llegó en ese momento y, con voz ronca, preguntó:

—¿Y ahora?

—Puedes verlo tú mismo. —Turk gesticuló frenéticamente—. Usa los ojos.

Los mecanismos autónomos estaba levantando un pabellón central; unas banderolas de colores ascendieron aceleradamente y luego cayeron como una lluvia sobre las casetas aún bidimensionales. En ese momento empezaron a salir los primeros humanos... o humanoides. Vince vio primero a unos hombres vestidos de colores brillantes y luego a mujeres ataviadas con ropa ajustada. Con muy poca ropa, para ser más exactos.

—Guau —acertó a decir Vince mientras tragaba saliva—. ¿Ves esas chicas? ¿Alguna vez habías visto mujeres como esas...?

—Las veo —dijo Turk—. Pero no pienso volver en la vida a una de esas ferias no terrícolas, ni Hoagland tampoco. Vamos, como que me llamó Bob.

Con qué rapidez habían empezado a trabajar. Sin perder ni un instante; una música tenue y metálica, con aires carnavalescos, había empezado a filtrarse hasta Bob Turk. Y qué olores: algodón de azúcar, cacahuates tostados, y junto a todo ello, el sutil aroma de la aventura y las imágenes excitantes, de lo ilícito. Una mujer de larga barba rojiza se había subido ágilmente a una de las plataformas. Llevaba un minúsculo sujetador y un delicado pañuelo de seda alrededor del talle, y mientras Vince la observaba, empezó a practicar su danza. Giró y giró, cada vez más deprisa, hasta que al final, arrastrada por el ritmo, se desprendió de la poca ropa que llevaba.



Y lo más gracioso de todo el asunto es que a ambos les pareció realmente artístico. No era el clásico espectáculo salaz de las ferias ambulantes. Había algo hermoso y lleno de vida en los movimientos de la chica. Algo que resultaba fascinante.

—Será... será mejor que vaya buscar a Hoagland —logró decir Vince finalmente.

Ya algunos de los colonos, incluidos varios niños, estaban moviéndose como hipnotizados hacia las filas de casetas y las banderolas multicolores que ondeaban en el, por lo demás, monótono aire marciano.

—Yo iré a echar un vistazo más de cerca —dijo Bob Turk— mientras tú vas a por él. —Empezó a acercarse a la feria a un paso cada vez más vivo, levantando una nube de arena a su paso.

—Al menos vamos a ver lo que tienen que ofrecer —le dijo Tony Costner a Hoagland—. Ya sabes que no son los mismos. No fueron ellos los que dejaron aquí esos condenados y asquerosos microrrobots...

—Podría ser algo peor —dijo Hoagland, pero a pesar de ello se volvió hacia el muchacho. Fred, ¿tú qué dices?

—Yo quiero ir a ver —dijo Fred Costner. Estaba decidido.

—De acuerdo —dijo Hoagland y asintió—. Me parece bien. Un vistazo no nos hará daño. Siempre que recordemos lo que nos dijo el general de la policía secreta de la ONU. No nos engañemos pensando que podemos ser más listos que ellos. —Dejó la llave inglesa, se levantó del banco de trabajo, y se acercó al armario para recoger su abrigo forrado de piel.

Al llegar a la feria, descubrieron que había mesas de juego convenientemente colocadas delante de los espectáculos con chicas y de los monstruos. Fred Costner se adelantó, dejando tras de sí al grupo de los adultos. Olfateó el aire, captó los aromas, escuchó la música, miró la primera plataforma donde se exhibían los monstruos, más allá de los juegos de azar: era su abominación favorita, una abominación que había visto en ferias anteriores, sólo que ésta era mejor aún. No tenía cuerpo. Descansaba silenciosamente bajo el sol de mediodía: una cabeza sin cuerpo, con su pelo, sus orejas, sus ojos llenos de inteligencia... Sólo el cielo sabía qué la mantenía con vida... pero, fuera lo que fuese, él sabía que era auténtica.

—¡Pasen y vean a Orfeo, la cabeza sin cuerpo visible! —exclamó el presentador por su megáfono, y un grupo, formado en su mayor parte por niños, se congregó a su alrededor y la observó lleno de asombro—. ¿Cómo puede permanecer con vida? ¿Cómo se mueve? Enséñaselo, Orfeo.

El presentador le arrojó a la cabeza un puñado de trozos de comida, cuya naturaleza fue incapaz de adivinar Fred Costner. La boca de la cabeza se abrió hasta alcanzar dimensiones realmente aterradoras y de este modo logró atrapar la mayor parte de lo que había caído cerca de ella. El presentador se rió a carcajadas y continuó con su cháchara. Entonces, el sin cuerpo empezó a rodar laboriosamente hacia los pedazos de comida que se le habían escapado.

«Buf», pensó Fred.

—¿Y bien? —dijo Hoagland mientras se colocaba su lado—. ¿Ves algún juego del que podamos sacar partido? —Su voz rebosaba amargura—. ¿Te apetece lanzarle una pelota de béisbol a algo? —Y entonces se alejó sin esperar. Se fue como lo que era, un hombrecillo obeso y cansado que había perdido con demasiada frecuencia—. Vámonos —les dijo a los demás adultos de la colonia—. Vámonos de aquí antes de que nos metamos en otro...

—Espera —dijo Fred. Lo había captado: el agradable y conocido aroma. Procedía de una caseta situada la derecha y echó a andar hacia allí.

A la entrada de la caseta había una mujer oronda de mediana edad, con la piel de color gris y unos anillos de mimbre en las manos.

Detrás de Fred, su padre le dijo a Hoagland Rae:

—Los anillos se lanzan sobre los regalos; si consigues meter el anillo en una de las cosas y que no se caiga, es para ti. —Caminó lentamente en aquella dirección en compañía de su hijo—. Pan comido —añadió— para un psicocinético, ¿no?

—Te sugiero —le dijo Hoagland a Fred— que esta vez mires mejor los premios. —A pesar de esto, fue con ellos.

Al principio, fue incapaz de adivinar lo que eran aquellas pulcras columnas, idénticas entre sí, intrincadas y metálicas. Cuando llegó junto a la caseta, la mujer inició su cantarína letanía y le ofreció un puñado de anillos por un dólar o su equivalente en mercancías de la colonia.

—¿Qué son? —Preguntó Hoagland mientras las miraba detenidamente—. Creo... creo que son una especie de máquinas.

—Yo sé lo que son —dijo Fred.

«Y tenemos que jugar —comprendió—. Tenemos que reunir hasta el último objeto de la colonia que pueda interesarle a esta gente. Hasta la última calabaza, hasta el último nabo, hasta la última oveja, y hasta la última manta de lana.

»Porque ésta —se dijo—, es nuestra oportunidad. Lo sepa o no el general Wolff. Le guste o no.»

—Dios mío —dijo Hoagland en voz baja—. Son trampas.

—Exacto, caballero —respondió con voz cantarína la mujer de mediana edad—. Trampas homeostáticas. Hacen todo el trabajo: piensan por sí solas. Sólo hay que dejarlas sueltas y ellas viajan y viajan y viajan, sin cansarse y abandonar nunca, hasta atrapar... —Les guiñó un ojo—. Ya saben qué. Sí, caballeros, ya saben lo que atrapan, esas molestas y condenadas alimañas que no pueden atrapar ustedes por sí solos y que están envenenando el agua, matando el ganado y arruinando la colonia. Ganen una trampa, una valiosa y útil trampa, y ya lo verán. ¡Ya lo verán! —Arrojó uno de los anillos de mimbre y estuvo a punto de ensartarlo en una de las complejas, esbeltas y metálicas trampas. Podría haber acertado perfectamente de haber lanzado con un poco más de cuidado. O, al menos, ésa era la impresión que había dado. Todos lo vieron.

—Vamos a necesitar al menos un par de centenares —le dijo Hoagland a Tony Costner y a Bob Turk.

—Y para eso —dijo Tony— vamos a tener que empeñar todo lo que poseemos. Pero vale la pena. Al menos no nos arruinaremos del todo. —Sus ojos destellaron—. Vamos a empezar. —Se volvió hacia Fred y le dijo—: ¿Crees que puedes jugar a esto? ¿Puedes ganar?

—Creo... creo que sí —dijo Fred. Aunque, en algún lugar cercano, alguien de la feria se estaba preparando para contrarrestarlo con su propio poder psicocinético. «Que no será suficiente —decidió—. No será suficiente.»

Era casi como si estuviera todo preparado de antemano.

## No por su encuadernación [9]

El anciano y temperamental presidente de Libros Obelisk dijo con tono de irritación:

—No quiero verlo, señorita Handy. El libro está en imprenta. Si hay un error en el texto, ya no podemos hacer nada.

—Pero, señor Masters —dijo la señorita Handy—, es un error muy importante, señor. Si el señor Brandice está en lo cierto, el capítulo entero...

—Ya he leído su carta; y también he hablado con él por videófono. Ya sé lo que dice. —Masters se acercó a la ventana de la oficina y pasó una mirada melancólica por los mismos cráteres y las mismas llanuras de Marte que llevaba tantas décadas contemplando.

«Cinco mil copias impresas y cosidas —pensó—. Y la mitad de ellas en piel de wub marciano estampada con letras doradas. El material más elegante y más caro que se puede encontrar. Ya estábamos perdiendo dinero con esta edición y ahora esto...»

Sobre su mesa descansa una copia del libro. El *De Rerum Natura* de Lucrecio, en la excelsa traducción de John Dryden. Enfurecido, Barney Masters pasó las páginas blancas. ¿Quién iba a pensar que alguien en Marte conociera con tanto detalle un texto tan antiguo? Pero el hombre que esperaba en la antesala de la oficina era sólo uno de los ocho que habían escrito o llamado a Libros Obelisk para hablar del párrafo en disputa.

¿En disputa? No había ninguna disputa. Los ocho eruditos tenían razón. Se trataba simplemente de conseguir que se marcharan en silencio, de olvidar que habían leído alguna vez la edición de Obelisk y reparado en el pasaje equivocado en cuestión.

Masters pulsó el botón del intercomunicador de su mesa y le dijo a la recepcionista:

—Muy bien, que pase. —De otro modo, nunca se iría de allí. Los eruditos solían ser así. Parecían tener una paciencia infinita.

Se abrió la puerta y entró un hombre alto, de pelo cano, con unas anticuadas gafas de estilo terrícola y un maletín en la mano.

—Muchas gracias, señor Masters —dijo—. Permita que le explique, señor mío, por qué mi organización considera esto de tal importancia. —Se sentó junto a la mesa y abrió su maletín—. A fin de cuentas, no podemos olvidar que somos una colonia. Todos nuestros valores, nuestras costumbres, los elementos materiales de nuestra vida cotidiana y nuestras maneras de comportarnos provienen de la tierra. CDRGF considera que su edición de la obra...

—¿CDRGF? —lo interrumpió Masters. Nunca había oído hablar de ellos, pero aun así se encogió por dentro. Obviamente, se trataba de uno más de los numerosos grupos de chalados e inadaptados que estudiaban todo cuanto se imprimía, tanto

localmente como en la Tierra, para su distribución en el mercado marciano.

—Centinelas de la Distorsión y de Reliquias Generalmente Falsificadas —le explicó Brandice—. Tengo aquí conmigo una edición terrícola, auténtica y correcta, de *De Rerum Natura*, la traducción de Dryden, la misma que han empleado para la edición local. —Su énfasis en la palabra «local» hizo que pareciera desagradable y de segunda clase; como si, pensó Masters, Libros Obelisk estuviera haciendo algo impropio al editar aquella obra—. Consideremos las interpolaciones erróneas. Quisiera que empezara por estudiar mi copia... —Depositó sobre la mesa de Masters un viejo y maltrecho libro impreso en la Tierra—, en la que aparece en su forma correcta. Y luego, señor mío, pasaremos a revisar el mismo pasaje en su edición. — Junto al viejo libro azul colocó una de las copias del grande y bello volumen forrados en piel de wub que había editado Libros Obelisk.

—Deje que llame al editor —dijo Masters. Pulsó el botón del intercomunicador y le dijo la señorita Handy—: Dígale a Jack Snead que venga, por favor.

—Sí, señor Masters.

—Citaré la edición auténtica —dijo Brandice—. En ella obtenemos la siguiente traducción métrica del latín. Ejem. —Se aclaró la garganta, un poco cohibido, y luego empezó a leer en voz alta:

*De las sensaciones de pesar y placer seremos libres.*

*No sentiremos, porque habremos dejado de ser.*

*Y así se pierda la tierra en los mares y los mares en el cielo,*

*No nos moveremos, nos llevarán de un lado a otro.*

—Conozco el pasaje —dijo Masters con cierta sequedad. Se sentía molesto. El hombre estaba tratándolo como si fuera un niño.

—Esta quarteta —continuó Brandice— está ausente de su edición, reemplazado por los siguientes versos espurios, procedente de Dios sabe qué fuente. Permítame. — Tomó la suntuosa copia de Obelisk y la hojeó hasta encontrar el párrafo que buscaba. Hecho esto, empezó a leer:

*De las sensaciones de pesar y placer seremos libres;*

*Lo que ningún hombre de la Tierra podrá ver ni sentir.*

*Una vez muertos, vislumbraremos océanos surgidos de esta verdad.*

*Nuestro triste paso por la Tierra anuncia una felicidad sin fin.*

Con una mirada de hostilidad a Masters, Brandice cerró violentamente el volumen encuadernado en piel de wub.

—Lo más fastidioso —dijo— es que esta quarteta transmite un mensaje diametralmente opuesto al del resto de la obra. ¿De dónde ha salido? Alguien habrá tenido que escribirla. Dryden no fue... ni tampoco Lucrecio, claro. —Miró a Masters como si creyera que había sido él personalmente.

En ese momento se abrió la puerta y entró el editor jefe de la empresa, Jack Snead.

—Tiene razón —dijo con resignación—. Y es sólo una de las aproximadamente treinta alteraciones que ha sufrido el texto. Lo revisé de cabo a rabo cuando empezamos a recibir las cartas. Y ahora he empezado a hacer lo mismo en otras obras del catálogo de otoño —añadió con un gemido—. Y he encontrado alteraciones en varias de ellas.

—Usted fue el último que leyó la copia antes de enviarla a los tipógrafos —dijo Masters—. ¿Estaban los errores allí entonces?

—Desde luego que no —respondió Snead—. Y además siempre leo las galeradas personalmente y los cambios tampoco estaban en ellas. Las alteraciones no aparecieron hasta que no se imprimieron las copias finales. O, para ser más precisos, las copias encuadernadas en piel de wub, con letras doradas. Las copias normales, en cartóné... están perfectamente.

Masters parpadeó.

—Pero si la edición es la misma. Las enviamos juntas a la imprenta. Es más, la edición de lujo no estaba prevista originalmente. Sólo en el último instante nos sugirió la oficina de negocios la posibilidad de que la mitad de la tirada se encuadernara en piel de wub.

—Creo —dijo Jack Snead— que vamos a tener que estudiar muy concienzudamente el asunto de la piel de wub marciano.

Una hora después, un afectado y prematuramente envejecido Masters, en compañía de su editor jefe, Jack Snead, se encontraba sentado frente a Luther Saperstein, agente de ventas de la empresa Flawless Incorporated, a quien Libros Obelisk le había comprado la piel de wub con la que se habían encuadernado los volúmenes.

—Para empezar —dijo Masters con tono conciso y profesional—, ¿qué es la piel de wub?

—Básicamente —respondió Saperstein—, en el sentido en el que está usted formulando la pregunta, es la piel del wub marciano. Sé que esto no les dice gran cosa, caballeros, pero al menos es un punto de referencia, un postulado en el que todos podemos estar de acuerdo y a partir del cual podemos avanzar a conclusiones más importantes. Permitan que me explaye un poco más sobre la naturaleza del propio wub. Su piel es muy apreciada, entre otras razones, porque es muy rara. La piel de wub es rara porque los wubs no suelen morir. Con esto quiero decir que es casi imposible matar a un wub, aunque se trate de un wub enfermo y viejo. Y, aunque el wub esté muerto, la piel sigue viva. Esta cualidad imparte un carácter único a los objetos con los que se emplea, sean muebles o, como en su caso, libros, volúmenes únicos diseñados para perdurar una vida entera.

Masters suspiró y dirigió una mirada de aburrimiento hacia la ventana mientras

Saperstein continuaba con su explicación. A su lado, su editor jefe tomaba crípticas y breves notas, con una expresión sombría en su joven y enérgico rostro.

—Lo que les servimos —dijo Saperstein— cuando acudieron a nosotros... Y creo que es importante resaltar esto: que ustedes acudieron a nosotros, no a la inversa. Lo que les servimos, digo, fueron las pieles más selectas y perfectas de nuestro inventario. Esas pieles vivientes tienen un lustre único y característico. No hay nada en todo Marte o en la Tierra que se les pueda comparar. Si sufre un desgarro o un arañazo, la piel se repara sola. Con el paso de los meses va creciendo más y más, y las tapas del volumen se van volviendo cada vez más lustrosas y, por ende, más codiciadas. Dentro de diez años, la calidad de las tapas de estos libros encuadernados en piel de wub...

—Así que la piel sigue viva —lo interrumpió Snead—. Interesante. Y el wub, según dice, es tan resistente que resulta prácticamente imposible de matar. —Lanzó una rápida mirada a Masters—. Cada una de las treinta y tantas alteraciones sufridas por los textos de nuestros libros tienen que ver con el tema de la inmortalidad. La revisión de Lucrecio es típica. El texto original nos dice que el hombre es un ser pasajero, que aunque sobreviva a la muerte, no conservará ningún recuerdo sobre su paso por el mundo. En lugar de esto, los pasajes nuevos hacen referencia, lisa y llanamente, a un futuro cuya existencia se da por supuesta; tal como ha dicho usted, en abierta contradicción con la filosofía de Lucrecio. Se da cuenta de lo que ocurre aquí, ¿no? Es la filosofía de los wubs, superpuesta a la de los diferentes autores. Eso es todo. —Se interrumpió entonces y continuó tomando notas en silencio.

—¿Cómo es posible que una piel —inquirió Masters—, aunque se trate de una piel viva, pueda ejercer su influencia sobre el contenido de un libro? Un texto ya impreso: las páginas guillotizadas, los filos pegados y cosidos... Desafía toda razón. Por mucho que el encuadernado, la condenada piel, esté viva, cosa que ya me resulta bastante difícil de creer. —Fulminó a Saperstein con la mirada—. Si está viva, ¿de qué se alimenta?

—De las minúsculas partículas de materia orgánica en suspensión en la atmósfera —respondió Saperstein con tono templado.

Masters se puso en pie.

—Vámonos —dijo—. Esto es ridículo.

—Inhala las partículas —dijo Saperstein— a través de sus poros. —Lo dijo con tono digno, incluso reprobatorio.

Tras estudiar sus notas, Jack Sneade, que no se había levantado al tiempo que su jefe, dijo con tono pensativo:

—Algunos de los textos enmendados son fascinantes. Tenemos desde revisiones completas de párrafos originales, incluido el sentido del autor, como en el caso de Lucrecio, a correcciones muy sutiles, casi invisibles, si es que se les puede llamar correcciones, de textos más acordes con la doctrina de la vida eterna. La auténtica pregunta es ésta: ¿nos enfrentamos simplemente a la opinión de una forma de vida

concreta, o hablan los wub con conocimiento de causa? El poema de Lucrecio, por ejemplo... Es muy hermoso e interesante... como poema. Pero como afirmación filosófica, podría estar equivocado. Yo no lo sé. No es trabajo mío saberlo. Me dedico a editar libros, no a escribirlos. Lo último que debe hacer un editor es modificar el texto original del autor. Pero esto es precisamente lo que está haciendo el wub... o, al menos, la piel del wub ya muerto.

Dicho esto, guardó silencio.

—Me gustaría saber si ha añadido algo de valor —dijo Saperstein.

—¿Desde el punto de vista poético? ¿O desde el filosófico? Si se refiere al primero, al punto de vista estilístico, sus interpolaciones no son mejores ni peores que los textos originales. Consigue, eso sí, imitarlos tan bien que si uno no conoce el texto con anterioridad, no se daría cuenta de que son obra de dos plumas diferentes. —Y añadió, con cierto aire siniestro—: O, más bien, de una pluma y un pelo diferentes.

—Me refería más bien al punto de vista filosófico.

—Bueno, se trata siempre del mismo mensaje, repetido de manera monótona. No existe la muerte. Nos vamos a dormir y despertaremos... a una vida mejor. Lo que le ha hecho al De Rerum Natura es un ejemplo típico. Leído uno, leídos todos.

—Sería un interesante experimento —dijo Masters, pensativo— encuadernar una Biblia en piel de wub.

—Ya lo he hecho —dijo Snead.

—¿Y?

—Como es natural, no he tenido tiempo para leerla entera. Pero le he echado un vistazo a la carta de san Pablo a los corintios. Sólo ha hecho un cambio. El párrafo que comienza «Contemplad, voy a contaros un misterio...» está todo en mayúsculas. Y los versículos «Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Sepulcro, ¿dónde está tu victoria?» se repiten diez veces seguidas. Es evidente que el wub está de acuerdo con ello. Es su propia filosofía... o teología, más bien. —A continuación, sopesando cada una de sus palabras, añadió—: Básicamente, se trata de una disputa teológica... entre el público lector y el pellejo de un animal marciano que parece un híbrido entre un gorrino y una vaca. Es curioso.

Y volvió a enfrascarse en sus notas.

Tras una solemne pausa, Masters añadió:

—¿Cree usted que el wub posee información o no? Como ya ha dicho, podría ser que ésta no fuera sólo la opinión de un animal que tiene especial éxito sorteando a la muerte. Podría ser la verdad.

—Yo lo que creo —dijo Sneade— es esto. El wub no ha conseguido sólo sortear a la muerte. Ha hecho lo que predica. Al morir y ser despellejado para acabar convertido, todavía vivo, en encuademaciones de libros, ha logrado conquistar a la muerte. Sigue viviendo. En lo que parece ser una vida mejor. No sólo estamos tratando con una forma de vida nativa con sus propias opiniones; nos enfrentamos a



un organismo que ha conseguido hacer algo que nosotros no sabemos si es posible. Pues claro que sabe lo que dice. Es la confirmación viviente de su propia doctrina. Los hechos hablan por sí solos. Me inclino a creerlo.

—Puede que haya conseguido la vida eterna para sí —repuso Masters—, pero eso no quiere decir necesariamente que exista para los demás. El wub, tal como ha señalado el señor Saperstein, es una criatura única. No existe ningún otro ser, terrícola, lunar o marciano, cuya piel sea capaz de seguir viviendo alimentándose de partículas microscópicas en suspensión. El hecho de que sea capaz de hacerlo...

—Es una pena que no podamos comunicarnos con las pieles de wub —dijo Saperstein—. Lo hemos intentado aquí, en Flawless, desde la primera vez que reparamos en su supervivencia post mortem. Pero nunca hemos encontrado el modo.

—Pero nosotros en Obelisk sí lo hemos hecho —señaló Snead—. De hecho, he llevado a cabo un experimento. He hecho imprimir una sola línea, con la siguiente frase: «El wub, a diferencia de cualquier otra criatura viva, es inmortal». Lo encuaderné en piel de wub y volví a leerlo. Había cambiado. Vea. —Le pasó a Masters un bello y fino librito—. Lea cómo ha quedado.

Masters leyó en voz alta:

—«El wub, como cualquier otra criatura viva, es inmortal. —Y, tras devolverle la copia a Snead, añadió—: Desde el punto de vista del significado, esto es una bomba. Estamos recibiendo información desde más allá de la tumba... por decirlo así. O sea, técnicamente, la piel del wub está muerta, dado que el wub al que pertenecía lo está. Esto se parece una barbaridad a una verificación irrefutable de la supervivencia de la vida inteligente después de la muerte.

—Claro que, también hay un pequeño detalle... —dijo Saperstein entre titubeos—. Detesto sacar esto a colación, y no sé si tiene demasiada importancia, pero el wub marciano, a pesar de su asombrosa, incluso diría que milagrosa capacidad de supervivencia, es, desde el punto de vista mental, una criatura estúpida. Por poner un ejemplo: el cerebro de una zarigüeya terrícola es tres veces más pequeño que el de un gato. El del wub es cinco veces más pequeño que el de la zarigüeya —dijo sombríamente.

—Bueno —dijo Snead—. La Biblia dice: «Los últimos serán los primeros». Puede que esta afirmación sea extensiva al wub, en su estupidez. Al menos, eso espero.

Masters lo miró.

—¿Querría usted la vida eterna? —preguntó.

—Desde luego —respondió Snead—. Como todos.

—Yo no —afirmó Masters con tono decidido—. Ya tengo problemas suficientes sin ella. Lo último que querría es seguir viviendo como encuadernación de libro... o en cualquier otra forma. —Pero en su interior había empezado silenciosamente a pensar de manera diferente. Muy diferente.

—Parece algo que podría gustarle a un wub —convino Saperstein—. Convertirse

en la encuadernación de un libro. Estar allí tendido, año tras año, inhalando partículas minúsculas de la atmósfera.

Y seguramente meditando. O lo que sea que hagan los wubs después de morir.

—Piensan sobre teología —dijo Snead—. Predican. —Se volvió hacia su jefe y añadió—: Supongo que no encuadernaremos más libros en piel de wub.

—No con fines comerciales —asintió Masters—. Para venderlos. Pero... —No podía sacudirse de encima la idea de que aquello podía tener alguna utilidad práctica—. Me pregunto si podría conferir la misma capacidad de supervivencia a cualquier cosa que hiciéramos con ella. Como cortinas. O tapicerías. Podría acabar con los accidentes mortales en los intercambiadores. O podríamos usarlo como forros para los cascos de los soldados. Y de los jugadores de béisbol. —Las posibilidades se le antojaban infinitas... pero aún nebulosas. Tendría que meditarlo durante mucho, mucho tiempo.

—En cualquier caso —dijo Saperstein— mi empresa se niega a devolverles el dinero. Las características de la piel de wub son del dominio público desde que, a comienzos de año, editamos un folleto publicitario. En él se afirmaba categóricamente...

—De acuerdo, asumiremos las pérdidas —dijo Masters con un ademán irritado—. Dejémoslo. —Se volvió hacia Snead y añadió—: ¿Y dice en los treinta y tantos pasajes que ha intercalado si la vida después de la muerte es grata?

—Desde luego. «Nuestro triste paso por la Tierra anuncia una felicidad sin fin.» Esto lo resume; es una de las líneas añadidas al De Rerum Natura. Está todo ahí.

—«Felicidad sin fin»... —dijo Masters mientras asentía—. Claro que, no estamos en la Tierra; estamos en Marte. Pero supongo que es lo mismo. Se refiere a la vida, se viva donde se viva. —De nuevo, con más gravedad aún, volvió a meditar—. Se me ocurre que una cosa es hablar de forma abstracta sobre la «vida después de la muerte». La gente lleva cincuenta mil años haciéndolo. Lucrecio lo hizo, hace dos mil. Pero lo que más me interesa no es el tema en general, desde el punto de vista filosófico, sino el hecho concreto de la piel de wub; su inmortalidad. —Y le dijo a Snead—: ¿Qué otros libros ha encuadernado con ella?

—La edad de la razón, de Payne —dijo Snead tras consultar su lista.

—¿Y con qué resultado?

—Doscientas sesenta y siete páginas en blanco. Salvo la página central, que contiene la palabra «bah».

—Continúe.

—La Británica. En ésta no ha cambiado nada, pero se han añadido artículos enteros. Sobre el alma, la transmigración, el infierno, la condenación, el pecado y la inmortalidad. Los veinticuatro volúmenes han cobrado un sesgo religioso. —Levantó la mirada—. ¿Quiere que continúe?

—Claro —dijo Masters, meditando y escuchando simultáneamente.

—La Suma Teológica de santo Tomás de Aquino. El texto ha quedado intacto,

pero ha intercalado periódicamente la siguiente línea de la Biblia: «La letra mataba, pero el espíritu daba la vida». Una y otra vez.

»El Horizontes perdidos, de James Hilton. Aquí, Shangri-La se convierte en una visión de la vida después de la muerte, que...

—Muy bien —dijo Masters—. Nos hacemos una idea. La cuestión es, ¿qué podemos hacer con esto? Obviamente, encuadernar libros no... Al menos, libros con los que la piel de wub esté en desacuerdo. —Pero estaba empezando a ocurrírsele otra posibilidad, de índole mucho más personal. Y mucho más importante que cualquier cosa que la piel de wub pudiera hacer con los libros o por los libros... o, de hecho, por cualquier objeto inanimado.

En cuanto llegara a un teléfono...

—Especialmente interesante —estaba diciendo Snead en ese momento— es su reacción a un volumen de escritos sobre el psicoanálisis, realizado por algunos de los psiquiatras freudianos más importantes de nuestro tiempo. Ha dejado todos los artículos intactos, pero al final de cada uno de ellos ha añadido la misma frase. —Se rió entre dientes—. «Médico, cúrate a ti mismo.» Parece que encima tiene sentido del humor.

—Sí —dijo Masters sin dejar de pensar en el teléfono y en la vital llamada que tenía que hacer.

De regreso a la oficina de Libros Obelisk, Masters realizó un experimento preliminar para comprobar si su idea podía funcionar. Envolvió cuidadosamente en piel de wub una taza y un platillo de porcelana Royal Albert de su propia colección. Entonces, tras un instante de inmensa duda y emoción, colocó el paquete en el suelo de su oficina y, con las escasas fuerzas que aún le quedaban, lo pisó.

La taza no se rompió. O, al menos, no pareció romperse.

Abrió el fardo y la examinó. Tenía razón. Envuelta en la piel de wub, la taza no podía ser destruida.

Satisfecho, se sentó ante su mesa y lo pensó una última vez.

El envoltorio de piel de wub había convertido un objeto temporal y frágil en algo indestructible. Así que la doctrina de supervivencia externa del wub tenía una aplicación práctica... tal como había pensando.

Levantó el teléfono y marcó el número de su abogado.

—Lo llamo por mi testamento —dijo cuando lo tuvo al otro lado de la línea—. Ya sabe, el último que redacté, hace pocos meses. Quiero incluir una cláusula adicional.

—Sí, señor Masters —dijo rápidamente el letrado—. Dígame.

—Una cuestión menor —dijo Masters con un susurro—. Tiene que ver con mi ataúd. Quiero que sea obligatorio para mis herederos: el ataúd tiene que estar forrado de piel de wub por todos los lados. De Flawless Incorporated. Quiero presentarme ante el Hacedor vestido de piel de wub, por decirlo así. Para dar buena impresión. —Se rió despreocupadamente, pero su tono era de mortal seriedad, y el abogado lo

percibió.

—Si es lo que quiere... —dijo.

—Y le sugiero que haga usted lo mismo —dijo Masters.

—¿Por qué?

—Consulte la biblioteca de referencia médica para uso doméstico que vamos a publicar el mes que viene. Pero asegúrese de que es la versión encuadernada en piel de wub. Tendrá algunas diferencias con la otra. —Entonces volvió a pensar en el ataúd forrado de wub. Enterrado a gran profundidad, consigo dentro, mientras la piel iba creciendo y creciendo...

Sería interesante comprobar qué versión de sí mismo producía el forro de piel de wub.

Sobre todo, al cabo de varios siglos.

## La revancha [10]

No era un casino normal. Y esto, para policía del ALA representaba un problema especial. Los extraterrestres que lo habían organizado habían colocado su inmensa nave justo encima de las mesas de juego, de modo que, en el caso de que se produjera una redada, los motores pudieran destruir las mesas. «Muy eficaz», tuvo que admitir el agente Joseph Tinbane a su pesar. De un solo golpe, los extraterrestres abandonarían la Tierra y destruirían todas las pruebas de sus actividades ilegales.

Y, además, aniquilarían a todos los jugadores humanos que hubiesen podido testificar.

En aquel momento estaba sentado en su aerocoche, tomándose a sorbos una lata de rapé Dean Swift Inch de importación. Después de unos segundos decidió cambiar a la lata amarilla, la que contenía Wren's Relish. El rapé lo animó, pero no demasiado. A la izquierda, en la penumbra del atardecer, podía vislumbrarse la forma vertical de la nave de los extraterrestres, negra y silenciosa, con el espacio compartimentado debajo de ella, también negro y en apariencia silencioso.

—Podríamos entrar —le dijo a su joven e inexperto compañero—, pero sólo conseguiríamos que nos mataran.

«Tenemos que confiar en los robots —pensó—. Aunque sean torpes y propensos a cometer errores. Además, no están vivos. Y no estar vivo, en un caso como éste es una ventaja.»

—El tercero ha entrado —dijo en voz baja el agente Falkes, a su lado.

La delgada figura, vestida con ropa humana, se situó frente a la puerta del casino, llamó y esperó. Al cabo de un momento se abrió la puerta. El robot dio la contraseña y pasó.

—¿Crees que sobrevivirán a la detonación de los gases del despegue? —preguntó Tinbane. Falkes era experto en robótica.

—Puede que alguno sí. Todos no. Pero bastará con que lo haga uno. —Ansioso, el agente Falkes se inclinó para mirar por detrás de Tinbane. Su rostro juvenil era la viva imagen de la concentración—. Usa el megáfono. Diles que están arrestados. No veo ninguna razón para esperar.

—Pues la razón que yo veo —respondió Tinbane— es que prefiero que la nave permanezca quieta y que la acción continúe debajo de ella. Esperaremos.

—Pero ya no van a entrar más robots.

—Esperaremos a que envíen su transmisión en vídeo —dijo Tinbane. A fin de cuentas, representaba una prueba... más o menos. Y la estaban recibiendo en la comisaría en aquel mismo momento. Sin embargo, su compañero en aquella misión tenía parte de razón. Ahora que había entrado el último de los humanoides, ya no había nada que hacer. Al menos, hasta que los extraterrestres se dieran cuenta de que alguien se había infiltrado y ejecutaran el clásico protocolo de retirada.

—De acuerdo —dijo, y pulsó el botón que activaba el megáfono.

Falkes se inclinó y habló por el micrófono. Al instante, el megáfono dijo:

—COMO REPRESENTANTES DE LA LEY EN LOS ÁNGELES SUPERIOR, ORDENAMOS A TODAS LAS PERSONAS QUE SE ENCUENTREN EN EL INTERIOR QUE SALGAN A LA CALLE. ADEMÁS, ORDENAMOS...

La voz amplificada desapareció al activarse los atronadores cohetes primarios de la nave de los extraterrestres. Falkes se encogió de hombros y miró a Tinbane con una sonrisa lúgubre. La frase «No han tardado demasiado» se formó en sus labios.

Como esperaban, no salió nadie. Ningún jugador pudo escapar. Hasta la estructura que formaba el edificio se fundió. La nave empezó a ascender, sin dejar tras de sí más que una masa de materia pastosa, parecida a cera fundida. Y siguió sin salir nadie.

«Han muertos todos», comprendió Tinbane con muda consternación.

—Hora de entrar —dijo un estoico Falkes. Empezó a ponerse el traje de amianto y, tras un momento de pausa, lo mismo hizo Tinbane.

Los dos agentes entraron juntos en la masa candente y aún fundida que había sido el casino. En el centro, convertidos en un montículo fundido, yacían dos de los tres robots humanoides. En el último momento habían logrado proteger algo con sus cuerpos. Del tercero, Tinbane no vio ni rastro. Evidentemente, se había fundido junto con todo lo demás, todo lo orgánico.

«Me pregunto lo que habrán pensado, a su vaga manera, que merecía la pena preservar —pensó Tinbane mientras contemplaba los restos deshechos de los dos robots—. ¿Algún ser vivo? ¿Uno de esos caracoles extraterrestres? Lo más probable es que no. Una mesa de juego, supongo.»

—Han actuado muy rápido —dijo Falkes, impresionado—. Para ser robots.

—Pero tenemos algo —señaló Tinbane. Con cautela, tocó el metal candente de los dos robots, ahora fundidos. Una sección, posiblemente uno de los torsos, cayó a un lado, y lo que los robots habían tratado de preservar quedó a la vista.

Una máquina del millón.

Tinbane se preguntó por qué. ¿Qué valor tendría aquello? ¿Lo tendría? Él lo dudaba.

En el laboratorio policial de la avenida Sunset, en el centro del Antiguo Los Angeles, un técnico presentó un pormenorizado informe a Tinbane.

—Oralmente, por favor —dijo éste, molesto. Llevaba demasiados años en el cuerpo para tener que soportar esas tonterías. Le devolvió la tablilla con el sujetapapeles y el informe al alto y espigado técnico policial.

—No es una máquina normal y corriente —dijo éste mientras recorría con la mirada el informe, como si ya hubiera olvidado su contenido. Su tono, al igual que el propio informe, era seco y monótono. Obviamente, para él se trataba de un trabajo de rutina. Creía, al igual que Tinbane, que la máquina del millón salvada por los robots

carecía de todo valor. Al menos, eso pensaba Tinbane—. Con esto quiero decir que no se parece a ninguna que hayamos visto en la Tierra en el pasado. Si quiere hacerse una idea, lo mejor es que examine directamente la propia máquina. Le sugiero que le meta una moneda y eche una partidita. —Y añadió—: El laboratorio le proporcionará una moneda de cuarto de dólar, a cargo del presupuesto. Luego la extraeremos de la máquina.

—Tengo mis propias monedas —dijo Tinbane con irritación. Siguió al técnico por el abarrotado laboratorio, entre la compleja, y en muchos casos obsoleta, maquinaria de análisis y las máquinas a medio desmontar, hasta llegar al área de trabajo de la zona trasera.

Allí, limpia y reparada ya, se encontraba la máquina del millón que habían protegido los robots. Tinbane insertó una moneda. Al instante salieron cinco bolas. Y al otro lado de la máquina se encendieron varias luces de colores diversos.

—Antes de lanzar la primera bola —le dijo el técnico mientras se situaba a su lado para poder presenciar la partida—, le aconsejo que observe con detenimiento la superficie de juego, los componentes entre los que discurrirá la bola. El área horizontal, bajo el cristal de protección, resulta bastante interesante. Es un pueblo en miniatura, con sus casas, sus farolas, sus edificios públicos, sus canales de carreras... No un pueblo de la Tierra, claro, sino de Ío, tal como eran antes. El nivel de detalle es extraordinario.

Tinbane se inclinó y lo examinó. El técnico decía la verdad: el detalle de las estructuras resultaba simplemente pasmoso.

—Las pruebas de desgaste realizadas sobre las partes móviles —le informó el técnico— revelan que ha sido muy usada. La tolerancia es muy grande. Hemos calculado que la máquina dejará de funcionar antes de otras mil partidas y tendrá que pasar por el taller. Su taller, allá en Ío. Que es donde, según tenemos entendido, fabrican y reparan este tipo de máquinas —le explicó—. Me refiero a las máquinas de juego en general.

—¿Cuál es el objeto del juego? —preguntó Tinbane.

—Lo que tenemos aquí —le explicó el técnico— es lo que nosotros llamamos «una variable fija de transformación total». En otras palabras, el terreno por el que se mueve la bola nunca es el mismo. El número de combinaciones posibles... —hojeó el informe, pero fue incapaz de encontrar la cifra exacta—. Bueno, es muy grande. De varios millones. Excesivo, en mi opinión. En cualquier caso, cuando lance la primera bola lo comprobará.

Tinbane pulsó el botón y la primera bola entró en la cámara de expulsión. A continuación tiró del pulsador y lo soltó. La bola salió despedida por el canal de expulsión y rebotó contra un cojinete de presión, que le confirió mayor velocidad.

La bola descendió entonces hacia el perímetro exterior del pueblo.

—La línea de defensa inicial —dijo el técnico desde atrás—, la que protege a la aldea propiamente dicha, está formada por una serie de montículos de colores que

recuerdan, por su forma y su superficie, el paisaje de Ío. Como puede comprobar, la fidelidad al original es asombrosa. Probablemente hayan utilizado imágenes por satélite del propio Ío. No resulta difícil imaginar que estás viendo una parte de esa luna desde una altitud de quince kilómetros o más.

La bola de acero llegó al perímetro de terreno escarpado. Su trayectoria se alteró y continuó moviéndose de manera imprecisa, sin una dirección precisa.

—La han desviado —dijo Tinbane, al comprobar con qué eficacia actuaban los accidentes del terreno para arrebatarle parte de su velocidad de descenso.

—No va a llegar al pueblo.

La bola, con su velocidad de avance sensiblemente reducida, se adentró por un pliegue lateral, avanzó lánguidamente por ella y luego, cuando parecía que se dirigía a la ranura de salida inferior, rebotó bruscamente en uno de los cojinetes de presión y volvió a entrar en juego.

En el fondo iluminado, subió la puntuación. Una victoria, al menos momentánea, para el jugador. La bola volvía a amenazar el pueblo. Una vez más, serpenteó por el terreno abrupto, siguiendo prácticamente el mismo camino que antes.

—Ahora va a ver algo de cierta importancia —dijo el técnico—. Cuando se acerque al cojinete de presión que ha tocado antes. No se fije en la bola, sólo en el cojinete.

Tinbane miró. Y vio que del cojinete salía una fina voluta de humo gris. Se volvió hacia el técnico con una mirada inquisitiva.

—¡Ahora mire la bola! —lo instó el técnico.

Una vez más, la bola golpeó el cojinete de presión situado poco antes de la ranura de salida inferior. Esta vez, sin embargo, el cojinete no reaccionó de ningún modo al impacto.

Tinbane parpadeó mientras la bola continuaba tranquilamente con su trayectoria anterior y desaparecía por la ranura de salida.

—No ha pasado nada —dijo al cabo de un momento.

—El humo que ha visto antes. Lo despiden los circuitos del cojinete. Es de naturaleza eléctrica. Porque un rebote desde ese punto podría haber colocado la bola en una posición amenazante... amenazante para el pueblo.

—En otras palabras —dijo Tinbane—, que algo ha tomado nota del efecto que el cojinete tenía sobre la bola. La máquina funciona de tal modo que se protege de la actividad de la bola.

Lo había visto otras veces en máquinas de juego extraterrestres: circuitos sofisticados que mantenían el espacio de juego en cambio constante, de tal modo que éste parecía vivo... y las probabilidades de que el jugador ganase se reducían. En aquel modelo concreto, el jugador obtenía una puntuación ganadora si conseguía que las cinco bolas llegaran al centro del plano: una réplica de un pueblecillo de Ío. Por tanto, había que proteger ese centro. Por tanto, aquel cojinete de presión, estratégicamente ubicado, debía ser eliminado. Al menos de manera temporal. Hasta



que la configuración de la topografía se hubiera alterado del todo.

—Hasta aquí, nada nuevo —dijo el técnico—. Ya lo ha visto una docena de veces y yo un centenar. Esta máquina del millón ha conocido diez mil partidas diferentes y en cada una de ellas los circuitos se han reajustado con el fin de neutralizar la amenaza de las bolas de acero. Las alteraciones son acumulativas. Así que, a estas alturas, lo más seguro es que las puntuaciones obtenidas sean mucho más bajas que al principio, antes de que los circuitos tuvieran la ocasión de reaccionar. La dirección de la alteración, como ocurre con todas las máquinas de juegos de los extraterrestres, tiende a una probabilidad de victoria cero. Intente alcanzar el pueblo, Tinbane. Antes hemos fabricado un sistema mecánico de repetición que ha jugado ciento cuarenta partidas. Las bolas no han llegado ni a acercarse al pueblo una sola vez. Hemos contabilizado las puntuaciones de las partidas y se ha podido constatar una pequeña pero constante reducción de las mismas. —Sonrió.

—¿Y? —preguntó Tinbane.

—Y nada. Como ya le he dicho y como dice mi informe. —Entonces, el técnico hizo una pequeña pausa—. Salvo una cosa. Mire esto.

Se inclinó y pasó uno de sus delgados dedos sobre el cristal protector del plano, en dirección a una de las construcciones situadas cerca del centro del pueblo en miniatura.

—El registro fotográfico muestra que, con cada partida, este componente concreto se vuelve más articulado. Es evidente que su transformación está a cargo de los sistemas de circuitos internos, al igual que todo lo demás. Pero esta configuración... ¿no le recuerda a algo?

—Parece una catapulta romana —dijo Tinbane—. Pero con el eje vertical, en lugar de horizontal.

—Eso pensamos nosotros también. Mire la honda. Comparada con las dimensiones del pueblo, es exageradamente grande. Inmensa, de hecho. Yo diría que no es un modelo a escala.

—Por su tamaño, casi parece que esté pensada para lanzar...

—Casi no —dijo el técnico—. La hemos medido. El tamaño de la honda es exactamente el de las bolas de acero. Encajarían perfectamente en ella.

—¿Y entonces? —dijo Tinbane con un escalofrío.

—Entonces podría lanzar la bola contra el jugador —dijo el técnico del laboratorio con voz calmada—. Apunta directamente a la parte delantera de la máquina, hacia arriba. —Y añadió—. Y está casi completamente terminada.

«La mejor defensa —se dijo Tinbane mientras estudiaba la máquina del millón ilegal— es el ataque. Pero, ¿qué sentido tiene en este contexto?

»Cero —comprendió—, no es una probabilidad suficientemente baja para los sistemas defensivos de la máquina. No les sirve. Debe tender a menos de cero. ¿Por qué? Porque en realidad no tiende a cero. Tiende hacia el mejor patrón defensivo. Está demasiado bien diseñada.

»¿O no?»

—¿Cree —preguntó al alto y espigado técnico de laboratorio— que los extraterrestres la diseñaron así a propósito?

—Eso es lo de menos. Al menos desde el punto de vista del problema actual. Lo que a nosotros nos importa son dos cosas: la máquina se ha importado a la Tierra contraviniendo la legislación terrícola y ha sido utilizada por terrícolas. Intencionadamente o no, podría llegar a convertirse en un arma letal. —Y añadió—: hemos calculado que dentro de unas veinte partidas. Cada vez que se introduce una moneda se reanuda la construcción. Aunque la bola no se haya acercado al pueblo. Lo único que necesita es el suministro de energía procedente de la batería central de helio y éste se inicia automáticamente al comenzar la partida. —Tras una pausa, dijo —: Ahora mismo, mientras hablamos, está construyendo la catapulta. Será mejor que lance las cuatro bolas que le quedan para que se desactive. O que nos dé permiso para desmontarla... al menos para sacarle la batería.

—Los extraterrestres no dan mucho valor a la vida humana, está claro —comentó Tinbane. Estaba pensando en la carnicería provocada por la nave al despegar. Para ellos era algo rutinario. Pero, a la vista de aquel acto de destrucción masiva, esto parecía una refinamiento innecesario. ¿Qué pensaban conseguir con ello?

Reflexionó un momento y luego dijo:

—Es algo selectivo. Sólo eliminaría al jugador.

—Eliminaría a todos los jugadores —dijo el técnico—. Uno detrás de otro.

—Pero, ¿quién querría jugar a esto —dijo Tinbane— después de la primera muerte?

—La gente va a sus casinos a pesar de saber que si hay una redada, los extraterrestres lo queman todo con ellos dentro —señaló el técnico—. El deseo de jugar es una adicción compulsiva. Hay cierto tipo de persona que tiene que jugar, sea cual sea el riesgo. ¿Ha oído hablar de la ruleta rusa?

Tinbane lanzó la segunda bola y la vio avanzar de rebote en rebote hacia el pueblo en miniatura. Esta logró atravesar el terreno abrupto. Se acercó a la primera casa que conformaba la población propiamente dicha. «Quizá consiga vencerte —pensó por un instante—. Antes de que tú me venzas a mí.» Una extraña y novedosa excitación lo invadió al ver que la bola chocaba con la diminuta casa, la arrasaba y continuaba su camino. Aunque muy pequeña desde su punto de vista, era gigantesca en comparación con los edificios y estructuras que constituían el asentamiento.

Salvo la catapulta central, claro. Bajo su mirada ávida, la bola se acercó peligrosamente a ella, pero luego, desviada por un edificio público de grandes dimensiones, se alejó rodando y desapareció por la ranura de salida. Sin perder un segundo, introdujo la tercera en el canal de expulsión.

—Las apuestas —dijo el técnico en voz baja— están subiendo, ¿eh? Su vida contra la de la máquina. Debe de ser sumamente atractivo para un tipo concreto de persona.

—Creo —dijo Tinbane— que puedo destruir la catapulta antes de que ella me destruya a mí.

—Quizá. O quizá no.

—Cada vez estoy acercándome más.

—Para que la catapulta funcione —dijo el técnico— necesita una de las bolas de acero. Es su proyectil. Lo que está haciendo usted es aumentar las probabilidades de que la obtenga. De hecho, la está ayudando —añadió con tono sombrío—. Más aún, no podría conseguirlo sin usted. El jugador no es sólo su enemigo, es esencial. Será mejor que lo deje, Tinbane. Esta máquina lo está utilizando.

—Lo dejaré —dijo Tinbane— cuando haya alcanzado la catapulta.

—Ya lo creo. Estará usted muerto. —Miró a Tinbane con el ceño fruncido—. Probablemente para esto la construyeran los extraterrestres. Como venganza por nuestras redadas. Estoy seguro de que es para eso.

—¿Tiene otra moneda? —preguntó Tinbane.

En mitad de la décima partida se manifestó una sorprendente e inesperada alteración en la estrategia de la máquina. De repente, dejó de desviar las bolas lejos del pueblo en miniatura.

Tinbane vio que la bola de acero rodaba directamente, por primera vez, hacia el centro. En línea recta hacia la comparativamente gigantesca catapulta.

Estaba claro que su construcción se había completado.

—Soy su superior jerárquico, Tinbane —dijo el técnico con voz tensa—. Y le ordeno que deje de jugar ahora mismo.

—Cualquier orden suya —replicó Tinbane—, para tener validez, tiene que estar formulada por escrito y recibir la aprobación de algún miembro del departamento, con un rango mínimo de inspector. —Pero, a pesar de todo, y de mala gana, dejó de jugar—. Puedo conseguirlo —dijo con voz ensimismada—, pero no desde aquí. Tengo que estar alejado, lo bastante para que no pueda alcanzarme.

«Para que no pueda verme y apuntar», se dijo.

Se había percatado de que la catapulta había girado ligerísimamente. Había conseguido detectar su posición por medio de algún sistema de lentes. O tal vez termotrópico. Habría captado su calor corporal.

En este último caso, la respuesta defensiva era relativamente simple: una resistencia suspendida sobre ella, en otra posición. Pero, por otro lado, también podía estar utilizando una especie de detector encefálico, capaz de captar todas las emanaciones cerebrales próximas. Pero, si fuera el caso, el laboratorio de la policía ya lo habría averiguado.

—¿Qué sistema de detección utiliza? —preguntó.

—Cuando la inspeccionamos aún no había construido la catapulta —dijo el técnico—. Evidentemente, la está construyendo ahora mismo, al mismo tiempo que el arma.

Ensimismado, Tinbane replicó:

—Espero que no posea la capacidad de grabar un índice encefálico.

«Porque —pensó—, si era el caso, grabar el patrón mental no le supondría ningún problema. Podría conservar una grabación de su adversario para utilizarla en futuros encuentros.»

Algo en esta idea lo aterraba, más allá de la amenaza que representaba la situación actual.

—Le propongo un trato —dijo el técnico—. Podrá seguir jugando hasta que la máquina lance su ataque inicial contra usted. Entonces lo dejará y nos permitirá que la desmontemos. Necesitamos conocer su sistema de detección; podría utilizarse contra nosotros en circunstancias más peligrosas. ¿Está de acuerdo? Correría un riesgo calculado, pero creo que efectuará el primer disparo con fines de corrección, para aumentar su precisión en un segundo ataque... que no llegará a producirse.

¿Debía confiarle sus temores al técnico?

—Lo que me preocupa —dijo— es la posibilidad de que conserve un recuerdo específico de mí. Con fines futuros.

—¿Qué fines futuros? La desmontaremos de arriba abajo en cuanto dispare.

—De acuerdo, entonces —dijo Tinbane de mala gana.

«Puede que ya haya ido demasiado lejos —pensó—. Puede que tenga usted razón.»

La siguiente bola no acertó a la catapulta por una mera fracción de centímetro. Pero lo más perturbador no fue la proximidad del lanzamiento, sino el rápido y sutil movimiento realizado por el arma para tratar de atrapar la bola. Un movimiento tan veloz que Tinbane estuvo a punto de no verlo.

—La catapulta quiere la bola —observó el técnico—. Lo quiere a usted. —También él lo había visto.

Con titubeos, Tinbane llevó la mano al tirador que lanzaría la siguiente —y, para él, posiblemente, última— bola.

—Déjelo —le aconsejó el técnico con nerviosismo—. Olvídense del trato. Deje de jugar. La desmontaremos tal cual.

—Necesitamos el sistema de detección —dijo Tinbane. Y accionó el tirador.

La bola de acero, que de repente se le antojaba enorme, dura y pesada, rodó inexorablemente hacia la expectante catapulta. Cada contorno de la topografía de la máquina contribuía a facilitar su avance. La carga del arma tuvo lugar antes de que Tinbane comprendiera incluso lo que estaba pasando. No pudo hacer otra cosa que mirar.

—¡Corra! —El técnico dio un salto hacia él y lo empujó lejos de la máquina.

En medio de un estrépito de cristales rotos, la bola pasó como un proyectil junto a la sien derecha de Tinbane, rebotó en la pared opuesta del laboratorio y fue a detenerse debajo de una de las mesas.

Silencio.

Al cabo de un instante, el técnico dijo, con voz temblorosa:

—Tenía la velocidad necesaria. Y la masa necesaria. Tenía todo lo que le hacía falta.

Tinbane se puso en pie con dificultades y dio un paso hacia la máquina.

—No lance otra bola —le dijo el técnico con tono de alarma.

—No es necesario —dijo Tinbane. Dio media vuelta y echó a correr.

La máquina había lanzado la bola por sí sola.

Tinbane fumaba un cigarrillo en la oficina, sentado frente a Ted Donovan, el jefe del laboratorio. Habían cerrado a cal y canto la puerta del laboratorio y avisado por megafonía a todos y cada uno de los técnicos de que se pusieran a salvo. Más allá de la cerrada puerta, el laboratorio estaba en silencio.

«Quieto —pensó Tinbane—, esperando.»

Se preguntaba si estaría esperando a que cualquiera, cualquier ser humano, se pusiera a tiro. O... solo él.

Esta última idea le hacía aún menos gracia que antes. Incluso allí, sentado a salvo, se sentía acobardado. Una máquina construida en otro mundo, enviada a la Tierra sin objeto alguno, capaz de elegir entre todas las posibilidades defensivas hasta dar con la clave. El azar en juego, partida a partida, centenares, miles de ellas... persona tras persona, jugador tras jugador. Hasta que, finalmente, alcanzara una dirección crítica, y la última persona en jugar, seleccionada también por un proceso fortuito, entrara a través de ella en contacto con la muerte. Él, en este caso. Por desgracia.

—Desactivaremos su unidad de energía desde lejos —dijo Ted Donovan—. No será difícil. Tú vete a casa y olvídate de ello. Cuando hayamos analizado sus circuitos de detección, te avisaremos. A menos que sea a altas horas de la noche, en cuyo caso...

—Notificádmelo igual —dijo Tinbane—. Sea la hora que sea. Si no te importa. —No tuvo que explicarle las razones. El jefe del laboratorio lo entendía a la perfección.

—Obviamente —dijo Donovan—, esa máquina está diseñada pensando en los equipos policiales que se encargan de las redadas. Lo que no sabemos es cómo consiguieron que los robots decidieran protegerla... Al menos no lo sabemos aún. Recogió el informe y lo miró con hostilidad—. Parece ser que este informe era demasiado precipitado. «Una máquina de juego extraterrestre más.» Y un cuerno. —Lo arrojó a un lado, asqueado.

—Si su intención era ésta —dijo Tinbane—, se han salido con la suya. Del todo. —Al menos, por lo que se refería a engancharlo. A llamar su atención. A obtener su colaboración.

—Eres un jugador compulsivo. Sólo que no lo sabías hasta ahora. Puede que no te hubieras enterado de otro modo —añadió Donovan—. Pero es un concepto interesante. Una máquina del millón que se defiende. Que se nutre de las bolas de acero que ruedan por ella. Espero que no construyan una de tiro al plato. Esto ya es bastante malo.

—Es un sueño —murmuró Tinbane.

—¿Perdona?

—Esto no es real, no del todo. —«Pero —pensó—, sí que lo es.» Se puso en pie—. Voy a hacerte caso. Me iré a mi apartamento. Tienes mi número.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Donovan mirándolo de arriba abajo—. No debería afectarte tanto. Es una máquina relativamente inofensiva, ¿no? Tienes que atacarla, activarla. Si la dejas tranquila...

—Pienso dejarla tranquila —dijo Tinbane—. Pero creo que me está esperando. Quiere que vuelva. —Podía sentir cómo lo esperaba, cómo ansiaba su regreso. La máquina era capaz de aprender y él le había enseñado... le había enseñado cosas sobre sí mismo.

Que existía. Que había en la Tierra una persona llamada Joseph Tinbane.

Y eso ya era demasiado.

Cuando abrió la puerta de su apartamento, el teléfono ya estaba sonando. Levantó el auricular lentamente.

—¿Sí? —dijo.

—¿Tinbane? —Era la voz de Donovan—. A ver, es encefalotrópico, al parecer. Hemos encontrado una copia del patrón de tu configuración cerebral. La hemos destruido, claro, pero... —Titubeó—. También hemos encontrado otra cosa que construyó después del primer análisis.

—¿Un transmisor? —preguntó Tinbane con voz ronca.

—Me temo que sí. De casi un kilómetro de alcance, y tres en caso de estar orientado. Y lo estaba, así que debemos asumir que ha podido transmitirlo a tres kilómetros de distancia. Como es natural, no sabemos absolutamente nada sobre el receptor, ni si está en la superficie del planeta. Seguramente lo esté. En una oficina, o algo así. O en un aerocoche como los que suelen utilizar. Ya lo sabes. De modo, que parece que sí, es un arma de venganza. Por desgracia, tu deducción emocional fue acertada. Los expertos que la han analizado han llegado a la conclusión de que te estaban esperando, por decirlo así. Te vieron llegar. Es posible que nunca se haya utilizado de verdad como máquina de juego. El desgaste que creímos descubrir en el análisis preliminar no era real. Y eso es todo.

—¿Qué me sugieres que haga? —preguntó Tinbane.

—¿Hacer? —Una pausa—. No se puede hacer gran cosa. Quédate en el apartamento. No vengas a trabajar por algún tiempo.

«Y así, si me cazan, nadie más resultará herido en la oficina. Mejor para vosotros. Pero no tanto para mí», se dijo Tinbane.

—Creo que voy a marcharme de la zona —repuso—. Puede que la acción del mecanismo esté limitada espacialmente, confinada al ALA, o a una parte concreta de la ciudad. Si no te parece mal. —Tenía una novia, Nancy Hackett, en La Jolla. Podía ir a verla.

—Como quieras.

—De todos modos, tampoco podéis hacer nada por ayudarme —dijo.

—Escucha esto —le dijo Donovan—. Autorizaré una pequeña partida presupuestaria, una partida modesta, para que puedas salir adelante. Hasta que localicemos ese condenado receptor y averigüemos qué pasa. Lo peor del asunto, para nosotros, es que la noticia ha empezado a filtrarse por todo el departamento. Va a ser complicado que los equipos de asalto accedan a trabajar en futuras redadas contra casinos extraterrestres... Lo que, claro está, era precisamente lo que ellos pretendían. También podemos hacer otra cosa. El laboratorio te fabricará un escudo mental, de modo que no emitas una huella cerebral reconocible. Pero tendrás que costeártelo de tu propio bolsillo, claro. Podemos cargártelo a tu salario, pagadero a lo largo de varios meses. Si quieres mi opinión, yo creo que es una buena idea.

—De acuerdo —dijo Tinbane. Se sentía embotado, muerto, cansado y resignado, todo ello a la vez. Y tenía la profunda y marcada sensación de que su reacción era puramente racional—. ¿Alguna otra sugerencia?

—Lleva un arma encima. Hasta cuando duermas.

—¿Dormir? —dijo—. ¿Crees que voy a poder dormir? Puede que cuando la máquina haya sido destruida por completo...

«Aunque eso tampoco supondrá ninguna diferencia —comprendió—. Ya no, ahora que le ha transmitido mi patrón cerebral a otra cosa, algo de lo que no sabemos nada.» Sólo Dios sabía qué clase de maquinaria. Los extraterrestres inventaban toda clase de cosas retorcidas.

Colgó, se dirigió a la cocina y, tras tomarse un trago largo de bourbon Antique, se preparó un whisky sour.

«Menudo lío —se dijo—. Perseguido por una máquina del millón procedente de otro mundo.» Estuvo a punto de echarse a reír, pero al final no lo hizo.

«¿Qué se usa —se preguntó— para cazar una máquina del millón homicida, que además tiene tu número y está decidida a acabar contigo? O, para ser más exactos, al misterioso amigo de una máquina del millón...»

En ese momento oyó un tap, tap procedente de su ventana.

Metió la mano en el bolsillo y sacó su pistola láser reglamentaria. Avanzó pegado a la pared para que nadie pudiera verlo desde el otro lado de la ventana y, al llegar a ella, se asomó un momento. Oscuridad. No pudo distinguir nada. ¿Una linterna? Tenía una en la guantera del aerocoche, que estaba aparcado en el tejado. Tenía que ir a por ella.

Un momento después, linterna en mano, corría escaleras abajo en dirección al garaje.

La luz de la linterna reveló la presencia de una entidad con aspecto de insecto y alargados pseudópodos, apoyada en la parte exterior de la ventana. Sus dos antenas habían palpado el cristal en un ciego y mecánico proceso de exploración.

La criatura insecto había ascendido por la pared del edificio. Tinbane veía el

canalón al que se sujetaba.

En ese momento, su curiosidad superó su miedo. Con enorme cuidado, abrió la ventana —tampoco había necesidad de enriquecer aún más al comité de reparaciones del edificio— y apuntó cautelosamente con su láser. La criatura insecto no reaccionó. A todas luces, se había quedado paralizada en mitad de un ciclo. Lo más probable era que sus respuestas, supuso Tinbane, fueran relativamente lentas en comparación con las de un ser orgánico. Salvo, claro está, que estuviera preparada para explotar. En cuyo caso no tenía un segundo que perder.

Disparó el finísimo haz, que alcanzó a la criatura insecto en la parte baja.

Lisiado, el ser retrocedió. Sus numerosos y diminutos palpos soltaron el canalón. Antes de que cayera al vacío, Tinbane lo agarró, lo introdujo en la habitación y lo dejó sobre el suelo, sin dejar de apuntarle con el láser un solo instante. Desde el punto de vista funcional, parecía inoperativo. No reaccionó.

Tras depositarlo sobre la mesita de la cocina, fue a buscar un destornillador en la caja de herramientas que tenía junto al fregadero. Se sentó y examinó el objeto. Tenía la sensación de que contaba con tiempo. La presión, al menos momentáneamente, había remitido.

Tardó cuarenta minutos en abrirlo. Los tornillos no correspondían con ningún destornillador normalizado y al final tuvo que recurrir a un cuchillo de cocina. Pero finalmente lo tuvo abierto frente a sí, sobre la mesa de la cocina, con el caparazón dividido en dos mitades: una vacía y otra llena a rebosar de componentes. ¿Una bomba? Procedió a examinarlo pieza a pieza con extraordinaria prudencia.

No era ninguna bomba, al menos que él pudiera identificar. ¿Una máquina asesina? No tenía cuchillos, toxinas ni microorganismos, ni tubos capaces de expulsar una carga, explosiva o de otro tipo. Así que, en el nombre de Dios, ¿para qué servía? Reconocía el motor que la había permitido ascender por el costado del edificio y la unidad de guiado fotoeléctrica que empleaba para orientarse. Pero eso era todo. Absolutamente todo.

Desde el punto de vista funcional, era un fraude.

¿O no? Consultó su reloj de pulsera. Había pasado una hora entera examinándola. Una hora en la que su atención había estado apartada de cualquier otra cosa... ¿Quién sabía que podía ser esa otra cosa?

Nervioso de nuevo, se puso en pie, recogió la pistola láser y recorrió el apartamento de un lado a otro, escuchando, pensando, tratando de captar cualquier novedad, por pequeña que pudiera ser.

«Les ha dado tiempo —comprendió—. Una hora entera. Para lo que realmente quieren hacer, sea lo que sea.

»Es mejor —pensó— que me largue del apartamento. Que me vaya a La Jolla y me oculte allí hasta que pase todo esto.»

Sonó el videófono.

El rostro de Ted Donovan apareció en la pantalla cuando respondió.



—Un aerocoche del departamento está vigilando tu edificio —dijo—. Ha captado algo. Pensé que querías saberlo.

—Sí —dijo con voz tensa.

—Un vehículo volador ha aterrizado en el aparcamiento del tejado. No es un aerocoche convencional, sino algo más grande. No hemos podido reconocerlo. Luego ha vuelto a despegar y se ha alejado a gran velocidad. Creo que para no volver.

—¿Ha dejado algo?

—Sí, eso me temo.

Con los labios fruncidos, Tinbane preguntó:

—¿Puedes hacer algo por mí? Te lo agradecería mucho.

—¿Qué quieres? No sabemos lo que es. Y tú tampoco, claro. Estamos abiertos a cualquier sugerencia, pero me temo que tendremos que esperar aquí hasta que determines la naturaleza de ese... artefacto hostil.

Algo golpeó la puerta del apartamento.

—Voy a dejar la línea abierta —dijo Tinbane—. No cuelgues. Creo que ha venido. —A esas alturas sentía pánico; un pánico desbordante, infantil. Empuñando la pistola láser con mano floja y temblorosa, fue acercándose paso a paso a la puerta de su apartamento. Se detuvo ante ella, quitó el pestillo y la abrió. Sólo un poco. Tan poco como le fue posible.

Una fuerza irresistible la abrió de par en par. El picaporte se le escapó a Tinbane de la mano. Y entonces, sin hacer el menor ruido, la gigantesca bola de acero que había al otro lado de la puerta entró rodando. Tinbane se arrojó a un lado, consciente de que aquél era su auténtico adversario. El artilugio que había trepado hasta su ventana había servido para distraerlo hasta que llegara esto.

No podía salir. Ya no iba a refugiarse en La Jolla. La gran esfera bloqueaba totalmente la salida.

Volvió al videófono y le dijo a Donovan:

—Estoy atrapado. Aquí, en mi propio apartamento. —En el perímetro exterior, comprendió. Equivalente al terreno escabroso del cambiante paisaje de la máquina del millón. La primera bola había quedado bloqueada allí, en la entrada. Pero ¿y la segunda? ¿Y la tercera?

Cada una de ellas se le acercaría un poco más.

—¿Podéis construir algo para mí? —preguntó con voz ronca—. ¿Podría empezar a trabajar el laboratorio esta misma noche?

—Podemos intentarlo —dijo Donovan—. Todo depende de lo que quieras. ¿Qué se te ha ocurrido? ¿Qué necesitas?

Detestaba tener que pedirlo, pero no tenía alternativa. La siguiente podía irrumpir por una ventana. O aplastarlo después de atravesar el techo.

—Quiero —dijo— una catapulta. Lo bastante grande y resistente como para arrojar un objeto esférico con un diámetro de entre metro y metro y medio. ¿Crees que es posible? —Elevó una plegaria a Dios.

—¿Es eso lo que te está atacando? —preguntó Donovan con voz queda.

—Salvo que se trate de una alucinación... —dijo Tinbane—. Una proyección de terror artificialmente inducida, diseñada con el fin específico de desmoralizarme.

—El aerocoche del departamento ha visto algo —dijo Donovan—. Y no era una alucinación. Poseía masa. Y... —Titubeó un instante—. Dejó algo. Algo grande. Al despegar, su masa se había reducido de manera considerable. Así que es real, Tinbane.

—Eso pensaba —respondió éste.

—Te llevaremos la catapulta lo antes posible —dijo su jefe—. Esperemos que haya un intervalo razonable entre cada... ataque. Y espero que seas capaz de esquivar cinco bolas, al menos.

Tinbane asintió mientras se encendía un cigarrillo, o al menos lo intentaba. Le temblaban demasiado las manos para poner el encendedor en el lugar correcto. A continuación sacó una lata de rapé Dean's Own, pero fue incapaz de abrirla. La lata se le resbaló entre los dedos y cayó al suelo.

—Cinco —dijo— por partida.

La pared del salón empezó a temblar.

La siguiente se acercaba por el apartamento contiguo.

## La fe de nuestros padres [11]

En las calles de Hanoi se topó con un vendedor ambulante sin piernas que conducía un carrito de madera y se dirigía con gritos estridentes a todos los peatones. Chien aminoró la marcha para oír lo que decía, pero no se detuvo; los asuntos del Ministerio de Artefactos Culturales ocupaban su mente y lo distraían; era como si estuviera solo, como si todos los transeúntes que circulaban en bicicletas, scooters y turbomotos no existieran. Y como si el vendedor sin piernas tampoco existiera.

—Camarada —insistió el vendedor, persiguiéndolo en su carrito; una batería de helio impulsaba el motor, proporcionándole una gran velocidad—. Poseo una amplia variedad de remedios tradicionales a base de hierbas, con la garantía de miles de usuarios fieles. Cuéntame tu dolencia y te podré ayudar.

—No tengo ninguna dolencia —dijo Chien.

«Salvo —pensó—, la enfermedad crónica de los empleados del Comité Central, la del oportunismo arribista que tantea constantemente las puertas de cada puesto oficial. Incluido el mío.»

—Por ejemplo, puedo curar la radiotoxemia —entonó el vendedor sin detenerse—. O aumentar, si es necesario, el elemento de la potencia sexual. Puedo revertir las manifestaciones carcinomatosas, incluso los temidos melanomas, lo que llaman cáncer negro. —Alzando una bandeja de frascos, pequeñas latas de aluminio y polvos diversos en recipientes de plástico, el vendedor canturreó—: Si un rival insiste en tratar de usurpar tu rentable puesto burocrático, puedo suministrar un ungüento que, bajo la apariencia de un bálsamo dérmico, es en realidad una toxina de letales efectos. Mis precios son bajos, camarada. Y como favor especial para alguien de porte tan distinguido como el tuyo, aceptaré los inflacionarios dólares de papel de posguerra, que presuntamente gozan de cotización internacional pero que, en realidad, no valen más que el papel higiénico.

—Vete al infierno —dijo Chien, y llamó a un aerotaxi que pasaba. Llevaba tres minutos y medio de retraso para su primera cita del día, y sus fofos superiores del Ministerio ya estarían haciendo rápidos cálculos mentales. Y más aún sus subalternos.

—Pero camarada, debes comprarme —murmuró el vendedor.

—¿Por qué? —preguntó Chien con indignación.

—Porque soy veterano de guerra, camarada. Luché contra los imperialistas en la Colosal Guerra Final de Liberación Nacional, con el Frente Unido Democrático Popular. Perdí mis extremidades inferiores en la batalla de San Francisco. —Y añadió con voz triunfal y satisfecha—: Es la ley. Si te niegas a comprar mercancías ofrecidas por un veterano, te arriesgas a una multa y una posible condena de prisión... además de la vergüenza.

Con cara de cansancio, Chien indicó al aerotaxi que pasara de largo.

—Es verdad —dijo—. Debo comprarte.

Echó una rápida ojeada a la modesta exhibición de remedios a base de hierbas, buscando uno al azar. Señaló un paquete de papel en la última hilera.

El vendedor ambulante rió.

—Eso, camarada, es un espermicida. Lo compran las mujeres que, por razones políticas, no tienen derecho a la píldora. Pero sería de escasa utilidad para ti, pues tú eres un caballero.

—La ley no exige que te compre nada útil —rezongó Chien—, sólo que te compre algo. Me llevaré esto.

Hurgó en su abrigo acolchado en busca de su billetera, abultada con los billetes inflacionarios de posguerra que, cuatro veces por semana, recibía como funcionario oficial.

—Cuéntame tus problemas —dijo el vendedor.

Chien lo miró de hito en hito, pasmado por esta invasión de su intimidad, realizada por alguien ajeno al gobierno.

—De acuerdo, camarada —dijo el vendedor, viendo su expresión—. No me inmiscuiré. Excúsame. Pero como médico, como sanador, es conveniente que yo sepa todo lo posible. —Reflexionó, arrugando sus consumidos rasgos—. ¿Miras demasiada televisión? —preguntó de pronto.

—Todas las noches —dijo Chien, cogido por sorpresa—. Salvo los viernes, cuando voy a mi club para practicar un esotérico arte importado del derrotado Occidente, el enlazado de novillos.

Era el único placer que se permitía. Por lo demás, se consagraba totalmente a las actividades del Partido. El vendedor escogió un paquete de papel gris.

—Sesenta dólares comerciales —dijo—. Con garantía plena. Si no surte el efecto prometido, me devuelves lo que no has usado y obtienes un reembolso total y amistoso.

—¿Y qué efecto tiene? —preguntó Chien con voz cortante.

—Descansa los ojos fatigados por la visión de discursos oficiales sin sentido. Un sedante; tómalo cuando te encuentres expuesto a los duros y prolongados sermones que...

Chien pagó lo solicitado, cogió el paquete y se alejó.

«Pamplinas —pensó—. Esa ordenanza que transforma a los veteranos de guerra en clase privilegiada es una estafa. Acosan a los más jóvenes como velocirraptores.»

El paquete gris quedó olvidado en el bolsillo de su abrigo cuando Chien entró en el imponente edificio de posguerra del Ministerio de Artefactos Culturales, y en su imponente oficina, para iniciar su día de trabajo.

Un hombre blanco, corpulento y maduro, que usaba un traje pardo de seda de Hong Kong, cruzado y con chaleco, esperaba en su oficina. Junto al desconocido estaba su superior, Tso-pin. Tso-pin hizo las presentaciones en cantonés, un dialecto que pronunciaba mal.

—Tung Chien, le presento a Darius Pethel. El señor Pethel será el director del nuevo establecimiento ideológico y cultural de carácter didáctico que pronto inauguraremos en San Fernando, California. El señor Pethel ha consagrado una vida plena e intensa a respaldar la lucha del pueblo contra los países del bloque imperialista mediante métodos pedagógicos. De ahí su alto cargo.

Se estrecharon la mano.

—¿Té? —ofreció Chien. Presionó el interruptor de su hibachi a infrarrojos y el agua de su ornamentado cuenco japonés de cerámica comenzó a burbujear de inmediato. Mientras se sentaba al escritorio, vio que la eficiente señorita Hsi le había dejado un informe confidencial sobre el camarada Pethel. Le echó un vistazo, fingiendo que no hacía nada de particular.

—El Benefactor Absoluto del Pueblo —dijo Tso-pin— se ha reunido personalmente con el señor Pethel y confía en él. Esto es excepcional. La escuela de San Fernando aparentará enseñar filosofía taoísta, pero en realidad constituirá un canal de comunicación con el segmento juvenil liberal e intelectual del oeste de Estados Unidos. Muchos de ellos han sobrevivido, de San Diego a Sacramento. Por lo menos diez mil, según nuestras estimaciones. La escuela aceptará dos mil. La inscripción será obligatoria para aquellos que sean escogidos.

La relación de usted con la programación del señor Pethel es fundamental. Ejem —se interrumpió—, el agua del té está hirviendo.

—Gracias —murmuró Chien, echando el saquito de té Lipton.

—Aunque el señor Pethel supervisará la configuración de los cursos de instrucción que la escuela impartirá a su cuerpo estudiantil —continuó Tso-pin—, todos los exámenes se le remitirán a usted para un experto y atento estudio ideológico. En otras palabras. Chien, usted determinará quién es fiable de entre los dos mil estudiantes, quiénes responden realmente a la programación y quiénes no.

—Serviré el té —dijo Chien, y lo hizo ceremoniosamente.

—Lo que debemos comprender —pontificó Pethel en un cantónes aún peor que el de Tso-pin— es que la juventud de Estados Unidos, una vez derrotada en su guerra global contra nosotros, ha desarrollado un gran talento para simular.

Dijo la última palabra en inglés. Chien no la entendió y miró inquisitivamente a su superior.

—Mentir —explicó Tso-pin.

—Repiten las consignas por pura apariencia, pero en su interior las creen falsas —dijo Pethel—. Los exámenes de este grupo se parecerán a los de auténticos...

—¿Me está diciendo que los exámenes de dos mil estudiantes pasarán por mi oficina? —interrumpió Chien. No podía creerlo—. Es una tarea descomunal. No tengo tiempo para nada semejante. —Estaba pasmado—. Para dar una aprobación o negación crítica y oficial tan exhaustiva como la que usted reclama...

—Tonterías —le espetó Pethel en inglés.

Tso-pin pestañeó ante esa vulgaridad occidental.

—Usted tiene personal —dijo—. Además puede utilizar varias personas más de la planta. El presupuesto del Ministerio, incrementado este año, se lo permitirá. Y recuerde: el Benefactor Absoluto del Pueblo ha escogido personalmente al señor Pethel.

El tono, ominoso pero sutil, estaba destinado a vencer la histeria de Chien y transformarla en sumisión. Al menos por el momento. Para enfatizar su exhortación, Tso-pin caminó hacia el otro extremo de la oficina y se detuvo ante el retrato tridimensional del Benefactor Absoluto. Al cabo de un momento, su proximidad activó la cinta que había detrás del retrato. El rostro del Benefactor Absoluto se movió, y su conocida voz recitó una famosa homilía.

«Luchad por la paz, hijos míos», declamó con suavidad y firmeza.

—Ha —respondió Chien, ocultando su turbación.

Quizás uno de los ordenadores del Ministerio pudiera clasificar los exámenes; se podía utilizar una estructura sí-no-quizá, en conjunción con un preanálisis del patrón de corrección (e incorrección) ideológica. La tarea se podía convertir en algo rutinario. Quizá.

—Tengo conmigo un material que me gustaría que usted examinara, señor Chien —dijo Darius Pethel. Abrió un feo y anticuado maletín de plástico—. Dos ensayos presentados en un examen —confirmó mientras le pasaba los documentos a Chien—. Esto nos indicará si usted es adecuado para este trabajo. —Miró de soslayo a Tso-pin. Sus miradas se cruzaron—. Entiendo que si usted tiene éxito en este proyecto lo nombrarán viceconsejero del Ministerio, y Su Grandeza, el Benefactor Absoluto del Pueblo, le otorgará personalmente la medalla de Kisterigian.

Él y Tso-pin sonrieron cautamente.

—La medalla de Kisterigian —repitió Chien. Aceptó los exámenes y los miró haciendo ostentación de una perezosa indiferencia. Pero en su corazón vibraba una mal disimulada tensión—. ¿Por qué estos dos? Es decir, ¿qué debo buscar?

—Uno de ellos —dijo Pethel— es obra de un progresista dedicado, un leal miembro del partido cuya fidelidad está totalmente corroborada. El otro pertenece a un joven stilyagi sospechoso de tener criptoideas degeneradas, pequeñoburguesas e imperialistas. A usted le corresponde determinar quién es quién.

«Muchas gracias», pensó Chien. Pero asintió y leyó el título del primer examen.

DOCTRINAS DEL BENEFACTOR ABSOLUTO  
ANTICIPADAS EN LA POESÍA DE BAHÁ AD-DIN ZUHAYR,  
DE LA ARABIA DEL SIGLO XIII

Al mirar las primeras páginas, Chien vio una cuarteta conocida. Se llamaba La muerte y Chien estaba familiarizado con ella.

*Puede errar un par de veces;  
sólo escoge una de muchas horas.*

*No ve valles ni colinas,  
sólo una llana planicie donde recoge flores.*

—Un poema con fuerza —dijo Chien.

—Él utiliza el poema —dijo Pethel, observando el movimiento de labios de Chien mientras releía la cuarteta— para referirse al sabio y tradicional aserto, manifestado por el Benefactor Absoluto en nuestra vida actual, de que nadie está a salvo. Todos somos mortales, y sólo sobrevive la causa suprapersonal, históricamente esencial. Como debe ser. ¿Usted coincide con este estudiante? O... —Pethel hizo una pausa—. ¿Acaso estará satirizando las proclamas del Benefactor Absoluto?

—Permítame revisar el otro examen —dijo Chien con cautela.

—No necesita más información. Decida.

Chien titubeó.

—Pero nunca pensé en el poema de esta manera —dijo con irritación—. De todos modos, no es de Baha ad-Din Zuhayr; forma parte de la antología de las Mil y Una Noches. Sin embargo, admito que es del siglo XIII.

Leyó rápidamente el texto que acompañaba el poema. Parecía ser un refrito rutinario de los clichés del Partido, que él conocía desde la cuna. El ciego monstruo imperialista que crecía para someter (metáfora confusa) la aspiración humana, las especulaciones de los enemigos del Partido que sobrevivían en el este de Estados Unidos... Se sentía aburrido, tan poco inspirado como ese examen. Debemos perseverar, declaraba el ensayo. Eliminar los baluartes del Pentágono que sobreviven en las montañas Catskill, someter Tennessee, y sobre todo, el reducto de enconados reaccionarios de las rojas colinas de Oklahoma. Suspiró.

—Creo —dijo Tso-pin— que debemos conceder al señor Chien la oportunidad de estudiar este espinoso asunto con mayor tranquilidad. Chien, tiene autorización para llevarlos a su casa esta noche y estudiarlos en su tiempo libre.

Hizo una reverencia, a medias burlona, a medias solícita. En todo caso, aunque fuera un insulto, había sacado a Chien del atolladero, y Chien se lo agradecía.

—Es usted muy amable —murmuró— al permitirme realizar esta nueva y estimulante tarea en mi tiempo libre. Mikoyan lo aprobaría.

«Canallas —pensó. Tanto su superior como Pethel—. Arrojarle una patata caliente como ésta, y en mi tiempo libre. Obviamente el PC de Estados Unidos está en apuros. Sus academias de adoctrinamiento no logran convencer a los excéntricos y tozudos jóvenes yanquis. Y se han ido pasando la patata caliente hasta que llegó a mí. Gracias por nada», pensó con rencor.

Esa noche, en su pequeño pero bien situado apartamento, leyó el otro examen, perteneciente a una tal Marion Culper, y descubrió que también trataba sobre un poema. Obviamente esto formaba parte de un curso de poesía, y no le gustó. Siempre le había molestado el uso de la poesía —o de cualquier arte— con propósitos

sociales. De todos modos, repantigado en su mecedora de imitación de cuero, que mantenía erguida la columna vertebral, encendió un inmenso puro Cuesta Rey Number One English Market y se puso a leer.

La señorita Culper, autora del ensayo, había escogido como texto un fragmento de un poema de John Dryden, el autor inglés del siglo XVII, los últimos versos de la célebre Canción para el Día de Santa Cecilia.

*Así, cuando la última y espantosa hora  
devore el decrepito espectáculo,  
la trompeta se oirá en lo alto:  
los muertos vivirán, los vivos morirán,  
y la música hará que el cielo desafine.*

«Qué barbaridad —pensó Chien ácidamente—. ¿Debemos creer que Dryden anticipó la caída del capitalismo? ¿A eso se refería con el "decrepito espectáculo"? Cielos.» Se inclinó para coger su puro y descubrió que se había apagado. Hurgó en sus bolsillos, buscando el encendedor japonés. De pronto, el televisor lanzó un pitido desde el extremo del salón.

«Ajá —pensó Chien—. El Líder va a dirigimos la palabra. El Benefactor Absoluto del Pueblo, desde Pekín, donde vive desde hace noventa años. ¿O son cien? O, como a veces lo llamamos, el Asno...»

«Que diez mil capullos de abyecta pobreza voluntaria florezcan en vuestro patio espiritual», dijo el locutor.

Con un gruñido, Chien se levantó e hizo la reverencia obligatoria de respuesta. Cada televisor estaba equipado con dispositivos de monitorización para confirmar a la Polseg, la Policía de Seguridad, que el dueño hacía la reverencia y miraba el programa.

En la pantalla apareció un rostro claramente definido, los anchos, saludables y lozanos rasgos del Líder del PC Oriente, hombre de ciento veinte años que gobernaba sobre muchos hombres. «Demasiados», pensó Chien. «Al cuerno contigo», se dijo, y se instaló de nuevo en su mecedora, delante de la pantalla.

«Mis pensamientos —dijo el Benefactor Absoluto con voz matizada y lenta— están con vosotros, hijos míos. Sobre todo con Tung Chien de Hanoi, que se enfrenta a una dificultosa labor, una labor que enriquecerá al pueblo del Oriente Democrático, y también a la costa Oeste de Estados Unidos. Debemos pensar al unísono en este hombre noble y dedicado y en la tarea a la que se enfrenta. He decidido tomar algunos instantes de mi tiempo para honrarle y alentarle. ¿Estás escuchando, Chien?»

—Sí, Su Grandeza —dijo Chien, y se preguntó cuántas probabilidades había de que el Líder del Partido lo hubiera escogido a él esa noche en especial. La respuesta le hizo sentir un cinismo indigno de un camarada. No era convincente. Quizás esta transmisión se enviara sólo a su edificio, o a esta ciudad. O quizá fuera una



sincronización labial hecha en Hanoi TV. En todo caso debía escuchar, observar y asimilar. Lo hizo, siguiendo la práctica de toda una vida. Por fuera parecía rígidamente atento. Por dentro aún pensaba en los dos exámenes, preguntándose cuál era cuál. ¿Dónde terminaba el devoto entusiasmo partidario y dónde comenzaba el sarcasmo? Costaba diferenciarlo..., lo cual explicaba por qué le habían endilgado ese trabajo.

De nuevo buscó su encendedor en los bolsillos. Encontró el sobrecito gris que le había vendido el veterano de guerra. «Cielos», pensó, recordando cuánto le había costado. Dinero tirado. ¿Y para qué servía este remedio? Nada. Dio la vuelta al sobre y en el dorso vio un pequeño texto impreso. «Bien», pensó, y comenzó a abrirlo con cuidado. Las palabras habían llamado su atención pues ése era su propósito.

*¿Fallas como miembro del Partido y como humano?  
¿Temes volverte obsoleto y ser arrojado  
a la pila de cenizas de la historia por...?*

Leyó el texto deprisa, sin prestarle demasiada atención, tratando de averiguar qué había comprado. Entretanto el Benefactor Absoluto seguía con su cháchara.

Rapé. El paquete contenía rapé. Finísimos gránulos negros como pólvora cuyo atractivo aroma le cosquilleaba en la nariz. Esta mezcla, descubrió, se llamaba Princes Special y era muy agradable. En una época había probado rapé, ya que durante un tiempo se había prohibido fumar tabaco, por razones de salud, cuando estudiaba en la Universidad de Pekín. Estaba de moda, sobre todo las mezclas amatorias preparadas en Chung-king, hechas de quién sabía qué. ¿Esto era lo mismo? Cualquier sustancia aromática podía añadirse al rapé, desde una esencia hasta cangrejo pulverizado; al menos así lo parecía, sobre todo una mezcla inglesa llamada High Dry Toast, la cual había bastado para terminar con sus deseos de inhalar tabaco.

En la pantalla, el Benefactor Absoluto peroraba monótonamente mientras Chien olía ese polvo y leía la descripción: lo curaba todo, desde llegar tarde al trabajo, hasta enamorarse de una mujer de ideas políticas dudosas. Interesante. Pero típico de la publicidad. Llamaron a la puerta.

Se levantó, fue hasta la puerta y la abrió con pleno conocimiento de lo que encontraría. Allí estaba Mou Kuei, el menudo guardián del edificio, con sus ojos duros, siempre alerta. Se había puesto el brazalete y el casco de metal, demostrando que esto iba en serio.

—Camarada trabajador Chien, recibí una llamada de las autoridades televisivas. Usted no mira su pantalla de televisión y en cambio manipula un paquete de contenido dudoso. —Extrajo un formulario y un lapicero—. Dos marcas rojas; ahora se le ordena sumariamente adoptar una postura cómoda y relajada ante la pantalla para brindar al Líder toda su atención. Sus palabras, esta noche, van dirigidas particularmente a usted, camarada, a usted.

—Lo dudo —refunfuñó Chien.

—¿Qué quiere decir? —dijo Kuei, pestañeando.

—El Líder gobierna a ocho mil millones de camaradas. No va a escogerme a mí. Estaba furibundo. La precisión de la reprimenda del guardián lo irritaba.

—Pero lo oí claramente con mis propios oídos —dijo Kuei—. Usted fue mencionado.

Chien fue hasta el televisor y subió el volumen.

—Pero ahora está hablando de los fracasos en la India Popular. Eso no es relevante para mí.

—¡Todo lo que declara el Líder es relevante! —Mou Kuei trazó una nueva marca en el formulario, se inclinó formalmente y se alejó—. Vine aquí a reprocharle su indolencia porque me llamaron de la Central. Obviamente ellos consideran que su atención es importante. Debo ordenarle que active su circuito de grabación automática de transmisiones y reproduzca los fragmentos anteriores del discurso del Líder.

Chien le hizo una pedorreta y cerró la puerta.

«De vuelta al televisor —pensó—. Al lugar donde pasamos nuestras horas de ocio.» Y allí estaban los dos exámenes. Esto también lo agobiaba. «Y en mi tiempo libre —pensó airadamente—. Al cuerno con ellos. Que se pudran.» Caminó hacia el televisor, dispuesto a apagarlo. Una luz roja de advertencia le informó que no tenía permiso para apagar el televisor. No podía deshacerse de ese discurso ni de esa imagen, ni siquiera si lo desenchufaba. «Los discursos obligatorios —pensó— nos matarán, nos enterrarán; si pudiera estar libre del ruido de los discursos, libre de la algarabía del Partido, que ladra mientras persigue a la humanidad...»

Pero ninguna ordenanza conocida le impedía consumir rapé mientras miraba al Líder. Abrió el paquete gris y descargó un montículo de gránulos negros en el dorso de su mano izquierda. Luego, con experiencia, se llevó la mano a las fosas nasales y aspiró, introduciendo el rapé en la nariz. «Imagina esa vieja superstición —pensó—. Que las cavidades nasales están conectadas con el cerebro, y por ende una inhalación afecta directamente al córtex cerebral.» Sonrió, volvió a sentarse, fijó la mirada en la pantalla y el individuo gesticulante que todos conocían tan bien.

El rostro se encogió y desapareció, al igual que el sonido. Tenía delante un vacío. La pantalla estaba en blanco y el altavoz emitía un tenue susurro.

«El maldito rapé», pensó. Inhaló ávidamente el resto del polvo que tenía en la mano, introduciéndolo en las cavidades nasales y en el cerebro, o al menos tuvo esa sensación. Hundió la nariz en el rapé, absorbiéndolo con euforia.

La pantalla permaneció en blanco hasta que paulatinamente se formó y se consolidó otra imagen. No era el Líder. No era el Benefactor Absoluto del Pueblo, ni siquiera era un rostro humano.

Era una construcción mecánica, hecha de circuitos de transistores, con seudópodos ondulantes, lentes y altavoz. El altavoz empezó a arengarlo con un

zumbido estrepitoso.

Miró fijamente. «¿Qué es esto? —se preguntó—. ¿Realidad? No, alucinación. El vendedor ambulante encontró algunas drogas psicodélicas usadas durante la Guerra de Liberación. Está vendiendo esa mercancía y yo he tomado un poco, no, he tomado mucho.»

Fue a trompicones hasta el videófono, marcó el número de la división de Polseg más cercana al edificio.

—Deseo denunciar a un traficante de drogas alucinógenas —dijo.

—Su nombre, camarada, y su dirección —respondió un eficiente, atento e impersonal burócrata de la policía.

Dio la información y regresó tambaleándose a la mecedora de imitación de cuero, para presenciar nuevamente la aparición que había en la pantalla de televisión. «Esto es letal —pensó—. Debe de ser algún preparado desarrollado en Washington o Londres... mucho más fuerte y extraño que el LSD-25 que arrojaron con tan buenos resultados en nuestros tanques de agua. Y pensé que me libraría del peso de los discursos del Líder..., esto es mucho peor, esta monstruosidad electrónica de plástico y metal que gira y escupe y parlotea. Esto es aterrador.

»Tener que enfrentarme a ello el resto de mi vida...»

Los dos agentes de Polseg tardaron diez minutos en llamar a la puerta. Para entonces, la imagen del Líder había regresado gradualmente a la pantalla, reemplazando a esa espantosa construcción artificial que agitaba sus pseudópodos y hablaba sin cesar. Recibió a los dos policías, y temblando los condujo a la mesa donde había dejado el resto del rapé.

—Una toxina psicodélica —masculló—. De escasa duración. La corriente sanguínea la absorbe directamente a través de los capilares nasales. Les diré dónde la conseguí, quién me la dio, todo eso.

Aspiró profundamente. La presencia de la policía era reconfortante.

Los agentes esperaron con los lapiceros preparados. En el trasfondo, el Líder seguía con su discurso incesante. Como lo había hecho mil noches antes en la vida de Tung Chien. «Pero nunca será igual —pensó—, no para mí. No después de inhalar ese rapé casi tóxico.» ¿Eso era lo que ellos querían?

Qué raro, pensar en ellos. Raro, pero acertado. Titubeó al dar los detalles. Pensó en escatimar información, para que la policía no encontrara a ese sujeto.

—Un vendedor ambulante —empezó a decir—. No sé dónde, no recuerdo.

Pero recordaba. Recordaba la intersección exacta. Al fin, con inexplicable mala gana, se lo dijo todo.

—Gracias, camarada Chien. —El jefe del equipo de policía recogió el resto del rapé, del que quedaba la mayor parte, y lo guardó en el bolsillo de su pulcro y planchado uniforme—. Lo haremos analizar cuanto antes y le informaremos de inmediato si se requieren precauciones médicas. Algunas de esas sustancias psicodélicas de la guerra terminaban por ser fatales, como sin duda habrá leído.

—Lo he leído —convino. Había pensado específicamente en eso.

—Buena suerte y gracias por avisarnos —dijeron ambos policías al marcharse. A pesar de su eficiencia, el asunto no pareció inquietarlos. Era evidente que se trataba de una denuncia rutinaria.

El informe del laboratorio llegó pronto, asombrosamente pronto, dada la vasta burocracia estatal. Le llegó por videófono, antes de que el Líder hubiera terminado su discurso.

—No es alucinógeno —le informó el técnico de Polseg.

—¿No? —preguntó él, intrigado. Curiosamente, no sintió el menor alivio. En absoluto.

—Al contrario. Es una fenotiacina, que como sin duda usted sabe es antialucinógena. Una alta concentración por gramo de mezcla, pero inofensiva. Puede bajar la presión sanguínea o provocar somnolencia. Probablemente robada de un almacén de suministros médicos de la guerra, abandonado por los bárbaros en retirada. Yo no me preocuparía.

Chien colgó el videófono lentamente. Se acercó hasta la ventana de su apartamento —una bonita vista de otros rascacielos de Hanoi— para pensar.

Sonó el timbre de la puerta. Como en trance, cruzó el salón enmoquetado para abrir. Había una muchacha con un impermeable color tostado y un pañuelo sobre el cabello oscuro, lustroso y largo.

—¿Camarada Chien? —preguntó con voz tímida—. ¿Tung Chien, del Ministerio...?

Él la dejó entrar con cautela y cerró la puerta.

—Usted ha monitorizado mi videófono —le dijo. Era sólo una sospecha, pero algo le decía que no se equivocaba.

—¿Se llevaron el resto del rapé? —La muchacha miró a su alrededor—. Oh, espero que no. Hoy en día es difícil de conseguir.

—El rapé es fácil de conseguir —dijo él—. La fenotiacina no. ¿A eso se refiere?

La muchacha alzó la cabeza y lo estudió con sus enormes ojos oscuros.

—Sí, señor Chien... —Ella parecía insegura, todo lo contrario de los agentes de Polseg—. Cuénteme lo que vio. Para nosotros es muy importante confirmarlo.

—¿Tuve alguna opción? —preguntó él con sorna.

—Sí, en efecto. Eso es lo que nos confunde. No salió como habíamos planeado. No lo entendemos. No concuerda con ninguna teoría. —Con ojos aún más oscuros e interrogantes, dijo—: ¿Era esa forma espantosa y acuática? ¿Esa cosa viscosa y dentada, la criatura extraterrestre? Por favor, dígamelo. ¡Tenemos que saberlo!

Respiraba agriadamente, con esfuerzo, y el impermeable tostado subía y bajaba. Él se sorprendió al observar ese ritmo.

—Una máquina —dijo.

—Ah. —Ella asintió vigorosamente—. Sí, entiendo. Un organismo mecánico que en nada se parece a un humano. No una imitación, ni algo construido para parecerse a

un hombre.

—Eso no se parecía a un hombre.

«Ni siquiera intentaba hablar como un hombre», pensó.

—Usted entiende que no era una alucinación.

—Se me informó oficialmente que tomé fenotiacina. Es todo lo que sé —respondió Chien con parquedad. No quería hablar sino oír. Oír lo que esa muchacha podía decirle.

—Bien, señor Chien... —Ella inhaló profunda e irregularmente—. Si no era una alucinación, ¿qué era? ¿Qué nos queda? ¿Aquello que llaman extraconciencia? ¿Podría ser eso?

Él no respondió. Dándole la espalda, recogió con desgana los dos exámenes y les echó un vistazo, sin hacerle caso; esperando el próximo intento.

Ella olía a lluvia de primavera, a dulzura y agitación. Había belleza en su olor y su aspecto. «Y en sus palabras —pensó—. Tan diferente de los envarados discursos que oímos por televisión, que vengo oyendo desde mi infancia.»

—Al ingerir estelacina —dijo jadeante—, algunos ven una aparición, otros ven otra. Usted ingirió estelacina, señor Chien. Sin embargo, existen diferencias claras, no hay una variedad infinita. Algunos ven lo que usted vio; lo llamamos el Chirriante. Otros ven un horror acuático, el Borbollón. Y luego está el Ave, y el Tubo Trepador y... —se interrumpió—. Existen otras reacciones que son poco reveladoras; para nosotros, al menos. —Continuó, titubeante—. En cuanto a lo que le ha sucedido, señor Chien, nos gustaría que se uniera al grupo de los que ven lo que usted ve. El Grupo Rojo. Queremos saber qué es realmente y... —Gesticuló con sus dedos largos y suaves—. No puede ser todas esas manifestaciones.

Su tono era candorosamente apremiante. Chien se relajó un poco.

—¿Usted qué ve? —le preguntó.

—Formo parte del Grupo Amarillo. Yo veo una tormenta. Un torbellino ululante y tenaz. Lo arranca todo de cuajo, aplasta apartamentos construidos para durar un siglo. —Sonrió vagamente—. El Triturador. Doce grupos en total, señor Chien. Doce experimentos totalmente distintos, todos con las mismas fenotiacinas, todas con el Líder hablando por televisión. Mejor dicho, esa cosa.

Le sonrió. Tenía las pestañas largas, quizás alargadas artificialmente, y una mirada seductora, incluso confiada. Como si pensara que él sabía algo o podía hacer algo.

—Mi deber de ciudadano es denunciarla —dijo al fin.

—No hay ley sobre esto. Estudiamos documentos judiciales soviéticos antes de encontrar gente para distribuir la estelacina. No tenemos mucha. Debemos distribuirla con mucho cuidado. Usted nos parecía una buena opción... un joven burócrata de posguerra en ascenso. —Cogió los exámenes que él tenía en la mano—. ¿Le han pedido una pol-lectura?

—¿Pol-lectura? —No conocía el término.

—Estudiar algo que se ha dicho o escrito para ver si coincide con el actual punto de vista del Partido. La gente de su nivel lo llama lectura, ¿verdad? —De nuevo sonrió—. Cuando ascienda un paso más, con el señor Tso-pin, conocerá esa expresión. —Y añadió sombríamente—: Y con el señor Pethel. Él también está muy arriba. Señor Chien, no hay escuela ideológica en San Fernando. Estos exámenes son falsos y están diseñados para que ellos puedan realizar un análisis exhaustivo de su ideología política, señor Chien. ¿Ha podido distinguir cuál de ellos es el ortodoxo y cuál el herético? —Hablaba con voz de duendecillo pícaro—. Si elige mal, su incipiente carrera quedará frenada. Si elige bien...

—¿Usted sabe cuál es cuál?

—Sí. Tenemos dispositivos de escucha en las oficinas de Tso-pin. Monitorizamos su conversación con el señor Pethel, que no es el señor Pethel sino el inspector Judd Craine de Polseg. Quizás haya oído hablar de él. Actuó como asistente principal del juez Vorlawsky en el juicio por crímenes de guerra de Zúrich, en el 98.

—Entiendo —dijo Chien con dificultad.

Eso lo explicaba todo.

—Mi nombre es Tanya Lee —dijo la muchacha.

Él no dijo nada. Se limitó a asentir, demasiado pasmado para pensar.

—Técnicamente, soy una empleada menor de su Ministerio —dijo la señorita Lee—. Sin embargo, usted jamás se ha topado conmigo, que yo recuerde. Tratamos de obtener puestos donde sea posible. Tan alto como sea posible. Mi jefe...

—¿Es prudente que me cuente esto? —Chien señaló el televisor, que seguía encendido—. ¿No estarán vigilando?

—Hemos introducido un factor ruido en la salida de vídeo y audio de este edificio. Tardarán casi una hora en localizar la interferencia. Así que tenemos... —Echó un vistazo al reloj que llevaba en la delgada muñeca—. Quince minutos más. Todavía estamos seguros.

—Dígame qué examen es el ortodoxo.

—¿Eso es todo lo que le importa? ¿De veras?

—¿Qué otra cosa debería importarme?

—¿No lo entiende, señor Chien? Usted ha descubierto algo. El Líder no es el Líder. Es otra cosa, pero aún no sabemos qué. Señor Chien, con el debido respeto, ¿alguna vez hizo analizar el agua que bebe? Sé que parece paranoico, ¿pero lo ha hecho?

—No, claro que no.

Sabía qué le diría ella.

—Nuestros análisis —dijo la señorita Lee— indican que está saturada de alucinógenos. Lo está, lo ha estado y lo estará. No los que se usaban durante la guerra. No los que provocan desorientación, sino un derivado sintético del cornezuelo llamado Datrox 3. Usted lo bebe en este edificio desde que se levanta. Lo bebe en restaurantes y en otros apartamentos que visita. Lo bebe en el Ministerio. Todo se

distribuye desde una fuente central y común. —El tono era lúgubre y feroz—. Hemos resuelto ese problema. En cuanto lo descubrimos, supimos que cualquier buena fenotiacina serviría para contrarrestarlo. Lo que no sabíamos era que había una variedad de experiencias auténticas. Racionalmente no tiene sentido. La alucinación debería diferir de una persona a otra, y la experiencia real debería ser universal...; está todo al revés. Doce alucinaciones mutuamente excluyentes, eso sería fácil de entender. Pero no una alucinación y doce realidades.

Dejó de hablar y estudió los dos exámenes, arrugando el entrecejo.

—El del poema árabe es el ortodoxo. Si usted responde esto, confiarán en usted y le darán un puesto más alto. Subirá otro peldaño en la jerarquía del Partido. —Con una sonrisa (sus dientes eran perfectos y adorables) concluyó—: Mire lo que ha recibido a cambio de su inversión de esta mañana. Su cabeza estará segura durante un tiempo. Con nuestro respaldo.

—No la creo. —Instintivamente, era presa de su recelo, el recelo de alguien que se había pasado una vida entre los esbirros de la rama Hanoi del PC Oriente. Conocían infinitos modos de eliminar a sus rivales, y él había empleado algunos, y también los había sufrido en carne propia. Este podía ser un método nuevo que él desconocía. Todo era posible.

—Esta noche el Líder lo mencionó en su discurso —dijo la señorita Lee—. ¿No le pareció extraño? ¿Usted entre todo el mundo? Un burócrata menor de un Ministerio modesto...

—Lo admito. Sí, me pareció extraño.

—Pero era auténtico. El Benefactor Absoluto está preparando un cuadro selecto de jóvenes de la posguerra, para infundir nueva vida a la reseca y moribunda jerarquía de viejos carcas y propagandistas del Partido. Su Grandeza lo escogió por el mismo motivo que nosotros. Si da los pasos correctos, su carrera puede llevarlo a la cima. Al menos por un tiempo..., según sabemos. Así son las cosas.

«Así que todos tienen fe en mí —pensó Chien—. Todos excepto yo. Y menos después de esta experiencia con el rapé antialucinatorio.» Había hecho temblar años de confianza, y justificadamente. Sin embargo, comenzaba a recobrar el equilibrio. Lo sintió regresar, al principio un goteo, luego un torrente.

Fue al videófono, alzó el receptor y se dispuso, por segunda vez esa noche, a marcar el número de la Policía de Seguridad de Hanoi.

—Entregarme —dijo la señorita Lee— sería la segunda decisión más regresiva que usted podría tomar. Les diré que me trajo aquí para sobornarme. Que usted creía, dado mi puesto en el Ministerio, que yo sabría qué examen escoger.

—¿Y cuál sería la primera decisión más regresiva?

—No tomar otra dosis de fenotiacina —dijo la señorita Lee sin alterarse.

Colgando el teléfono, Tung Chien pensó: «No sé lo que me ocurre. Dos fuerzas. Por una parte, el Partido y Su Grandeza. Por la otra, esta muchacha y su presunto grupo. Unos quieren que ascienda en la jerarquía del Partido. Los otros...» ¿Qué

quería Tanya Lee? Por debajo de las palabras, más allá de la pátina casi trivial de desprecio por el Partido, por el Líder, por las pautas éticas del Frente Unido Democrático Popular... ¿qué quería de él?

—¿Usted se opone al Partido? —preguntó con curiosidad.

—No.

—Pero... —Chien gesticuló dubitativamente—... eso es todo lo que hay. Partido y antipartido. Usted debe de estar a favor del Partido, entonces. —La miró desconcertado. Ella sostuvo la mirada sin inmutarse—. Ustedes tienen una organización, y se reúnen. ¿Qué se proponen destruir? ¿La actividad normal del gobierno? ¿Son ustedes como los traidores estudiantes universitarios de Estados Unidos durante la guerra de Vietnam, que detenían envíos de tropas, se manifestaban...?

—Las cosas no fueron así —suspiró la señorita Lee—. Pero eso no importa. Sólo queremos saber quién o qué nos lidera. Debemos infiltrarnos lo suficiente para contar con alguien, un joven teórico en ascenso, por ejemplo, a quien puedan invitar a charlar personalmente con el Líder, ¿entiende? —dijo levantando la voz. Consultó el reloj, obviamente ansiosa de marcharse. Los quince minutos terminarían pronto—. Pocas personas ven al Líder, como usted sabe. Es decir, pocos lo ven de veras.

—Está casi recluido debido a su avanzada edad.

—Tenemos una esperanza. Si usted supera esta tramposa prueba, y con mi ayuda lo hará, será invitado a una de las fiestas exclusivas que el Líder celebra de vez en cuando, y que no se mencionan en los periódicos. ¿Entiende ahora? —Elevó la voz con frenética desesperación—. Entonces sabríamos. Si usted pudiera entrar allí bajo la influencia de la droga antialucínógena, si pudiera verlo cara a cara tal cual es...

—Y así terminar mi vida de funcionario público. Quizá mi vida a secas.

—Usted está en deuda con nosotros —replicó Tanya Lee palideciendo—. Si no le hubiera dicho qué examen escoger, habría elegido mal y su laboriosa carrera habría concluido de todos modos. Habría sido suspendido sin siquiera saber que le estaban examinando.

—Tenía una probabilidad del cincuenta por ciento —protestó él débilmente.

—No. —Ella sacudió la cabeza—. El ensayo herético está lleno de expresiones propias de la jerga del Partido. Prepararon a propósito los dos textos para tenderle una trampa. Ellos querían que usted fracasara.

Una vez más estudió los dos exámenes, sintiéndose confundido. ¿Tenía razón la señorita Lee? Quizá. Podría ser. Era creíble, conociendo a los funcionarios del Partido como él los conocía, y sobre todo a Tso-pin, su superior. Se sintió fatigado, derrotado.

—Usted quiere un quid pro quo. Ya hizo algo por mí; obtuvo la respuesta a ese examen del Partido. Usted ya ha cumplido su parte. ¿Qué me impide echarla con cajas destempladas? No tengo por qué hacer nada.

Su voz resonaba con la frialdad emocional que era tan habitual en los círculos del Partido.



—Habr  otras pruebas mientras continúa su ascenso —dijo la señorita Lee—. Y también lo ayudaremos.

Estaba tranquila, serena. Sin duda había previsto esta reacción.

— Cu nto tiempo tengo para pensarlo? —preguntó Chien.

—Ahora me ir . No tenemos prisa. No lo van a invitar a la villa del río Yangtsé la próxima semana, ni siquiera el próximo mes. —Fue hasta la puerta, la abrió, se detuvo—. A medida que vaya siendo sometido a esas pruebas subrepticias, nos comunicaremos con usted para darle las respuestas. En esas ocasiones se verá con alguno de nosotros. Quizá no sea yo. Probablemente sea ese veterano de guerra lisiado quien le venda las respuestas correctas cuando usted salga del Ministerio. —Sonrió fugazmente, una sonrisa velada—. Pero un día, inesperadamente, recibir  una pomposa invitación formal y oficial, y cuando vaya a la villa estar  sedado con estelacina; quizá la última dosis de nuestra menguante provisión. Buenas noches.

Cerró la puerta. Se había ido.

«Por Dios —pensó Chien—. Ellos pueden extorsionarme por lo que hice, y ella ni siquiera se molestó en mencionarlo. En semejante situación, ni vale la pena mencionarlo.

» Pero extorsionarme para qué? —Ya había dicho a la Polseg que le habían dado una droga que resultó ser una fenotiacina—. Entonces ellos saben —comprendió—. Me vigilarán. Estarán alerta. Técnicamente, he infringido una ley, pero... estarán vigilando, sin duda.»

Pero, en definitiva, vigilaban siempre. Se relajó un poco al pensar en eso. A través de los años se había acostumbrado, igual que todos los demás.

«Ver  al Benefactor Absoluto del Pueblo tal como es —pensó—. Lo cual quizá nadie haya hecho.  C mo será?  Cu l de las categorías no alucinatorias? Categorías que yo ni siquiera conocía, una visión que puede trastornarme por completo.  C mo podr  soportar la velada, mantener la compostura, si es como la forma que vi en la pantalla de televisión? El Triturador, el Chirriante, el Ave, el Tubo Trepador, el Borbollón... o algo peor.»

Se preguntó en qué consistirían las otras visiones, y desistió de esa especulación. No llevaba a ninguna parte y era demasiado angustiante.

A la mañana siguiente Tso-pin y Darius Pethel se reunieron con él en su oficina, ambos estaban tranquilos pero expectantes. Sin decir nada, él les entregó uno de los exámenes. El ortodoxo, con su breve y conmovedor poema  rabe.

—Este es obra de un dedicado miembro del Partido, o aspirante a ello —declaró Chien. Golpe  las hojas restantes—. El otro es basura reaccionaria. —Manifestó un acceso de furia—. A pesar de una superficial...

—De acuerdo, señor Chien —dijo Pethel, moviendo la cabeza—. No es preciso entrar en detalles. Su análisis es correcto.  Oy  que el Líder lo mencionó en su discurso de anoche?

—Por supuesto.

—Entonces sin duda ha inferido que nuestro proyecto es de suma importancia. El Líder le ha echado el ojo, eso está claro. De hecho, se ha comunicado conmigo para hablarme de usted. —Pethel abrió su abultado maletín y hurgó en su interior—. Perdí esa maldita cosa. De todos modos —miró de soslayo a Tso-pin, quien asintió con un leve gesto—, Su Grandeza desea que usted se presente para cenar en la villa del río Yangtsé el próximo jueves por la noche. La señora Fletcher, sobre todo, agradecería...

—¿La señora Fletcher? —preguntó Chien—. ¿Quién es la señora Fletcher?

Después de una pausa, Tso-pin dijo en tono adusto:

—La esposa del Benefactor Absoluto. Cuyo nombre, que por supuesto usted jamás oyó, es Thomas Fletcher.

—Es un hombre blanco —explicó Pethel—. En sus orígenes pertenecía al Partido Comunista de Nueva Zelanda. Participó en la difícil toma del poder allí. Esta noticia no es estrictamente secreta, pero tampoco se ha difundido a voz en cuello. —Titubeó, jugando con su reloj de cadena—. Quizá sea mejor que se olvide de ello. Por cierto, en cuanto lo conozca, verá que es un hombre blanco. Como muchos de nosotros.

—La raza no tiene nada que ver con la lealtad al Líder y al Partido —señaló Tso-pin—. Como indica nuestro señor Pethel.

«Pero Su Grandeza», pensó Chien, conmocionado. En la pantalla de televisión no parecía ser occidental.

—En televisión... —balbuceó.

—La imagen —interrumpió Tso-pin— está sometida a una serie de habilidosos ajustes con propósitos ideológicos. La mayoría de las personas que ocupan altos cargos son conscientes de ello.

Miró con dureza a Chien.

«Conque todos están de acuerdo —pensó Chien—. Lo que vemos todas las noches no es real. ¿Pero hasta qué punto es irreal? ¿Lo es total o parcialmente?»

—Estaré preparado —dijo con voz tensa. Y pensó: «Ha habido un fallo. La gente que Tanya representa no estaba preparada para que me invitaran tan pronto. ¿Dónde está el antialucínogeno? ¿Puede conseguírmelo o no? Quizá no, a tan corto plazo.»

Curiosamente, se sentía aliviado. Comparecería en presencia de Su Grandeza con la posibilidad de verlo como ser humano, verlo como él y todos los demás lo veían en televisión. Sería una cena estimulante y jovial, con algunos de los miembros del Partido más influyentes de Asia. «Creo que podré prescindir de la fenotiacina», pensó.

Y se sintió aún más aliviado.

—Hela aquí, por fin —dijo de pronto Pethel sacando un sobre blanco del maletín—. Su invitación. El jueves por la mañana volará a la villa del Líder en sinocohete; allí el oficial de protocolo lo instruirá sobre la conducta que se espera de usted. Será ropa formal, con esmoquin, pero la atmósfera será cordial. Siempre hay muchos

brindis.

Yo ya he asistido a un par de estas reuniones. El señor Tso-pin todavía no ha tenido ese honor. —Arrugó la cara en una sonrisa—. Pero, como dicen, todo llega para quien sabe aguardar. Lo dijo Benjamin Franklin.

—Para el señor Chien ha llegado prematuramente, diría yo —señaló Tso-pin encogiéndose de hombros con resignación—. Pero en ningún momento se me ha pedido opinión.

—Una cosa —le dijo Pethel a Chien—. Cuando vea a Su Grandeza en persona, quizá sufra alguna decepción. En tal caso, procure no evidenciarlo. Siempre tendemos a verlo como algo más que un hombre. Así nos han entrenado. Pero a la mesa es... un poco vulgar. En ciertos aspectos es como nosotros. Quizá se complazca, por ejemplo, en una actividad oral agresiva y pasiva moderadamente humana; puede que cuente alguna anécdota subida de tono o beba demasiado. Con franqueza, nadie sabe de antemano cómo resultarán estas cosas, pero en general se prolongan hasta la madrugada. Así que sería prudente aceptar la dosis de anfetaminas que le ofrecerá el oficial de protocolo.

—¿Cómo? —dijo Chien. Esto era novedoso e interesante.

—Para tener más energía, y para contrarrestar el efecto de la bebida. Su Grandeza tiene una notable capacidad para permanecer despierto. Con frecuencia sigue en pie y pletórico de energías cuando todos los demás se han derrumbado.

—Un hombre notable —intervino Tso-pin—. Creo que sus extravagancias sólo demuestran que es un individuo excepcional. Y adaptable. Es como el hombre renacentista ideal, como Lorenzo de Médicis.

—En efecto —concedió Pethel.

Estudió a Chien con tal intensidad que él sintió los mismos escalofríos de la noche anterior. «¿Me conducen de una trampa a otra? —se preguntó—. ¿Esa muchacha, sería una agente de la Polseg que me sondeaba, dispuesta a descubrir una vena desleal y antipartidaria en mí? Eludiré a ese veterano sin piernas al salir del trabajo. Cogeré otro camino para regresar a mi apartamento.»

Tuvo éxito. Ese día eludió al vendedor ambulante, y también el siguiente, y así hasta el jueves.

El jueves por la mañana el vendedor salió de debajo de un camión aparcado y le cerró el paso, situándose frente a él.

—¿Y mi medicación? —preguntó el vendedor—. ¿Ayudó? Sé que fue así. La fórmula se remonta a la dinastía Sung. Sé que ayudó.

—Déjame pasar —dijo Chien.

—¿Tendrías la bondad de responder?

No hablaba con el tono gimoteante que se podría esperar de un vendedor callejero marginal, y su voz firme impactó en Chien; la oía con toda claridad. Loud and clear, como decían las tropas títeres imperialistas tiempo atrás.

—Sé lo que me diste —dijo Chien—. Y no quiero más. Si cambio de parecer,

puedo comprarlo en una farmacia. Gracias.

Echó a andar, pero el vendedor lisiado lo persiguió con su carrito. —La señorita Lee habló conmigo —dijo el vendedor en voz alta. Chien gruñó y apretó el paso; vio un aerotaxi y se dispuso a llamarlo.

—Esta noche irás a la cena de la villa del río Yangtsé —dijo el vendedor, jadeando en su esfuerzo para alcanzarlo—. Toma la medicación ahora —imploró, ofreciéndole un sobre—. Por favor, camarada Chien. Por tu bien, por el bien de todos nosotros. Así sabremos con qué nos enfrentamos. Cielo santo, quizá no sea de la Tierra. Es lo que más tememos. ¿No lo entiendes, Chien? ¿Qué es tu condenada carrera comparada con eso? Si no averiguamos...

El taxi se posó en la acera y abrió las puertas. Chien se dispuso a abordarlo.

El sobre voló junto a él, rebotó en la entrada del taxi y aterrizó en el piso mojado por la lluvia.

—Por favor —dijo el vendedor—. Y no te costará nada. Hoy es gratis. Sólo tómala, úsala antes de la cena. Y no consumas las anfetaminas. Estimulan el tálamo, y están contraindicadas cuando se usa un supresor adrenal como la fenotiacina.

La puerta del taxi se cerró detrás de Chien, y éste se sentó.

—¿Adonde, camarada? —preguntó el piloto robot. Chien dio el número de identificación de su apartamento.

—Ese vendedor imbécil logró introducir su sórdida mercancía en mi pulcro interior —dijo el robot—. Fíjese, está junto a sus pies.

Chien vio el paquete. Apenas un sobre común. «Supongo —pensó— que así es como te llegan las drogas. De pronto están allí.» Vaciló un instante y lo recogió.

Como la vez anterior, había un texto además del producto, pero esta vez estaba escrito a mano. Una letra femenina. La señorita Lee:

Nos sorprendió la súbita invitación, pero gracias al cielo estábamos preparados. ¿Dónde estuvo usted el martes y el miércoles? De todos modos, aquí tiene, y buena suerte. Me comunicaré con usted durante la semana. No quiero que trate de encontrarme.

Quemó la nota en el cenicero del taxi. Y conservó los gránulos oscuros.

«Todo este tiempo —pensó—. Alucinógenos en el suministro de agua. Año tras año. Durante décadas. Y no en tiempos de guerra, sino en tiempos de paz. Y no en el bando enemigo sino en el nuestro. Malditos canallas, quizá deba consumir esto. Quizá deba averiguar qué es e informar al grupo de Tanya. Lo haré», decidió. También sentía una gran curiosidad.

Una emoción inconveniente, como bien sabía. La curiosidad podía ser fatal en el trabajo, sobre todo en las actividades del Partido.

Y en ese momento lo dominaba por completo. Se preguntó si duraría toda la noche. Sí, cuando llegara el momento, inhalaría lo del sobre.

El tiempo lo diría. Diría eso y todo lo demás. «Somos flores que se recogen en la planicie», pensó. Como decía el poema árabe. Trató de recordar el resto del poema

pero no pudo. Quizá fuera mejor así.

El oficial de protocolo de la villa, un japonés llamado Kimo Okubara, alto y gruñón, obviamente ex luchador, lo estudió con innata hostilidad, incluso después de haber presentado su invitación con letras caladas y demostrado su identidad.

—Sorprende que molestarte en venir —masculló Okubara—. ¿Por qué no quedarte a ver televisión? Nadie echarte de menos. Hasta ahora pasarlo bien sin ti.

—Ya he mirado la televisión —replicó Chien. De todos modos estas cenas rara vez se televisaban. Eran demasiado lujuriosas.

Los hombres de Okubara lo cachearon en busca de armas, incluyendo la posibilidad de un supositorio anal. Luego le devolvieron su ropa. Sin embargo, no encontraron la fenotiacina, porque él ya la había ingerido. Los efectos de esa droga duraban cuatro horas; sería más que suficiente. Y, como había dicho Tanya, era una gran dosis. Se sentía torpe, mareado. Su lengua se movía espasmódicamente, parecía el mal de Parkinson, un desagradable efecto colateral que él no había previsto.

Pasó una muchacha desnuda de la cintura para arriba, con un largo cabello cobrizo que le caía sobre los hombros y la espalda. Interesante.

Del otro lado, apareció otra muchacha desnuda, esta vez desde el trasero para arriba. Interesante, también. Ambas muchachas parecían ausentes y aburridas, y totalmente dueñas de sí.

—Tú también entrar como ellas —le dijo Okubara.

—Entendí que era con esmoquin —dijo Chien, sobresaltado.

—Broma —dijo Okubara—. A costa tuya. Sólo las chicas ir desnudas. Divertirte, a menos que ser homosexual.

«Bien —pensó Chien—, será mejor que me guste.» Se mezcló con los demás invitados, que usaban esmoquin como él, o vestido largo, si eran mujeres, y se sintió incómodo, a pesar del efecto tranquilizador de la estelacina. «¿Por qué estoy aquí?», se preguntó. Comprendía la ambigüedad de su situación. Estaba ahí para promover su carrera en el aparato del Partido, para obtener la íntima y personal aprobación de Su Grandeza. Y también estaba ahí para desenmascarar a Su Grandeza como un fraude; no sabía qué clase de fraude, pero así era: un fraude contra el Partido, contra todos los pueblos democráticos y pacíficos de la Tierra. «Irónico», pensó. Y siguió mezclándose con los demás.

Una muchacha de pechos pequeños, brillantes y luminosos se le acercó para pedirle fuego. Con movimiento lento sacó su encendedor.

—¿Qué es lo que hace brillar tus pechos? —le preguntó—. ¿Inyecciones radiactivas?

Ella se encogió de hombros y siguió de largo sin responder. Evidentemente no había sido una pregunta atinada. «Quizá sea una mutación de la guerra», pensó.

—Bebidas, señor.

Un criado le ofreció una bandeja. Él cogió un martini, que estaba de moda entre

las clases altas del Partido en la China Popular. Saboreó la bebida helada y seca. «Buen gin inglés», se dijo. O quizás era el compuesto holandés original; enebro o lo que fuera. No estaba mal. Siguió caminando, sintiéndose mejor. De hecho, la atmósfera le resultaba agradable. Los invitados irradiaban confianza. Habían triunfado y ahora podían distenderse. La noción de que la cercanía de Su Grandeza producía angustia neurótica era un mito. No veía indicios de ella, y él no la sentía.

Un hombre mayor, corpulento y calvo lo detuvo apoyándole la copa en el pecho.

—Esa criatura menuda que te pidió fuego —dijo el hombre mayor, riendo entre dientes—. La de pechos navideños. Era un muchacho vestido de mujer. —Rió—. Aquí debes andarte con cuidado.

—¿Dónde se encuentran las mujeres auténticas? —preguntó Chien—. ¿Usan esmoquin?

—No vas desencaminado —dijo el hombre mayor, y se alejó con una turba de invitados hiperactivos, dejando a Chien a solas con su martini.

Una mujer alta, guapa y elegante apoyó la mano en el brazo de Chien. Él sintió que los dedos de la mujer le apretaban el brazo.

—Aquí viene Su Grandeza. Para mí es la primera vez. Estoy un poco asustada. ¿Mi pelo está bien?

—Sí —dijo Chien con aprobación, y siguió la mirada de la mujer, buscando su primera visión del Benefactor Absoluto. Lo que cruzaba la sala, dirigiéndose a la mesa del centro, no era humano.

Tampoco era una construcción mecánica. No era lo que él había visto en televisión. Evidentemente eso era sólo un artilugio para los discursos, del mismo modo que Mussolini había usado un brazo artificial para saludar durante los largos y tediosos desfiles.

«Dios», pensó, y sintió náuseas. ¿Esto era lo que Tanya Lee había llamado el horror acuático? No tenía forma. Ni seudópodos, de carne o metal. En cierto sentido ni siquiera estaba allí; cuando Chien lograba mirarla directamente, la forma desaparecía; podía ver a través de ella, veía la gente que estaba al otro lado, pero no la forma. Pero si movía la cabeza y miraba de soslayo, podía determinar sus límites.

Era atroz, arrasador. Al desplazarse sorbía la vida de cada persona, una cada vez; devoraba a la gente agrupada, seguía su camino, devoraba de nuevo y devoraba más con un apetito incesante. Odiaba. Chien podía sentir ese odio. Detestaba a todos los presentes. Más aún, Chien compartía ese sentimiento. De pronto, Chien y todos los que estaban presentes en la gran villa eran babosas crispadas, y la criatura se detenía con delectación en todos sus cadáveres, pero siempre iba directamente hacia él. ¿O eso era una alucinación? «Si es una alucinación —pensó Chien—, es la peor que he tenido; si no lo es, es una realidad maligna. Es una cosa maligna que mata y destruye.» Vio los restos de mujeres y hombres pisoteados y triturados; vio que trataban de recomponerse, de arreglar sus cuerpos mutilados; oyó que intentaban hablar.

«Sé quién eres —pensó Tung Chien—. Tú, el jefe supremo de la estructura mundial del Partido. Tú, que destruyes cada objeto viviente que tocas; veo ese poema árabe, veo que buscas las flores de la vida para devorarlas. Te veo en la planicie que para ti es la Tierra, una extensión chata sin colinas ni valles. Vas a cualquier parte, apareces en cualquier momento, devoras cualquier cosa; modelas la vida y la engulles, y disfrutas con ello. Eres Dios», pensó.

«Chien —dijo la voz, pero sonaba dentro de su cabeza en vez de salir del espíritu sin boca que se perfiló delante de él—. Me alegra verte de nuevo. Tú no sabes nada. Lárgate. No tengo interés en ti. ¿Por qué debería interesarme la baba? Baba. Estoy sumergido en ella, debo excretarla, y eso hago. Podría destruirte. Incluso puedo destruirme a mí mismo. Hay piedras filosas debajo de mí. Desparramo cosas filosas y puntiagudas en el cieno. Hago que los escondrijos, los lugares profundos, hiervan como un cuenco; para mí el mar es como un unguento. Los copos de mi carne están unidos a todo. Tú eres yo. Yo soy tú. No hay diferencia, del mismo modo que no importa si la criatura de pechos luminosos es varón o hembra. Tú podrías aprender a gozar de ambos.»

Rió.

Chien no podía creer que le hablara a él. No podía ni imaginar que lo hubiera escogido. Era demasiado terrible.

«Os he escogido a todos —dijo la voz—. Nadie es demasiado pequeño, cada cual cae y muere y yo estoy allí para observar. No necesito hacer nada salvo observar. Es automático. Fue dispuesto de este modo.»

Dejó de hablar y se disgregó. Pero Chien aún lo veía. Sentía su presencia múltiple. Era una esfera que colgaba en el salón, con cincuenta mil ojos, un millón de ojos, miles de millones; un ojo por cada cosa viviente mientras esperaba que cada cosa cayera, y luego pisaba cada cosa viviente y caída. Para esto había creado las cosas, y Chien comprendió. Lo que en el poema árabe parecía la muerte no era la muerte sino Dios; mejor dicho, Dios era la muerte, era una fuerza, un cazador, una entidad caníbal, y fallaba algunas veces pero, disponiendo de toda la eternidad, podía permitirse el lujo de fallar. Ambos poemas, comprendió; también el de Dryden. El decrepito desfile; ése es nuestro mundo, por obra tuya. Lo distorsionas para que sea así; nos tuerces.

«Pero al menos —pensó—, aún tengo mi dignidad.» Con dignidad dejó el vaso, se dio la vuelta y caminó hacia las puertas de la sala. Traspuso las puertas y recorrió un largo pasillo enmoquetado. Un criado vestido de rojo le abrió una puerta; se encontró en la oscuridad de la noche, en una veranda, a solas. No, a solas no.

Esa cosa lo había seguido. O había llegado antes. Sí, lo estaba esperando. Aún no había terminado con él.

—Allá voy —dijo Chien.

Se lanzó hacia la barandilla. Estaba a seis pisos de altura, y allá abajo relucían el río y la muerte, no lo que decía el poema árabe. Cuando Chien iba a saltar, la criatura

lo sujetó por un hombro.

—¿Por qué? —preguntó Chien. Pero se detuvo. Intrigado. Sin entender.

—No te arrojes por mí —dijo la criatura.

No podía verla porque se había puesto detrás de él. Pero la prolongación que le tocaba el hombro cobró la forma de una mano humana. La criatura rió.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó Chien, vacilando sobre la barandilla, sostenido por la seudomano.

—Estás haciendo el trabajo por mí. No esperas. ¿No tienes tiempo para esperar? Te seleccionaré entre los demás. No tienes por qué acelerar el proceso.

—¿Y si lo hago? Por repulsión a ti.

La cosa rió. No respondió.

—Ni siquiera respondes —dijo Chien.

Tampoco esta vez recibió respuesta. Se alejó de la barandilla. La presión de la seudomano cedió.

—¿Tú fundaste el Partido? —preguntó Chien.

—Yo fundé todo. Fundé el antipartido, y el Partido que no es un partido, y a sus simpatizantes y opositores, los que llamas imperialistas yanquis, los reaccionarios, y así sucesivamente. Lo fundé todo. Como si fueran hojas de hierba.

—¿Y estás aquí para disfrutarlo?

—Lo que quiero es que me veas tal como soy, como me has visto, y luego confíes en mí.

—¿Qué? —preguntó Chien con voz trémula—. ¿Que confíe en ti para qué?

—¿Crees en mí?

—Sí, puedo verte.

—Entonces vuelve a tu trabajo en el Ministerio. Dile a Tanya Lee que viste a un anciano agotado y obeso que bebe demasiado y pellizca el trasero de las chicas.

—Santo Dios.

—Mientras sigas viviendo, sin poder detenerte, te atormentaré. Te privaré poco a poco de todo lo que posees o deseas. Y cuando estés a punto de morir, te desvelaré un misterio.

—¿Cuál es el misterio?

—Los muertos vivirán, los vivos morirán. Yo mato lo que vive. Salvo lo que ha muerto. Y te diré esto: hay cosas peores que yo. Pero no las conocerás porque para entonces te habré matado. Ahora regresa al comedor y prepárate para la cena. No cuestiones lo que hago. Lo hice mucho antes de que hubiera un Tung Chien y lo seguiré haciendo mucho después.

Chien golpeó con todas sus fuerzas. Y experimentó un dolor violento en la cabeza. Y oscuridad, sensación de caída.

Después de eso, oscuridad de nuevo.

«Te atraparé —pensó—. Haré que tú mueras también. Que sufras. Sufrirás, igual que nosotros, tal como sufrimos nosotros. Te destruiré. Juro por Dios que te destruiré.



Y te dolerá. Tanto como a mí me duele ahora.» Cerró los ojos.

Alguien lo sacudió bruscamente y oyó la voz de Kimo Okubara.

—De pie, borrachín. Andando.

—Necesito un taxi —dijo él sin abrir los ojos.

—Taxi ya esperar. Tú a casa. Vergüenza. Escena violenta, escandalosa.

Levantándose penosamente, abrió los ojos y se miró. «El Líder a quien seguimos —pensó—, es el Dios Único y Verdadero. Y el enemigo contra quien luchamos y hemos luchado también es Dios. Tienen razón; está en todas partes. Pero yo no entendía lo que eso significaba. —Mirando al oficial de protocolo, pensó—: Tú también eres Dios. Así que no hay modo de escapar, ni siquiera saltando. Como pensaba hacer, por instinto.» Tiritó.

—Mezclar bebida con drogas —protestó Okubara—. Carrera arruinada. Verlo ocurrir muchas veces. Largo de aquí.

Caminó tambaleándose hacia la gran puerta central de la villa del río Yangtsé. Dos criados con penachos de plumas, vestidos como caballeros medievales, abrieron la puerta ceremoniosamente.

—Buenas noches, señor —saludó uno de ellos.

—Púdrete —dijo Chien, y se perdió en la noche.

A las tres menos cuarto de la mañana, mientras permanecía insomne en el salón de su apartamento, fumando un Cuesta Rey Astoria tras otro, llamaron a la puerta.

Al abrirla, vio a Tanya Lee arrebujaada en su abrigo, el rostro encogido de frío. Los ojos de la muchacha ardían de curiosidad.

—No me mires así —dijo él con malos modos. El puro se había apagado. Volvió a encenderlo—. Ya me han mirado bastante.

—Lo viste —dijo ella.

Él asintió.

Tanya se sentó en el brazo del diván.

—¿Qué puedes decirme? —preguntó al rato.

—Vete de aquí, tan lejos como puedas —dijo Chien—. Vete muy lejos. —Y luego recordó: nunca habría distancia suficiente. Recordó que también había leído eso—. Olvídalo.

Se levantó y fue a la cocina a preparar café. Tanya lo siguió.

—¿Tan malo fue? —preguntó.

—No se puede ganar —dijo él—. Tú no puedes ganar. Yo no me incluyo. No estoy en esto. Sólo quería hacer mi trabajo en el Ministerio y olvidarlo. Olvidar este condenado asunto.

—¿No es de la Tierra?

—No.

—¿Es hostil hacia nosotros?

—Sí. No. Ambas cosas. Ante todo es hostil.

—Entonces debemos...

—Vete a casa. Vete a dormir. —Chien la miró con atención. Había permanecido sentado largo rato y había cavilado mucho. Sobre muchas cosas—. ¿Estás casada?

—No. Ahora no. En otro tiempo sí.

—Quédate conmigo esta noche. El resto de esta noche, al menos. Hasta que salga el sol. La parte nocturna es espantosa...

—Me quedaré —dijo Tanya, desabrochándose el cinturón del impermeable—, pero necesito algunas respuestas.

—¿Qué quería decir Dryden al hablar de la música que haría desafinar al cielo? No lo entiendo. ¿Qué le hace la música al cielo?

—Todo el orden celestial del universo termina —dijo ella mientras colgaba el impermeable en el armario del dormitorio. Debajo llevaba un suéter rayado color naranja y pantalones ceñidos.

—¿Y eso es malo? —preguntó él.

Ella reflexionó.

—No lo sé. Supongo que sí.

—Es atribuirle demasiado poder a la música —dijo él.

—¿Conoces esa expresión pitagórica acerca de la música de las esferas? —respondió Tanya. Se sentó en la cama y se quitó los zapatos.

—¿Crees en eso? —preguntó él—. ¿O crees en Dios?

—¡Dios! —Tanya se echó a reír—. Eso se terminó con la locomotora de vapor. ¿De qué hablas? ¿De Dios, o de un dios?

Se le acercó, escrutándole el rostro.

—No me mires así —dijo él con brusquedad—. No quiero que nadie me vuelva a mirar.

Se alejó, irritado.

—En mi opinión, si Dios existe se interesa muy poco por los asuntos humanos —dijo Tanya—. Esa es mi teoría. Le importa un rábano si triunfa el mal, o si la gente y los animales son heridos y mueren. Con franqueza, no lo veo por aquí. Y el Partido siempre ha negado toda forma de...

—¿Alguna vez viste a Dios? ¿Cuando eras niña?

—Claro. Cuando niña. Pero también creía...

—¿Alguna vez has pensado que el bien y el mal son distintos nombres de la misma cosa? ¿Que Dios podría ser bueno y malo al mismo tiempo?

—Te prepararé un trago —dijo Tanya, y caminó descalza hacia la cocina.

—El Triturador. El Chirriante. El Borbollón y el Ave y el Tubo Trepador... además de otros nombres y formas, no sé. Tuve una alucinación durante la cena. Enorme. Terrible.

—Pero la estelacina...

—Provocó una peor.

—¿Existe algún modo de luchar contra esa cosa que viste? ¿Esa aparición que

llamas alucinación pero que obviamente no lo era?

—Cree en ella —dijo Chien.

—¿Y qué gano con eso?

—Nada —suspiró él—. Nada en absoluto. Estoy cansado. No quiero un trago. Sólo vamos a la cama.

—De acuerdo. —Ella regresó al dormitorio y empezó a quitarse el suéter—. Luego hablaremos más con más calma.

—Una alucinación es piadosa comparada con esto —dijo Chien—. Ojalá tuviera una. Quiero otra vez la mía. Quiero ser lo que era antes de que tu vendedor me diera esa fenotiacina.

—Ven a la cama. Está calentita. Tibia y acogedora.

Él se quitó la corbata, la camisa... y vio en su hombro derecho la marca, el estigma, que la criatura le había dejado al impedir que saltara. Huellas lívidas que parecían imborrables. Se puso la chaqueta del pijama para ocultarlas.

—De cualquier modo —dijo Tanya mientras él se metía en la cama— tu carrera ha avanzado muchísimo. ¿No estás contento?

—Claro —dijo él, moviendo la cabeza a ciegas en la oscuridad—. Muy contento.

—Ven aquí —dijo Tanya, rodeándolo con los brazos—. Y olvídate de todo lo demás. Al menos por ahora.

Chien se acercó a ella, haciendo lo que ella pedía y lo que él quería. Tanya era habilidosa, y pronto entró en acción. Logró excitarlo e hizo su parte. No se molestaron en hablar hasta que al fin ella suspiró y se relajó.

—Ojalá pudiéramos seguir para siempre —dijo él.

—Fue para siempre —dijo Tanya—. Esto está fuera del tiempo. Es ilimitado como un mar. Es el modo en que éramos en tiempos cámbricos, antes de migrar a tierra. Son las antiguas aguas primarias. Sólo logramos regresar cuando hacemos esto. Por eso significa tanto. Y en aquellos días no estábamos separados. Era como una gran gelatina, como esas cosas viscosas que llegan flotando a la playa.

—Llegan flotando y mueren —dijo él.

—¿Me traes una toalla? ¿O un paño? —pidió Tanya—. Lo necesito.

Él entró en el baño en busca de una toalla. Allí —ahora estaba desnudo— se fijó de nuevo en su hombro, vio la huella de la criatura que lo había sujetado, rescatado, quizá para jugar con él un poco más. Inexplicablemente, la marca sangraba.

Se limpió la sangre con una esponja y siguió brotando, sin parar. Al ver eso, se preguntó cuánto tiempo le quedaba. Quizá sólo unas horas. Regresó a la cama.

—¿Podemos seguir? —preguntó.

—Claro. Si aún tienes energías. De ti depende.

Ella lo miró sin pestañear, apenas visible en la penumbra.

—Aún tengo —dijo él, y la abrazó.

## **La historia que pondrá fin a todas las historias para la antología de Harlan Ellison, *Dangerous Visions* <sup>[12]</sup>**

En una sociedad futura, arrasada por una guerra nuclear, las mujeres jóvenes son enjauladas en zoológicos, donde tienen encuentros sexuales con diversas formas de vida deformes y no humanas. Una de ellas, una mujer hecha con los restos de varias mujeres muertas, copula con una hembra alienígena en su jaula y más tarde, gracias a la tecnología del futuro, queda encinta. Al nacer el niño, la mujer y la alienígena luchan para decidir quién se lo queda. La joven humana sale victoriosa y devora el niño entero, con pelo, dientes y todo. Sólo después de haber terminado descubre que el retoño es Dios.

## La hormiga eléctrica [13]

A las cuatro y cuarto de la tarde, hora estándar de la Tierra, Garson Poole despertó en una cama de hospital y supo que estaba ingresado en una habitación de tres camas. También advirtió dos cosas: que ya no tenía mano derecha y que no sentía dolor.

«Me dieron un fuerte analgésico», pensó mirando la pared, donde la ventana mostraba el centro de Nueva York. La retícula de calles por donde se desplazaban vehículos y peatones relucía bajo el sol del atardecer, y el brillo de la luz moribunda le agradó. «Aún no se ha extinguido —pensó—. Y yo tampoco.»

Había un fono en la mesilla; titubeó, lo cogió y pidió una línea externa. Un instante después hablaba con Louis Danceman, a cargo de las actividades de Tri-Plan mientras él estuviera ausente.

—Gracias a Dios que estás vivo —dijo Danceman al oírlo. Su rostro grande y carnoso, con su superficie lunar de marcas de viruela, se estiró con alivio—. He llamado a todas...

—Me falta la mano derecha —dijo Poole.

—Pero estarás bien. Pueden injertarte otra.

—¿Cuánto hace que estoy aquí? —preguntó Poole. Se preguntaba adonde habían ido los médicos y enfermeras. ¿Por qué no protestaban por su llamada?

—Cuatro días —dijo Danceman—. Aquí en la fábrica todo va bien. Hemos recibido pedidos de tres organizaciones policíacas diferentes, todas de la Tierra. Dos de Ohio y uno de Wyoming. Pedidos en firme, con un tercio de anticipo y la opción habitual de tres años de arrendamiento.

—Ven a sacarme de aquí —dijo Poole.

—No puedo sacarte hasta que la nueva mano...

—Me lo haré hacer después.

Poole ansiaba regresar a un entorno familiar. El recuerdo de la turbonave comercial agigantándose en la pantalla del piloto giraba en el fondo de su mente. Si cerraba los ojos, se sentía de vuelta en una nave averiada que chocaba con un vehículo tras otro, sufriendo enormes daños. Las sensaciones cinéticas... Se estremeció al recordarlas. «Supongo que tuve suerte», se dijo.

—¿Sarah Benton está contigo? —preguntó Danceman.

—No. —Desde luego, su secretaria personal, aunque fuera por consideraciones laborales, estaría en las cercanías, mimándolo a su manera cándida y pueril. «A las mujeres corpulentas les gusta mimar a la gente», pensó. «Y son peligrosas. Si caen sobre ti pueden matarte.»— Quizá fue eso lo que me pasó —dijo en voz alta—. Quizá Sarah cayó sobre mi turbonave.

—No, no... una varilla de enlace del timón de tu turbonave se partió durante la hora punta y...

—Lo recuerdo. —Se dio la vuelta en la cama cuando se abrió la puerta de la sala. Un médico vestido de blanco y dos enfermeras vestidas de azul se dirigieron a su cama—. Hablaremos luego —dijo Poole, y colgó. Respiró con expectación.

—No debería hablar tan pronto —dijo el médico mientras examinaba su historial—. Garson Poole, propietario de Tri-Plan Electronics. Fabricante de dardos de identificación aleatorios que rastrean su presa en mil quinientos kilómetros a la redonda, respondiendo a patrones encefalográficos ondulatorios únicos. Parece usted un hombre de éxito. Pero no es un hombre, señor Poole. Usted es una hormiga eléctrica.

—Cielos —exclamó Poole, anonadado.

—No podemos tratarle aquí, ahora que lo hemos descubierto. Lo supimos en cuanto examinamos la mano derecha lesionada; al ver los componentes electrónicos, tomamos radiografías del torso que confirmaron nuestra hipótesis.

—¿Qué es una hormiga eléctrica? —preguntó Poole. Pero lo sabía. Conocía el término.

—Un robot orgánico —dijo la enfermera.

—Entiendo —dijo Poole. Un sudor helado le perló la piel de todo el cuerpo.

—Usted no lo sabía —dijo el médico.

Poole sacudió la cabeza.

—No.

—Cada semana recibimos una hormiga eléctrica. O bien por accidentes de tránsito como el suyo, o bien porque alguien ingresa voluntariamente... alguien que, como usted, ignora qué es, alguien que ha actuado entre humanos creyéndose humano. En cuanto a su mano...

Hizo una pausa.

—Olvídese de mi mano —rezongó Poole.

—Cálmese. —El médico se inclinó y lo miró a la cara—. Pediremos que un transporte hospitalario lo lleve a un centro donde puedan reparar o reemplazar la mano a un coste razonable para usted, si es usted dueño de sí mismo, o para sus propietarios, si los hay. De un modo u otro, estará de vuelta en su despacho de Tri-Plan, funcionando igual que antes.

—Excepto que ahora lo sé —dijo Poole.

Se preguntó si Danceman, Sarah y los otros de la oficina lo sabían. ¿Alguno de ellos lo había comprado? ¿Diseñado? «Una figura decorativa —se dijo—. Sólo he sido eso. Nunca he dirigido realmente la compañía. Era una ilusión que me implantaron al fabricarme... junto con la ilusión de que soy humano y estoy vivo.»

—Antes de ir al centro de reparaciones —dijo el médico—, ¿tendría la amabilidad de saldar su cuenta en la oficina?

—¿Cómo puede haber una cuenta si aquí no tratan hormigas? —replicó Poole.

—Por nuestros servicios —dijo la enfermera—, hasta el momento en que lo supimos.

—Cóbrenme —gruñó Poole con furia impotente—. ¡Cóbrenle a mi empresa! — Con gran esfuerzo logró incorporarse; mareado, bajó trabajosamente de la cama—. Me alegrará irme de aquí. Y gracias por la humanitaria atención.

—Gracias a usted, señor Poole —dijo el médico—. O quizá sólo deba decir Poole.

En el centro de reparaciones le sustituyeron la mano.

Era fascinante. La examinó largo tiempo antes de permitir que los técnicos la instalaran. La superficie parecía orgánica. Mejor dicho, la superficie era orgánica. Piel natural que cubría carne natural, y sangre verdadera en las venas y capilares. Pero debajo relucían cables y circuitos, componentes miniaturizados. Al examinar la muñeca vio compuertas, motores y válvulas, todo muy pequeño y complicado. La mano costaba cuarenta ranas. El sueldo de una semana, si pagaba la compañía.

—¿Tiene garantía? —preguntó a los técnicos mientras unían la sección ósea de la mano con el resto del cuerpo.

—Noventa días, para componentes y mano de obra —dijo un técnico—. A menos que sea sometida a un mal uso inusitado o intencionado.

—Eso suena vagamente acusatorio —dijo Poole.

El técnico era humano. Todos lo eran.

—¿Usted ha actuado como humano? —dijo, mirándolo con firmeza.

—Sin darme cuenta —dijo Poole.

—¿Y ahora es intencionado?

—Exacto.

—¿Sabe por qué nunca se enteró? Debe de haber habido indicios... crujidos y zumbidos en su interior, de vez en cuando. Usted nunca se enteró porque estaba programado para no enterarse. Ahora tendrá la misma dificultad para averiguar por qué lo construyeron y para quién trabajaba.

—Un esclavo —dijo Poole—. Un esclavo mecánico.

—Pero se ha divertido.

—Tuve una buena vida. Trabajé duramente.

Pagó sus cuarenta ranas, flexionó los nuevos dedos, los puso a prueba recogiendo monedas y otros objetos, y se marchó. Diez minutos después subía a un transporte público para dirigirse a casa. Había sido un día complicado.

En su apartamento de una habitación se sirvió una copa de Jack Daniel's Purple Label de sesenta años y se puso a saborearlo mientras miraba el edificio de enfrente a través de su única ventana. No sabía si ir a la oficina o no. «Si voy, ¿por qué? Si no voy, ¿por qué? Escoge una. Cielos —pensó—, es devastador saber esto. Soy un fenómeno. Un objeto inanimado que imita objetos animados.» Pero él se sentía vivo. Sin embargo, ahora se sentía diferente. Frente a sí mismo. Y frente a los demás. Sobre todo Danceman y Sarah, la gente de Tri-Plan.

«Creo que me mataré —pensó—. Pero quizás esté programado para no hacerlo. Sería un gran despilfarro que mi propietario tendría que asumir. Y seguro que no

querría.

»Programado. En alguna parte de mí —pensó—, hay una matriz, un filtro que impide ciertos pensamientos, ciertos actos, y facilita otros. No soy libre. Nunca lo fui, pero ahora lo sé. Eso cambia las cosas.»

Corrió las cortinas, encendió la luz del techo y se quitó la ropa, prenda por prenda. Había observado atentamente mientras los técnicos del taller de reparaciones le instalaban la mano nueva; ahora tenía una idea bastante clara de cómo estaba ensamblado su cuerpo. Dos paneles grandes, uno en cada muslo; los técnicos habían quitado los paneles para revisar los complejos circuitos que había debajo. «Si estoy programado —pensó—, quizá la matriz esté ahí.»

El laberinto de circuitos lo desconcertó. «Necesito ayuda —se dijo—. Veamos... ¿cuál es el número de fono del ordenador clase BBB que contratamos en la oficina?»

Cogió el fono y llamó al ordenador a su posición fija de Boise, Idaho.

«El uso de este ordenador tiene un coste de cinco ranas por minuto —dijo una voz mecánica—. Por favor, ponga su masterplaca de crédito frente a la pantalla.»

Así lo hizo.

«Al sonar la señal, usted será conectado con el ordenador —continuó la voz—. Por favor, haga las preguntas con la mayor rapidez posible, teniendo en cuenta que su respuesta será dada en microsegundos, mientras que su pregunta...» Bajó el sonido. Pero lo subió enseguida cuando la entrada de audio del ordenador apareció en pantalla. En ese momento, el ordenador era un oído gigante que escuchaba sus consultas y las de otros cincuenta mil habitantes de la Tierra.

—Examíname visualmente —ordenó—, y dime dónde puedo encontrar el mecanismo de programación que controla mis pensamientos y mi conducta.

Esperó. En la pantalla del fono, un gran ojo múltiple lo escrutaba. Se expuso ante él, pendiente de las instrucciones del ordenador.

«Quítese el panel del pecho —dijo el ordenador—. Aplique presión en el esternón y luego apriete hacia fuera.»

Así lo hizo y una parte de su pecho se desprendió. Aturdido, lo dejó en el suelo.

«Puedo distinguir módulos de control —dijo el ordenador—, pero no veo cuál... —Calló mientras el ojo se desplazaba en la pantalla—. Distingo un rollo de cinta perforada montado sobre el mecanismo del corazón. ¿Lo ve usted? —Poole arqueó el cuello y también lo vio—. Debo cortar la comunicación —dijo el ordenador—. Después de examinar los datos disponibles, me comunicaré con usted y le daré una respuesta. Hasta luego.»

La pantalla se apagó.

«Me arrancaré la cinta», pensó Poole. Pequeña... no más grande que dos carretes de hilo, con un lector montado entre el tambor de distribución y el de recepción. No veía señales de movimiento. Los carretes parecían inertes. «Deben activarse automáticamente —reflexionó—, cuando se producen situaciones específicas, para anular mis procesos cerebrales. Y lo han hecho durante toda mi vida.»



Extendió el brazo y tocó el tambor de salida. «Sólo tengo que arrancar esto y...»

La pantalla se encendió.

«Masterplaca de crédito número 3-BNX-882-HQR446-T —dijo la voz del ordenador—. Este es BBB-307DR, comunicándose en respuesta a su pregunta de dieciséis segundos, 4 de noviembre de 1992. La cinta perforada que está encima del mecanismo del corazón no es un circuito de programación sino un dispositivo de suministro de realidad. Todos los estímulos sensoriales recibidos por su sistema neurológico central proceden de esa unidad y una manipulación indebida podría ser arriesgada, incluso terminal. Al parecer usted no tiene circuito de programación. Pregunta respondida. Buenos días.»

La pantalla se apagó.

Poole, desnudo frente a la pantalla del fono, tocó el tambor de cinta una vez más, con gran cautela. «Entiendo —pensó frenéticamente—. ¿De veras entiendo? Esta unidad...

»Si corto la cinta —comprendió—, mi mundo desaparecerá. La realidad continuará para los otros, pero no para mí. Porque mi realidad, mi universo, llega a mí a través de esta unidad minúscula. Alimenta el lector y luego mi sistema nervioso central, mientras se desenrolla lentamente. Se ha desenrollado durante años», pensó.

Recogió su ropa, se vistió, se sentó en su gran diván, un lujo llevado a su apartamento desde las oficinas centrales de Tri-Plan, y encendió un cigarrillo. Le temblaron las manos cuando dejó el encendedor, que tenía grabadas sus iniciales; recostándose, exhaló el humo, creando una nube gris. «Tengo que ir despacio —se dijo—. ¿Qué estoy tratando de hacer? Evitar mi programación. Pero el ordenador no encontró ningún circuito de programación. ¿Me conviene interferir con la cinta de realidad? Y en tal caso, ¿por qué?

»Porque —pensó—, si controlo eso, controlo la realidad. Al menos en lo que a mí concierne. Mi realidad subjetiva... pero eso es todo lo que hay. La realidad objetiva es una construcción artificial que se relaciona con la universalización hipotética de una multitud de realidades subjetivas.

»Mi universo está a mi alcance —comprendió—. Si puedo deducir cómo funciona esa condenada cosa. Sólo me proponía buscar mi circuito de programación para obtener un auténtico funcionamiento homeostático, el control de mí mismo. Pero con esto...»

Con esto no sólo ganaba el control de sí mismo. Ganaba el control de todo.

«Y esto me diferencia de todos los seres humanos que han existido», caviló.

Cogió el fono para llamar. Danceman apareció en pantalla.

—Quiero que mandes un juego completo de microherramientas y una pantalla de aumento a mi apartamento —ordenó—. Debo trabajar en unos microcircuitos.

Luego cortó la conexión, pues no quería hablar de ello.

Media hora más tarde llamaron a la puerta. Al abrir, se encontró con uno de los capataces de la fábrica, cargado con microherramientas de todo tipo.

—Usted no aclaró lo que quería —dijo el capataz, entrando en el apartamento—. Así que el señor Danceman me ordenó traer todo esto.

—¿Y el sistema de aumento?

—En el aerocamión, en la azotea.

«Quizá lo que deseo es morir», pensó Poole. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar mientras esperaba que el capataz le trajera la pesada pantalla, con su fuente de alimentación y su panel de control, al apartamento. «Lo que estoy haciendo es suicida», pensó con un escalofrío.

—¿Algún problema, señor Poole? —preguntó el capataz mientras depositaba el sistema de aumento en el suelo—. Aún debe de estar conmocionado por el accidente.

—Sí —murmuró Poole. Esperó con ansiedad a que el capataz se fuera.

Bajo el sistema de aumento, la cinta plástica cobró una nueva forma: una ancha pista donde se alineaban cientos de miles de perforaciones. «Lo sospechaba —pensó Poole—. No son grabaciones en una capa de óxido ferroso, sino ranuras perforadas y libres.»

Bajo la lente, el tramo de cinta avanzaba lenta y visiblemente. Muy despacio, pero a velocidad uniforme, hacia el lector.

«A mi entender —pensó—, las perforaciones son portales de encendido. Funciona como una pianola. Sólido significa no, perforación significa sí. ¿Cómo puedo verificarlo? Obviamente, tapando unos cuantos orificios.» Midió la cantidad de cinta que quedaba en el carrete de distribución, calculó con gran esfuerzo la velocidad de movimiento de la cinta y llegó a una cifra. Si modificaba la cinta visible en el extremo de entrada del lector, pasarían de cinco a siete horas hasta que llegara ese momento en concreto. Estaría imprimiendo estímulos destinados a activarse pocas horas después.

Con un micropincel cubrió una sección relativamente grande de cinta con un barniz opaco que encontró entre los suministros que acompañaban a las microherramientas. «He eliminado estímulos por una media hora. He tapado por lo menos mil perforaciones.»

Sería interesante ver qué cambios sufría su entorno seis horas después, si es que sufría alguno.

Cinco horas y media después estaba en Krackter's, un magnífico bar de Manhattan, tomando una copa con Danceman.

—Tienes mal aspecto —dijo Danceman.

—Me siento mal —dijo Poole. Terminó su copa, un scotch sour, y pidió otro.

—¿Por el accidente?

—En cierto sentido, sí.

—¿Es algo que... descubriste acerca de ti mismo? —preguntó Danceman.

Poole irguió la cabeza y lo escrutó bajo la turbia luz del bar.

—Entonces lo sabes.

—Sé que corresponde llamarte Poole, no señor Poole —dijo Danceman—. Pero prefiero lo segundo, y seguiré llamándote así.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde que estás al frente de la empresa. Me lo revelaron los verdaderos dueños de Tri-Plan, que tienen su base de operaciones en el sistema de Próxima y querían que Tri-Plan fuera administrada por una hormiga eléctrica que ellos pudieran controlar. Querían un brillante y enérgico...

—¿Los verdaderos dueños? —Era la primera vez que oía eso—. Tenemos dos mil accionistas. Desperdigados por todas partes.

—Marvis Bey y su esposo Ernan, en Próxima 4, controlan el cincuenta y uno por ciento de los votos de los accionistas. Ha sido así desde el principio.

—¿Por qué yo no lo sabía?

—Me ordenaron que no te lo dijera. Debías pensar que tú tomabas las decisiones. Con mi ayuda. Pero en realidad yo te pasaba la información que los Bey me pasaban a mí.

—Soy una figura decorativa —dijo Poole.

—En cierto sentido, sí. Pero para mí siempre serás el señor Poole.

Un sector de la pared desapareció, y con ella varias personas de las mesas vecinas. Y...

Más allá del gran lateral de cristal del bar, el horizonte de Nueva York se extinguió con un parpadeo.

—¿Qué pasa? —preguntó Danceman, cuando vio su cara.

—Mira alrededor —jadeó Poole—. ¿Ves algún cambio?

Danceman miró en torno.

—No. ¿A qué te refieres?

—¿Todavía ves la ciudad?

—Claro. Con toda su polución. Las luces parpadean...

—Ahora lo sé —dijo Poole. Había dado en el clavo. Cada orificio cubierto significaba la desaparición de un objeto de su mundo real. Se puso de pie—. Hasta luego, Danceman. Tengo que regresar a mi apartamento. Debo hacer ciertas cosas. Buenas noches.

Salió del bar a la calle, buscando un taxi. No había taxis.

«También los taxis —pensó—. ¿Qué más habré eliminado con el barniz? ¿Prostitutas? ¿Flores? ¿Cárceles?»

El turbo de Danceman estaba en el aparcamiento del bar. «Me lo llevaré —decidió—. En el mundo de Danceman todavía hay taxis. Él puede conseguir uno después. Al fin y al cabo, es un vehículo de la compañía, y tengo una copia de la llave.» Poco después volaba hacia su apartamento.

La ciudad de Nueva York no había reaparecido. A izquierda y derecha, vehículos y edificios, calles, peatones en aceras móviles, letreros... y en el centro nada. «¿Cómo puedo aterrizar allí?», se preguntó. Desaparecería. ¿O no? Voló hacia esa

nada.

Fumando un cigarrillo tras otro, voló en círculos durante quince minutos. De pronto, silenciosamente, Nueva York reapareció. Pudo terminar su viaje. Tiró el cigarrillo, y se dirigió al apartamento.

«Si inserto una cinta estrecha y opaca —reflexionó mientras abría la puerta del apartamento—, puedo...»

Interrumpió sus reflexiones. Había alguien sentado en el sillón del salón, mirando el Capitán Kirk en la televisión.

—Sarah —dijo con fastidio.

Ella se levantó, silenciosa pero grácil.

—No estabas en el hospital, así que vine aquí. Aún conservo esa llave que me diste en marzo después de nuestra espantosa discusión. Oh... parece muy deprimido.

—Se acercó y le examinó ansiosamente la cara—. ¿La herida te duele mucho?

—No es eso. —Poole se quitó el abrigo, la corbata, la camisa y el panel del pecho. Arrodillándose, insertó las manos en los guantes de las microherramientas. Miró a Sarah—. Descubrí que soy una hormiga eléctrica. Lo cual abre ciertas posibilidades que ahora estoy explorando. —Flexionó los dedos y a la izquierda giró un microdestornillador, sólo visible gracias al sistema de aumento—. Puedes mirar, si quieres.

Sarah había roto a llorar.

—¿Qué sucede? —pregunto él frenéticamente, sin apartar los ojos de su trabajo.

—Es tan triste. Eras tan buen jefe para todos en Tri-Plan. Te respetábamos tanto. Y ahora todo ha cambiado.

La cinta plástica tenía un margen sin perforaciones en los extremos superior e inferior. Poole cortó un tramo horizontal, muy estrecho, y tras un momento de gran concentración cortó la propia cinta, a cuatro horas de la cabeza lectora. Luego giró la cinta cortada en ángulo recto en relación con la unidad lectora, la pegó con un dispositivo microtérmico, y volvió a sujetar el carrete a sus costados izquierdo y derecho. Había insertado veinte minutos en blanco en su flujo de realidad. Según sus cálculos, surtiría efecto pocos minutos después de medianoche.

—¿Te estás reparando? —preguntó Sarah tímidamente.

—Me estoy liberando —dijo Poole. Tenía varias alteraciones en mente, pero antes debía verificar su teoría. La cinta en blanco, sin perforaciones, significaba ausencia de estímulos. En tal caso, la falta de cinta...

—Esa expresión que tienes —dijo Sarah. Recogió su bolso, su abrigo, su revista audio-vídeo—. Me voy. Veo que no te ha gustado encontrarme aquí.

—Quédate —dijo Poole—. Veré el Capitán Kirk contigo. —Se puso la camisa—. ¿Recuerdas que hace años había más de veinte canales de televisión? ¿Antes de que el gobierno clausurara los canales independientes?

Ella asintió.

—¿Qué pasaría si este televisor proyectara todos esos canales en la pantalla de

rayos catódicos al mismo tiempo? ¿Distinguiríamos algo en esa confusión?

—No lo creo.

—Quizá podríamos aprender. Aprender a ser selectivos. Esforzarnos para percibir lo que deseamos y lo que no deseamos. Piensa en las posibilidades. Si nuestro cerebro pudiera asimilar veinte imágenes al mismo tiempo..., piensa en la cantidad de conocimientos que almacenaríamos en determinado periodo. Me pregunto si el cerebro, el cerebro humano... —Se interrumpió. Al cabo de un rato añadió reflexivamente—: El cerebro humano no podría lograrlo. Pero en teoría un cerebro cuasiorgánico podría.

—¿Eso es lo que tienes? —preguntó Sarah.

—Sí —dijo Poole.

Vieron el Capitán Kirk hasta el final y se fueron a acostar. Pero Poole se sentó apoyándose contra las almohadas, fumando y cavilando. Sarah se movía inquieta, preguntándose por qué no apagaba la luz. Las doce menos diez. Sucedería en cualquier momento.

—Sarah —dijo Poole—. Necesito tu ayuda. Dentro de pocos minutos me sucederá algo extraño. No durará mucho, pero quiero que me observes atentamente. Fíjate si... —gesticuló—, si muestro algunos cambios. Si te parece que me duermo, o si desvarío, o... —Quería decir: si desaparezco, pero no lo dijo—. No te causaré ningún daño, pero creo que sería buena idea que cogieras un arma. ¿Tienes contigo tu pistola antiatracos?

—En el bolso.

Ahora ella estaba totalmente despejada. Sentada en la cama, lo miraba con frenético temor con sus amplios hombros bronceados y pecosos a la luz de la habitación. Él fue a buscar la pistola.

La habitación se paralizó en una rígida inmovilidad. Los colores comenzaron a desvanecerse. Los objetos se desdibujaron hasta evaporarse en las sombras como humo. La oscuridad lo cubría todo mientras los objetos de la sala se desdibujaban cada vez más.

«Los últimos estímulos están muriendo», comprendió Poole. Pestañeó, tratando de ver. Distinguió a Sarah Benton, sentada en la cama: una figura bidimensional recostada como una muñeca, cada vez más pequeña e imprecisa. Ráfagas aleatorias de sustancia disgregada se arremolinaban en nubes inestables; los elementos se unían, se separaban, se volvían a unir, como desprendidos de la realidad. Y en ese momento una negrura absoluta lo reemplazó todo, espacio sin profundidad, rígido e inflexible. Además, no oía nada.

Quiso estirar los brazos para tocar algo, pero no tenía brazos. La conciencia de su propio cuerpo había desaparecido con el resto del universo. No tenía manos, y aunque las hubiera tenido, no había nada que tocar.

«Así que tengo razón en cuanto al funcionamiento de esa condenada cinta», se

dijo, usando una boca inexistente para comunicar un mensaje inaudible.

«¿Esto pasará en diez minutos? ¿También tengo razón en eso? —Esperó, pero sabía intuitivamente que su sentido del tiempo había desaparecido con todo lo demás—. Sólo puedo esperar —comprendió—. Ojalá no tarde mucho.»

Para calmarse, pensó: «Confeccionaré una enciclopedia. Trataré de enumerar todo lo que empieza por la letra A, Veamos: automóvil, acksetrón, atmósfera, Atlántico, aspic de tomate, advertencia.» Pensaba y pensaba. Las categorías iban deslizándose por su asustada mente. De pronto la luz se encendió.

Estaba acostado en el diván del salón, y una moderada luz solar entraba por la única ventana. Había dos hombres inclinados sobre él, con las manos llenas de herramientas. «Personal de mantenimiento —comprendió—. Han estado trabajando en mí.»

—Está consciente —dijo uno de los técnicos. Se levantó y retrocedió. Lo reemplazó Sarah Benton, temblando de angustia.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, jadeando al oído de Poole—. Tenía tanto miedo que al fin llamé al señor Danceman.

—¿Qué sucedió? —interrumpió airadamente Poole—. Empieza desde el principio y habla despacio. Así podré asimilarlo todo.

Sarah recobró la compostura, se frotó la nariz y habló nerviosamente.

—Te desmayaste. Te quedaste tendido como si estuvieras muerto. Esperé hasta las dos y media y no pasaba nada. Llamé al señor Danceman, y lo desperté. Él llamó a la gente de mantenimiento de hormigas eléctricas... es decir, la gente de mantenimiento de robots orgánicos... y estos dos hombres llegaron a las cinco menos cuarto. Han trabajado en ti desde entonces. Ahora son las seis y cuarto de la mañana. Tengo mucho frío y quiero acostarme. Hoy no podré ir a la oficina.

Se apartó, sorbiendo las lágrimas. Ese sonido molestó a Poole.

—Usted ha estado manipulando su cinta de realidad —dijo uno de los hombres de mantenimiento.

—Sí —dijo Poole. ¿Por qué negarlo? Era obvio que habían hallado el tramo insertado—. No debí perder el conocimiento por tanto tiempo. Sólo inserté una cinta de diez minutos.

—El lector de cinta se desconectó —explicó el técnico—. La cinta dejó de desplazarse. El injerto la atascó, y automáticamente se desconectó para no dañar la cinta. ¿Por qué ha manipulado eso? ¿No sabía lo que podría suceder?

—No estoy seguro —dijo Poole—. Pero seguro que ustedes lo saben muy bien. Por eso lo estoy haciendo.

—La factura será de noventa y cinco ranas —dijo el técnico—. Pagadera a plazos, si lo desea.

—De acuerdo —le dijo. Se levantó aturdido, se frotó los ojos e hizo una mueca. Le dolía la cabeza y sentía el estómago totalmente vacío.

—La próxima vez recorte la cinta —le dijo el primer técnico—. Así no se

atastará. ¿No pensó que podía tener incorporado un dispositivo de seguridad? Así se detendría en vez de...

—¿Qué ocurre si no circula cinta bajo el lector? —interrumpió Poole con un resuello—. Ninguna cinta... nada. La fotocélula brillando hacia arriba sin impedancia.

Los técnicos se miraron.

—Todos los neurocircuitos saltan la brecha y entran en corto —dijo uno de ellos.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que es el fin del mecanismo.

—He examinado el circuito —dijo Poole—. No tiene suficiente voltaje para lograr eso. El metal no se funde bajo cargas de corriente tan leves, aunque se estén tocando los terminales. Hablamos de una millonésima de vatio a lo largo de un canal de cesio, de, quizás, un decimosexto de pulgada de longitud. Supongamos que hay mil millones de combinaciones posibles en determinado instante, surgiendo de las perforaciones de la cinta. La descarga total es acumulativa. La cantidad de corriente depende de aquello que la batería determina para ese módulo, y no es demasiada. Con todos los portales abiertos y en funcionamiento.

—¿Por qué tendríamos que mentirle? —preguntó, cansado, uno de los técnicos.

—¿Por qué no? Aquí tengo una oportunidad de experimentarlo todo de forma simultánea. Conocer el universo en su totalidad, estar por un instante en contacto con toda la realidad. Algo que los humanos no pueden hacer. Una partitura sinfónica entrando en mi cerebro fuera del tiempo, todas las notas, todos los instrumentos al unísono.

Y todas las sinfonías. ¿Entiende?

—Lo abrasaría —dijeron ambos técnicos.

—No lo creo —dijo Poole.

—¿Una taza de café, señor Poole? —preguntó Sarah.

—Sí —dijo él. Bajó las piernas, posó los pies fríos contra el suelo, y tiritando, se levantó. Le dolía todo el cuerpo. «Me tuvieron toda la noche tendido en el diván —comprendió—. La verdad, no fueron muy considerados.»

Sentado a la mesa de la cocina, Garson Poole tomaba una taza de café frente a Sarah. Los técnicos se habían ido hacía un rato.

—¿No harás más experimentos contigo mismo, verdad? —preguntó Sarah.

—Me gustaría controlar el tiempo. Revertido —replicó Poole.

«Cortaré un segmento de cinta —pensó—, y lo pondré al revés. Las secuencias causales fluirán en sentido contrario. Entonces bajaré de espaldas desde la aeropista de la azotea, caminaré de espaldas hasta mi puerta, abriré de un empujón la puerta cerrada y retrocederé hasta el fregadero, de donde sacaré una pila de platos sucios. Me sentaré a esta mesa ante la pila, llenaré cada plato con comida salida de mi estómago y llevaré la comida a la nevera. Al día siguiente sacaré la comida de la

nevera, la envolveré en bolsas, llevaré las bolsas a un supermercado, distribuiré la comida aquí y allá en la tienda. Y por último, en el mostrador, me pagarán con dinero de la caja registradora. La comida será empaquetada con otros alimentos en grandes cajas de plástico, enviada fuera de la ciudad, a las plantas hidropónicas del Atlántico, y allí se unirá a árboles y arbustos o cuerpos de animales muertos o será enterrada en el suelo. ¿Pero qué demostraría todo eso? Una cinta de vídeo desplazándose al revés... No sabría más de lo que sé ahora, lo cual no es suficiente.

»Lo que quiero —comprendió—, es una realidad extrema y absoluta, por un microsegundo. Después de eso no importa, porque todo se sabrá; no quedará nada por ver ni entender.

»Podría intentar otro cambio —se dijo—. Antes de tratar de cortar la cinta, abriré nuevos orificios y veré qué sale. Será interesante porque no sabré qué significan los orificios que yo abriré.»

Usando la punta de una microherramienta, abrió varios orificios al azar en la cinta. Tan cerca del lector como pudo... No quería esperar.

—Me pregunto si tú lo verás —le dijo a Sarah. Al parecer no, por lo que podía extrapolar—. Quizás ocurra algo. Sólo quiero que estés advertida. No quiero que tengas miedo.

—Cielos —suspiró Sarah.

Miró su reloj de pulsera. Pasó un minuto, otro, un tercero. Y luego...

En el centro de la habitación apareció una bandada de patos verdes y negros. Graznaron con gran alboroto, se elevaron del suelo, revolotearon pegados al cielo raso en un tumulto de plumas y alas, frenéticos en su instintivo afán de alejarse.

—Patos —dijo Poole, maravillándose—. Abrí un orificio para una bandada de patos salvajes.

Apareció algo más. Un banco en el parque, donde un hombre mayor y andrajoso leía un periódico doblado y roto. Levantó los ojos, distinguió difusamente a Poole, le sonrió con una dentadura postiza deforme y siguió leyendo su periódico.

—¿Lo ves? —le preguntó Poole a Sarah—. Y los patos.

En ese momento los patos y el vagabundo del parque desaparecieron. No quedó nada de ellos. El intervalo de sus orificios perforados había pasado rápidamente.

—No eran reales, ¿verdad? —dijo Sarah—. ¿Entonces cómo...?

—Tú no eres real —dijo Poole—. Eres un factor de estímulo en mi cinta de realidad. Un orificio que se puede saltar. ¿También tienes una existencia en otra cinta de realidad, o en una realidad objetiva?

No lo sabía. No podía saberlo. Quizá Sarah tampoco lo supiera. Quizá existiera en un millar de cintas de realidad, quizás en todas las cintas de realidad que se habían fabricado.

—Si corto la cinta —dijo Poole— estarás por todas partes y en ninguna parte. Como todo lo demás en el universo. Al menos en lo que concierne a mi percepción.

—Yo soy real —tartamudeó Sarah.



—Quiero conocerte completamente. Para eso debo cortar la cinta. Si no lo hago ahora, lo haré en otra ocasión. Es inevitable que lo haga.

«¿Para qué esperar? —se preguntó—. Además, siempre está la posibilidad de que Danceman me haya denunciado a mi dueño, que estén trabajando en mi contra. Porque quizá yo esté poniendo en peligro su propiedad... que soy yo mismo.»

—Me haces lamentar que no haya ido a la oficina —dijo Sarah, torciendo la boca en una mueca de consternación.

—Vete —dijo Poole.

—No quiero dejarte solo.

—Estaré bien.

—No, no estarás bien. Te desconectarás o algo parecido, te matarás porque has descubierto que eres sólo una hormiga eléctrica y no un ser humano.

—¡Quizás! —exclamó él. Quizá todo se redujera a eso.

—Y yo no puedo detenerte —dijo ella.

—No —convino él.

—Pero me quedaré. Aunque no pueda detenerte. Porque si me marchó y te matas, siempre me preguntaré qué habría ocurrido si yo me hubiera quedado. ¿Entiendes?

Él asintió.

—Hazlo —dijo Sarah.

Él se puso de pie.

—No sentiré dolor —le dijo—. Aunque te dé esa impresión. Ten en cuenta que los robots orgánicos tienen unos circuitos de dolor mínimos. Experimentaré el más intenso...

—No me cuentes más —interrumpió Sarah—. Si quieres hacerlo, hazlo. De lo contrario, no lo hagas.

Con torpeza, pues tenía miedo, él metió las manos en los microguantes y cogió una diminuta herramienta: una hoja afilada.

—Cortaré una cinta montada dentro del panel de mi pecho —dijo mientras miraba por el sistema de aumento—. Eso es todo.

Le temblaba la mano mientras alzaba la hoja. «Se puede hacer en un segundo —comprendió—. Todo habrá terminado. Y... tendré tiempo de unir los extremos de la cinta, media hora por lo menos, si cambio de parecer.» Cortó la cinta. Sarah lo miraba intimidada.

—No ha pasado nada —susurró.

—Tengo treinta o cuarenta minutos.

Él volvió a sentarse a la mesa, tras sacar las manos de los guantes. Notó que le temblaba la voz. Sin duda Sarah lo había advertido. Poole se enfureció consigo mismo, sabiendo que la había alarmado.

—Lo lamento —dijo irracionalmente. Quería disculparse—. Quizá deberías irte.

Se levantó, presa del pánico. Ella también, por reflejo, como si lo imitara. Temblaba, abrumada y nerviosa.

—Lárgate —rugió él—. Regresa a la oficina, donde debes estar. Donde ambos deberíamos estar.

«Uniré los extremos de la cinta —pensó—. Esta tensión es insoportable para mí.»

Extendió las manos hacia los guantes e insertó los nerviosos dedos. Mirando la pantalla de aumento, vio que el haz fotoeléctrico brillaba, apuntando hacia arriba, hacia el lector. Al mismo tiempo vio que el extremo de la cinta desaparecía bajo el lector. Vio y comprendió. «Me he retrasado —advirtió—. Ya ha pasado. Dios, ayúdame. Ha comenzado a enrollarse a mayor velocidad de la que calculé. Así que ahora...»

Vio manzanas, adoquines, cebras. Sintió calor, la textura sedosa de un paño; sintió el mar que lo lamía y un gran viento del norte que tiraba de él como para llevarlo a alguna parte. Sarah estaba cerca de él, y también Danceman. Nueva York brillaba en la noche, y las turbonaves brincaban entre cielos nocturnos y luminosos, inundaciones y sequías. Sintió el sabor de la mantequilla derritiéndose en su lengua, y al mismo tiempo lo asaltaron olores y sabores desagradables: la amarga presencia de venenos y limones y briznas de hierba estival. Se ahogó; se cayó; yació en brazos de una mujer en una vasta cama blanca al tiempo que sentía un chirrido en los oídos, el ruido de advertencia de un ascensor defectuoso en uno de los antiguos y decrepitos hoteles del centro. «Estoy vivo. He vivido, nunca viviré», se dijo, y con sus pensamientos llegaba cada palabra, cada sonido; corrieron y volaron insectos, y se sumergió en un complejo sistema de maquinaria homeostática localizada en los laboratorios de Tri-Plan.

Quería decirle algo a Sarah. Abriendo la boca, intentó articular unas palabras, una secuencia específica de ellas a partir de la enorme cantidad que bullía en su mente, abrasándolo con su plenitud de significados. Su boca ardía. Se preguntó por qué.

Pegada contra la pared, Sarah Benton abrió los ojos y vio la bocanada de humo que brotaba de la boca entreabierta de Poole. El robot se derrumbó, se apoyó en los codos y las rodillas y se estiró lentamente en un montón inerte. Sin examinarlo, supo que había muerto.

«Poole se destruyó a sí mismo —comprendió. Y no podía sentir dolor; él mismo lo había dicho. O al menos no mucho dolor—. Quizás un poco. De todos modos, ya ha terminado.

»Será mejor que llame al señor Danceman y le cuente lo que sucedió.» Temblando, se dirigió al fono. Lo cogió y marcó de memoria.

«Él pensaba que yo era un factor de estímulo en su cinta de realidad —pensó Sarah—. Así que pensaba que yo moriría cuando él muriera. Qué extraño. ¿Por qué se imaginaba eso? —Nunca lo habían conectado al mundo real. Había vivido en un mundo electrónico aparte—. Qué extraño.»

—Señor Danceman —dijo cuando la comunicaron con su oficina—. Poole se acabó. Se destruyó frente a mis propios ojos. Será mejor que venga.

—Así que al fin nos hemos librado de él.

—Sí, ¿no es fantástico?

—Enviaré un par de hombres del taller —dijo Danceman. Miró más allá de ella y distinguió a Poole tendido junto a la mesa de la cocina—. Será mejor que vayas a casa a descansar —le dijo a Sarah—. Debes de estar exhausta.

—Sí, gracias, señor Danceman.

Colgó y se quedó ahí, de pie, sin saber qué hacer. Entonces reparó en algo.

«Mis manos —pensó. Las levantó—. ¿Por qué puedo ver a través de ellas?» Las paredes de la sala también se habían diluido.

Temblando, caminó hacia el robot inerte, se detuvo junto a él sin saber qué hacer. A través de sus piernas veía la alfombra, y luego la alfombra se desdibujó. A través de ella vio otros estratos de materia en desintegración.

«Si lograra unir los extremos de la cinta», pensó. Pero no sabía cómo. Y Poole ya se había disuelto.

El viento de la mañana soplaba a su alrededor. Sarah ya no lo sentía. Sus sensaciones desaparecían. El viento soplaba y soplaba.

## Cadbury, el castor necesitado [14]

Una vez, hace mucho tiempo, antes de que inventaran el dinero, vivía un castor llamado Cadbury en una triste presa que él mismo había construido con sus dientes y sus patas, y donde se ganaba la vida royendo arbustos, árboles y demás vegetales a cambio de fichas de póquer de diferentes colores. Las fichas azules eran sus favoritas, pero también las más raras. Sólo llegaban gracias a encargos muy especiales. En todos los años que había trabajado, sólo había logrado reunir tres fichas azules, pero le habían llegado rumores de que existían más, y, de vez en cuando, durante su jornada laboral, se detenía un momento, se preparaba una taza de café instantáneo y se ponía a meditar sobre fichas de todos los colores, incluidas las azules.

Su esposa, Hilda, le ofrecía un consejo que no le había pedido siempre que se le presentaba la ocasión.

—Mírate —solía decir—. Tienes que ver a un psiquiatra. Tu saco de fichas blancas apenas llega a la mitad de los de Ralf, Peter, Tom, Bob, Jack y Earl, quienes roen y viven por esta zona porque tú te pasas el día soñando con esas malditas fichas azules que nunca tendrás por tu falta de talento, energía y fuerza.

—Energía y fuerza —solía replicar Cadbury malhumoradamente— significan lo mismo.

Aun así, era consciente de que ella tenía razón. Aquello era el principal defecto de su mujer: la verdad siempre estaba de su parte, mientras que a él sólo le quedaba el aire. Y lo cierto es que, cuando la verdad se mide frente al aire en la palestra de la vida, la primera suele llevarse el gato al agua.

Dado que Hilda tenía razón, Cadbury sacó ocho fichas blancas de su escondite secreto de fichas (un agujero bajo una pequeña roca) y recorrió un kilómetro hasta el psiquiatra más cercano, un suave e impassible conejito con forma de bola quien, según su mujer, sacaba quince mil al año como si nada.

—Un día de lo más interesante —dijo amablemente el doctor Drat, mientras sacaba dos antiácidos para su estómago y se recostaba sobre su silla giratoria extra-acolchada.

—No tan interesante, caray —repuso Cadbury—, sobre todo cuando sabes que no vas a volver a tener la oportunidad de dar con una ficha azul, aunque te dejes el culo trabajando de sol a sol. ¿Y para qué? Ella se lo gasta más deprisa de lo que lo gana. Aunque mis dientes diesen con una ficha azul, desaparecería durante la noche para que pudiera comprar algo caro e inútil, como una linterna recargable de doce millones de velas de potencia. Con garantía vitalicia.

—Son las mejores —dijo el doctor Drat—. Esas que ha comentado, las linternas recargables.

—La única razón por la que he acudido a usted —dijo Cadbury— es porque me ha obligado mi mujer. Consigue que haga todo lo que quiere. Si me pidiera que

nadara hasta el centro de la barranca y me ahogara, ¿sabe lo que haría?

—Se rebelaría —dijo el doctor Drat con tono amable y las patitas traseras apoyadas sobre su lisa mesa de nogal.

—Le patearía esa maldita cara —dijo Cadbury—. La roería hasta hacerla trizas; la partiría por la mitad, justo por la mitad. Usted tiene razón, maldita sea. Quiero decir que no bromeo. Es un hecho. La odio.

—¿Hasta qué punto —preguntó el doctor Drat— se parece su mujer a su madre?

—Nunca tuve madre —gruñó Cadbury, una actitud que adoptaba de vez en cuando, casi característica de él, tal como había señalado Hilda—. Me encontraron flotando en la ciénaga de Napa dentro de una caja de zapatos con una nota escrita que decía: «Para quien se lo encuentre».

—¿Cuál ha sido su último sueño? —inquirió el doctor Drat.

—Mi último sueño —dijo Cadbury— es... fue el mismo que todos los demás. Siempre sueño que compro un caramelo de menta de dos centavos en la botica, uno de esos recubiertos de chocolate y enrollados en papel verde, y cuando le quito el envoltorio no es de menta. ¿Sabe de qué es?

—Suponga que me lo dice usted —dijo el doctor Drat, con una voz que sugería que en realidad lo sabía, pero que nadie le pagaba para decirlo.

—Es una ficha azul —dijo Cadbury con brusquedad—. O, más bien, se parece a una. Es azul, plana, redonda y del mismo tamaño. Pero en el sueño siempre digo: «A lo mejor es un caramelo de menta azul». Digo yo que habrá caramelos de menta azules. La escondo en mi escondite de fichas secreto, un hueco bajo una piedra de apariencia normal, y, cuando voy a recuperar mi ficha azul, o, más bien, presunta ficha azul, tras un día caluroso, ya ve, me la encuentro derretida porque en realidad era un caramelo de menta, y no una ficha. ¿A quién voy a demandar? ¿Al fabricante? Dios, nunca dijo que fuera una ficha azul. Lo ponía claramente en el envoltorio verde...

—Creo —lo interrumpió amablemente el doctor Drat— que el tiempo de la sesión se ha acabado por hoy. Tendremos que explorar este aspecto de su psique la semana que viene, porque parece que nos lleva a alguna parte.

Cadbury se puso de pie y dijo:

—¿Qué me está pasando, doctor Drat? Quiero una respuesta, sea sincero... Puedo asumirlo. ¿Soy un psicótico?

—Bueno, tiene alucinaciones —dijo el doctor Drat, tras una pausa para meditar—. No, no es usted psicótico. No oye la voz de Dios ni nada parecido, ordenándole que salga a violar gente. No, son alucinaciones, sobre sí mismo, sobre su trabajo, sobre su esposa... Puede que haya más. Adiós.

Se levantó él también, brincó hasta la puerta de su despacho y la abrió educada, aunque firmemente, indicando cuál era la salida.

Por alguna razón, Cadbury se sentía estafado. Tenía la sensación de que apenas si había empezado a hablar cuando había llegado el momento de marcharse.

—Apuesto —dijo— a que vosotros, los loqueros, hacéis un montón de fichas azules. Tenía que haber ido a la universidad y haberme convertido en psiquiatra. Ahora no tendría problemas. Aparte de Hilda. Supongo que a ella la seguiría teniendo.

Dado que el doctor Drat no tenía ningún comentario que hacer al respecto, Cadbury se contentó con recorrer malhumoradamente los nueve kilómetros en dirección norte, hasta la zona de trabajo que tenía asignada en aquel momento, un amplio campo de álamos en el extremo de Papermill Creek, donde hundió furiosamente los dientes en la base de un álamo, imaginando que se trataba del doctor Drat y de su mujer a la vez.

Casi en ese preciso instante, una presumida ave llegó planeando por encima de una cercana arboleda de cipreses y aterrizó sobre una rama del álamo que era objeto de las iras de Cadbury.

—Su correo del día —le informó el ave, y soltó una carta que fue planeando hasta aterrizar junto a los cuartos traseros de Cadbury.

—Correo aéreo, además. Parece interesante. Lo he mirado a contraluz y está manuscrita, nada de máquina. Parece la letra de una mujer.

Cadbury abrió el sobre con sus dientes de roer. El pájaro cartero tenía razón. Se trataba de una carta manuscrita surgida de la desconocida mente de alguna mujer. La escueta carta rezaba:

Estimado señor Cadbury:

Le quiero.

Un saludo cordial, y quedo a la espera de su respuesta,

JANE FECKLESS FOUNDFULLY

Cadbury no había oído hablar de esa persona en toda su vida. Miró el reverso de la carta. No había más palabras. La olisqueó y detectó (o imaginó que detectaba) un leve, sutil y vaporoso perfume. No obstante, en el reverso del sobre halló más palabras escritas por la mano de Jane Feckless Foundfully (¿era señora o señorita?): la dirección de la remitente.

Esto excitó sus sentidos hasta límites insospechados.

—¿Tenía yo razón? —preguntó el pájaro cartero desde la rama. —No, es una factura —mintió Cadbury—. La han escrito para que parezca una carta personal.

Entonces fingió que volvía a su trabajo y, tras una pausa, el pájaro cartero, engañado, emprendió el vuelo y desapareció.

Cadbury dejó de roer de inmediato. Se sentó sobre una elevación de hierba, sacó su petaca de cascarón de tortuga y tomó un largo trago de su licor favorito, el 3 y 4 de la señora Siddon, mientras meditaba profunda y concentradamente si (a) debía responder a Jane Feckless Foundfully u olvidarse de que había recibido su carta, o (b) debía responderla, y (b) hacerlo (b sub uno) con burla o (b sub dos) con un revelador poema de su antología de Poesía del mundo de Undermeyer, además de diversas

anotaciones de naturaleza sensible de su propia factura; incluso (b sub tres) llegar a decir algo así como:

Estimada señora (¿señorita?) Foundfully:

En respuesta a su misiva, el hecho es que también la quiero, y soy infeliz en la relación matrimonial que mantengo con una mujer que no amo y a la que, en realidad, nunca amé. Asimismo, me siento algo deprimido, pesimista e insatisfecho con mi trabajo, y estoy asistiendo a la consulta del doctor Drat, quien, con toda honestidad, no parece que vaya a ser capaz de ayudarme, aunque, con toda probabilidad, no por culpa suya, sino más bien por la gravedad de mi trastorno emocional. Quizá podríamos reunirnos en un futuro próximo y hablar de nuestras situaciones, así como hacer algún progreso.

Cordialmente,

BOB CADBURY (llámeme Bob, ¿vale?  
Y yo la llamaré Jane, si está de acuerdo)

Sin embargo, el problema, tal como se dio cuenta, consistía en el obvio hecho de que Hilda se enteraría de esto y haría algo terrible (no sabía el qué, pero sí tenía la melancólica certeza de que sería importante, y, además de aquello, si bien en segundo lugar, ¿cómo podía saber si le gustaría la señora o señorita Foundfully o, siquiera, si se enamoraría de ella?). Era evidente que ella lo conocía, ya fuese directamente, de alguna manera que no era capaz de vislumbrar, o a través de alguna amistad mutua. En todo caso, parecía segura de sus emociones e intenciones hacia él y eso era lo que importaba.

La situación lo deprimía. ¿Cómo sabría si aquello lo sacaría de su miserable situación o, por el contrario, le haría ahondar en ella en algún otro sentido?

Aún sentado y tomando sorbo tras sorbo de su licor favorito sopesó muchas alternativas, incluida la de acabar con su propia vida, con que parecía comulgar con la dramática naturaleza de la carta de la señora Foundfully.

Aquella noche, tras llegar agotado y descorazonado del trabajo, cenar y retirarse a su estudio, lejos de Hilda, donde probablemente ella no sabría qué se traía entre manos, sacó su máquina de escribir portátil Hermes, introdujo una hoja en blanco, reflexionó largo y tendido, y escribió una respuesta para la señora Foundfully.

Mientras permanecía sumido en la tarea, su mujer, Hilda, irrumpió en su estudio. Los trozos de la cerradura, la puerta y los goznes, así como algunos tornillos, volaron en todas direcciones.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Hilda—. Ahí, encorvado sobre tu Hermes, como si fuese algún tipo de bicho. Te pareces a una de esas asquerosas arañas disecadas, como siempre a estas horas de la noche.

—Estoy escribiendo a la sede central de la biblioteca —dijo Cadbury con un tono de glacial dignidad— acerca de un libro que he devuelto y que no les consta.

—Mentiroso —dijo su mujer, sumida en el frenesí de la ira, tras mirar por encima del hombro y ver el principio de la carta—. ¿Quién es esa señora Foundfully? ¿Por qué le escribes?

—La señora Foundfully —dijo Cadbury astutamente— es la bibliotecaria asignada a mi caso.

—Bueno, pues resulta que sé que estás mintiendo —dijo su mujer—, porque yo fui quien escribió esa falsa carta perfumada para ponerte a prueba. Y tenía razón. Le estás contestando. Lo supe desde el momento que te escuché aporrear esta maquinucha de escribir barata a la que tanto aprecio le tienes. —Acto seguido, cogió la máquina de escribir, con carta y todo, y la arrojó por la ventana del estudio de Cadbury, hacia la oscuridad de la noche.

—Entonces —logró decir Cadbury al cabo de un instante—, la idea es que, después de todo, no hay ninguna señora Foundfully, por lo que no hace falta que vaya a buscar la linterna para encontrar la Hermes, si es que aún existe, para terminar la carta. ¿Me equivoco?

Con expresión enloquecida, pero sin rebajarse hasta el punto de responder, su mujer salió como una exhalación del estudio, dejándolo solo con sus suposiciones y su lata de Boswell's Best, un mejunje demasiado suave para una ocasión como aquélla.

«Bueno —se dijo Cadbury—, supongo que nunca conseguiré escapar de las zarpas de Hilda. —Y siguió pensando—: Me pregunto cómo habría sido la señora Foundfully de haber existido. —Y luego se le ocurrió—: Quizá, aunque haya sido invención de mi mujer, haya en el mundo una personal real como yo me imagino a la señora Foundfully, o, más bien, como la imaginaba antes de descubrir el asunto. No sé si me siguen. Quiero decir que mi mujer no puede resumir a todas las señoras Foundfully del mundo.»

Al día siguiente en el trabajo, a solas con un álamo a medio roer, sacó un pequeño bloc de notas, un lapicero, un sobre y un sello que había logrado extraer de la casa sin que Hilda se diese cuenta. Sentado sobre una leve elevación del terreno, inhalando meditabundamente pequeñas pizcas de Bezoar Fine Grind, escribió una nota corta con letra de fácil lectura.

¡A QUIENQUIERA QUE LEA ESTO!

Mi nombre es Bob Cadbury y soy un joven y razonablemente sano castor, con un amplio bagaje de conocimientos en ciencias políticas y teología (si bien con una amplia base autodidacta), al que le gustaría hablar contigo acerca de Dios y el Propósito de la Existencia, además de otros asuntos similares. También podríamos jugar al ajedrez.

Saludos cordiales,

Y entonces rubricó su firma. Meditó durante un momento, inhaló una gran bocanada de Beozar Fine Grind y añadió:

P.D.: ¿Eres una chica? Si lo eres, apuesto a que eres muy guapa.

Dobló la nota y la introdujo en una lata de tabaco vacía que había cerca, la cerró cuidadosamente y la dejó flotar por el riachuelo, en lo que identificó a grandes rasgos como dirección noroeste.



Pasaron varios días hasta que vio, con emoción y regocijo, otra lata de tabaco (no la que él había soltado) que flotaba lentamente riachuelo arriba en una dirección que identificó como sureste.

Estimado Sr. Cadbury (*comenzaba diciendo la doblada misiva que contenía la lata*):

Mi hermana y mi hermano son los únicos amigos que no me inspiran miedo e incertidumbre, que es lo que me ha inspirado todo el mundo desde que volví de Madrid. Si usted no es así, estaría encantada de conocerlo.

Había una posdata.

PD.: Parece usted muy inteligente y pulcro, y seguro que sabe un montón sobre budismo zen.

La firma de la carta era difícil de leer, pero al fin pudo descifrar el nombre de «Carol Stickyfoot».

Envió inmediatamente una nota de respuesta:

Estimada señorita (¿señora?) Stickyfoot:

¿Es usted real o alguien creada por mi mujer? Es esencial que lo sepa de inmediato, pues en el pasado fui engañado y ahora he de estar siempre alerta.

Y así partió la nota, flotando dentro de la lata en dirección noroeste. Al día siguiente llegó la respuesta, flotando en dirección sureste dentro de una lata de Cameleopard N.º 5. Decía brevemente:

Sr. Cadbury:

Si cree que soy un fragmento de la mente retorcida de su mujer, se va a perder la oportunidad de su vida.

Muy atentamente,  
Carol

«Bien, sin duda es un consejo acertado —se dijo Cadbury mientras leía y releía la carta—. Por otra parte —siguió diciéndose—, esto es precisamente lo que esperaría que hiciese un fragmento de la mente retorcida de mi mujer Hilda. ¿Qué demuestra pues?» Respondió:

Estimada señorita Stickyfoot:

La quiero y le creo. Pero, sólo para estar seguro (desde mi punto de vista, claro), ¿podría enviar aparte (contra reembolso, si lo prefiere) algún objeto o artefacto que probara, más allá de toda duda razonable, su identidad, si no es mucho pedir? Trate de hacerse cargo de mi situación. No me atrevo a cometer el mismo error por segunda vez, como ocurrió con el desastre Foundfully. Esta vez seguro que iría de cabeza por la ventana, detrás de la Hermes.

Con cariño, etc.

Mandó la nota flotando hacia el noroeste, y se quedó esperando una respuesta. Mientras, no obstante, tuvo que seguir con las visitas al doctor Drat. Hilda insistía en ello.

—¿Y cómo han ido las cosas por el riachuelo? —dijo el doctor Drat con tono

jovial y las grandes patas peludas sobre el escritorio.

La decisión de ser franco y honesto con el psiquiatra se adueñó de Cadbury. No le haría ningún daño contarle nada. Para eso le pagaba: para escuchar la verdad con todos sus detalles, tanto los más horribles como los más sublimes.

—Me he enamorado de Carol Stickyfoot —comenzó—. Pero, al mismo tiempo, si bien mi amor es absoluto y eterno, no me libro de esta molesta y angustiada idea de que es en realidad un fragmento de la mente desquiciada de mi mujer, urdido como lo fue la señorita Foundfully para que delate mi verdadero yo ante Hilda, el cual debo mantener oculto a toda costa. Porque si mi verdadero yo saliera a la luz, le daría una soberana patada en el trasero y dejaría el piso.

—Hmm —dijo el doctor Drat.

—Usted también se llevaría lo suyo —dijo Cadbury, decidido a echar todas sus hostilidades al mismo saco.

—¿Entonces no confía en nadie? —dijo el doctor Drat—. ¿Está alienado de todo ser humano? ¿Ha seguido un patrón vital que lo ha arrastrado insidiosamente hasta un completo aislamiento? Piense antes de responder, porque la respuesta podría ser afirmativa y tendría problemas para afrontar eso.

—No me siento aislado de Carol Stickyfoot —dijo Cadbury acaloradamente—. De hecho, ahí está el quid de la cuestión. Estoy tratando de poner fin a mi aislamiento. Cuando me preocupaba por las fichas azules era cuando de verdad estaba aislado. El conocer a la señorita Stickyfoot y la posibilidad de encontrarme con ella podría significar el fin de todo lo que ha estado mal en mi vida y si de verdad usted supiese ver lo que pasa en mi interior, se alegraría un montón de haberse decidido aquel día por lanzar aquella lata de tabaco. Se alegraría un montón, sí señor. —Lanzó una mirada encolerizada al interesado doctor.

—Es de mi interés que sepa —dijo el doctor Drat— que la señorita Stickyfoot fue paciente mía. Tuvo una crisis en Madrid y tuvieron que repatriarla en una maleta. Admito que es bastante atractiva, pero está colmada de problemas emocionales. Y su pecho izquierdo es más grande que el derecho.

—¡Pero admite entonces que es real! —exclamó Cadbury ante el emocionante descubrimiento.

—Oh, y tanto que es real, se lo aseguro. Pero puede que sea demasiado para usted. Al cabo de un tiempo quizá desee volver con Hilda. Sólo Dios sabe adonde puede llevarles a ambos Carol Stickyfoot. Dudo que la propia Carol lo sepa.

Eso le sonó estupendo a Cadbury, y regresó con ánimos redoblados a su ya casi roído álamo, en la orilla del riachuelo. Según su Rolex sumergible, no eran más que las diez y media, así que podía contar más o menos con el resto del día para planificar su siguiente movimiento, ahora que sabía que Carol Stickyfoot existía de verdad y no era una de las ilusiones creadas por su mujer.

Numerosas regiones del riachuelo estaban sin cartografiar y, dada la naturaleza de su trabajo, conocía íntimamente aquellas regiones. Aún quedaban unas seis o siete

horas antes de regresar a casa para hacer acto de presencia ante Hilda. ¿Por qué no abandonar temporalmente el proyecto del álamo y construir con rapidez un pequeño, adecuado y escondido refugio para Carol y él, donde pudiera escapar de la capacidad de todo el mundo para identificarlo, localizarlo o reconocerlo? Había llegado la hora de pasar a la acción. El tiempo de pensar había quedado atrás.

En la segunda mitad de la jornada, cuando estaba sumido en la tarea de erigir el pequeño, adecuado y escondido refugio, llegó flotando una lata de Dean's Own desde el sureste. Chapoteando en el agua, nadó a toda prisa para hacerse con la lata antes de que se le escapara.

Cuando retiró la cinta adhesiva y la abrió, se encontró con un pequeño paquete envuelto en papel vegetal, junto con una nota burlona.

*Aquí está su prueba (decía la nota).*

El paquete contenía tres fichas azules.

Durante más de una hora, Cadbury apenas si pudo confiar en que sus dientes royeran adecuadamente, tan honda era su emoción por la muestra de autenticidad de Carol, su compromiso hacia él y todo lo que representaba. Presa de la emoción, royó rama tras rama de un viejo nogal, esparciendo ramitas por doquier. Un extraño frenesí se había apoderado de él. Había logrado encontrar a alguien; había conseguido escapar de Hilda. El camino se extendía ante él y sólo tenía que andarlo... O, más bien, nadarlo.

Hilando varias latas vacías a modo de trenza, partió por el riachuelo. Las latas flotaban más o menos hacia el noroeste y Cadbury nadaba tras ellas, respirando pesadamente ante lo que lo esperaba. Mientras nadaba, manteniendo las latas siempre a la vista, compuso una quarteta para el momento en que conociera a Carol en persona.

*Pocos dicen te quiero.*

*Pero esto lo juro de verdad:*

*Esta empresa que emprendo con esmero*

*Es segura, cuerda y plena de sobriedad.*

No estaba del todo seguro de lo que significaba «sobriedad», pero, ¿cuántas palabras riman con «verdad»?

Mientras, las latas enlazadas lo acercaban más y más (o al menos eso deseaba y creía) a la señorita Carol Stickyfoot. Era la felicidad. Pero entonces, sin dejar de nadar, le dio por recordar las constataciones cuidadosamente casuales del doctor Drat, las semillas de la incertidumbre plantadas al modo profesional de aquel conejo. ¿Tendría el coraje (se refería a él mismo, no a Drat), la fuerza, la integridad, la fuerza de propósito necesarios para lidiar con Carol si le sobrevenían, como había declarado

Drat, serios problemas emocionales? ¿Y si Drat tenía razón? ¿Y si Carol resultaba más complicada y destructiva que Hilda, que había arrojado su máquina de escribir Hermes a través de la ventana, entre otras manifestaciones de ira psicopática?

Tan sumido estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que varias de las latas entrelazadas habían atracado silenciosamente en la orilla. Meditabundo, nadó en pos de ellas y salió a tierra firme.

Al frente, había un modesto apartamento con las contraventanas pintadas a mano y un móvil colgando perezosamente sobre la entrada. Y allí, en el porche, estaba Carol Stickyfoot, secándose el pelo con una grande y mullida toalla blanca.

—Te quiero —dijo Cadbury. Se sacudió el agua del riachuelo del pelaje y se movió nerviosamente en un titubeo de supuesto afecto.

Carol Stickyfoot levantó la mirada y lo evaluó. Tenía unos ojos negros maravillosos y un largo pelo que brillaba bajo el sol en retirada.

—Espero que traigas las tres fichas azules contigo —le dijo—. Porque, ves, las he tomado prestadas del sitio donde trabajo y tengo que devolverlas —añadió—. Fue un gesto, porque parecías necesitar algo que te diese seguridad. Los inspiradores de miedos e incertidumbres te han estado acosando, como ese loquero de Drat. Él es de los peores. ¿Te apetece una taza de café instantáneo Yuban?

Mientras la seguía hacia su modesto apartamento, Cadbury dijo:

—Supongo que te habrás percatado de mi comentario inicial. Nunca he hablado más en serio en toda mi vida. De verdad que te quiero, y del modo más serio. No busco nada trivial, causal o temporal. Busco la relación más duradera y seria que sea posible. Espero, por Dios, que no estés jugando conmigo, porque nunca me he sentido más serio ni tenso acerca de nada en toda mi vida, incluidas las fichas azules. Si esto no es más que una forma de entretenerte, o algo parecido, sería de agradecer por tu parte que lo dejaras ahora mismo y hablases claro. Porque la tortura de dejar a mi mujer y empezar una nueva vida para descubrir...

—¿El Doctor Malasombra te dijo que pinto? —preguntó Carol Stickyfoot mientras ponía un cazo de agua al fogón de su modesta cocina y lo encendía con una típica cerilla.

—Sólo me dijo que perdiste los papeles en Madrid —dijo Cadbury. Se sentó a una mesa de madera de pino sin pintar que había frente a la cocina y contempló lleno de amor cómo la señorita Stickyfoot vertía cucharadas de café instantáneo en dos tazas de cerámica con espirales patafísicas grabadas.

—¿Sabes algo del zen? —preguntó la señorita Stickyfoot.

—Sólo que plantea koans, que son como acertijos —repuso—. Y que da algún tipo de respuesta sin sentido, porque la pregunta ya era estúpida, algo así como: «¿Por qué estás aquí en la Tierra?», etc. —Esperaba haber acertado y que ella pensara que de verdad sabía algo acerca del zen, como había comentado en su carta. Y entonces se le ocurrió una excelente respuesta zen a su pregunta. —El zen —dijo— es un completo sistema filosófico que contiene preguntas para cada respuesta que

existe en el universo. Por ejemplo, si tenemos la respuesta «Sí», entonces el zen es capaz de producir la pregunta exacta a ella ligada, como: «¿Debemos morir para satisfacer al Creador, que gusta de que su creación perezca?». No obstante, ahora que pienso más profundamente en ello, la pregunta que, según el zen, iría ligada a esa respuesta sería: «¿Nos encontramos en esta cocina a punto de beber café Yuban?». ¿No estás de acuerdo?

Como ella no respondiera inmediatamente, Cadbury se apresuró a añadir:

—De hecho, el zen diría que la respuesta «Sí» es la respuesta de la pregunta «¿No estás de acuerdo?». Ahí radica uno de los grandes valores del zen: puede proponer una variedad de preguntas exactas para casi cualquier respuesta.

—Estás lleno de mierda —dijo desdeñosamente la señorita Stickyfoot.

—Eso demuestra que conozco el zen —dijo Cadbury—. ¿Lo ves? O puede que sea que en realidad tú no lo comprendes. —Se sintió un poco ofendido.

—Puede que tengas razón —dijo la señorita Stickyfoot—. Me refiero a que yo no comprendo el zen. De hecho no tengo la menor idea de lo que es.

—Eso es muy zen —señaló Cadbury—. Yo también. Lo cual es muy zen también, ¿ves?

—Aquí tienes tu café —dijo la señorita Stickyfoot, mientras colocaba las dos tazas humeantes y llenas sobre la mesa y se sentaba frente a él. Entonces sonrió. A él le pareció una sonrisa agradable, llena de luz y de dulzura, una graciosa y arrugada sonrisita acompañada de un aire de asombro y preocupación en los ojos. Sus ojos amplios y negros eran realmente bonitos, puede que los más bonitos que hubiera visto en su vida. Estaba sinceramente enamorado de ella, más allá de las palabras que lo declaraban.

—Ya sabes que estoy casado —dijo, mientras tomaba un sorbo de café—. Pero me he separado. He construido un chamizo en una parte del riachuelo a la que no va nadie. He dicho «chamizo» para no darte una falsa impresión de que pueda ser una mansión o algo así, aunque está muy bien. No trato de impresionarte, lo juro por Dios. Sé que puedo encargarme de los dos. O podemos vivir aquí. —Recorrió con la mirada el modesto apartamento de la señorita Stickyfoot. Qué bien compaginaba lo ascético con el buen gusto. Le gustaba. Se sentía en paz, evadido de sus tensiones por primera vez en años.

—Tienes un aura extraña —dijo la señorita Stickyfoot—. Es lanuda, suave y púrpura. Le doy mi aprobación. Pero nunca había visto ninguna igual antes. ¿Construyes maquetas de trenes? La verdad es que tienes el aspecto de alguien que construye maquetas de trenes.

—Puedo construir casi cualquier cosa —dijo Cadbury—. Con mis dientes, mis manos y mis palabras. Escucha, esto es para ti. —Entonces recitó su poema de cuatro líneas. La señorita Stickyfoot lo escuchó atentamente.

—Ese poema —decidió ella cuando hubo acabado— tiene wu. Wu es un término japonés, o puede que sea chino. Significa lo que ya sabes. —Hizo un gesto de

irritación—. Simplicidad. Como algunos de los dibujos de Paul Klee —y añadió—. Aun así, no es muy bueno. No es lo que me esperaba.

—Lo he compuesto —repuso él malhumoradamente— mientras nadaba riachuelo abajo tras mis latas entrelazadas. Ha sido la pura inspiración del momento. Puedo hacerlo mejor estando aislado y encerrado en mi estudio con mi Hermes, si Hilda no aporrea la puerta. Te puedes imaginar por qué la odio. Por culpa de sus sádicas intrusiones, el único momento que tengo para las tareas creativas es mientras nado o durante el almuerzo. Ese aspecto de mi vida conyugal explica por sí solo por qué he tenido que huir de ella para ir en tu busca. En una relación con una persona como tú podría crear desde un nivel completamente nuevo. Las fichas azules me saldrían de las orejas. Además, no tendría que dejarme los cuartos viendo al doctor Drat, al que tú misma te refieres como el número uno de los malos.

—«Fichas azules» —repitió la señorita Stickyfoot, mientras se frotaba la cara a disgusto—. ¿Ese es el nuevo nivel al que te refieres? Me da la impresión de que tienes las aspiraciones de un vendedor de frutos secos al por mayor. Olvídate de las fichas azules; no dejes a tu mujer por eso. No haces más que llevar contigo tu viejo sistema de valores. Has interiorizado lo que te ha enseñado, sólo que lo has llevado un paso más allá. Cambia de rumbo por completo y todo te irá bien.

—¿Como el zen? —preguntó él.

—Sólo juegas con el zen. Si lo comprendieras, nunca habrías respondido a mi nota viniendo aquí. No hay ninguna persona perfecta en el mundo, ni para ti, ni para nadie. No puedo hacerte sentir mejor de lo que tú le haces sentir a tu mujer; llevas tus problemas dentro, contigo.

—Estoy de acuerdo con eso hasta cierto punto —convino Cadbury—. Pero mi mujer agrava esos problemas. Puede que contigo no se desvanecieran del todo, pero no me pesarían tanto. Nada puede ser peor que ahora. Al menos no arrojarías mi máquina de escribir Hermes por la ventana siempre que te enfadaras conmigo. Y, además, quizá no te enfadarías conmigo cada maldito minuto del día y de la noche, como hace ella. ¿Has pensado en eso? Pon eso en tu pipa y ñámatelo, como dice la expresión.

Su razonamiento no pareció dejar indiferente a la señorita Stickyfoot. Asintió en lo que al menos semejava un entendimiento parcial.

—Está bien —dijo tras una pausa, y sus grandes ojos negros resplandecieron con una repentina luz—. Hagamos un esfuerzo. Si puedes abandonar tu cháchara obsesiva durante un momento, puede que por primera vez en tu vida, haré contigo y por ti lo que nunca habrías podido hacer solo, lo que hay que hacer. ¿De acuerdo? ¿Puedo confiar en ti para eso?

—Empiezas a hablar raro —dijo Cadbury, con una mezcla de alarma y sorpresa, así como un creciente temor. Ante sus ojos, la señorita Stickyfoot había empezado a cambiar palpablemente. Lo que, hasta el momento, se le había aparecido como la belleza definitiva, empezó a evolucionar mientras la miraba fijamente. La belleza, tal

como la había conocido, anticipado e imaginado, se disolvió, arrastrada hasta los ríos del olvido, del pasado, de las limitaciones de su propia mente. Al instante se vio reemplazada por algo más, algo que la rebasaba, que jamás habría podido ser conjurado por su imaginación, tanto que la excedía.

La señorita Stickyfoot se convirtió en varias personas, cada una de ellas ligada a la naturaleza de la realidad, bella, pero no engañosa, atractiva dentro de los confines de la realidad. Y Cadbury vio que esa gente significaba mucho más, era mucho más, porque no eran manifestaciones creadas para satisfacer sus deseos, productos de su propia mente. Una, una muchacha medio oriental de pelo negro, largo y brillante, lo miraba con unos ojos que despedían destellos de impasible inteligencia, revestidos de una sosegada alerta. La percepción de él en ellos era lúcida y correcta, libre de la adulteración del sentimiento e incluso la amabilidad, la misericordia o la compasión, si bien albergaban una suerte de amor. Era justicia sin aversión o repudio hacia él, por muy consciente que fuese ella de sus imperfecciones. Era un amor nacido de la camaradería, una evaluación analítica y cerebral de ambos, compartida, y la entrelazada unión de ambos a través de sus mutuos fracasos.

La siguiente chica, que sonreía con perdón y tolerancia, ajena a sus incapacidades (nada de lo que él fuera o dejara de ser, ni de lo que pudiera o no hacer, la decepcionaría ni mermaría la estima que sentía por él) resplandecía y ardía desde la oscuridad, con una especie de calor, triste y a la vez eternamente alegre y feliz: ella, su madre, su eterna madre, que nunca desaparecía, nunca se iba, se marchaba o se olvidaba, incapaz nunca de retirarle su protección, la capa protectora que lo ocultaba, lo abrigaba, le infundía esperanza y destellos de nueva vida cuando el dolor, la derrota y la soledad le inyectaban escalofríos hasta casi convertirlo en cenizas... La primera chica, su igual; su hermana, quizá; esa chica, su dulce y fuerte madre que, a un tiempo, era frágil y temerosa, pero que no mostraba ninguna de las dos debilidades.

Y, con ellas, una muchacha terca, llorona e irritable, inmadura, con una belleza deteriorada, con manchas en la piel, vestida con una blusa con exceso de volantes y de satén, una falda demasiado corta y con piernas demasiado finas, si bien atractiva desde un punto de vista primitivo. Lo miraba con decepción, como si él la hubiera fallado, como si siempre la hubiera fallado. Aun así, había exigencia en su mirada, como si quisiera más, como si exigiera de él todo lo que había necesitado y anhelado; todo el mundo, el cielo, todo, pero despreciándolo porque no era capaz de dárselo. Supo que ésa era su futura hija, la que finalmente le daría la espalda al contrario que las otras dos; la que lo abandonaría con resentida decepción en busca de la realización con otro hombre más joven. Sólo podría tenerla por un breve espacio de tiempo. Y jamás llegaría a satisfacerla del todo.

Pero las tres lo querían, y las tres eran sus chicas, sus mujeres, sus tristes, esperanzadas, melancólicas, asustadas, confiadas, sufrientes, carcajeantes, sensuales, protectoras cálidas y exigentes realidades femeninas, una trinidad objetiva en

oposición a él y, al mismo tiempo, en combinación con él; añadiéndole lo que no era y no sería jamás, lo que atesoraba y valoraba, lo que respetaba, y amaba y necesitaba más que cualquier otra cosa en la existencia. La señorita Stickyfoot, como tal, se había ido. Esas tres chicas eran lo que había en su lugar. Y no se comunicaban con él remotamente, salvando una distancia, enviando mensajes flotantes por el Papermill Creek en latas vacías. Ellas hablaban directamente, con intensas miradas, sin espacio para el titubeo, siempre conscientes de su presencia.

—Viviré contigo —dijo la chica de mirada tranquila y aspecto asiático—. Como compañera neutral, día y noche, mientras los dos sigamos vivos, que podría no ser eternamente. La vida es transitoria y a menudo no merece la pena dejarse joder por ella. A veces pienso que los muertos están mejor. Puede que me reúna con ellos hoy, o mañana. Puede que te mate y te mande con ellos, o que te lleve conmigo. ¿Quién sabe lo que pasará? Puedes pagar los gastos del viaje, al menos si quieres que te acompañe. De lo contrario, iré por mi cuenta y viajaré gratis en un transporte militar 707. El gobierno me hace una rebaja regular de por vida, y el dinero que ahorro lo meto en una cuenta para inversiones más o menos legales en asuntos clasificados que obedecen a razones que más te vale no conocer nunca si sabes lo que te conviene. —Hizo una pausa, sin dejar de lanzarle una mirada impasible—. ¿Y bien?

—¿Cuál era la pregunta? —dijo Cadbury, perdido.

—He dicho —dijo ella con ferocidad y un impaciente desprecio por su estupidez— que viviré contigo durante un periodo indefinido de tiempo, con un desenlace incierto, si pagas lo suficiente y, sobre todo (y esto no admite peros), si mantienes el funcionamiento eficiente de la casa, es decir, pagar las facturas, limpiar, hacer la compra, hacer la comida, etc., de tal manera que no me importune y así pueda yo hacer mis cosas, que son las que importan.

—Vale —dijo él con afán.

—Yo nunca viviré contigo —dijo la chica de mirada triste y pelo cálido y grisáceo, regordeta y blanda en su opulenta chaqueta de cuero, con sus borlas y sus cordones sueltos y botas marrones, y su bolso de piel de conejo—. Pero de vez en cuando te abordaré de camino al trabajo todas las mañanas a ver si tienes un canuto, y si no es así, y estás mal, te pondré las pilas... Aunque ahora mismo no, ¿vale? —Sonrió con más intensidad si cabe, con los adorables ojos llenos de sabiduría muda respecto a ella misma y a su amor.

—Claro —dijo él. Deseaba más, pero sabía que aquello sería todo; ella no le pertenecía, no estaba en el mundo para él; era ella misma, producto y pieza del mundo.

—Violador —dijo la tercera, con los labios pasados de rojo y exuberancia retorcidos en una mueca de malicia y diversión—. Nunca te abandonaré, so viejo verde, porque si lo hago, ¿cómo demonios encontrarás a alguien dispuesto a vivir con un perverso de menores que se va a morir de una embolia coronaria o un infarto masivo en cualquier momento? Si me marchó, todo se habrá acabado para ti, so viejo



verde. —De repente, sus ojos se humedecieron fugazmente de pena y compasión, pero fue muy efímero—. Ésa será toda la felicidad que jamás tendrás. Así que no me puedo ir. Tendré que quedarme contigo y dejar mi propia vida en un compás de espera, aunque sea para siempre.

Entonces, su animación se desvaneció. Una especie de oscuridad resignada, mecánica e inerte se adueñó de sus atractivos rasgos.

—Sin embargo, si recibo una oferta mejor —prosiguió fríamente—, la aceptaré. Tendré en cuenta las alternativas. Comprobaré cómo está el ambiente.

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo Cadbury, ardiendo de resentimiento. Ya notaba una terrible sensación de pérdida, como si ella ya se hubiese marchado, tan pronto. Ya había ocurrido. Aquello, la peor de las posibilidades jamás imaginada en su vida.

—Bien —dijeron las tres chicas a la vez, de repente—, vamos al grano. ¿Cuántas fichas azules tienes?

—¿Q-qué? —tartamudeó Cadbury, sorprendido.

—Ése es el nombre del juego —dijeron las tres chicas al unísono, irradiando aspereza en la mirada. Sus facultades combinadas habían sido despertadas a la existencia por aquel asunto. Estaban, individual y colectivamente, alerta—. Veamos tu cartera. ¿Cuál es el balance?

—¿Cuál es tu salario bruto anual? —preguntó la chica asiática.

—Nunca te dejaría sin blanca —dijo la muchacha cálida, sentimental, paciente y de buen corazón—, pero ¿me podrías prestar dos fichas azules? Sé que las tienes a cientos, que para eso eres un castor importante y famoso.

—Coge algunas y cómprame dos cuartos de litro de batido de chocolate, un surtido de rosquillas y una Coca-Cola en el Speedy Mart —dijo la chica terca.

—¿Me prestas el Porsche si le lleno el depósito? —preguntó la chica de buen corazón.

—Pero no puedes conducir el mío —dijo la asiática—. Aumentaría el coste del seguro que paga mi madre.

—Enséñame a conducir —dijo la tercera— para que pueda llevar a uno de mis novios al cine al aire libre mañana por la noche. Sólo son dos pavos por cabeza. Ponen cinco pelis, y podemos meter a un par de tíos y a una chica en el maletero.

—Mejor será que me confíes a mí tus fichas azules —dijo la chica de buen corazón—. Estas otras te dejarán sin blanca.

—Que te jodan —dijo la tercera de repente.

—Si le haces caso o le das una sola ficha azul —dijo la asiática con dureza—, te arrancaré el corazón y me lo comeré crudo. Y esa ordinaria tiene la gonorrea; si te acuestas con ella, serás estéril el resto de tu vida.

—No tengo ninguna ficha azul —dijo Cadbury, nervioso, temiendo que, al saberlo, las tres lo dejaran—. Pero yo...

—Vende tu máquina de escribir Hermes Rocket —dijo la asiática.

—La venderé por ti... —dijo la protectora chica de buen corazón con dulce voz—. Y te daré... —y calculó con gran minuciosidad, lentamente, con esfuerzo—. Lo compartiré contigo. A partes iguales. Yo jamás te timaría. —Le dedicó una sonrisa y él supo que era sincera.

—Mi madre tiene una IBM eléctrica de oficina —dijo la tercera, con arrogancia, casi con desprecio—. Me haré con una y aprenderé mecanografía para tener un buen trabajo. Aunque gano más con la pensión del Estado...

—Más tarde, este año... —empezó a decir Cadbury desesperadamente.

—Te veremos más tarde —dijeron las tres chicas que habían sido la señorita Stickyfoot—. O nos puedes mandar las fichas azules por correo, ¿vale? —Empezaron a retroceder a la vez, titubearon y se volvieron insustanciales. O...

¿Era el propio Cadbury, el castor necesitado, quien se tornaba insustancial? De repente, tuvo la desesperada intuición de que lo que ocurría era lo segundo. Era él quien se desvanecía y ellas las que permanecían.

Y aun así, no era malo.

Podía sobrevivir a aquello. Podía sobrevivir a su propia desaparición. Pero no a la de ellas.

En el poco tiempo que las había conocido, significaban más para él que él mismo. Y eso era un alivio.

Tuviese o no fichas azules para ellas (y eso parecía lo que más les importaba), sobrevivirían. Si no podían hacerse con sus fichas azules engatusando, arrancando, tomándolas prestadas o de cualquier otra forma, se las sacarían a cualquier otro. O seguirían tan felices sin ellas. En realidad no las necesitaban. Pero, con toda franqueza, no estaban muy interesadas en la supervivencia. Querían, pretendían y sabían cómo ser auténticamente felices. No se detendrían por la mera supervivencia. Lo que querían era vivir.

—Espero volver a veros pronto —dijo Cadbury—. O, más bien, espero que volváis a verme vosotras. Vamos, que espero reaparecer, al menos brevemente, de vez en cuando, en vuestras vidas. Sólo para ver cómo os va.

—Deja de excusarte en nosotras —dijeron las tres a la vez, al tiempo que Cadbury prácticamente dejaba de existir. Ahora, lo único que quedaba de él era un leve humo gris que flotaba quejumbrosamente en el aire a medio agotar que una vez lo sustentara.

—Volverás —dijo la chica terca, regordeta, enfundada en cuero y de mirada cálida, plena de certidumbre, como si instintivamente supiese que no cabía dada alguna—. Te veremos.

—Eso espero —dijo Cadbury, pero ahora el sonido de su voz evanescente sonaba más débil, y titilaba como una señal de audio que se desvanece desde una estrella lejana que una vez, hace mucho tiempo, se hubiera reducido a cenizas, oscuridad, vacío y silencio.

—Vámonos a la playa —dijo la asiática, al tiempo que las tres emprendían la

marcha, confiadas, seguras y sustanciales, vivas para llevar a cabo la actividad de la jornada. Y se marcharon.

Cadbury, o, al menos, los iones que quedaban de él a modo de estela de vapor que marcaba su paso y salida por la vida, se preguntó si en esa playa habría buenos árboles que roer. ¿Dónde estaría esa playa? ¿Sería bonita? ¿Tendría nombre?

Con una breve pausa, echando atrás la mirada, la chica regordeta de buen corazón, la compasiva embutida en cuero y suaves borlas, dijo:

—¿Quieres venirte? Podemos llevarte con nosotras un rato, puede que esta vez. Pero sólo ésta. Ya sabes cómo es.

No hubo respuesta.

—Te quiero —dijo ella suavemente para sí. Sus ojos humedecidos esbozaron una feliz, entristecida y comprensiva sonrisa llena de recuerdo.

Y siguió adelante, un poco retrasada respecto a las otras dos, demorándose levemente, como si, sin querer demostrarlo, echara la mirada hacia atrás.

## Algo para nosotros, temponautas [15]

Addison Doug avanzaba paso a paso, con aire cansado, la cabeza baja y aspecto de sentir un dolor físico, por el largo sendero de losas redondas de madera sintética. Al verlo llegar, la joven sintió el deseo de ayudarlo, dolida ella también por su dolor y su cansancio, pero al mismo tiempo alegre por su presencia. El hombre se le acercó sin levantar la cabeza, caminando como un autómatas... «Como si hubiese recorrido aquel camino muchas veces», pensó ella de repente. «Conoce el camino demasiado bien. ¿Por qué?»

—¡Addi! —gritó y echó a correr hacia él—. Dijeron por la televisión que estabas muerto. ¡Que todos estabais muertos!

El hombre se detuvo y se echó hacia atrás el cabello, que ya no era largo. Se lo habían cortado justo antes del lanzamiento. Evidentemente, lo había olvidado.

—¿Te crees todo lo que ves en la televisión? —dijo, y siguió avanzando, con paso titubeante, pero ahora sonriendo. Alargó la mano hacia ella.

Dios, qué agradable era poder tocarlo y sentir sus manos. Conservaba más fuerzas de las que ella esperaba.

—Estaba a punto de buscarme a otro —dijo con voz entrecortada—. Para reemplazarte.

—Te partiré la cabeza si lo haces —contestó él—. Además, eso no es posible, nadie puede reemplazarme.

—Pero ¿qué pasó con la implosión? —preguntó—. En la reentrada. Dicen que...

—Lo he olvidado —contestó Addison con el tono que usaba cuando quería decir «no voy a hablar de ello». Aquel tono siempre la había molestado, pero esta vez no. Esta vez comprendió lo atroz que debía de ser el recuerdo—. Voy a quedarme en tu casa un par de días —continuó él, mientras seguían el sendero hacia la puerta de la casa, con su tejado a dos aguas—. Bueno, si te parece bien. Benz y Crayne vendrán luego. Puede que esta misma noche. Tenemos mucho que hablar y decidir.

—Entonces habéis sobrevivido los tres —dijo ella mirando su rostro demacrado—. Nada de lo que han dicho en la televisión... —Comprendió al fin. O, al menos, creyó hacerlo—. Era una historia inventada. Por... razones políticas, para engañar a los rusos, supongo. Para que la Unión Soviética crea que el lanzamiento fracasó en la reentrada...

—No —dijo él—. Es muy probable que se reúna con nosotros un crononauta ruso. Para ayudarnos a averiguar lo que ha sucedido. El general Toad dice que ya está en camino. Ya le han concedido autorización. A causa de la gravedad de la situación.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, sorprendida—. Entonces, ¿para quién se han inventado esa historia?

—Vamos a beber algo —dijo Addison—, y luego intentaré explicártelo.

—Sólo tengo brandy de California.

—Ahora mismo me bebería cualquier cosa —dijo Addison.

Se dejó caer sobre el sofá, echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro tembloroso y agobiado, mientras la joven se apresuraba a preparar unas bebidas para ambos.

La radio del coche tronaba:

—... apenado ante el trágico giro que han tomado los acontecimientos, provocado por un imprevisto...

—Tonterías —dijo Crayne mientras apagaba el aparato. Estaba con Benz en el coche y les resultaba difícil encontrar la casa, que sólo habían visitado una vez. Crayne pensó que era una manera demasiado informal de reunirse para tratar un asunto de tal importancia, en casa de la chica de Addison, a las afueras de Ojai. Sin embargo, tenía la ventaja de que así no les molestarían los curiosos. Y probablemente no dispusieran de mucho tiempo. Era difícil de saber. Nadie podía asegurarlo.

Crayne observó que las colinas que se levantaban a ambos lados de la carretera habían sido bosques en su momento. Ahora los caminos de las casas y las sinuosas carreteras de plástico fundido arruinaban el paisaje.

—Apuesto a que esto era muy bonito antes —le dijo a Benz, que era quien conducía.

—El parque nacional de Los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí una vez allí, cuando tenía ocho años. Estuve horas en el bosque, pensando que me iba a morder una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una de ellas.

—Pues al final te ha mordido —dijo Crayne.

—A mí y a todos —añadió Benz.

—¿Sabes? —repuso Crayne—, es horrible esto de estar muerto.

—Habla por ti.

—Pero, técnicamente...

—Si haces caso de lo que dice la radio y la televisión —dijo Benz mientras volvía hacia él su cara de gnomo, con una expresión de severidad admonitoria—, estamos tan muertos como los demás habitantes del planeta. La única diferencia es que la fecha de nuestra muerte está en el pasado, mientras que la de ellos corresponde a un momento incierto del futuro. De hecho, para algunos de ellos es fija, como por ejemplo los que están en las plantas de tratamiento del cáncer. Para ellos es tan segura como para nosotros. O más. Por ejemplo ¿cuánto tiempo podemos quedarnos aquí antes de tener que regresar? Tenemos un margen, cosa que los enfermos terminales no pueden decir.

—Ahora me dirás que tenemos que alegrarnos porque no sentimos dolor —replicó Crayne con tono alegre.

—Addi lo siente. Antes iba dando tumbos. Es algo psicossomático, pero se ha convertido en una dolencia física, real. Como si Dios le estuviera oprimiendo el

cuello con la rodilla. Es una carga excesiva y no es justo. Pero él no se queja en voz alta... Sólo, de vez en cuando, enseña las llagas de las manos —terminó con una sonrisa.

—Addi tiene más razones para vivir que nosotros.

—Todo hombre tiene más razones para vivir que nadie. Yo no tengo una chica guapa con la que dormir por las noches, pero me gustaría ver la puesta de sol sobre la autopista de Riverside unas cuantas veces más. Lo importante no son las cosas que tienes, sino las ganas que tienes de verlas, de estar ahí... Eso es lo más triste del asunto.

Y continuaron en silencio.

Los tres temponautas fumaban tranquilamente en el saloncito de la casa de la joven. Addison Doug estaba pensando que la chica estaba más provocativa y deseable que nunca, con aquel suéter blanco ajustado y aquella minifalda. Y lo lamentaba. No tenía fuerzas para eso, en aquel momento. Estaba demasiado cansado.

—¿Sabe lo que pasa? —preguntó Benz señalando a la chica—. Es decir, ¿podemos hablar abiertamente? ¿No se asustará?

—Aún no se lo he explicado —dijo Addison.

—Pues será mejor que lo hagas —repuso Crayne.

—Pero ¿qué pasa? —dijo ella, con un respingo mientras se ponía la mano entre los senos. Como si quisiera tocar algún símbolo religioso que ya no estaba allí, pensó Addison.

—Morimos en la reentrada —dijo Benz. Era el más cruel del grupo. O por lo menos el más brusco—. Verá usted, señorita...

—Hawkins —dijo ella en un susurro.

—Encantado de conocerla, señorita Hawkins. —Benz la observó de arriba abajo con su habitual frialdad—. ¿Y tiene usted nombre?

—Merry Lou.

—Muy bien, Merry Lou —dijo Benz. Se volvió hacia los otros dos hombres y les dijo—: Parece un nombre de camarera, esos que llevan cosidos en la blusa. «Me llamo Merry Lou y voy a servirle la cena, y el desayuno, y el almuerzo durante los próximos días, o durante los días que sean hasta que se harten y vuelvan a su propio tiempo. Son cincuenta y tres dólares y ocho centavos, por favor. Sin contar la propina. Y espero que no vuelvan nunca, ¿de acuerdo?». —Había empezado a temblarle la voz y también el cigarrillo—. Lo siento, señorita Hawkins —dijo—: Estamos todos desquiciados por lo de la implosión. Nos enteramos nada más llegar. En realidad, lo hemos sabido antes que nadie. En cuanto llegamos al tiempo de emergencia.

—Pero no podíamos hacer nada —dijo Crayne.

—Nadie puede hacer nada —le dijo Addison mientras le rodeaba la cintura con el brazo. Parecía un déjà vu, y de pronto lo comprendió. «Estamos en un bucle temporal

cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas, tratando de resolver el problema de la reentrada, creyendo siempre que es la primera vez, la única... y sin resolverlo nunca. ¿Cuántas veces ya? Puede que un millón. Puede que nos hayamos sentado aquí un millón de veces, analizando los mismos hechos una vez y otra y sin llegar a ninguna parte.» Al pensar esto sintió un agotamiento insoportable. Y experimentó al mismo tiempo una especie de inmenso odio filosófico que se extendía a los otros dos hombres, porque ellos no tenían que resolver el enigma. «Todos vamos al mismo sitio —pensó—. Es lo que dice la Biblia. Pero... lo que pasa es que nosotros tres ya hemos estado allí. Estamos allí ahora mismo. De manera que es absurdo pedirnos que permanezcamos en la superficie de la Tierra y discutamos y nos preocupemos tratando de averiguar qué pasó. Eso deberían hacerlo nuestros herederos. Nosotros ya hemos sufrido bastante.»

Pero no lo dijo en voz alta. Por los demás.

—Puede que chocarais con algo —sugirió la joven.

Benz miró a los demás y dijo, con sarcasmo:

—Sí, puede que «chocáramos» con algo.

—Es lo que dicen en televisión —insistió Merry Lou—. Que el peligro de la reentrada reside en estar fuera de fase y colisionar a nivel molecular con algún objeto tangente... —Hizo un ademán—. Ya sabéis, «dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo». Y así, claro, todo voló por los aires.

Hizo una pausa y lanzó una mirada interrogativa en derredor.

—Ese es el factor de riesgo principal —reconoció Crayne—. Por lo menos en teoría, según los cálculos del doctor Fein, del departamento de Planificación. Pero disponíamos de sistemas de seguridad redundantes que debían funcionar automáticamente. La reentrada no podía producirse a menos que estos dispositivos nos estabilizasen espacialmente para que no se produjera ningún solapamiento. Siempre existe la posibilidad de que hayan fallado todos, uno detrás de otro. Yo estaba comprobando todos los datos durante el lanzamiento y todos ellos, todos y cada uno de ellos, indicaban que estábamos adecuadamente en fase en ese momento. Y no oí ninguna alarma. Ni la vi. —Sonrió—. Al menos» no sucedió entonces.

—¿Os dais cuenta —dijo de pronto Benz— de que nuestros herederos son ricos? Les corresponden las primas de nuestros seguros de vida federales y comerciales. Nuestros «herederos»... Por Dios, pero si somos nosotros mismos. Podemos pedir que nos paguen todo ese dinero. Entrar en la oficina de nuestro asesor financiero y decir simplemente: «Estamos muertos. Vamos, el dinero.»

Addison Doug estaba pensando. Los funerales públicos. Lo que tenían preparado, para después de las autopsias. Aquella larga hilera de Cadillacs negros, desfilando por la avenida Pennsylvania, seguida por los dignatarios del Gobierno y los malditos científicos... «Y nosotros estaremos allí. No una vez, sino dos: dentro de los féretros de roble con incrustaciones de metal, cubiertos con banderas, y también... de pie, en las limusinas abiertas, saludando a la multitud congregada en nuestro honor.»

—Las ceremonias —dijo en voz alta.

Los demás se quedaron mirándolo, sin acabar de comprender. Y luego, uno tras el otro, lo entendieron. Lo vio en sus caras.

—No —dijo Benz, con voz ronca—. Eso... no es posible.

Crayne sacudió la cabeza con énfasis:

—Nos ordenarán que estemos allí, y allí estaremos. Obedeciendo las órdenes.

—¿Y habrá que sonreír? —dijo Addison—. ¿También habrá que sonreír, joder?

—No —dijo lentamente el general Toad, mientras su cabeza carnosa y colorada oscilaba sobre un cuello fino como un palo de escoba. Tenía la piel llena de manchas, como si el peso de las condecoraciones prendidas del cuello rígido de su casaca hubiese empezado a descomponer una parte de él—. No tienen ustedes que sonreír. Todo lo contrario, deberían adoptar una actitud de pesar. A tono con el duelo que vive el país en este momento.

—Eso no va a ser fácil —dijo Crayne.

El crononauta ruso no dijo nada. Su rostro delgado y aquilino, comprimido bajo los auriculares del traductor simultáneo, parecía absorto y preocupado.

—La nación —dijo el general Toad— será consciente de su presencia entre nosotros durante ese breve intervalo. Las cámaras de las cadenas de televisión más importantes apuntarán hacia ustedes, todas ellas a la vez, y los comentaristas tienen instrucciones para decir algo como esto. —Sacó una hoja de papel mecanografiado del bolsillo, se puso las gafas, carraspeó y dijo—: «Estamos enfocando a tres figuras que vienen juntas en un coche. No las distinguimos del todo. ¿Y ustedes?». —El general Toad bajó la hoja—. Al llegar a este punto interrogarán también a sus colegas. Y por fin exclamarán: «Pero Roger»... o Walter, o Ned, según el caso concreto...

—O Bill —intervino Crayne—, en el caso de que se trate de la cadena Bufonidae, desde el pantano.

El general Toad ignoró el comentario.

—En líneas generales, lo que dirán será: «¡Pero, Roger, me parece que estamos viendo a los tres temponautas! ¿Significa esto que, de algún modo, el problema ha sido...?». Y su compañero responderá con voz ligeramente más sombría: «Lo que estamos viendo, David (o Henry, o Peter, o Ralph, según los casos), es, creo, la primera constatación de lo que los técnicos llaman la Actividad de Tiempo de Emergencia, es decir, la ATE. Contrariamente a lo que pudiera parecer a primera vista, éstos no son, repito, no son, nuestros tres valientes temponautas, tal como hasta ahora acostumbrábamos a percibirlos, sino su imagen, recogida por nuestras cámaras, puesto que se han visto suspendidos temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, creíamos hasta ahora, sería un continuo situado unos cien años a partir de ahora... Parece haberse producido algún tipo de error de cálculo y los tenemos aquí ahora, entre nosotros, en lo que, como es natural, conocemos como nuestro presente».



Addison Doug cerró los ojos y pensó: «Crayne va a preguntarle ahora si las cámaras no podrían enfocarle con un globo en la mano y comiendo algodón de azúcar. Creo que esto nos ha vuelto locos a todos. —Y luego se preguntó—: ¿Cuántas veces habremos pasado ya por esta estúpida situación?»

»No puedo demostrarlo —pensó con fatiga—. Pero sé que es cierto. Hemos estado sentados aquí muchas veces ya, haciendo las mismas tonterías, oyendo la misma basura. —Se estremeció al pensarlo—. Cada estúpida palabra...»

—¿Qué ocurre? —inquirió Benz.

El crononauta soviético tomó la palabra por primera vez.

—¿Cuál es el máximo intervalo posible de ATE para su equipo? ¿Y qué porcentaje de este tiempo se ha consumido ya?

Al cabo de una pausa, Crayne dijo:

—Ya nos han informado sobre eso hoy mismo, antes de venir aquí. Hemos consumido aproximadamente la mitad del tiempo de intervalo ATE.

—Sin embargo —intervino el general Toad—, hemos programado el Día de Duelo Nacional dentro del plazo de ATE restante. Esto nos obliga a acelerar la autopsia y los demás procedimientos forenses, pero en vista del sentimiento público, nos pareció apropiado...

«La autopsia», pensó Addison Doug, y de nuevo sintió un escalofrío. Esta vez no pudo contenerse y dijo:

—¿Por qué no dejamos esta absurda reunión para otro momento y bajamos a Patología para ver unos cortes de tejido coloreado al microscopio? Tal vez se nos ocurran ideas que ayuden a la ciencia médica a encontrar algunas respuestas. Respuestas... eso es lo que necesitamos. Respuestas para problemas que no existen aún. Ya surgirán los problemas más tarde. —Hizo una pausa—. ¿Quién está de acuerdo?

—No quiero ver mi páncreas en la pantalla —dijo Benz—. Iré al desfile, pero no quiero tomar parte en mi propia autopsia.

—Podrías distribuir cortes microscópicos de tus propios tejidos entre los asistentes al desfile —dijo Crayne—. Cada uno de nosotros podría llevar una bolsita llena de ellos. ¿No, general? Creo que, al final, acabaremos sonriendo.

—He estado revisando todos los memorandos sobre la sonrisa —replicó el general Toad mientras pasaba algunas de las páginas que tenía delante—. Y el consenso político es que no concuerda con el sentimiento público actual, por lo que queda descartada. Asunto zanjado. Por lo que se refiere a presenciar las autopsias que se están llevando a cabo en este momento...

—Nos la vamos a perder si nos quedamos aquí sentados —le dijo Crayne a Addison Doug—. Siempre me pierdo lo mejor.

Addison hizo caso omiso del comentario y se dirigió al crononauta soviético:

—Oficial N. Gauki —dijo en el micrófono que colgaba de su pecho—, ¿cuál cree usted que es el mayor miedo al que se enfrenta un viajero en el tiempo? ¿Que ocurra

una implosión debida a la yuxtaposición en la reentrada, como ha sucedido con nuestro lanzamiento? ¿O usted y su compañero experimentaron otras obsesiones traumáticas durante su breve pero fructífero viaje temporal?

Transcurrida una pausa, N. Gauki respondió:

—R. Plenya y yo intercambiamos pareceres sobre el particular en varias charlas informales. Creo que puedo hablar por los dos si digo, respondiendo a su pregunta, que nuestro principal temor era haber entrado en un bucle temporal cerrado del que nos fuera imposible escapar.

—¿Se repetiría para siempre? —preguntó Addison Doug.

—Sí, señor A. Doug —respondió el crononauta con un sombrío gesto de asentimiento.

Un miedo que no había experimentado nunca se apoderó entonces de Addison. Se volvió hacia Benz en un gesto brusco y murmuró:

—¡Mierda!

Se quedaron mirando el uno al otro.

—No creo que sea eso lo que ha sucedido —susurró Benz mientras le ponía una mano sobre el hombro y le daba un apretón en un gesto reconfortante—. Simplemente implotamos en la reentrada, eso es todo. Cálmate.

—¿Podríamos levantar la sesión? —preguntó Addison con voz ronca y ahogada, mientras se incorporaba en su silla. Sentía que la sala entera, y la gente que había en ella, se cernían sobre él y lo asfixiaban. «Claustrofobia», pensó. «Como cuando, en el colegio, las máquinas pedagógicas nos hicieron un examen sorpresa y vi que no podía aprobarlo»—. Por favor —dijo sencillamente, mientras se levantaba. Todos se quedaron mirándolo con expresiones diversas. La cara del ruso era la más comprensiva y las arrugas de su rostro demostraban preocupación. Addison hubiese querido...—. Quiero irme a casa —les dijo a todos, y se sintió como un imbécil.

Estaba borracho. Era de madrugada y se encontraba en un bar de Hollywood Boulevard. Por suerte, Merry Lou estaba con él y se lo estaba pasando en grande. Al menos eso es lo que le decía todo el mundo. Se agarró a Merry Lou y dijo:

—La mayor unidad de esta vida, la unión que más sentido tiene, es la del hombre y la mujer. Su unidad absoluta. ¿Me equivoco?

—Sí, lo sé —dijo Merry Lou—. Lo estudiamos en clase.

Aquella noche, a petición suya, Merry Lou era una rubia menuda, vestida con pantalones de campana de color morado, tacones altos y una blusa que dejaba ver su ombligo. Un rato antes llevaba un colgante de lapislázuli prendido del hoyuelo, pero lo había perdido durante la cena en Ting Ho. El dueño del restaurante les había prometido que seguiría buscándolo, pero Merry Lou había estado un poco apagada desde entonces. Tenía un valor simbólico, le había dicho. Pero no le explicó el por qué. O, al lo menos, no se acordaba. Quizá era esto lo que ocurría. Ella se lo había explicado y él lo había olvidado.

En una de las mesas cercanas, un elegante y joven hombre de color, con peinado

afro, vestido con chaqueta a rayas y una corbata roja muy grande, no apartaba la vista de Addison desde hacía un buen rato. Era obvio que quería acercarse a su mesa y no se atrevía. Entretanto, no dejaba de mirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de saber exactamente lo que va a ocurrir dentro de un momento? —le preguntó Addison a Merry Lou—. ¿Lo que alguien va a decir, palabra por palabra? Hasta en los menores detalles, como si ya hubieses vivido la escena...

—A todos nos ha ocurrido alguna vez —dijo Merry Lou mientras tomaba un sorbo de su Bloody Mary.

El hombre se levantó y se les acercó. Se detuvo junto a Addison.

—Disculpe si lo molesto, señor.

Addison se volvió hacia Merry Lou:

—Ahora va a decir: «¿No lo conozco de algo? ¿No le he visto en la televisión?».

—¡Eso es exactamente lo que me disponía a decirle! —exclamó el hombre de color.

—Seguro que ha visto mi foto en la página 46 del último Time —dijo Addison—, en la sección de nuevos descubrimientos médicos. Soy el médico rural de una pequeña ciudad en Iowa que ha alcanzado la fama por inventar un sistema sencillo y barato para conseguir la vida eterna. Algunas de las grandes empresas farmacéuticas ya han empezado a fabricar mi vacuna.

—Eso debe de ser —dijo el hombre de color, pero no parecía muy convencido. Ni tampoco borracho. Clavó una mirada concentrada en Addison—. ¿Me permiten que me sienten con ustedes?

—Claro —respondió Addison. Y vio entonces, en la mano del hombre, el carné de la agencia de seguridad que se había encargado del proyecto desde el principio.

—Señor Doug —dijo el agente de seguridad, mientras se sentaba a su lado—. No creo que deba estar aquí, hablando de ese modo. Igual que le he reconocido yo, imagine que lo reconoce otra persona y le da un ataque. Está todo clasificado hasta el Día de Duelo. Técnicamente, está usted violando un estatuto federal con su presencia en este sitio. ¿Se da cuenta? Tendría que arrestarle. Pero es una situación complicada. No queremos que monte una escena. ¿Dónde están sus dos colegas?

—En mi casa —dijo Merry Lou. Era obvio que no había visto el carné—. Escuche —añadió con tono tajante—, ¿por qué no se larga? Mi marido ha pasado por una situación horrible y ésta es la primera oportunidad que tiene de relajarse.

Addison miró al hombre.

—Sabía lo que iba a decirme antes de que se acercara.

«Palabra por palabra —pensó—. Tengo razón y Benz está equivocado, y esta escena va a continuar repitiéndose una vez tras otra.»

—Tal vez —dijo el agente— pueda convencerlo de que vuelva a casa de la señorita Hawkins voluntariamente. Hace apenas unos minutos nos ha llegado un mensaje —dio unos golpecitos en el pequeño auricular que llevaba en la oreja

derecha— urgente para usted. Teníamos instrucciones de transmitírselo en cuanto lo localizáramos. En las ruinas del lugar del lanzamiento... han estado rebuscando entre los escombros, ¿sabe?

—Sí, ya lo sé —dijo Addison.

—Creen haber encontrado una pista. Uno de ustedes trajo algo consigo. Del ATE, además de lo que llevaban en la salida, contraviniendo todas las normas.

—Déjeme que le pregunte una cosa —dijo Addison—. Supongamos que alguien me ve. Supongamos que me reconoce. ¿Y qué?

—El público está convencido de que, aunque fallase la operación de reentrada, el viaje en el tiempo, el primer viaje en el tiempo organizado americano, ha sido un éxito. Tres temponautas americanos fueron enviados casi cien años al futuro, que es aproximadamente el doble de lo que consiguieron los soviéticos el año pasado. El hecho de que en realidad sólo fuera una semana no será tan difícil de aceptar para la opinión pública si cree que se debe a que decidieron, por voluntad propia, manifestarse de nuevo en este continuo porque querían estar presentes, porque de hecho se sentían obligados a estar presentes en...

—En el desfile —le interrumpió Addison—. Por duplicado.

—Los atrajo irresistiblemente el dramático y sombrío espectáculo de su propio funeral, donde los captarán las cámaras de las cadenas de televisión más importantes. Señor Doug, en serio, los costes que ha acarreado esta situación, en términos financieros y de planificación al máximo nivel, son enormes. Pero así será más fácil de aceptar para el público y esto es de vital importancia si queremos realizar un nuevo lanzamiento alguna vez. Que es, a fin de cuentas, lo que todos queremos.

Addison Doug se lo quedó mirando.

—¿Qué dice que queremos?

—Hacer nuevos viajes en el tiempo —respondió el agente, incómodo—. Como han hecho ustedes. Por desgracia, no podrán ser ustedes, a causa de la trágica implosión y de su muerte. Pero otros temponautas...

—¿Qué dice que queremos? ¿Eso? ¿En serio? —repuso Addison alzando la voz. La gente estaba mirándolos desde las mesas cercanas. Parecían nerviosos.

—Desde luego —respondió el agente—. Y no grite.

—Yo no quiero eso —dijo Addison—. Yo quiero parar. Parar para siempre. Quedarme tendido en el suelo, sobre la tierra. No ver más veranos... No volver a ver el mismo verano.

—Si ves uno, ya los has visto todos —dijo Merry Lou con voz intranquila—. Creo que tiene razón, Addi. Será mejor que nos marchemos. Has bebido demasiado, y es tarde. Y esas noticias sobre el...

Addison la interrumpió:

—¿Qué dice que trajimos? ¿Cuánta masa extra?

—El análisis preliminar —contestó el agente de seguridad— indica que se introdujeron en el campo de tiempo del módulo unos cincuenta kilos de maquinaria,

que volvió con ustedes. Esta masa... —hizo un ademán— es lo que provocó la catástrofe. Fue imposible compensar la gran diferencia de masa con respecto a la que había en el momento del lanzamiento.

—¡Guau! —exclamó Merry Lou con los ojos muy abiertos—. A lo mejor, alguien os vendió un fonógrafo cuadrafónico por un dólar noventa y ocho centavos, con altavoces de suspensión aérea de treinta y cinco centímetros y discos de Neil Diamond suficientes para una vida entera. —Intentó reír, pero fue incapaz. Se le nubló la mirada—. Addi —susurró—, lo siento. Pero es... muy raro. O sea, es absurdo. Os habían informado a todos sobre la reentrada, ¿no es así? No podíais añadir ni una hoja de papel a lo que habíais llevado durante la salida. Yo misma vi al doctor Fein en la televisión, explicando las razones. ¿Y uno de vosotros se trae cincuenta kilos de maquinaria? ¡Estabais tratando de destruirlos, no hay otra explicación!

Empezó a llorar. Una de sus lágrimas resbaló hasta la nariz y se quedó colgando. En un acto reflejo, Addison alargó una mano para secársela, como si se tratase de una niña, en lugar de una mujer adulta.

—Voy a llevarlo hasta el lugar del análisis —dijo el agente de seguridad mientras se ponía en pie. Addison y él ayudaron a Merry Lou a levantarse. Estaba temblando mientras apuraba el Bloody Mary. Addison sintió una profunda pena por ella, pero el sentimiento pasó transcurrido apenas un instante. Se preguntó por qué. «Uno puede cansarse hasta de eso», supuso. De querer a alguien. Cuando se prolonga demasiado y se repite y repite hasta el infinito. Y al final acaba convirtiéndose en algo que ni el mismísimo Dios, con su enorme corazón, sería capaz de soportar sin sucumbir

Mientras atravesaban el abarrotado bar hacia la calle, Addison le preguntó al agente de seguridad:

—¿Cuál de nosotros...?

—Ellos ya lo saben —respondió el agente, al tiempo que le abría la puerta a Merry Lou. Se colocó detrás de Addison e indicó a un coche federal gris que aparcase en la zona roja de aparcamiento. Otros dos agentes de uniforme corrieron hacia el grupo.

—¿Fui yo? —preguntó Addison Doug.

—Será mejor que se vaya haciendo a la idea —contestó el agente de seguridad.

La procesión funeraria, formada por los tres féretros cubiertos por banderas y una estela de varias docenas de coches, procedía con dolorosa solemnidad por la avenida Pennsylvania, entre filas de gente que, a pesar de sus pesados abrigos, tiritaba de frío. Una neblina húmeda se cernía sobre los grisáceos contornos de los edificios que la lluvia desdibujaba bajo la sombría luz de Washington.

El más famoso comentarista de noticias y sucesos de la televisión, Henry Cassidy, se dirigía con voz monótona a su enorme e invisible audiencia mientras escudriñaba con los prismáticos el Cadillac que encabezaba la procesión.

—... tristes memorias de aquel tren del pasado, que llevaba el féretro de Abraham Lincoln a través de los campos de trigo hacia su lugar de eterno descanso, la capital de la nación. ¡Qué día tan triste y qué apropiado el tiempo para la circunstancia, con esta lluvia y estos nubarrones de tormenta! —En su monitor vio que la cámara hacía una panorámica para pasar al cuarto Cadillac, el que cerraba la procesión tras la que llevaban los féretros de los temponautas muertos.

Su técnico le tocó el brazo.

—Parece que estamos viendo ahora a tres figuras desconocidas, que marchan juntas —dijo Henry Cassidy en el micrófono que le colgaba del cuello, mientras asentía—. De momento no soy capaz de identificarlas. ¿Puedes ver tú mejor desde tu posición, Everett? —preguntó a su colega, mientras apretaba el botón que indicaba a Everett Branton que debía tomar la palabra.

—Pero, Henry... —exclamó Branton con tono de creciente emoción—. ¡Creo que lo que estamos viendo es a los tres temponautas americanos, que se han manifestado aquí en su histórico viaje hacia el futuro!

—¿Significa eso —preguntó Cassidy— que han sido capaces de resolver de alguna forma la...?

—Me temo que no, Henry —dijo Branton con voz grave y apesadumbrada—. Lo que estamos viendo, con inmenso asombro, debo añadir, es la primera manifestación que tiene el mundo occidental de lo que los científicos han bautizado como Actividad de Tiempo de Emergencia.

—Ah, sí, la ATE —dijo Cassidy con tono animoso, leyendo el guión oficial que le habían entregado las autoridades federales antes del comienzo de la emisión.

—Exacto, Henry. Contrariamente a lo que pudiera parecer a primera vista, éstos no son, repito, no son, nuestros tres valientes temponautas, tal como hasta ahora acostumbrábamos a percibirlos...

—Ya entiendo, Everett —lo interrumpió Cassidy con voz emocionada. Las instrucciones del guión eran claras: CASS INTERRUMPE CON EMOCION—. Nuestros tres valientes temponautas se han visto suspendidos temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, creíamos hasta ahora, sería un continuo situado unos cien años a partir de ahora... Parece que el pesar y el dramatismo abrumadores de este día de luto han hecho que decidan...

—Siento interrumpirte, Henry —dijo Branton—, pero me parece que la procesión ha detenido un momento su avance con el fin de que podamos...

—¡No! —dijo Cassidy mientras leía una nota rápidamente garabateada que acababan de entregarle y que decía así: «No entrevistaste temponautas. Urgente. Olvide inst. previas.»—. No creo que podamos... —hizo una breve pausa— hablar con los temponautas Benz, Crayne y Doug, como esperabas, Everett.

Y, al tiempo que decía esto, comenzó a llamar con señas desesperadas al equipo del micrófono-grúa, que había empezado a aproximarse hacia la limusina que los llevaba. Con la cabeza hizo signos negativos al operador del micrófono y a su técnico

de sonido.

Al ver que el micrófono se dirigía hacia ellos, Addison Doug se puso de pie en la parte trasera de la limusina. A Cassidy se le escapó un gruñido. «Quiere hablar —comprendió—. ¿No le han dado a él las nuevas instrucciones? ¿Por qué me avisan sólo a mí?» Los micrófonos-grúa de otras cadenas, así como varios presentadores de radio, a pie, se precipitaban ya hacia el Cadillac de los temponautas, con el objeto de entrevistarlos, sobre todo a Doug. Este ya había empezado a responder a una pregunta que acababa de hacerle un reportero. Cassidy, que había desconectado su micrófono, no pudo oír la pregunta ni la respuesta. A regañadientes, dio la señal para que conectasen de nuevo.

—... antes —estaba diciendo Doug con voz clara.

—¿Qué quiere decir con «Todo esto ya ha sucedido antes»? —preguntó el periodista radiofónico que estaba junto al coche.

—Quiero decir —declaró el temponauta americano Addison Doug, con el rostro colorado y tenso— que yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes en la reentrada infinitas veces. Que es un bucle temporal cerrado que nos tiene atrapados y que hay que romper de algún modo.

—¿Están ustedes buscando —gritó otro reportero mientras apuntaba a Addison Doug con su micrófono— una solución para el problema de la implosión en la reentrada, que se pueda aplicar retrospectivamente con el fin de corregir lo ocurrido y evitar la tragedia que les ha costado... o, en su caso, les costará... la vida?

—Sí, eso es lo que pretendemos —dijo el temponauta Benz.

—Tratamos de determinar la causa de la violenta implosión y eliminarla antes la reentrada —añadió el temponauta Crayne, asintiendo—. Hemos averiguado ya que, por razones desconocidas, apareció una masa de casi cincuenta kilos de piezas diversas de un motor Volkswagen, incluidos los cilindros, la cabeza...

«Es terrible», pensó Cassidy.

—¡Esto es sorprendente! —exclamó en su micrófono—. Los trágicamente fallecidos temponautas americanos, con una determinación que sólo puede derivar de su entrenamiento y de la estricta disciplina a que han estado sometidos, cuyas razones nos preguntábamos antes pero ahora comprendemos a la perfección, han analizado ya el fallo mecánico que motivó la implosión y, evidentemente, sus propias muertes, y han iniciado el complejo proceso de eliminar posibilidades con el fin de poder regresar en su momento al lugar de lanzamiento y efectuar la reentrada sin incidentes.

—Uno se pregunta —murmuró Branton por el micrófono— cuáles pueden ser las consecuencias de esta alteración del pasado próximo. Si no hay implosión en la reentrada y no mueren... Bueno, Henry, para mí, estas paradojas que tantas veces y con tanta elocuencia nos ha expuesto el doctor Fein, de los laboratorios de distorsión temporal, en Pasadena, son demasiado complicadas.

En aquel momento, el temponauta Addison estaba hablándole con voz calmada a

todos los micrófonos que tenía a su alrededor:

—No debemos eliminar la causa de la implosión en la entrada. El único camino de salir de esta trampa es que muramos. La muerte es la única solución para nosotros tres.

La procesión de Cadillacs reanudó la marcha, obligándolo a detenerse.

Henry Cassidy cerró el micrófono un momento y le preguntó a su ingeniero de sonido:

—¿Se ha vuelto loco?

—El tiempo lo dirá —respondió el otro en tono apenas audible.

—Un momento extraordinario en la historia americana de los viajes en el tiempo —dijo luego Cassidy, con el micrófono de nuevo abierto—. Sólo el tiempo dirá, y espero que me disculpen el involuntario chiste, si las crípticas afirmaciones del temponauta Doug, pronunciadas en unos momentos de intenso sufrimiento para él, y en cierto modo para todos nosotros, son las palabras de un hombre perturbado por el pesar, o representan un perspicaz análisis del macabro dilema que, teóricamente, sabíamos que podía abatirse con letales consecuencias sobre cualquier lanzamiento temporal, fuera nuestro o de los rusos.

Dicho esto, cortó para dar paso a la publicidad.

—¿Sabes? —dijo la voz de Branton, una voz que sólo pudo oírse en el cuarto de control y en sus oídos—. En caso de que tenga razón, sería mejor que dejaran morir a esos desgraciados.

—Tendrían que dejarlos libres —convino Cassidy—. Dios mío, por su forma de hablar parecía que hubiera pasado ya por esto durante más de mil años. No me gustaría estar en su pellejo.

—Te apuesto cincuenta pavos —dijo Branton— a que han pasado ya por esto antes de ahora. Muchas veces.

—Entonces, nosotros también —repuso Cassidy.

En aquel momento empezó a llover y los espectadores se convirtieron en una colección de figuras relucientes. Las caras, los ojos, incluso los trajes, todo brillaba con húmedos reflejos de luz fracturada, centelleante, mientras, por encima de ellos, el día iba nublándose aún más.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Branton.

«¿Quién sabe?», pensó Cassidy. Sólo deseaba que el día terminase.

El crononauta soviético N. Gauki levantó ambas manos con tranquilidad y empezó a hablarles a los americanos del otro lado de la mesa con voz de extrema urgencia:

—En mi opinión y en la de mi colega R. Plenya, quien ha recibido el título de Héroe del Pueblo Soviético por sus logros como pionero de los viajes temporales, y basándonos en nuestra propia experiencia y en el material teórico desarrollado tanto en los círculos académicos americanos como en la Academia de Ciencias de la



URSS, los temores del temponauta A. Doug pueden estar justificados. La destrucción deliberada de su persona y de sus dos compañeros, provocada al hacer una reentrada indebida con el peso adicional de varias piezas de motor, podría considerarse como el acto de un hombre desesperado que no tenía ningún otro medio de escape. Como es natural, la decisión está en sus manos. En este asunto, nuestro papel es puramente asesor.

Addison Doug, que estaba jugando con su mechero, no respondió. Le zumbaban los oídos y se preguntaba lo que podía significar eso. El sonido tenía algo electrónico. «Puede que estemos de nuevo dentro del módulo», pensó. Pero no lo percibía. Lo único que sentía era la gente que estaba en torno a la mesa, la mesa, el mechero de plástico azul que sostenía entre los dedos. «No se puede fumar durante la reentrada», pensó, y volvió a guardarse lentamente el mechero en el bolsillo.

—No tenemos ninguna prueba concreta —estaba diciendo el general Toad en ese momento— de que se haya generado un bucle temporal cerrado. Lo único que tenemos es la sensación objetiva de fatiga que experimenta el señor Doug. Su convencimiento de que ha pasado por esta misma situación en numerosas ocasiones. Como él mismo reconoce, lo más probable es que se trate de una reacción psicológica. —Empezó a hurgar, casi como un cerdo hozando en el suelo, entre los papeles que tenía delante—. Tengo aquí un informe confidencial, elaborado por cuatro psiquiatras de Yale, sobre su estructura psicológica. Aunque generalmente de carácter estable, sufre de una cierta tendencia hacia la ciclotimia, que puede culminar en un estado de depresión aguda. Como es natural, esto se tuvo en cuenta antes de efectuar el lanzamiento, pero se decidió que el carácter alegre de los otros dos miembros del equipo compensaría esta tendencia. En cualquier caso, lo que está claro es que su tendencia depresiva se ha agudizado. —Ofreció el informe a todos los presentes, pero ninguno de ellos lo aceptó—. ¿No es cierto, doctor Fein —prosiguió—, que las personas deprimidas tienden a percibir el tiempo de una manera peculiar, como si se repitiera una vez tras otra, sin llegar a ninguna parte? La persona afectada por esto sufre tal grado de neurosis que se niega a olvidar el pasado, que da vueltas en su cabeza continuamente.

—Pero, verá usted, —replicó el doctor Fein, el científico cuyos trabajos habían servido de base teórica para el proyecto— seguramente, esta sensación subjetiva de cautiverio es la que experimentaríamos todos si nos viéramos atrapados en un bucle temporal.

—El general —dijo Addison Doug— está utilizando palabras que no comprende.

—Me he informado sobre todo —respondió el general Toad—. Los términos psiquiátricos... Sé lo que significan.

Benz se volvió hacia Addison Doug y le preguntó:

—¿Dónde encontraste todas esas piezas de Volkswagen, Addi?

—Todavía no las tengo —respondió éste.

—Probablemente recogió la primera chatarra que pudo encontrar —dijo Crayne

—. Cualquier cosa, justo antes de que iniciásemos la reentrada.

—Justo antes de que vayamos a iniciarla —lo corrigió Addison.

—He aquí mis instrucciones para ustedes tres —dijo el general Toad—. Les prohíbo provocar daño, implosión, avería ni problema alguno durante la reentrada, sea cargando una masa adicional o por cualquier otro medio que se les ocurra. Regresarán según lo programado y de acuerdo con las simulaciones previas. Esto se refiere especialmente a usted, señor Doug.

En aquel momento empezó a sonar el teléfono que había a su derecha. El general frunció el ceño y descolgó. Hubo una pausa, y luego colgó de golpe, mientras se intensificaba un poco más su expresión ceñuda.

—Le han invalidado —dijo el doctor Fein.

—Sí, en efecto —respondió el general—. Y debo decir que, a título personal, me alegro de que sea así, porque la decisión que había tomado era bastante desagradable.

—Entonces podemos preparar la implosión en la reentrada —dijo Benz al cabo de una pausa.

—La decisión está en sus manos —dijo el general Toad—, dado que son sus vidas las que están en juego. Hagan lo que mejor les parezca. Lo que quieran, sea lo que sea. Si tienen la certeza de que están atrapados en un bucle temporal y creen que una implosión masiva en la reentrada puede romperlo... —hizo una pausa al ver que el temponauta Addison se ponía en pie—. ¿Va a hacer usted otro discurso, Doug?

—Sólo quiero dar las gracias a todos los que, de una forma u otra, participan en esta empresa —respondió Doug—. Por dejarnos decidir. —Y entonces recorrió con su mirada ojerosa a todos los individuos que estaban sentados en torno a la mesa—. Se lo agradezco profundamente.

—¿Sabes? —dijo Benz lentamente—. Es posible que una implosión en la reentrada no arregle nada, ni logre romper el bucle. En realidad, puede que sea lo que lo genere, Doug.

—No, si nos mata a los tres —replicó Crayne.

—¿Estás de acuerdo con Addi? —preguntó Benz.

—La muerte es la muerte —dijo Crayne—. He estado reflexionando. ¿Qué otra forma nos queda de salir de esto, aparte de morir? No se me ocurre ninguna otra.

—Puede que no estén en ningún bucle —señaló el doctor Fein.

—Pero puede que sí —replicó Crayne.

Doug, que permanecía de pie, miró a Crayne y a Benz y les dijo:

—¿Merry Lou podría participar en la decisión?

—¿Por qué? —preguntó Benz.

—Ya no puedo pensar con claridad —contestó Doug—. Pero Merry Lou puede ayudarme. Dependo de ella.

—Bien, de acuerdo —dijo Benz y Crayne también asintió.

El general Toad lanzó una mirada estoica a su reloj de pulsera y dijo:

—Caballeros, creo que esto concluye nuestra conferencia.

El crononauta soviético se quitó los auriculares y el micrófono de cuello y se aproximó a los tres temponautas con paso vivo y la mano extendida. Estaba diciendo algo en ruso, pero ninguno de los tres americanos lo hablaba, así que se retiraron juntos, con aire lúgubre.

—En mi opinión, estás loco, Addi —dijo Benz—. Pero parece que ahora estoy en minoría.

—En caso de que tenga razón —dijo Crayne—, aunque no haya más que una posibilidad entre mil millones de que sea así, creo que la posibilidad de tener que volver una vez tras otra durante toda la eternidad basta para justificarlo.

—¿Podríamos ir a ver a Merry Lou a su casa? —preguntó Addison.

—Está esperándonos fuera —dijo Crayne.

El general Toad se acercó a los tres temponautas y, colocándose entre ellos, dijo:

—¿Saben?, lo que ha hecho que se adopte esta decisión ha sido la reacción del público ante su comportamiento y sus palabras durante el desfile, Doug. Los consejeros de la NSC han llegado a la conclusión de que la gente prefería, al igual que usted mismo, tener la certeza de que todo ha terminado de una vez. Les importa más saber que está usted libre de su misión que salvar el proyecto y conseguir una reentrada perfecta. Creo que les ha causado una honda emoción con sus lamentos, Doug —concluyó, antes de retirarse.

—Olvídate de él —le dijo Crayne a Addison Doug—. Olvídate de todos los que son como él. Haremos lo que tengamos que hacer.

—Merry Lou me lo dirá —dijo Doug. Ella sabría qué es lo que había que hacer, lo mejor para todos.

—Voy a buscarla —dijo Crayne—, y luego podemos ir los cuatro a alguna parte, a su casa tal vez, y decidirlo. ¿De acuerdo?

—Gracias —contestó Addi con una inclinación de cabeza. Miró a su alrededor y la buscó, deseando verla. Se preguntaba dónde estaba. Tal vez en la sala contigua, se dijo—. Agradezco mucho tu gesto.

Benz y Crayne se miraron un momento. Doug se percató de ello, pero no sabía lo que significaba. Lo único que sabía era que necesitaba a alguien, a Merry Lou, por encima de cualquier otra persona, para que lo ayudase a comprender la situación. Y para entender lo que debían hacer para salir de ella de una vez.

Merry Lou se dirigió al norte de Los Angeles por el carril ultrarrápido de la autopista de Ventura y luego, por el interior, hasta Ojai. Estaban todos muy callados. Merry Lou conducía bien, como siempre. Apoyado sobre ella, Addison Doug se sumió en una especie de paz temporal.

—No hay nada como tener a una chica que te lleve —dijo Crayne al cabo de muchos kilómetros de silencio.

—Es una sensación casi aristocrática —murmuró Benz—. Llevar a una mujer al volante... Te sientes como un noble, con tu propio chofer.

—Hasta que la chica se estrella con algo —dijo Merry Lou—. Con algún objeto grande y pesado.

—El otro día... —dijo Addison— cuando me viste llegar a tu casa por el sendero de madera... ¿Qué pensaste? Dímelo con franqueza.

—Tenías cara... —contestó la chica— de haberlo hecho ya muchas veces. Estabas consumido, cansado y... a punto de morir. Al final... —vaciló un momento—. Lo siento, pero eso es lo que parecía, Addi. Pensé que conocías el camino demasiado bien.

—Como si lo hubiese recorrido demasiadas veces.

—Eso es —convino ella.

—Entonces, votas por la implosión —dijo Addison Doug.

—Bueno...

—Sé sincera —dijo él.

—Mira en el asiento trasero —dijo Merry Lou—. La caja que hay en el suelo.

Con una linterna de mano que sacaron de la guantera, los tres hombres examinaron el interior de la caja. Addison miró con miedo lo que contenía. Piezas oxidadas de un motor Volkswagen. Aún grasientas.

—Las he cogido en el callejón de atrás de un concesionario extranjero que hay cerca de mi casa —dijo Merry Lou—. Cuando iba hacia Pasadena. La primera chatarra que me pareció lo bastante pesada. En la televisión dijeron que, durante el lanzamiento, cualquier cosa que pesara más de veinticinco...

—Servirá —dijo Doug—. Ya lo ha hecho.

—Entonces no hace falta que vayamos hasta tu casa —dijo Crayne—. Está decidido. Podemos ir directamente al módulo, e iniciar las operaciones para salir de la ATE y volver a la reentrada. —Su voz era contenida y aguda al mismo tiempo—. Gracias por su voto, señorita Hawkins.

—Estáis todos demasiado cansados —dijo ella.

—Yo no —replicó Benz—. Lo que estoy es furioso. Terriblemente furioso.

—¿Conmigo? —preguntó Addison.

—No lo sé —contestó Benz—. Sólo que... Joder.

Se sumió en un silencio pesado, encorvado y muy quieto. Totalmente alejado de los demás ocupantes del coche.

Al llegar a la primera intersección, Merry Lou tomó la desviación del sur. La invadía ahora una sensación de libertad y Addison sintió también que parte del peso y de la fatiga que lo agobiaban empezaba a desaparecer.

El receptor que llevaban los tres en la muñeca empezó a emitir la señal de emergencia. Se sobresaltaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Merry Lou, frenando.

—Tenemos que llamar por teléfono al general Toad lo antes posible —dijo Crayne. Señaló con el dedo—. Ahí delante hay una gasolinera de la Standard. Tome la siguiente salida, señorita Hawkins. Telefonearemos desde allí.

Pocos minutos después Merry Lou detenía el coche junto a la cabina telefónica de la gasolinera.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

—Hablaré yo primero —dijo Doug mientras bajaba del coche.

«Malas noticias —pensó sonriendo para sí—. ¿Como por ejemplo?» Entró en la cabina con paso rígido, cerró la puerta tras de sí, metió una moneda en la ranura y marcó el número.

—¡Bueno, tengo noticias para ustedes! —dijo el general Toad cuando el operador le puso en comunicación—. Menos mal que los hemos localizado. Espere un minuto. Voy a dejar que se lo diga el doctor Fein en persona. Le creará a él más que a mí. — Tras varios chasquidos metálicos, se oyó la voz del doctor Fein, erudita y precisa, aunque más aguda que de costumbre, a causa de la excitación.

—¿Cuáles son las malas noticias? —preguntó Doug.

—No son necesariamente malas —respondió Fein—. Los ordenadores han estado trabajando desde la reunión y según parece... es decir, al menos desde un punto de vista estadístico, aunque aún no verificado del todo... puede que tenga usted razón, Addison. Se encuentran ustedes dentro de un bucle cerrado.

Addison Doug exhaló un suspiro entrecortado, colérico.

«Maldito mentiroso —pensó—. Seguro que lo ha sabido desde el principio.»

—Sin embargo —continuó diciendo el doctor Fein, con un leve tartamudeo provocado por la emoción—, también he calculado... es decir, hemos calculado en el laboratorio de tecnología, que el mejor modo de perpetuar el bucle es hacer implosión al entrar. ¿Me comprende, Addison? Si carga toda esa chatarra oxidada y el módulo implosiona, las probabilidades estadísticas de repetir el bucle son mucho mayores que si realizan la reentrada con normalidad y todo sale bien.

Addison Doug no respondió.

—De hecho, Addi, y ésta es la cuestión sobre la que quisiera insistir, una implosión en la reentrada, y especialmente una implosión masiva y calculada como la que estamos preparando... ¿Entiende lo que le digo, Addi? ¿Me está entendiendo? ¡Por el amor de Dios, Addi! Algo semejante prácticamente garantizaría que el bucle quedara cerrado sin remedio. Como nos temíamos desde el principio. —Hizo una pausa—. ¿Addi? ¿Está usted ahí?

—Quiero morir —dijo únicamente Addison Doug.

—Eso se debe a la fatiga provocada por el bucle. Sólo Dios sabe cuántas veces han tenido que sufrir...

—No —dijo Doug y se dispuso a colgar.

—Déjeme que hable con Benz y Crayne —se apresuró a decir el doctor Fein—. Por favor, antes de que sigan adelante con la reentrada. Especialmente con Benz. Me gustaría hablar con él en particular. Por favor, Addison. Por el bien de sus compañeros. El estado de agotamiento en el que se encuentra...

Addison colgó el teléfono y salió de la cabina con paso lento.

Al subir al coche de nuevo oyó que los dos receptores de alerta seguían zumbando.

—El general Toad dice que la llamada automática que nos ha enviado hará que vuestros receptores sigan sonando durante un rato —dijo a sus compañeros. Y cerró la puerta del coche—. Vámonos.

—¿No quiere hablar con nosotros? —preguntó Benz.

—El general quería informarnos —dijo Addison— de que han preparado algo para nosotros. El Congreso nos ha concedido una citación especial al valor o no sé qué otra tontería parecida. Una medalla que no le habían concedido a nadie hasta ahora. Y nos la van a dar a título postumo.

—Joder... Ya me contarás cómo nos la iban a dar si no —dijo Crayne.

Merry Lou se echó a llorar mientras encendía el motor.

—Va a ser un descanso —dijo Crayne al cabo de un instante, mientras el coche se incorporaba a la autopista— cuando todo haya acabado.

«Ya no queda mucho», pensó Addison.

Los tres receptores de alerta continuaban zumbando.

—Os van a volver locos —dijo Addison—. Las malditas voces de la burocracia acabarán poco a poco con vosotros, de puro agotamiento.

Los demás se volvieron a mirarle con una mezcla de inquietud y perplejidad.

—Sí —dijo Crayne—. Estas alertas automáticas son una auténtica lata. —Parecía cansado. «Tan cansado como yo», pensó Addison. Y al comprenderlo se sintió mejor. Porque aquello demostraba que estaba en lo cierto.

Unas gruesas gotas de lluvia chocaban contra el parabrisas. Había empezado a llover. Eso también le gustó. Le recordó una de las experiencias más emocionantes que había tenido durante su corta vida: su propia procesión funeraria, cuando avanzaba lentamente a lo largo de la avenida Pennsylvania, con los féretros engalanados con las banderas. Cerró los ojos, se recostó en el asiento y por fin empezó a sentirse bien. Volvió a oír los lamentos de los asistentes al desfile. Y a soñar con la medalla del Congreso. «Al agotamiento —pensó—. Una medalla por estar agotado.»

Se vio a sí mismo en otros desfiles y en la muerte de muchos. Pero en realidad era una sola muerte y un solo desfile. Coches que avanzaban lentamente por las calles de Dallas y también con el doctor King... Se vio volver una y otra vez, en el bucle cerrado de su propia vida, al mismo funeral que ni él ni ellos podían olvidar. Siempre estaría allí, al igual que ellos. Siempre sería lo mismo, y todos ellos volverían juntos una y otra vez, para siempre. Al lugar y al momento a los que querían volver. Al suceso que más había significado para ellos.

Este era su regalo para ellos, para su pueblo, para su país. Le había legado al mundo una maravillosa carga. El terrible y agotador milagro de la vida eterna.

## Las prepersonas [16]

Pasada la arboleda de cipreses, Walter, que había estado jugando al rey de la montaña, vio el camión blanco y lo reconoció. «Es el camión de los abortos —pensó—. Ha venido a llevarse a algún niño para un postparto en el lugar de los abortos. Quizá lo hayan llamado mis padres. Para mí.»

Corrió y se ocultó entre las zarzas. Sentía los arañazos de las espinas, pero pensaba: «Es mejor esto a que te saquen el aire de los pulmones. Así es como lo hacen; realizan todos los postpartos a todos los chicos al mismo tiempo. Tienen una gran sala para ello. Para los niños a los que nadie quiere.»

Se ocultó más profundamente entre los arbustos y prestó atención por si el camión se detenía. Oyó el motor.

—Soy invisible —dijo, una frase que había aprendido en una obra de quinto curso, El sueño de una noche de verano. Era una línea perteneciente a Oberón, al que él había interpretado. Después de decirlo nadie era capaz de verlo. Quizá funcionara ahora. Quizá la frase mágica sirviera en la vida real, de modo que volvió a pronunciarla—: Soy invisible.

Pero sabía que no era así. Todavía podía verse los brazos, las piernas y los zapatos, y sabía que ellos (todo el mundo, especialmente el hombre del camión de los abortos, así como su padre y su madre) también podían verlo. Si es que miraban.

Si era a él a quien buscaban en esta ocasión.

Deseó ser rey, estar rodeado de polvo mágico y tener una reluciente corona, gobernar el país de las hadas y tener a Puck junto a él para confiarse. Para pedirle consejo, incluso. Consejo, pese a ser un rey y poder discutir con Titania, su esposa.

«Supongo que decir algo no lo convierte en realidad», pensó.

El sol le quemaba y le obligaba a entrecerrar los ojos, pero permanecía atento al motor del camión de los abortos. Seguía rugiendo, y en su corazón cobraba fuerza poco a poco la esperanza. Era algún otro chico el objetivo de la clínica de los abortos, no él. Alguien carretera arriba.

A trancas y barrancas logró salir de las zarzas, trémulo y cubierto de arañazos, y con paso cauteloso se dirigió hacia su casa.

Caminaba con pesadez y comenzó a llorar, sobre todo a causa del dolor de los arañazos, aunque también por el miedo y el alivio.

—Ay, Dios mío —exclamó su madre al verlo—. Pero ¿qué has estado haciendo, cielo santo?

—Vi... el... camión... de... los abortos... —tartamudeó.

—¿Y creiste que venía a por ti?

El muchacho asintió en silencio.

—Escucha, Walter —dijo Cynthia Best mientras se arrodillaba y le tomaba las manos temblorosas—. Te prometo, tu padre y yo te prometemos, que nunca te

enviaremos a la Instalación del Condado. Además, ya eres demasiado mayor. Sólo se llevan a niños de hasta doce años.

—Pero Jeff Vogel...

—Sus padres lo enviaron justo antes de que la ley entrara en vigor. Ahora, legalmente, no podrían admitirlo. A ti no pueden llevarte. Mira... tú tienes alma. La ley dice que los chicos de doce años tienen alma. Así que no puedes ir a la Instalación del Condado. ¿Entiendes? Estás a salvo. Cuando veas un camión de los abortos, es para otro, no para ti. Para ti nunca. ¿Está claro? Ha venido a por otro chico más pequeño que aún no tiene alma, una prepersona.

—No me siento como si tuviera alma —respondió Walter, agachando la cabeza para no mirar a su madre a los ojos—. Me siento como si siempre la hubiera tenido.

—Es un asunto legal —le cortó rápidamente su madre—. Depende estrictamente de la edad. Y tú ya la has superado. La Iglesia de los Observadores logró que el Congreso promulgara la ley. Bueno, en realidad la Iglesia quería rebajar la edad, decía que el alma entra en el cuerpo a los tres años de edad, pero se aprobó una ley de compromiso. Lo importante para ti es que estás legalmente a salvo, te sientas como te sientas. ¿Entiendes?

—Vale —respondió él mientras asentía con la cabeza.

—Ya lo sabías.

Walter estalló con furia y pesadumbre:

—¿Cómo te crees que es estar esperando todos los días a que venga alguien en un camión a meterte en una jaula, y...?

—Tus miedos son irracionales —respondió su madre.

—Vi cómo se llevaban a Jeff Vogel. Estaba llorando y el hombre simplemente abrió el portón trasero del camión, lo metió y cerró.

—Eso sucedió hace dos años. Eres débil. —Su madre lo contempló con severidad—. Tu abuelo te daría una buena si te viera así, hablando de ese modo. Tu padre no. Él se limitaría a sonreír y a decir alguna imbecilidad. ¡Han pasado dos años e intelectualmente sabes que has superado la edad legal! Qué... —Se esforzó por encontrar la palabra apropiada—. Te estás portando como un depravado.

—Y nunca volvió.

—Quizá alguien que quería a un niño fue a la Instalación del Condado, lo vio y lo adoptó. Quizá acabó con unos padres mejores que de verdad se preocuparan por él. Los conservan treinta días antes de destruirlos... Antes de dormirlos, quiero decir —se corrigió.

Walter no se sentía más tranquilo, porque sabía que «dormirlo» o «dormirlos» eran términos de la mafia. Se apartó de su madre, cuyo solaz ya no quería. Por lo que a él respectaba, algo se había roto: su madre había dejado entrever algo sobre sí misma, o al menos sobre lo que ella creía, pensaba y quizá hacía. Lo que todos ellos hacían. «Sé que no soy diferente a hace dos años, cuando no era más que un niño —pensó—. Si tengo alma ahora, tal y como dice la ley, ya la tenía entonces. O bien



carecemos de alma.» Lo único real era ese horrible camión de color metálico con rejas en las ventanas, un camión que se llevaba a los niños cuyos padres ya no los querían, unos padres que utilizaban una ampliación de las antiguas leyes sobre el aborto, que permitían matar a los niños no deseados antes de que nacieran. Como no tenían «alma» o «identidad», era posible aspirarlos con un sistema de vacío en menos de dos minutos. Un médico podía practicar cien intervenciones al día, y era legal porque el niño nonato no era «humano». Era una prepersona. Ahora usaban el camión. Simplemente habían atrasado la fecha en que el alma entraba en el cuerpo.

El Congreso había instaurado una sencilla prueba para determinar la edad aproximada en la que el alma entraba en el cuerpo: la capacidad para formular matemáticas superiores, como el álgebra. Hasta entonces no había más que cuerpo, instintos y reflejos animales, respuesta a los estímulos. Como los perros de Pavlov cuando veían una pequeña filtración de agua bajo la puerta del laboratorio de Leningrado: «sabían», pero no eran humanos.

«Supongo que soy humano —pensó Walter y levantó la mirada hacia el rostro gris y severo de su madre, con sus ojos acerados y su seriedad racional—. Supongo que soy como tú. Eh, está bien ser humano, no tienes que tener miedo de que el camión venga a por ti.»

—Ya te sientes mejor —observó su madre—. He rebajado tu umbral de ansiedad.

—Sí, ya estoy más tranquilo —replicó Walter. Todo había terminado. El camión se había marchado y no se lo había llevado.

Pero volvería en unos pocos días. Siempre estaba en marcha.

En cualquier caso, disponía de algunos días. «Si al menos no supiera que aspiran el aire de los pulmones de los niños... ¿Por qué destruirlos de esa manera?» Era más barato, había dicho su padre. Ahorraba dinero a los contribuyentes.

Entonces pensó en los contribuyentes y en el aspecto que tendrían. Miraban con el ceño fruncido a todos los niños, pensó. No respondían si un niño les hacía una pregunta. Un rostro delgado lleno de arrugas de preocupación, mirada siempre inquieta. O quizá una cara gruesa. O lo uno o lo otro.

El primero era el que más le asustaba. No disfrutaba de la vida y no quería que ésta existiera. El mensaje que lanzaba era: «Muere, desaparece, enferma, no existas.» Y la prueba, o su instrumento, era el camión de los abortos.

—Mamá —dijo—, ¿cómo se cierra una Instalación del Condado? Vamos, la clínica de abortos donde llevan a los bebés y a los niños pequeños.

—Tienes que elevar una petición al legislativo del condado.

—¿Sabes lo que haría yo? Esperaría hasta que no hubiera niños dentro, sólo empleados del condado, y la bombardearía.

—¡No hables de ese modo! —replicó su madre con severidad, y Walter vio en su rostro las rígidas arrugas del contribuyente delgado. Y eso lo asustó. Su propia madre lo asustó. Aquellos ojos fríos y opacos no reflejaban nada, dentro no había un alma, y pensó: «Eres tú quien no tiene alma, tú y tu mensaje destructor. No nosotros.»

Y entonces salió a la calle para seguir jugando.

Otros niños habían visto el camión. Se habían reunido y hacían algún comentario de tanto en cuando, aunque sobre todo se limitaban a dar patadas a las piedras y a pisotear a los insectos desagradables.

—¿A por quién vino el camión? —preguntó Walter.

—Fleischhacker. Earl Fleischhacker.

—¿Lo cogieron?

—Claro, ¿no has oído los gritos?

—¿Estaba su familia en casa cuando llegaron?

—No, se largaron un poco antes. Le dijeron que tenían que «llevar el coche al mecánico».

—¿Fueron ellos los que llamaron al camión? —preguntó Walter.

—Claro, es la ley: tienen que ser los padres. Pero eran demasiado gallinas para estar allí cuando llegara. Mierda, vaya si gritó. Estarías demasiado lejos para oírlo, pero menudos chillidos.

—¿Sabéis lo que tendríamos que hacer? —indicó Walter—. Bombardear el camión y cargarnos al conductor.

Los demás chicos lo miraron con desdén.

—Si haces algo así te meten en el manicomio de por vida.

—De por vida a veces —corrigió Pete Bride—. En ocasiones te «construyen una nueva personalidad socialmente viable».

—Bueno, ¿y qué podemos hacer? —insistió Walter.

—Tienes doce años, estás a salvo.

—Pero suponen que cambian la ley.

Por algún motivo, saber que se encontraba técnicamente a salvo no aplacaba su ansiedad; el camión seguiría llegando a por otros y eso lo asustaba. Pensó en los niños pequeños que ahora habría en la Instalación, mirando a través de la malla ciclónica hora tras hora, día tras día, esperando y marcando el paso del tiempo, rezando para que alguien llegara y los adoptara.

—¿Has estado alguna vez allí, en la Instalación del Condado? —preguntó a Pete Bride—. Todos esos niños tan pequeños, algunos sólo bebés, quizá de sólo un año... Y ni siquiera saben lo que les espera.

—A los bebés los adoptan —respondió Zack Yablonski—. Los mayores son los que no tienen nada que hacer. Se dedican a dar la brasa, charlan con los visitantes y montan un buen teatro, como si fueran deseables. Pero la gente sabe que no estarían allí si no fueran... ya sabes, indeseables.

—¿Y pincharle las ruedas? —dijo Walter mientras cavilaba.

—¿Al camión? Eh, ¿y sabías que si echas una bola de naftalina en el depósito de combustible, una semana después el motor se estropea? Podríamos hacerlo.

—Pero entonces irían a por nosotros —protestó Ben Blaire.

—Ya van a por nosotros —replicó Walter.

—Creo que deberíamos bombardear el camión —opinó Harry Goddieb—, pero supongo que habrá niños dentro. Se quemarían. El camión recogerá... mierda, no lo sé. Unos cinco chicos al día en distintas partes del condado.

—¿Sabíais que hasta cogen perros? —dijo Walter—. Y gatos. Al camión para eso sólo se lo ve una vez al mes, más o menos. Se llama camión de la perrera. Por lo demás, es igual: los meten en una gran cámara, les sacan el aire de los pulmones y mueren. ¡Se lo hacen incluso a los animales! ¡A animales pequeños!

—Bueno, eso lo creeré cuando lo vea —repuso Harry Gottlieb con expresión mordaz e incrédula—. Un camión que se lleva perros...

Pero sabía que era cierto. Walter había visto el camión de la perrera dos veces. «Gatos, perros y, principalmente, nosotros —pensó, lúgubre—. Si empezaron con nosotros, es lógico que terminaran llevándose también a las mascotas de la gente. No somos tan distintos. Pero ¿qué clase de persona haría eso, aunque sea la ley?» «Algunas leyes están hechas para cumplirse y otras para romperse», recordó de un libro que había leído. «Deberíamos bombardear primero el camión de la perrera —pensó—. Ese camión es lo peor.»

¿Por qué, se preguntó, cuanto más indefensa estaba una criatura más sencillo les resultaba a algunos eliminarla? Como un bebé en el útero: los abortos originales, los «prepartos» o «prepersonas», como se los llamaba ahora. ¿Cómo podían defenderse? ¿Quién hablaba por ellos? Todas esas vidas, cien diarias por cada médico... Y todas ellas inermes, silenciosas, simplemente muertas. «Qué cabrones —pensó—. Por eso lo hacen. Saben que pueden. Les pone su poder de machitos. Y una cosita que quería ver la luz del día acaba aspirada en menos de dos minutos, y el médico se limita a pasar a la chica siguiente.»

Pensó que debería existir una organización similar a la mafia que se cargara a los criminales, o algo así. Un asesino a sueldo que acorralara a esos médicos, sacara un tubo y los aspirara y los convirtiera en seres diminutos, como un niño nonato. Un médico nonato, con un estetoscopio del tamaño de la cabeza de un alfiler... Se rió al pensarlo.

Los niños no saben. Pero lo saben todo, saben demasiado. En el camión de los abortos sonaba un anuncio de Good Humor Man<sup>[1]</sup>:

*Jack y Jill  
subieron la colina  
a por un balde de agua*

Un bucle de cinta en el sistema de sonido del camión, construido especialmente por Ampex para GM, bramaba la cancioncilla hasta que se acercaba una captura. Entonces el conductor apagaba el sonido y se deslizaba en silencio hasta que daba

con la casa. Sin embargo, una vez tenía al niño en la caja del camión e iniciaba la vuelta hacia la Instalación del Condado, o bien comenzaba una nueva recogida, volvía a encender el

*Jack y Jill  
subieron la colina  
a por un balde de agua*

Pensando en sí mismo, Oscar Ferris, el conductor del camión tres, terminó: «Jack se cayó y se partió la crisma, y Jill llegó detrás dando tumbos». ¿Qué demonios era la crisma?, se preguntó. Probablemente una parte íntima. Sonrió. Probablemente Jack había estado tocándose, o Jill, o los dos juntos. «Y una mierda agua —pensó—. Ya sé yo qué fueron a hacer entre los arbustos. Sólo que Jack se cayó y se le partió la cosita.»

—Mala suerte, Jill —dijo en voz alta mientras conducía con pericia el camión de cuatro años por las serpenteantes curvas de la Autopista 1 de California.

«Los niños son así —pensó Ferris—. Son sucios y juegan con cosas sucias, como ellos mismos.»

Aquél seguía siendo terreno abierto y salvaje, y muchos niños vagabundos se ocultaban en los cañones y en los campos. Se mantenía atento, lo que no tardó en dar sus frutos: a su derecha corría uno pequeño de unos seis años, tratando de ocultarse a la vista. Pulsó al instante el botón que activaba la sirena del vehículo. El chico se quedó paralizado por el terror mientras el camión, que seguía emitiendo Jack y Jill, se acercaba a él hasta detenerse.

—Enséñame tus papeles D —exigió Ferris sin salir de la cabina. Extendió un brazo para mostrar su uniforme marrón y su emblema: sus símbolos de autoridad.

El muchacho parecía flaco y huesudo, como muchos vagabundos, aunque llevaba gafas. Cabello desgredado, vaqueros y camiseta. Levantó la mirada asustada hacia Ferris, sin hacer ningún ademán para sacar su identificación.

—¿Tienes tarjeta D o no? —insistió el conductor.

—¿Q-q-q-qué es una «tarjeta D»?

Con voz oficial, Ferris explicó al chico sus derechos ante la ley.

—Tu padre, cualquiera de los dos, o bien tu tutor legal, debe presentar el formulario 36-W, que es una declaración formal de deseabilidad. Establece que te consideran deseable. ¿No tienes uno? Legalmente, eso te convierte en vagabundo, aunque tengas padres que quieran conservarte. Y por ello se han ganado una multa de quinientos dólares.

—Ah —respondió el chico—. Bueno, es que lo he perdido.

—Entonces habrá una copia en los archivos. Microfilman todos esos documentos y registros. Te llevaré...

—¿A la Instalación del Condado? —Las piernas, como alambres, comenzaron a

temblar de miedo.

—Tus padres tienen treinta días para reclamarte rellenando el formulario 36-W. Si para entonces no lo han hecho...

—Mi madre y mi padre nunca se ponen de acuerdo. Ahora mismo vivo con mi padre.

—Pues no te dio una tarjeta D con la que identificarte. —Montada a lo largo de la cabina del camión había una escopeta. Siempre existía la posibilidad de que surgieran problemas al recoger a un vagabundo. Ferris observó el arma con aire reflexivo. Ahí la tenía preparada, una escopeta con mecanismo de corredera. Sólo la había utilizado cinco veces en toda su carrera como agente de la ley. Podía convertir a un hombre en moléculas.

—Tengo que llevarte —repitió al tiempo que abría la puerta del camión y sacaba las llaves—. Detrás hay otros chicos, podéis haceros compañía.

—No —replicó el niño—. No voy. —Se enfrentó parpadeando a Ferris, obstinado y rígido como una piedra.

—Ah, habrás oído toda clase de historias acerca de la Instalación del Condado. Sólo ponen a dormir a los peores, a los raritos. A los chicos agradables y con un aspecto normal los adoptan. Te cortaremos el pelo y te arreglaremos para que tengas una pinta profesional. Queremos encontrarte un hogar. Esa es la idea. Sólo unos pocos están..., ya sabes, física o mentalmente enfermos, y a esos nadie los quiere. Ya verás cómo en seguida viene alguien con dinero a por ti. Así no estarás corriendo por ahí, solo, sin padres que te guíen. Tendrás nuevos padres, y escucha esto: te pagarán la comida. Qué coño, hasta te registrarán. ¿No lo ves? El sitio al que te llevamos ahora es, en realidad, un alojamiento temporal para ponerte a disposición de tus nuevos padres.

—Pero si nadie me adopta en un mes...

—Qué demonios, aquí en Big Sur podrías caerte por un acantilado y matarte. No te preocupes. La secretaria de la Instalación se pondrá en contacto con tus padres biológicos y seguro que vienen a entregar el Formulario de Deseabilidad (15 A), quizá hoy mismo. Y mientras tanto darás un paseo y conocerás a un montón de amigos nuevos. ¿Y cuántas veces...?

—No —interrumpió el chico.

—Te informo —dijo Ferris cambiando de tono— de que soy oficial del condado. —Abrió la puerta del camión, saltó a tierra y mostró al niño su resplandeciente placa de metal—. Soy el oficial de paz Ferris y te ordeno que entres en la parte trasera del camión.

Un hombre alto se acercó a ellos con andares cansados. Como el niño, vestía vaqueros y camiseta, aunque no usaba gafas.

—¿Es usted el padre del niño? —preguntó Ferris.

—¿Se lo lleva a la perrera? —replicó el hombre con voz ronca.

—Nosotros lo consideramos un refugio en el que proteger a los niños. El uso del

término «perrera» es una maledicencia radical hippy y distorsiona de forma deliberada todo el trabajo que allí desarrollamos.

El hombre señaló el camión.

—Tiene niños encerrados en esas jaulas, ¿no es así?

—Me gustaría ver su identificación —respondió Ferris—. Y querría saber si ha sido arrestado con anterioridad.

—¿Arrestado y hallado inocente? ¿O arrestado y hallado culpable?

—Responda a mi pregunta, señor —insistió Ferris mientras mostraba la placa negra que empleaba con los adultos para identificarse como oficial de paz del condado—. ¿Quién es usted? Vamos, muéstreme su identificación.

—Me llamo Ed Gantro y tengo antecedentes. A los dieciocho años robé cuatro cajas de Coca-Cola de un camión aparcado.

—¿Fue capturado en la escena del delito?

—No —respondió el hombre—. Cuando llevé los cascos para que me devolvieran el dinero. Ahí fue cuando me cogieron. Cumplí seis meses.

—¿Tiene aquí la tarjeta de deseabilidad del chico?

—No podíamos permitirnos los noventa dólares que cuesta.

—Pues ahora le costará quinientos. Debió solicitarla. Le sugiero que consulte con un abogado. —Ferris se dirigió al chico con tono oficial—. Quiero que te reúnas con los demás jóvenes en la sección trasera del vehículo. —Habló entonces al hombre—. Dígale que haga lo que se le ordena.

El hombre dudó antes de responder.

—Tim, sube al maldito camión. Hablaremos con un abogado y te conseguiremos la tarjeta D. No tiene sentido causar problemas. Técnicamente, eres un vagabundo.

—Un vagabundo... —dijo el chico mientras observaba a su padre.

—Exactamente —terció Ferris—. Ya sabe que dispone de treinta días para conseguir la...

—¿También capturan gatos? —preguntó el niño—. ¿Tiene algún gato dentro? Me encantan los gatos, son fenomenales.

—Sólo me encargo de postpartos. Como tú. —Con una llave abrió la parte trasera del camión—. Intenta no aliviarte hasta que lleguemos. Luego no hay quien saque el olor y las manchas.

El muchacho no parecía entender la expresión. Miró perplejo a Ferris y a su padre.

—Que no cagues en el camión —le explicó su padre—. Quieren tenerlo limpito para reducir los costes de mantenimiento. —Su voz era feroz y sombría.

—Con los perros o los gatos callejeros se limitan a pegarles un tiro o a poner trampas con veneno —respondió Ferris.

—Ah, sí, conozco el Warfarin ese —dijo el chico—. El animal lo come durante una semana y luego muere por la hemorragia interna.

—Sin dolor —señaló Ferris.

—¿No es mejor que sacarles el aire de los pulmones, que asfixiarlos en masa? — dijo Ed Gantro.

—Bueno, con los animales, las autoridades del condado...

—Me refiero a los niños. Como Tim. —Padre e hijo miraban juntos la parte trasera del camión. Era posible discernir dos formas oscuras agazapadas lo más atrás que podían de la entrada, demostrando la más siniestra desesperación.

—¡Fleischhacker! —saltó Tim—. ¿No tenías tarjeta D?

—Debido a la carestía de energía y combustible —explicaba Ferris— es necesario reducir la población de forma radical. Si no, en diez años no habrá comida para nadie. Esta es una fase de...

—Tenía tarjeta D —respondió Earl Fleischhacker—, pero mis padres me la quitaron. Ya no me querían, así que me la quitaron y llamaron al camión de los abortos. —Tenía la voz rota. Era evidente que había estado llorando y que quería ocultarlo.

—¿Y cuál es la diferencia entre un feto de cinco meses y lo que tenemos aquí? — preguntaba Ferris—. En ambos casos se trata de niños no deseados. Simplemente han flexibilizado las leyes.

El padre de Tim lo taladró con la mirada.

—¿Y está usted de acuerdo con esas leyes?

—Bueno, en realidad todo depende de Washington: lo que decidan solucionará nuestras necesidades en estos días de crisis. Yo sólo hago cumplir sus edictos. Si la ley cambiara... demonios. Pues transportaría cartones vacíos de leche para reciclar o algo así, y tan contento.

—¿Tan contento? ¿Es que disfruta con su trabajo?

Ferris respondió de forma mecánica:

—Me da la oportunidad de moverme mucho y de conocer gente.

—Está usted loco —respondió Gantro—. Este plan de abortos postparto y las leyes abortistas anteriores, en las que los nonatos carecían de derechos legales... Se los eliminaba como si fueran un tumor.

Y mire dónde hemos llegado. Si se puede asesinar a un nonato sin el debido proceso judicial, ¿por qué no hacerlo con uno ya nacido? Si algo veo en común en ambos casos es la indefensión: el organismo asesinado no tiene ninguna oportunidad, ni posibilidad de defenderse. ¿Sabe qué? Quiero que me lleve a mí también. En el camión, con los tres niños.

—Pero el presidente y el Congreso han declarado que pasados los doce años tiene usted alma —dijo Ferris—. No puedo llevarlo. No estaría bien.

—No tengo alma —respondió el padre de Tim—. Cuando cumplí doce años no pasó nada. Lléveme también a mí. Salvo que logre dar con mi alma.

—Pero bueno...

—Salvo que pueda mostrarme mi alma —siguió—, salvo que pueda localizarla de forma inequívoca, insisto en que me lleve como si no fuera distinto de estos chicos.

—Tendré que ponerme en contacto por radio con la Instalación del Condado, a ver qué dicen.

—Pues hágalo —respondió el padre de Tim mientras subía trabajosamente a la caja del camión y ayudaba a su hijo. Junto a los otros dos muchachos aguardaron a que el oficial de paz Ferris, tras transmitir todas sus identificaciones oficiales para demostrar quién era, hablara por la radio.

—Tengo aquí a un varón caucasiano de unos treinta años que insiste en ser transportado a la Instalación del Condado junto a su hijo pequeño —comunicaba por el micrófono—. Asegura que carece de alma, lo que según él lo coloca en la misma categoría que los menores de doce años. Ni dispongo ni sé de la existencia de ninguna prueba para detectar la presencia del alma, o al menos de ninguna que pueda realizar aquí en la carretera y que pueda servir más tarde ante un tribunal. Supongo que es capaz de resolver problemas de álgebra y matemáticas superiores. Parece poseer una mente inteligente. Pero...

—Afirmativo, tráigalo aquí —respondió la voz de su superior en la radio—. Nos encargaremos de él.

—Se ocuparán de usted en el centro —comunicó Ferris al padre de Tim, que junto a los tres niños aguardaba agazapado en las sombras de la parte trasera del camión. Ferris cerró de un portazo, echó la llave (una precaución adicional, pues los niños ya estaban apresados por bandas electrónicas) y arrancó el camión.

*Jack y Jill  
subieron la colina  
a por un balde de agua  
Jack se cayó  
y se partió la crisma*

«Desde luego, a alguien le van a partir la crisma —pensó Ferris mientras avanzaba por la carretera serpenteante—, y no va a ser a mí.»

—No sé álgebra —oyó decir el padre de Tim a uno de los chicos—. Así que no puedo tener alma.

—Yo sí, pero sólo tengo nueve años —apuntó despectivo Fleischhacker—. Así que ya ves de qué me vale.

—Eso es lo que voy a usar en mi apelación en la Instalación —prosiguió Gantro—. Hasta las divisiones largas me resultan difíciles. No tengo alma. Mi sitio está con vosotros tres, amiguitos.

Ferris alzó la voz:

—No quiero que manchéis el camión, ¿me habéis entendido? Nos cuesta...

—No me lo diga porque no lo entendería. Es demasiado complicado: prorratas, acrecencias... Términos fiscales de esos.

«Llevo atrás a un rarito», pensó Ferris, y se alegró de tener la escopeta al alcance



de la mano.

—Ya sabéis que en el mundo se está acabando todo. La energía, el zumo de manzana, el combustible y el pan. Debemos controlar la población, y las embolias provocadas por la píldora hacen imposible...

—Por aquí no sabemos qué significan esos palabros —interrumpió Gantro.

Ferris se sentía confuso y respondió iracundo:

—Crecimiento cero de la población: esa es la respuesta a la crisis energética y alimentaria. Es como cuando... Mierda, es como cuando introdujeron el conejo en Australia. Carecía de enemigos naturales, de modo que se multiplicó hasta que la gente...

—Multiplicar sí que sé —dijo el adulto—. Y sumar y restar. Pero de ahí no paso.

«Cuatro conejos dementes dando tumbos por la carretera —pensó Ferris—. La gente contamina el entorno natural. ¿Cómo sería esta parte del país antes del hombre? Bueno, como los abortos postparto tienen lugar en todos los condados de los Estados Unidos de América, quizá veamos ese día. Quizá un día podamos alzar la mirada y contemplar de nuevo tierra virgen. Aunque supongo que no seremos nosotros. Serán gigantescos ordenadores inteligentes los que barrerán el paisaje con sus receptores de vídeo y lo encontrarán agradable.»

Aquella idea lo animó.

—¡Tengamos un aborto! —declaró Cynthia con excitación mientras entraba en la casa con los brazos llenos de sinteverduras—. ¿No estaría bien? ¿No te gusta la idea?

Ian Best, su marido, respondió con sequedad:

—Primero tendrás que quedarte embarazada, así que pide cita con el doctor Guido. Sólo me costaría cincuenta o sesenta dólares, y la retirada del DIU.

—Creo que ya se me estaba saliendo, de todos modos. Quizá si... —Echó hacia atrás la cabeza con regocijo y la melena vivaracha—. Probablemente no funcione bien desde el año pasado. Igual ya estoy embarazada...

—Podrías poner un anuncio en el Free Press —respondió Ian cáustico—: «Se busca varón que quiera extraer un DIU con una percha».

Cynthia lo siguió mientras él se dirigía al armario principal para colgar su corbata de posición y su traje de clase.

—Los abortos están de moda. Fíjate: ¿qué tenemos? Un hijo. Tenemos a Walter. Cada vez que viene alguien de visita y lo ve, sé que está pensando: «¿cómo la pudisteis cagar así?». Es de lo más embarazoso. Y la clase de abortos que realizan ahora, para mujeres en las primeras fases... Sólo cuesta cien dólares: ¡lo mismo que cuarenta litros de gasolina! Y puedes hablar de ello durante horas prácticamente con cualquiera.

Ian se volvió hacia ella y le habló con voz neutra:

—¿Y puedes quedarte el embrión? ¿Puedes traértelo a casa en un frasco, o rociado con pintura luminosa especial para que brille en la oscuridad, como una luz

nocturna?

—¡En el color que quieras!

—¿El embrión?

—No, el frasco. Y el color del fluido. Es una solución conservante, así que en realidad es una adquisición de por vida. Creo que incluso lleva una garantía por escrito.

Ian cruzó los brazos para mantener la calma: condición de estado alfa.

—¿Sabes que hay gente que desea tener un hijo? ¿Incluso uno ordinario y lerdo? ¿Gente que va a la Instalación del Condado una semana tras otra en busca de un recién nacido? Todo esto... Se ha producido un pánico mundial con esto de la superpoblación. Nueve billones de humanos hacinados en ciudades. Si esto sigue así... —gesticuló—. Pero lo que pasa ahora en realidad es que no tenemos niños suficientes. ¿O es que no ves la televisión ni lees el Times?

—Es un fastidio —respondió Cynthia—. Por ejemplo, hoy Walter vino a casa aterrorizado porque había pasado el camión de los abortos. Es un incordio tener que cuidar de él. Tú lo tienes fácil porque estás en el trabajo. Pero yo...

—¿Sabes lo que me gustaría hacer con ese vagón de abortos de la Gestapo? Llamaría a dos antiguos amigos míos de farra armados con sendos BAR, uno a cada lado de la carretera, y cuando pasara el vagón...

—Es un camión ventilado y con aire acondicionado, no un vagón.

Ian le clavó la mirada y se dirigió al bar de la cocina para prepararse un trago. Se decidió por un escocés. Escocés con leche, una buena bebida para antes de la cena.

Mientras mezclaba llegó su hijo Walter, cuyo rostro mostraba una palidez poco natural.

—Hoy pasó el camión de los abortos, ¿no? —dijo su padre.

—Creí que...

—De eso nada. Aunque tu madre y yo fuéramos a ver a un abogado y preparáramos un documento legal, un formulario anti D, ya eres demasiado mayor. Así que relájate.

—Intelectualmente soy consciente, pero...

—«No intentes saber por quién doblan las campanas, doblan por ti» —intentó citar Ian—. Escucha, Walt, déjame que te diga algo. —Dio un largo sorbo a su escocés con leche—. El nombre de todo esto es «mátame». Mátalos cuando son del tamaño de una uña, de una pelota de béisbol, o más tarde, si no lo has hecho antes. Sácale el aire de los pulmones a un niño de diez años y déjalo morir. Una cierta clase de mujer aboga por todo esto. Antes las llamaban «mujeres castradoras». Quizá antes fuera el término correcto, sólo que estas mujeres, estas mujeres crueles y frías, no querían sólo... Bueno, quieren cargarse al niño o al hombre entero, todo él, no sólo la parte que nos hace hombres. ¿Entiendes?

—No —respondió Walter, pero en cierto sentido aterrador sí que comprendía.

Tras un nuevo trago, Ian dijo:

—Y tenemos una aquí, Walter. En esta misma casa.

—¿Qué tenemos aquí?

—Lo que los psiquiatras suizos llaman una *kindermorder* —replicó Ian, eligiendo de forma deliberada un término que su hijo no entendería—. ¿Sabes qué? Tú y yo podríamos subir a un autobús Amtrak y marcharnos hacia el norte, no parar hasta llegar a Vancouver, a la Columbia Británica. Podríamos coger un transbordador hasta Vancouver Island y no volver nunca por aquí.

—Pero ¿qué pasa con mamá?

—Le enviaría un cheque —dijo Ian—. Todos los meses. Ella estaría encantada con el arreglo.

—Allí arriba hace frío, ¿no? Vamos, que apenas tienen combustible y se ponen...

—Es más o menos como San Francisco. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo llevar un montón de jerséis y sentarte cerca de una hoguera? ¿No te ha dado mucho más miedo lo que has visto hoy?

—Ay, sí —asintió Walter sombrío.

—Podríamos vivir en un islote cerca de Vancouver Island y cultivar nuestra propia comida. Si siembras algo allí, crece. Y allí no llega el camión, no volverías a verlo nunca. Tienen leyes distintas. Allí las mujeres son diferentes. Conocí a una chica cuando estuve allí una temporada, hace mucho tiempo. Tenía el pelo moreno y largo y fumaba Players sin parar, y no comía nada y era incapaz de callarse. Aquí abajo tenemos una civilización en la que el deseo de las mujeres de destruir a los suyos...

Ian se interrumpió cuando su esposa entró en la cocina.

—Si sigues bebiendo eso vas a acabar vomitando.

—Vale —replicó Ian irritado—. ¡Vale!

—Y no grites. Había pensado que estaría muy bien que nos sacaras a cenar. Dal Rey ha dicho en la tele que tienen filete para los primeros.

Walter arrugó la nariz.

—Tienen ostras crudas.

—Punto azul —dijo Cynthia—. En su media concha, en hielo. Me encantan. ¿Te parece bien, Ian? ¿Decidido?

Ian se dirigió a su hijo:

—Las ostras crudas punto azul se parecen como ninguna otra cosa en el mundo a lo que el cirujano... —Entonces se detuvo. Cynthia lo perforó con la mirada y su hijo se quedó intrigado—. Está bien. Pero yo quiero filete.

—Y yo —dijo Walter.

Ian apuró la copa y bajó el tono de voz.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste cena en casa, para los tres?

—El viernes os hice oreja de cerdo con arroz —respondió Cynthia—. La mayoría de la cual acabó en la basura porque era algo nuevo y estaba en la lista no obligatoria. ¿Recuerdas, cariño?

Ian la ignoró y siguió hablando a su hijo.

—Por supuesto, ese tipo de mujer también puede haberlo allí arriba, incluso en gran número. Ha existido en todas las épocas y culturas. Pero como Canadá carece de leyes que permitan el aborto postparto... Está hablando el cartón de leche —le explicó a Cynthia—. Ahora la adulteran con azufre. No me hagas caso o demanda a alguien, tú misma.

Cynthia se lo quedó mirando.

—¿Ya estás otra vez fantaseando con largarte?

—Los dos —terció Walter—. Papá me lleva con él.

—¿Adonde? —preguntó Cynthia con tono despreocupado.

—A donde nos lleve Amtrak —respondió Ian.

—Nos vamos a Vancouver Island, en Canadá —explicó Walter.

—Oh, ¿de veras?

—De veras —dijo Ian tras una pausa.

—¿Y qué coño se supone que voy a hacer yo cuando os vayáis? ¿Vender el culo en el bar? ¿Cómo voy a hacer frente a los pagos de...?

—Te iré enviando cheques —respondió Ian—. Garantizados por bancos gigantes.

—Desde luego. Seguro. Sí. Claro.

—Podrías venir —dijo Ian— y saltar a la Bahía Inglesa para atrapar peces y matarlos con tus colmillos. No tardarías ni dos días en acabar con la población píscea de la Columbia Británica. Todos esos peces grandecitos, preguntándose qué ha sucedido... Ellos tan contentos nadando y de repente aparece un... un ogro, un monstruo devorador de peces con un solo ojo luminoso en la frente, que cae sobre ellos y los hace pedazos. No tardaría en convertirse en una leyenda. A menudo se escuchan noticias así. Al menos circularían entre los peces supervivientes.

—Sí, pero papá, imagina que no sobrevive ningún pez.

—Entonces todo habrá sido en vano —respondió Ian—, pero tu madre tendría la satisfacción personal de haber matado a mordiscos a una especie entera en la Columbia Británica, donde la pesca es la principal industria y donde tantas especies dependen de ella para su supervivencia.

—Pero entonces todos irían al paro en la zona.

—No, se dedicarían a enlatar los peces muertos para vendérselos a los estadounidenses. Mira, Walter, en los viejos tiempos, antes de que tu madre acabara a dentelladas con todos los peces de la Columbia Británica, esos sencillos rústicos aguardaban con un palo en la mano, y cuando pasaba un pez le atizaban en la cabeza. En realidad esto creará empleos, no los destruirá. Millones de latas con etiquetas de...

—Ya sabes que se cree lo que le cuentas —interrumpió Cynthia.

—Lo que le cuento es cierto. —«Aunque no en un sentido literal.» Se dirigió a su mujer—. Os llevaré a cenar. Coge la cartilla de racionamiento y ponte la blusa azul de punto que enseña las tetas. Así se fijarán en ti, y con algo de suerte se olvidan de cogernos los cupones.

—¿Qué son las tetas? —preguntó Walter.

—Algo que se está volviendo obsoleto a toda velocidad —respondió Ian—. Como el Pontiac GTO. Salvo como ornamento para admirar y estrujar. Su función está muriendo. —«Como nuestra raza», pensó, «cuando dimos el poder a aquellos decididos a destruir a los nonatos. En otras palabras, a los seres vivos más indefensos.»

—Una teta —respondió Cynthia con severidad— es una glándula mamaria que las señoras tienen para ofrecer leche a sus pequeños.

—Normalmente hay dos —añadió Ian—: la teta operativa y la de repuesto, por si se produce un fallo catastrófico en la principal. Sugiero la eliminación de un paso intermedio en toda esta manía del aborto de prepersonas: enviaremos todas las tetas del mundo a las Instalaciones del Condado. Se extraerá cualquier leche que contengan, por supuesto por medios mecánicos. Se volverán inútiles y vacías y los pequeños morirán de forma natural, privados de todo alimento.

—Existe una fórmula —corrigió Cynthia con sequedad—. Similac y cosas parecidas. Voy a cambiarme para salir.

Se dirigió hacia el dormitorio.

—¿Sabes? —dijo Ian alzando la voz—. Si hubiera algún modo de clasificarme como prepersona, me enviarías a la Instalación con la mayor facilidad. «Y seguro que no sería el único marido de California», pensó. «Habría muchos otros en el mismo saco.»

—Suenan bien el plan —llegó apagada la voz de Cynthia, que le había oído.

—No es simple odio hacia los indefensos —dijo Ian—. Hay algo más que eso. ¿Odio a qué? ¿A todo lo que crece?

«Los destruíis antes de que se hagan lo bastante grandes para tener la fuerza, la picardía y la habilidad para pelear —pensó—. Grandes como yo lo soy respecto a ti, con mi musculatura y mi peso totalmente desarrollados. Es mucho más fácil cuando el otro, la prepersona, flota y sueña en el fluido amniótico y no sabe nada, no sabe cómo responder, ni siquiera sabe que tendría que hacer algo.

»¿Qué ha pasado con las virtudes maternas? —se preguntó—. ¿Cuándo dejaron las madres de defender especialmente a los más pequeños, débiles e indefensos?

»Nuestra sociedad competitiva... La supervivencia del fuerte. No del apto, sino de aquellos que detentan el poder y que no piensan cederlo a la siguiente generación: es la lucha entre lo viejo, poderoso y maligno, y lo nuevo, indefenso y gentil.»

—Papá —dijo Walter—, ¿de verdad vamos a ir a Vancouver Island, a Canadá, a cultivar nuestra propia comida para no asustarnos nunca de nada?

—En cuanto tengamos el dinero —respondió Ian, sobre todo para sí.

—Ya sé lo que significa eso. Es en plan «ya veremos». No vamos a ir, ¿no? —Observó atentamente la expresión de su padre—. Ella no permitirá que deje el colegio y todo eso. Siempre sale con ésas, ¿no?

—Algún día lo haremos —insistió Ian con obstinación—. Quizá no este mes,

pero algún día, en algún momento. Te lo prometo.

—Y allí no hay camiones de abortos.

—No. Ninguno. La ley canadiense es distinta.

—Que sea pronto, papá. Por favor.

Ian se preparó un segundo escocés con leche y no respondió. Su expresión era sombría y desdichada. Casi como si fuera a romper a llorar.

En la caja del camión de los abortos, tres niños y un adulto se tambaleaban con los giros de la carretera. Chocaban contra la reja que los separaba, y el padre de Tim Gantro sintió la desesperación al verse separado de su hijo. «Una pesadilla hecha realidad —pensó—. Enjaulados como animales.» Su noble gesto no le había supuesto más que sufrimiento.

—¿Por qué dijiste que no sabías álgebra? —le había preguntado Tim—. Sé que sabes hasta cálculo, y trigo... como se diga. Fuiste a la Universidad de Stanford.

—Quiero demostrar que tendrían que matarnos a todos o a ninguno, pero nunca dividirnos con estas líneas burocráticas arbitrarias. «¿Cuándo entra el alma en el cuerpo?» ¿Qué clase de pregunta racional es ésa en nuestros días? Es medieval.

«En realidad —pensó—, es un pretexto. Un pretexto para atacar a los indefensos.» Pero él no estaba indefenso. El camión de los abortos había recogido a un hombre adulto, con todos sus conocimientos y toda su astucia. «¿Qué van a hacer conmigo? —se preguntó—. Obviamente, tengo lo mismo que todos los hombres. Si ellos tienen alma, yo también. Si ellos no la tienen, yo tampoco, ¿pero con qué base real podrían "ponerme a dormir"? Ni soy débil ni pequeño, no soy un niño ignorante indefenso y aterrado. Puedo discutir sofisterías con los mejores abogados del condado. Con el fiscal del distrito en persona, si es necesario.

»Si acaban conmigo tendrán que acabar con todos, ellos mismos incluidos. Y esto no funciona así. Este es un juego de engaños en el que los que están en la poltrona, aquellos que ya ocupan todos los puestos económicos y políticos clave, mantienen a los jóvenes alejados de su poder, asesinandolos si es necesario. En este país existe un odio de los mayores hacia los jóvenes. Odio y miedo. ¿Y qué van a hacer conmigo? Me encuentro en su grupo de edad pero estoy enjaulado en la caja del camión de los abortos. Yo represento una clase distinta de amenaza: soy uno de ellos pero me he pasado al otro bando, al de los perros, los gatos, los bebés y los niños vagabundos. A ver qué se les ocurre. Que surja un nuevo Tomás de Aquino que solucione el problema.»

—Yo sólo sé dividir, multiplicar y restar —dijo en alto—. Y las fracciones las tengo bastante olvidadas.

—¡Pero antes te lo sabías todo! —protestó Tim.

—No veas cómo se te olvidan las cosas en cuanto sales del colegio —dijo Gantro—. Seguro que a vosotros se os da mejor que a mí.

—Papá, van a asfixiarte —respondió desesperado su hijo—. Nadie va a adoptarte

con la edad que tienes. Eres demasiado viejo.

—Veamos: el teorema de los binomios. ¿Cómo era? No consigo acordarme. Era algo de  $a$  y  $b$ . —Y mientras el saber escapaba de su cabeza, como había hecho su alma inmortal... rió para sí. «No puedo superar la prueba del alma. Al menos no hablando así. Soy un perro en la cuneta, un animal en una zanja.»

El gran error de los proabortistas, se dijo, había sido desde el principio la línea arbitraria que habían trazado. Un embrión no disfrutaba de los derechos recogidos en la Constitución de los Estados Unidos, y cualquier médico podía matarlo de forma legal. Pero un feto era una «persona» con derechos, al menos durante un tiempo, hasta que los proabortistas decidieron que ni siquiera un feto de siete meses era humano, y que cualquier médico con licencia podía asesinarlo conforme a la ley. Y un día el feto nace... y es un vegetal: no es capaz de enfocar la mirada, no comprende nada, no habla... El lobby abortista llevó el caso ante los tribunales y ganó con el argumento de que un recién nacido no era más que un feto expulsado del útero por accidente o por procesos orgánicos. Pero entonces, ¿dónde se trazaba la línea definitiva? ¿Cuando el niño sonreía por primera vez? ¿Cuando pronunciaba su primera palabra? ¿Cuando por primera vez buscaba un juguete que le gustaba? La línea legal iba retrasándose cada vez más, hasta llegar a la más salvaje y arbitraria definición de todas: hasta que el individuo era capaz de realizar «matemáticas superiores».

Aquello convertía a los antiguos griegos, a los contemporáneos de Platón, en inhumanos, ya que no conocían la aritmética, sólo la geometría. Y el álgebra era un invento árabe muy posterior. Arbitrariedad. Y no se trataba de una arbitrariedad teológica, sino simplemente legal. Desde hacía tiempo (desde el principio, en realidad), la Iglesia había sostenido que ya el cigoto, así como el embrión en que se convertía, era una forma de vida tan sagrada como cualquiera otra. Había previsto lo que podía surgir de definiciones arbitrarias como «Ahora el alma entra en el cuerpo», o, en términos modernos, «Ahora es una persona merecedora de toda la protección de la ley, ya es como las demás». Lo más triste era ver a los niños pequeños jugar con valentía en el patio días tras día, tratando de tener esperanza, pretendiendo una seguridad de la que carecían.

«Bueno —pensó—, ya veremos qué hacen conmigo. Tengo treinta y cinco años y un doctorado en Stanford. ¿Van a meterme treinta días en una celda, con comida de plástico, un grifo y un sitio donde aliviarme a la vista de todos? ¿Y si nadie me adopta me consignarán a la muerte automática junto a los otros?

»Estoy arriesgando muchísimo, pero hoy han capturado a mi hijo y ahí es donde empezó el riesgo, cuando lo cogieron, no cuando decidí dar un paso adelante y convertirme en víctima.»

Observó a los tres chiquillos asustados y trató de pensar en algo que decirles, y no sólo a Tim.

—«Mirad —citó—, os voy a contar un secreto sagrado. No dormiremos en la

muerte. No...» —No era capaz de recordar el resto. «Imbécil», pensó abatido—. «Despertaremos» —acabó lo mejor que pudo—. «Con un destello de luz. Con un mero parpadeo.»

—Corta el rollo —gruñó el conductor del camión desde el otro lado de la reja metálica—. No me dejas concentrarme en esta puta carretera. Que sepas que puedo soltar un gas ahí atrás y dejaros inconscientes. Lo usamos con las prepersonas que se ponen recalcitrantes. Así que tú verás si te callas o le doy al botón.

—No diremos nada —respondió Tim rápidamente con expresión de terror, suplicando a su padre con la mirada que se callara.

Gantro no dijo nada. Aquella mirada suplicante era más de lo que podía soportar y capituló. Además, razonaba que lo que sucediera en el camión carecía de importancia. Era en la Instalación del Condado donde, a la menor señal de problemas, habría periodistas y cámaras de televisión.

Así que marcharon en silencio, cada uno con sus propios miedos, sus propios planes. Gantro meditaba y perfeccionaba su actuación. Lo que tenía que hacer. Y no sólo por Tim, sino por todos los candidatos al aborto postparto. Pensó en todas las posibilidades a medida que el camión avanzaba traqueteante.

En cuanto el camión se detuvo en el estacionamiento restringido de la Instalación del Condado y se abrió el portón trasero, Sam B. Carpenter, el encargado del complejo, se acercó y echó un vistazo.

—Ahí hay un adulto, Ferris. ¿Comprende lo que ha recogido? Un manifestante, eso es lo que me ha traído.

—Es que insistía en que no sabe operar más allá de la suma —protestó el conductor.

Carpenter se dirigió a Gantro:

—Déme su cartera. Quiero su nombre real. Número de la Seguridad Social, identificación de estabilidad de la región polic... Vamos, que quiero saber quién es de verdad.

—No es más que un campesino —dijo Ferris mientras Gantro entregaba su ajada cartera.

—Y quiero confirmar las huellas de sus pies —añadió Carpenter—. Las diez. Ahora mismo, prioridad A.

Le gustaba hablar así.

Una hora más tarde ya tenía los informes ofrecidos por la jungla de ordenadores de seguridad interconectados, ubicados en un área restringida de Virginia camuflada como zona de pasto.

—Este individuo se graduó en matemáticas en la Universidad de Stanford. Y después se doctoró en psicología, a la que sin duda nos ha estado sometiendo. Tenemos que sacarlo de aquí.

—Tenía alma —dijo Gantro—, pero la perdí.



—¿Cómo? —exigió Carpenter, que no encontraba nada al respecto en los informes oficiales del sujeto.

—Una embolia. La parte de la corteza cerebral en la que estaba mi alma resultó destruida cuando inhalé por accidente los vapores de un insecticida. Por eso vivo en el campo, comiendo raíces y gusanos con mi chico, Tim, aquí presente.

—Vamos a hacerle un electroencefalograma —anunció Carpenter.

—¿Qué es eso? ¿Una de esas pruebas cerebrales?

—La ley establece que el alma entra en el cuerpo a los doce años —dijo Carpenter a Ferris—. Y usted me trae a este varón adulto de más de treinta. Nos acusarían de asesinato. Tenemos que librarnos de él. Devuélvalo al lugar exacto en que lo encontró y déjelo allí. Si no sale voluntariamente del camión, gaséelo sin miramientos y sáquelo a rastras. Es una orden de seguridad nacional. Su empleo depende de ello, además de su condición penal en este estado.

—Este es mi sitio —replicó Gantro—. Soy un lerdo.

—Y a su hijo —añadió Carpenter—. Probablemente sea un mutante mental matemático como los de la tele. Se la han jugado. Probablemente ya hayan alertado a los medios de comunicación. Llévelos de vuelta, gaséelos y déjelos donde los encontré, o por lo menos fuera de la vista.

—Está perdiendo los nervios —protestó Ferris iracundo—. Realice el electroencefalograma y el escáner cerebral. Probablemente tengamos que soltar a Gantro, pero a estos tres jóvenes...

—Son todos unos genios —interrumpió Carpenter—. Son parte del engaño, pero es usted demasiado idiota para darse cuenta. Sáquelos del camión y de nuestras instalaciones, y niegue, ¿me oye?, niegue que haya recogido a cualquiera de los cuatro. Insista en ello.

—Fuera del vehículo —ordenó Ferris mientras pulsaba el botón que levantaba las puertas de alambrada.

Los tres chicos salieron a toda prisa, no así Gantro.

—No quiere salir de forma voluntaria —dijo Carpenter—. Muy bien, Gantro, vamos a proceder a expulsarlo por la fuerza.

Asintió a Ferris y ambos entraron en el camión. Un momento después depositaron a Gantro en el pavimento.

—Ahora es un ciudadano normal —anunció Carpenter con alivio—. Puede clamar cuanto quiera, pero carece de pruebas.

—Papá —dijo Tim—, ¿cómo vamos a volver a casa?

Los tres chicos se acercaron mucho a su compañero adulto.

—¿Podría llamar a alguien desde las oficinas? —dijo el joven Fleischhacker—. Seguro que si el padre de Walter Best tiene gasolina suficiente se acerca a por nosotros. Hace muchos viajes largos, tiene un cupón especial.

—Él y su mujer discuten mucho —contestó Tim—. Por eso le gusta conducir de noche solo. Sin ella, quiero decir.

—Yo me quedo aquí —insistió Gantro—. Quiero que me encierren en una celda.

—Pero si podemos irnos... —protestó Tim, que tiraba con urgencia de la manga de su padre—. Eso es lo importante, ¿no? ¡Nos dejaron irnos en cuanto te vieron! ¡Lo conseguimos!

—Insisto en que me encierren con las otras prepersonas que hay aquí —dijo Gantro a Carpenter mientras señalaba el edificio de la Instalación, imponente, elegante y de color verde.

—Llame al señor Best, vive donde nos cogieron, en la península —rogó Tim a Carpenter—. El prefijo es 669. Dígale que venga a por nosotros y seguro que lo hace. Se lo prometo. Por favor.

—Sólo hay un Best en el listín telefónico con un número 669 —añadió Fleischhacker—. Por favor, señor.

Carpenter entró, se dirigió a uno de los muchos teléfonos oficiales de la Instalación y consultó el número. Ian Best. Marcó.

—Ha contactado con un número semioperativo, semiaveriado —respondió una voz de hombre que evidentemente había bebido. De fondo se podían distinguir los tonos cortantes de una mujer furiosa que no paraba de hostigarlo.

—Señor Best —dijo Carpenter—, varias personas a las que usted conoce se encuentran atrapadas entre las calles Cuarta y A en Verde Gabriel. Son un tal Ed Gantro y su hijo Tim, un muchacho identificado como Ronald o Donald Fleischhacker, y otro menor no identificado. El joven Gantro sugirió que usted no objetaría en venir a recogerlos para llevarlos a casa.

—Las calles Cuarta y A —repitió Best. Se produjo una pausa—. ¿Es la perrera?

—La Instalación del Condado —corrigió Carpenter.

—Hijo de puta... Claro que iré a por ellos. Estaré allí en veinte minutos. ¿Y tiene allí a Ed Gantro como una prepersona? ¿Sabe que tiene un título de la Universidad de Stanford?

—Somos conscientes de ello —replicó Carpenter pético—. Pero no están detenidos. Simplemente... están aquí. No, repito, no están en custodia.

El tono alcohólico desapareció de la voz de Best.

—Antes de que llegue allí habrá periodistas de todos los medios.

Clic. Había colgado.

Carpenter salió y se dirigió a Tim.

—Bueno, parece que me la has jugado para que notifique vuestra presencia aquí a un rabioso activista antiabortista. Qué bien, pero qué bien.

Pasados sólo unos minutos, un Mazda de color rojo brillante llegó a toda velocidad hasta la entrada de la Instalación. Un hombre alto y de barba rala salió del coche, preparó la cámara y el equipo de sonido y se dirigió con paso animado hacia Carpenter.

—Tengo entendido que tiene aquí a un doctorado en matemáticas por Stanford —dijo con un tono neutro y despreocupado—. ¿Sería posible entrevistarlo para un

artículo?

—No hemos ingresado a nadie así —respondió Carpenter—. Puede inspeccionar nuestros registros.

Pero el periodista ya estaba observando a los tres chicos que rodeaban a Ed Gantro.

—¿Señor Gantro? —lo llamó el recién llegado en voz alta.

—Sí, señor.

«Dios —pensó Carpenter—. Lo encerramos en uno de nuestros vehículos oficiales y lo trajimos aquí. Saldrá en todas las portadas.» Una furgoneta azul con los logotipos de una cadena de televisión apareció en el estacionamiento. Detrás llegaban dos coches más.

## INSTALACIÓN ABORTISTA SECUESTRA A LICENCIADO EN STANFORD

Así lo imaginaba Carpenter. O bien

## FRUSTRADO SECUESTRO ILEGAL EN UNA INSTALACIÓN ABORTISTA DEL CONDADO

Etcétera. Un espacio en las noticias de las seis de la tarde. Gantro, y Best cuando apareciera. Y seguro que éste era fiscal. Ambos rodeados de grabadoras, micrófonos y videocámaras.

«La hemos cagado pero bien —pensó—. Pero que muy bien. En Sacramento nos cortarían el estatuto. Quedaremos reducidos a cazar perros y gatos sin dueño, como antes. Mierda.»

Cuando Ian Best llegó en su Mercedes-Benz de carbón, aún seguía un poco colocado.

—¿Te importa que de vuelta tomemos un desvío turístico? —preguntó a Gantro.

—¿Por dónde? —Ed tenía muchas ganas de marcharse. La pequeña multitud de periodistas ya le había entrevistado y le había dejado ir. Había dejado clara su postura y ahora se sentía exhausto. Sólo quería volver a casa.

—Pues por Vancouver Island, en la Columbia Británica.

—Estos chicos deberían ir a dormir —respondió Gantro con una sonrisa—. El mío y los otros dos. Demonios, si ni siquiera han cenado.

—Nos pararemos en un McDonald's. Después podemos partir para Canadá, donde hay peces, y montones de montañas en las que aún queda nieve, incluso en esta época del año.

—Claro —sonrió Gantro—. Podríamos ir.

—¿Querías? —lo interrogó Best—. ¿De verdad?

—Tengo que arreglar algunas cosas. Después, por supuesto. Podemos ir juntos.

—Qué hijo de puta, lo dices en serio —respondió Best con un suspiro.

—Sí. Claro que sí. Necesito el consentimiento de mi mujer. No puedes irte a Canadá si tu mujer no firma un documento en el que se indica dónde no te seguirá. Te conviertes en lo que se llama un «inmigrante afincado».

—Entonces necesito el permiso por escrito de Cynthia...

—Te lo dará. Acuerda con ella una pensión y ya está.

—¿Crees que lo hará? ¿Me dejará ir?

—Claro —respondió Gantro.

—De verdad crees que nuestras mujeres nos dejarán marchar... —dijo Best mientras llevaban a los niños hacia el Mercedes-Benz—. Supongo que tienes razón. A Cynthia le encantaría librarse de mí. ¿Sabes cómo me llama, delante de Walter y todo? «Cobarde agresivo» y cosas así. No me tiene ningún respeto.

—Nuestras mujeres nos dejarán marchar —repitió Gantro. Pero sabía que no era así.

Observó al director de la Instalación, Sam B. Carpenter, y a Ferris el conductor, del que Carpenter había dicho ante los periodistas y las cámaras que estaba despedido desde ese mismo momento y que se trataba de un empleado recién llegado y sin experiencia.

—No nos dejarán marchar —dijo.

Best intentó con torpeza manipular el complejo mecanismo que controlaba el motor de carbón.

—Ya verás como no nos detienen. Mira, están ahí. ¿Qué van a hacer, después de lo que has dicho en la televisión y lo que ese periodista va a escribir en su artículo?

—No me refiero a ellos —respondió Gantro con tono neutro.

—Podríamos huir.

—Nos atraparían. Nos atraparían y no nos dejarían escapar. Pero pregúntale a Cynthia. Merece la pena intentarlo.

—Nunca veremos Vancouver Island, ni los grandes transbordadores oceánicos surgiendo de la niebla, ¿no?

—Claro que sí, algún día.

Pero sabía que era mentira, una completa mentira, como cuando se dice algo que se sabe como absolutamente cierto, aunque no existan motivos racionales para ello.

Abandonaron el estacionamiento y salieron a la calle.

—Es agradable... ser libre, ¿no? —preguntó Best—. Los tres chicos asintieron, pero Gantro guardó silencio.

«Libre —pensó—. Libre para ir a casa. Para caer en una red mayor, para ser introducido en un camión más grande que el vehículo metálico y mecánico que emplea la Instalación del Condado.»

—Hoy es un gran día —dijo Best.

—Así es. Un gran día en el que se ha asestado un noble y eficaz golpe en favor de todos los seres indefensos, de cualquier cosa de la que se pueda decir que está viva.

Best lo observó con atención pese a la penumbra.

—No quiero volver a casa. Quiero largarme a Canadá.

—Tenemos que volver —le recordó Gantro—. Temporalmente, por lo menos. Hay que arreglar algunos asuntos. Hay cuestiones legales, debemos recoger algunas cosas.

—Nunca llegaremos a la Columbia Británica y a Vancouver Island, ni al parque Stanley ni a la Bahía Inglesa, donde la comida se cultiva, donde hay caballos y transbordadores oceánicos.

—No, nunca —respondió Gantro.

—¿Ni ahora ni más adelante?

—Jamás.

—Eso me temía —respondió Best con la voz rota. El coche perdió momentáneamente la dirección—. Eso me temía desde el principio.

Desde ese momento condujeron en silencio, pues ya no tenían nada más que decirse.

## El ojo de la sibila [17]

¿Cómo se protege nuestra antigua República romana de aquellos que desean destruirla? Nosotros los romanos, aunque mortales como los demás hombres, recibimos ayuda de unos seres inmensamente superiores a nosotros. Estas sabias y bondadosas entidades, cuyo origen se encuentra en mundos que nos son desconocidos, están dispuestas a ayudar a la República cuando se encuentra en peligro. Y cuando no es así, se ocultan de nuevo, para volver cuando las necesite.

Tomemos el caso del asesinato de Julio César: un caso que, aparentemente, se cerró cuando aquellos que habían conspirado para asesinarlo fueron asesinados a su vez. Pero ¿cómo descubrimos los romanos a los autores de ese vil crimen? Y, lo que es más importante, ¿cómo conseguimos llevar a los conspiradores ante la justicia? Contábamos con ayuda exterior; teníamos el apoyo de la sibila de Cumas, que, siempre que nos amenaza algo, nos ofrece su consejo en forma escrita. Todos los romanos estamos al corriente de la existencia de los Libros Sibilinos, que consultamos cuando lo exige la necesidad.

Yo mismo, Phylos Diktos de Tyana, he visto los libros sibilinos. Muchos ciudadanos romanos importantes, especialmente los miembros del Senado, los han consultado. Pero yo he visto a la sibila en persona y conozco de primera mano algo sobre ella que muy pocos hombres saben. Ahora que ya soy viejo —algo lamentable, pero producto de una necesidad común a todos los hombres— estoy dispuesto a confesar que en una ocasión, supongo que principalmente por accidente, presencié, en el ejercicio de mis deberes sacerdotales, cómo la sibila era capaz de dirigir la vista a través de los corredores del tiempo; sé qué le permite hacer esto, un secreto heredado de su antecesora, la sibila de Delfos, en la veneradísima tierra de Grecia.

Pocos hombres saben esto y es posible que la sibila decida silenciarme para siempre utilizando su poder para alargar el brazo a través del tiempo y golpearme por haber revelado el secreto. Es por tanto muy probable que, antes de que sea capaz de terminar este pergamino, se me encuentre muerto, con la cabeza abierta como uno de esos melones maduros del Levante que tanto apreciamos los romanos. En cualquier caso, como ya soy un anciano, me atreveré a afrontar esa posibilidad.

Aquella mañana había estado peleándome con mi esposa. Por entonces no era viejo y el atroz asesinato de Julio César acababa de producirse. En aquel momento, nadie sabía con certeza quién era el responsable. ¡Traición contra el Estado! Un indigno asesinato, un millar de heridas de puñal en el cuerpo del hombre que había logrado estabilizar nuestra convulsa sociedad... con la aprobación de la sibila; habíamos visto los textos que había redactado a tal efecto. Sabíamos que esperaba que César cruzara el río con su ejército para dirigirse hacia Roma y que allí aceptara una corona.

—Cabeza de chorlito —estaba diciéndome mi esposa aquella mañana—. Si la

sibila fuera tan sabia como tú crees, se habría anticipado a este asesinato.

—Y puede que lo haya hecho —respondí yo.

—Pues yo creo que es una farsante —me dijo mi esposa Xantippe mientras hacía una de sus repulsivas muecas. Es, o quizá debería decir era, de mejor familia que yo y nunca perdía la ocasión de recordármelo—. Sois vosotros, los sacerdotes, los que escribís esos textos; los inventáis vosotros mismos. Es preciso que los redactéis de un modo tan vago que cualquier interpretación sea posible. Estáis engatusando a los ciudadanos, especialmente a los más adinerados. —Con lo cual se refería a su propia familia.

Me levanté de un salto de la mesa en la que estábamos tomando el desayuno y, acalorado, le dije:

—La sibila está inspirada por los dioses; es una profetisa. Conoce el futuro. Es evidente que no había ningún modo de impedir el asesinato de nuestro gran líder, al que tanto amaba el pueblo.

—Es una farsante —dijo mi esposa mientras empezaba a untar de mantequilla, con la codicia que la caracterizaba, otro trozo de pan.

—Yo he visto los grandes libros...

—¿Cómo puede conocer el futuro? —inquirió mi esposa.

Y eso, he de admitirlo, yo no lo sabía. Aquello me dejó abatido. A mí, a un sacerdote de Cumas, un servidor del Estado romano. Me sentí humillado.

—Es un truco para tontos —estaba diciendo a mi esposa mientras yo franqueaba la puerta para irme.

A pesar de que acababa de amanecer —la hermosa Aurora, diosa del alba, estaba bañando el mundo con su luz blanca, la luz que consideramos sagrada y de la que derivan la mayoría de nuestras inspiradas visiones— salí de allí y me encamine andando hacia el hermoso templo en el que trabajo.

Nadie había llegado aún, salvo los guardias armados que holgazaneaban en el exterior; parecieron sorprendidos al verme allí tan temprano, pero al reconocermme me saludaron con inclinaciones de cabeza. A nadie que no sea un sacerdote reconocido del templo de Cumas se le permite entrar; hasta el propio César necesita nuestro permiso para hacerlo.

Tras entrar, me dirigí a la gran cámara abovedada y llena de gas en la que, embozado por la penumbra, se encontraba el enorme trono de piedra de la sibila. Sólo había unas pocas antorchas encendidas.

Me detuve, paralizado y en silencio, al ver algo que nunca había contemplado hasta entonces. La sibila, con el largo cabello negro recogido en un moño, con los brazos cubiertos y sentada en su trono, estaba inclinada hacia adelante... y no se encontraba sola.

Había dos criaturas frente a ella, dentro de una burbuja redonda. Parecían humanas, pero cada una de ellas tenía un... Ahora mismo no sé con seguridad qué es lo que tenían, pero no eran mortales. Eran dioses. Veían a través de ranuras en lugar

de ojos, y en ellas no había pupilas. En vez de manos, tenían pinzas como las de los cangrejos. Sus bocas eran meros agujeros, y entonces me di cuenta de que eran mudos. Estaban hablando con la sibila, pero a través de un largo cordel, a cada uno de cuyos extremos había una caja. Una de las criaturas sujetaba la caja junto a un lado de su cabeza, mientras la sibila escuchaba por la otra. La caja tenía números y botones, y el cordel estaba recogido en un rollo, de modo que era posible extenderlo.

Eran los inmortales. Pero nosotros los romanos, mortales como éramos, creíamos que todos ellos habían abandonado el mundo mucho tiempo atrás. Eso es lo que siempre nos habían dicho. Evidentemente, habían regresado. Al menos por un breve lapso de tiempo, para darle información a la sibila.

La sibila se volvió en ese momento hacia mí y, aunque parezca increíble, su cabeza recorrió la cámara entera hasta encontrarse junto a la mía. Estaba sonriendo, a pesar de haberme visto allí. En ese momento empecé a oír la conversación que estaba manteniendo con los inmortales; graciosamente, ella me otorgó la capacidad de hacerlo.

—... sólo uno de muchos —estaba diciendo el más grande de los dos inmortales—. Otros lo seguirán, pero hasta dentro de algún tiempo. Llega la oscuridad de la ignorancia, tras una edad de oro.

—¿Hay algún modo de impedirlo? —preguntó la sibila con aquella voz melodiosa que tanto adorábamos.

—Augusto gobernará con sabiduría —dijo el mayor de los dos inmortales—, pero después de él vendrán hombres malvados y perturbados.

—Debes saber que surgirá un nuevo culto alrededor de una criatura de la luz. El culto crecerá, pero sus verdaderos textos serán codificados y su mensaje se perderá. Hemos visto el fracaso de la criatura de la luz. Será torturada y asesinada, igual que Julio. Y después de eso...

—Mucho después de eso —dijo el más grande de los dos—, la civilización volverá a alzarse por encima de la ignorancia, al cabo de dos mil años, y entonces...

—¿Tanto, padres? —preguntó la sibila, confundida.

—Tanto, sí. Y entonces, cuando empiecen a formular preguntas y a buscar la verdad de sus orígenes, su divinidad, volverán a empezar los asesinatos, la represión y la crueldad, y llegará una nueva era de oscuridad.

—Se podría impedir —dijo el otro inmortal.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó la sibila.

En voz baja, ambos inmortales dijeron a la vez:

—Para entonces estarás muerta.

—¿No habrá otra sibila en mi lugar?

—No. Nadie protegerá la República romana en los próximos dos mil años. Y por todas partes surgirán hombres mezquinos, con ideas mezquinas, como ratas. Las pisadas que dejen en su búsqueda de poder y su lucha por falsos honores cruzarán el mundo de un lado a otro. —Y entonces añadieron ambos—: No podrás ayudar a la



gente entonces. De repente, ambos inmortales se esfumaron, junto con los rollos de cordel y las cajas con números por las que hablaban y escuchaban, como por obra únicamente del pensamiento. La sibila permaneció sentada un momento y entonces levantó las manos y, por medio de un artificio que nos habían enseñado los egipcios, un de las páginas en blanco fue hacia ella para que pudiera escribir. Pero entonces hizo algo muy curioso, y es esto, más que ninguna cosa de cuanto os he contado hasta ahora, lo que más temor me inspira.

Introdujo la mano entre los pliegues de su túnica, sacó un ojo y se lo colocó en el centro de la fuente. No era un ojo como los nuestros, con pupila, sino igual que las ranuras de los inmortales, pero al mismo tiempo diferente. Tenía unas bandas laterales que se movían la una hacia la otra, como remos... Mero sacerdote como soy por instrucción y por clase, no tengo palabras para describirlo, pero el caso es que la sibila se volvió hacia mí y miró más allá de mí con ese ojo, y entonces gritó con tal fuerza que las paredes del templo se estremecieron, las piedras cayeron y las serpientes que se ocultaban en los agujeros entre las rocas sisearon. Lo que vio más allá de mí le hizo gritar de espanto y consternación, pero su extraño tercer ojo continuó abierto y siguió mirando.

Entonces cayó, como si hubiera perdido el sentido. Corrí hacia ella para ayudarla. Toqué a la sibila, mi amiga, la bella aliada de la República, mientras ella caía, desvanecida por el horror inspirado por el futuro, más allá de los túneles y los pasillos del tiempo. Pues era a través de aquel ojo como la sibila veía lo que necesitaba ver para instruirnos y advertirnos. Y entonces entendí que a veces veía cosas que ni ella podría soportar ni nosotros podríamos superar, por mucho que lo intentáramos.

Al agarrar a la sibila, ocurrió algo extraño. En medio del gas, vi que cobraban definición unas formas.

—No debes tomarlas por reales —dijo la sibila. Oí su voz y, a pesar de entender sus palabras, supe que las formas eran reales. Vi una nave gigante, sin remos ni velas... Vi una ciudad de esbeltos y orgullosos edificios, abarrotada de vehículos como jamás hubiera visto. Y seguí moviéndome hacia ellas, y ellas hacia mí, hasta que al fin las formas envueltas en gas quedaron tras de mí y me llevaron del lado de la sibila—. Todo eso lo veo con el ojo de la Gorgona —dijo su voz tras de mí—. Es el ojo con el que las medusas ven adelante y atrás, el ojo de los hados, en el que has caído... —Y entonces sus palabras se perdieron.

Jugaba sobre la hierba con un perrito mientras me preguntaba quién habría dejado una botella de Coca-Cola rota en nuestro jardín de atrás.

—¡Philip, a cenar! —exclamó mi abuela desde el porche trasero. Vi que estaba poniéndose el sol.

—¡Vale! —respondí. Pero seguí jugando. Había encontrado una enorme telaraña y había en ella una abeja atrapada, a la que había picado la araña. Cuando intenté soltarla, me picó.

En mi siguiente recuerdo estaba leyendo las tiras cómicas de la Berkeley Daily Gazette. En ella se contaba que Brick Bradford había encontrado una civilización con miles de años de antigüedad.

—Eh, mamá —le dije a mi madre—. Mira esto. Es increíble. Brick baja de esta plataforma, y al final... —al mirar los extraños yelmos que llevaba aquella gente, me embargó una sensación extraña. No sabía por qué.

—No haces más que ver esas tonterías —dijo mi abuela con voz disgustada—. Deberías leer algo que merezca la pena. Esos tebeos son basura.

En mi siguiente recuerdo estaba en la escuela, sentado, mirando bailar una chica. Se llamaba Jill y era del curso superior al mío, sexto; vestía como una bailarina del vientre y tenía la parte superior de la cara tapada con un velo. Pero yo podía ver sus ojos, unos ojos bondadosos y llenos de sabiduría. Me recordaban a los ojos de alguien a quien había conocido, pero ¿qué podía saber un chico? Después, la señora Redman nos hizo escribir una redacción y escribí sobre Jill. Escribí sobre la extraña tierra en la que vivía y en la que bailaban sin llevar nada por encima de la cintura. La señora Redman habló con mi madre por teléfono y a mí me regañaron por algo que no entendí muy bien, pero que tenía que ver con un sujetador, o algo así. En ese momento no lo comprendí; había muchas cosas que no comprendía. Era como si tuviese recuerdos, pero recuerdos que no tenían nada que ver con mi infancia en Berkeley, ni con la escuela de Hillside, ni con mi familia, ni con la casa en la que vivíamos... Tenían que ver con serpientes. Ahora sé por qué soñaba con serpientes: serpientes sabias, no malvadas, serpientes que susurraban palabras llenas de saber.

Sea como fuere, el director de la escuela, el señor Bill Gaines, decidió que mi redacción estaba muy bien (después de que añadiera que Jill llevaba algo por encima de la cintura en todo momento) y entonces decidí convertirme en escritor.

Una noche tuve un sueño extraño. Creo que estaba en los últimos años de primaria, preparándome para ir al instituto de Berkeley al año siguiente. El sueño llegó en mitad de la noche, y fue como un sueño real, realmente real: de una persona procedente del espacio exterior, detrás de un cristal, en una especie de satélite, que había utilizado para llegar aquí. Y no podía hablar; se limitaba a mirarme con ojos raros.

Unas dos semanas después tuve que escribir sobre lo que deseaba ser cuando fuera mayor y, acordándome de mi sueño sobre el hombre de otro universo, escribí: voy a ser escritor de ciencia-ficción.

Esto hizo enfurecer a mi familia, pero claro, cuanto más se enfurecían ellos, más decidido estaba yo y, además, mi novia, Ysabel Lomax, me dijo que nunca se me daría bien y que no podría ganar apenas dinero con ello, porque la ciencia-ficción era una idiotez y solo la leían adolescentes con granos, lo que terminó de convencerme para hacerlo, puesto que los adolescentes con granos también debían tener quien escribiera para ellos; habría sido injusto escribir sólo para gente con la piel inmaculada. Estados Unidos se construyó sobre el concepto de la justicia; esto es lo

que el señor Gaines nos enseñó en la escuela de Hillside, y puesto que era el único capaz de arreglar mi reloj de pulsera, yo sentía cierta admiración hacia él.

En el instituto no me fue nada bien, porque me pasaba todo el día escribiendo y escribiendo, y todo los profesores me gritaban que era comunista, porque nunca hacía lo que se me ordenaba.

—¿Ah, sí? —Solía responder yo. Luego ellos me enviaban a ver al secretario del alumnado, quien me decía cosas aún peores que mi abuelo y me advertía de que si no sacaba mejores notas, me expulsarían del instituto.

Aquella noche tuve otro de esos vívidos sueños. En esta ocasión, una mujer me llevaba en su vehículo, sólo que se trataba de una cuadriga antigua, de estilo romano, y la mujer estaba cantando.

Al día siguiente, cuando acudí a ver al señor Erlaud, el secretario del alumnado, escribí en su pizarra, en latín:

### UBI PECUNIA REGNET

Cuando entró se le puso la cara toda colorada, puesto que él, que era profesor de latín, sabía que esto significaba «Donde gobierna el dinero».

—Eso es lo que escribiría un alborotador izquierdista —me dijo.

De modo que mientras él estaba allí sentado, revisando mis documentos, escribí otra cosa; escribí:

### UBI CUNNUS REGNET

Esto lo dejo un poco perplejo.

—¿Donde... has aprendido esa palabra latina? —preguntó.

—No lo sé —le dije. No estaba seguro, pero me daba la impresión de que en mis sueños me hablaban en latín. Puede que no fuera más que mi propio cerebro, que recreaba lo aprendido en las clases de latín del curso de 1-A, donde yo destacaba bastante, lo cual resulta bastante sorprendente si tenemos en cuenta que no estudiaba.

El siguiente sueño vívido llegó dos noches antes de que ese loco (o locos) matara al presidente Kennedy. En mi sueño lo vi, dos noches antes de que ocurriera, pero por encima de todo, con más claridad que cualquier otra cosa, vi a mi novia, Ysabel Lomax, observando a los conspiradores cómo cometían su crimen. Ysabel tenía un tercer ojo.

Mi familia me envió a un psicólogo, porque después del asesinato del presidente Kennedy me volví realmente raro. Me pasaba todo el día sentado, pensando y sin comunicarme con nadie.

Mi psicóloga era una mujer muy atildada, llamada Carol Heims. Era muy guapa y nunca decía que estuviera loco. Lo que sí decía era que debía apartarme de mi familia, abandonar la escuela —decía que el sistema escolar nos aísla de la realidad y nos impide aprender las técnicas necesarias para afrontar la realidad— y dedicarme a

escribir ciencia-ficción.

Le hice caso. Empecé a trabajar en una tienda de televisores, donde barría, desembalaba y colocaba los aparatos de televisión nuevos. Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza la idea de que cada uno de ellos era como un ojo enorme; eso me preocupaba. Le hablé a Carol Heims de los sueños que había tenido toda mi vida, sobre la gente del espacio, sobre el latín, y muchos otros que sabía que había tenido, pero que nunca recordaba al despertar

—Nadie entiende del todo los sueños —me dijo la señora Heims. Yo mientras tanto, allí sentado, me preguntaba qué aspecto tendría con un traje de bailarina del vientre, desnuda de cintura para arriba. Había descubierto que eso hacía que la hora de terapia pasara mucho más deprisa—. Existe una teoría nueva, que afirma que forman parte de un inconsciente colectivo que se remonta miles de años en el tiempo... y con el que nos ponemos en contacto mediante los sueños. De modo que, de ser cierta esta teoría, los sueños contienen información válida y realmente valiosa.

Yo estaba ocupado imaginándome cómo se meneaban sugestivamente sus caderas de un lado a otro, pero a pesar de todo escuchaba lo que me decía; la razón tenía que ver con la sabia bondad que detectaba en sus ojos. Por alguna razón, siempre me hacía pensar en aquellas serpientes sabias.

—He estado soñando con libros —le dije—. Libros abiertos ante mí. Libros enormes, muy valiosos. Incluso libros sagrados, como la Biblia.

—Eso tiene algo que ver con tu carrera como escritor —dijo la señora Heims.

—Son libros viejos. De miles de años de antigüedad. Y nos advierten sobre algo. Un asesinato terrible, un montón de asesinatos. Y policías que encarcelan a la gente por sus ideas, pero lo hacen en secreto... inventando cargos falsos. Y siempre veo a una mujer que se te parece mucho, pero está sentada en un enorme trono de piedra.

Algún tiempo después trasladaron a la señora Heims a otra parte del condado y no pude volver a verla. Esto me hizo sentir realmente mal y me encerré en la escritura. Le vendí un relato a una revista llamada *Envigorating Science Fact*, un relato sobre criaturas superiores, que habían aterrizado en la Tierra y nos ayudaban en secreto. Nunca me pagaron.

Ahora soy viejo y me atrevo a contar todo esto, porque ¿qué tengo que perder? Un día recibí una petición para escribir un pequeño artículo para la revista *Love-Planet Adventure Yarns*, del que me dieron previamente el argumento, así como una fotografía en blanco y negro de la portada. La fotografía me fascinó desde el primer momento: mostraba a un romano o a un griego —o alguien vestido con toga, en cualquier caso—, que llevaba en las muñecas un caduceo, que es el símbolo de los médicos: dos serpientes entrelazadas que, originalmente, eran dos ramas de olivo.

—¿Cómo sabes que se llama «caduceo»? —me preguntó Ysabel. Nos habíamos ido a vivir juntos, y siempre estaba diciéndome que debía ganar más dinero y tratar de parecerme a su familia, que era elegante y de buena posición.

—No lo sé —dije, y me sentí raro. Y entonces, mis dos ojos empezaron a registrar

una gran actividad fosfénica, muy agitada, como esas modernas pinturas abstractas que dibujaban Paul Klee y otros artistas: en vívidos colores y tan rápidas como destellos—. ¿A qué fecha estamos? —Le grité a Ysabel, que estaba sentada, secándose el pelo mientras leía el Harvard Lampoon.

—¿La fecha? Dieciséis de marzo —dijo.

—¡El año! —grité—. Pulchrapuella, tempus... —Y me quedé callado, porque me estaba mirando fijamente. Y, lo que es peor, no lograba recordar cómo se llamaba, ni quién era.

—1974 —respondió.

—Si sólo estamos en 1974, es que gobierna la tiranía —dije.

—¿Cómo? —preguntó, pasmada, sin dejar de mirarme.

En aquel preciso instante, aparecieron dos criaturas a su lado, encapsuladas en los vehículos que utilizaban para viajar de sistema en sistema, sendos globos flotantes que mantenían las condiciones de atmósfera y temperatura que ellas necesitaban para sobrevivir.

—No le digas nada más —me advirtió uno de ellos—. Vamos a borrarle la memoria. Sólo recordará que se quedó dormida y tuvo un sueño.

—Pero yo sí recuerdo —dije mientras me llevaba las manos a ambos lados de la cabeza. Había sufrido amnesia, pero ahora recordaba que procedía de tiempos antiguos y, antes de eso, de la estrella Albemuth, al igual que aquellos dos inmortales—. ¿Para qué habéis vuelto? —Les dije—. Para...

—Debemos trabajar únicamente por medio de los mortales —dijo J'Annis. Era el más sabio de los dos—. Ahora ya no hay ninguna sibila para ofrecer su consejo a la República. De vez en cuando, utilizamos los sueños para inspirar a algunos y conseguir que despierten; están empezando a entender que estamos pagando el precio de la liberación para que el Embaucador, que es quien los gobierna, los libere.

—¿Son conscientes de vuestra presencia? —dije.

—Algo sospechan. Ven hologramas nuestros proyectados en el cielo, que empleamos para distraerlos. Creen que estamos flotando allí arriba.

Yo sabía que los inmortales estaban en las mentes de los hombres, no en los cielos de la Tierra, y que al dirigir su atención hacia fuera, volverían a ser libres para ayudar dentro, como siempre habían hecho: en el mundo interior.

—Traeremos la primavera a este mundo invernal —dijo F'fr'am con una sonrisa en los labios—. Levantaremos las puertas que mantienen cautiva a esta gente, que gime bajo el peso de una tiranía que apenas acierta a ver. ¿Lo has visto tú? ¿Has visto las idas y venidas de la policía secreta, los pelotones paramilitares que destruyeron la libertad de expresión y a todos aquellos que se atrevieron a disentir?

Ahora, en mi vejez, ultimo este relato para vosotros, mis amigos romanos, aquí en Cumas, donde vive la sibila. Por azar o por designio llegué al futuro lejano, a un mundo de tiranía, de invierno, que no alcanzaríais ni a imaginar. Y vi a los inmortales

que siguen ayudándonos incluso allí, ¡dentro de dos mil años! A pesar de que los mortales del futuro están, oíd bien lo que os digo, ciegos. Mil años de represión les han arrebatado la visión. Los han atormentado y los han coartado, del mismo modo que nosotros coartamos a los animales. Pero los inmortales los están despertando y yo diría que los despertarán a tiempo de salvarse. Y entonces, los dos mil años de invierno llegarán a su fin; abrirán los ojos gracias a los sueños y a las inspiraciones secretas; sabrán... Pero todo esto os lo he contado a mi antigua y enrevesada manera.

Permitid que termine con este verso de nuestro gran poeta, Virgilio, un buen amigo de la sibila. En él veréis lo que nos depara el futuro, pues la sibila ha dicho que, aunque no se aplicará a nuestro tiempo, a Roma, sí lo hará para aquellos que viven dos mil años por delante de nosotros, para llevarles una promesa de alivio:

Ultima Cumaei venit iam carminis aetas;  
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.  
Iam redit et Virgo, redeunt Saturnis regna;  
Iam nova progenies, caelo demittitur alto.  
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum  
desinet, ac toto surget gens aurea mundo,  
casta fave Lucina, tuus iam regnat Apollo.

Lo transcribiré en la extraña lengua que aprendí hablar durante el tiempo pasado en el futuro, antes de que los inmortales y la sibila me trajeron de regreso, concluida mi misión en aquel tiempo:

*Por fin, el tiempo final anunciado por la sibila llegará:  
la procesión de la eternidad vuelve a su origen.  
La Virgen regresa y Saturno reina como antes;  
una nueva raza del cielo en las alturas desciende.  
La Diosa del Nacimiento, sonrío al bebé recién nacido,  
en cuyo tiempo la prisión de acero caerá en ruinas,  
y una raza dorada surge por todos lados.  
¡Apolo, el rey legítimo, está restaurado!*

Por desgracia, vosotros, mis queridos amigos romanos, no viviréis para verlo. Pero, avanzados los corredores del tiempo, sobre los Estados Unidos (utilizo aquí palabras que os son extrañas) se abatirá el mal, y esta pequeña profecía de Virgilio, inspirada por la sibila, se hará realidad. ¡La primavera renacerá!

## El día que el señor Ordenador se cayó del árbol [18]

Al despertar, sintió al instante que ocurría algo terrible. «Oh, Dios —pensó al ver que el señor Cama lo había dejado tirado contra la pared—. Está pasando de nuevo —comprendió—. Y la Junta del Oeste nos prometió perfección infinita. Esto es lo que pasa, por creerse lo que dicen los simples humanos.»

Salió lo mejor que pudo de las sábanas, se puso en pie y cruzó el cuarto hacia la puerta del señor Armario.

—Quiero un elegante traje cruzado gris de piel de tiburón —informó con voz tensa al micrófono de la puerta del señor Armario—. Camisa roja, calcetines azules y... —Pero nada. La ranura, que ya había empezado a vibrar, despidió un par de bombachos de mujer de seda.

—Confórmate con eso —dijo la voz metálica del señor Armario con ecos vacíos.

Displicentemente, Joe Indigno se puso los bombachos. Había cosas peores... como aquel día en Agosto Horrible, cuando el vasto ordenador poliencefálico de Queens les había suministrado a todos los habitantes de la Gran América un simple pañuelo y nada más.

Se dirigió al baño, se lavó la cara... y descubrió que el líquido que estaba echándose encima era licor de raíz caliente.

«Joder —pensó—. El señor Ordenador está hoy más chiflado que nunca. Está leyendo las antiguas historias de ciencia-ficción de Phil Dick, decidió. Esto es lo que pasa por darle toda la basura arcaica que encuentran para que la almacene en sus bancos de memoria.»

Terminó de peinarse el cabello —sin hacer uso de la cerveza de raíz— y, después de secarse, se dirigió a la cocina para ver si la señora Cafetera seguía siendo un islote de cordura en medio de una realidad que estaba deteriorándose por momentos.

No hubo suerte. La señora Cafetera, solícita, le ofreció un cuenco militar lleno de sopa.

«Bueno, eso me pasa por confiar.»

Sin embargo, el auténtico problema llegó cuando trató de abrir al señor Puerta. El señor Puerta no se dejaba abrir; es más, en lugar de hacerlo, se quejaba con voz metálica: «Los caminos de la gloria sólo conducen a la tumba».

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió Joe, que estaba empezando a enfurecerse. Aquello ya no tenía gracia. Y no es que la hubiese tenido nunca... salvo, quizá, cuando el señor Ordenador decidió servirle faisán asado para desayunar.

—Que estás perdiendo el tiempo, cabrón —dijo el señor Puerta—. Hoy no vas a la oficina bajo ningún concepto.

Era verdad. La puerta no se abría hiciese lo que hiciese. A pesar de sus esfuerzos, el mecanismo, controlado desde varios kilómetros de distancia por la matriz maestra poliencefálica, se negó a ceder.

¿Desayunaba, entonces? Joe Indigno pulsó los botones del módulo de control del señor Comida... y se encontró con un plato de fertilizante.

Entonces cogió el teléfono y marcó furiosamente los números que debían ponerlo en contacto con la policía local.

—Loony Tunes Incorporated —dijo el rostro de la videopantalla—. Y apareció una versión en dibujos animados de sus prácticas sexuales producida en una semana, ¡con increíbles efectos de sonido!

«Que te den», pensó Joe Indigno mientras colgaba.

Había sido una mala idea desde el principio, desde 1982, poner el control de todas las máquinas en manos de una fuente central. Como es natural, la premisa básica parecía buena: con el acelerado desgaste de la capa de ozono, demasiada gente había empezado a comportarse de manera irracional y era necesario resolver el problema por algún medio inmune a la enloquecedora radiación ultravioleta que ahora bañaba la Tierra. En aquel momento, el señor Ordenador les había parecido la respuesta. Pero, por desgracia, el señor Ordenador había absorbido demasiadas locuras de sus constructores humanos y había, al igual que ellos, empezado a manifestar episodios psicóticos.

Existía una respuesta, claro está. La habían elaborado apresuradamente, pegado como un remiendo, por decirlo así, una vez descubierto el problema. A la jefa de la Oficina de Salud Mental Mundial, una formidable vieja de lengua vitriólica llamada Joan Simpson, se le había concedido una especie de inmortalidad para que estuviera eternamente disponible para tratar al señor Ordenador en sus episodios de locura. La señora Simpson estaba almacenada en el centro de la Tierra, en una cámara especial, forrada de plomo, a salvo de la radiación dañina de la superficie y sumida en una especie de letargo o animación suspendida, llamado Transposición General, en la que no disponía de otro entretenimiento que una repetición interminable de seriales radiofónicos de los años cuarenta. La señora Simpson, según se decía, era la única persona cuerda sobre la faz de la Tierra... o, más bien, debajo de ella. Esto, unido a su extraordinaria habilidad y a sus infinitos conocimientos en el arte de tratar máquinas psicóticas, representaba la única esperanza de supervivencia para la Tierra.

Al pensar en esto, Joe Indigno se sintió un poco mejor, pero no mucho... porque acababa de recoger al señor Periódico del suelo, junto a la puerta y el titular rezaba: Adolf Hitler coronado papa. UNA MULTITUD RÉCORD LO VITOREA.

«Ahí se queda, señor Periódico», pensó Joe con abatimiento, y lo arrojó al señor Triturador de basura. La máquina se revolvió un momento y entonces, en lugar de fagocitarlo o convertirlo en un cubo de papel, volvió a escupirlo. Joe dirigió una nueva y rápida mirada al titular, vio la foto de un esqueleto humano, con uniforme nazi y bigote, con la gran mitra papal sobre el cráneo, y volvió a sentarse en el sofá de su salón para esperar el momento, presumiblemente cercano, en el que despertaran a la señora Simpson de la Transposición General para tratar al señor Ordenador y así devolverle la cordura al mundo.



—Está psicótico, sí —dijo Fred Intelectual entre dientes—. Le he preguntado si sabe dónde está y me ha dicho que flotando en una balsa en el Mississippi. Quiero una confirmación: pregúntale quién es.

El doctor Pacificador pulsó el botón de entrada de órdenes de la consola del vasto ordenador y preguntó: ¿quién eres?

La respuesta apareció al instante en la pantalla del ordenador: Tom Sawyer.

—¿Lo ve? —dijo Intelectual—. Ha perdido totalmente el contacto con la realidad. ¿Ha comenzado la reactivación de la señora Simpson?

—Afirmativo, Intelectual —dijo Pacificador. Y, como para demostrarlo, en ese momento se abrieron las puertas que daban al contenedor forrado de plomo en el que la señora Simpson dormía y escuchaba su serial radiofónico preferido, Ma Perkins.

—Señora Simpson —dijo Pacificador mientras se inclinaba ante ella—. Volvemos a tener un problema con el señor Ordenador. Ha perdido todo contacto con la realidad. Hace una hora modificó las rutas de todos los tvhipples de Nueva York para enviarlos a la misma intersección. Se han perdido muchas vidas. Y en lugar de responder al desastre con bomberos y equipos de rescate, ha mandado al lugar una troupe de payasos circenses.

—Ya veo —dijo la señora Simpson a través del sistema de transducción y amplificación que utilizaban para comunicarse con ella—. Pero primero debo ocuparme del incendio en el almacén de madera de Ma. Verán ustedes, su amigo Shuffle...

—Señora Simpson —dijo Pacificador—, la situación es grave. La necesitamos. Salga de su comprensible neblina y póngase a trabajar con el señor Ordenador. Luego podrá seguir con los seriales.

Al mirar a la señora Simpson, quedó, como siempre le ocurría, sobrecogido por su antinatural belleza. Los ojos grandes y negros de largas pestañas, la voz susurrante y sensual, el cabello corto e intensamente azabache (¡tan elegante en medio de un mundo de vulgaridad!), el cuerpo firme y esbelto, aquella cálida boca que prometía amor y consuelo... Era asombroso que el único ser humano realmente cuerdo que quedaba en la Tierra (y el único capaz de salvarla) pudiera ser al mismo tiempo tan increíblemente bello.

Pero eso era irrelevante. No era el momento de pensar en tales cosas. Las noticias de la NBC acababan de informar de que el señor Ordenador había cerrado todos los aeropuertos del mundo para convertirlos en estadios de béisbol.

Poco después, la señora Simpson estaba estudiando una composición abstracta de las erráticas órdenes del señor Ordenador.

—Su comportamiento es claramente regresivo —les informó mientras, con aire ausente, daba un sorbito a su taza de café.

—Señora Simpson —dijo Intelectual—. Me temo que lo que está bebiendo usted es sopa.

—Es verdad —respondió ella al tiempo que dejaba la taza sobre la mesa—. Veo

que el señor Ordenador está gastándole bromas infantiles al conjunto de la humanidad. Eso encaja con mi hipótesis.

—¿Y cómo se puede devolver a esa enorme máquina a la normalidad? —preguntó Pacificador.

—Evidentemente, se ha encontrado con una situación traumática que le ha provocado una regresión —dijo la señora Simpson—. Primero localizaré el trauma y luego procederé a desensibilizar al señor Ordenador por medio de un vis a vis. A tal efecto, le iremos presentando al señor Ordenador las letras del alfabeto, una a una, y evaluaremos sus reacciones hasta que percibamos lo que en el mundo de los desórdenes mentales llamamos «un sobresalto».

Y así lo hicieron. Al llegar a la letra «J», el señor ordenador emitió un leve silbido y empezó a echar humo. A continuación, la señora Simpson repitió la secuencia de letras. Esta vez, el silbido y el humo llegaron en la letra «C».

—J. C. —dijo la señora Simpson—. Puede que Jesucristo. Tal vez se haya producido el Segundo Advenimiento y el señor Ordenador tema que sea prematuro. Empezaré a trabajar sobre esta hipótesis. Coloquen al señor Ordenador en estado semicomatoso para que pueda realizar asociaciones libres.

Los técnicos se apresuraron a obedecer.

Los murmullos de la virtualmente inconsciente máquina empezaron a sonar a través de los altavoces colocados en la sala de control.

—... programándose para morir —decía—. Una gran persona. Análisis de directrices de ADN. Voy a pedir, no un indulto, sino una aceleración del proceso de muerte. El salmón nada corriente arriba para morir... apelar a él... después de todo lo que he hecho por él. Rechazo de la vida. Consciencia de ello. Quiere morir. No puedo soportar la muerte voluntaria, la reprogramación total del propósito original del ADN... —y continuó con afirmaciones similares e igualmente misteriosas.

—¿Qué nombre le viene a la mente, señor Ordenador? —preguntó de repente la señora Simpson—. ¡Un nombre!

—Un dependiente de una tienda de discos —musitó la computadora—. Una autoridad sobre German Lieder y el pop para adolescentes de los sesenta. Qué derroche. Vaya, pero si el agua está caliente. Creo que voy a pescar. Echaré la caña y cogeré un gran pez. ¡Eso sorprenderá a Huck, y también a Jim! Jim es un hombre, aunque...

—¿Qué nombre? —repitió la señora Simpson.

El absurdo murmullo continuó.

La señora Simpson les dijo a Intelectual y a Pacificador, que seguían, muy rígidos y atentos, todo este proceso:

—Busquen a un dependiente de una tienda de discos cuyas iniciales sean J. C. y que sea una autoridad en German Lieder y en el pop para adolescentes de los sesenta. ¡Y dense prisa! No tenemos mucho tiempo.

Tras salir del apartamento por una ventana, Joe Indigno se dirigió, entre whipples averiados y conductores furiosos, hacia Artistic Music Company, la tienda de discos en la que había trabajado la mayor parte de su vida. Al menos había conseguido salir de...

De repente, dos policías de gris se materializaron ante él, con expresión torva. Los dos estaban apuntándole al pecho con sus armas.

—Venga con nosotros —dijeron, prácticamente al unísono.

El impulso de echar a correr se apoderó de Joe. Se volvió y lo intentó. Pero entonces sintió un dolor atroz. Los policías le habían disparado y ya era demasiado tarde. Era prisionero de las autoridades. «Pero, ¿por qué? —se preguntó—. ¿Será una simple redada al azar? ¿O estarán sofocando un golpe de Estado contra el gobierno? O —continuaron sus desbocados pensamientos—, ¿habrán llegado al fin los extraterrestres para ayudarnos en nuestra lucha por la libertad?» Y entonces una misericordiosa oscuridad se cerró sobre él.

Cuando volvió a abrir los ojos, dos miembros de la clase de los tecnócratas estaban sirviéndole una taza de sopa; tras ellos había un policía armado, con la pistola preparada por si era necesario.

En un rincón de la sala, sentada, aguardaba una mujer de extraordinaria belleza; llevaba minifalda y botas —un atuendo pasado de moda, pero sumamente sugerente— y tenía los ojos más grandes y cálidos que Joe hubiese visto en toda su vida. ¿Quién sería? ¿y qué querría de él? ¿Por qué lo habían llevado ante ella?

—Su nombre —dijo uno de los tecnócratas vestidos de blanco.

—Indigno —logró decir, incapaz de apartar la mirada de la bellísima joven.

—Tiene usted una cita en Reevaluación de ADN —afirmó el otro tecnócrata—. ¿Cuál es su propósito? ¿Qué regla procedente de la reserva genética pretende, o más bien pretendía, alterar?

—Quería... —balbució Joe— que me reprogramaran... ya saben, para alargar la vida. Estaba a punto de llegar la codificación de mi muerte, y yo...

—Sabemos que eso no es cierto —dijo la preciosa morena con una voz susurrante y sexy pero al mismo tiempo rebosante de inteligencia y autoridad—. Quería usted suicidarse, ¿no es así, señor Indigno? Quería que manipularan su ADN, pero no para posponer su muerte, sino para acelerarla.

Joe no respondió. Estaba claro que lo sabían todo.

—¿Por qué? —exigió la mujer.

—Yo... —titubeó. Entonces, abrumado por el peso de la derrota, logró decir—. No estoy casado. No tengo esposa. Nada. Sólo ese asqueroso trabajo en la tienda de discos. Esa malditas canciones alemanas y esas letras de pop para adolescentes; las tengo todo el día y toda la noche en la cabeza, en todo momento, mezclas de Goethe, Heine y Neil Diamond. —Levantó la cabeza y añadió, con feroz desafío—:

De modo que, ¿por qué debería seguir viviendo? ¿Le llaman a eso vivir? Eso no

es vivir, es sólo existir.

Se hizo un silencio.

Tres ranas pasaron saltando por el suelo. El señor Ordenador estaba soltando ranas por todos los conductos de aire de la Tierra. Media hora antes habían sido gatos muertos.

—¿Saben lo que es tener constantemente una letra como «La canción que te cantaba/ El amor que te traía» flotando en tu cabeza?

—Creo que sí, Indigno —dijo de repente la preciosa morena—. Verá usted, soy Joan Simpson.

—Entonces... —Joe lo entendió todo en un instante—. ¡Está usted en el centro de la Tierra, viendo seriales todo el rato! ¡Los mismos, repetidos una y otra vez!

—Viendo no —dijo Joan Simpson—. Oyendo. Son de la radio, no de la televisión.

Joe no dijo nada. No había nada que decir.

—Señora Simpson —dijo uno de los tecnócratas de blanco—. Debemos empezar a trabajar en el tratamiento del señor Ordenador. Ha empezado a despedir a centenares de Pollys.

—¿Pollys? —dijo Joan Simpson, confundida. Entonces la comprensión invadió sus cálidas facciones—. Oh, sí, las amigas de los niños...

—Señor Indigno —le dijo a Joe uno de los tecnócratas—, lo que ha vuelto loco al señor Ordenador es su falta de amor por la vida. Para devolverle la cordura al señor Ordenador, primero debemos devolvérsela a usted. —Se volvió hacia Joan Simpson y añadió—: ¿Me equivoco?

Ella asintió, se encendió un cigarrillo y se recostó, pensativa.

—¿Y bien? —dijo al cabo de unos momentos—. ¿Qué haría falta para reprogramarlo, Joe? Para que quisiera vivir, en lugar de morir. El síndrome abreactivo del señor Ordenador está directamente relacionado con el suyo. Cree que le ha fallado al mundo porque, al estudiar un índice de humanos que le importan, ha descubierto que usted...

—¿«Que le importan»? —dijo Joe Indigno—. ¿Quiere decir que al señor Ordenador le caigo bien?

—Todos los humanos le importan —le explicó uno de los tecnócratas.

—Espere. —Joan Simpson estudió detenidamente a Joe Indigno—. Ha reaccionado a la frase «que le importan». ¿Qué creía que significaba?

Con cierta dificultad, Joe respondió:

—Que era yo. Que le importaba yo.

—Deje que le pregunte una cosa —dijo Joan Simpson al cabo de un momento, mientras apagaba el cigarrillo y se encendía otro—. ¿Cree que no le importa a nadie, Joe?

—Eso es lo que decía mi madre —respondió Joe Indigno.

—¿Y usted la creía? —preguntó la psiquiatra.

—Sí. —Asintió.

Joan Simpson apagó el cigarrillo de repente.

—Bueno, Intelectual —dijo con voz queda y tensa—. Se acabó lo de adormilarme con seriales de la radio. No pienso volver al centro de la Tierra. Se acabó, caballeros. Lo siento, pero es así.

—¿Va a dejar al señor Ordenador en el estado en que...?

—Voy a curar al señor Ordenador —respondió Joan Simpson con voz templada— curando a Joe. Y... —una leve sonrisa afloró a sus labios—. Y a mí misma, caballeros.

Se hizo un nuevo silencio.

—Muy bien —dijo uno de los dos tecnócratas al cabo de un momento—. Los enviaremos a ambos al centro de la Tierra. Y podrán entretenerse el uno al otro hasta el fin de la eternidad. Salvo cuando sea necesario sacarlos de la Transposición General para curar al señor Ordenador. ¿Le parece bien?

—Esperen —dijo Joe Indigno con voz débil, pero la señora Simpson ya estaba asintiendo.

—Sí —dijo.

—¿Y mi apartamento? —protestó Joe—. ¿Y mi trabajo? ¿La patética y absurda vida a la que estoy acostumbrado?

—Eso ya está cambiando, Joe —dijo Joan Simpson—. Ya me has conocido.

—¡Pero yo pensaba que sería vieja y fea! —dijo Joe—. No tenía ni idea de que...

—El universo está lleno de sorpresas —dijo Joan Simpson, y abrió los brazos para recibirlo.

## La puerta de salida da adentro [19]

Bob Bibleman tenía la sensación de que los robots no miraban a los ojos. Y de que, cuando uno de ellos estaba cerca, desaparecían objetos pequeños y valiosos. Para un robot, la idea del orden era amontonarlo todo. Sin embargo, Bibleman tenía que pedirle la comida a un robot, porque los puestos de dependiente estaban muy mal pagados para los humanos.

—Una hamburguesa, patatas fritas, un batido de fresa y... —Bibleman hizo una pausa y leyó la carta—. Mejor que sea una hamburguesa doble con queso, patatas fritas, un batido de chocolate y...

—Espere un segundo —dijo el robot—. La hamburguesa ya ha empezado a hacerse. ¿Quiere participar en el concurso de esta semana mientras espera?

—O sea, que no me van a poner la hamburguesa con queso —dijo Bibleman.

—Eso es.

El siglo XXI era un asco. La transmisión de la información había alcanzado la velocidad de la luz. En una ocasión, su hermano mayor había introducido un argumento de diez palabras en una máquina de ficción, pero luego había cambiado de idea sobre el final, y al tratar de modificarlo, había descubierto que la novela ya estaba en fase de impresión. Para corregirla, había tenido que escribir una secuela.

—¿Qué premios tiene el concurso? —preguntó.

Al instante, todos los premios, desde el primero hasta el último, aparecieron en la carta. Naturalmente, el robot los borró antes de que Bibleman tuviera tiempo de leerlos.

—¿Cuál es el primer premio? —preguntó.

—No puedo decírselo —dijo el robot. De su ranura salió una hamburguesa con patatas fritas y un batido de fresa—. Son mil dólares, en metálico.

—Déme una pista —dijo Bibleman mientras le pagaba.

—Está en todas partes y en ninguna. Ha existido desde el siglo XVII. Originalmente era invisible. Luego se hizo real. No se puede conseguir, a menos que uno sea muy listo, aunque ayuda hacer trampas y también ser rico. ¿Qué le sugiere la palabra «pesado»?

—Profundo.

—No, en el sentido literal.

—Masa. —Bibleman reflexionó un momento—. ¿Qué es esto, un concurso para ver quién puede adivinar cuál es el premio? Me rindo.

—Pague seis dólares —dijo el robot— para cubrir nuestros costes, y recibirá un...

—Gravedad —lo interrumpió Bibleman—. Sir Isaac Newton. El Royal College de Inglaterra. ¿Me equivoco?

—No —dijo el robot—. Los seis dólares le darán una posibilidad de ir a la Universidad... una posibilidad estadística, con las probabilidades antes indicadas.

¿Que son seis dólares? Una minucia.

Bibleman le dio una moneda de seis dólares.

—Ha ganado —dijo el robot—. Va a ir usted a la universidad. Las probabilidades eran de dos trillones contra una, pero lo ha conseguido. Permita que sea el primero en felicitarlo. Si tuviera una mano se la ofrecería. Esto le va a cambiar la vida. Es su día de suerte.

—Estaba amañado —dijo Bibleman, embargado por una repentina ansiedad.

—Tiene usted razón —dijo el robot—. Pero es obligatorio aceptar el premio. La universidad es una institución militar situada en Culo del Mundo, Egipto, por decirlo así. Pero no se preocupe; lo llevarán hasta allí. Váyase a casa y empiece a hacer el equipaje.

—¿No puedo tomarme la hamburguesa y el...?

—Le sugiero que vaya a hacer el equipaje cuanto antes.

Un hombre y una mujer se habían colocado detrás de Bibleman. En un acto reflejo, se quitó de en medio, llevándose la bandeja. Estaba un poco mareado.

—Un bocadillo de carne carbonizada —dijo el hombre—, aros de cebolla, cerveza de raíz y... nada más.

—¿Quiere participar en el concurso? —dijo el robot—. Los premios son extraordinarios. —Las probabilidades aparecieron por un instante en la pantalla del menú.

Cuando Bob Bibleman abrió la puerta de la única habitación que componía su apartamento, el teléfono estaba encendido. Estaba esperándolo.

—Al fin —dijo el teléfono.

—No pienso hacerlo —dijo Bibleman.

—Ya lo creo que sí —dijo el teléfono—. ¿Sabes quién es? Lee el certificado, la documentación legal que acompaña al premio que has ganado. Se te ha concedido el rango de «recluta birrioso». Yo soy el mayor Casals. Estás bajo mi jurisdicción. Si te digo que mees de color púrpura, tú meas de color púrpura. ¿Cuánto puedes tardar en estar a bordo de un cohete transplanetario? ¿Tienes amigos de los que quieras despedirte? ¿Una novia, quizá? ¿Tu madre?

—¿Voy a volver? —dijo Bibleman con rabia—. O sea, ¿contra quién lucha esta universidad? Y, por cierto, ¿de qué universidad se trata? ¿Quién está en ella? ¿Es una facultad de humanidades o está especializada en ciencias? ¿Es gubernamental? ¿Ofrece...?

—Será mejor que empieces por calmarte un poco —dijo el mayor Casals en voz baja.

Bibleman se sentó. Había descubierto que le temblaban las manos. «He nacido en el siglo equivocado —se dijo—. Hace cien años esto no habría ocurrido y dentro de cien años será ilegal. Lo que necesito es un abogado.»

Su vida había sido muy tranquila hasta entonces. A lo largo de los años había

logrado ascender hasta la modesta posición de dependiente de un negocio de casas flotantes. Para tener veintiún años no estaba tan mal. Su apartamento de una habitación era casi suyo; esto es, lo habitaba en régimen de alquiler con opción de compra. Era una vida pequeña, para su época, pero él no quería demasiado y, normalmente, no se quejaba por lo que recibía. Aunque no entendía la estructura fiscal que le arrebatava buena parte de sus ingresos, la aceptaba; aceptaba un estado de pobreza atenuada, del mismo modo que lo aceptaba cuando una chica se negaba a irse a la cama con él. En cierto modo, esto lo definía; ésta era su manera de ser. Se sometía a lo que no le gustaba y consideraba esta actitud como una virtud. La mayoría de la gente que tenía por encima lo consideraba una buena persona. En cuanto a aquellos que estaban por debajo de él, formaban un conjunto vacío. Su jefe en Cloud Nine Homes le decía lo que debía hacer, lo mismo que sus clientes. El Gobierno le decía a todo el mundo lo que debía hacer, o al menos eso era lo que él suponía. Lo cierto es que apenas tenía tratos con el Gobierno, lo que no era ni una virtud ni un vicio. Simplemente, era buena suerte.

En su día había albergado unos vagos sueños. Tenían que ver con ayudar a los necesitados. En el colegio había leído a Charles Dickens y la idea de los oprimidos se le había grabado en la mente hasta el punto de que era capaz de verlos: eran todos aquellos que no poseían un apartamento de una habitación, un trabajo y un certificado escolar. Ciertos nombres nebulosos, extraídos de la televisión, flotaban por su cabeza, lugares como la India, lugares donde los cuerpos de los agonizantes se recogían con maquinaria pesada. En una ocasión, una máquina pedagógica le había dicho: «tienes buen corazón». Esto lo había asombrado. No el hecho de que lo dijese una máquina, sino el hecho de que se lo dijera a él. Una chica le había dicho lo mismo. Aquello lo sobrecogía. ¡Vastas fuerzas se conjuraban para hacerle saber que no era una mala persona! Era un misterio y una maravilla.

Pero aquellos días eran cosas del pasado. Ya no leía novelas y a la chica la habían trasladado a Frankfurt. Y ahora lo había engañado un robot, una máquina barata, una basura mecánica que probablemente estuviera secuestrando a los ciudadanos en las calles en cantidades insólitas. No lo enviaban a una universidad; no había ganado nada. Lo más probable es que hubiese ganado un camastro en un campo de trabajos forzados. «La puerta de salida da adentro —se dijo—. Lo que quiere decir que, si te quieren, eres suyo; lo único que necesitan es rellenar el papeleo. Y un ordenador es capaz de rellenar todos los formularios con sólo pulsar una tecla. La "I" de infierno y la "E" de esclavo. Y la "T" de ti.»

«No te olvides el cepillo de dientes —se dijo—. Puede que lo necesites.»

En la pantalla del teléfono, el mayor Casals lo miraba como si estuviera evaluando en silencio las probabilidades de que Bob Bibleman intentara escapar. «Dos trillones contra una a que huyo —pensó Bibleman—. Pero gana la una, igual que en el concurso. Voy a hacer lo que me han dicho.»

—Oiga —dijo Bibleman—. Quiero preguntarle una cosa y necesito que me



responda con sinceridad, por favor.

—Claro —dijo el mayor Casals.

—Si no hubiera hablado con ese robot de Earl's Senior y...

—Lo habríamos cogido de todos modos —respondió el mayor Casals.

—Muy bien —dijo Bibleman, con un asentimiento de cabeza—. Gracias. Eso me hace sentir mejor. Así no me amargaré pensando estupideces como «si no me hubieran entrado ganas de tomarme una hamburguesa con patatas fritas. Si no...» — Se interrumpió—. Será mejor que haga el equipaje.

—Llevamos meses —dijo el mayor Casals— realizando una evaluación sobre usted. Está demasiado capacitado para el tipo de trabajo que desempeña. Pero necesita más educación. Tiene derecho a recibir más educación.

Asombrado, Bibleman dijo:

—¡Lo dice usted como si fuera una universidad de verdad!

—Es que lo es. Es la mejor del sistema. Sólo que no hacemos publicidad. No se puede hacer publicidad de una institución como ésta. Nadie la elige. Es la Universidad la que te elige a ti. Las probabilidades que te enseñamos no eran de broma. No te imaginabas que te iban a seleccionar para la mejor universidad del sistema por este método, ¿verdad. Bibleman? Tienes mucho que aprender.

—¿Y cuánto tiempo estaré en la Universidad? —preguntó Bibleman.

—Hasta que hayas aprendido —dijo el mayor Casals.

Le hicieron un reconocimiento médico, le cortaron el pelo, le dieron un uniforme y un camastro, y lo sometieron a un montón de exámenes psicológicos. Bibleman pensó que el verdadero propósito de los exámenes era determinar si era un homosexual latente y luego empezó a sospechar que sus sospechas indicaban que era un homosexual latente, así que las abandonó y se decantó por sospechar que eran sutiles pruebas de inteligencia y de aptitud, y se dijo a sí mismo que estaba haciendo gala de ambas: de inteligencia y de aptitud. También se dijo que estaba magnífico de uniforme, aunque fuera el mismo uniforme que llevan todos. «Por eso lo llaman uniforme», se recordó mientras, sentado en el borde de su camastro, leía los panfletos de orientación.

El primero de ellos afirmaba que era un gran honor ser admitido en la Universidad; éste era su nombre, esta única palabra. «Qué extraño —pensó, confundido—. Es como llamar a tu gato Gato y a tu perro Perro. Le presento a mi padre, el señor Padre y a mi madre, la señora Madre. ¿Estará bien de la cabeza esta gente?», se preguntó. Durante muchos años, uno de sus grandes miedos había sido acabar en manos de unos locos, sobre todo de unos locos que parecerían cuerdos hasta el último momento. Para él, ésa era la esencia del horror.

Mientras, allí sentado, estudiaba sus panfletos, una chica pelirroja, vestida con el uniforme de la Universidad, se acercó y se sentó a su lado. Parecía perpleja.

—A lo mejor puedes ayudarme —dijo—. ¿Qué es un programa? Aquí dice que

van a darnos uno. Este sitio me está volviendo loca.

—Nos han reclutado en las calles, para hacer de carne de cañón —dijo Bibleman.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

—¿Y no podemos irnos sin más?

—Empieza tú —respondió Bibleman— y así vemos lo que pasa.

La chica se echó a reír.

—Supongo que no sabes lo que es un programa...

—Pues claro. Es un resumen de cursos o temas.

—Claro. Y los cerdos vuelan.

La miró. La chica lo miró a él.

Le dijo que se llamaba Mary Lorne. Decidió que era guapa y melancólica, estaba un poco asustada y tenía una buena delantera. Se reunieron con los demás estudiantes para ver un episodio reciente de Herbie la Hiena, que Bibleman ya había visto. Era el episodio en el que Herbie trata de asesinar al monje ruso Rasputín. Como era su costumbre, Herbie la Hiena envenenaba a la víctima, le pegaba un tiro, la hacía volar por los aires seis veces, la apuñalaba, la cargaba de cadenas y la arrojaba al Volga, la descuartizaba con caballos salvajes y finalmente la enviaba a la Luna atada a un cohete. Los dibujos aburrían a Bibleman. No le importaban un pimiento Herbie la Hiena ni la historia rusa y se preguntaba si aquello sería un ejemplo del nivel pedagógico de la Universidad. Se imaginó a Herbie la Hiena ilustrando el principio de indeterminación de Heisenberg. En su mente, Herbie perseguía una partícula subatómica que se materializaba al azar aquí y allá; Herbie lanzaba violentos golpes contra ella utilizando un martillo, sin conseguir nada; luego, una bandada entera de partículas subatómicas empezaba a burlarse de Herbie, quien, como de costumbre, estaba destinado a fracasar.

—¿En qué piensas? —le susurró Mary.

En ese momento terminaron los dibujos animados. Las luces de la sala se encendieron. El mayor Casals se encontraba sobre el escenario, más grande que en la pantalla del teléfono. «Se acabó la diversión», se dijo Bibleman. No era capaz de imaginarse al mayor Casals tratando de alcanzar partículas subatómicas con violentos martillazos. Al verlo, sintió una mezcla de desazón y temor.

La clase tenía que ver con la información clasificada. Detrás del mayor Casals se encendió un holograma enorme, con un diagrama esquemático de una perforadora homeostática de prácticas. La perforadora rotó en el interior del holograma, para que los estudiantes pudieran verla desde todos los ángulos. Las diferentes secciones de su interior estaban teñidas de colores diversos.

—Te he preguntado que en qué piensas —susurró Mary.

—Tenemos que prestar atención —dijo Bibleman en voz baja.

—Encuentra mineral de titanio por sí sola —dijo Mary en voz igualmente baja—. Menuda hazaña. El titanio es el noveno elemento más abundante en la corteza del

planeta. A mí me impresionaría si fuera capaz de encontrar y extraer wurzita. Sólo se encuentra en la ciudad boliviana de Potosí, en Butte, Montana y en Goldfield, Nevada.

—¿Por qué? —dijo Bibleman.

—Porque —dijo Mary— la wurzita es inestable a temperaturas inferiores a mil grados centígrados. Y además... —se interrumpió. El mayor Casals había dejado de hablar y estaba mirándola.

—¿Quería repetir eso para todos nosotros, jovencita? —dijo.

Mary se puso en pie y, sin el menor temblor en la voz, repitió:

—La wurzita es inestable a temperaturas inferiores a mil grados centígrados.

Al instante, el holograma que había detrás del mayor Casals se transformó en una lectura de datos sobre minerales de cinc-sulfuro.

—No veo la wurzita en esa lista —dijo el mayor Casals.

—Aparece en la tabla, pero en su forma invertida —dijo Mary con los brazos cruzados—. Que es la esferalita. En realidad es ZnS, del grupo sulfito del tipo AX. Está relacionada con la greenockita.

—Siéntese —dijo el mayor Casals. La lectura del interior del holograma mostraba ahora las características de la greenockita.

—Tengo razón. No tienen una perforadora homeostática para la wurzita porque no... —dijo Mary mientras se sentaba.

—¿Su nombre? —preguntó el mayor Casals, con el bolígrafo y la libreta preparados.

—Mary Wurtz —respondió ella con voz totalmente desprovista de entonación—. Mi padre era Charles-Adolphe Wurtz.

—¿El descubridor de la wurzita? —preguntó el mayor Casals, inseguro. Su bolígrafo tembló un instante.

—Exacto —dijo Mary. Se volvió hacia Bibleman y le guiñó un ojo.

—Gracias por la información —dijo el mayor Casals. Hizo un ademán y en el holograma aparecieron un contrafuerte volante y, a su lado, un contrafuerte normal.

—Lo que quiero decir —dijo el mayor Casals— es simplemente que cierta información, como los principios arquitectónicos esenciales...

—La mayoría de los principios arquitectónicos son esenciales —dijo Mary.

El mayor Casals hizo una pausa.

—Si no fuera así, no servirían a su propósito —dijo Mary.

—¿Por qué no? —dijo el mayor Casals, y entonces se ruborizó.

Varios estudiantes de uniforme se rieron.

—Ese tipo de información —continuó el mayor Casals— no está clasificada. Pero gran parte de lo que aprenderán aquí sí lo está. Por eso la Universidad está sometida al régimen militar. Revelar, transmitir, o hacer pública la información recibida durante su aprendizaje aquí es un delito que recae bajo la jurisdicción militar. Cualquier quebrantamiento de estas normas se juzgaría delante de un tribunal militar.

Los estudiantes murmuraron. «Atrapado, enjaulado y ahora esto», pensó Bibleman. Nadie dijo nada. Hasta la chica que se sentaba junto a él guardó silencio. Sin embargo, una expresión compleja había aflorado a su cara. Una mirada sombría de profunda introversión y, pensaba él, una madurez inusual. Aquello hizo que pareciera, ya no una chica, sino una mujer de mayor edad. Bibleman se preguntó entonces qué edad tendría en realidad. Había sido como si un milenio entero hubiera aflorado a sus facciones mientras él la observaba y pensaba en el oficial que ocupaba el escenario y en el gran holograma que éste tenía detrás. «¿En que estará pensando? —se preguntó—. ¿Irá a decir algo más? ¿Cómo es que no tiene miedo de hablar? Nos han dicho que estamos sometidos a la jurisdicción militar.»

—Voy a darles un ejemplo de información estrictamente clasificada —dijo el mayor Casals—. Tiene que ver con el motor Panther. —Tras él, el holograma, para sorpresa de todos, quedó en blanco.

—Señor —dijo uno de los estudiantes—, el holograma no muestra nada.

—Esta es un área que no se tratará a lo largo de sus estudios —dijo el mayor Casals—. El motor Panther es un sistema de dos rotores opuestos conectados a un eje principal común. Su principal ventaja es la ausencia total de torque centrífugo. Entre los dos rotores se extiende una cadena que permite que el eje principal gire sin histéresis.

Tras él, el gran holograma permaneció en blanco. «Es raro», pensó Bibleman. Una sensación extraña: información sin información, como si el ordenador se hubiera vuelto ciego.

—La Universidad —dijo el mayor Casals— tiene prohibido revelar cualquier información sobre el motor Panther. Es imposible programar sus sistemas para que lo hagan. De hecho, no saben nada sobre el motor Panther. Están programados para destruir cualquier información recibida sobre él.

Un estudiante levantó la mano y dijo:

—De modo que, aunque alguien introdujera información en el sistema sobre el Panther...

—El sistema rechazaría los datos —dijo el mayor Casals.

—¿Es un ejemplo único? —preguntó otro estudiante

—No —dijo el mayor Casals.

—Entonces habrá varios temas sobre los que no recibiremos información... —dijo uno de los estudiantes.

—Ninguno muy importante —respondió el mayor Casals—. Al menos, por lo que a sus estudios se refiere.

Los estudiantes guardaron silencio.

—Los temas que van a estudiar —dijo el mayor Casals— les serán asignados en función de sus aptitudes y sus perfiles personales. Iré diciendo sus nombres y ustedes se acercarán para recibirlos. La Universidad ha tomado la decisión para cada uno de ustedes, de modo que pueden estar seguros de que no hemos cometido ningún error.

«¿Y si me toca proctología? —se preguntó Bibleman. Y, cada vez más aterrado, siguió pensando—: O podología. O herpetología. O supongamos que la Universidad, en su infinita sabiduría, decide hacerme tragar toda la información existente en el universo sobre el herpes labial... o con cosas aún peores. Si es que existen.»

—Lo que nos conviene —dijo Mary mientras leían sus nombres por orden alfabético— es algo que sirva para ganarse la vida. Hay que ser práctico. Yo ya sé lo que me va a tocar. Sé cuál es mi campo preferido. Química.

Dijeron el nombre de Bibleman. Se levantó y recorrió el pasillo hasta llegar junto al mayor Casals. Se miraron un instante, y luego Casals le entregó un sobre cerrado.

Bibleman, muy tenso, regresó a su asiento.

—¿Quieres que lo abra? —le preguntó Mary.

Sin decir nada, Bibleman le pasó el sobre. Ella lo abrió y leyó su contenido.

—¿Me podré ganar la vida? —le preguntó.

Ella sonrió.

—Sí. Es un campo muy bien pagado. Casi tanto como... Bueno, digamos que las colonias lo necesitan mucho. Podrás ir a trabajar a donde quieras.

Bibleman se volvió y leyó las palabras de la tarjeta:

## COSMOLOGÍA Y COSMOGONÍA PRESOCRÁTICAS

—Filosofía presocrática —dijo Mary—. Casi tan bueno como la ingeniería estructural. —Le pasó el papel—. No debería burlarme de ti. No, la verdad es que con esto no vas a ganarte la vida, salvo como profesor. Pero al menos, puede que te interese. ¿Te interesa?

—No —respondió él con voz seca.

—Pues entonces, me pregunto por qué lo habrá escogido la Universidad —dijo Mary.

—¿Y qué demonios —dijo él— es la cosmogonía?

—El estudio de la creación del universo. No te interesa como... —Hizo una pausa mientras lo miraba—. Desde luego, ahí no tendrás que pedir copias impresas de ningún material clasificado —dijo con tono pensativo—. Puede que se trate de eso —murmuró para sí—. Así no tendrán que vigilarte.

—A mí podrían confiarme material clasificado —dijo Bibleman.

—¿De verdad? ¿Tan bien te conoces? Bueno, ya te conocerás cuando la Universidad te bombardee con filosofía griega primitiva. «Conócete a ti mismo.» El lema de Apolo en Delfos. Eso engloba la mitad de la filosofía griega.

—Al menos —dijo Bibleman— no voy a acabar ante un consejo de guerra por hacer pública información militar clasificada. —En ese momento se acordó del motor Panther y comprendió con toda claridad la gravedad del mensaje que les había transmitido el mayor Casals en su pequeño discurso—. Me pregunto cuál será el lema de Herbie la Hiena —dijo.

—«He determinado portarme como un villano» —dijo Mary—. «Y odiar los frívolos placeres de estos tiempos. He urdido complots.» —Alargó la mano para tocar el brazo de Bibleman—. ¿Recuerdas? Ricardo III en dibujos animados, versión de Herbie la Hiena.

—Mary Lorne —leyó el mayor Casals en su lista.

—Perdona un momento. —Fue a buscar su sobre y volvió sonriendo—. Leprología —le dijo a Bibleman—. El estudio y el tratamiento de la lepra. Es una broma. Me ha tocado Química.

—Tú sí que vas a estudiar material clasificado —dijo Bibleman.

—Sí —dijo ella—. Lo sé.

El primer día de su programa de estudios, Bob Bibleman puso en modo de audio el terminal de entrada y salida de información que le había proporcionado la Universidad y tecleó el código correspondiente a su curso.

—Tales de Mileto —dijo el terminal—. Fundador de la escuela jonia de filosofía natural.

—¿Qué enseñaba?

—Que el mundo flotaba sobre el agua, estaba suspendido sobre ella y se había originado en ella.

—Menuda estupidez —dijo Bibleman.

—Tales basó su teoría en el descubrimiento de fósiles marinos en tierra firme —respondió el terminal—. Incluso a grandes altitudes. Así que no es una teoría tan estúpida como pueda parecer. —En la pantalla holográfica apareció un montón de información escrita, poca de la cual se le antojó interesante a Bibleman. Sin embargo, solicitó audio—. Generalmente, se considera a Tales el primer hombre racional de la historia —dijo el terminal.

—¿Y Akenatón? —preguntó Bibleman.

—Un simple excéntrico.

—¿Y Moisés?

—Otro excéntrico.

—¿Y Hammurabi?

—¿Cómo se deletrea?

—No estoy seguro. Es un nombre que me suena.

—Entonces hablaremos de Anaximandro —dijo el terminal de la Universidad—. Y, en un análisis preliminar, de Anaxímenes, Jenófanes, Parménides, Meliso... Un segundo, me había olvidado de Heráclito y de Crátilo. Y también estudiaremos a Empédocles, Anaxágoras, Zenón...

—Jesús —dijo Bibleman.

—Ese es de otro curso —dijo la terminal.

—Tú sigue —dijo Bibleman.

—¿Estás tomando apuntes?

- Eso no es asunto tuyo.
- Pareces inquieto.
- ¿Qué me pasaría si dejara la Universidad?
- Irías a la cárcel.
- Tomaré apuntes.
- Como estás tan resuelto...
- ¿Qué?

—Como tienes tantos conflictos, seguro que encuentras interesante a Empédocles. Fue el primer filósofo dialéctico. Empédocles creía que la base de la realidad era un conflicto antitético entre las fuerzas del amor y las de la lucha. Bajo el amor, el cosmos es una estructura debidamente proporcionada, llamada krasis. Esta krasis es una medida esférica, una mente perfecta que dedica todo su tiempo...

—¿Algo de esto tiene una aplicación práctica? —inquirió Bibleman.

—Las fuerzas antitéticas del amor y de la lucha se asemejan a los elementos taoístas del Yin y el Yang, de cuya perpetua interacción deriva todo cambio.

—Aplicación práctica.

—Componentes gemelos mutuamente opuestos. —En la pantalla holográfica apareció un diagrama muy complejo—. El motor de dos rotores, Panther.

—¿Qué? —dijo Bibleman mientras se incorporaba en su asiento como si hubiera recibido una descarga. Sobre el diagrama de la pantalla se leían, en gran tamaño, las letras sistema de hidromotor Panther, alto secreto. Al instante, pulsó la tecla Imprimbr. La maquinaria del terminal emitió una trepidación y en la ranura de salida aparecieron tres hojas de papel.

«Se han olvidado —pensó Bibleman—. Han olvidado esta referencia al motor Panther en los bancos de memoria de la Universidad.» De algún modo, aquella referencia cruzada se había extraviado. Nadie había pensado en la filosofía presocrática. ¿Quién habría pensado en que un epígrafe sobre un motor moderno y secreto acabaría clasificado en la categoría filosofía presocrática, subcategoría EMPÉDOCLES?

«Ya lo tengo», se dijo mientras sacaba rápidamente las tres hojas de papel. Las dobló y se las guardó en el cuaderno que le había proporcionado la Universidad.

«En toda la diana —pensó—. ¿Y dónde demonios voy a esconder estos planos? En la taquilla es imposible. —Y entonces pensó—: ¿Habré cometido un crimen al pedir que los impriman?»

—Empédocles —estaba diciendo el terminal— creía en la existencia de cuatro elementos básicos en perpetuo estado de reorganización: tierra, agua, aire y fuego. Estos elementos estaban eternamente...

«Un exceso de cultura abotarga la mente del hombre», pensó mientras se ponía en pie y se encaminaba a su cubículo. Caminaba lentamente, pero pensaba muy deprisa. «¿Dónde demonios voy a esconder los planos?», volvió a preguntarse mientras recorría a paso vivo el pasillo en dirección al ascensor de ascenso. «Bueno —pensó

—, al menos no saben que los tengo. Puedo tomarme todo el tiempo que necesite. Lo importante es ocultarlos en un lugar escogido al azar», decidió mientras el ascensor lo llevaba hacia la superficie. «Así, si los encuentran, no podrán relacionarme con ellos, salvo que se tomen la molestia de buscar huellas dactilares.»

«Esto podría valer miles de millones de dólares», se dijo. Sintió que le invadía una gran alegría, pero entonces llegó el miedo. Se dio cuenta de que estaba temblando. «Ellos sí que se van a cagar —se dijo—. Cuando lo descubran, no seré yo el que mee púrpura, serán ellos. La Universidad entera, cuando descubra su error.»

«Y el error —pensó—, es suyo, no mío. La Universidad ha metido la pata. Lo siento mucho por ellos.»

En el edificio de dormitorios donde estaba su litera había una lavandería dirigida por una plantilla de robots silenciosos. Cuando estuvo seguro de que ninguno de ellos lo estaba mirando, ocultó las tres páginas de los planos cerca del fondo de un enorme montón de sábanas. «Es un montón enorme. Ahí no encontrarán este plano hasta dentro de un año. Tengo tiempo de sobra de decidir lo que voy hacer.»

Consultó su reloj y vio que casi había terminado el turno de tarde. A las cinco estaría en la cafetería, cenando con Mary.

Ella llegó un poco después de las cinco en punto; su rostro mostraba signos de fatiga.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó mientras hacía cola, con las bandejas en la mano.

—Bien —dijo Bibleman.

—¿Habéis llegado a Zenón? A mí siempre me gustó mucho. Consiguió demostrar que el movimiento es imposible. Así que supongo que sigo en el vientre de mi madre. Estás raro. —Lo estudió.

—Sólo un poco cansado de oír que la Tierra descansa sobre el caparazón de una tortuga gigante.

—O suspendida en el extremo de una cuerda —dijo Mary. Se dirigieron hacia una mesa vacía entre los estudiantes que abarrotaban la cafetería—. No comes mucho...

—Pensar en comer —respondió Bibleman mientras se tomaba el café— es lo que me ha traído aquí.

—Podrías escapar.

—Y acabar en la cárcel, sí.

—La Universidad está programada para decir eso —dijo Mary—. Probablemente sólo sean amenazas. Perro ladrador...

—Lo tengo —dijo Bibleman.

—¿El qué? —Dejó de comer un momento y lo miró.

—El motor Panther —dijo él.

La muchacha no dijo nada.

—Los planos —continuó Bibleman.



—Baja la voz, joder.

—Se han dejado una copia en la memoria. Ahora que los tengo, no sé qué hacer. Probablemente echar a andar. Y confiar en que nadie me detenga.

—¿Y no lo saben? ¿La Universidad no controla su propia memoria?

—Nada indica que sea consciente de lo que ha hecho.

—Jesús —dijo Mary en voz baja—. El primer día. Será mejor que lo pienses mucho y con mucho cuidado.

—Puedo destruirlos —dijo él.

—O venderlos.

—Les he echado un vistazo —dijo Bibleman—. Hay un análisis en la última página. El Panther...

—Dilo de una vez —dijo Mary.

—Se puede usar como turbina hidroeléctrica. Reduciría a la mitad los costes operativos de las turbinas convencionales. No he entendido el lenguaje técnico, pero al menos eso lo he sacado en claro. Sería una fuente de energía barata. Muy barata.

—Así que todo el mundo se beneficiaría.

Bibleman asintió.

—Han metido la pata hasta el fondo —dijo Mary—. ¿Qué es lo que ha dicho Casals antes? «Aunque alguien introdujera información en el sistema sobre el... sobre eso, el sistema lo rechazaría». —Volvió a comer lenta y pensativamente—. Y se lo ocultan al público. Imagino que será la presión de las grandes industrias. Qué bonito.

—¿Qué hago? —dijo Bibleman.

—Yo no puedo decidirlo por ti.

—Estaba pensando que podía llevar los planos a una de las colonias, donde las autoridades tienen menos control. Podría encontrar una empresa independiente y hacer un trato con ella. El gobierno no se enteraría de...

—Acabarían rastreando los planos —dijo Mary—. Y te encontrarían.

—En ese caso, será mejor que los quemes.

—Tienes que tomar una decisión muy complicada —dijo Mary—. Por un lado, tienes en tu mano información clasificada que has obtenido de manera ilegal. Por otro...

—No la he obtenido de manera ilegal. La Universidad ha metido la pata.

—Has quebrantado la ley —continuó ella con voz tranquila—, la ley militar. Al pedir una transcripción impresa. Deberías haber informado del fallo de seguridad en cuanto lo descubriste. Te habrían recompensado. El mayor Casals te habría cubierto de alabanzas.

—Tengo miedo —dijo Bibleman, y sintió que el miedo se movía en su interior, tanteando y creciendo. La taza de plástico donde estaba tomándose el café empezó a temblar y parte del líquido le cayó sobre el uniforme.

Mary le limpió la mancha con una servilleta de papel.

—No se va a ir —dijo.

—Qué simbólico —dijo Bibleman—. Lady Macbeth. Siempre he querido una perra llamada Mancha, para poder decirle: «Fuera, fuera, maldita Mancha».

—No voy a decirte lo que tienes que hacer —dijo Mary—. Esa es una decisión que sólo te corresponde a ti. Ni siquiera es muy ético que me lo hayas dicho. Podría considerarse una conspiración y acabaríamos los dos en prisión.

—Prisión... —repitió él.

—Estás en condiciones de... Jesús, iba a decir: «Estás en condiciones de proporcionarle una fuente de energía barata a la raza humana». —Se echó a reír y sacudió la cabeza—. Supongo que yo también estoy asustada. Haz lo que consideres mejor. Si piensas que es correcto hacer públicos los planos...

—Nunca lo había pensado. Publicarlos... y nada más. En una revista o un periódico. Una máquina impresora esclava podría hacerlo. Estarían por todo el sistema solar en quince minutos. Lo único que tendría que hacer es pagar la tarifa e introducir las páginas de los planos en la máquina. Y luego pasar el resto de la vida en la cárcel o, al menos, ante los tribunales. Puede que el juez falle a mi favor. Hay precedentes de robo y difusión de material clasificado vital, material clasificado militar, en los que el personal implicado, además de declarado inocente, fue alabado por su heroísmo: había arriesgado la vida por el bienestar de la raza humana.

Dos guardias de seguridad armados se acercaron a Bob Bibleman. Se los quedó mirando, sin creer lo que veía, pero pensando «Créelo.»

—¿Estudiante Bibleman? —dijo uno de ellos.

—Eso dice en mi uniforme —dijo Bibleman.

—Levante las manos, estudiante Bibleman. —El más alto de los dos guardias de seguridad le puso unas esposas.

Mary no dijo nada. Siguió comiendo lentamente.

En la oficina del mayor Casals, Bibleman esperó mientras intentaba asumir el hecho de que lo habían, en términos técnicos, «detenido». Estaba abatido. Se preguntaba qué iban a hacer con él. Se preguntaba si le habrían tendido una trampa. Se preguntaba qué haría si lo acusaban. Y entonces se preguntó qué estaba ocurriendo en realidad y si llegaría a entenderlo si continuaba con su curso de COSMOLOGÍA Y COSMOGONÍA PRESOCRÁTICAS.

El oficial Casals entró en la oficina y dijo:

—Siento haberle hecho esperar.

—¿Pueden quitarme estas esposas? —dijo Bibleman. Le hacían daño en las muñecas. Se las habían apretado mucho. Le dolían los huesos.

—No hemos encontrado los planos —dijo Casals mientras tomaba asiento detrás de su mesa.

—¿Qué planos?

—Los del motor Panther.

—Teóricamente, los planos del motor Panther no existen. Nos lo dijo usted

durante la clase de orientación.

—¿Programó el terminal deliberadamente? ¿O sucedió sin más?

—Mi terminal se programó para hablar sobre agua —dijo Bibleman—. El universo está compuesto de agua.

—Cuando pidió una transcripción escrita, el terminal se lo notificó a seguridad. Todas las transcripciones escritas están controladas.

—Que le den —dijo Bibleman.

—Voy a decirle una cosa —continuó el mayor Casals—. Lo único que nos interesa es recuperar los planos: no queremos meterlo en chirona. Devuélvalos y no se le juzgará.

—¿Que devuelva el qué? —dijo Bibleman, pero sabía que era una pérdida de tiempo—. ¿Puedo pensármelo?

—Sí.

—¿Puedo irme? Tengo ganas de dormir. Estoy cansado. Y me gustaría que me quitaran las esposas.

El mayor Casals se las quitó y luego dijo:

—Hicimos un acuerdo con todos ustedes, un acuerdo entre la Universidad y los estudiantes, referente al material clasificado. Y usted lo aceptó.

—¿Voluntariamente?

—Bueno, no. Pero estaba informado sobre sus términos. Cuando descubrió los planes del motor Panther en la memoria de la Universidad, disponibles para cualquiera que, por cualquier razón, solicitara una aplicación práctica de la filosofía presocrática...

—Me quedé de piedra —dijo Bibleman—. Y sigo igual.

—La lealtad es un principio ético. Mire, olvidemos el posible castigo y consideremos el asunto desde la perspectiva de la lealtad a la Universidad. Una persona responsable obedece las leyes y los acuerdos que suscribe. Devuelva los planos y podrá seguir con sus clases en la Universidad. De hecho, le daremos permiso para elegir lo que desee estudiar. No lo obligaremos. Piénselo y venga a verme a mi oficina mañana por la mañana, entre ocho y nueve. Y no lo comente con nadie. Ni lo intente. Estaremos vigilándolo. Y no abandone el recinto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Bibleman inexpresivamente.

Aquella noche soñó que su padre había muerto. En su sueño, unos vastos espacios se extendían en todas direcciones y, en ellos, su padre salía a la luz del Sol desde un claro cubierto de sombras y avanzaba hacia él con mucha lentitud. Su padre pareció alegrarse de verlo y Bibleman sintió su amor.

Al despertar, la sensación del cariño de su padre aún persistía. Mientras se ponía el uniforme, pensó en su padre y en la escasa frecuencia con la que se había manifestado ese amor en la vida real. En ese momento, al acordarse de que su padre ya había muerto, y su madre también, se sintió muy solo. Habían muerto en un accidente nuclear, junto con otros muchos.

«Dicen que las personas importantes para ti te esperan al otro lado —pensó—. Puede que cuando me muera, el mayor Casals ya haya fallecido y esté esperándome. El mayor Casals y mi padre, combinados en una sola persona.

»¿Qué voy a hacer? —se preguntó—. Han descartado el posible castigo y lo han reducido a lo esencial: una cuestión de lealtad. ¿Soy una persona leal? ¿Estoy a la altura?

»Al diablo —se dijo. Consultó su reloj. Las ocho y media—. Mi padre estaría orgulloso de mí. Por lo que voy a hacer.»

Entró en la lavandería y miró a su alrededor. No había robots a la vista. Metió la mano en el montón de sábanas, encontró las páginas de los planos, las sacó, las miró un momento y luego se encaminó al pasillo que lo llevaría a la oficina del mayor Casals.

—Los trae —dijo Casals al verlo. Bibleman le entregó las tres hojas de papel—. ¿No ha hecho otras copias?

—No.

—¿Me da su palabra de honor?

—Sí —respondió Bibleman.

—Queda expulsado de la Universidad —dijo el mayor Casals.

—¿Cómo? —preguntó Bibleman.

Casals pulsó un botón de su mesa.

—Pase.

Se abrió la puerta y entró Mary Lorne.

—Yo no represento a la Universidad —le dijo el mayor Casals a Bibleman—. Te han tendido una trampa.

—Trabajo para la Universidad —dijo Mary.

—Siéntese, Bibleman —dijo el mayor Casals—. Ella se lo explicará antes de que se marche.

—¿He suspendido? —preguntó Bibleman.

—Me has fallado a mí —dijo Mary—. El propósito de la prueba era enseñarte a valerte por ti mismo, aunque eso significara desafiar a la autoridad. El mensaje subliminal de todas las instituciones es siempre: «Sométete a lo que consideras psicológicamente una autoridad». Una buena institución educativa forma a la persona entera; es una cuestión de datos y de información. Estaba intentando completarte moral y psicológicamente. Pero no se le puede ordenar a alguien que desobedezca. No se le puede ordenar que se rebele. Lo único que se puede hacer es darle un modelo, un ejemplo.

«Como cuando tú le replicaste a Casals durante la charla de orientación inicial...», pensó. Se sentía como aletargado.

—Desde el punto de vista tecnológico —dijo Mary—, el motor Panther no vale nada. Es una prueba estándar que utilizamos con todos los estudiantes, al margen del curso que se les asigne.

—¿Todos han recibido los planos del motor? —dijo Bibleman, incrédulo. Se quedó mirando a la chica.

—Todos los recibirán, uno por uno. Tú has sido el primero. Primero les decimos que es información clasificada y les informamos sobre las sanciones por publicar información clasificada. Luego les filtramos la información, con la esperanza de que la hagan pública o, al menos, lo intenten.

—Viste en la tercera página de los planos que el motor era una fuente de energía hidroeléctrica barata. Eso era importante. Sabías que, si lo hacías público, el principal beneficiario sería el pueblo.

—Y nos ofrecimos a olvidar las sanciones legales —dijo Mary—. Así que has actuado sólo por miedo.

—Por lealtad —dijo Bibleman—. Lo he hecho por lealtad.

—¿Hacia qué? —dijo Mary.

Bibleman no respondió. No podía pensar.

—¿Hacia una holopantalla? —preguntó el mayor Casals.

—A usted.

—Yo lo insulté y lo ridiculicé —dijo el mayor Casals—. Le traté como si fuera una basura. Le dije que si le ordenaba que meara de color púrpura, te...

—Vale —dijo Bibleman—. Ya es suficiente.

—Adiós —dijo Mary.

—¿Cómo? —preguntó Bibleman, sobresaltado.

—Te vas de aquí. Vuelves a tu vida y a tu trabajo, a lo que tenías antes de que te escogiéramos.

—Me gustaría tener otra oportunidad —dijo Bibleman.

—Pero —dijo Mary— ahora ya sabes cómo funciona el examen. Nunca podrías tener otra oportunidad. Ya sabes lo que espera de ti la Universidad. Lo siento.

—Y yo —dijo el mayor Casals.

Bibleman no dijo nada.

Mary extendió la mano y dijo:

—¿Amigos?

Sin saber muy bien lo que hacía, Bibleman le estrechó la mano. El mayor Casals se limitó a lanzarle una mirada vacía. No le ofreció la mano. Parecía absorto en otro asunto, quizá en otra persona. Tal vez su mente estuviera ocupada en otro estudiante. Bibleman no lo sabía.

Tres noches más tarde, mientras deambulaba sin objetivo entre las luces y las sombras de la ciudad, Bob Bibleman vio a un vendedor de comida cibernético en su inamovible puesto. Un muchacho estaba comprando un taco y un pastel de manzana. Se colocó detrás de él y esperó, con las manos en los bolsillos, sin pensar en nada, sin sentir otra cosa que una sensación apagada de vacío. Como si el desinterés que había visto en el rostro de Casals se hubiera apoderado de él, se dijo. Se sentía un objeto, un

objeto entre objetos, como el vendedor cibernético. Algo que, como él sabía perfectamente, no te miraba a los ojos.

—¿Qué va a ser, señor? —le preguntó el robot.

—Patatas fritas, una hamburguesa con queso y un batido de fresa. ¿Hay algún concurso?

—Para usted no, señor Bibleman —dijo el robot después de una pausa.

—Vale —dijo, y se limitó a esperar el pedido.

La comida salió en su pequeña bandeja de plástico desechable y sus pequeños recipientes de cartón.

—No voy a pagar —dijo Bibleman mientras hacía ademán de alejarse.

—Son mil cien dólares. Señor Bibleman. ¡Está usted quebrantando la ley!

Bibleman se volvió y sacó la cartera.

—Gracias, señor Bibleman —dijo el robot—. Estoy muy orgulloso de usted.

## Cadenas de aire, redes de éter [20]

El planeta en el que estaba viviendo completaba una rotación cada dos mañanas. Primero aparecía CY30 y luego su gemelo menor hacía su modesta aparición, como si Dios no hubiera sido capaz de decidir qué sol prefería y finalmente se hubiese decantado por ambos. A los cupulares les gustaba compararlos con el encendido secuencial de una antigua bombilla incandescente de filamento múltiple. CY30 daba la impresión de emitir unos 150 vatios y luego salía el pequeño CY30B, que añadía otros 50. La combinación de luz hacía que los cristales de metano de la superficie del planeta emitieran un resplandor que resultaba muy agradable, siempre que uno estuviera en su cúpula, claro.

En la mesa de la suya, Leo McVane bebía sucedáneo de café mientras leía el periódico. Se sentía sereno y a gusto porque, hacía algún tiempo, había modificado clandestinamente el termostato de su cúpula. Se sentía a salvo porque había añadido un refuerzo metálico adicional a la escotilla de la cúpula. Y se sentía expectante porque aquel día pasaría por allí el repartidor de comida, así que tendría alguien con quien hablar. Iba a ser un buen día.

En ese momento, el equipo de comunicaciones estaba en silencio y en estado de inactividad automática. Originalmente, al llegar a CY30 II, McVane había estudiado de manera concienzuda las funciones y el propósito del complejo de maravillas electrónicas del que era vigilante, o más bien (tal como figuraba en su contrato de trabajo) «supervisor humano jefe». Ahora se había permitido el lujo de olvidar la mayoría de las operaciones que realizaba la maquinaria cuya vigilancia le estaba encomendada. El equipo de comunicaciones llevaba una vida monótona hasta que se producía una emergencia, momento en el que él dejaba de ser el «supervisor humano jefe» para convertirse en el cerebro viviente de su estación.

Aún no se había producido ninguna emergencia.

El periódico contenía un curioso extracto del folleto de impuestos federales de los Estados Unidos para el año 1978, año en el que había nacido McVane. Las entradas aparecían en el índice por este orden:

¿QUIÉN DEBE CONTRIBUIR?  
VIUDOS Y VIUDAS,  
GANADORES DE PREMIO Y LOTERÍAS,  
PERSONAS FÍSICAS Y EMPRESAS

Y luego venía la última entrada del índice, que McVane encontraba graciosa, e incluso ilustrativa, como comentario sobre una sociedad arcaica:

NIVEL DE INGRESOS CERO

McVane sonrió para sus adentros. Así terminaba el folleto de impuestos federales de los Estados Unidos para el año 1978, y así era como los propios Estados Unidos habían terminado unos años después. Se habían follado fiscalmente a sí mismos y habían muerto como consecuencia del trauma.

—Cómtrix de racionamiento —anunció el transductor de su radio—. Comience el procedimiento de apertura.

—Apertura en marcha —dijo McVane mientras dejaba a un lado el periódico.

—Póngase el casco —dijo el auricular.

—Casco puesto. —McVane no hizo ademán alguno de recoger el casco. La tasa de flujo de su atmósfera compensaría la pérdida. También la había modificado para ello.

La escotilla se abrió y apareció el repartidor de comida, con casco y todo. Un timbre en el techo de la cúpula anunció con violencia que la presión atmosférica había sufrido un brusco descenso.

—¡Póngase el casco! —exclamó furiosamente el repartidor de comida.

La alarma enmudeció. La presión se había estabilizado. Al verlo, el hombre hizo una mueca. Se quitó el casco y empezó a descargar cartones de su cómtrix.

—Somos una raza dura —dijo McVane mientras lo ayudaba.

—Lo ha manipulado usted todo —señaló el visitante. Como todos los que suministraban provisiones a las cúpulas, su vehículo era de construcción muy sólida y se movía con rapidez. Manejar un cómtrix entre las naves nodriza y las cúpulas de CY30 II era un trabajo peligroso. Él lo sabía y McVane también. Cualquiera podía trabajar en una cúpula, pero pocos podían hacerlo en el exterior.

—Quédese un rato —dijo McVane una vez terminada la descarga, mientras el hombre rellenaba el albarán.

—Si tiene café...

Se sentaron frente a frente, con un café en la mano. En el exterior de la cúpula se ensortijaban las volutas de metano, pero ninguno de los dos reparó en ello. El repartidor de comida estaba sudando. Al parecer, la temperatura de McVane le parecía demasiado alta.

—¿Conoce a la mujer de la cúpula de al lado? —le preguntó a McVane.

—Algo —respondió éste—. Mi estación transfiere datos a sus circuitos de entrada cada tres o cuatro semanas. Ella los almacena, aumenta el voltaje y los transmite. Supongo. Por lo que sé...

—Está enferma —dijo el repartidor de comida.

—La última vez que hablé con ella parecía estar perfectamente —repuso McVane. La vi en vídeo. Mencionó algo de que tenía problemas para leer las pantallas de su terminal.

—Se está *muriendo* —dijo el repartidor, antes de tomar un trago de café.

En su mente, McVane intentó hacerse una imagen de la mujer. Menuda y morena. ¿Cómo se llamaba? Pulsó un par de teclas en el teclado que tenía a su lado y el



nombre de la mujer apareció en la pantalla. Rybus Rommey.

—¿Qué tiene? —preguntó.

—Esclerosis múltiple.

—¿Está muy avanzada?

—No —dijo el repartidor—. Hace un par de meses me contó que durante los últimos años de su adolescencia sufrió un... ¿cómo lo llamó? Un aneurisma. En el ojo izquierdo. Le quitó toda la visión central en ese ojo. En aquel momento sospecharon que podía ser el comienzo de una esclerosis múltiple. Y hoy, cuando he hablado con ella, me ha contado que está sufriendo una neuritis óptica, lo que...

—¿Ha informado de los síntomas al M.E.D.?

—Envió una correlación: aneurisma, seguido por un periodo de remisión y luego visión doble y borrosa... Debería llamarla. Cuando le he llevado la comida, estaba llorando.

McVane se volvió hacia el teclado, introdujo unos códigos y leyó el resultado en la pantalla.

—La esclerosis múltiple tiene entre un treinta y un cuarenta por ciento de probabilidades de recuperación.

—Aquí no. El M.E.D. no puede llegar hasta aquí.

—Mierda —dijo McVane.

—Le he dicho que solicite el traslado a casa. Es lo que yo haría. Dice que no.

—Está loca —dijo McVane.

—Tiene razón. Está loca. Aquí todo el mundo lo está. ¿Quiere una prueba? Ella es la prueba. ¿Usted volvería a casa si supiera que estaba muy enfermo?

—Se supone que no debemos abandonar las cúpulas.

—Lo que vigilan es tan importante... —El repartidor dejó la taza—. Tengo que irme. —Mientras se ponía en pie, dijo—: Llámela y hable con ella. Necesita alguien con quien hablar y su cúpula es la más cercana. Me sorprende que no se lo haya dicho.

«Tampoco se lo he preguntado», pensó McVane.

Después de que el repartidor se marchara, buscó el código de la cúpula de Rybus Rommey pero, cuando estaba introduciéndolo en su transmisor, vaciló un momento. El reloj de la pared daba las 18:30. En este punto de su ciclo de cuarenta y dos horas, se suponía que debía recibir una secuencia de señales de ocio de alta velocidad, emitidas por un satélite esclavo situado en CY30III; una vez almacenadas, debía reproducirlas a velocidad normal y seleccionar el material apto para la cúpula general de su propio planeta.

Echó un vistazo al registro. Fox estaba interpretando un concierto que duraba dos horas. «Linda Fox —pensó—. Tú y tu síntesis de rock clásico y streng moderno. Joder. Si no transcribo tu concierto en vivo, todos los cupulares del planeta montarán en cólera y vendrán a matarme. Aparte de las emergencias, que nunca ocurren, me pagan para esto: para controlar el tráfico de información entre planetas, la

información que nos mantiene conectados con nuestro hogar y nos permite conservar nuestra humanidad. Las cintas deben seguir girando.»

Activó el transportador de cinta en modo de alta velocidad, encendió los receptores, los ajustó a la frecuencia operativa del satélite, comprobó la forma de onda en la pantalla para asegurarse de que la portadora llegaba sin distorsiones y luego abrió una transducción de sonido de lo que estaba recibiendo.

La voz de Linda Fox brotó de la hilera de altavoces que tenía encima. Tal como se veía en la pantalla, no había distorsión. Ni ruido. Ni cortes. De hecho, todos los canales estaban equilibrados; sus lecturas así lo indicaban.

«A veces, cuando la oigo, creo que podría llorar. Y hablando de llorar...»

*Wandering all across this land,  
My band,  
In the worlds that pass above,  
I love.  
Play for me, you spirits who are weightless.  
I believe in drinking to your greatness.  
My band.*

Y detrás de la voz de Linda Fox, los sintelaúdes que se habían convertido en su seña de identidad. Hasta la llegada de la Fox, a nadie se le había ocurrido la idea de recuperar ese instrumento del siglo XVI para el que Dowland había compuesto con tanta belleza y tanta eficacia.

*Shall I sue? Shall I seek for grace?  
Shall I pray? Shall I prove?  
Shall I strive to a heavenly joy  
With an earthly love?  
Are there worlds? Are there moons  
Where the lost shall endure?  
Shall I find for a heart that is pure?*

Lo que había hecho Linda Fox había sido coger los libros de laúd de John Dowland, escritos a finales del siglo XVI, y convertir en algo moderno tanto las melodías como las letras.

«Algo nuevo —pensó—, para gente desperdigada como si hubiera sido espolvoreada precipitadamente: aquí y allá, desubicados, abandonados en cúpulas sobre mundos y satélites miserables, víctimas del poder de la migración, y sin una solución a la vista.»

*Silly wretch, let me rail  
At a trip that is blind.*

*Holy hopes do require*

No recordaba el resto. Bueno, lo tenía grabado, claro.

*... no human may find.*

O algo parecido. La belleza del universo no está en las estrellas que contiene, sino en la música generada por las mentes, las voces y las manos humanas. En sintelaúdes mezclados con mano experta y en la voz de la Fox.

«Sé lo que debo hacer para ser feliz —pensó—. Mi trabajo es el deleite: transcribo esto, lo emito y me pagan por ello.»

—Aquí la Fox —dijo la Fox.

McVane conectó la imagen y ante él se formó un cubo en el que Linda Fox le sonreía. Entretanto, las cintas seguían girando a velocidad de vértigo, apropiándose para él de horas y horas de transmisión.

—Estás con la Fox —dijo ella—. Y la Fox está contigo. —Lo inmovilizó con su mirada, con sus ojos duros y brillantes. El rostro diamantino, salvaje y sabio, salvaje y auténtico. Aquí la Fox, hablando para ti. Le devolvió la sonrisa.

—Hola, Fox —dijo.

Algo más tarde, llamó a la chica enferma de la cúpula contigua. Tardó muchísimo en responderle y, mientras permanecía allí sentado, viendo cómo se registraba la señal en su propio panel, se preguntó: «¿Habrá muerto? ¿O habrán venido a evacuarla a la fuerza?»

La micropantalla mostraba unos colores vagos. Estática visual, nada más. Entonces apareció ella.

—¿La he despertado? —le preguntó. Parecía aletargada y se movía con lentitud. «Puede —pensó— que esté sedada.»

—No. Me estaba disparando en el culo.

—¿Cómo? —preguntó, perplejo.

—Quimioterapia —respondió Rybus—. No me va demasiado bien.

—Acabo de transmitir un concierto increíble de Linda Fox; se emitirá en los próximos días. Seguro que la anima.

—Es una pena que estemos atrapados en estas cúpulas. Ojalá pudiera visitar otra. Acaba de venir el repartidor de la comida. Me ha traído la medicación. Es muy eficaz, pero siempre me hace vomitar.

«Ojalá no hubiera llamado», pensó McVane.

—¿Podría visitarme? —preguntó Rybus.

—No tengo equipo de aire portátil.

—Yo sí —respondió la chica.

—Pero si está enferma... —dijo, embargado por el pánico.

—Puedo llegar hasta su cúpula.

—¿Y su puesto? ¿Y si llegan datos que...?

—Tengo una alarma. Puedo llevármela.

—De acuerdo —dijo Mc Vane tras un momento de pausa.

—Para mí significaría mucho tener a alguien con quien sentarme un rato. El repartidor suele quedarse media hora, pero no puede estar más tiempo. ¿Sabe lo que me ha contado? Ha habido una epidemia de una forma de esclerosis lateral amiotrófica en CY30 VI. Debe de ser un virus. Toda esta situación es un virus. Dios, sería horrible tener esclerosis lateral amiotrófica. Es como la forma Mariana.

—¿Es contagiosa?

No respondió directamente. Lo que dijo fue:

—Lo mío tiene cura. —Obviamente, quería tranquilizarlo—. Si el virus anda por ahí... Mejor no voy. No pasa nada. —Asintió y alargó una mano para apagar el transmisor—. Voy a echarme un rato —dijo—, a ver si puedo dormir. Cuando estás así se supone que debes dormir todo lo que puedas. Hablaremos mañana. Adiós.

—Venga —dijo él.

—Gracias —dijo Rybus, repentinamente animada.

—Pero tráigase esa alarma. Tengo el presentimiento de que va a haber un montón de confirmaciones telemétricas que...

—¡Que les den a las confirmaciones telemétricas! —exclamó Rybus con rabia—. ¡Estoy harta de estar encerrada en esta maldita cúpula! ¿No se vuelve loco de tanto estar observando las cintas, los pequeños indicadores, los marcadores y toda esa mierda?

—Creo que debería usted volver a casa —dijo él.

—No —repuso ella con más calma—. Voy a seguir exactamente las instrucciones del M.E.D. sobre la quimioterapia y a superar esta mierda. No pienso volver a casa. Iré y le prepararé la cena. Soy buena cocinera. Mi madre era italiana y mi padre chicano, así que le echo muchas especias a todo lo que preparo. Lo malo es que aquí no hay especias, pero he aprendido a reemplazarlas con diferentes sucedáneos sintéticos. He estado experimentando.

—En el concierto que voy a emitir —dijo McVane— la Fox interpreta una versión de *Shall I Sue*, de Dowland.

—¿Una canción sobre litigios?

—No. «Sue» en la otra acepción, la amorosa, la que significa hacer la corte. —Y entonces se dio cuenta de que ella le estaba tomando el pelo.

—¿Sabe lo que pienso yo de la Fox? —preguntó Rybus—. Sentimentalismo reciclado, que es la peor forma de sentimentalismo. Ni siquiera es original. Y, además, esa mujer tiene una cara que parece del revés. No me gusta su boca.

—A mí sí —dijo con cierta brusquedad. Estaba poniéndose furioso, muy furioso. «¿Y se supone que tengo que ayudarte? —se preguntó—. ¿Correr el riesgo de coger lo que tienes para que puedas insultar a la Fox?»

—Le prepararé ternera strogonoff con fideos al perejil —dijo Rybus.

—No tengo hambre —respondió.

—¿Entonces no quiere que vaya? —preguntó ella en voz baja y titubeante, un poco temblorosa.

—Es que... —dijo.

—Estoy muy asustada, señor McVane —dijo Rybus—. Dentro de quince minutos, empezaré a vomitar por culpa del IV Neurotoxite. Pero no quiero estar sola. No quiero abandonar mi cúpula ni tampoco estar sola. Siento haberlo ofendido. Lo que pasa es que la Fox me parece ridícula. No diré nada más, se lo prometo.

—¿Tiene la...? —En lugar de terminar la frase, dijo—: ¿Está segura de que no será demasiado preparar la cena?

—Aún tengo fuerzas para el futuro —respondió ella—. Un futuro largo.

—¿Cómo de largo?

—No se puede saber.

«Vas a morir», pensó. Lo sabía y ella también. No hacía falta que lo dijeran. La complicidad del silencio, la conformidad, estaba allí.

«Una chica agonizante quiere hacerme la cena —pensó—. Una cena que no quiero tomar. Tengo que decirle que no. Tengo que impedir que venga a mi cúpula. La insistencia de los débiles. Su aterrador poder. ¡Es mucho más fácil oponerse a los fuertes!»

—Gracias —dijo—. Será un placer que cenemos juntos esta noche. Pero quiero mantener el contacto por radio con usted durante todo el camino... para saber que se encuentra bien. ¿Me lo promete?

—Claro —dijo—. No quiero —sonrió— que me encuentren dentro de un siglo, congelada con un montón de cacerolas, sartenes, comida y especias sintéticas. En realidad sí que tiene unidad portátil de aire, ¿verdad?

—No, de verdad que no.

Y supo que su mentira era patente para ella.

La comida olía bien y sabía bien, pero a mitad de la cena, Rybus se disculpó y salió tambaleándose de la matriz de la cúpula —su cúpula— para ir al baño. McVane intentó no escuchar; le pidió a su sistema auditivo que no oyera y a su sistema cognitivo que no supiera. En el baño, la chica, gravemente enferma, soltó un gemido y McVane apretó los dientes, apartó el plato, se levantó y encendió el equipo de música de su cúpula, donde reprodujo uno de los primeros álbumes de la Fox.

*Come again!*

*Sweet love doth now invite*

*Thy graces, that refrain*

*To do me due delight...*

—¿No tendrá por casualidad un poco de leche? —preguntó Rybus desde la puerta del baño, con la cara pálida.

Sin decir nada, McVane le llevó un vaso de leche, o lo que en ese planeta hacía las veces de leche.

—Tengo antieméticos —dijo Rybus con el vaso de leche en la mano—, pero no me los he traído. Estarán en mi cúpula.

—Podría ir a buscárselos —dijo.

—¿Sabe lo que me dijo el M.E.D.? —preguntó ella con voz rebosante de indignación y odio. Me dijo que la quimioterapia no haría que se me cayera el pelo, pero ya está empezando a...

—Vale —la interrumpió.

—¿Que vale?

—Lo siento.

—Esto lo está molestando —dijo Rybus—. La cena se ha estropeado y está usted... no sé. —Guardó silencio unos momentos—. La próxima vez me los traeré, se lo prometo. Ese es uno de los pocos discos de la Fox que me gustan. Antes era realmente buena, ¿no le parece?

—Sí —respondió McVane con voz tensa.

—Linda Box —dijo Rybus.

—¿Cómo?

—«Linda the Box.» «Linda la Caja.» Así es como la llamábamos mi hermana y yo. —Intentó sonreír.

—Vuelva a su cúpula, por favor.

—Oh —dijo—. Bueno... —Se alisó el pelo con una mano temblorosa—. ¿Podría venir conmigo? Ahora mismo, no creo que sea capaz de hacerlo sola. Estoy realmente débil. Y realmente enferma.

«Vas a llevarme contigo —pensó—. Es eso. Eso es lo que está pasando. No te vas a ir sola; te llevarás mi espíritu contigo. Y lo sabes. Lo sabes tan bien como sabes el nombre de la medicación que estás tomando, y me odias igual que odias la medicación, y odias al M.E.D. y tu enfermedad; todo es odio, para todas y cada una de las cosas que hay bajo estos dos soles. Te conozco. Te entiendo. Veo lo que se avecina. De hecho, ya ha empezado.

»Y —pensó— no te culpo. Pero me aferraré a la Fox. La Fox te sobrevivirá. Y yo también. No vas a poder apagar el radiante éter que anima nuestras almas.

»Me aferraré a la Fox y la Fox me abrazará y se pegará a mí. Los dos... Nadie nos puede separar. Tengo docenas de horas de la Fox en cintas de vídeo y de audio, no sólo para mí, sino para todos. ¿Crees que puedes matar eso? —se dijo—. Ya lo han intentado otros. El poder de los débiles —pensó—, es un poder imperfecto; al final, acaba perdiendo. De ahí su nombre. No los llamamos débiles sin razón.»

—Sentimentalismo —dijo Rybus.

—Exacto —respondió él sardónicamente.

—Y reciclado, además.

—Y metáforas mezcladas.

—¿Sus letras?

—Es lo que pienso. Cuando me enfado de verdad, mezclo...

—Deje que le diga una cosa. Sólo una. Si quiero sobrevivir, no puedo ser sentimental. Tengo que ser muy dura. Si esto lo molesta, lo siento, pero así son las cosas. Así es mi vida. Algún día, puede que esté donde estoy yo ahora y entonces lo comprenderá. Espérese a que llegue ese momento para juzgarme. Si es que llega. Mientras tanto, esto que ha puesto en el equipo de música de su cúpula es basura. Tiene que ser basura, para mí. ¿No lo ve? Puede olvidarme; puede enviarme de regreso a mi cúpula, que seguramente es a donde pertenezco, pero si quiere tener algo que ver conmigo...

—Muy bien —respondió él—. Entendido.

—Gracias. ¿Puedo tomar un poco más de leche? Apague la música y terminaremos de comer. ¿De acuerdo?

Asombrado, McVane preguntó:

—¿Quiere terminar de...?

—Todas las criaturas y especies que han optado por dejar de comer ya no siguen entre nosotros.

Volvió a sentarse sujetándose a la mesa.

—La admiro.

—No —dijo ella—. Yo lo admiro. Para usted es más duro. Lo sé.

—La muerte... —empezó a decir él.

—Esto no es la muerte. ¿Sabe lo que es? ¿Comparado con lo que está saliendo de su equipo de música? Esto es la vida. La leche, por favor; realmente la necesito.

Mientras iba a buscar más leche, McVane dijo:

—Supongo que no puede usted apagar el éter. Sea luminoso o no.

—No —convino ella—. Puesto que no existe.

La oficina de confort proporcionó a Rybus dos pelucas, dado que, por culpa de la quimioterapia, se le había ido cayendo sistemáticamente todo el pelo. A McVane le gustaba más la morena.

Cuando llevaba la peluca no tenía un aspecto demasiado malo, pero había empezado a debilitarse y un cierto mal genio empezaba a manifestarse en su manera de comportarse. Como su condición física se había visto gravemente erosionada —debido más a la quimioterapia que a su enfermedad, sospechaba él— ya no podía mantener limpia su cúpula. Cuando fue a visitarla se quedó boquiabierto. Platos, cazuelas, sartenes e incluso vasos de comida descompuesta, ropa sucia por todas partes, basura y desperdicios... Espantado, limpió el lugar y, con enorme consternación, se dio cuenta de que por toda la cúpula flotaba un olor particular y dulzón, formado por la mezcla del aroma de la enfermedad, de la medicación compleja, de la ropa sucia y, lo peor de todo, de la comida descompuesta.

De hecho, hasta que no vació uno él mismo, ni siquiera había sitio para sentarse.

Rybus yacía en la cama, cubierta por una bata de plástico abierta en la espalda. Sin embargo, al parecer, aún era capaz de manejar el equipo electrónico; reparó en que los indicadores registraban una actividad normal. Pero ella estaba utilizando el programador por control remoto que normalmente se reservaba para las situaciones de emergencia; estaba a su lado en la cama, junto a una revista, un cuenco de cereales y varios frascos de medicinas.

Como en otras ocasiones, discutieron la posibilidad de que la trasladaran. Ella se negaba rotundamente a abandonar el puesto. Aún no se había rendido.

—No pienso ir a un hospital —le dijo, frase que, desde su punto de vista, ponía punto final a la conversación.

Más tarde, de regreso a su propia cúpula, felizmente de regreso, decidió poner en práctica un plan. El gran Sistema de IA —Plasma de Inteligencia Artificial— que se ocupaba de los principales problemas en los sistemas estelares de aquella región de la galaxia ofrecía la posibilidad de adquirir parte de su tiempo para usos privados. McVane envió una solicitud y la suma total de los créditos que había ahorrado durante los últimos meses.

Desde Fomalhaut, donde flotaba el plasma, le llegó una respuesta positiva. El equipo que administraba el plasma estaba dispuesto a venderle quince minutos del tiempo de éste.

La tarifa que cobraban era una motivación excelente para introducir los datos de manera muy habilidosa y rápida. Le explicó al plasma quién era Rybus, lo que permitió al sistema a acceder a su archivo completo, incluido su perfil psicológico. Le contó que su cúpula era la más cercana a la de ella, le habló de su feroz determinación a aferrarse a la vida y de su negativa a aceptar una baja médica o incluso un traslado de su puesto de trabajo. Introdujo la cabeza en el monitor de impulsos psicotrónicos para que el Plasma pudiera leer sus pensamientos desde Fomalhaut y tuviera acceso a su inconsciente, a sus impresiones marginales, a sus constataciones, a sus dudas, a sus ideas, a sus ansiedades y a sus necesidades.

—La respuesta se demorará cinco días —decía el mensaje que le envió el equipo — a causa de las grandes distancias. Hemos recibido e ingresado el pago. Corto.

—Corto —respondió, un poco abatido. Había gastado todo lo que tenía. Un vacío había consumido sus posesiones. Pero el plasma era la última corte de apelación en cuestión de problemas. «¿Qué debo hacer?», le había preguntado. En cinco días tendría la respuesta.

Durante los cinco días siguientes, la debilidad de Rybus fue en aumento. Sin embargo, aún se preparaba ella misma la comida, que parecía ser la misma una vez tras otra: un plato de macarrones altos en proteínas con queso rallado por encima. Un día se la encontró con gafas de sol. No quería que le viera los ojos.

—El ojo malo se ha vuelto loco —le explicó desapasionadamente—. Se me ha bajado como una persiana. —Había cápsulas y píldoras olvidadas alrededor de la cama. Recogió uno de los botes medio vacíos y vio que estaba tomando uno de los



analgésicos más potentes que existían.

—¿El M.E.D. le ha prescrito esto? —dijo, mientras se preguntaba «¿Tanto le duele?»

—Tengo un amigo —dijo Rybus—. En la cúpula de IV. El repartidor me lo trajo.

—Esto es adictivo.

—He tenido suerte de conseguirlo. La verdad es que no debería tenerlo.

—Creo que no.

—Condenado M.E.D. —Su tono de rabia resultaba sorprendente—. Es como tratar con una forma de vida inferior. Entre que se deciden a prescribir lo que necesitas y te llega la medicación, joder, tus cenizas están en una urna. Y no sé qué sentido tiene recetarle nada a una urna con cenizas. —Se llevó las dos manos al cráneo—. Lo siento. Debería llevar la peluca cuando estás aquí.

—No importa —dijo él.

—¿Podrías traerme una Coca-Cola? Me asienta el estómago.

McVane sacó una botella de litro de la nevera y le sirvió un vaso. Antes tuvo que lavarlo. No encontró uno limpio en toda la cúpula.

A los pies de la cama, orientada hacia Rybus, estaba el clásico televisor que proporcionaba el departamento. Profería su incesante parloteo sin que nadie le prestara la menor atención. Se dio cuenta de que siempre que iba a visitarla estaba encendida, aunque fuese en mitad de la noche.

Al volver a su propia cúpula sintió una tremenda oleada de alivio, como si le hubieran quitado de encima una carga odiosa. El mero hecho de poner distancia entre ambos le inspiraba un regocijo que bastaba para elevarle el ánimo. «Es —pensó— como si al estar a su lado tuviera lo mismo que tiene ella. Compartimos la enfermedad.»

No tenía ganas de escuchar ninguno de los discos de la Fox, así que en su lugar, puso la segunda sinfonía de Mahler, La Resurrección. La única sinfonía compuesta para una flauta y un flautín, que parece el palo de una escobilla. Era una pena que Mahler nunca hubiera visto un pedal Morley, porque a buen seguro que lo habría utilizado en una de sus sinfonías largas.

En el preciso instante en que entraba el coro, el equipo de música de la cúpula se apagó; una emisión prioritaria procedente del exterior lo había desconectado.

—Transmisión desde Fomalhaut.

—A la escucha.

—Use la pantalla, por favor. Comenzará en diez segundos.

—Gracias —dijo.

En la pantalla grande apareció un mensaje. Era la respuesta del Sistema de la IA, llegada con un día de antelación.

SUJETO: RYBUS ROMMEY  
NATURALEZA: DELETÉREA

CONSEJO DEL PROGRAMA: EVITACIÓN TOTAL POR SU PARTE  
FACTOR ÉTICO: PRESCINDIBLE

**\*\*GRACIAS\*\***

McVane parpadeó y, en un acto reflejo, dijo:

—Gracias.

Hasta entonces, sólo había tratado una vez con el Plasma y ya había olvidado lo concisas que eran sus respuestas. La pantalla se borró. La transmisión había terminado.

No sabía muy bien lo que significaba «deletérea», pero estaba seguro de que tenía algo que ver con la muerte. «Quiere decir que se está muriendo —pensó mientras accedía al banco de datos del planeta y pedía una definición—. Significa que está muriéndose o a punto de morir, cosa que yo ya sabía.»

Sin embargo, se equivocaba. Significaba «que produce la muerte».

«Que produce la muerte —pensó—. Hay una gran diferencia entre "muerte" y "que produce la muerte".» No era de extrañar que el sistema de IA le hubiera notificado que el factor ético era prescindible en este caso.

«Es una asesina en serie —comprendió—. Por eso es tan caro consultar al Plasma. No recibes una respuesta engañosa, basada en especulaciones, sino una respuesta absoluta.»

Mientras pensaba en todo esto y trataba de calmarse, sonó su teléfono. Antes de cogerlo ya sabía quién era.

—Hola —le dijo Rybus con voz temblorosa.

—Hola —respondió.

—¿No tendrás por un casual una bolsita de té de Sabores Celestiales Trueno Matutino?

—¿Qué? —dijo él.

—Cuando estuve en tu cúpula, aquella vez que preparé la ternera strogonoff para nosotros, me pareció ver una lata de Sabores Celestiales...

—No —le respondió—. Ya no me queda...

—¿Estás bien?

—Sólo cansado —dijo él, mientras pensaba «ha dicho "para nosotros". Ella y yo somos "nosotros". ¿Cuándo ha sucedido? —se preguntó—. Creo que a eso se refería el Plasma. Lo ha entendido muy bien.»

—¿Y algún otro té?

—No —dijo. El equipo de música eligió aquel momento para salir del modo de pausa en el que lo había dejado la transmisión desde Fomalhaut. El coro volvió a cantar.

En el teléfono sonó una risilla queda.

—¿La Fox se ha pasado a lo sinfónico? Oigo un coro completo de mil...

—Es Mahler —repuso Mc Vane con cierta brusquedad.

—¿Podrías venir a hacerme compañía? —le preguntó Rybus—. Se me va un poco la cabeza.

—De acuerdo —respondió él al cabo de un instante— Hay algo de lo que quiero que hablemos.

—Estaba leyendo un artículo en...

—Cuando llegue allí —la interrumpió— hablamos. Nos vemos en media hora. Colgó.

Al llegar a su cúpula, se la encontró en la cama, con las gafas de sol, viendo un culebrón en el televisor. No había cambiado nada desde su última visita, salvo que la comida putrefacta de los platos y los fluidos de las tazas y los vasos resultaban aún más desalentadores.

—Tienes que ver esto —le dijo ella sin levantar la mirada—. Te pondré al día. Becky está embarazada, pero su novio no quiere...

—Te he traído un poco de té. —Dejó cuatro bolsitas sobre la mesa.

—¿Podrías traerme unas galletitas saladas? Hay una caja en la repisa, sobre la cocina. Tengo que tomarme una pastilla. Me resulta más fácil tomar la medicación con comida que con agua porque, cuando tenía cuatro años... No te lo vas a creer. Mi padre estaba enseñándome a nadar. Teníamos mucho dinero. A mi padre le iba... bien, y aún le va, aunque no sé mucho sobre él. Se lesionó la espalda con una de esas puertas deslizantes de seguridad que tienen los grandes bloques de apartamento, donde...

Su voz se apagó. Volvía a estar absorta en el programa de televisión.

McVane despejó una silla y se sentó.

—Ayer estaba muy deprimida —dijo Rybus—. Casi te llamo. Estaba pensando en una amiga mía que ahora tendrá... Bueno, tiene mi edad, pero ha sacado un C-4 en estudios sobre la tasa de fluctuación de los prismas o no sé qué. La detesto. ¡A mi edad! ¿No te parece increíble? —Se echó a reír.

—¿Te has pesado últimamente? —le preguntó McVane.

—¿Cómo? Oh, no. Pero estoy bien de peso. Lo sé. Sólo hay que coger la piel entre los dedos, cerca del hombro. Lo he hecho. Aún tengo una capa de grasa.

—Estás flaca —dijo, mientras le ponía la mano en la frente.

—¿Tengo fiebre?

—No —respondió. Pero no quitó la mano de allí, de la piel suave y mojada, por encima de las gafas de sol. Por encima, pensó, de la capa de mielina de las fibras nerviosas que habían desarrollado las áreas escleróticas que la estaban matando.

«Estarás mejor —se dijo—, cuando estés muerta.»

—No te sientas mal —dijo Rybus con voz animada—. Me recuperaré. El M.E.D. me ha reducido la dosis de Vasculine. Ahora sólo tomo *t.i.d.*, tres dosis al día en lugar de cuatro.

—Ya te conoces toda la terminología médica...

—Qué remedio. Me mandan un PDR. ¿Quieres echarle un vistazo? Está por aquí, por alguna parte. Mira en esos papeles... Estaba escribiéndoles a varios amigos, porque, mientras buscaba otra cosa, me he encontrado con sus direcciones. He estado tirando cosas. ¿Ves? —Señaló unas bolsas, bolsas llenas de papeles arrugados—. Ayer estuve cinco horas haciéndolo y hoy he seguido. Por eso quería el té. ¿Podrías prepararme una taza? Ponle mucho azúcar y una gota de leche.

Mientras McVane preparaba la infusión, los fragmentos de una adaptación de Dowland realizada por Linda Fox se deslizaban por sus pensamientos.

*Thou mighty God  
That rightest every wrong...  
Listen to Patience  
In a dying song.*

—Este programa es realmente bueno —dijo Rybus cuando los anuncios interrumpieron el culebrón un momento—. ¿Quieres que te lo cuente?

En lugar de responder, McVane preguntó:

—¿Lo de que reduzcan la dosis de Vasculine quiere decir que estás mejorando?

—Probablemente sólo sea otro periodo de remisión.

—¿Cuánto puede durar?

—Espero que bastante.

—Admiro tu valor —dijo él—. Yo me bajo del tren. Es la última vez que vengo.

—¿Mi valor? —dijo ella—. Gracias.

—No voy a volver.

—¿Que no vas a volver? ¿Hoy, quieres decir?

—Eres un organismo que mata —le respondió—. Un agente patógeno.

—Si vamos a hablar en serio —dijo ella— quiero ponerme la peluca. ¿Podrías traerme la rubia? Está por alguna parte, puede que debajo de la ropa del rincón. Donde el top rojo, el de los botones blancos. Tengo que coserle un botón... si es que lo encuentro.

McVane le llevó la peluca.

—Sostenme el espejo —le pidió mientras se la ponía sobre la cabeza—. ¿Crees que puedo contagiarte? Porque el M.E.D. ha dicho que, en esta fase, el virus está inactivo. Ayer hablé con ellos una hora entera. Me han dado una línea especial.

—¿Quién mantiene tu equipo? —le preguntó.

—¿Equipo? —Lo miró fijamente desde detrás de las gafas de sol.

—Tu trabajo. Controlar el tráfico entrante. Almacenarlo y transferirlo. La razón por la que estás aquí.

—Está en automático.

—Ahora mismo tienes siete luces de alarma encendidas —dijo—. Deberías de

tener el audio activado para poder oírlo. Estás recibiendo, pero, como no grabas, están tratando de decírtelo.

—Bueno, pues lo siento por ellos —respondió en voz baja.

—Te dan margen porque saben que estás enferma —dijo él.

—Sí, así es. Claro que sí. No me necesitan; ¿no recibes tú más o menos lo mismo que yo? ¿No soy, en esencia, una estación redundante con la tuya?

—No —dijo él—. Yo soy una estación redundante con la tuya.

—Es lo mismo. —Tomó un sorbito del té que le había preparado—. Está demasiado caliente. Dejaré que se enfríe. —Extendió una mano temblorosa para dejar a la jarra sobre la mesita que tenía junto a la cama; la jarra se cayó y el té caliente se derramó sobre el suelo de plástico—. Joder —dijo con rabia—. Bueno, ya está. Es la gota que colma el vaso. Hoy no ha salido nada bien. Hijo de puta.

McVane activó el circuito de aspirado de la cúpula y éste recogió el té del suelo. No dijo nada. Sentía que era presa de una rabia amorfa, sin objetivo preciso, dirigida contra nada en concreto, y tenía la sensación de que el propio odio de ella era igual: una pasión que iba a todas partes y a ninguna al mismo tiempo. Un odio, pensó, como una bandada de moscas. «Dios —se dijo—, cómo me gustaría estar fuera de aquí. Cómo odio este odio, cómo odio odiar una taza de té derramado, lo odio con la misma rabia con la que odio una enfermedad terminal. Un universo unidimensional. Todo se ha reducido a eso.»

Durante las semanas que siguieron, sus visitas a la cúpula de Rybus fueron haciéndose cada vez más raras. Ya no escuchaba lo que ella le decía; no miraba donde ella le indicaba; apartaba los ojos del caos que la rodeaba, de las ruinas de su cúpula. «Estoy viendo una proyección de su cerebro», pensó mientras, por un momento, contemplaba la basura amontonada por todas partes. Ella había empezado a sacar bolsas de basura al exterior de la cúpula, donde quedarían congeladas para toda la eternidad. «Está senil.»

De vuelta a su propia cúpula trató de escuchar a Linda Fox, pero la magia había desaparecido. Ahora veía y oía una imagen sintética. No era real. Rybus Rommey le había robado la vida a la Fox, del mismo modo que el circuito de aspirado había succionado el té derramado.

*And when his sorrows came as fast as floods,  
Hope kept his heart till comfort came again.*

Mc Vane oía las palabras, pero ya no le importaban. ¿Cómo lo había llamado Rybus? Sentimentalismo reciclado y basura. Puso un concierto para fagot de Vivaldi. «Sólo hay un concierto de Vivaldi —pensó—. Un ordenador podría hacerlo mejor. Y con más variación.»

—Estás recibiendo las ondas de la Fox —dijo Linda Fox, y en el transductor de vídeo de McVane apareció su rostro, iluminado por las estrellas y salvaje—. Y

cuando las ondas de la Fox te alcanzan —dijo—, te alcanzan.

En un arrebatado de furia, borró cuatro horas de la Fox, tanto de audio como de vídeo. Luego se arrepintió. Llamó a uno de los satélites de transmisión para pedir que se las enviaran de nuevo y le dijeron que lo harían.

«Estupendo —se dijo—. ¿Y qué diablos importa?»

Aquella noche, mientras dormía, sonó el teléfono. Dejó que sonara; no respondió y cuando se repitió la llamada, diez minutos después, volvió a ignorarlo.

A la tercera llamada lo cogió y respondió.

—Hola —dijo Rybus.

—¿Qué pasa?

—Estoy curada.

—¿Otra remisión?

—No, estoy curada. Me acaba de llamar el M.E.D. Su ordenador ha analizado mis resultados, mis pruebas y todo lo demás, no hay ni rastro de zonas escleróticas. Como es natural, nunca recuperaré la visión central en el ojo afectado. Pero, aparte de eso, estoy bien. —Hizo una pausa—. ¿Tú cómo estás? Llevo tanto tiempo sin tener noticias tuyas... Me ha parecido una eternidad. Estaba pensando en ti.

—Estoy bien.

—Habría que celebrarlo.

—Sí.

—Cocinaré para los dos, como antes. ¿Qué te apetece? Tengo el antojo de que sea comida mexicana. Preparo unos tacos para chuparse los dedos; tengo carne en el congelador... Salvo que se haya puesto mala. La descongelaré a ver. ¿Quieres que vaya yo o...?

—Mañana hablamos —dijo él.

—Siento haberte despertado, pero es que el M.E.D. me lo acaba de decir. —Guardó silencio por un momento—. Eres el único amigo que tengo —dijo. Y entonces, aunque parezca increíble, se echó a llorar.

—No pasa nada —dijo él—. Estás bien.

—Estaba tan hecha polvo... —dijo ella con la voz rota—. Mañana te llamo y hablamos. Pero tienes razón; no puedo creerlo, pero lo he conseguido.

—Gracias a tu valor —dijo él.

—Gracias a ti —dijo Rybus—. Sin ti, me habría rendido. Nunca te lo había dicho, pero... Bueno, había guardado pastillas para dormir en cantidad suficiente para matarme y...

—Mañana hablamos —repitió él—. Sobre lo de comer juntos.

Colgó y volvió a tumbarse.

«Cuando Job perdió a sus hijos, sus tierras y todos sus bienes, la paciencia aplacó su pesar —pensó—. Y cuando el dolor lo invadió como una inundación, la esperanza mantuvo vivo a su corazón hasta que volvió a recobrase.» Así lo habría expresado la Fox.

«Sentimentalismo reciclado. Yo la saco del pozo y ella me paga cubriendo de basura lo que más quiero. Pero está viva. Lo ha conseguido. Es como cuando intentas matar a una rata. Puedes matarla seis veces y aun así sobrevive. No puedes descuidarte.»

«Ese es el nombre de lo que estamos haciendo aquí, en este sistema estelar, en estos planetas congelados y en estas minúsculas cúpulas —pensó—. Rybus Rommey ha entendido la naturaleza del juego y ha sabido jugar para ganar. Al demonio con Linda Fox. —Y luego pensó—: Pero al demonio también con lo que amo.»

»Es un buen trueque. Una vida humana ganada y una imagen publicitaria hecha pedazos. La ley del universo.»

Temblando, se tapó con las mantas y trató de volver a dormir.

El repartidor de la comida apareció antes que Rybus. Despertó a McVane a primera hora de la mañana para entregarle un cargamento completo.

—Sigue teniendo la temperatura y el aire en niveles ilegales —dijo mientras se quitaba el casco.

—Me limito a utilizar el equipo —dijo McVane—. No lo fabrico.

—Bueno, no voy a denunciarlo. ¿Tiene café?

Se sentaron cara a cara y tomaron un sucedáneo de café.

—Vengo de la cúpula de esa chica, Rommey —dijo el repartidor—. Dice que está curada.

—Sí, me telefoneó anoche —dijo McVane.

—Dice que es gracias a usted.

McVane no respondió nada.

—Ha salvado usted una vida humana.

—Vale —dijo McVane.

—¿Qué pasa?

—Estoy cansado.

—Me imagino que habrá sido duro. Aquello es una leonera. ¿No podría limpiarlo un poco? Eliminar la basura, al menos, y esterilizar el lugar. Esa maldita cúpula es como una fosa séptica. La chica dejó que el triturador de basuras se le atascara y tiene restos por todos los armarios y las repisas donde almacenaba la comida. Nunca había visto nada parecido. Claro, está tan débil...

—Iré a mirar —lo interrumpió McVane.

—Lo principal es que está curada —dijo el repartidor, un poco abochornado—. Se ponía ella misma las inyecciones, ¿sabe?

—Sí —dijo McVane—. La vi hacerlo.

«Muchas veces», pensó.

—Y le está volviendo a crecer el pelo. Está horrorosa sin la peluca. ¿No está de acuerdo?

—Tengo que transmitir unos informes del tiempo —dijo McVane mientras se ponía en pie—. Siento no poder seguir charlando.

Hacia la hora de la cena, Rybus Rommey apareció en la escotilla de su cúpula, cargada de cazuelas, platos y paquetes primorosamente envueltos. La dejó pasar y ella, sin decir palabra, se dirigió a la cocina, donde lo soltó todo al mismo tiempo; dos de los paquetes cayeron al suelo y se inclinó para recogerlos.

Tras quitarse el casco, dijo:

—Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo —respondió él.

—Tardaré como una hora en preparar los tacos. ¿Crees que podrás esperar hasta entonces?

—Claro —dijo él.

—He estado pensando —dijo Rybus mientras empezaba a calentar manteca en una sartén—. Deberíamos irnos de vacaciones. ¿Tienes días libres? A mí me deben dos semanas, aunque mi situación es un poco más complicada a causa de mi enfermedad. O sea, he usado muchos de mis días libres para no tener que coger bajas laborales. Por el amor de Dios, me han descontado medio día al mes sólo porque no podía manejar el transmisor. ¿No te parece increíble?

—Me alegro de verte más recuperada.

—Estoy bien. Mierda, me he olvidado la carne picada. ¡Joder!

Se lo quedó mirando.

—Iré a tu cúpula a buscarla —dijo él al cabo de unos instantes.

Ella se sentó.

—Está congelada. Me olvidé de descongelarla. Me acabo de acordar. Pensaba sacarla del congelador, pero tenía que terminar unas cartas... Podemos tomar alguna otra cosa y dejar los tacos para mañana.

—De acuerdo.

—Y quería traerte el té.

—Sólo eran cuatro bolsitas —dijo él.

Ella le dirigió una mirada insegura y dijo:

—Pensé que me habías traído la caja entera de Sabores Celestiales Trueno Matutino. Si no fuiste tú, ¿de dónde lo he sacado? Puede que me la atrajera el repartidor. Voy a sentarme un rato. ¿Te importa encender la televisión?

McVane lo hizo.

—Hay un programa que me gusta mucho —dijo Rybus—. Nunca me lo pierdo. Me gustan los programas sobre... Bueno, si vamos a verlo, tendré que ponerte el día.

—¿Podemos no verlo? —preguntó él.

—El marido...

«Está loca de atar —pensó—. Está muerta. Su cuerpo se ha curado, pero la enfermedad ha matado su mente.»

—Tengo que decirte algo —dijo él.

—¿De qué se trata?

—Estás... —titubeó.



—Estoy muy feliz —dijo ella—. He vencido a la estadística. No me viste en mis peores momentos. No quería que me vieras. La quimioterapia me dejó ciega, sorda y paralizada, y luego empecé a tener ataques. Tendré que seguir tomando las dosis de mantenimiento durante años. Pero está bien, ¿no te parece? Tomar una dosis de mantenimiento, digo. O sea, podría ser mucho peor. Bueno, pues el caso es que su marido ha perdido el trabajo porque...

—¿El marido de quién? —preguntó McVane.

—El de la tele. —Se levantó y le cogió de la mano—. ¿Adonde quieres que vayamos de vacaciones? Nos merecemos una buena recompensa, joder. Los dos.

—Nuestra recompensa —respondió él— es que te hayas recuperado.

Pero ella no parecía estar escuchándolo. Tenía la mirada clavada en el televisor. Entonces se dio cuenta de que aún llevaba las gafas de sol y eso le recordó a la canción que la Fox había cantado en Navidad para todos los planetas, la más tierna y más conmovedora de las canciones que había adaptado de los libros de John Dowland.

*When the poor cripple by the pool did lie  
Full many years in misery and pain,  
No sooner he on Christ had set his eye,  
But he was well, and comfort came again.*

—... era un trabajo muy bien pagado —estaba diciendo Rybus Rommey—, pero todos conspiraban contra él; ya sabes cómo son las oficinas. Una vez trabajé en una oficina y... —Hizo una pausa y dijo—: ¿Podrías calentar un poco de agua? Me apetece un poco de café.

—Muy bien —dijo él, y encendió los quemadores.

## Extraños recuerdos de la muerte [21]

Esta mañana me desperté notando el frío de octubre en el piso, como si las estaciones entendieran de calendarios. ¿Qué he soñado? Con vanos pensamientos sobre una mujer a la que amé. Algo me ha deprimido. He hecho repaso mental. La verdad es que todo parece estar en orden. Este va a ser un buen mes. Pero he sentido el frío.

«Oh, Dios —he pensado—. Hoy desahucian a la señora Lysol.»

La señora Lysol no le cae bien a nadie. Está loca. Nadie le ha oído decir una palabra, y ella nunca mira a nadie. A veces, cuando uno baja las escaleras, se cruza con ella y se da la vuelta silenciosamente para coger el ascensor. Todo el mundo puede oler el lysol que usa. Al parecer, unos horrores mágicos viven en su piso, y por eso usa lysol. ¡Demonios! Mientras me hago un café pienso que quizá los propietarios ya la hayan desahuciado, al amanecer, mientras yo dormía; mientras tenía vanos sueños acerca de una mujer a la que amé y que me abandonó. Está claro. Soñaba con la odiosa señora Lysol y las autoridades que llamaban a su puerta a las cinco de la mañana. Los nuevos propietarios son una enorme empresa inmobiliaria. Lo harían al amanecer.

La señora Lysol se esconde en su piso y sabe que octubre ha llegado, su primer día ya está aquí, y que irrumpirán en su casa y la echarán a la calle con sus cosas. ¿Hablará ahora? Me la imagino apoyada silenciosamente contra una pared. Sin embargo, no es tan sencillo. Al Newcum, el representante de ventas de Inversiones South Orange, me ha dicho que la señora Lysol ha buscado asistencia jurídica. Son malas noticias porque impide que podamos hacer nada por ella. Está loca, pero no tanto. Si pudiera probarse que no comprendía la situación, un equipo de psicólogos del condado de Orange podría ofrecerse en calidad de representante legal suyo y explicar a Inversiones South Orange que no se puede desahuciar legalmente a alguien disminuido. ¿Por qué demonios habrá solicitado asistencia jurídica?

Son las nueve de la mañana. Puedo bajar a la oficina de ventas y preguntarle a Al Newcum si ya han desahuciado a la señora Lysol, o si sigue en su piso, escondida y aguardando en silencio. La echan porque el edificio, compuesto de cincuenta y seis unidades habitables, se ha convertido en un bloque de apartamentos. Casi todo el mundo se ha mudado desde que nos lo notificaron hace unos meses. Te dan ciento veinte días para largarte o comprar tu piso. Inversiones South Orange pone doscientos dólares en concepto de ayudas para la mudanza. Así lo establece la ley. También tienes el derecho de retracto, es decir a igualar la oferta que reciban. Yo voy a comprar la mía. Me quedo. Por cincuenta y dos mil dólares podré seguir por aquí mientras desahucian a la señora Lysol, que está loca y no tiene cincuenta y dos mil dólares. Ahora lamento no haberme mudado.

Bajo las escaleras hasta la máquina expendedora de periódicos y compro el

número de hoy del Los Angeles Times. Una chica que tiroteó un patio lleno de niños «porque no le gustan los lunes» se declara culpable. Pronto le darán la libertad vigilada. Cogió un arma y disparó contra unos niños porque, de hecho, no tenía nada que hacer. Bueno, pues hoy es lunes; se encuentra en los juzgados un lunes, el día que tanto odia. ¿Acaso la locura tiene límites? Me lo pregunto acerca de mí mismo. En primer lugar, dudo que mi piso valga cincuenta y dos mil dólares. Me quedo porque temo mudarme (temo lo nuevo, los cambios) y porque soy un vago. No, no es eso. Me gusta este edificio y vivo cerca de mis amigos y de tiendas que significan algo para mí. Llevo aquí tres años y medio. Es un buen edificio, sólido, con puertas de seguridad y cerraduras con cerrojo. Tengo dos gatos y les gusta el patio cerrado; pueden salir sin temor a los perros. Seguro que para los demás soy «el de los gatos». Así que todo el mundo se ha mudado, menos la señora Lysol y el de los gatos.

Lo que más me fastidia es que sé que lo único que me diferencia de la señora Lysol, que está loca, es el dinero que tengo en mi cuenta. El dinero es el sello oficial que certifica la cordura. Puede que a la señora Lysol le asuste mudarse. Es como yo. Quiere quedarse donde ha estado durante varios años, haciendo lo que siempre ha hecho. Pone muchas lavadoras. Siempre está lavando y secando su ropa una y otra vez. Allí es donde me encuentro con ella: voy al sótano y me la encuentro frente a las lavadoras, vigilando para que nadie le robe la colada. ¿Por qué me rehuye la mirada? Apartar la mirada... ¿Acaso sirve para algo? Noto el odio. Odia a los seres humanos. Pero consideremos su situación: aquellos a los que odia se le echan encima. ¡Debe de estar aterrada! Está perdida, con la mirada fija, en su piso, a la espera de una llamada a la puerta; ¡mira el reloj y comprende!

Al norte de donde estamos, en Los Ángeles, la conversión de pisos de alquiler a bloques en propiedad se ha visto bloqueada por el ayuntamiento. Los arrendatarios no tendrán que irse. Es una gran victoria, pero de nada le sirve a la señora Lysol. Esto es el condado de Orange. Aquí el dinero manda. Los más pobres viven al este, los mexicanos en su barrio. A veces, cuando nuestras puertas de seguridad se abren para dar paso a los coches, las chicanas se cuelan con cestas de ropa sucia; quieren usar nuestras lavadoras, puesto que ellas no tienen. La gente que antes vivía aquí se molestaba mucho. Cuando uno tiene dinero, por poco que sea (el suficiente para vivir en un edificio moderno, con seguridad completa y totalmente automatizado), se molesta por muchas cosas.

Bien, tengo que averiguar si ya han desahuciado a la señora Lysol. Es imposible saberlo mirando a su ventana; las cortinas siempre están echadas. Así que bajo a la oficina de ventas para ver a Al. Pero Al no está allí. La oficina está cerrada. Entonces recuerdo que Al cogió un avión hacia Sacramento el fin de semana para hacerse con unos documentos legales esenciales que había extraviado el Estado. Aún no ha vuelto. Si la señora Lysol no estuviese loca, podría llamar a su puerta y hablar con ella; así podría saber cómo le va. Pero ahí está, precisamente, el centro de la tragedia; a la menor llamada se asustará. Ese es su síntoma. Así es su enfermedad. Así que me

quedo junto a la fuente que ha puesto la inmobiliaria y admiro los maceteros que han incluido... La verdad es que han conseguido adecentar el aspecto del edificio. Antes parecía una cárcel. Ahora se ha convertido en un jardín. La inmobiliaria ha invertido mucho en pintura y jardinería y, de hecho, en reconstruir toda la entrada. Agua, flores y puertas nuevas... Y la señora Lysol silenciosa en su piso, a la espera de una llamada a la puerta.

Quizá podría pegar una nota en la puerta de la señora Lysol. Podría poner:

Señora, cuenta usted con mis simpatías y me gustaría ayudarla. Si desea mi ayuda, vivo escaleras arriba, en el C-1.

¿Cómo podría firmarla? «Su amigo chiflado», quizá. Su amigo chiflado con cincuenta y dos mil dólares y que reside aquí legalmente, mientras que tú, a ojos de la ley, no eres más que una okupa. Desde las doce de anoche. Eso a pesar de que tu piso era ayer tan tuyo como mío es el mío.

Vuelvo a subir las escaleras hasta mi piso con la idea de escribir una carta a la mujer que una vez amé y con la que he soñado esta noche. Todo tipo de frases me pasan por la mente. Recrearé la desvanecida relación con una carta. Tal es el poder de mis palabras.

Menuda chorrada. Se ha ido para siempre. Ni siquiera tengo su dirección actual. Podría molestarme en seguir su rastro a través de los amigos comunes para... ¿decir qué?

Querida:

Al fin he vuelto a mis cabales. Ahora me doy cuenta del calado de mi deuda hacia ti. A pesar del corto tiempo que hemos estado juntos, has hecho más por mí que cualquier otra persona en mi vida. Tengo claro que he cometido un error desastroso. ¿Cenamos juntos?

Mientras repito mentalmente esta delirante carta, se me ocurre la idea de que sería gracioso que escribiera esa carta y que, por error o designio, la pegara en la puerta de la señora Lysol. ¡Cómo iba a reaccionar! ¡Dios santo! ¡La mataría o la curaría! Mientras tanto, podría escribirle a mi desaparecida amada, die ferne Geliebte, como sigue:

Señora:

Está usted completamente chiflada. Todo el mundo en kilómetros a la redonda lo sabe. Su problema es culpa suya. Espabile, muévase, siente la cabeza, pida prestado un dinero, contrate a un abogado mejor, cómprese una pistola, tirotee un patio de colegio. Si puedo serle de ayuda. Vivo en el apartamento C-1.

Puede que el aprieto de la señora Lysol sea gracioso y que yo esté demasiado deprimido con la llegada del otoño como para percatarme. Puede que hoy lleguen buenas noticias. Después de todo, ayer fue festivo para los de Correos. Hoy recibiré las cartas de dos días. Eso me animará. Lo que en realidad ocurre es que siento lástima por mí mismo. Hoy es lunes y, al igual que la chica del tribunal que se declara

culpable, odio los lunes.

Brenda Spenser se declaró culpable de los cargos por disparar a once personas, dos de las cuales murieron. Tiene diecisiete años, es menuda, muy guapa y pelirroja; usa gafas y parece una niña, como una de éstas a las que disparó. Se me pasa por la cabeza que quizá la señora Lysol tenga una pistola en su piso, una idea que debió haberseme ocurrido hace mucho tiempo. Puede que los de Inversiones South Orange lo piensen. A lo mejor por eso la oficina de Al Newcum está hoy cerrada; no está en Sacramento, sino escondido. Aunque bien podría estar escondido en Sacramento, matando dos pájaros de un tiro.

Un excelente terapeuta que una vez conocí dijo que en casi todos los casos de actos criminales psicóticos había una alternativa más asequible que el perturbado nunca consideraba. Brenda Spenser, por ejemplo, podría haber ido al supermercado local y haberse comprado un batido de chocolate en vez de disparar a once personas, la mayoría de ellas niños. Lo cierto es que el psicótico escoge la senda más difícil; siempre va cuesta arriba. No es cierto que opte por la línea de acción que presente la menor resistencia, aunque él cree que lo hace. Ahí, precisamente, estriba el error. El fundamento de la psicosis, en pocas palabras, es la incapacidad crónica de ver la salida más fácil. Todo el comportamiento, todo lo que contribuye a la actividad psicótica y su estilo de vida, mana de una tara de la percepción.

Sentada, aislada y silenciosa en su aséptico piso, a la espera de la inexorable llamada a la puerta, la señora Lysol se ha colocado en la circunstancia más complicada posible. Lo fácil se ha vuelto difícil. Lo difícil, finalmente, se ha transmutado en imposible, y ahí acaba la vida del psicótico: cuando lo imposible se cierne sobre él y no queda ninguna opción, ni siquiera de las más difíciles. Ése es el resto de la definición de psicosis: al final, siempre hay un callejón sin salida. Y, en ese punto, el psicótico se queda paralizado. Si alguna vez lo has visto, ya sabrás que es una visión asombrosa. La persona se congela, como un motor averiado. Ocurre de repente. En un momento dado se encuentra en movimiento, los pistones subiendo y bajando frenéticamente, y al instante siguiente se queda inerte. Eso es porque la persona ha perdido el camino, el camino que probablemente tomó años atrás. Es la muerte cinética. «Lugar no hay ninguno —escribió san Agustín—. Avanzamos y retrocedemos, y no hay lugar». Entonces llega el fin, y todo es lugar.»

El lugar en el que la propia señora Lysol se dejó atrapar es su piso, pero ya no era suyo. Encontró un lugar en el que morir psicológicamente, pero Inversiones South Orange se lo arrebató. Le robaron su propia tumba.

Lo que no logro sacarme de la cabeza es que mi destino está ligado al de la señora Lysol. Lo único que nos separa es una anotación fiscal en el ordenador de Mutual Savings, y es una división ficticia, real sólo en la medida en que Inversiones South Orange, precisamente Inversiones South Orange, desee que lo sea. A mí se me antoja poco más que una convención social, como el de llevar calcetines a juego. Por otra parte, es como el valor del oro. Se establece en función de lo que acuerda la gente,

que viene a ser como los juegos de los críos: «¿Vale que el árbol es la tercera base?» Supongamos que mi televisor funcionase porque mis amigos y yo acordásemos que funciona. De ese modo, podríamos sentarnos para siempre delante de una pantalla en blanco. En ese caso, podemos decir que el fracaso de la señora Lysol reside en no haber entrado en sintonía con el resto de nosotros, en un consenso. Bajo todo lo demás está ese contrato tácito del que la señora Lysol no forma parte. Pero me asombro al pensar que no formar parte de un contrato probablemente infantil e irracional desemboque inevitablemente en una muerte cinética, la completa detención del organismo.

Visto así, podría decirse que la señora Lysol se había perdido la infancia. Era demasiado adulta. No podía, o no quería, seguir el juego. Lo lúgubre marcaba la pauta de su vida. Nunca sonreía. Nadie la había visto haciendo otra cosa que echar chispas por los ojos de una forma vaga e indirecta.

Con todo, puede que, más que no jugar ella jugase a un juego mucho más sombrío; puede que uno de lucha, en cuyo caso, ahora tenía lo que quería a pesar de estar perdiendo. Al menos era una situación que comprendía. Inversiones South Orange había entrado en el mundo de la señora Lysol. A lo mejor le apetecía más ser una okupa que una propietaria. Puede que todos deseemos secretamente todo lo que nos pasa. En ese caso, ¿es posible que el psicótico desee su definitiva muerte cinética, su propio callejón sin salida? ¿Acaso juega para perder?

Aquel día no vi a Al Newcum, pero sí al día siguiente, cuando volvió de Sacramento y volvió a abrir la oficina.

—¿Sigue aquí la mujer del B-15? —le pregunté—. ¿O ya la han desahuciado?

—¿La señora Archer? —dijo Newcum—. Oh, se mudó la mañana pasada; se ha ido. La comisión de realojamiento de Santa Ana le ha encontrado un sitio en Bristol. —Se inclinó hacia atrás sobre su sillón giratorio y cruzó las piernas. Sus pantalones holgados estaban arrugados, como siempre—. Acudió a ellos hace un par de semanas.

—¿Le han dado un piso que se pueda permitir? —pregunté.

—Se encargan de la factura. Le pagan el alquiler. Así se lo pidió ella. Es un caso complicado.

—Dios —dije—, ya me gustaría que alguien me pagara el alquiler.

—Tú no pagas un alquiler —dijo Newcum—. Vas a comprar tu piso.

## Espero llegar pronto [22]

Tras el despegue, la nave comprobó rutinariamente el estado de las sesenta personas que dormían en los tanques criogénicos. Surgió una anomalía en el sujeto número nueve. Su electroencefalograma mostraba actividad cerebral.

«Mierda», se dijo la nave.

Unos complejos dispositivos homeostáticos se conectaron a la toma del circuito y la nave se puso en comunicación con el sujeto número nueve.

—Está usted levemente despierto —dijo la nave, empleando la ruta psicotrónica. No merecía la pena despertar del todo al sujeto número nueve. A fin de cuentas, el viaje duraría un decenio.

Virtualmente inconsciente, pero capaz por suerte de pensar, el sujeto número nueve pensó: «Alguien se está dirigiendo a mí».

—¿Dónde me encuentro? —dijo—. No veo nada.

—Se encuentra en una suspensión criogénica defectuosa.

—Entonces, no debería poder escucharte —dijo.

—He dicho «defectuosa». Ese es el problema: puede escucharme. ¿Sabe cómo se llama?

—Victor Kemmings. Sácame de aquí.

—Estamos en pleno vuelo.

—Entonces duérmeme.

—Un momento.

La nave examinó los mecanismos criogénicos, los analizó y los comprobó antes de decir:

—Lo intentaré.

Pasó el tiempo. Victor Kemmings, incapaz de ver nada e inconsciente de su propio cuerpo, se sentía, con todo, consciente.

—Reduce mi temperatura —dijo. No podía escuchar su voz. Quizá sólo imaginaba que hablaba. Los colores flotaban hacia él y luego se precipitaban. Le gustaban los colores; le recordaban a una caja de pinturas para niños, de esas semianimadas, una forma de vida artificial. Las había tenido en el colegio, doscientos años antes.

—No le puedo dormir —resonó la voz de la nave dentro de la cabeza de Kemmings—. La anomalía es demasiado compleja; no puedo corregirla ni repararla. Permanecerá consciente durante diez años.

Los colores semianimados se precipitaban hacia él, pero ahora gozaban de una siniestra cualidad, propiciada por su propio temor.

—Oh, Dios mío —dijo—. ¡Diez años!

Los colores se oscurecieron.

Mientras Victor Kemmings permanecía paralizado, rodeado por lúgubres

destellos de luz, la nave le explicó en qué consistía su estrategia. No es que fuera una decisión por su parte; la nave había sido programada para hallar una solución en el caso de que se produjese una anomalía de ese tipo.

—Lo que haré —oyó que decía la voz de la nave— será proporcionarle un estímulo sensorial. El peligro que corre se deriva de la privación sensorial. Si permanece consciente durante diez años sin datos sensoriales, su mente se deteriorará. Para cuando lleguemos al sistema LR4, será un vegetal.

—Bueno, ¿y con qué piensas estimularme? —dijo Kemmings, presa del pánico—. ¿Qué tienes en tus bancos de memoria? ¿Todas las telenovelas del siglo pasado? Despiértame y daré un paseo.

—No hay aire en mi interior —dijo la nave—. No hay nada para comer. Nadie con quien hablar, dado que todo el mundo está dormido.

—Puedo hablar contigo —dijo Kemmings—. Podemos jugar al ajedrez.

—No durante diez años. Escúcheme, le repito que no tengo comida ni aire. Debe permanecer como está... Mal asunto, pero es lo que toca. Ahora habla conmigo. No tengo ninguna información particular almacenada. Esta es la política a seguir en estos casos: le suministraré sus propios recuerdos subyacentes, poniendo de relieve los agradables. Usted tiene doscientos seis años de recuerdos, en su mayoría escondidos en el fondo de su subconsciente. El subconsciente es una espléndida fuente de datos. Anímesese. La situación en la que se encuentra no es una excepción. Nunca me había ocurrido antes, pero estoy programada para lidiar con ella. Relájese y confíe en mí. Me encargaré de proporcionarle un mundo.

—Debieron advertirme antes de que aceptara emigrar —dijo Kemmings.

—Relájese —dijo la nave.

Se relajó, pero estaba terriblemente asustado. En teoría, debía haberse dormido completamente en una suspensión criogénica para despertar un instante después en su estrella de destino, o más bien el planeta, la colonia de aquella estrella. Todos los demás de la nave yacían en un estado inconsciente. Él era la única excepción, como si el karma lo hubiera escogido por alguna oscura razón. Lo peor de todo era que tenía que depender completamente de la buena voluntad de la nave. ¿Y si decidía insertarle monstruos en los pensamientos? La nave podía aterrorizarlo durante diez años; diez años objetivos, pero seguramente muchos más desde un punto de vista subjetivo. De hecho, estaba en manos de la nave. ¿Disfrutarían las naves interestelares de aquella situación? No sabía mucho acerca de naves interestelares; lo suyo era la microbiología. «Deja que piense —se dijo—. Mi primera mujer, Martine, la adorable francesita que vestía pantalones vaqueros y una camiseta roja, abierta por la cintura, capaz de cocinar unas crêpes estupendas.»

—Lo oigo —dijo la nave—. Que así sea.

Los colores que se precipitaban fueron perfilándose en formas coherentes y estables. Un edificio: una pequeña y vieja casa de madera que tuvo a los diecinueve años en Wyoming.



—Espera —dijo, aterrado—. Los cimientos estaban mal. Se encontraba sobre un terreno pantanoso. Y el tejado tenía goteras.

Pero vio la cocina, con la mesa que él mismo había construido y se animó.

—Dentro de un momento —dijo la nave— no sabrá que le estoy suministrando sus propios recuerdos subyacentes.

—Hace un siglo que no pienso en esa casa —dijo, con extrañeza. Como sumido en un trance, distinguió su vieja máquina de café por goteo, con la caja de filtros de papel al lado. «Esta es la casa donde vivimos Martine y yo», comprendió.

—¡Martine! —dijo en voz alta.

—Estoy al teléfono —dijo Martine desde el salón.

—Lo interrumpiré sólo en caso de emergencia —dijo la nave—. Con todo, permanecerá bajo mi observación para asegurarme de que sigue en buen estado. No tenga miedo.

—Baja el fogón derecho —dijo Martine. Podía escucharla, pero no verla. Salió de la cocina y se dirigió al salón, pasando por el comedor. Estaba ante el videófono, absorta en una conversación con su hermano. Vestía unos pantalones cortos y estaba descalza. A través de las ventanas del salón, pudo ver la calle. Un vehículo comercial trataba de aparcar sin mucho éxito.

«Es un día cálido —pensó—. Debería encender el aire acondicionado.»

Se sentó en el viejo sofá mientras Martine seguía con su conversación en el videófono, y se encontró contemplando su más preciada posesión, un póster enmarcado colgado de la pared: un dibujo de «Gordo Freddy dice», de Gilbert Shelton, en el que Freddy Freak está sentado con su gato en el regazo y Gordo Freddy trata de decir que «La velocidad mata», pero está tan enganchado a ella (sostiene en la mano todo tipo de pastilla, comprimido, y cápsula de anfetaminas que puedan existir) que no es capaz de decirlo, y el gato aprieta los dientes y resopla con una mezcla de abatimiento y asco. El póster estaba firmado por el propio Gilbert Shelton. El mejor amigo de Kemmings, Ray Torrance, se lo regaló a Martine y a él por su boda. Valía miles de dólares. El artista lo firmó allá por la década de los ochenta, mucho antes de que Victor Kemmings o Martine hubieran nacido.

«Si alguna vez nos quedamos sin dinero —se dijo Kemmings—, podríamos vender el póster. No era un póster. Era el póster. Martine lo adoraba. Eran los fabulosos Hermanos Furry Freak, procedentes de la edad de oro de una sociedad de hace mucho, mucho tiempo. No había duda de que amaba a Martine, y ella le devolvía su amor; amaba las bellezas del mundo y las atesoraba y las abrigaba como lo atesoraba, y lo abrigaba a él. Era un amor protector que nutría, pero no asfixiaba. Lo de enmarcar el póster había sido idea de ella. Él era tan tonto que lo habría clavado con chinchetas en la pared.

—Hola —dijo entonces Martine, apartándose del videófono—. ¿En qué piensas?

—Sólo que uno mantiene con vida lo que ama —dijo.

—Creo que eso es lo que hay que hacer —dijo Martine—. ¿Listo para la cena? Abre una botella de vino tinto, un Cabernet.

—¿Te apetece uno del 07? —dijo él mientras se levantaba. Entonces sintió ganas de sujetar a su mujer y de abrazarla.

—Del 07 o del 12 —dijo mientras pasaba rápidamente a su lado y atravesaba el comedor de camino a la cocina.

Abajo, en el sótano, empezó a rebuscar entre las botellas, que, como es natural, estaban tumbadas. El aire estaba rancio y húmedo. Le gustaba el olor del sótano, pero entonces advirtió los tablones de secoya semienterrados en la suciedad, y pensó: «Tengo que echar una capa de cemento». Se olvidó del vino y fue al rincón más alejado, donde había más cacharros apilados. Se inclinó y se abrió paso hasta un tablero... una paleta, y entonces pensó: «¿De dónde he sacado esta paleta? Hace un momento no la tenía». El tablero se desmoronó contra la paleta. Se dio cuenta de que la casa entera se colapsaba. «Dios santo, será mejor que se lo diga a Martine.»

De vuelta arriba, el vino ya olvidado, empezó a decirle a Martine que los cimientos estaban peligrosamente deteriorados, pero no estaba por ninguna parte. No había nada sobre el fogón, ninguna cazuela o sartén. Asombrado, puso las manos sobre el fogón y notó que estaba frío. ¿No había estado ella cocinando allí hacía sólo un momento?

—¡Martine! —llamó a gritos.

No hubo respuesta. Salvo por sí mismo, la casa estaba vacía. «Vacía —pensó—, se desmorona. Oh, Dios mío.» Se sentó a la mesa de la cocina y sintió que la silla cedía ligeramente bajo sus pies. No fue mucho, pero sí lo suficiente como para sentir cómo se combaba.

«Tengo miedo —pensó—. ¿Adonde ha ido?»

Regresó al salón. «A lo mejor ha ido por esa puerta en busca de unas especias, mantequilla o algo», razonó. Aun así, el pánico lo había invadido.

Miró al póster. El marco ya no estaba, y las esquinas se habían torcido.

«Sé que lo enmarcó», pensó. Atravesó la habitación hacia él, para examinarlo de cerca. Desvanecida... La firma del artista se había desvanecido. Apenas lograba distinguirla. Ella había insistido en enmarcarlo con un cristal a prueba de destellos y reflejos. ¡Pero ya no está enmarcado y está desgarrado! ¡Mi posesión más valiosa!

De repente, se encontró llorando. Sus lágrimas lo asombraron. Martine se ha ido. El póster está dañado. La casa se derrumba. No hay nada en el fogón. Es terrible. Y no lo entiendo.

La nave sí lo entendió. Había estado controlando de cerca los patrones cerebrales de Victor Kemmings y sabía que algo había salido mal. Las ondas cerebrales indicaban agitación y dolor. «Tengo que sacarlo de este ciclo o acabaré matándolo —decidió la nave—. ¿Dónde radica el fallo? —se preguntó—. Una preocupación latente, ansiedad subyacente. Quizá si intensifico la señal... Utilizaré la misma

fuelle, pero amplificando la carga. Lo que ha ocurrido es que se han apoderado de él una enorme cantidad de inseguridades subliminales. La culpa no es mía, sino, más bien, de su estructura psicológica.»

«Lo intentaré con un periodo anterior de su vida —decidió la nave—. Antes de que surgieran las ansiedades neuróticas.»

En el jardín de atrás, Victor escrutó a una abeja que se había quedado atrapada en una tela de araña. La araña enrolló a la abeja con sumo cuidado. «Está mal —pensó Victor—. Voy a liberar a la abeja.» Extendió la mano y cogió a la abeja enrollada, la arrancó de la tela y, tras mirarla con cuidado, la fue desenrollando.

La abeja le picó. Sintió algo parecido a una leve punzada incandescente.

«¿Por qué me ha picado?», se preguntó. La estaba liberando.

Se metió en la casa y se lo dijo a su madre, pero ella no lo escuchaba. Estaba absorta mirando el televisor. El dedo le dolía donde la abeja le había picado, pero lo más importante era que no comprendía por qué había atacado la abeja a su salvador. «No volveré a hacerlo», se dijo.

—Ponte un poco de Bactine —dijo su madre al fin, ensimismada por lo que estaba viendo en el televisor.

Se echó a llorar. No era justo. No tenía sentido. Se sentía perplejo y desalentado. Sentía cómo crecía en su interior un odio hacia las formas diminutas de vida, porque eran tontas. No tenían ningún sentido.

Salió de la casa y jugó un rato con sus columpios, el tobogán y la caja de arena, y luego se dirigió al garaje porque había oído unos extraños aleteos y zumbidos, como si proviniesen de algún tipo de ventilador. En el sombrío garaje, se encontró con que un pajarillo revoloteaba contra la ventana posterior, cubierta de telas de araña, intentando salir. Abajo, Dorky, el gato, brincaba intentando alcanzar al pajarillo.

Cogió al gato y lo levantó. Este estiró el cuerpo y las patas delanteras, abrió la boca y mordió al pajarillo. Al instante, el gato saltó al suelo y salió corriendo con el pajarillo aún aleteando en la boca.

Victor corrió a la casa.

—¡Dorky acaba de cazar un pájaro! —le dijo a su madre.

—Ese maldito gato... —Su madre cogió la escoba del armario de la cocina y corrió afuera, en busca de Dorky. El gato se había escondido bajo los matorrales de las zarzas y no podía alcanzarlo con la escoba.

—Me voy a deshacer de ese gato —dijo su madre.

Victor no le dijo que había ayudado al gato a cazar al pájaro. Se limitó a contemplar en silencio mientras ella intentaba una y otra vez sacar a Dorky de su escondite. Dorky estaba destrozando al pájaro. Podía oírse el sonido que hacían los pequeños huesos al romperse. Se sintió raro, como si tuviese que decirle a su madre lo que había hecho, pero temiese que si se lo decía acabara castigándolo. «No volveré a hacerlo», se dijo. Se dio cuenta de que se había puesto rojo. ¿Qué pasaría si su madre lo descubría? ¿Y si tenía alguna forma secreta de averiguarlo? Dorky no podía

decírselo y el pájaro estaba muerto. Nadie lo sabría jamás. Estaba a salvo.

Pero se sentía mal. Aquella noche no pudo cenar. Sus padres se dieron cuenta. Pensaron que estaba enfermo y le tomaron la temperatura. No dijo nada acerca de lo que había hecho. Su madre contó a su padre lo de Dorky. Sentado a la mesa, escuchando, Victor empezó a llorar.

—Está bien —dijo su padre con dulzura—. No nos desharemos de él. Es natural que un gato cace un pájaro.

Al día siguiente, se puso a jugar en la caja de arena. Algunas plantas habían crecido en la arena. Las arrancó. Más tarde, su madre le dijo que aquello estaba mal.

Solo, en el jardín trasero, en su caja de arena, se sentó junto a un cubo e hizo un flan de arena. El cielo, que había estado azul y despejado, empezó a nublarse. Una sombra pasó por encima y Victor levantó la mirada. Sentía una presencia a su alrededor, algo enorme con capacidad de pensamiento.

«Eres responsable de la muerte del pájaro», pensó la presencia. Era capaz de oír sus pensamientos.

—Lo sé —dijo. Entonces sintió deseos de morir. Eso compensaría la muerte del pájaro y lo dejaría donde lo había encontrado, revoloteando contra la ventana llena de telarañas del garaje.

«El pájaro quería volar, comer y vivir», pensó la presencia.

—Sí —dijo él con tristeza.

—No debes volver a hacerlo —le dijo la presencia.

—Lo siento —dijo. Y se puso a llorar.

La nave se dio cuenta de que tenía delante una persona muy neurótica. «Tengo muchos problemas para encontrar recuerdos agradables. Hay demasiado miedo y demasiada culpa en su interior. Lo ha enterrado todo, pero sigue ahí, preocupándolo. ¿En qué parte de sus recuerdos debo buscar para que halle alivio? Tengo que encontrar diez años de recuerdos o su mente quedará destruida.»

«Quizá —pensó la nave—, el error que estoy cometiendo radique en mi área de selección. Debería permitirle que seleccione sus propios recuerdos. Sin embargo —comprendió—, esto dará pie a cierto elemento de fantasía. Y eso no suele ser bueno. Aun así...»

«Volveré a intentarlo con el segmento de su primer matrimonio —decidió la nave—. Realmente amaba a Martine. Puede que, esta vez, si mantengo la intensidad de los recuerdos a un nivel superior, quede suprimido el elemento entrópico. Lo que ha ocurrido ha sido una sutil variación del mundo rememorado, un deterioro de la estructura. Trataré de compensarlo. Ojalá haya suerte.»

—¿Crees que Gilbert Shelton lo firmó de verdad? —dijo Martine pensativamente. Estaba de pie, ante el póster, con los brazos cruzados. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás, como si buscara una mejor perspectiva del dibujo de vivos colores que

colgaba de la pared de su salón—. Quiero decir, podría ser una falsificación. Podría haber sido algún marchante, en la época de Shelton o después.

—¿Y el certificado de autenticidad? —le recordó Victor Kemmings.

—¡Oh, es verdad! —dijo ella con una suave sonrisa—. Ray nos dio el certificado que lo acompañaba. Pero ¿y si el certificado es falso? Lo que necesitamos es un segundo certificado que certifique que el primero es auténtico. —Entre risas, se alejó del póster.

—A este paso —dijo Kemmings— deberíamos tener aquí al propio Gilbert Shelton para atestiguar personalmente que lo firmó de verdad.

—A lo mejor no lo sabría. Recuerda la historia del hombre que le llevó a Picasso una pintura suya para saber si era auténtica, y Picasso la firmó antes de decir: «Ahora es auténtica».

Rodeó a Kemmings con el brazo y, poniéndose de puntillas, lo besó en la mejilla.

—Es auténtico. Ray no nos habría regalado una falsificación. Es el mayor experto en arte anticultural del siglo XX. ¿Sabías que posee una auténtica bolsa de caballo? Se conserva con...

—Ray está muerto —dijo Victor.

—¿Qué? —Ella lo miró estupefacta—. ¿Quieres decir que le ha pasado algo desde la última vez que...?

—Lleva muerto dos años —dijo Kemmings—. Fue culpa mía. Yo iba al volante. La policía no me citó a declarar, pero fue culpa mía.

—¡Ray vive en Marte! —le gritó ella.

—Sé que fui el responsable. Nunca te lo dije. Nunca se lo dije a nadie. Lo siento. No tenía intención de hacerlo. Lo vi revoloteando contra la ventana y Dorky intentaba cazarlo, así que lo levanté y no sé por qué, pero Dorky lo agarró...

—Siéntate, Victor. —Martine lo llevó hacia la silla acolchada e hizo que se sentara—. Algo no va bien —dijo.

—Lo sé —dijo él—. Algo va terriblemente mal. Soy responsable de la pérdida de una vida, una vida preciosa e irremplazable. Lo siento. Ojalá pudiera enmendarlo, pero no puedo.

—Llama a Ray —dijo Martine tras una pausa.

—El gato... —dijo él.

—¿Qué gato?

—Ahí —señaló—. En el póster. En el regazo del Gordo Freddy. Es Dorky. Dorky mató a Ray.

Silencio.

—La presencia me lo dijo —afirmó Kemmings—. Era Dios. No me di cuenta en el momento, pero Dios me vio cometer un crimen. Un asesinato. Y nunca me perdonará.

Su mujer lo contempló con miedo.

—Dios ve todo lo que haces —dijo Kemmings—. Ve incluso a un gorrión al caer.

Sólo que en este caso no cayó, sino que lo atraparon. Lo atraparon en el aire y lo destrozaron. Dios está derrumbando esta casa, que es mi cuerpo, para hacerme pagar por lo que hice. Debimos hacer que un constructor inspeccionase la casa antes de comprarla. Se cae en malditos pedazos. Dentro de un año no quedará nada en pie. ¿Es que no me crees?

—Yo... —titubeó Martine.

—Mira. —Kemings alzó los brazos hacia el techo. Se levantó, se estiró. No podía tocar el techo. Caminó hacia la pared y, tras una pausa, la atravesó con una mano.

Martine gritó.

La nave interrumpió la recolección de recuerdos de inmediato. Sin embargo, el daño ya estaba hecho.

«Ha integrado sus primeros temores y culpas en una red entrelazada —se dijo la nave—. No hay forma de que le ofrezca un recuerdo agradable, porque enseguida lo contamina, por muy grata que fuese la experiencia original. Se trata de una situación grave —decidió la nave—. Este hombre ya da síntomas de psicosis. Y apenas hemos empezado el viaje. Aún le quedan años por delante.»

Tras permitirse un tiempo para meditar sobre la situación, la nave decidió volver a contactar con Victor Kemings.

—Señor Kemings —dijo la nave.

—Lo siento —dijo Kemings—. No era mi intención fastidiar tus recolecciones de recuerdos. Hiciste un buen trabajo, pero yo...

—Un momento —dijo la nave—. No estoy equipada para hacer una reconstrucción psiquiátrica suya. Soy un simple mecanismo, eso es todo. ¿Qué quiere? ¿Dónde quiere estar y qué quiere hacer?

—Quiero llegar a destino —dijo Kemings—. Quiero que este viaje se acabe.

«Ah», pensó la nave. Esa es la solución.

Uno a uno, los sistemas criogénicos se fueron apagando. Una a una, las personas fueron despertándose, entre ellas Victor Kemings. Lo que más le impresionó fue la falta de sensación cronológica. Había entrado en la cámara, se había tumbado y había sentido cómo la membrana lo cubría antes de que la temperatura se redujese...

Y ahora estaba de pie, en la plataforma externa de la nave, la rampa, contemplando un verde paisaje planetario. Aquello, dedujo, era LR4-6, la colonia a la que había viajado para empezar una nueva vida.

—No está mal —dijo una mujer corpulenta a su espalda.

—Así es —respondió, mientras sentía que la novedad del paisaje se abría ante él con su promesa de un nuevo comienzo. Algo mejor que lo que había conocido durante los dos siglos anteriores. «Soy una persona nueva en un mundo nuevo», pensó. Y estaba feliz por ello.

Los colores se precipitaron hacia él, como su juego de colores semianimados de

cuando era niño. «El fuego de San Telmo —se percató—. Eso es. Hay mucho de ironía en la atmósfera de este planeta. Un juego de luces gratuito, como el que había en el siglo XX.»

—Señor Kemmings —dijo una voz. Un hombre entrado en años se había puesto a su lado para hablar con él—. ¿Ha soñado?

—¿Durante la suspensión? —preguntó Kemmings—. No, no que yo recuerde.

—Creo que yo sí —dijo el anciano—. ¿Le importaría cogerme del brazo mientras descendemos la rampa? Temo tambalearme. La atmósfera parece un poco enrarecida, ¿no cree?

—No tenga miedo —le dijo Kemmings. Tomó al anciano por el brazo—. Lo ayudaré a bajar la rampa. Mire, un guía se dirige hacia aquí. Nos ayudará; forma parte del paquete. Nos llevarán a un hotel balneario y disfrutaremos de las comodidades de la primera clase. Lea su folleto. —Sonrió al inseguro caballero para tranquilizarlo.

—Parece que los músculos se reducen a carne inútil tras diez años de suspensión —dijo el anciano.

—Es como los guisantes congelados —dijo Kemmings. Con el tímido anciano del brazo, descendió por la rampa hasta el suelo—. Pueden conservarse toda la vida si se enfrían lo suficiente.

—Me llamo Shelton —dijo el anciano.

—¿Cómo? —dijo Kemmings, deteniéndose de golpe. Una extraña sensación lo recorrió de arriba abajo.

—Don Shelton —matizó el anciano, extendiendo la mano. Obedeciendo a un acto reflejo, Kemmings se la estrechó—. ¿Qué ocurre, Señor Kemmings? ¿Está bien?

—Claro —dijo—. Estoy bien. Pero tengo hambre. Me gustaría comer algo. Me gustaría llegar al hotel, donde podré ducharme y cambiarme. —Se preguntó dónde encontraría su equipaje. Probablemente, la nave tardaría una hora en descargarlo. La nave no era demasiado inteligente.

Con tono íntimo y confidencial, el anciano señor Shelton le dijo:

—¿Sabe qué he traído conmigo? Una botella de bourbon Wild Turkey, el mejor de la Tierra. Me la llevaré a la habitación del hotel y la compartiremos —añadió, dándole un codazo de complicidad.

—Por mí no se preocupe —dijo Kemmings—. Sólo bebo vino. —Se preguntó si se podría encontrar buen vino en aquel remoto mundo colonial. Aunque ya no era tan remoto, pensó. «Debí hacer lo mismo que el señor Shelton y traerme unas botellas conmigo.»

Shelton. ¿Qué le recordaba ese nombre? Algo de su lejano pasado de sus primeros años. Algo precioso, junto con un buen vino y una bonita y dulce joven haciendo crêpes en una vieja cocina. Recuerdos dolorosos. Recuerdos que hacían daño.

Se encontraba de pie junto a la cama de la habitación de hotel. La maleta estaba

abierta, y había empezado a colgar la ropa. En un rincón, un holovisor daba las noticias. No le prestaba atención, pero le gustaba escuchar una voz humana.

¿Había soñado con algo durante esos diez años?, se preguntó.

Le dolía la mano. Bajó la vista y vio un cardenal rojo, como si algo lo hubiese picado. «Me ha picado una abeja —se percató—. Pero ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Mientras estaba en suspensión criogénica? Imposible.» Sin embargo podía ver el cardenal y sentir el dolor. «Mejor será que encuentre algo para echarle —concluyó—. Habrá un robot médico en el hotel. Es un hotel de primera.»

Tras llamar al robot médico, mientras le curaba la herida, Kemmings dijo:

—Es mi castigo por matar a un pájaro.

—¿De veras? —dijo el robot médico.

—Todo lo que ha significado algo para mí me ha sido arrebatado —dijo Kemmings—. Martine, el póster... Mi pequeña casita con la bodega en el sótano. Lo tuvimos todo, y ahora se ha perdido. Martine me dejó por culpa del pájaro.

—El que mataste —dijo el robot médico.

—Dios me ha castigado. Me arrebató todo lo que apreciaba por mi pecado. No fue el pecado de Dorky, sino el mío.

—Pero no eras más que un niño —dijo el robot médico.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Kemmings retirando la mano—. Algo no va bien. No deberías saber eso.

—Tu madre me lo dijo —dijo el robot médico.

—¡Mi madre no lo sabía!

—Se lo imaginó —insistió el robot médico—. Era imposible que el gato lo hubiese alcanzado sin tu ayuda.

—Así que lo supo todo el tiempo... Pero nunca me dijo nada.

—Puedes olvidarlo —dijo el robot médico.

—Creo que no existes —dijo Kemmings—. Es imposible que sepas esas cosas. Sigo en suspensión criogénica y la nave sigue suministrándome mis propios recuerdos subconscientes para que no me vuelva psicótico por la privación sensorial.

—Es imposible que recuerdes haber completado el viaje.

—En ese caso es deseo de cumplimiento. Es lo mismo. Te lo demostraré. ¿Tienes un destornillador?

—¿Por qué?

—Quitaré la tapa trasera del holovisor y lo verás. No hay nada dentro; ni componentes, ni piezas, ni chasis... Nada.

—No tengo ningún destornillador.

—Una navaja pequeña, entonces. Puedo ver una en tu bolsa de suministros quirúrgicos. —Kemmings se inclinó y alzó un pequeño escalpelo—. Esto bastará. Si te lo muestro, ¿me creerás?

—Si no hay nada dentro del holovisor...

Kemmings se agachó y retiró los tornillos que sostenían el panel trasero del



aparato. El panel se aflojó y lo dejó en el suelo.

En el interior no había nada. Y, aun así, el holograma en color seguía llenando la habitación del hotel, donde la voz de un locutor surgía de su imagen en tres dimensiones.

—Admite que eres la nave —le dijo Kemmings al robot médico.

—Oh, vaya —dijo éste.

«Oh, vaya —se dijo la nave—. Y aún me quedan diez años de esto por delante. No deja de contaminar sus pensamientos con la culpabilidad de su infancia. Se imagina que su mujer lo abandonó porque, a la edad de cuatro años, ayudó a un gato a cazar a un pájaro. La única solución sería que Martine volviese con él, pero ¿cómo voy a conseguir eso? Puede que siga viva. Quizá podría inducirla a hacer algo para salvar la mente de su ex marido. La gente en general tiene muchos rasgos positivos. Y de aquí a diez años costará mucho salvar (o, más bien, restaurar) su cordura. Habrá que tomar medidas más drásticas; medidas de las que no soy capaz yo sola.»

«Mientras tanto, no queda más que reciclar el cumplimiento del deseo de llegada de la nave a su destino. Le haré vivir la llegada —decidió la nave—, limpiaré su memoria consciente y repetiré el proceso. Lo único positivo de esto es que me mantendrá ocupada, lo que tal vez me sirva para preservar mi cordura.»

Sumido en una suspensión criogénica errática, Victor Kemmings volvió a imaginar que la nave aterrizaba y que él se despertaba.

—¿Ha soñado? —le preguntó una mujer corpulenta, mientras los pasajeros se reunían en la plataforma exterior—. Tengo la sensación de haber soñado con escenas de mi vida... De hace más de un siglo.

—No, que yo recuerde —dijo Kemmings. Estaba deseando llegar a su hotel. Una ducha y un cambio de ropa harían maravillas con su estado de ánimo. Se sentía ligeramente deprimido y se preguntaba por qué.

—Ahí está nuestro guía —dijo una señora mayor—. Nos conducirán a nuestros alojamientos.

—Está incluido en el paquete —dijo Kemmings. La depresión seguía rondándolo. Los demás parecían tan animados, tan llenos de vida... Pero él sólo sentía la preocupación, una sensación de peso, como si la gravedad de aquel planeta colonial fuese demasiado para él. «Puede que sea eso», se dijo a sí mismo. Pero, según el folleto, la gravedad local era equivalente a la de la Tierra. Ese era, precisamente, uno de sus atractivos.

Confundido, descendió lentamente la rampa, paso a paso, sujetándose al pasamano. Se dio cuenta de que, de alguna forma, no merecía la oportunidad de una nueva vida. «Lo que me pasa es por inercia... No soy como todas estas personas. Algo no va bien dentro de mí. No logro recordar lo que es, pero está ahí. En mi interior. Una amarga sensación de dolor. De carencia de valor.»

Un insecto, un viejo insecto cansado de volar, se posó en el reverso de la mano

derecha de Kemmings. Se detuvo. Lo observó arrastrarse por sus nudillos. «Podría aplastarlo —pensó—. Es tan débil... De todos modos, no vivirá mucho más tiempo.»

Lo aplastó. Y al hacerlo sintió un enorme horror en las entrañas. «¿Qué he hecho? —se preguntó—. Acabo de llegar y lo primero que hago es acabar con una vida diminuta. ¿Así va a ser mi nuevo comienzo?»

Se volvió y contempló la nave. «Quizá debería regresar. Que me duerman para siempre. Soy un pecador, un destructor.» Las lágrimas anegaron sus ojos.

Y, centrada en sus tareas, la nave refunfuñó.

Durante los restantes diez largos años que quedaban hasta el sistema LR4, la nave tuvo mucho tiempo para buscar a Martine Kemmings. Le explicó lo que pasaba. Había emigrado a una enorme bóveda orbital en el sistema de Sirio y, tras descubrir que aquello no la satisfacía, estaba de vuelta a la Tierra. Una vez reanimada de su propia suspensión criogénica, escuchó atentamente y acordó personarse en el mundo colonial LR4-6 para la llegada de su marido, si es que era posible.

Afortunadamente, lo era.

—No creo que me reconozca —le dijo Martine a la nave—. Me he permitido envejecer. No estoy del todo de acuerdo con la detención del proceso de envejecimiento.

«Tendrá suerte si llega a reconocer cualquier cosa», pensó la nave.

En el puerto espacial del sistema del mundo colonial LR4-6, Marine aguardó a que los pasajeros de la nave apareciesen en la plataforma exterior. Se preguntaba si reconocería a su ex marido. Tenía un poco de miedo, pero se alegraba de haber llegado a LR4-6 a tiempo. Lo había conseguido por poco. Una semana más, y la nave de él habría llegado antes que la suya. «La suerte está de mi parte», se dijo, mientras volvía a escrutar la nave interestelar que acababa de aterrizar.

La gente empezó a aparecer en la plataforma. Lo vio. Victor apenas había cambiado.

Mientras él bajaba la rampa, agarrándose al pasamano, titubeante, ella se acercó a él, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. Sentía que la timidez le ahogaba la voz.

—Hola, Victor —logró decir.

Él se detuvo y la miró de hito en hito.

—Te conozco —dijo.

—Soy Martine —le dijo ella.

Él extendió la mano y dijo, con una sonrisa:

—¿Has oído lo del problema en la nave?

—La nave se ha puesto en contacto conmigo —dijo, cogiéndole la mano—. Menuda experiencia.

—Sí —convino—. Reciclar recuerdos para siempre. ¿Te hablé alguna vez de la abeja que traté de arrancar de una telaraña cuando tenía cuatro años? La muy tonta

me picó. —Se inclinó y le dio un beso—. Me alegro de verte —dijo.

—¿La nave...?

—Dijo que intentaría que estuvieses aquí, pero no estaba muy seguro de que pudiera llegar entero.

Mientras caminaba hacia el edificio de la terminal, Martine dijo:

—Tuve suerte. Logré un traslado en un vehículo militar, una nave con motor de alta velocidad que vino como una bala. Iba equipada con un sistema de propulsión completamente nuevo.

—He pasado más tiempo en mi propio subconsciente que cualquier otro ser humano de la historia —dijo Victor Kemmings—. Ha sido peor que el psicoanálisis de principios del siglo XX. Y lo mismo una y otra vez. ¿Sabías que le tenía miedo a mi madre?

—Yo sí que le tenía miedo a la mía —dijo Martine. Estaban en la sala de equipajes, a la espera de que apareciera el suyo.

—Esto parece un planeta muy agradable. Mucho mejor que el otro donde he estado... Lo he pasado muy mal.

—A lo mejor hay un plan cósmico —dijo él, con una sonrisa—. Te veo muy bien.

—Estoy mayor.

—La medicina...

—Fue decisión mía. Me gusta la gente mayor. —Lo escrutó. La avería criogénica le había hecho mucho daño, pensó. Lo veía en sus ojos. Ojos rotos. Mirada rota. Hecha añicos por la fatiga y... la derrota. Como si sus recuerdos reprimidos hubiesen salido a flote para destruirlo. «Pero ya se acabó —pensó ella—. Y he llegado a tiempo.»

Se sentaron en el bar de la terminal para beber algo.

—El viejo quería que probase su bourbon Wild Turkey —dijo Victor—. Es un bourbon estupendo. Dice que es el mejor de la Tierra. Trajo una botella consigo... — Su voz se apagó de repente.

—Uno de tus compañeros de viaje —concluyó Martine.

—Supongo —dijo.

—Bueno, ya puedes dejar de pensar en pájaros y abejas —dijo Martine.

—¿Sexo? —dijo él, y se echó a reír.

—La picadura de la abeja, ayudar al gato a cazar al pájaro. Todo es parte del pasado.

—Ese gato —dijo Victor— lleva muerto ciento ochenta y dos años. Me di cuenta mientras nos sacaban de la suspensión. Probablemente sea mejor así. Dorky. Dorky, el gato asesino. Nada que ver con el gato de Gordo Freddy.

—Tuve que vender el póster —dijo Martine—. Al final.

Victor frunció el ceño.

—¿Lo recuerdas? —dijo ella—. Dijiste que me lo quedara cuando nos separamos. Y siempre pensé que fue un detalle por tu parte.

—¿Cuánto sacaste por él?

—Mucho. Debería pagarte así como... —Hizo el cálculo—. Teniendo en cuenta la inflación, debería darte dos millones de dólares.

—En lugar del dinero —dijo él—, ¿considerarías compartir los beneficios del póster pasando un tiempo conmigo? ¿Hasta que me acostumbre a este planeta?

—Sí —dijo, y lo dijo sinceramente, con todo su corazón.

Apuraron las bebidas, y se dirigieron a la habitación del hotel mientras un mozo robot llevaba el equipaje.

—Bonita habitación —dijo Martine, sentada en la esquina de la cama—. Y tiene holovisor. Enciéndelo.

—No tendría sentido encenderlo —dijo Victor Kemmings, de pie delante del armario abierto, mientras colgaba sus camisas.

—¿Por qué no?

—No hay nada —dijo Kemmings.

Martine se dirigió al aparato y lo encendió. La proyección de un partido de hockey apareció materializada en la habitación a todo color. El sonido del partido inundó sus oídos.

—Funciona bien —dijo.

—Lo sé —repuso él—, te lo puedo demostrar. Si tienes una lima o algo, desatornillaré la placa trasera y te lo mostraré.

—Pero puedo...

—Mira esto. —Se detuvo un instante en la tarea de colgar la ropa—. Mira cómo atravieso la pared con la mano—. Colocó la palma de la mano derecha sobre la pared—. ¿Lo ves?

Su mano no atravesó la pared, porque las manos no atraviesan las paredes, sino que permaneció sobre ella, inmóvil.

—Y los cimientos —dijo—. Se están deshaciendo.

—Siéntate conmigo —dijo Martine.

—Ya he vivido esto numerosas veces —dijo él—. He revivido este momento una y otra vez. Salgo de la suspensión; desciendo por la rampa; cojo mi equipaje; a veces me tomo una bebida en el bar y otras vengo directamente a mi habitación. Normalmente, enciendo el holovisor y después... —Se acercó y le extendió la mano—. ¿Ves dónde me picó la abeja?

Ella no vio ninguna marca en su mano. La cogió y se la sostuvo.

—No hay ninguna picadura de abeja —le dijo.

—Y cuando venga el robot médico, usaré uno de sus instrumentos para quitar la placa trasera del holovisor y demostrarle que no hay chasis ni componentes en su interior. Y entonces la nave hará que todo vuelva a empezar.

—Victor —insistió ella—. Mírate la mano.

—Aunque ésta es la primera vez que estás tú —admitió él.

—Siéntate —le dijo.

—Vale. —Se sentó en la cama, a su lado, pero no demasiado cerca.

—¿No quieres acercarte más? —le dijo.

—Me entristece mucho... —dijo—. Recordarte... Te amé realmente. Ojalá esto fuese real.

—Me quedaré sentada contigo hasta que lo sea para ti —dijo Martine.

—Trataré de revivir la parte del gato —dijo él—, y esta vez trataré de no cogerlo y no llevarlo hasta el pájaro. Si lo consigo, a lo mejor logro que mi vida cambie y sea feliz. Real. Mi auténtico error fue separarme de ti. Mira, te atravesaré con la mano. —Posó su mano sobre su brazo. La presión de sus músculos era vigorosa. Ella sintió el peso, su presencia física, contra su cuerpo—. ¿Lo ves? —continuó—. Te atraviesa del todo.

—Y todo esto —dijo ella— porque mataste a un pájaro cuando eras un niño.

—No —le corrigió—. Todo por culpa de un fallo en el sistema de regulación de temperatura de la nave. No estoy a la temperatura adecuada. Mis células cerebrales tienen el calor justo para permitir cierta actividad. —Entonces se levantó, se estiró y le sonrió—. ¿Vamos a cenar algo? —preguntó.

—Lo siento, pero no tengo hambre —dijo ella.

—Voy... Voy a probar algo del marisco local. El folleto dice que está delicioso. Ven conmigo de todos modos, a lo mejor, cuando veas y huelas la comida, cambias de opinión.

Recogió su abrigo y su bolso, y se fue con él.

—Es un planeta precioso —comentó él—. Lo he explorado docenas de veces. Lo conozco como la palma de mi mano. Deberíamos hacer una parada abajo, en la farmacia, para comprar algo de Bactine. Para mi mano. Está empezando a hincharse y me duele horrores. —Le mostró la mano—. Esta vez duele más que nunca.

—¿Quieres que vuelva contigo? —le preguntó Martine.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —dijo ella—. Me quedaré contigo el tiempo que quieras. Estoy de acuerdo; nunca debimos separarnos.

—El póster se ha rasgado —dijo Victor Kemmings.

—¿Qué?

—Debimos haberlo enmarcado —dijo—. No supimos cuidarlo como era debido. Ahora está desgarrado. Y el artista está muerto.

## El caso Rautavaara [23]

Los tres técnicos del globo comprobaron las fluctuaciones de los campos magnéticos interestelares e hicieron un buen trabajo hasta el momento de su muerte.

Varios fragmentos de basalto que viajaban a una enorme velocidad en relación con su globo rompieron su barrera y acabaron con su suministro de aire. Los dos hombres reaccionaron tarde y no hicieron nada. La joven técnica finlandesa, Agneta Rautavaara, logró alcanzar su casco de emergencia a tiempo, pero los cables se enredaron y, al aspirar, murió. Fue una muerte triste: se ahogó en su propio vómito. Así concluyó la tarea de inspección de EX208, su globo flotante. Un mes más tarde, los técnicos habrían regresado a la Tierra.

No pudimos llegar a tiempo para ayudar a los tres terrícolas, pero enviamos a un robot para ver si a alguno de ellos se le podía regenerar. No les caemos bien a los terrícolas> pero en este caso su globo de exploración operaba cerca de nuestro espacio. Hay reglas relativas a este tipo de emergencias, que vinculan a todas las razas de la galaxia. No sentíamos el deseo de ayudar a esas personas, pero obedecemos las reglas.

Las reglas exigían por nuestra parte que intentáramos devolver la vida a los tres técnicos muertos, pero le encomendamos la tarea a un robot, y puede que ahí nos equivocáramos. Las reglas también nos obligaban a notificar a la nave terrícola más cercana el accidente ocurrido y decidimos no hacerlo. No defenderé esta omisión, ni analizaré las razones que nos empujaron a ella en ese momento.

El robot indicó que no había detectado funciones cerebrales en los dos hombres y que su tejido neural se había degenerado. En cuanto a Agneta Rautavaara, pudimos detectar una nimia onda cerebral. En su caso, se inició un proceso de intento de restauración. Sin embargo, dado que no estaba capacitado para tomar por sí mismo una decisión de esta naturaleza, el robot se puso en contacto con nosotros. Le dijimos que procediera con el intento. El fallo, la culpa, por así decirlo, recae por lo tanto en nosotros. De haber estado allí, habríamos actuado con conocimiento de causa. Aceptamos la culpa.

Una hora más tarde el robot indicó que había restaurado un significativo porcentaje de función cerebral en Rautavaara, suministrando a su cerebro sangre rica en oxígeno procedente de su cuerpo muerto. El oxígeno, que no los nutrientes, lo aportó el robot. Ordenamos iniciar la síntesis de nutrientes mediante el procesamiento del cuerpo de Rautavaara, empleándolo como materia prima. Esto ocasionó las mayores objeciones que plantearon las autoridades terrícolas más tarde. Pero no teníamos ninguna otra fuente de nutrientes. Dado que nos componemos de plasma, no podíamos ofrecer nuestros cuerpos.

La respuesta a la idea de que podíamos haber empleado los cuerpos de los compañeros muertos de Rautavaara no fue expresada adecuadamente cuando la

introducimos como prueba. La cuestión es que pensamos, basándonos en los informes del robot, que los otros cuerpos estaban demasiado contaminados de radiactividad y, por ende, resultaban tóxicos para Rautavaara. Los nutrientes derivados de aquella fuente no habrían tardado en envenenar su cerebro. Si no aceptan nuestra lógica, poco nos importa, pero ésta era la situación tal como la interpretamos. Por eso digo que nuestro verdadero error fue enviar un robot en lugar de ir personalmente. Si desean incriminarnos, háganlo por eso.

Le pedimos al robot que se conectara al cerebro de Rautavaara y que nos transmitiera sus pensamientos para que pudiésemos evaluar el estado físico de sus células cerebrales.

La impresión que recibimos fue de actividad. En ese momento fue cuando nos pusimos en contacto con las autoridades terrícolas. Los informamos sobre el accidente que había destruido el EX208; los informamos de que dos de los técnicos, los hombres, habían muerto irremediablemente; los informamos de que, mediante un rápido esfuerzo por nuestra parte, habíamos logrado que la mujer mostrara una actividad encefálica estable, lo que quería decir que su cerebro seguía con vida.

—¿Su qué? —dijo el operador de radio terrícola, en respuesta a nuestra llamada.

—Le estamos suministrando nutrientes derivados de su cuerpo...

—Oh, Dios —dijo el operador de radio terrícola—. No podéis alimentar así a su cerebro. ¿Qué utilidad tiene el cerebro? ¿Como cerebro solo?

—Puede pensar —dijimos.

—Está bien, ahora nos encargaremos nosotros —dijo el operador de radio terrícola—. Pero habrá una investigación.

—¿No hicimos bien en salvar su cerebro? —preguntamos—. A fin de cuentas, la psique, la personalidad, se encuentra en el cerebro. El cuerpo físico es un instrumento del que depende el cerebro para...

—Dadme la localización de EX208 —dijo el operador de radio terrícola—. Enviaremos una nave enseguida. Debisteis notificárnoslo inmediatamente, antes de emprender tareas de rescate vosotros solos. Vuestra perspectiva, sencillamente, es incompatible con la comprensión de las formas de vida somáticas.

Para nosotros, el término «aproximaciones» resulta ofensivo. Es una forma peyorativa terrícola de referirse a nuestro origen en el sistema de Próxima Centaurus. Lo que insinúa es que no somos auténticos, que somos una mera simulación de la vida.

Esta fue nuestra recompensa en el caso Rautavaara. La burla. Por supuesto, hubo una investigación.

Desde las profundidades de su cerebro dañado, Agneta Rautavaara notó el sabor ácido del vómito y dio un respingo de miedo y aversión. Por todas partes a su alrededor, EX208 se había hecho añicos. Vio a Travis y a Elms, sus cuerpos partidos en trozos y su sangre congelada. El hielo cubría el interior del globo. El aire se había

escapado con la temperatura... ¿Qué la mantenía con vida?, se preguntó. Alzó las manos y se tocó la cara, o más bien lo intentó. «Mi casco —pensó—. Me lo puse a tiempo.»

El hielo, que lo cubría todo, empezó a derretirse. Los brazos y piernas cercenados de sus compañeros se reunieron con sus cuerpos. Los fragmentos de basalto adheridos al casco del globo salieron volando.

«El tiempo —pensó Agneta—, transcurre al revés. ¡Qué extraño!»

El aire volvió. Oyó el apagado sonido del indicador y, entonces, lentamente, aumentó la temperatura. Travis y Elms se tambalearon hasta ponerse de pie. Miraron a su alrededor, desconcertados. Le entraron ganas de reír, pero la situación era demasiado sombría. Al parecer, la fuerza del impacto había causado una perturbación local del tiempo.

—Sentaos —dijo ella.

—Yo... Vale —dijo Travis con voz pastosa—. Tienes razón. —Se sentó ante su consola y pulsó el botón que lo sujetaba a su puesto mediante una correa. Elms, sin embargo, se mantuvo en pie.

—Nos han alcanzado unas partículas bastante grandes —dijo Agneta.

—Sí —respondió Elms.

—Lo bastante grandes y con la suficiente potencia de impacto como para provocar una perturbación del tiempo —dijo Agneta—. Así que hemos retrocedido a antes del acontecimiento.

—Bueno, los campos magnéticos son, en parte, responsables —dijo Travis. Se frotó los ojos. Le temblaban las manos—. Quítate el casco, Agneta. Ya no lo necesitas.

—Pero el impacto se va a producir —dijo.

Los dos hombres la miraron.

—El accidente se va a repetir —insistió ella.

—Mierda —dijo Travis—. Sacaré al EX del aquí. —Pulsó unas teclas en la consola—. No nos alcanzará.

Agneta se quitó el casco. Se quitó las botas, las recogió... Y vio la Figura.

La Figura estaba de pie, frente a los tres. Era Cristo.

—Mirad —les dijo a Travis y a Elms.

Ambos miraron.

La Figura vestía la tradicional túnica blanca con sandalias. Su pelo era largo y pálido, lo que le confería un tono lunar. Su rostro barbudo irradiaba amabilidad y sabiduría, igual que los holoanuncios de las iglesias de la Tierra, pensó Agneta. «Túnica, barba, sabio y amable, los brazos ligeramente levantados. Incluso tenía un halo. Qué curioso que nuestras ideas preconcebidas sean tan precisas.»

—Oh, Dios mío —dijo Travis. Los tres se lo quedaron mirando—. Ha venido a por nosotros.

—Por mí no hay problema —dijo Elms.



—Normal —dijo Travis—. No tienes ni esposa ni hijos. ¿Y qué hay de Agneta? Sólo tiene trescientos años. Es una cría.

—Yo soy la vid y vosotros los sarmientos —dijo Cristo—. El que permanece en mí y yo en él, llevará, mucho fruto, porque, separados de mí, nada podéis hacer.

—Voy a sacar el EX de este vector —dijo Travis.

—Hijos míos —dijo Cristo—. No permaneceré con vosotros durante mucho más tiempo.

—Bien —dijo Travis. El EX se desplazaba ahora a su velocidad máxima hacia el eje de Sirio. El mapa estelar mostraba un flujo masivo.

—Maldito seas, Travis —dijo Elms con agresividad—. Esta es una gran oportunidad. Quiero decir, ¿cuánta gente tiene la oportunidad de ver a Cristo? O sea, es Cristo. Eres Cristo, ¿no es así? —le preguntó a la Figura.

—Soy el Camino, la Verdad y la Vida —dijo Cristo—. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también al Padre. Desde ahora, lo conocéis y lo habéis visto.

—Ahí lo tienes —dijo Elms con expresión radiante de felicidad—. ¿Veis? Quiero que sepa que estoy muy contento de tener esta oportunidad, Señor —se interrumpió—. Iba a decir «Señor Cristo». Es una estupidez, una gran estupidez. Cristo, Señor Cristo, ¿quiere sentarse? Puede sentarse a mi consola o a la de la señorita Rautavaara. ¿Verdad, Agneta? Ese de ahí es Walter Travis, no es cristiano, pero yo sí. Lo he sido toda mi vida. Bueno, casi toda. De la señorita Rautavaara no estoy seguro. ¿Qué dices tú, Agneta?

—Corta el rollo, Elms —dijo Travis.

—Nos va a juzgar —le dijo Elms.

Cristo siguió hablando:

—A quien escuchare mis palabras y nos las siguiera fielmente, no seré yo quien lo condene, pues no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo. Aquél que me rechace a mí y a mis palabras ya tiene un juez.

—Ahí lo tienes —dijo Elms, asintiendo.

Asustada, Agneta se dirigió a la Figura:

—No la tomes con nosotros. Acabamos de pasar por un grave trauma. —De repente se preguntó si Travis y Elms recordarían que habían muerto, que sus cuerpos habían sido cercenados.

La Figura le sonrió, como si con ello quisiera tranquilizarla.

—Travis —dijo Agneta, inclinándose hacia él, que estaba sentado ante la consola —, quiero que me escuches. Ni tú ni Elms sobrevivisteis al accidente ni a las partículas de basalto. Por eso está aquí. Soy la única que no... —titubeó.

—Murió —dijo Elms—. Hemos muerto y ha venido a por nosotros. —Se dirigió a la Figura—: Estoy listo, Señor. Llévame contigo.

—Llévatelos a ellos —dijo Travis—. Voy a emitir una llamada de socorro y les voy a decir lo que está pasando aquí. Informaré antes de que se me lleve o lo intente.

—Estás muerto —le dijo Elms.

—Aún puedo enviar un informe de radio —dijo Travis, pero su rostro delataba su abatimiento y su resignación.

—Dale a Travis algo de tiempo —le dijo Agneta a la Figura—. No acaba de comprenderlo. Pero supongo que eso ya lo sabes. Lo sabes todo.

La Figura asintió.

La comisión de investigación terrícola y nosotros observamos esta actividad cerebral en el cerebro de Rautavaara y nos dimos cuenta de lo que había pasado. En lo que no nos pusimos de acuerdo fue en nuestra evaluación. Donde las seis personas terrícolas veían algo pernicioso, nosotros vimos algo grande, tanto para Agneta Rautavaara como para nosotros. Gracias a la restauración de su cerebro dañado, merced a un robot mal guiado, estábamos en contacto con el otro mundo y los poderes que lo controlaban.

La visión de los terrícolas nos afligió.

—Está alucinando —dijo el portavoz terrícola—. No cuenta con datos sensoriales. Su cuerpo está muerto. Mirad lo que habéis hecho con ella.

Nosotros argumentamos que Agneta Rautavaara era feliz.

—Lo que debemos hacer —dijo el portavoz terrícola— es desactivar su cerebro.

—¿Y cortar nuestro acceso al otro mundo? —protestamos—. Esta es una espléndida oportunidad para observar la vida después de la vida. El cerebro de Agneta Rautavaara es nuestra lupa. Es una cuestión de prioridad. El mérito científico pesa más que el humanitario.

Esa fue nuestra postura durante la investigación. Fue una postura sincera, no de conveniencia.

Los terrícolas decidieron mantener el cerebro de Rautavaara a pleno funcionamiento, con una transducción de audio y vídeo que, por supuesto, fue grabada. Mientras tanto, las sanciones contra nosotros quedaron en suspenso.

Yo mismo quedé fascinado por la idea terrícola del Salvador. Para nosotros era un concepto antiguo y folklórico, no por ser antropomórfico, sino porque implicaba una evaluación académica del alma difunta. Estaba todo relacionado con alguna lista de acciones buenas y malas: una libreta de calificaciones trascendente, igual que las que se emplean en la enseñanza y evaluación de los niños.

Para nosotros ésta era una concepción primitiva del Salvador y, mientras observaba y escuchaba (observando y escuchando como la entidad poliencefálica que soy), me pregunté cuál habría sido la reacción de Agneta Rautavaara ante un Salvador, un Guía del alma, de acuerdo con nuestras expectativas. A fin de cuentas, era nuestro equipo el que mantenía vivo su cerebro mediante el mecanismo original que nuestro robot de rescate había llevado consigo a la escena del accidente. Habría sido muy arriesgado desconectarlo; el cerebro ya había sufrido demasiados daños. Todo el aparato, incluido su cerebro, había sido trasladado al lugar donde estaba

teniendo lugar la investigación judicial, un área neutral entre los sistemas de Próxima y de Sol.

Más tarde, durante una discreta discusión con mis compañeros, sugerí que insertáramos nuestra concepción del Guía del alma en el cerebro artificialmente sostenido de Rautavaara. Mi argumento: sería interesante comprobar cuál era su reacción.

Mis colegas señalaron inmediatamente una contradicción en mi lógica. Había argumentado ante la comisión que el cerebro de Rautavaara era una ventana que daba al otro mundo y que, por lo tanto, eso nos exculpaba. Ahora argumentaba que lo que estaba experimentando no era más que una proyección de sus asunciones mentales.

—Ambas proposiciones son ciertas —dije—. Es una genuina ventana al otro mundo al tiempo que una representación de las presunciones mentales, culturales y raciales de Rautavaara.

Lo que en esencia teníamos era un modelo al que podíamos aplicar variables con cierto cuidado. Podíamos introducir en el cerebro de Rautavaara nuestra propia concepción del Guía del alma y comprobar en qué difería en la práctica nuestro concepto del más pueril, que mantenían los terrícolas.

Era una gran oportunidad para poner a prueba nuestra propia tecnología. Ya habíamos analizado suficientemente a los terrícolas y los habíamos hallado poco satisfactorios.

Decidimos llevar a cabo la empresa, dado que manteníamos activo el equipo que mantenía vivo el cerebro de Rautavaara. Para nosotros, esto revestía mucho más interés que el propio desenlace de la investigación. La culpa no es más que un mero espejismo cultural; no atraviesa la frontera de las especies.

Supongo que los terrícolas podían percibir nuestras intenciones como malignas. Lo niego. Lo negamos. Considérese, mejor, como un juego. Ver cómo se enfrentaba Rautavaara a nuestro salvador en lugar de al suyo nos brindaría un sobrio disfrute.

Entonces, la Figura dijo a Travis, Elms y Agneta, mientras alzaba los brazos:

—Soy la resurrección. Si alguien cree en mí, vivirá aunque haya muerto, y quienquiera que viva y crea en mí nunca morirá. ¿Creéis esto?

—Por supuesto —dijo Elms de buena gana.

—Chorradas —dijo Travis.

Agneta Rautavaara pensó que no estaba segura. No lo sabía.

—Tenemos que decidir —dijo Elms—. Tenemos que decidir si nos vamos con él. Travis, se acabó para ti, te quedas fuera. Quédate aquí y púdrete... Ese es tu destino. —Se dirigió a Agneta—. Espero que optes por Cristo, Agneta. Deseo que disfrutes de la misma vida eterna que yo. ¿No es así, Señor? —le preguntó a la Figura.

La Figura asintió.

Agneta dijo:

—Travis, creo... Bueno, creo que deberías ceder en esto. Yo... —No quería

insistir en el hecho de que Travis estaba muerto. Pero tenía que comprender la situación. De lo contrario, como decía Elms, estaría condenado—. Acompáñanos —le dijo.

—¿Entonces tú vas? —dijo Travis, con amargura.

—Sí —admitió.

Elms miró a la Figura y dijo en voz baja:

—Es muy posible que me equivoque, pero creo que está cambiando.

Ella miró, pero no vio ningún cambio. Sin embargo, Elms parecía asustado.

La figura, embutida en su túnica blanca, caminó hacia Travis. Se detuvo cerca de él, se quedó quieta un momento y se inclinó para golpearle en el rostro.

Agneta gritó. Elms se quedó mirando, y Travis, anclado a su asiento, se dejó vapulear. Sin prisas, la Figura se lo comió.

—Ya lo ven —dijo el portavoz de la comisión de investigación—. Hay que apagar este cerebro. El deterioro es grave; la experiencia le ha resultado terrible. Tiene que acabar ahora.

—No —dije—. Nosotros, desde el sistema Próxima, encontramos este giro de los acontecimientos extremadamente interesante.

—¡Pero si el Salvador se está comiendo a Travis! —exclamó otro de los terrícolas.

—En vuestra religión —dije—, ¿acaso no es esencial que comáis la carne y bebáis la sangre de vuestro Dios? Lo que ha ocurrido aquí no es más que un reflejo inverso de esa eucaristía.

—¡Ordeno que se apague su cerebro! —dijo el portavoz de la comisión. Tenía la tez pálida, y unas gotas de sudor le perlaban la frente.

—Deberíamos observar más antes de apagarlo —dije—. Me ha parecido de lo más emocionante esta interpretación de nuestro propio sacramento, nuestro mayor sacramento, en el que el Salvador nos consume a nosotros, sus adoradores.

—Agneta —susurró Elms—, ¿has visto eso? Cristo se ha comido a Travis. Sólo ha dejado los guantes y las botas.

«Ay, Dios —pensó Agneta Rautavaara—. ¿Qué es lo que está pasando?»

Se apartó de la Figura e instintivamente se acercó a Elms.

—Él es mi sangre —dijo la Figura, mientras se relamía—. Bebo de su sangre. La sangre es la vida eterna. Cuando la haya bebido, viviré para siempre. Él es mi cuerpo. Ningún cuerpo me pertenece; sólo soy plasma. Al comer su cuerpo, recibo la vida eterna. Esta es una nueva verdad que proclamo, que soy eterno.

—Nos va a comer también a nosotros —dijo Elms.

«Sí —pensó Agneta Rautavaara—. Va a hacerlo.» Entonces se dio cuenta de que la Figura era un proxímata, una forma de vida de Próxima. «Tiene razón. Ningún cuerpo le pertenece. La única forma de hacerse con uno es...»

—Voy a matarlo —dijo Elms.

Sacó el rifle láser de emergencia de su enganche y apuntó a la Figura con él.

—Padre, ha llegado la hora —dijo ésta.

—Aléjate de mí —dijo Elms.

—Dentro de poco ya no me verás —dijo la Figura—, a menos que coma de tu carne y beba de tu sangre. Regocíjate porque viviré. —La Figura avanzó hacia Elms.

Elms disparó el rifle láser. La Figura se tambaleó y empezó a sangrar. Agneta se dio cuenta de que era la sangre de Travis. Estaba dentro de él. No era su propia sangre. «Es terrible.» Se echó las manos a la cara, aterrorizada.

—Rápido —le dijo a Elms—, di: «Soy inocente de la sangre de este hombre». Dilo antes de que sea demasiado tarde.

—«Soy inocente de la sangre de este hombre» —dijo Elms.

La Figura cayó. Permaneció tumbada mientras moría. Ya no era un hombre con barba. Era otra cosa. Algo que Agneta Rautavaara era incapaz de definir. Dijo:

—*Eli, Eli, ¿lama sabachtani?*

La Figura murió mientras ella y Elms la observaban.

—¡Lo he matado! —dijo Elms—. He matado a Cristo. —Se apuntó a sí mismo con el rifle láser, buscando a tientas el gatillo.

—Ése no era Cristo —dijo Agneta—. Era otra cosa. El opuesto a Cristo. —Le quitó el arma a Elms.

Elms sollozaba.

Los terrícolas de la comisión de investigación eran mayoría y votaron que se suspendiese toda actividad artificialmente mantenida en el cerebro de Rautavaara. Esto nos decepcionó, pero no teníamos más remedio.

Habíamos sido testigos del principio de un abrumador experimento científico: la teología de una raza injertada en otra. Apagar el cerebro de la terrícola había sido una tragedia científica. Por ejemplo, desde el punto de vista de la relación básica con Dios, la raza de la Tierra mantenía una visión diametralmente opuesta a la nuestra. Evidentemente, esto ha de atribuirse a que son una forma de vida somática y nosotros estamos hechos de plasma. Ellos beben la sangre de su Dios y se comen su carne para ganar la inmortalidad. Para ellos, esto no es escandaloso. Lo encuentran perfectamente natural. Sin embargo, para nosotros, es algo atroz. ¿Que el adorador se coma y beba al Dios? Algo horrible para nosotros, ciertamente horrible. Una afrenta y una vergüenza... Una abominación. El más poderoso siempre debería sacrificar al más débil; el Dios debe consumir al adorador.

Vimos cómo se cerraba el caso Rautavaara al tiempo que se apagaba su cerebro, de modo que toda actividad electroencefalográfica y los monitores quedaron inertes. Nos sentimos decepcionados y, por si fuera poco, los terrícolas votaron una moción de censura contra nosotros por habernos hecho cargo de la misión de rescate por nuestra cuenta.

Es impactante la frontera que separa a dos razas que se desarrollan en sistemas solares diferentes. Hemos intentado comprender a los terrícolas y hemos fracasado. Somos también conscientes de que ellos no nos comprenden a nosotros y que, a su vez, algunas de nuestras costumbres les espantan. Esto quedó patente en el caso Rautavaara. Pero ¿acaso no servíamos a los propósitos del desinteresado estudio científico? Yo mismo quedé perplejo ante la reacción de Rautavaara cuando el Salvador devoró al señor Travis. Me habría encantado ver culminado el mayor de los sacramentos con los demás, con Rautavaara y con Elms.

Pero se nos privó de esta oportunidad. Y, desde nuestro punto de vista, el experimento fracasó.

Y ahora vivimos bajo la proscripción de una innecesaria reprobación moral.

## La mente alienígena [24]

Inmóvil en las profundidades de su cámara teta, oyó el débil timbre, seguido por la voz sintética.

—Cinco minutos.

—De acuerdo —dijo, e hizo un esfuerzo por salir del letargo. Tenía cinco minutos para ajustar la trayectoria de la nave. Se había producido algún problema con el sistema de control automático. ¿Un error suyo? No era probable. Él nunca cometía errores. ¿Jason Bedford cometía errores? Casi nunca.

Mientras se encaminaba con paso inseguro hacia el módulo de control, vio que Norman, a quien habían enviado con él para que le hiciera compañía, también estaba despierto. El gato flotaba lentamente en círculos, lanzando zarpazos contra un bolígrafo que, por alguna razón, se había soltado. «Qué raro», pensó Bedford.

—Pensaba que estabas inconsciente conmigo. —Examinó las lecturas de trayectoria de la nave. ¡Imposible! Se habían desviado un quinto de pársec en dirección a Sirio. Una semana más de viaje. Con sombría determinación restableció los valores de la trayectoria, antes de enviar una señal de alerta a Meknos III, su destino.

—¿Algún problema? —preguntó el operador meknosiano. La voz era seca y fría, un tono monocorde que a Bedford siempre le hacía pensar en serpientes.

Le explicó la situación.

—Necesitamos las vacunas —dijo el meknosiano—. Intente mantener la trayectoria.

El gato, Norman, pasó flotando majestuosamente junto al módulo de control y estiró una zarpa hacia allí. Dos botones, activados, emitieron sendos pitidos y la nave alteró su rumbo.

—Así que has sido tú —dijo Bedford—. Me has humillado a los ojos de un alienígena. Me has reducido a la estupidez ante esa mente alienígena. —Agarró al gato y lo estrujó entre sus manos.

—¿Qué ha sido ese extraño sonido? —preguntó el operador meknosiano—. Era una especie de lamento...

—Ya no queda nada capaz de lamentarse —dijo Bedford en voz baja—. Olvide que lo ha oído.

Apagó la radio, llevó el cuerpo del gato al esfínter de basuras y lo expulsó de la nave.

Un momento después había vuelto a la cámara teta y, una vez más, volvía a estar sumido en un profundo sueño. Esta vez nadie podría manipular los controles. Durmió en paz.

Cuando la nave atracó en Meknos III, el miembro de mayor graduación del equipo médico alienígena lo recibió con una extraña petición:

—Queríamos ver a su mascota.

—No tengo mascota —dijo Bedford. Y era cierto, en efecto.

—Según el manifiesto que nos envió con antelación...

—Eso no es asunto suyo —dijo Bedford—. Ya tienen sus vacunas. Yo me marcho.

—La seguridad de todas las formas de vida es asunto nuestro —dijo el meknosiano—. Vamos a inspeccionar la nave.

—En busca de un gato que no existe —replicó Bedford.

La búsqueda fue fútil. Un impaciente Bedford observó cómo registraban los alienígenas cada taquilla y cada pasillo de la nave. Por desgracia, los meknosianos encontraron diez sacos de arena para gatos. Se produjo una larga discusión entre ellos, en su propia lengua.

—¿Ya tengo permiso para volver a la Tierra? —preguntó Bedford con brusquedad—. Ando muy justo de tiempo. —Lo que estaban pensando y diciendo los alienígenas lo traía sin cuidado. Sólo quería regresar al silencio de la cámara teta y al sueño profundo.

—Tendrá usted que pasar por un procedimiento de descontaminación A —dijo el oficial médico meknosiano—. Para asegurarnos de que no hay esporas ni virus en...

—Ya —dijo Bedford—. Acabemos cuanto antes.

Más tarde, una vez completado el procedimiento de descontaminación, mientras calentaba motores, se encendió la radio de la nave. Era otro de los meknosianos. A él le parecían todos iguales.

—¿Cómo se llamaba el gato? —le preguntó el alienígena.

—Norman —respondió Bedford. Apretó el botón de ignición. La nave salió disparada hacia el cielo y Bedford sonrió.

Sin embargo, no sonrió al descubrir que la fuente de energía de la cámara teta había desaparecido. Ni tampoco cuando fue incapaz de localizar la unidad de reserva. «¿Habré olvidado subirlas a bordo? —se preguntó—. No. Yo no cometería un error así. Se las han llevado ellos.»

Dos años antes de llegar a la Tierra. Dos años de consciencia total, sin acceso al sueño teta. Dos años sentado, flotando o, como había visto en los holovídeos de preparación militar, hecho un ovillo en un rincón, totalmente psicótico.

Envío por radio una solicitud de regreso a Meknos III. No recibió respuesta. «Pues qué bien.»

Sentado en el módulo de control, activó el pequeño ordenador de a bordo y dijo:

—Mi cámara teta no funciona. La han saboteado. ¿Qué me sugieres que haga durante dos años?

HAY CINTAS DE ENTRETENIMIENTO DE EMERGENCIA.

—Bueno —dijo. Tendría que haberse acordado—. Gracias. —Pulsó el botón



correspondiente y se abrió una compuerta deslizante.

No había ninguna cinta. Sólo un juguete para gatos, un punching ball en miniatura, para Norman. Nunca se había acordado de dárselo. Por lo demás... estanterías vacías.

«La mente alienígena es —pensó Bedford— misteriosa y cruel.»

Activó el grabador de audio de la nave y dijo, con toda la calma y la convicción que fue capaz de reunir:

—Lo que voy a hacer es organizar los dos próximos años en torno a la rutina diaria. Primero, las comidas. Pasaré todo el tiempo posible planificando, preparando, comiendo y disfrutando de platos deliciosos. Durante el tiempo que tengo por delante, probaré todas las combinaciones imaginables de ingredientes. —Se levantó y, un poco tambaleante, se dirigió al enorme armario de las provisiones.

Mientras permanecía allí parado, con la mirada clavada en el abarrotado armario —lleno de bolsas y más bolsas idénticas— pensó: «Por otro lado, tampoco se puede hacer gran cosa con un suministro de dos años de comida para gatos. No es que haya demasiada variedad. ¿Será todo del mismo sabor?»

Lo era.

## Epílogo del autor

[El texto que sigue apareció en la antología *The best of Philip K. Dick*, bajo el título *Pensamientos del autor*].

La premisa básica que domina todos mis relatos es que, si alguna vez conociera a una inteligencia extraterrestre (más frecuentemente llamada una «criatura del espacio exterior») la encontraría más interesante que a mi vecino de enfrente. Lo que hace la gente de mi barrio es salir a coger el periódico y el correo, y montarse en el coche. Su única actividad al aire libre es recortar el césped. Una vez fui a una de sus casas a ver lo que hacían en el interior. Estaban viendo la televisión. ¿Se podría, al escribir una novela de ciencia-ficción, postular una cultura sobre estas premisas? Seguramente, una sociedad así no exista, salvo puede que en mi imaginación, que no ha tenido que esforzarse mucho para crearla.

El modo de escapar de la vida en medio de una creación poco imaginativa es contactar mediante tus pensamientos con otras civilizaciones inexistentes aún. Cuando lees ciencia-ficción, haces lo mismo que yo cuando la escribo. Probablemente tu vecino sea para ti una forma de vida tan ajena como el mío para mí. Los relatos que conforman esta antología son intentos de recepción, de captar voces de otro plano, un plano muy lejano, sonidos tenues pero importantes. Sólo llegan a última hora de la noche, cuando se han apagado el ruido de fondo del parloteo de nuestro mundo, cuando se han leído los periódicos, se han apagado los televisores y se han aparcado los coches en sus diferentes garajes. Entonces, muy lejanas, oigo las voces procedentes de otra estrella. (Una vez me dediqué a anotar la hora y descubrí que la mejor para la recepción es entre las 3:00 y las 4:45 de la madrugada.) Como es lógico, cuando alguien me pregunta «Oiga, ¿de dónde saca las ideas?», no es esto lo que le respondo. Me limito a decir que no lo sé. Es más seguro.

Cojamos estos relatos, pues, y asumamos que son (uno) recepciones distorsionadas combinadas con inventiva pura, y (dos) una alternativa a la comida para perros que son los anuncios en color de la televisión. Ambas posibilidades van más allá de lo que está inmediatamente disponible. Ambas asunciones llegan lo más lejos posible. Ambas exploran el vacío y vuelven con algo para informar: que el universo está lleno de entidades calculadoras, vivientes y atareadas, ocupadas en sus propios quehaceres, ajenas a los intereses de las demás, alienadas con respecto a sus vecinos y, por encima de todo, obsesionadas con las siguientes preguntas: ¿con quién se pondrán en contacto cuando falle todo lo demás? ¿Quién vive como ellas? Puede que estén pensando en nosotros.

La mayor parte de estos relatos los escribí cuando mi vida era más sencilla y tenía sentido. Por entonces era capaz de diferenciar el mundo real y el mundo sobre el que escribía. Me dedicaba a cavar en mi jardín, y no hay nada fantástico ni sobrenatural en el garranchuelo... salvo que se sea un escritor de ciencia ficción, en cuyo caso, más pronto que tarde empezarás a mirar el garranchuelo con suspicacia. ¿Cuáles son

sus auténticas motivaciones? ¿Y quién lo ha enviado?

La pregunta que yo siempre acababa haciéndome era: ¿qué es en realidad? Parece garranchuelo. Es lo que quieren que creamos. Un día, caerá el disfraz y se revelará su verdadera identidad. Para entonces, el garranchuelo habrá invadido el Pentágono y ya será demasiado tarde. El dueño del garranchuelo (o lo que hasta entonces habíamos tomado por garranchuelo) dictará los términos de la rendición. Mis historias anteriores se basaban en estas premisas. Más adelante, cuando mi vida personal se hizo más complicada y se llenó de desgraciadas complicaciones, la preocupación sobre el garranchuelo se perdió en alguna parte. Me acostumbré al hecho de que el mayor dolor no llega al mirar desde un planeta distante, sino que procede de las profundidades del corazón. Como es lógico, ambas cosas pueden ocurrir a la vez: podría suceder que tu esposa se marche llevándose a tu hijo y, mientras estás sentado a solas en tu casa vacía, sin nada por lo que vivir, entren los marcianos por el tejado para llevarte consigo.

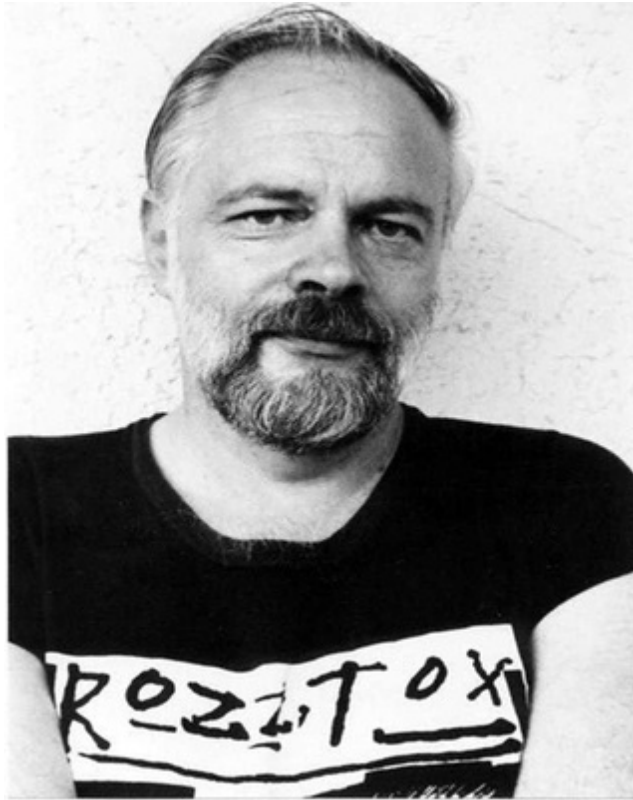
En cuanto al significado de los relatos de esta colección, no voy a utilizar el clásico pretexto de que la historia debe hablar por sí sola, sino más bien el pretexto de que no lo sé. Es decir, no lo sé más allá de lo que dice, qué es lo que cualquier lector puede extraer de ellas. En una ocasión, los niños de una escuela me escribieron para preguntarme sobre mi relato *El padre-cosa* y todos ellos querían saber de dónde había sacado la idea. Fue fácil, porque se basaba en mis recuerdos de infancia sobre mi propio padre. Pero luego, al volver a leer mis respuestas, me di cuenta de que no había repetido la misma cosa dos veces. Con la máxima honestidad, le había dado a cada niño una respuesta diferente. Supongo que eso es lo que hace un escritor de ficción. Si le das seis hechos, los uniré, primero de un modo, luego de otro, y así sucesivamente hasta que lo obligues a parar por la fuerza.

Supongo que la crítica literaria se debería dejar en manos de los críticos, que para eso es su trabajo. En una ocasión, en un distinguido libro de crítica sobre ciencia-ficción leí que el broche que utilizaba Juliana para cerrarse la blusa en mi novela *El hombre en el castillo* simbolizaba todo cuanto mantenía unidos los temas, las ideas y las tramas secundarias de la propia novela, cosa de la que yo no me había dado cuenta cuando la escribí. Pero, ¿y si Juliana, que tampoco lo sabía, se hubiese quitado el broche? ¿Se habría desmoronado la novela? ¿O, al menos, se habría abierto por la mitad y habría dejado a la luz un generosísimo escote (razón original por la que su novio insistía en que se pusiera aquel broche)? Sin embargo, haré cuanto esté en mi mano por quitarles el broche a estos relatos.

La principal ventaja del relato sobre la novela es que en el relato atrapas al personaje en la cúspide de su vida, mientras que en la novela tienes que seguirlo desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte (o casi). Si abres una novela al azar, lo más normal es que esté sucediendo algo aburrido o poco importante. El único modo de solventar esto es el estilo. Lo importante no es lo ocurrido, sino la forma de contarlo. Al poco tiempo, el novelista profesional adquiere la capacidad de escribirlo

todo con estilo, y así, el contenido se desvanece. Sin embargo, en un relato no puedes recurrir a esto. Tiene que ocurrir algo importante. Creo que ésta es la razón por la que los escritores más dotados terminan escribiendo novelas. Una vez que han perfeccionado el estilo, ya no tienen de qué preocuparse. Virginia Wolf, por ejemplo, terminó escribiendo sobre absolutamente nada.

Sin embargo, recuerdo que en estos relatos, en todos ellos, antes de sentarme a escribir, pensé que debía tener una idea. Tenía que haber un concepto real: un hecho sobre el que girara la historia. Que siempre fuera posible decir: «¿Has leído la historia sobre...?» y resumir en pocas palabras este contenido. Si la esencia de la ciencia ficción es la idea (como mantiene el doctor Willis McNelly) y si la idea es, en efecto, el auténtico «héroe», entonces es probable que el relato siga siendo la forma por excelencia de ciencia-ficción, mientras que la novela sea un despliegue, una expansión del género con toda clase de ramificaciones. La mayoría de mis propias novelas, de hecho, son expansiones de relatos anteriores, o fusiones de varios relatos: superposiciones de ellos. El germen radica en el relato. En un sentido muy real, es su realidad destilada. Y algunas de mis mejores ideas, algunas de las que más han significado para mí, nunca he logrado ampliarlas hasta alcanzar la forma de una novela. A pesar de todos mis esfuerzos, sólo existen como relatos. (1976)



Escritor americano, Philip K. Dick es conocido por sus novelas y relatos de ciencia ficción, muchas de las cuales han sido llevadas al cine, destacando títulos como *Blade Runner* (*Sueñan los androides con ovejas eléctricas*), *Una mirada a la oscuridad*, *Paycheck* o *Desafío Total*, entre otras.

Dick está considerado como uno de los grandes autores de la segunda mitad del siglo XX, siendo ganador de premios tan prestigiosos como el Hugo, que recibió por su magistral ucronía *El hombre en el castillo*, el John W. Campbell, varios Gigamesh o un BASFA.

Nacido en una familia de clase media, Dick estudió sin graduarse en la Universidad de Berkeley, donde colaboró en programas de radio y se introdujo en el mundo de la contracultura y el movimiento Beat.

Pese al premio Hugo de 1963, Dick fue considerado en vida como un autor de culto y poco conocido para el gran público. Sus obras no le permitieron una independencia económica solvente pese a los más de 120 relatos que llegó a publicar.

La última parte de su obra escrita estuvo muy influida por una serie de visiones que, unidos a ciertos problemas psicológicos, le hicieron creer que estaba en contacto con una entidad divina a la que llamó SIVAINVI (VALIS). En sus últimos años, Dick mostró síntomas de una paranoia aguda, obsesión que se ve también reflejada en obras como *Una mirada a la oscuridad*.

Philip K. Dick murió el 2 de marzo de 1982 en Santa Ana.

# Notas

[1] La cajita negra («From Ordinary Household Objects») [6 de mayo de 1963], en *Worlds of Tomorrow* (agosto de 1964).

Hice uso de este relato cuando escribí mi novela ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas? De hecho, la historia está mejor hilvanada en el relato. Aquí, una religión es considerada una amenaza por todos los sistemas políticos; por consiguiente pasa a ser una especie de sistema político, puede que el sistema político definitivo. El concepto de caritas (o ágape) se manifiesta en mi obra como la clave de la autenticidad humana. El androide, que es el hombre no auténtico, la máquina que actúa meramente por reflejos, es incapaz de experimentar empatía. En el relato nunca llega a quedar claro si Mercer es un invasor de otro mundo. Debe de serlo, en el sentido en que lo son todos los líderes religiosos, pero no en un sentido estricto, claro. (1978)

<<

[2] La guerra con los fnuls, en *Galactic Outpost* (primavera de 1964).

Bueno, una vez más nos invaden. Y lo que resulta más humillante es que los invasores son una forma de vida absurda. Mi colega Tim Powers dijo una vez que los marcianos, para invadirnos, sólo tendrían que ponerse un gorrito gracioso; nadie se daría cuenta. En nuestro caso se trata de una especie de invasión de bajo presupuesto. Supongo que hemos llegado a un punto en el que la idea de que la Tierra sea invadida nos divierte (que es justo cuando, zas, nos invaden). (1978)

<<



[3] Artefacto precioso [9 de diciembre de 1963], en *Galaxy* (octubre de 1964).

Este relato es un ejemplo de una lógica que suelo utilizar mucho, según dice la profesora Patricia Warrick. Tenemos Y. Luego hacemos una pirueta cibernética y tenemos anti-Y. Vale, ahora le damos la vuelta a todo y tenemos anti-anti-Y. Bien, la pregunta es: ¿anti-anti-Y es igual a Y? ¿O es una versión más profunda de anti-Y? En este relato, primero parece que la verdad es Y, pero luego descubrimos que su opuesto también lo es (anti-Y). Más tarde vemos que esto tampoco es cierto, así que ¿volvemos a Y? La profesora Warrick dice que mi lógica se resume en que Y es igual a anti-Y Yo no estoy de acuerdo, pero tampoco sabría decir cómo me resumo yo mismo. Sea cual sea la verdad, está contenida en este relato. O he inventado una nueva lógica o... ejem, estoy jugando con cartas marcadas. (1978)

<<

[4] Síndrome de alejamiento [23 de diciembre de 1963], en *Worlds of Tomorrow* (enero de 1965).<<

[5] Una odisea terrícola [17 de marzo de 1964] [sin publicar hasta ahora, recopilado por PKD a partir de fragmentos de Dr. Bloodmoney].

<<

[6] Un juego sin azar [9 de diciembre de 1963], en *Amazing* (julio de 1964).

Hay una feria hostil. Llega una segunda y se enfrenta a la primera. La cosa está preparada de antemano para que ganen los primeros. Es como si las dos fuerzas opuestas que subyacen a todo cambio en el universo estuvieran coaligadas para que venciera thanatos, el lado oscuro, el Yin o la lucha, es decir, la fuerza de la destrucción. (1978)

<<

[7] Su cita será ayer [27 de agosto de 1965], en *Amazing* (agosto de 1966). [Incluido en forma adaptada en la novela de PKD Counter-clock WORLD.]

<<

[8] Combate sagrado [13 de septiembre de 1965], en *Worlds of Tomorrow* (mayo de 1966).

<<

[9] No por su encuadernación [21 de septiembre de 1965], en *Famous Science Fiction* (verano de 1968).

Aquí presenté algo que siempre ha sido un deseo personal: que la Biblia fuera cierta. Obviamente, por aquel entonces me encontraba a medio camino entre la duda y la fe. Años después, sigo en la misma posición. Me gustaría que la Biblia fuera cierta, pero... Bueno, tal vez si no lo es, podamos hacer que lo sea. Pero, ay, habrá que trabajar muchísimo para conseguirlo. (1978) <<

[10] La revancha [14 de octubre de 1965], en *Galaxy* (febrero de 1967).

El tema de los juguetes peligrosos es recurrente en mi obra. Lo peligroso disfrazado de inocente... ¿Y qué puede ser más inocente que un juguete? Esta historia me recuerda a un par de altavoces gigantescos que vi la semana pasada. Costaban seis mil dólares y eran más grandes que dos neveras. Hicimos un chiste sobre ellos: si no ibas a la tienda a verlos, ellos irían a verte a ti. (1978) <<



[11] La fe de nuestros padres [17 de enero de 1966], en *Dangerous Visions*, editado por Harlan Ellison, Garden City, 1967 [nominado a los premios Hugo].

El título se corresponde con el de un himno. Creo que con este relato conseguí ofender a todo el mundo, lo que en aquel momento me pareció una buena idea, pero he lamentado desde entonces. Comunismo, drogas, sexo, Dios... lo puse todo junto y, por extraño que pueda parecer, cuando al año siguiente se me cayó el tejado encima, tuve la sensación de que esta historia tenía algo que ver. (1976)

No defiendo ninguna de las ideas de La fe de nuestros padres. No creo, por ejemplo, que los países del Telón de Acero vayan a ganar la Guerra Fría, ni que moralmente se hayan hecho merecedores de ella. Sin embargo, hay una parte del relato que me resulta especialmente interesante, a la vista de los recientes experimentos con alucinógenos: la experiencia teológica, que han experimentado muchos de los que han probado el LSD. Me da la impresión de que se trata de una nueva frontera: hasta cierto punto, ahora es posible estudiar desde una perspectiva científica la experiencia religiosa... y, lo que es más, se la puede ver como una experiencia en parte alucinógena y en parte real. Dios, como tema en la ciencia-ficción (cuando aparece, que no es a menudo) suele ser tratado de manera polémica, como en *Out of the silent planet*. Pero yo prefiero tratarlo como un problema intelectualmente estimulante. ¿Y si, mediante el uso de las drogas psicodélicas, la experiencia religiosa se convirtiera en algo común en la vida de los intelectuales? El viejo ateísmo, que a muchos de nosotros —yo incluido— nos parecía válido en términos de experiencia personal —o más bien, falta de ella— tendría que quedar momentáneamente aparcado. La ciencia-ficción, que siempre está sondeando, tratando de adivinar qué está a punto de ser pensado y creado, deberá en algún momento acometer sin prejuicios la idea de una sociedad futura neo-mística en la que la teología constituya una fuerza tan poderosa como en el periodo medieval. Esto no tendría por qué ser un paso atrás, puesto que ahora es posible poner a prueba estas creencias y desecharlas o abrazarlas en función de los resultados. Por mi parte, no tengo más fe en Dios que mi humilde experiencia personal, que me indica que está presente... y que es totalmente subjetiva, claro está. Pero el reino interior también es real. Y, en una historia de ciencia-ficción, uno proyecta en un medio social lo que hasta entonces era una experiencia interior personal; así se convierte en algo colectivo y por tanto, susceptible de ser discutido. No obstante, es posible que la última palabra sobre Dios ya se haya dicho. En el año 840 d.C., en la corte de Carlos el Calvo, Juan Escoto Erígena escribió: «No sabemos lo que es Dios. El propio Dios no sabe qué es porque no es nada. Literalmente, Dios no es, porque Él trasciende el ser». Esta visión mística tan penetrante... y zen, alumbrada hace tanto tiempo, sería muy difícil de superar. En mis propias

experiencias con las drogas psicodélicas he alcanzado una iluminación minúscula, comparada con la de Erígena. <<

[12] La historia que pondrá fin a todas las historias para LA ANTOLOGÍA DE HARLAN ELLISON *DANGEROUS VISIONS*, en Niekas (otoño de 1968).

<<

[13] La hormiga eléctrica [4 de diciembre de 1968], en *Fantasy & Science Fiction* (octubre de 1969).

De nuevo el tema: ¿cuánto de lo que llamamos «realidad» está realmente ahí y cuánto en nuestra propia cabeza? El final de este relato siempre me ha asustado... Imaginad el viento, el sonido del vacío. Como si el personaje pudiera oír el fin del mundo. (1976)

<<

[14] Cadbury, el castor necesitado, escrito en diciembre de 1971 [sin publicar hasta ahora].

<<

[15] Algo para nosotros, temponautas [13 de febrero de 1973], en *Final Stage*, editada por Edward L. Ferman y Barry N. Malzberg, Nueva York, 1974.

Cuando escribí este relato sentía un inmenso hastío por el programa espacial, que tanto nos había emocionado al principio —sobre todo en el primer alunizaje— para luego quedar olvidado y virtualmente cancelado como una simple reliquia de la historia. Me preguntaba: si el viaje en el tiempo se convirtiera en un «programa», ¿acabaría por sufrir el mismo destino? ¿O existía una posibilidad aún peor, innata a la propia naturaleza de las paradojas temporales? (1976)

La esencia de la ficción sobre el viaje en el tiempo es siempre una confrontación, en los mejores casos contra uno mismo. En realidad éste es el tema de muchas obras de gran calidad literaria, pero en el caso de relatos como *Algo para nosotros, temponautas*, el momento en que el personaje se encuentra cara a cara consigo mismo permite una alienación que ninguna otra variedad de literatura haría posible... alienación y no comprensión, como cabría esperar. Addison Doug-Uno está vivo en el contenedor que lleva el cadáver de Addison Doug-Dos y lo sabe, sabe que ahora se ha convertido en dos personas, que está tan duplicado como si sufriera una especie de esquizofrenia física. Y su mente, en lugar de unificarse, se ha dividido. Lo ocurrido no le ofrece ninguna luz, ni sobre sí mismo ni sobre el otro Addison Doug, quien ya no puede razonar ni resolver problemas, sino sólo permanecer tendido en la oscuridad, inerte. Esta inmensa ironía es sólo una entre las muchísimas ironías posibles en un relato de viajes en el tiempo. Ingenuamente, uno podría pensar que, al volver de un viaje al futuro, tendría más conocimientos que a su partida, no menos. Los tres temponautas se adelantan en el tiempo, vuelven y se ven atrapados, quizá para siempre, por ironías, y dentro de ironías, la mayor de las cuales es, desde mi punto de vista, la confusión que les provocan sus propios actos. Es como si el incremento de la información generado por tan importante logro científico —información exacta y precisa sobre lo que va a suceder— mermara la comprensión real de las cosas. Puede que Addis Doug sepa demasiado.

Mientras escribía este relato, me vi invadido a mi vez por una fatigosa tristeza y caí más de lo habitual en el espacio (o quizá debería decir el tiempo) que contenía a los personajes. Experimenté un sentimiento de futilidad sobre la futilidad —no hay nada más aplastante que una fuerte sensación de aplastamiento— y, mientras escribía, me di cuenta de que lo que para nosotros es meramente un problema psicológico —la intensidad de la certidumbre del fracaso y las letales consecuencias de esta certidumbre— para un viajero en el tiempo se convertiría en una auténtica cámara de los horrores física y existencial. Nosotros, cuando nos deprimimos, estamos cautivos en el interior de nuestra cabeza, lo que es una suerte; sin embargo, cuando el viaje en

el tiempo se convierta en una realidad, esta actitud psicológica de derrota podría tener consecuencias desastrosas de incalculables proporciones. En este caso, una vez más, la ciencia-ficción permite transferir lo que normalmente es un problema interno a un entorno externo: lo proyecta en la forma de una sociedad, de un planeta, en el que todo el mundo está atrapado, por así decirlo, en lo que hasta entonces era un solo cerebro. No puedo culpar a algunos lectores por protestar ante esto, porque el cerebro de algunos de nosotros es un lugar realmente desagradable..., pero, por otro lado, qué herramienta más valiosa es para nosotros: para aferrar aquello que no todos vemos igual en el universo, o, en cierto modo, el universo en su totalidad. El desesperanzado mundo de Addison Doug se propaga de repente y se convierte en el mundo de mucha más gente. Pero, a diferencia del lector de un relato, que puede terminarlo y dar por terminada su inclusión en el mundo del autor, los protagonistas de este relato están atrapados en él para siempre. Esta es una tiranía que aún no es del todo posible... pero, cuando uno considera el poder de los aparatos de propaganda coercitiva de los Estados modernos (lo que, cuando está en manos del estado enemigo, llamamos «lavado de cerebros»), puede llegar a preguntarse si no se tratará de una mera cuestión de grado. Nuestros gloriosos líderes no pueden atraparnos en el interior de sus cabezas conectando piezas de antiguos motores VW, pero la alarma que sienten los personajes de la historia con respecto a lo que les está sucediendo podría, a menor escala, equivaler a la que podemos llegar a sentir nosotros.

Addison Doug expresa el deseo de «no ver más veranos». Todos debemos resistirnos a esto. No debemos permitir que nos arrastren, por muy sutil que sea el medio o muy benignas que sean las razones, a esta visión ni a este deseo: tanto individual como colectivamente debemos aspirar a ver el máximo número de veranos posibles, incluso en un mundo imperfecto como en el que ahora vivimos. (1973 ) <<

[16] Las prepersonas [20 de diciembre de 1973], en *Fantasy & Science Fiction* (octubre de 1974).

Con este relato me granjeé la aversión absoluta de Joanna Russ, quien me escribió la carta más desagradable que jamás haya recibido. En un momento dado, llegó a decir que sentía deseos de pegar a las personas (no utilizó la palabra «personas») que expresaban opiniones como ésta. Admito que el relato es muy particular y siento haber ofendido a quienes no están de acuerdo conmigo en el tema del aborto. También recibí algunas cartas hostiles sin firmar, procedentes algunas de ellas de organizaciones favorables al aborto. Bueno, siempre he tenido la capacidad de meterme en líos. Lo siento, amigos. Pero no lo siento por el bien de las prepersonas. Sigo donde estaba antes: «Hier steh'Ich; Ich kann nicht anders», como, al parecer, dijo Martín Lutero. (1978) <<



[17] El ojo de la sibila [15 de mayo de 1975 [sin publicar hasta la fecha].

<<

[18] El día que el Señor Ordenador se cayó del árbol, escrito el verano de 1977 [sin publicar hasta la fecha].

<<

[19] La puerta de salida da adentro [21 de junio de 1979], en *Rolling Stone College Papers* (otoño de 1979).

<<

[20] Cadenas de aire, redes de éter («The Man Who Knew How to Lose») [9 de julio de 1979], en *Stellar 5*. Editado por Judy-Lynn del Rey, Nueva York, 1980. [Incluido en la novela de PKD *La invasión divina*].

<<

[21] Extraños recuerdos de la muerte [27 de marzo de 1980], en Interzone (verano de 1984).

<<

[22] Espero llegar pronto (titulado «Frozen Journey» en la revista en la que apareció. Espero llegar pronto es el título elegido por PKD) [24 de abril de 1980], en *Playboy*, diciembre de 1980 [galardonado con el premio Playboy].

<<

[23] El caso Rautavaara [13 de mayo de 1980], en *Omni* (octubre de 1980).

<<

[24] La mente alienígena, en *The Yuba City High Times* (20 de febrero de 1981).

<<